



COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

ó

PINTURA HISTORICA

*de todas las Naciones,
su origen, vicisitudes y progresos hasta
nuestros días.*

Obra escrita en francés por MR. ANQUETIL,
miembro de varias sociedades literarias; y tradu-
cida por el P. D. FRANCISCO VAZQUEZ, Clérigo
Reglar de San Cayetano.

Segunda Edición,

*corregida y aumentada con los sucesos ocurridos
en Europa de veinte años á esta parte,*

TOMO SESTO,

CON LICENCIA : MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1839.



COPIA

LIBRARY



516380

COMPENDIO

DE LA

Historia Universal.

MONOMOTAPA.

El vasto imperio de Monomotapa, que en muchos puntos se compara con el de los abisinios, se dice que tiene setecientas ú ochocientas leguas de circuito. Allí es el aire por lo regular muy bueno, y la tierra fértil. Se abrasan en unas partes, y en otras hiela, porque la nieve cubre las montañas al mismo tiempo que el sol está tostando las llanuras. Se nota con admiracion que estando estos pueblos lejos del trópico son sus habitantes enteramente negros, al mismo tiempo que en territorios de la Libia y de la América, que tienen el sol en el zenit, los que los habitan no tienen el color negro ni el cabello crespo. Los jóvenes de uno y otro sexo, á escepcion de las precauciones de honestidad, estan desnudos del todo, y los otros solo lo estan hasta la cintura. Está en uso la poligamia, bien que

;

la primera muger con quien se casan es la señora, y sus hijos los herederos. Ni en la corte se permiten estofas de fábrica estrangera, temiendo que se introduzca la aficion; y esta ley política está apoyada con supersticiones, sin duda para que mejor se observe.

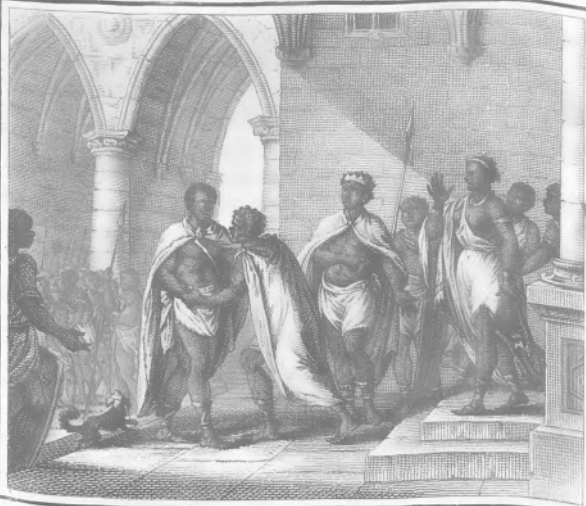
La corte familiar del emperador es magnífica, y cuando sale en ceremonia lleva pendiente á su costado una pequeña azada, emblema de la industria del cultivo; y en cada mano una flecha: indicio la una del castigo, y la otra de proteccion. El gobierno es muy suave, y en él no hay impuestos, porque el emperador no saca de sus vasallos mas que el trabajo de algunos dias; y aun cuida de dar víveres á los trabajadores, aunque no tiene obligacion, y por esto cada uno va muy contento á los trabajos en lugar de huir. Los hijos de los príncipes tributarios, ó de los principales oficiales, se crian en la corte: allí les inspiran la fidelidad al soberano, y sirven de prendas para asegurar la de sus padres. Todos los años el dia del monarca un oficial va á cada provincia, y cuando este llega se apaga en todas partes el fuego, para recibir otro nuevo de su mano; no querer conformarse con esta costumbre, es declararse rebelde: por lo que viene á ser esta ceremonia como juramento de fidelidad. Son estos monarcas muy amados de su pueblo, y ellos procuran conservar el afecto con señales de benevolencia. Cuando bebe y cuando estornuda ó tose, uno de los grandes, si está presente, dice en alta voz: "Rogad por la salud y prosperidad del emperador:" todos de uno en otro lo repiten, y así llega la invitacion hasta los límites del imperio. La justicia es pronta y severa. Hay una bebida de pu-

rificacion, como lo era el agua amarga de los hebreos; y basta que no haga mal al reo, para declararle por inocente. La capital es hermosa, y en ella hay una emperatriz y nueve reinas, cada una con su corte, y son protectoras una de los portugueses, y otra de los moros: las demas tienen cada una su intendencia. La cosecha es tiempo festivo: no falta á ella el emperador; pero si se lo impiden la guerra ú otros negocios, preside la emperatriz á la fiesta. Siempre se procura que sigan la corte bailarines, músicos y bufones para divertir al pueblo; y los que hacen de gefes con esta gente son personas de importancia. Hay alternativamente en pie egércitos reglados. Dicen que hay una provincia de amazonas: lo cierto es que tambien hay regimientos de mugeres en el egército. Sus armas son la flecha, el sable, el dardo, la espada ancha, el puñal, y hachas cortantes y ligeras, que manejan con mucha destreza por estar egercitadas desde la infancia. El emperador prefiere la guardia de estas mugeres para su persona. Tambien tiene doscientos perros, y no los considera por menos fieles para su seguridad.

Entre las dignidades de su corte son las principales la de gobernador del reino, y la de gefe de la casa real, que tiene el privilegio singular de nombrar emperatriz cuando muere la que habia; bien que para ello se entiende con el emperador. El capitán de los músicos, el gefe de los adivinos, el que guarda la botica, aceite, utensilios, ingredientes que sirven al primer adivino, el portero, dos gefes de la cocina, que son ordinariamente príncipes de la sangre, y los cocineros, todos son gente distinguida. No sirven mas que hasta la edad de veinte

años , suponiendo que hasta entonces no han conocido mugeres; y si en esto engañaran , serian severamente castigados. Nunca ven al emperador comer. La religion antigua parece haber sido la pagana; pero sin politeismo ni idolatría; ó por mejor decir una especie de ateísmo mezclado con nociones vagas del cristianismo , y con supersticiones , pero no inhumanas. Se castiga el sortilegio , y conocen un supremo Ser , que llaman el Criador y Gobernador del mundo. Hacen muchos honores á una Virgen: tienen templos y conventos edificados á su honra y gloria , y en ellos dedican las hijas al celibato , como sucede entre los católicos , los griegos y los abisinios. Se cree que por largo tiempo tuvieron comercio con estos últimos , y puede ser que los dos imperios , aunque tan distantes el uno del otro , estuviesen reunidos. Uno de sus emperadores se hizo bautizar por un misionero ; pero le abandonó la fe cuando fue preciso llegar al punto de renunciar á la pluralidad de mugeres. Los portugueses poseen minas de oro , protegidos de las fortalezas que les permiten : el oro se halla tambien á flor de tierra en las arenas : no hay pais que mas abunde en elefantes ; y en él hay avestruces tan grandes como pequeños bueyes.

La historia del último emperador conocido es está. Hubo una guerra cruel entre los hijos de Famigar-Bachi , que á los cuarenta y siete años dejó sesenta y cuatro hijos , y todos se mataron á excepcion de tres. Se convinieron dos de ellos en reinar juntos , cada uno seis meses ; pero el primero que ocupó el trono se deshizo del segundo , y á él le quitó la vida un tio suyo llamado Nahi. El tercero se habia puesto en salvo en un reino muy distante , en donde habia comprado un campo que cultivaba



Alfondi reconocido.

Al saber Nahí que el célebre Alfondi, cuyas victorias habia premiado con la mano de su hija, era hijo de aquel mismo sobrino suyo, que debió á la fuga la vida, que él le hubiera quitado; como le usurpó la corona, borró su crimen cediendo el trono á su dueño legítimo; pero este transfiriendole á Alfondi, puso así en él á la hija del usurpador. ; Quanto honra la competencia á los que se compiten de generosos!

con sus manos, y vivia desconocido: allí se casó, y tuvo un hijo llamado Alfondi. Fue creciendo este príncipe, y haciendose amar y admirar por su modestia y dulce genio de cuantos le trataban, manifestó con el tiempo su valor é intrepidez en la caza de elefantes, leones, tigres y otras fieras.

Habiendo oido hablar de una guerra encendida en el Monomotapa entre Nahi su tío, á quien él no conocia por tal, y un rey vecino, se previno de armas y caballo, y fue á ofrecer sus servicios al emperador á la cabeza de una tropa escogida. Presto se señaló Alfondi con hazañas que le merecieron la atencion de todo el egército, y principalmente la de su tío, el cual le dió el mando de un cuerpo de tropas, con el que se portó tan bien, que Nahi creyó no podia hacer mejor cosa que ponerle á la cabeza del egército. En seis meses ganó tantas batallas el jóven general, que redujo al enemigo á pedir la paz. El emperador para premiar sus servicios le dió por esposa á la princesa su hija, siempre sin la menor sospecha de su verdadero nacimiento. Alfondi, aunque en este punto ignorante, por un sentimiento natural llamó á su padre para que fuese testigo de su buena fortuna; y el anciano monarca Nahi reconoció á su sobrino en el padre de su yerno, cuyo trono ocupaba él, y le cedió gustoso la corona. El nuevo rey la transfirió á su hijo, y fue con su esposa coronado entre las aclamaciones de todo el pueblo, cuya estimacion y amor no cesó de merecer con su justicia y beneficios. Añadiendo á esta historia algunas bellezas y adornos, no sería difícil convertirla en una novela interesante.

EL MONOEMUGI.

Fácilmente se van cortando imperios en los vastos desiertos que están detras de las costas. El Monocmugi es uno de aquellos reinos que la imaginacion estiende quanto quiere, sin que la detengan límites ciertos, hasta que descende hácia el mar, donde el Monomotapa y los demas paises, de que ya hemos hablado, ponen término al Monoemugi. No se sabe de él sino por las naciones intermedias, y así las nociones de este reino pasan de boca en boca á los europeos curiosos, como sus riquezas pasan de mano en mano; pero ni las unas ni las otras llegan sin alteracion. Se sabe que es monarquía, y monarquía absoluta, en la cual hay idólatras, mahometanos y cafres, nombre por el que entendemos infieles y gentes sin religion. Por cafres tambien entienden los europeos los negros, que hacen la parte mas fuerte de la poblacion de Monoemugi.

Aquí tambien se encuentran con el nombre de giagas los imbis, aquellos mismos pueblos salvages, asoladores de Mombaza y de Quiloa, y tal vez serán lo mismo que los gallanos, que hacen temblar la Abisinia. En el centro de la ardiente Africa pululan estos monstruos con los leones y tigres, igualmente sedientos de sangre. Con poco honor se sirve de estos bárbaros el emperador de Monoemugi contra una república de amazonas que hace frecuentes correrías por las fronteras meridionales de sus estados. Contiene á estas mugeres guerreras en respeto por medio de las giagas, y no porque temen su valor, sino porque tiemblan de ser por su barbarie asadas vivas por esta maldita casta; de

suerte, que cuando llegan á las manos , es un combate de muerte , y sin cuartel por una ni otra parte. Esto podia servir de episodio en la novela de Alfondi.

CAFRERÍA.

No hay pais alguno que se llame propiamente Cafrería ; pero como esta palabra significa *pais de infieles* , pueden llamarse así con justo título las vastas regiones que hay desde los hotentotes hasta la línea equinoccial y mas allá , á vista de que los que las habitan son idólatras , y mucho mas que otra nacion del mundo , entregados á las supersticiones mas inhumanas y estrañas , y á los sortilegios. La crueldad y ferocidad de aquellos salvages, juntas con el calor escesivo y el mal aire de aquellos climas , han quitado á los misioneros el valor de aventurar sus vidas y sus trabajos. Muy pocos son los que han penetrado muy adelante tierra adentro , y de estos , unos han muerto á poco tiempo por lo malsano del clima, el nocivo alimento, y las horribles fatigas: los otros no han tenido valor para quedarse entre aquellos salvages viendo el poco fruto que lograban; y los que han vuelto han hecho unas relaciones tan espantosas de su mision, que ya no envian á nadie ; y de aquí proviene que sea tan poco lo que conocemos de los vastos paises interiores.

HOTENTOTES.

La punta de la Africa está habitada por los hotentotes , nacion indígena , que no debe confundir-

se con los cafres por ser pueblo diferente, que ni tiene el mismo color ni las mismas costumbres. A lo que parece no carecen del todo de noticias del diluvio; y si se quiere, puede suponerse que son descendientes de los antiguos trogloditas que provienen de Abrahán por su muger Cetura. El language de estos es un compuesto de sonidos extraordinarios, parecido al gorgceo de los pavos cuando riñen, mezclado con los chillidos de una picaza, y á los quejidos de los buhos, porque no se advierte que articulen, y así es su lengua una especie de monstruo entre las demas, pues su pronunciacion depende de ciertos choques de la lengua contra el paladar, y de ciertas vibraciones tan estrañas, que es imposible egecutarlas sin acostumbrarse desde la infancia. Tambien es para los hotentotes muy dificil aprender nuestras lenguas, y jamas las hablan bien. Su pais es montuoso, pero con bellas praderas en las gargantas, y aun en las cimas de los montes: le riegan riachuelos que tienen las mejores aguas del mundo; y el mar tiene muchos pescados. Nadan los hotentotes de pie como si fuerán andando, sirviendose de sus brazos como de balancero; y á la verdad que esta singularidad que les es propia debieramos procurar imitarla.

Esta nacion, que es muy considerable, se compone de tribus todas errantes, como debe suceder á un pueblo pastor; pero son errantes en un espacio determinado: quiero decir, que los hotentotes, despues de haber agotado un territorio, trasladan sus cabañas á otro, y luego vuelven al primero, porque en poco tiempo le hallan cubierto de nuevas yerbas; y de este modo no se confunden las tribus. Se hacen la guerra entre sí; pero sus que-

rellas se concluyen interviniendo los vecinos. Se socorren mutuamente contra el comun enemigo; y los holandeses han experimentado algunas veces la fuerza de estas ligas, con grande daño suyo.

Cuando nace un niño le frotan con estiércol de vacas, y le lavan con leche de higueras, dejan que esta se seque al sol, y le untan con grasa sola, ó grasa con manteca de vacas: el padre ó la madre le ponen el nombre del animal que mas quieren: y en destetandole le enseñan á fumar. Los hotentotes son altos, derechos, bien formados; su estatura es de cinco y medio á seis pies. Las mugeres son mas pequeñas, y de color de accituna. Ellos tienen la cabeza grande, los ojos vivos, la nariz chata, los lábios gordos, los dientes blancos como el marfil, el pelo como el de los negros, pero muy negro, los pies grandes y anchos. Las mugeres los tienen pequeños y delicados. Dicen algunos viageros que la naturaleza, como atendiendo al pudor de estas mugeres, las ha dado en el empeine una piel dura que les tuelga en forma de un pequeño delantar: esto sería una singularidad esclusiva, y particular á la casta hotentota.

No hay en el mundo criatura mas perezosa que el hotentote; pues dice que pensar es trabajar, y que trabajar es el azote de la vida: y así pasan la mayor parte de ella en una ociosidad y estupidez que pasma; pero si se ofrece la ocasion no dejan de ser activos. Corren mas que un caballo, manejan el arco con mucha destreza, arrojan con mucha fuerza y tino la azagaya, y los racumes ó bastones; se distinguen en el afecto de unos con otros, en la hospitalidad y en la compasion de los infelices y los estrangeros; pero esta natural bon-

dad la desconocen bárbaramente para con los viejos décréritos, aunque sean sus padres: tal es la fuerza de las preocupaciones. Cuando alguno llega á décrépito, el hijo ó el pariente mas cercano junta los hombres del aduar ó del lugar, les hace presente el infeliz estado del anciano, y pide que le secuestren: esto jamas se lo niegan. Le ponen caballero en un buey de montar, y siguiéndole la mayor parte de los habitantes, se le lleva á una cabaña, hecha á propósito en lugar separado. Le dejan algunas provisiones, de modo que pueda alcanzarlas, y así le abandonan á perecer de vejez y de hambre, si antes no le devoran las fieras. De dos gemelos que les nazcan, siempre matan uno. Otra costumbre no menos estraña es que un hotentote, cuando le reciben en la clase de los hombres, tiene que golpear á su madre para que vea que ya no es niño.

El vestido consiste en una capa que llaman conosa, hecha de pieles de fieras, y no les importa que esté untada de estiércol ó manteca de vacas, ó bien de grasa fresca ó rancia. Generalmente se puede decir que esta untura es un verdadero adorno, pues no hay ceremonia en que no se apliquen como gala estas mantecas, haciendo surcos en su cuerpo con ellas, y dandoles color con lapiz, ó un polvo encarnado llamado *buchú*. Los hombres nada llevan en la cabeza: las mugeres gastan una especie de tocas, y las parece que es vistosa gala la de las veigas llenas de aire, que cuelgan de sus cabellos. Su calzado, en que tambien se distinguen de los hombres, consiste en tripas frescas de animales, que se atan al rededor de la pierna, á modo de borceguies. Tambien es adorno de héroe colgarle

al cuello los intestinos sangrientos de la bestia feroz que él ha muerto, hasta que se pudren, y así huele desde una legua. Un rasgo de su aseo es llevar siempre en la mano una cola de gato montés ó de zorra, que les sirve de pañuelo. No comen mas que carne; pero el puerco, los pescados sin escama, las liebres y los conejos están prohibidos á los varones por su misma tradicion. Las mugeres pueden comer conejos y liebres, y ambos sexos comen los cueros rancios, echandolos primero en agua y pelándolos: tostados de este modo sobre las ascuas son para ellos un lindo manjar. No gastan sal ni especias, y su bebida ordinaria es el agua, con la leche de vacas para los hombres, y la de las ovejas para las mugeres. Solo cuando se celebran las bodas come con ellas el hombre; pero ambos sexos son muy apasionados al aguardiente y al tabaco.

Los aduares se llaman kraales, y cada uno tiene su gefe hereditario, ademas del gefe general de la tribu, al que llaman el Konco. Este es el que manda el egército, dirige las negociaciones, preside en el consejo, y juzga las causas civiles y criminales que les vienen de los kraales por apelacion. Las cabañas son de estera de junco muy apretada, fabricada por las mugeres: los hombres son los que las construyen, y hacen los utensilios del menage y tambien las armas, cuando quieren trabajar. Manejan con destreza los metales, y son buenos alfareros; pero sobre todo muy espertos en cuidar de sus ganados. En el kraal la calidad de médico de estos preciosos animales es una dignidad, y otra dignidad la de la partera, que es elegida por las mugeres. La tercera y mas sublime que las dos,

es la de maestro de ceremonias religiosas, que solemniza los casamientos y funerales, y hace la operacion de cortar á los muchachos un testículo, porque todos, pena de la vida, pasan por esta ley cruel y singular entre los ocho y nueve años. Ellos dicen que deben su grande agilidad en la carrera al corte del testículo izquierdo; pero se juzga que es alguna ceremonia religiosa, de la que no pueden dar razon.

Es difícil espresar la estravagante ceremonia de sus casamientos, funerales, y de las acciones principales de su vida, como la de ser recibido en el número de los hombres, ó declarado por héroe. Para la ceremonia de las bodas forman los hombres un círculo en euclillas, y á distancia estan las mugeres en la misma postura. Entra el *suri*, ó sacerdote, en el círculo que hacen los hombres, y dirige su orina al futuro esposo, y lo mismo hace con la esposa, yendo y viniendo hasta tres veces, mientras no le falta la vegiga, y en estas rociadas va rezando esta fórmula: "Deseo que vivais juntos y felizmente largo tiempo, que tengais un hijo antes de un año, que este hijo sea vuestro consuelo en la vejez, y que salga hombre valeroso y gran cazador." En los funerales son los viejos los que dan las rociadas, el uno al circo de los varones, y el otro al de las hembras. Para recibir un muchacho en la clase de los hombres se necesita el examen y consentimiento del kraal: en teniendo su aprobacion, le aspergea un viejo en medio de los hombres, y le dice: "Todos tus pensamientos, palabras y acciones deben de hoy mas oler á hombre hecho; la buena fortuna te acompañe por mucho tiempo: crece y multiplica. Deseo que te salga pres-

to la barba : evita la compañía de tu madre, sope-
na de ser desterrado de la sociedad de los varones.”
Hasta este punto solo con las mugeres habia vivi-
do el jóven , porque ellas son las que enseñan to-
das las costumbres, leyes, ceremonias, prácticas y
tradiciones de la nacion, como que son las depo-
sitarias de ellas. Por último, para acreditar el va-
lor de un hombre y elevarle á la dignidad de *va-
liente caballero* es necesaria tambien la aspersion,
dada por un guapo condecorado con la insignia he-
rónica. Todos los aspergeados no solamente reciben
para ellos la santa inundacion con recogimiento y
respeto, sino que se frotan con ella muy aprisa, y
hacen surcos en la grasa con las uñas para que el
agua llegue á la piel, deseando que no se pierda
gota.

Se conoce muy poco la religion de los hotento-
tes, porque en este punto guardan un obstinado
silencio si son preguntados, y en las dificultades y
argumentos que se les proponen, no responden sí,
ni no. Ninguno está tan encaprichado como ellos
de sus costumbres y tradiciones. Es imposible con-
vertir uno: se sabe solo que creen un Ser supremo,
á quien llaman el Dios de los dioses, y no le ofre-
cen dones ni víctimas; pero hacen sacrificios á la
luna, honrandola como divinidad inferior, y sen-
sible imágen de un dios invisible. Adoran con pro-
funda veneracion á un insecto ó escarabajo parti-
cular de su pais, que tiene el lomo verde, y el
vientre del mismo color, con manchas blancas y
rojas, dos alas, y dos cuernos en la cabeza. Cuan-
do le perciben, todo el lugar se cubre de *buchí*,
despues cantan, danzan, y resuena el grande y pe-
queño gom-gom, que es un instrumento compues-

to de una pluma, y una calabaza que sube y baja enfilada en una cuerda, y dá un sonido sordo y ronco. Dichoso y mil veces dichoso aquel sobre quien se pone el benéfico insecto, pues queda hecho objeto del culto, y una especie de ídolo.

Creen la inmortalidad del alma, y que esta se está paseando al rededor de sus antiguos despojos, por lo que dejan enteros la cabaña del difunto, su vestido, muebles y armas. Desde el punto en que un hombre ó una muger mueren en algun parage, levantan de allí el campo, y ofrecen sacrificios á una divinidad maléfica llamada *Tonqua*, esto á lo que salga, y sin saber si la tienen ofendida; porque creyendo que la tal deidad trata de ofensa lo que la parece, toman sus precauciones. Antes de entrar en el agua para pasar un rio echan agua por todo su cuerpo; y antes de empezar alguna accion aventurada y difícil se ponen graves, serios y cogitabundos. Para que en todo sean singulares, no hay ceremonia en que no entre el cántico y la danza, á escepcion de los casamientos. Entre ellos es permitida la poligamia, pero no es frecuente: adoptan el divorcio y castigan el adulterio. Tienen tradiciones que conservan con mucho cuidado: una es que sus primeros padres ofendieron tan gravemente al Dios supremo, que los maldijo á ellos y á su posteridad, y que él endurece su corazon; otra es que cuando Dios los envió á su pais, entraron en él por una ventana. El nombre del varon era Noh: el de la hembra Hinguoh.

Los holandeses compraron de los hotentotes el terreno que poseen en el Cabo, le pagaron con fidelidad, y han cumplido con exactitud todas las condiciones que arreglaban los límites y derechos

de los dos pueblos: es verdad que algunas por mal entendidas han causado hostilidades; pero sintiéndolas mucho una y otra parte, han vuelto á la paz; y aun parece que establecida esta sobre las basas de la confianza y atenciones recíprocas, será por consiguiente durable. Los colonos se estienden á distancia por las tierras, y rivalizan con los naturales no solo en el cuidado de los ganados, sino en el de las producciones de la agricultura, la que por último han aprendido á no despreciar los hotentotes.

BENGUELA.

Ya hemos entrado; pero vamos á avanzar mucho mas por el pais de los monstruos. ¡Infeliz naturaleza humana, á qué exceso de brutalidad puede llegar tu abandono! El reino de Bengüela, que es el que se sigue despues de los hotentotes, es uno de los mas malsanos del mundo; porque en él son fétidas las aguas, estancadas en un suelo que el sol abrasa; y la misma tierra inficiona sus producciones. Es preciso confesar que no toda la costa tiene sobre sí esta maldicion; pero los que habitan los paises que ella afligen, tienen que hacer venir de otras partes lo que comen y lo que beben. A pesar de esta precaucion, el corto número de los que se libertan de la malignidad del clima, mas parecen espectros que hombres vivientes. Tienen la voz tan cascada que parece que retienen entre los dientes el aliento; y como si no fueran suficientes las plagas, emplean estos negros la poca industria que hay en ellos en aumentar sus males. Ademas de la violencia, no hay astucia que no inventen para sorprender á sus compatriotas, con el fin de venderlos por

esclavos. Sus mismas mugeres, cómplices del robo, atraen con caricias los galanes, y haciendo de modo que sus maridos las cojan en el adulterio y las prendan, pasan despues desde sus brazos á las cadenas las víctimas de su torpeza. Son embusteros, asesinos, ladrones, sin religion ni costumbres, y no tienen prenda buena en contraste de tantos vicios: tanto que con repugnancia se compadece un hombre de los estragos que en ellos hacen los *giagas*.

Estos pueblos, que tambien se llaman *jaga*, si atendemos á su ferocidad son verosímilmente los mismos que los *imbis* ó *gallanos*. De sus costumbres nos informa un testigo de vista, que vivió con ellos muchos meses. El nombre de la dignidad del gefe es el gran *giaga*. Este tenia veinte mil hombres, que gobernaba por medio de doce capitanes; y nada emprende sin haber antes consultado al diablo, que se llama el *Moquiso*. Dura esta ceremonia un dia entero, con la asistencia de cincuenta mugeres, y dos hechiceros que andan al rededor del *giaga* haciendo gestos, y diciendo palabras mágicas: despues le tiñen la frente, las sienes y el vientre con polvos que ellos consagran con palabras en una grande hoguera, le ponen en la mano su *casingola* ó su *hacha*, y le dicen: *Ve y marcha contra los enemigos: con ninguno te ahorres, porque tu Moquiso está contigo*. La primera hazaña es hendir la cabeza de un jóven que le traen: á esto se sigue matar dos hombres de cuatro que le presentan, y mandar quitar la vida á los otros dos fuera del campo. Es otra despues el regalarse haciendo grandes convites, en los cuales no falta la carne humana. No tienen ídolos; pero dicen que ellos adoran con frecuencia á su *Moquiso*.

El adorno del gran giaga es este. Lleva el cabello largo, hecho un nudo, sembrado de conchitas, un ceñidor de huevos de avestruz, y un simple taparabo de tela de palma. Su cuerpo, señalado con diversas figuras, se unta todos los días con grasa de carne humana: en la nariz y en las orejas lleva unos pedazos de cobre de dos pulgadas de largo. Los giagas, como los habitantes de Bengüela, estiman más el cobre que el oro, y algunas mugeres llevan collares que pesan diez y siete libras. La guardia del gran giaga se compone de mugeres; y estas cuando él bebe se arrodillan, dan palmadas y cantan. Todos los días hace una exhortación á sus tropas: el que vuelve la espalda es condenado á muerte, y comido de sus camaradas. Por penosa que haya sido su marcha, en donde plantan su campo le fortifican cortando árboles y con estacas secas, para lo cual tienen destinado un cuerpo de hombres robustos. Sus cabañas se colocan regularmente muy cerca una de otra: ponen á la puerta sus arcos, dardos y flechas, de suerte que á la menor señal todos se ven al punto armados.

Los giagas no permiten á sus mugeres criar los hijos: los entierran así que nacen, y no se sabe el motivo de semejante costumbre. ¿Será por ventura con el fin de desterrar todo afecto natural, y para que las mismas mugeres, tan guerreras como los hombres, se acostumbren á no conocer sentimiento alguno de compasión? Reclutan jóvenes de los que roban en sus correrías, les ponen un collar por señal de su servidumbre, y tienen que llevarle hasta que traigan la cabeza de algun enemigo. Nada tiene tanto poder sobre sus corazones como la esperanza de verse libres de aquella marca de esclavitud, y así

desafian aquellos jóvenes con valor intrépido toda suerte de peligros por conseguir esta honra. Cuando muere un hombre distinguido entierran con él dos de sus mugeres las mas queridas, y se las ponen á sus dos lados, rompiéndolas primero los brazos. Si no las sofoca la tierra que echan sobre la sepultura, espiran las infelices en este largo suplicio.

Estos bárbaros solamente hacen la guerra por saquear: solo se paran hasta consumir lo robado, y despues vuelven á empezar. Lo peor es que cuanto no pueden llevar consigo lo echan á perder, lo abrasan y lo destruyen, hasta no dejar, por donde pasan, mas que un desierto, á no ser que fatigados de sus correrías y cansados de matar, les venga la gana de fijarse, como lo han hecho, en las llanuras menos estériles de Bengüela. Ya se deja conocer el triste papel que hacen los habitantes del pais con semejantes huéspedes, y así apenas se habla de ellos, y solo se sabe que tenian algun gobierno, y que su estado es ahora monárquico.

CONGO.

Siguiendo la costa se entra en el estado de Congo, y parece que se halla el viagero en la Europa, porque allí hay condados, marquesados y ducados. Solo ha quedado una parte, que es con corta diferencia la mitad de aquel imperio, por haberse separado las provincias que al presente son reconocidas por reinos. El titulo del rey es Mani, que significa señor, y así Manicongo quiere decir el señor de Congo. Ademas de las provincias que ha perdido al rededor, las que le han quedado mas cerca del centro con denominaciones europeas le dan frecuentes pruebas de independenciam.

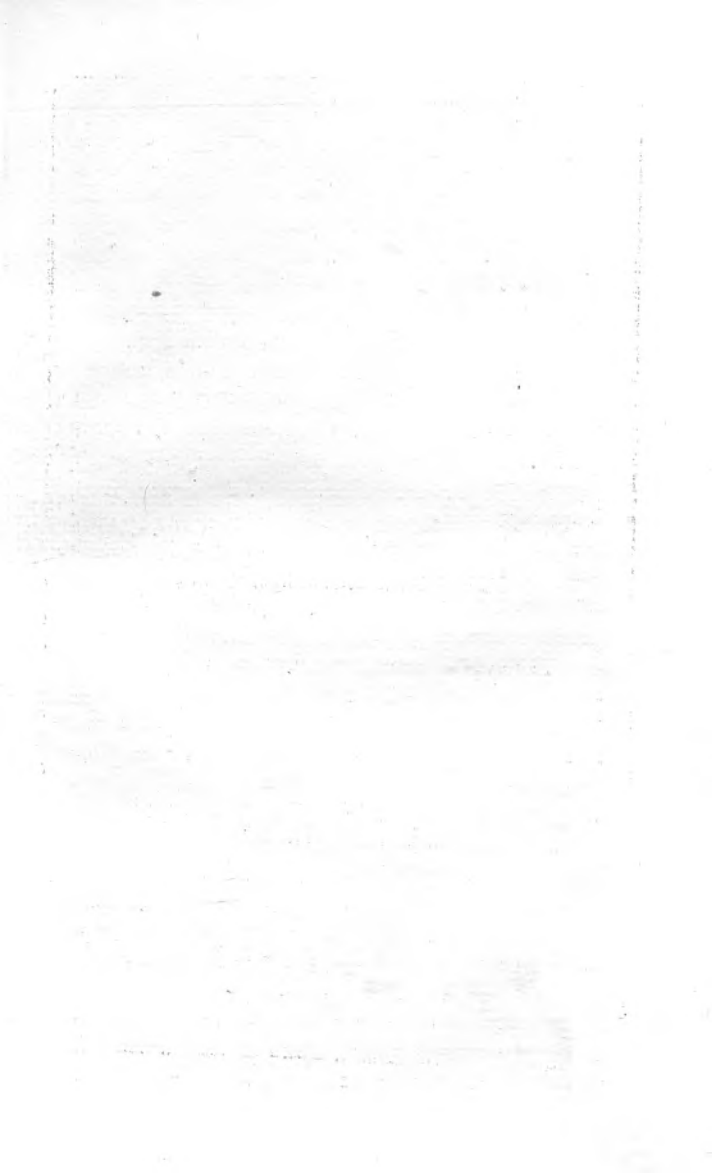
El Congo es uno de los países mas fértiles del mundo. Allí crece y se espesa tanto la yerba, que sirve á las fieras para ocultarse con peligro del hombre. Nunca el pasagero va sin el miedo de que se levante á su lado algun leon, tigre ú otra bestia carnívera, ademas de las serpientes y los insectos venenosos que se ocultan entre aquella yerba. Las gentes del país no han hallado otro medio de librarse sino ponerla fuego cuando está bien seca; pero los animales echados de sus asilos con las llamas, se enfurecen, y se arrojan sobre todos cuantos encuentran, aunque sean muchos. Los viageros, que desde lejos advierten el incendio, no tienen mas recurso que el de subir prontamente á los árboles, en lo que los negros son muy diestros; pero los europeos, como menos ejercitados, tienen que llevar escalas de cuerda, y sus negros se las atan á los árboles. Hay dos cosechas en el año, y no obstante sobrevienen hambres por el descuido, y ninguna esperiencia de aquellos pueblos, que jamas han podido acostumbrarse á guardar de una estacion para otra. Tienen granos y raices alimenticias, cuya conservacion les costaría poco trabajo; pero como se hallan en una especie de paraiso terrenal, segun la hermosura de las flores, lo sabroso de las frutas, la abundancia de la pesca, y la multiplicacion de los ganados, solo piensan en gozar. El ardor de su clima abrasado no les da pena ni les atormenta, por estar ya acostumbrados.

El Congo, con ser tanta la multitud de esclavos que salen de él todos los años, está prodigiosamente poblado, porque las mugeres son en extremo fecundas. Se cree que á no ser por esta perpetua emigracion, por las guerras, y por la mortandad de

las epidemias y de las hambres, se veía tan cargado de habitantes que se comercian unos á otros. Allí no hay que buscar comercio por mayor, sino cuando mas algunos cambios entre negros para las necesidades mas urgentes de la vida. Si, como ellos suponen con vanagloria, tienen minas de oro, plata y cobre, no las disfrutan. Su moneda son unas conchitas de caracoles de mar, llamadas cembis, que se pescan en el Bamba, y circulan no solo en el Congo, sino tambien en los reinos vecinos.

Es cosa bien graciosa oír los discursos de un negro de Congo sentado en su estera, fumando su pipa, cubierto de cuatro andrajos, y abrasado de un sol perpendicular, cuando dice: "Los otros países son obra de los ángeles; pero el mio es obra del mismo Dios. Mi rey es el mas rico, el mas sabio y el mas poderoso de todos. Mis compatriotas son los mas nobles y felices del universo. ¿Qué me habláis, ó qué habláis, de la magnificencia de vuestros monarcas de Europa y de Asia, de sus inmensas rentas, de la grandeza de sus palacios, de la opulencia y felicidad de sus vasallos, y de los grandes progresos que han hecho en las ciencias, artes y manufacturas? Todo eso, si es verdad, es muy inferior á la dignidad y esplendor de mi rey y de su reino. No puede haber mas que un Congo en el mundo, y todo el resto se ha criado para la gloria de nuestro monarca y la felicidad de sus vasallos."

» El mar nos paga el continuo tributo de cembis, mientras los otros se ven precisados á socavar las montañas y romper las rocas para sacar el oro y la plata, que son los escrementos de la tierra. ¿Qué es lo que os obliga á pasar los mares, y esponeros á tantos peligros y trabajos para venir á





El negro despedido.

Se lamentaba con despecho un negro porque habiendo vendido á sus padres, hijos y hermanos, no le quedaba en su familia individuo que vender; y reconvenido por unos religiosos, dixo: No he hecho cosa que aqui no se haya hecho siempre. ¿Es delito haberme anticipado para que ellos no me vendiesen? ¡Hasta qué punto ha depravado al hombre su codicia quando hace tráfico de su propia especie!

traficar con nosotros, sino la pobreza y esterilidad de vuestro pais? ¿Para qué necesito yo de vuestras telas y los demas productos de vuestras manufacturas? A vosotros os ha costado el fabricarlas muchas fatigas, mientras yo vivo con descanso. Me paso sin vuestros zapatos, porque la arena no me abrasa, ni las piedras me hieren mis pies ya endurecidos. ¿Para qué vuestros sombreros, si en mí el pelo hace impenetrable mi cabeza á los rayos del sol? ¿Para qué los colchones y las alfombras, si todo ese equipage no sirve mas que para recalentarme? Yo duermo tranquilamente sobre la desnuda tierra; y cuando se levanta algun zéfiro benéfico, el obstáculo de una pared ó de alguna tela tendida, me sirve de tienda, y no me priva de este beneficio de la naturaleza. Si me mojo con la lluvia, presto me enjugo con solo sacudirme. Mis mugeres me dan esclavos, y vendiéndolos, compro lo que no me produce mi pequeño campo, cultivado con las manos de mis mugeres, y compro tambien los utensilios para el gobierno de mi casa, aun cuando yo no sepa hacerlos. Me divierto, y el precio de mis hijos me provee de ropas, de tabaco, del aguardiente, que me alegra el corazon, y de otras mugeres que me paren mas esclavos, y me enriquecen.”

Un dia vieron los capuchinos entrar en su iglesia de san Salvador, capital del pais, un negro que daba muchos gritos y patadas, y se retorcia los brazos como un desesperado: acudieron por saber la causa de tan amargo dolor, y dijo: “¡Ay de mí, que tenia yo hermanos, una hermana, padre, madre, muger é hijos, y todo lo he vendido! ¡Infeliz de mí, ya no me resta ninguno de mi familia que vender para hacer dinero!” Los buenos

religiosos, estrañamente sorprendidos, le reconviniéron sobre la ofensa que hacia á la razon y á la naturaleza con semejante inhumanidad; y él les respondió: "Yo no he hecho cosa que no se haya practicado siempre en esta tierra. ¿Qué delito he cometido en venderlos, sino haberme anticipado para que ellos no me vendieran á mí?" Con efecto, aunque el cristianismo que se estableció en el Congo á fines del siglo xv, ha debilitado esta bárbara costumbre, todavía está distante de haberla estirpado. Los europeos tranquilizan su conciencia sobre este horrible comercio con decir, que si ellos no los compraran, los venderian á otros; pero á lo menos estos otros no los sacarían de su patria para sujetarlos en la América á un género de vida contrario al que tenían desde la infancia, siendo así que en su país, aunque esclavos, se aprovecharian de la indolencia que en él es general. Solamente pues se compran sin remordimientos los prisioneros de guerra de los giagas, ó de otros monstruos, porque así se les libra de una muerte cruel; pero estos son los menos. Además de esto, es inhumanidad digna de castigo la de ciertos colonos que si sacan á estos infelices de la carniceria de los giagas, es para exigir de ellos tan escesivos y continuados trabajos, que hagan su vida peor que la muerte.

Antes de la introduccion del cristianismo, era la religion del Congo un monstruoso compuesto de idolatría, supersticiones, ceremonias y costumbres absurdas y detestables. Reconocian un¹ supremo Ser, criador de su país; pero que abandonaba las cosas de este bajo mundo al gobierno de grande número de dioses inferiores, de los cuales unos presidian al aire, otros al fuego, al mar, á la tierra,

á la sequedad , á la lluvia , al calor , al frio , á los hombres , á las mugeres , á la escasez y á la miseria ; en una palabra , á todos los bienes y males. Los gangas ó sacerdotes especificaban á sus prosélitos el dominio de cada uno de estos dioses , á fin de dirigir sus ofrendas , pero no fijaban su figura ; y así uno tomaba por dios un animal , otro un árbol , una piedra , ó algun mono que fabricaba groseramente. El culto consistia en genuflexiones , humillaciones , y siempre con ofrendas de que se aprovechaban los gangas. Estos traian la fertilidad , alejaban las tempestades , curaban las enfermedades , y sobro todo conocian quien habia causado la muerte , suponiendo que nadie muere naturalmente , si no que solo salen de este mundo en virtud del maleficio de algun enemigo. El ganga indicaba sin duda quien era el hechicero ; lo que es un escelente medio de vengarse , cuando están mal con alguno , y de limpiar la tierra de los que no los creen : creencia abominable que es un perpetuo manantial de discordias y muertes. El gefe de los gangas se llama Chalombo , y es tanta su autoridad , que el gobernador de la provincia en donde reside se ve precisado á comprar su amistad y proteccion para que le reciban y le dejen vivir tranquilo. En su casa no se entra sin su permiso , no sea que algun imprudente manche el sagrado fuego que en ella conserva. Cuando se ausenta por algun tiempo , es en los negros delito capital tener comercio con sus mugeres y concubinas , hasta su vuelta. Goza ampliamente de todas las dulzuras de la vida , comodidades y placeres ; pero siempre está como Damocles , viendo la espada suspensa sobre su cabeza , pues no debe morir de muerte natural , porque esta

desgracia causaria la ruina del mundo, y para prevenir esta catástrofe, en estando enfermo ó demasiado viejo, le asesinan ó le ahorcan.

La mayor parte de los cristianos del Congo no lo son mas que en el nombre, pues se ve que enteramente ignoran los dogmas y los preceptos del Evangelio; otros los respetan tan poco, que no se detienen en mantener grande número de concubinas, ademas de sus legítimas mugeres. Muchos de ellos aunque exteriormente llevan rosarios y cruces, tienen debajo del vestido sus encantos y amuletos; bien que desórdenes tan anticristianos provienen del mal ejemplo que les dan los portugueses, y de la falta de instruccion; pues en todo el imperio no hay colegio alguno ni seminario, los pocos sacerdotes que van de Portugal no son los suficientes para enseñarlos, y los del país son demasiadamente ignorantes. No hay mas que un obispo, y las iglesias están mal-construidas y sin asco: las ceremonias rara vez se hacen acompañadas de la augusta pompa que las hace tan venerables en los templos católicos. Su cristianismo pues, ha bastardeado, y la misma exterioridad no es suficiente para prevalecer sobre las supersticiones antiguas.

Todas las tierras del Congo son del rey, y así saca los tributos y los aumenta mudando frecuentemente de mano, que es la ruina de la agricultura. Los cimbis, las multas y los regalos del gobernador que cargan sobre los pueblos, son todas sus rentas. Las de las tierras las perciben los duques, y las pasan á la corte: no entregarlas con fidelidad, ó negarlas del todo, es muchas veces la causa de las guerras. Nunca se elige por rey al que no es de la familia real; pero no se repara en que

sea de la rama mas próxima ó de la mas distante. Regularmente se unen los votos á favor del que procura llevar mas tropas adonde se hace la eleccion, ó ganar de antemano con presentes á los electores. Luego que se ven de acuerdo convocan á todos los grandes del reino á un sitio cerca de la capital, y desde allí van á la catedral, en donde hay dos sillas, una para el obispo y otra para el gefe de los electores. Este se ve rodeado de los pretendientes, que ignorando todavía sobre quien cayó la eleccion, esperan con impaciencia á que le nombre.

El señor elector no se aprestura, hace un largo discurso sobre las obligaciones de un rey, y le concluye nombrando al electo. Deja su silla, le toma por la mano, le presenta al obispo, ante quien se pone de rodillas. Le arenga tambien el prelado, y le exhorta sobre todo á que sea zeloso defensor de la Iglesia Católica, le hace prestar el juramento, le conduce al trono, y le pone la corona en la cabeza. Al punto resuena el aire con las aclamaciones del pueblo y el ruido de los instrumentos. Algunos dias despues hace el monarca dos ceremonias importantes: la primera consiste en bendecir solemnemente al pueblo; la segunda en dar á los grandes la investidura de las principales dignidades y de los feudos de sus estados.

Para la bendicion se levanta un trono en el parage mas elevado de algun grande sitio, desde donde el príncipe pueda ser visto, y verlo todo: si entre sus ministros y nobles hay alguno que haya incurrido en su desgracia, con una mirada ó con un gesto le echa fuera, como indigno de su bendicion; y á la verdad que es un modo muy acomodado de deshacerse de los que le disgustan, porque

no tiene que explicarse ni oír disculpas. El pueblo se arroja al desgraciado, le saca con tal violencia y tan maltratado, que por lo comun no se libra de sus manos. Cuando toda la asamblea es de vassallos fieles, estiende el monarca sus manos, y les desea todo género de felicidades, y ellos le manifiestan su contento y agradecimiento con grandes gritos y palmoteo: con la misma pompa se hace la distribucion de los feudos. Los que no consiguen las dignidades que desean, no serian mas bien admitidos á espresar su descontento en presencia del pueblo, que aquellos que en la bendicion se atrevieron á asistir sin tener seguridad de estar en la gracia del príncipe. No solo en estas ceremonias, sino en todas las ocasiones se presentan los reyes de Congo con una brillante comitiva. Una particularidad es la que hace numerosa su corte, y es que son muy pocos, aun entre los grandes, los que saben leer ni escribir, y así por poco complicadas que sean las órdenes, tienen que recibirlas en persona; por lo que siempre hay grande concurrencia, y con las inclinaciones, genuflexiones y prosternaciones que se usan en el pais, parece concurrencia de esclavos.

La reina es la única muger legítima, y se llama la Mani-Bombaba: y como señora de las mugeres tiene siempre al rededor muchas damas jóvenes, cuya vida no es muy mortificada, como no lo es la de su ama. Entre ellas halla el rey la satisfaccion de sus gustos. Tambien suele tener públicamente concubinas á pesar de las reconvenciones de su confesor y las reprensiones de los misioneros.

En la revista general, que se verifica todos los años en el dia de Santiago, se hace una descrip-

cion singular de sus tropas : todos los príncipes y señores de su corte asisten, y cada soldado procura presentarse lo mejor que le parece. Los unos con arcos y flechas de diferentes tamaños: los otros con espadas anchas, dagas y cuchillas: algunos no llevan mas vestido ni otras armas que sus largos escudos: estos van cubiertos con pieles de diferentes animales, desde la cintura hasta la rodilla; aquellos llevan el cuerpo y el rostro pintados con diferentes figuras, y cuanto mas monstruosas son, se tienen por mas guerreros. Los que no pueden conseguir una espada ancha de acero, la llevan de madera muy dura. Sus banderas por lo comun son andrajos sucios y desgarrados: sus armas de hierro ó acero roidas del orin, y las de madera mal hechas y mal pintadas. A esto se añade que los inválidos, así mozos como viejos, los ciegos y los inhábiles tienen precision de concurrir, y así se ven unos sin armas, otros sin brazos ó sin piernas, y de todos modos contrahechos. Todos se adornan la cabeza con plumas de diferentes colores, cada uno á su modo. Ademas de las armas van ordinariamente con algun instrumento que indique su oficio. Los señores van recorriendo las filas, y exhortando á todos á cumplir con su obligacion en las ocasiones, y á pelear con valentía, bajo las banderas de su poderoso monarca. Dice uno: "¿Se hallará otro semejante debajo del cielo?" Y esclama una tropa: "¿Quién se le podrá comparar?" Y responde la inmediata: "Viva para siempre." Despues dicen todos juntos: "Sea exaltado su trono sobre el sol y las estrellas, confúndanse sus enemigos, y véanse pisados de nuestros pies como el polvo." A estos clamores se juntan el retintin de las armas, el rui-

do de los instrumentos , y toda aquella confusion remata por un combate fingido y un gran convite. Yo no dudo que se hace eleccion entre esta tropa de los que han de presentarse al enemigo ; pero con todo este aparato no hay egército menos temible que el de los reyes de Congo ; porque en él no hay órden en las marchas, ni disciplina en el campo. El soldado carga con furor ; pero en llegando á las manos , ya no oye lo que le mandan , por lo que uno solo que huya arrastra todo el egército : la misma falta de subordinacion tienen cuando vencen y saquean : es imposible arrancarlos del botin.

Antes del cristianismo enterraban con el rey á lo menos doce de sus concubinas favoritas ; pero todas aspiraban á esta honra , y peleaban entre si por conseguirla. Se abolió esta bárbara costumbre ; pero se conserva la de las lamentaciones fúnebres , que en los entierros de los grandes dura ocho dias , y el uso de cargar en los aniversarios las mesas de manjares y embriagarse. Siguense despues las ceremonias de la Iglesia con una pompa proporcionada á la dignidad de la persona. El nicho real está pintado de negro , y esta pintura se renueva todos los años , á pesar del mal olor que el sitio exhala , por lo menos mientras dura el cadáver sentado en medio del nicho y en una silla hermosa.

Las precauciones para administrar justicia son prudentes ; pero un negro que no se deje sobornar , es una especie de milagro. El acreedor puede hacer al deudor esclavo. Hay tres delitos capitales , el asesinato , la rebelion y el sortilegio , y este último se castiga con el fuego. Estafar y hur-

tar ocultamente es una maldad digna de castigo; pero tomar lo que otro tiene con atrevimiento, y arrancarselo con violencia, es una accion noble y heróica en su concepto, á proporcion que el robo es mas considerable.

Los de Congo no tienen ninguna de aquellas industrias que en las otras naciones alivian el trabajo; todo lo hacen á fuerza de fatiga, supliendo esta por el arte y la destreza: y así no tejen, sino que van pasando los hilos entremetiendolos uno por uno. Un pedazo de madera dura, ó una piedra que tienen entre los pies, les sirve de yunque. Dan en el hierro con un martillo mal formado, y no saben pulirle ni afilarle. No trabajan mas bien la madera, y el barro para sus utensilios; pero en las comodidades personales son escelentes. Poca opulencia es la de un negro, cuando no tiene dos esclavos que le lleven tendido á la larga en una hamaca. No hay que temer que el que tiene que ir á pie lleve peso alguno, porque su muger es la que se carga con el saco de las provisiones, llevandole acuestas atado con una correa bien apretada al rededor de la frente, y algunas veces va con un niño al pecho, y llevando otro de la mano. El marido se está fumando con gravedad su pipa al lado de su muger, sin ofrecerse nunca á aliviarla; y esta penosa tarea se renueva muchas veces, porque el negro, como le es fácil llevarlo todo consigo, gusta de mudar de lugares. No obstante, debiera detenerle la dificultad y el peligro de viajar por un pais infestado de fieras, sin puentes, ni mas caminos que los que van de un pueblo á otro, y por bosques obstruidos de malezas, y en los cuales la yerba sube por encima de la ca-

beza; pero todos estos obstáculos no han podido curar á los negros de la manía de hacer viages.

Entre la plebe, cuando los padres de una doncella creen que ya la pueden casar, se retira ella por un mes á una tienda particular, en la cual recibe á todos los pretendientes, y los regalos que la llevan; y pasado el término da la mano al que mas la gusta. Entre los grandes, antes de empeñarse para toda la vida, piensan en conocerse bien y despacio, y despues de haberse tratado, y aceptadas las condiciones por la doncella y sus padres, la llevan con el menor ruido posible á la casa de su futuro esposo, y comunmente es la novia la que insta para que se haga el matrimonio, porque el marido tiene poco empeño en imponerse la sujecion, y muchas veces lo que le determina es el deseo de tomar la dote. El matrimonio se celebra en presencia del sacerdote, cuando le hay, porque aqui vamos hablando de los que son católicos; y en estas ocasiones no se detienen en gastos para tratar bien á los convidados. Los pobres venderian uno ó dos hijos para comprar una vaca, ó vino de Portugal y aguardiente. Dura el convite mientras no falta que comer, y se estan cantando ó bailando hasta que los convidados se quedan dormidos allí mismo.

Sus ruidosos cánticos, sus gritos y carcajadas asustan á un europeo; pero los negros se rien de nuestros modos de cantar. Tienen instrumentos de cuerda y de boca; pero los mas bien tocados hacen tristes conciertos. Las danzas solo les parecen primorosas á proporcion que son mas inmodestas. Uno y otro sexo se suele conmovier de modo que cayendo en una especie de frenesí, olvidan todas las

Congo.

reglas de la decencia, y entonces es tal la confusion, que escede á la libertad de las mas desenfrenadas bacanales. A estos excesos, que son frecuentes, se atribuye grande parte de sus enfermedades: ademas de que la manteca con que casi siempre van untados tapa los poros, y ellos los cierran mas arrojandose á la frialdad del agua cuando van gooteando con el sudor de movimientos tan violentos. Aunque las enfermedades que de aquí resultan son comunísimas, no saben sus médicos curar, y así mueren los mas. Las viruelas hacen grandes estragos, y no es menos terrible la plaga del mal venéreo. No dicen que este se le llevaron los europeos.

Las lluvias en aquel clima cálido y húmedo casi todas son mortales. Entre ellos es opinion que generalmente se ha esparcido, que ayudar á morir prontamente al que está agonizando es hacerle beneficio. Los menos crueles son los que le apresuran la muerte aturdiendole con gritos y aullidos, ó ahogandole con sus caricias. Se cuenta de los habitantes de la provincia de Matamba, que cuando uno de sus parientes está en la agonía, le cogen por los brazos y las piernas, y le levantan en el aire lo mas alto que pueden, y le dejan caer en el suelo. Despues de haberle considerado por algun tiempo muerto ó espirante, se arrojan sobre él, le besan, le aprietan contra el pecho con tales sentimientos y sollozos, que moverian á compasion á los que no conociesen la indiferencia y la falta de afecto natural que reina en todas las familias, como que se venden unos á otros.

La historia de Congo, antes de la llegada de los portugueses, no es mas que un agregado de tradiciones inciertas, porque como no habia escri-

Años
de J. C.
1484.
1502.

tura, son pocos los hechos que se han conservado, y todavía son menos las datas. Hablan de un monarca que se llamó Luqueni, que reuniendo muchos estados, formó el grande imperio de Congo. Ya habia decaido mucho este reino cuando llegaron los portugueses, bajo la conducta de Sousa, en 1484. Es admirable la facilidad con que redujeron al monarca que entonces reinaba á que abrazase el cristianismo, porque todo fue obra de algunas cartas exhortatorias del rey de Portugal, y de un viage de un tio del rey de Congo, que se hizo instruir, y se convirtió en Lisboa. Volvió á su país, y catequizó á su sobrino, con el auxilio de algunos misioneros que enviaron en su compañía. El Mani-Congo se hizo bautizar, tomó el nombre de Juan, y la reina el de Leonora, en obsequio del rey y reina de Portugal. Los imitó su corte, y á esta, como es regular, la imitó el pueblo. No obstante, estuvo este príncipe vacilante en su religion; pero Alfonso, su hijo y sucesor, se mantuvo muy firme, y segun el zelo con que hizo que fuesen misioneros á su reino para instruir á sus vasallos, se le puede considerar como el apóstol de Congo.

Años
de J. C.
1521.

Envio á su hijo á Lisboa, para que le diesen educacion cristiana. Este príncipe que colocado en el trono se llamó don Pedro, imitó el zelo y piedad de su padre. No degeneró de ella su hijo don

1530.

Francisco, que tuvo la corona dos años, y la dejó por su muerte á don Diego su primo. Murien-

1532.

do este sin hijos, los portugueses, poderosos en el reino, pretendieron abrogarse el derecho de dar rey. Los príncipes de la sangre, los gobernadores de la provincia y la nobleza se levantaron contra

Años
de J. C.
1540.

esta pretension, y llegando á las manos con los portugueses, los maltrataron. Fue elevado al trono don Henrique, del que se cree haber sido hijo bastardo de don Diego. Cuando tomó la corona se vió empeñado en una guerra, y la pérdida de una batalla le costó la vida. Pusieron en su lugar á don Alvaro I, su hijo, el cual creyó que debía disculparse en Lisboa sobre la violencia hecha á los portugueses, cuando quisieron oponerse á la eleccion de su padre. Su disculpa fue oida; pero resultó de ella entre las dos cortes una frialdad y tibieza, que perjudicó á la religion, pues por mas instancias que hizo el rey, no pudo conseguir que le enviasen misioneros. Sufrió este príncipe una irrupcion de los giagas, de la que resultó el hambre y la peste. Los portugueses no le socorrieron, sin duda porque querian obligarle con la necesidad á descubrir las minas de oro de su reino, que era á lo que siempre se habia negado su antecesor: y aun su confesion, con ser portugues, le aconsejaba que no confiase á los estrangeros un secreto tan importante para su reino. Don Alvaro II, obligado de las circunstancias, tuvo que ceder en este punto, y recobrando la gracia de la corte de Lisboa, le envió esta los misioneros que tanto necesitaba la religion. El buen rey los ayudó lo mejor que pudo, y tuvo el gusto de dejar con el cetro á su hijo, el cristianismo bastante bien restablecido.

1542.

Su hijo se llamaba don Bernardo, y la noticia que corrió fue que le mató en desafio su hermano don Alvaro III; pero si este consiguió la corona con un fratricidio, borró lo odioso de este delito en el espíritu de sus vasallos con su conducta llena de humanidad, religion y justicia; por lo que su reina-

1614

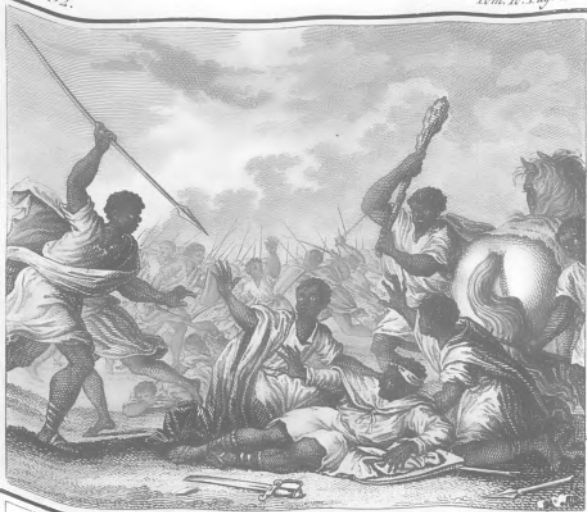
1615.

Años
de J. C.
1620.
al 1636.

do pareció á todos demasiado breve ; y á la verdad, solo duró siete años. Los reyes que le sucedieron, á saber, don Pedro II, don García I, don Ambrosio, don Alvaro IV y don Alvaro V, no reinaron entre todos mas que quince años. El último bien mereció la desgracia que en la flor de su edad le precipitó del trono al sepulcro. Concibió sospechas mal fundadas contra el duque de Bomba y el marques de Quiona su hermano, y los puso en la precision de levantar tropas para defenderse. No teniendo el rey buen éxito en esta guerra, le hicieron prisionero los dos hermanos; pero muy lejos de abusar de su victoria, trataron al monarca con mucho respeto, le llevaron á la capital, y se la restituyeron. Avergonzado de deber la corona y la vida á sus vasallos, no bien se vió libre el feroz monarca, cuando levantó un egército, y marchó contra los dos hermanos; pero mas desgraciado fue todavía en esta espedicion que en la primera, pues perdió la vida. Proclamaron al duque de Bomba, con el nombre de Alvaro VI; y casi inmediatamente le asesinó el marques de Quiona su hermano, y se llamó don García II.

1638.

Don García aunque subió al trono por un crimen, dió desde luego grandes esperanzas con su capacidad en el gobierno, su justicia y su zelo por la religion; pero todas estas virtudes desaparecieron entrando la ambicion. Se propuso la idea de procurar la corona para su hijo mayor don Alonso sin eleccion y contra las leyes. Para esto era preciso destruir á los príncipes de la sangre, que antes que el duque de Bomba y él tenían derecho á la diadema, que la victoria de los dos hermanos habia hecho pasar á una familia estraña, ó á



Prision del Rey de Congo.

Por injustas sospechas perseguía el Rey de Congo á dos ilustres hermanos, los quales, levantando tropas para defenderse, le hicieron prisionero; pero lejos de abusar ellos de su victoria, preservaron en la batalla la vida del Monarca; y llevandole con el mayor respeto á la capital, se la restituyeron. El que no se acredita de noble en el modo de defender su reputacion ó su vida, mereceria perderlas.

una rama muy distante de la reinante. No perdonó don García á ninguno de los desgraciados príncipes que pudo descubrir; y aunque los príncipes católicos le reconvinieron, él se agregó al partido de los adivinos, hechiceros y mágicos, que habian vuelto á tomar fuerzas mientras los portugueses tuvieron privado de misioneros el reino de Congo. Lisonjearon pues á don García, que era de espíritu crédulo y supersticioso, y advirtiéndole que don Alonso, su hijo mayor, muy afecto al cristianismo, no gustaba de sus ritos idólatras, consiguieron aquellos embusteros inspirar sospechas á su padre. Este, que por favorecer á don Alonso habia cometido tantas crueldades, le acusó él mismo ante los estados congregados de haber querido envenenarle, y consiguió que le declarasen indigno del trono, y coronasen en su presencia á don Antonio su hijo segundo.

La primera accion de don Antonio, cuando sucedió á su padre, fue quitar la vida á su hermano mayor, para lo que habia recibido la órden de don García al morir, como tambien la de no perdonar á ninguno de los príncipes de la sangre real que encontrase; y lo egecutó fielmente hasta deshacerse de su hermano menor. La mayor parte de los príncipes que huyeron del puñal de don García, se habian salvado en el reino de Angola. Hizo don García la mas exacta pesquisa de los que se habian ocultado en el suyo, á todos los mató, y se acostumbró tanto á la sangre en estas espediciones, que la derramaba con la misma facilidad que si hubiera nacido entre los canibales, que se comen á los hombres. Llegó el tirano á tal exceso de crueldad que apenas hallaba quien le sirviese. Los sa-

Años
de J. C.
1658.

cerdotes católicos le reconviniéron no solo sobre estas crueldades, sino tambien sobre el matrimonio incestuoso que habia contraído con una parienta; pero él se indignó tanto, que quitó al clero todos los bienes, espidió edictos contra la religion, y declaró que su indignacion habia de caer sobre todos los portugueses. Se pusieron estos en defensa, empezando por apoderarse de las minas de oro: pero levantó don Antonio contra ellos un egército, según dicen, de quinientos mil hombres. Le aseguraron sus adivinos la victoria, y que habia de entrar triunfante, llevado de los principales señores portugueses, en san Pablo de Loanda, capital del reino de Angola, al que habia llevado sus tropas. Cuando se vieron los dos egércitos, se retiró con mucha prudencia don Antonio á una eminencia desde donde pudiese ver el combate. Los portugueses, que no pasaban de cuatro mil, disiparon muy presto toda aquella multitud; y partiendo un destacamento derecho á la eminencia, la guardia no resistió, quitaron la vida á don Antonio, y llevaron su cabeza en la punta de una pica á Loanda: entrada solemne, pero muy diferente de la que le habian pronosticado sus adivinos. Lo que se sabe de don Alvaro VII y de don Alvaro VIII, que le sucedieron, no merece lugar en la historia; y si despues pasaron algunos sucesos importantes, absolutamente se ignoran.

Años
de J. C.
1662.
1606.

ANGOLA.

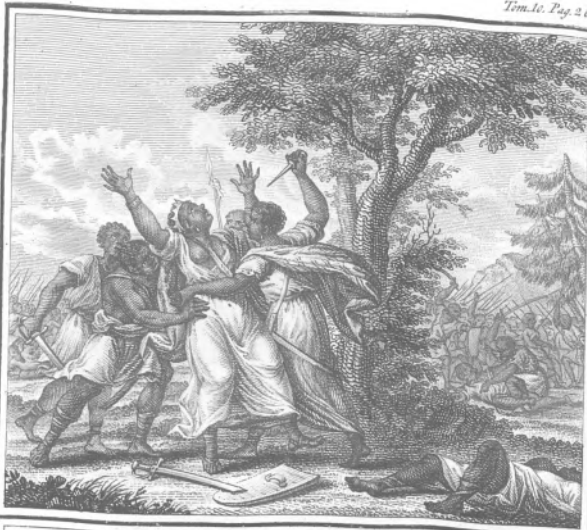
El reino de Angola es una desmembracion del de Congo. Los portugueses tienen la mayor parte bajo de su dominio, que se ha estendido con la re-

ligion que allí plantaron ; pero esta santa religion no es en Angola ni mas bien conocida , ni mejor practicada que en el Congo ; bien que las festividades se celebran con mas pompa y magnificencia. No egerce el rey de Angola en sus provincias toda la autoridad que quisiera , y algunas veces tiene que valerse de la fuerza para hacer respetar sus órdenes. En ocasiones semejantes le dan egércitos de quinientos ó seiscientos mil hombres aguerridos á la manera que en el Congo. El general arregla los movimientos , y da sus órdenes al son de instrumentos varios. Atacan sus soldados al enemigo con grandes gritos , y al parecer con mucha furia ; pero si algun susto ú otro accidente los pone en derrota , ni el general ni todos sus instrumentos son capaces de recogerlos. Todos los tambores y trompetas del Africa no se oirian con los horribles gritos que da un egército de estos cuando huye. En estas ocasiones se coge el grande número de esclavos en que este reino trafica , y muchas veces solo para esto se emprenden las guerras.

El primer gobernador que sacudió el yugo de Congo se llamaba Angola, y dió este nombre á su reino , que antes tenia el de Dango. Por mucho tiempo estuvo enviando al rey de Congo el tributo que le debia como gobernador ; pero viendole ocupado en una guerra estrangera , salió de esta sujecion. El Mani-Congo, en lugar de acometerle para hacerle entrar en su obligacion , se tuvo por muy dichoso con que le diese socorro contra sus enemigos ; y despues vivieron en buena inteligencia. Llegó Angola á una estrema vejez , respetado y amado de sus pueblos. Viendose cercano á la muerte y sin hijos varones , deseaba que pasase el cetro á su hi-

ja mayor Zunda-Riangola, y manifestó este deseo á su primer ministro, á quien del infeliz estado de esclavo habia levantado á esta dignidad. Aparentó el ambicioso que aprobaba su proyecto, y al mismo tiempo resolvió trabajar para sí. Estando un dia el anciano rey solo en su palacio, hizo el ministro tocar con mucha prisa una llamada, y publicó que estaba el enemigo á las puertas: el monarca le suplicó asustado que le sacase del peligro, y como era jóven y robusto tomó en sus hombros á Angola, le llevó á lo interior de un bosque, y viendose sin testigos le pasó con un cuchillo el corazon. Volvió como desesperado por la muerte del rey, diciendo que le habian muerto sin poderle socorrer. La princesa destinada al trono tuvo que disimular, y tolerar que este hubiese asesinado á su padre; pero fuese naturalmente, ó porque le dieron algun veneno, murió de repente poco despues.

Zunda-Riangola se ciñó la diadema, pero no quiso casarse por no tener compañero ni censor de sus acciones, y llamó, para que estuviese á su lado, á Tuma-Riangola, su hermana, que tenia dos hijos. Estaba la reina rezelosa del mayor, el cual se llevaba las atenciones del pueblo, que ponía en él sus esperanzas, y le hizo asesinar. La madre afligida levantó un egército contra la homicida, y se vieron las dos hermanas á la cabeza de dos egércitos contrarios. Quedaron vencidos los de la reina, y la prendieron. Tuma-Riangola se arrojó como una desesperada á su hermana, y la traspasó con su puñal; pero ni ella ni su marido quisieron aceptar la corona, y se la cedieron á Angola-Chilvañi, que era el hijo segundo.



Las dos hermanas.

Rezelosa Zunda, Reyna de Angola, por el aprecio con que el pueblo miraba al hijo mayor de su hermana Tuma, hizo asesinarle. Tuma irritada levantó un ejército, que venciendo al de la Reyna, la hizo prisionera; y arrojandose entonces la implacable Tuma á su hermana, la clavó el puñal que la quitó la vida. Si á la ofendida Tuma la cegó su dolor para la venganza, la inhumana Zunda mereció no morir á otras manos.

Tuvo este príncipe muchas mugeres, y grande número de hijos, á los que puso en diferentes gobiernos: le sucedió en su muerte Dambi-Angola, que era el hijo mas querido; y rezelando que sus hermanos se coligasen para quitarle la corona, recurrió al ordinario expediente de quitar la vida á los mas que pudo. Fue Dambi un monstruo de avaricia y crueldad, y así murió detestado de todos; pero le hicieron funerales magníficos, segun el maldito gusto del pais, cubriendo su sepultura con una montaña de cuerpos humanos degollados á honra suya. Su sucesor, Angola-Chilvañi II, fue un guerrero intrépido, muy liberal, y tan vano que persuadiendole los aduladores á que era uno de los dioses del pais, exigió que le tributasen honores divinos. Ninga-Angola, que no era su hijo, pero le sucedió, manifestó un caracter inhumano, y ejecutó las mayores crueldades: murió despues de un reinado muy breve; y para que su muerte fuese semejante á su vida, le enterraron con un hecatombe, el mas solemne, de los infelices á quienes degollaron.

Bandi-Angola fue tan cruel que le desampararon sus vasallos, y mas quisieron caer en manos de los giagas, que permanecer en la suya. Llegaron estos canibales á socorrer á sus vecinos, como quien va á un banquete espléndido. El rey de Congo y los portugueses creyeron que la mejor política era no permitir que oprimiesen al rey de Angola aquellos bárbaros, que despues podrian dar sobre ellos, y enviaron tropas á Bandi. Los que le hicieron mayores servicios fueron los portugueses, y él en agradecimiento meditó el modo de matarlos. La princesa, hija del rey, que estaba enamorada del valien-

te general portugues, advirtió á este que habia conjuracion : se puso él en salvo , dejó á sus compatriotas en el Congo con toda seguridad , partió á Portugal , y volvió con un refuerzo que hizo temblar al traidor Bandi. Los portugueses entraron en su reino á sangre y fuego ; pero en lo que hicieron á este monarca mayor daño fue en apoyar una conjuracion formada contra su vida. Se valieron los conspiradores de una astucia que nos da á entender que á este príncipe le servian muy mal sus espías. Fueron á decirle que un rebelde recorriendo las campiñas hacia en ellas grandes estragos , y Bandi les permitió levantar tropas. Aparentaron que iban á buscar un enemigo que no existia ; y fingiendo que ya estaba vencido , instaron al rey á que saliese al campo para gozar de un triunfo. Salió muy confiado , y rodeandole los cómplices le mataron.

Dejó un hijo y tres hijas , y todos de una esclava. Segun las leyes del pais ninguno de ellos debia subir al trono por el servil estado de su madre ; pero no obstante el hijo Nigola-Bandi supo manejarse , y le reconocieron por rey. Debió principalmente su fortuna á sus hermanas, las cuales con sus bellas prendas , y las liberalidades empleadas oportunamente , habian ganado la estimacion de los grandes , y el afecto del pueblo. La mayor se llamaba Zinda-Bandi , y las otras dos Cambi y Fungi. El primer cuidado del rey fue tratar de paz con los portugueses , y encargó la negociacion á su hermana Zinga : esta puede ser la misma que antes de la muerte de su padre habia dado aviso al general portugues de la intencion que tenian los suyos de deshacerse de él y de los de su nacion. No podia el monarca escoger mejor embajatriz.

Llegó esta princesa á la presencia del virey portugues con una comitiva digna de su clase, y fue recibida con las espresiones mas grandes de distincion. Advirtió al entrar en la sala de la audiencia que habia una magnífica silla destinada para el virey, y enfrente, pero en el suelo, una soberbia alfombra y dos almohadas. No la agradó el ceremonial, y sin manifestar que le estrañaba, hizo con los ojos una seña á una de las damas de su comitiva, la cual al punto se arrodilló en la alfombra, y apoyandose en los codos, presentó su espalda á su señora Zinga, que se sentó en ella, y así estuvo durante la conferencia. Pedia el portugues, entre otras condiciones, que el rey de Angola se reconociese vasallo de Portugal, y pagase un tributo anual. La soberbia princesa despreció con altivez la pretension, diciendo: "Que semejantes proposiciones solo eran buenas para hacerlas á los pueblos subyugados con la fuerza de las armas, y no á un rey poderoso, que por solo su gusto solicitaba la amistad de los portugueses." Consiguió Zinga lo que deseaba; y cuando salian á despedirla la dijo el virey que advirtiese, que la dama sobre quien se habia sentado permanecia en la misma postura, y suplicandola que la mandase levantar, respondió ella: "No es decente para la embajatriz de un gran rey servirse dos veces de una misma silla: ahí os la dejo."

Agradó tanto á la princesa la cortesía de los portugueses, y las honras que la hacian, que permaneció por algun tiempo en Loanda su capital, fijando su atencion en las tropas, y admirándose de las armas, del buen orden y de la disciplina. Fuese por política ó fuese por gusto, ella se dejó

instruir en la religion cristiana, y recibió el bautismo; y restituyéndose á la corte de su hermano, le empeñó en que se catequizase y llamase misioneros; pero cuando estos llegaron no quiso el rey oírlos. Dilató tambien la ratificacion del tratado concluido por su hermana, y estas tergiversaciones hicieron empezar de nuevo la guerra. Se puede conjeturar que Zinga, picada de este proceder de su hermano, si no abrazó el partido de los portugueses, á lo menos no se declaró por el rey. Este, desconfiando de ella y de la incierta suerte de la guerra, entregó su hijo único á un gefe de los giagas su vecino, para substraerle en todo acontecimiento de la crueldad de su hermana. No favoreció la fortuna á este príncipe, porque los portugueses derrotaron su egército, y á él le encerraron en una pequeña isla, en donde habia de morir de hambre, ó devorado de las fieras; pero uno y otro lo evitó su hermana, pues se cree que le hizo envenenar.

Años
de J. C.
1627.

Subió Zinga al trono perjudicando á su sobrino, y verificó el rezelo de su hermano, pues habiendo atraído al jóven príncipe á su presencia con fingidas caricias, le mató á puñaladas con su propia mano. Esta resolucion manifestó lo que habia de ser esta princesa: presto advirtieron los portugueses que tenian en ella un enemigo temible. Poseian estos lo mejor del reino de Angola, usurpacion que no pensaba ella sufrir, y mucho menos verse confinada en la provincia de Matamba, única posesion que parecia quererla dejar con el título de reino. No tardó Zinga en declararles la guerra, mas tiempo que el necesario para los preparativos, y para fortificarse haciendo alianza con

los giagas y otros príncipes idólatras. Hizo tratados con el rey de Congo, y aun con los holandeses, los cuales entonces estaban en guerra con los portugueses. A estos les acometió valerosamente la princesa, y logró algunas ventajas; pero en medio de sus felicidades, la faltaron sus aliados. Los holandeses se vieron precisados á retirarse, y el rey de Congo llamó sus tropas. Se sucedieron tan repetidas las desgracias, que abandonada hasta de sus vasallos, tuvo que dejar sus estados, y refugiarse en los desiertos. Ya creían los portugueses que podían obligarla á ceder, y la enviaron á ofrecer la paz, con la condicion de un tributo, y otras que, como la decían, no rehusaban sus vasallos; pero ella respondió: "Sufran mis vasallos los grillos, si de cobardes se los dejan poner; pero yo jamas dependeré de una potencia estrangera." Ya presumían de algun modo esta resolucion, y en consecuencia nombraron un rey de Angola entre los príncipes de la familia real, haciéndole profesar el cristianismo. En el bautismo le dieron el nombre de Juan, vivió poco, y le reemplazó, con las mismas condiciones, otro que se llamó Felipe.

Zinga enfurecida de verse despojada de sus mas bellas provincias y con un intruso en su lugar, se puso desesperada en manos de los giagas, renunció altamente la religion cristiana, adoptó la de los idólatras con sus supersticiones y sacrificios inhumanos. La eligieron ellos por gefe, y ella se hizo mas feroz que sus singilos ó bárbaros sacerdotes. Renovó Zinga la costumbre de los giagas, cuyas mugeres así que parian, debian cesar de ser madres; las obligó á quitar la vida á los hijos de menos de siete años; restableció todas las ceremonias diabólicas

de aquellos monstruos, y se presentó á su cabeza con las armas en la mano. Tan hábil y vigorosa en templar el arco y arrojar el dardo, como el soldado mas valiente, se esponia la primera á los mayores peligros: se adquirió tal crédito entre aquellos canibales, acomodandose á su modo de vivir, y escediendo su crueldad, que á la menor señal la seguian con prontitud á las mas peligrosas empresas. Con aquella confusa multitud formó Zinga un egército temible, y entró en las provincias sujetas á los portugueses. No se detenia en atacar las plazas; porque sus tropas no eran á propósito para esto: pero iba asolando el pais llano con el furor de una fiera: mataba, robaba, abrasaba, destruia, y se retiraba cargada de despojos; y cuando ya creian que estaba muy distante, se volvia á presentar.

Duró esta guerra muchos años, y sufrió Zinga algunos reveses; pero supo repararlos con su valor y discrecion. Procuraron disminuir su autoridad esparciendo entre los giagas la noticia de que era cristiana, y de que estaba para volverse á la religion católica; pero ella para borrar esta opinion funesta á su poder, se unió mas que nunca con los singilos, y se entregó con mas ardor á todas las abominaciones que podian asegurarla la aficion de los soldados. Tenia entre ellos muchas espías, que la comunicaban los pensamientos y las palabras, y valiéndose oportunamente de sus descubrimientos, habia conseguido que la mirasen como á una divinidad. Sus palabras eran oráculos, y una mirada ó gesto suyo era muchas veces una sentencia de muerte, que hacia temblar á los mas intrépidos.

No hallaron los portugueses otro medio para detener su impetuosa carrera que el de oponerla

otro gefe de los giagas, y mientras peleaba con este, gozaron los europeos de alguna tranquilidad; pero temieron que viéndose repetidas veces aquellos bárbaros se uniesen unos á otros, y con esto fuese mas infeliz de lo que ya era la suerte de sus provincias. Probaron pues si podrian reducir á Zinga á disposiciones pacíficas, y la enviaron un embajador con pretexto de mediar entre ella y su enemigo. No creyendo que estuviese absolutamente retirada del cristianismo, dieron á un embajador llamado don Gaspar de Borja por acompañado un sacerdote llamado don Antonio Coello, el cual mientras el primero tratase los intereses políticos, debia procurar animar en ella las centellas de religion que no creian del todo apagadas.

Ambos desempeñaron su comision con eficacia y prudencia; pero logró tan poco el uno como el otro. Al primero le respondió que tendria á grande honra ser aliada de su rey, mas no vasalla; y que en cuanto á la secta de los giagas, en la cual habia muchos años vivia porque así tenia numerosos soldados, su honor y su interes pedian que la mantuviese y protegiese. Al segundo le dijo que tenia muy presente que habia abrazado el cristianismo, y se habia bautizado; pero que aquel tiempo no era á propósito para hablar de mutacion; y que bien pudieran acordarse de que ellos mismos habian dado ocasion para que ella se separase de la religion cristiana. Se retiraron pues los negociadores, á la verdad sin conseguir, pero no sin esperanza.

Con efecto, sobrevinieron nuevos motivos para renovar las tentativas. Zinga tuvo pesadumbres y reveses; y don Salvador Correa, virey muy moderado y prudente, creyó que era el momento favo-

rable de reducir con atenciones y ofrecimientos aquel genio insuperable por la fuerza. La envió pues dos misioneros capuchinos, varones discretos, con el encargo de darla gracias por algunas que habia hecho á los cristianos de sus estados, y de solicitar otras nuevas. Ella los recibió muy bien, y les concedió lo que pedian. De aquí tomaron los dos religiosos ocasion para hacerla presente el gran delito de su apostasía, y el peligro en que estaba si insistia en ella.

La reina se sintió conmovida, y arrojando un profundo suspiro les habló así: "¡Oh padres míos! Dios tenga misericordia de una princesa ofendida en lo que mas estimaba: por la culpa de otro me hallo reducida al estado en que me veis: no estaria yo en él, ni viviria con las interiores penas que no puedo explicar, si no me hubieran despojado de mis derechos: compadeceos de mí, pues me han quitado mis estados, y me hacen perder el alma. Bien conozco que voy estraviada; pero tengo que seguir así, si no quiero verme objeto del desprecio de mis vasallos: yo me veo en la precision de proseguir hasta que los usurpadores me restituyan cuanto me han quitado. Bien podeis considerar mi desgracia en pasar todo mi vida entre el tumulto de las armas y la continua carnicería. Rogad por mí á Dios para que se digne de romper las cadenas que me sujetan, porque yo soy muy flaca para romperlas por mí misma. Si llega este caso, prometo á la divina Magestad daros todos cuantos poderes necesiteis para emplearos en la conversion de mis pueblos, y os ayudaré con todas mis fuerzas." La conclusion de este discurso, acompañada con lágrimas, persuadió á los misioneros que jamas se abatiria aquella

altiva cabeza, mientras pretendiesen sujetarla al yugo del tributo y homenaje que la querian imponer. Lo mismo entendió el virey cuando le hicieron relacion del caso; y contra el parecer de su consejo, desistió de sus pretensiones, trató con Zinga de buena fe, la restituyó algunas provincias, y la reconoció como aliada, no como vasalla de Portugal. Este proceder franco y generoso gustó á la reina, y así cedió por su parte, concediendo á las atenciones lo que jamas la hubieran quitado con la fuerza; y sólo pensó en reparar el mal que habia hecho; sobre todo en el punto de la religion.

La quedaba ya poco tiempo para esto, porque tenia setenta y cinco años: pero se aplicó con todo el ardor de una jóven neófita ó recién convertida: entró de buena fe en el seno de la Iglesia, y exhortó á sus pueblos á imitarla. Estaba tan respetada y temida, que nadie hizo movimiento alguno por la novedad de su mutacion: rabiaban los singilos ó falsos sacerdotes; pero no se atrevieron á alborotar. Primero se valió de la suavidad, y despues publicó severos edictos contra los idólatras. Para honrar el matrimonio se sujetó á sus lazos, y lo mismo hicieron sus hermanas Fangi y Cambi, que eran ya casi tan ancianas como ella. Prohibió la poligamia, y mandó que en adelante no se atreviesen las madres á esponer sus hijos ni á deshacerse de ellos por ningun motivo. Entre las señales de su verdadera conversion pudieramos poner las iglesias que construyó y las riquezas con que las dotó; pero estas deben ceder á las pruebas nada equívocas que dió de su piedad sincera, y al cuidado con que procuró se administrase justicia, y se diese alivio á los pueblos, instru-

yendolos por sí misma como su catequista y madre.

Murió Zinga en estas nobles ocupaciones, casi á los ochenta años de su edad, y mandó que no hiciesen en su muerte los sacrificios inhumanos que estaban en uso entre los giagas; pero las damas del palacio, mas temerosas de que se practicaria la costumbre antigua, que aseguradas con la prohibicion, huyeron todas cuando se trató de sepultarla, y no volvieron á parecer hasta que ya el cadáver estaba cubierto con la tierra. Entonces, así ellas como todo el pueblo, se entregaron á los sollozos y gemidos; y como estos se fundaban en la estimacion, salieron de todo el corazon: no hubo quien se negase al sentimiento, porque aun los que no llevaban á bien que hubiese mudado de religion, la perdonaban por sus grandes calidades. Con ella se acabó su imperio, porque su hermana no sostuvo el cetro mas que un año con una mano debilitada por la edad. Los reyes nombrados por los portugueses; ó estos mismos en nombre de los príncipes, unieron á sus dominios las provincias que Zinga poseia; y por último, cansados de mantener aquellas fantasmas de reyes, han hecho del reino de Angola una de las mas útiles colonias, bajo el mando de un virey.

LOANGO.

Tambien Loango es un destacamento del imperio de Congo; pero recorriendo las provincias se hallan en ellas algunos usos extravagantes, que no son comunes á todo el reino. En la de Camma, por ejemplo, son los maridos tan poco zelosos, que ofrecen sus mugeres á sus amigos y á los extranjeros, y cuando estos las reciben, son por lo mismo

mas estimadas. Lo propio sucede cuando las castigan mucho sus esposos, porque esto pasa por una señal de la conyugal ternura. En Gobbi un misionero vió que habiendo los habitantes invocado inútilmente á su dios en tiempo de peste, le quemaron, diciendo: "Si en una calamidad como esta no sirve de nada, ¿qué socorro podemos esperar en otras?" Cuando los misioneros entran en una casa, tienen que prohibir á las mugeres la entrada en su cuarto; y esta prohibicion se ha hecho porque ellas se creen obligadas á cohabitar dos noches con los que las visitan.

Los habitantes de Loango se llaman barmas, y son grandes, vigorosos, bien formados y civiles, aunque en otro tiempo comian carne humana. Entre ellos se permite la poligamia; y al contrario de lo que hemos dicho de los de Camma, reinan los zelos generalmente en esta nacion. Los ricos tienen diez ó doce mugeres legítimas, las que no por esto dejan de ser tan esclavas como las otras, y tan cargadas de cuanto hay penoso en el gobierno de la casa. Nunca comen con su esposo, viven de sus sobras, le hablan siempre de rodillas con la mayor sumision. Los hijos siguen la constitucion de la madre, en cuanto á nacer esclavos ó libres. No heredan ellos de su padre, sino el hermano ó la hermana mayor. Algunas veces de un padre y una madre ambos negros nacen hijos blancos con ojos azules, y cabellos rubios ó rojos. A primera vista parecen europeos; pero bien mirados de cerca tienen un blanco de cadáver: son de vista débil y no ven bien sino á la claridad de la luna; y se dice que estos son incapaces de engendrar. Cuando nacen algunos de estos los presentan al rey, y este los ha-

ce hechiceros ó adivinos, y algunas veces consejeros. Los portugueses y los españoles los llaman albinos.

Cada uno tiene su divinidad, y la llaman mokiso ó fética. Las casas están cubiertas con toda suerte de figuras, hombres, mugeres, pájaros, árboles &c. Los mas devotos llevan su mokiso al cuello en una cajita. Para el servicio público de estos dioses solo llaman hombres de bastante edad: y el que los consagra con ridículas ceremonias es el enganga mokiso; pero esto da grande autoridad á los consagrados, porque, como en el Congo en donde no tienen la muerte por natural, adivinan quien es el que la ha causado: indicacion que produce á los ridículos sacerdotes las mismas ventajas, y á la nacion las mismas desgracias que en el reino precedente.

Crean la metempsícosis ó paso de las almas de unos cuerpos á otros en la familia real; pero en las demas colocan las almas de los muertos entre los dioses domésticos, y los hacen tutelares, destinandolos habitaciones muy graciosas, que son una especie de capillas, y en todo les ofrecen las primicias, de modo que no tocarán un alimento ni una bebida sin que la haya gustado el mokiso. Muchos hay que levantan las almas al cielo, y otros que las destinan para debajo de la tierra, segun los méritos que hicieron unidas á los cuerpos. Por último, hay otros que estan persuadidos á que mueren con los cuerpos, si á fuerza de conjuros no las conservan vivas; y aquí tienen los hechiceros un mayorazgo. Los reyes han conseguido persuadir á sus pueblos, que ellos son mokisos, causas del bien y del mal: de la abundancia, felicidad y paz; que es-

tan contentos con la guerra, hambre y calamidades, si el pueblo no cumple con su obligacion. Cada persona elevada á alguna dignidad goza de esta prerogativa en el espíritu del pueblo á proporcion. Entierran con los muertos muchas cosas, y los lloran segun su graduacion, por horas ó dias, aunque no pasa de tres; pero mientras duran es preciso lamentarse con una especie de ahullido. A los extranjeros no los entierran en el país, pues juzgan que sus cadáveres causarían desgracias; y así los echan á los rios ó al mar.

Los europeos tienen que sacar licencia del rey para traficar, y unas veces la compran mas cara, otras mas barata. Los vasallos le dan el título de *samba-ponge*, que quiere decir Dios, y van consiguiendo, pues creen que todos los sucesos penden de él en calidad de *mokiso*. Los primeros oficiales del reino son muy estimados: todo hombre nace soldado, y es preciso que asista á las revistas, y vaya á la guerra; ¡pero qué tropas! Las leyes, como no sea en delito de lesa magestad, no son muy severas; no obstante, una muger del rey cogida en adulterio sería quemada viva. Las hijas, hermanas y otras parientas que el rey da por esposas á los grandes del reino, usan de una entera libertad, y aun si las parece abusan; pero el esposo no tiene el mismo privilegio. El rey come en una sala, y bebe en otra; y pena de la vida, no se permite verle comer ni beber. Su grande ocupacion es la administracion de justicia, en la cual emplea casi todo el dia. Cuando se presenta en público es con mucha pompa, y una ruidosa confusion de aclamaciones y de instrumentos. A su comitiva se juntan los albinos, y los enanos ó pigmeos. Esta casta de hombres se halla

en la fronterá, á distancia de un mes de camino hasta la capital. Se ocupan en la caza de los elefantes, los que sin duda desprecian su pequeñez; mas como no hay enemigo pequeño, hacen estos pigmeos grande destruccion de aquellos enormes cuadrúpedos. Es un gran favor poder poner las manos sobre las rodillas del rey, y reclinar la cabeza sobre su pecho: entonces se revuelcan en la arena de contento y de placer. La sucesion á la corona no pasa á los hijos del monarca, sino al hermano mayor, ó á los hijos de las hermanas. Los reyes son aliados y no parecen dependientes de Portugal. El cristianismo no está aquí tan adelantado como en el Congo y Angola.

Muchas veces han infestado los giagas á estos tres reinos; y lo notable es que una muger arrebatada de una especie de fanatismo, junta con la ferocidad de estos monstruos, fue quien hizo mas activa y peligrosa la barbarie de los giagas. Se llamaba Tem-Bam-Dumba, y era hija de Dongig, capitán de uno de aquellos aduares errantes que recorren los desiertos de Africa, y de Musasa su muger. Las costas, como mas pobladas, y propias para apagar su sed de sangre humana, eran muchas veces presa de la crueldad de estos canibales. Bebian con el cráneo ó calavera, y para hacer mas tierna la carne de sus infelices víctimas, las hacian sufrir los mas crueles tormentos. Quizuba, uno de estos gefes, hizo empedrar una plazuela delante de su casa con los huesos de los que habia devorado. Cuando murió Dongig, su esposa Musasa, muger intrépida, se hizo comandante; y como se habia criado desde niña en medio de la cárnicería, era siempre la primera en la pelea, y la última en



La Madre feróz.

Desecsa Tem-Bam-Dumba de inspirar con el exemplo á sus gíagas toda la ferocidad de su corazón, majó á su hijo único en un mortero, á presencia del ejército, hasta reducirle á pasta, que hizo hervir en una marmita; procediendo luego á supersticiones dirigidas á propagar iguales atrocidades. ¿Qué podrá prometerse abandonado el hombre á su propia razón, quando una madre pudo ultrajar así á la naturaleza?

la retirada. Afectaba presentarse vestida y armada de hombre, y las inclinaciones guerreras que advirtió en su hija la hicieron vestirla como ella, y llevarla consigo á las expediciones. Tem-Bam-Dumba aprovechó tanto bajo de la conducta de su madre, que esta no dudó ponerla á la cabeza de sus tropas. Ella en la licencia de los acampamentos se entregó sin reserva á sus inclinaciones lascivas: tuvo amantes sin número; y cuando se cansaba de ellos los hacia matar secretamente. La reprendió su madre estos excesos, y ella se sublevó abiertamente contra su madre, sobornando al ejército. Por sus hazañas la miraban sus soldados no solo como muger extraordinaria, sino como una divinidad. Ella misma se vendia por persona inspirada, y destinada á echar los cimientos de un imperio que eternizase su memoria. Vestida y armada como hombre se presentó á la cabeza de sus tropas, y las dijo: "Yo quiero renovar las leyes y ceremonias de los antiguos giagas, antepasados vuestros y míos, por ser el medio infalible de haceros ricos y felices; y el ejemplo que voy á daros es digno de vuestro valor. Si no le imitais, creeré que habeis degenerado de una casta tan ilustre."

Despues de este preámbulo, que fijó sobre ella la atención de los soldados, hizo que la llevasen su hijo único; y la megera ó furia le echó en un mortero, y le majó con su propia mano. Reducido á pasta, le puso en una marmita al fuego, y con polvos de raíces y aceite hizo un unguento; se despojó de sus vestidos, y se hizo frotar con él por todo su cuerpo á vista del pueblo." Todos, dijo, los que se unten como yo serán invulnerables, y vivirán seguros de salir bien en todas sus empresas." Añadió

á esto, que para que el unguento fuese mas eficaz debia hacerse de la carne de los niños de las familias mas distinguidas, y cuyos padres los ofreciesen voluntariamente. Este modo de iniciarse, ademas de la capacidad militar, daba, á su parecer, la prudencia y sabiduría de los consejos. Hizo leyes, pero todas dirigidas á inspirar la ferocidad. Los hijos varones eran escludidos del *kilombo* ó campo, hasta tener cierta edad, sopena de muerte si alguno se hallaba en él. Prohibió que las mugeres pariesen en el campo de los soldados, pena de devorar sus hijos ó morir ellas. Mandó que los disformes y los contrahechos fuesen echados á los perros. A estas leyes dió Tem-Bam-Dumba el nombre de *tigilas*, que quiere decir inviolables. Concluia este horrible código mandando que todos prefiriesen para su alimento la carne humana. Se habla de un discípulo digno de esta furia, que todos los dias mandaba matar una muchacha para su mesa. De este modo el extremo de las dos pasiones venganza y ambicion, hizo dos monstruos de dos mugeres, que en otras circunstancias y educacion, pudieran haber sido dos heroínas; bien que á Zinga arrepentida debe distinguirla de Tem-Bam-Dumba, tranquila en sus delitos, y abriendose el sepulcro con una continuacion de atrocidades.

Despues de haber sacrificado grande número de amantes para ocultar sus torpezas, se enamoró tanto de un simple soldado llamado Culemba, que se casó con él. Este se hizo de rogar para condescender á sus deseos, y ya que se rindió resolvió interiormente prevenirla cuando advirtiese que se cansaba de él. Examinó tan cuidadosamente á su esposa, que á pesar de sus afectaciones conoció el

tiempo en que ya la era indiferente; y como de esta disposicion hasta el odio no hay mucho camino, el esposo no la dió lugar para andarle, y con el auxilio del veneno fue su sucesor. En lugar de esta furia tomó Culemba una amable concubina que suavizando sus costumbres le hizo dejar la guerra por el sosiego. Chingurig, que fue el que le sucedió, y cuyo nombre significa *Leon*, era como el rey de los animales, sediento de hambre y de rapiña: á este le mataron en una batallá. Caluximbo, su sucesor, aunque gran guerrero, era sensible y humano: quiso suavizar algunas leyes de Tem-Bam-Dumba: desagradó á sus vasallos la tentativa, y le mataron diciendo: "Que así intentaban aplacar los manes de esta fiera." Despues de este, hasta el año 1657, se halla una série de gefes de estos giagas muximbos, y muy larga, porque no hacian mas que presentarse en el trono ensangrentado. El protegido mataba á su bienhechor, y el hijo quitaba la vida á su padre; y pluguicse á Dios que todos sus soldados imitasen á sus capitanes para esterminar tan detestable casta.

Los reinos de Anciko, Fungeno, Biafar y Calbaria, mas ó menos distantes de Loango, hácia lo interior, vomitan tambien los mismos monstruos sobre las mismas costas. De los ancicanos se dice, que saben despedir veinte y ocho flechas, antes que la primera caiga en tierra. En sus mugeres es adorno la falta de dos dientes de arriba y dos de abajo: no se los sacan hasta que están en edad de casarse; pero las que no quisiesen este género de gracia, quedarían deshonoradas. Cuando hacen prisioneros los atan á un poste, y hacen pruebas de su valor, tirando á ellos como al blanco; pero de modo que

las flechas no hagan sino pasar cerca de ellos. A los que manifiestan miedo los matan y los comen. A los que son intrépidos los adaptan para completar sus egércitos: los acostumbran á la carne humana, y á poco tiempo los hacen tan bárbaros como ellos.

GUINEA.

Volviendo de lo interior de las tierras en donde viven los monstruos que acabamos de retratar, se halla la Guinea, en la cual el aire es malsano por los vapores y exhalaciones perniciosas que el grande calor levanta de las lagunas; y son muy incómodos los mosquitos ó insectos, cuyas picaduras son tan dolorosas y malignas, que inflaman la parte y causan úlceras. No es facil abordar á la costa, porque la rodea una especie de arrecife ó banco de arena y rocas. Apenas se pueden aventurar los navíos mas que hasta la embocadura de los rios, y es necesario hacer el trato de negros en tiempo determinado. Si este pasa, se pone el comerciante á peligro de detenerse por una estacion entera, y perder el provecho de su viage. El pais está regado de muchos riachuelos; es muy fértil, y con agradables bosques.

BENIN.

El reino de Benin tiene una capital del mismo nombre, de muy buena construccion, respecto del pais. La plaza del mercado no es para encantar á los europeos; porque en ella se vende carne de perro, que gusta mucho á los negros, micos y mo-

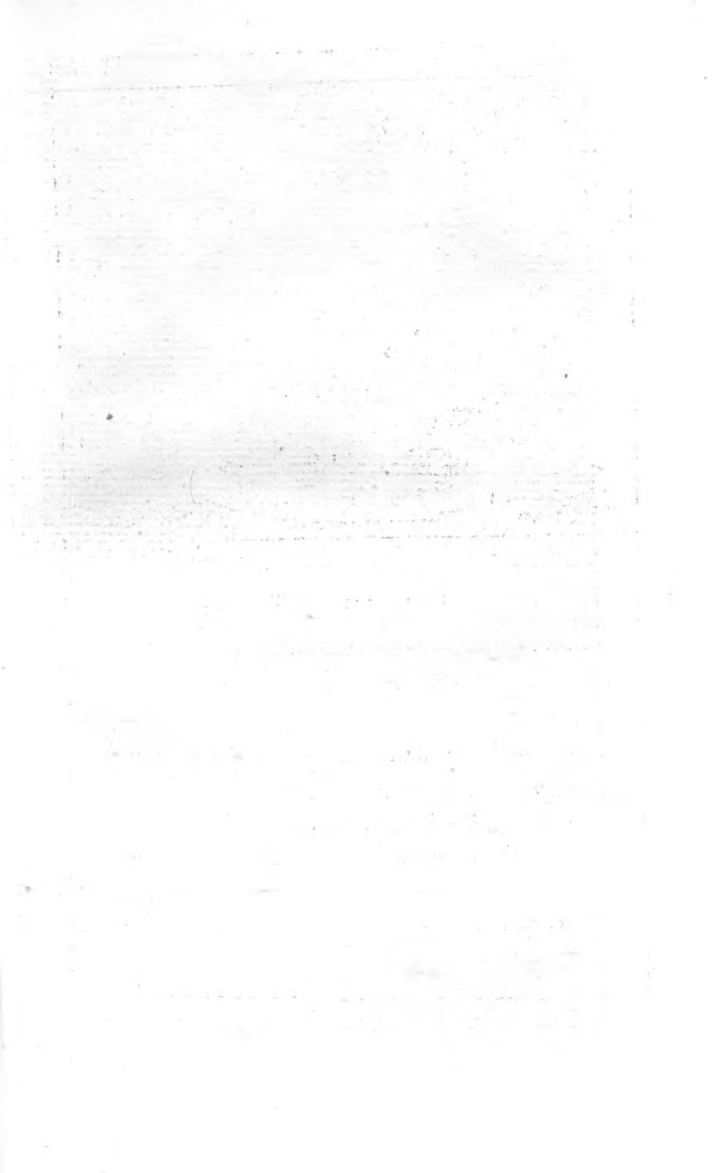
nas asadas, murciélagos, ratas y lagartos. Nadie se acerca al rey sino tres ministros que le dan cuenta de lo que esponen sus vasallos, y refieren á estos sus respuestas; y bien podrá creerse que los tales señores darán las que á ellos les convengan. Cuando el monarca cree que está próxima su muerte, llama al primero de los tres, y le dice en secreto cuál de los hijos quiere que sea su sucesor, y á solo este debe comunicar la noticia; por lo que en él consiste nombrar el príncipe que le parezca entre los muchos que son por lo comun. Todos hacen la corte al confidente, y se podrá discurrir con cuanto gusto, supuesto que á todos se quita la vida menos al predestinado. En los funerales del monarca echan el cadáver en un hoyo muy profundo, y de boca estrecha: detras de él arrojan vivos todos los cortesanos, mugeres y oficiales que le servian, y tapan la entrada. Al dia siguiente la descubren, y preguntan si han encontrado al rey: y esto mismo se repite muchas veces consecutivas, hasta que ya no se oyen lamentos ni suspiros. Entonces hacen juicio de que han ido con el príncipe á servirle en el otro mundo. La siguiente noche se esparcen por las calles los sacerdotes de los ídolos, y van matando sin distincion á cuantos encuentran, enviándolos á que ayuden á los que ya están allá.

Sin embargo de esta bárbara costumbre, pasan los habitantes de Benin por hombres humanos y enemigos de violencias. Son en extremo dados á mugeres, pero con todo eso evitan en sus conversaciones las torpes obscenidades de estos negros; aunque no aborrecen los equívocos, antes bien los que saben proferir con palabras decentes las ideas poco honestas, son tenidos por ingeniosos. Es general la

poligamia, y la circuncision de los dos sexos: son muy rezelosos respecto de los otros negros; pero no para con los europeos, porque ¿cómo es posible, dicen, que nuestras negras tengan tan mal gusto, que se enamoren de los blancos? En Benin se visitan, conversan y comen juntos; prueba de una sociabilidad que es muy rara entre los negros. Practican las pruebas que en otro tiempo estaban en uso en la Europa, como la del hierro ardiendo, la de la inmersión, y la de ciertas bebidas administradas por los sacerdotes de la superstición. Tienen miedo de su sombra, y con razon, porque imaginan que es un ser real, que algun dia será testigo de lo bien ó mal que hayan vivido. ¡Ridícula persuasión; pero que puede valer por muchas leyes! Los magistrados llevan por señal de su dignidad un collar de coral, y les va la vida en perderle ó dejársele quitar. En la costa de los esclavos están los reinos de Cano y de Popo: el comercio que en ellos se hace le indica el mismo nombre de la costa.

JUIDA.

Todos los europeos que han estado en Juida, hablan con admiracion de este pais, como de uno de los mas deliciosos del universo. No puede imaginarse cosa mas agradable ni mas encantadora que el verdor de sus campiñas y la fertilidad de sus campos. Todo el reino es como un jardin cerrado, por una parte del mar, por otra de altas montañas. Algunos viageros no le dan mas circuito que el de diez y seis leguas, y en un espacio tan pequeño, es tan prodigiosa la poblacion, que en un solo lugar tiene mas gente que algunos reinos de la costa. Las





La juidana perseguida.

En Juida la doncella admitida en el palacio, si no la favorece el Rey con alguna mirada, queda sujeta á perpetuo celibato. Por esta contingencia repugnan ellas tanto entrar en palacio, que una á quien conducian á él contra su voluntad, y logró fugarse, viendose perseguida por los soldados, se arrojó en un pozo. Mayor pena se impuso que la que temia; pero tales son las consecuencias de una ley bárbara.

casas en los pueblos casi se tocan, pues la mayor distancia entre unas y otras no llega á un tiro de fusil. En un mismo campo están sembrando, cultivando y segando. De un mismo árbol se respira el olor de la flor y se coge la fruta madura. Los hombres son los que lo venden todo en los mercados y en las ferias, á escepcion del pan y las bebidas, cuya distribucion está reservada á las mugeres, mercaderas diestras, y calculadoras prontas y escelentes.

Entre los habitantes de Juida y los de la China hay mucha semejanza: el mismo amor al trabajo, la misma industria, las mismas cortesías ceremoniosas, la misma ternura zelosa para con sus mugeres, las mismas astucias para engañar en el comercio, y la misma política exterior con los estrangeros. Si cien veces en un dia encontrasen á algun europeo, otras tantas se pondrian de rodillas, besarian la tierra, y no se levantarían hasta que les hiciera seña aquel á quien saludasen. Lo mismo hacen unos con otros; de suerte, que algunas veces al ver centenares de personas arrodilladas, parece que es un acto público de devocion, siendo una aprension de cortesía. Las mugeres tienen á su cargo los trabajos penosos, sobre todo los de la agricultura. Hay peligro de la vida en encontrarse con las del rey, por lo que estas van gritando de lejos á los hombres que se retiren. Al monarca solo le sirven las de su palacio, y las doncellas no gustan de que las admitan en él, porque si el rey no las favorece con alguna mirada, están condenadas á perpetuo celibato. Una hermosura, que por fuerza llevaban al rey, se huyó, y se arrojó á un pozo. Se cuentan á millares las mugeres que hay en el

palacio, el cual es como un parque, desde donde sacan ya diez, ya veinte para venderlas; pero al punto se ven reemplazadas por las que le regalan los grandes para merecer su gracia, y á estas las hacen trabajar los campos en cuadrillas, como las demas. Son estas negras muy fecundas, y los hombres vigorosos, tanto que un virey se formó un ejército de dos mil hombres con solos sus hijos y sus nietos. Un capitán, que no era viejo, se quejaba de que no tenia mas que setenta hijos vivos, pero se le habian muerto otros tantos; porque allí no son cosa rara familias de ciento y cincuenta hijos. Tengo por superfluo decir que allí está en uso la poligamia; pero en ninguna parte se verifica que el hombre tenga mas mugeres, ni que sea al mismo tiempo mas zeloso.

Estos negros son diestrísimos ladrones. Cuando hay queja, manda el rey buscar al culpado y castigarle; pero le ocultan los hijos del rey y otros parientes, porque regularmente perciben su parte del robo. Si una muchacha antes de casarse ha dado señales de fecundidad, entonces es mas pretendida, por la seguridad de que tendrá hijos. Se divorcian dando á los padres el doble de lo que costó la fiesta de la boda, la que nunca es cara, porque se reduce á un carnero ó cosa semejante. La circuncision se usa para ambos sexos. Las mugeres tienen casas retiradas y distantes para habitar en ellas, cuando la naturaleza lo ordena, de concierto con la ley del país. Las mugeres, á los ojos de sus esposos, no son mas que esclavas, y así las venden sin pesadumbre; pero se quedan con los hijos varones, y los aman tiernamente. Estos tienen el mayor respeto á sus padres y al hermano mayor, que

es el único que hereda. En algunas de sus costumbres parece que se ven vestigios del judaismo. Dos plagas reinan aquí, el aire malsano, y la pasión al juego, pues aunque la de la música y el baile también es violenta, no tan peligrosa; y entre los bailarines y los cantores se observa exactitud y armonía. Delante del rey, dice un viagero, guárdense de pronunciar la palabra muerte, porque en ella va la vida; y aunque no es tanto el riesgo con los otros, siempre miran con malos ojos al indiscreto que profiere esta palabra. Esto no obstante levantan mausoleos á sus padres, y van á visitarlos.

Si los antiguos paganos se gloriaban de tener treinta mil ídolos, los de Juida veneran cuatro veces mas. Los llaman féticos, y dicen que son los que gobiernan el universo, porque Dios es demasiado grande para mezclarse en el gobierno de una cosa tan poco considerable como el mundo y el hombre. Oigamos á un juidano explicarse sobre la mitología: "El número de nuestros dioses es infinito, y cuando uno de los nuestros emprende alguna cosa importante, busca desde luego un dios que le ayude á salir con su intencion. Sale de casa con este pensamiento, y toma por dios lo primero que encuentra, no solamente un perro, un gato, ó algun otro animal, sino tambien las cosas inanimadas, como una piedra ó un trozo de madera. Al punto presenta sus ofrendas á lo que ha escogido por su dios, y le promete que si logra el buen éxito, le tendrá por dios, y le honrará como á tal. Si sale con felicidad de su empresa, ya tiene allí un nuevo dios, y le ofrece alguna cosa todos los dias; pero si no sale bien, le desprecia, y arroja como cosa inútil."

Con todo eso reconocen tres dioses principales: el mar, los árboles muy grandes, y la serpiente. La serpiente que invocan tiene la cabeza gruesa y casi redonda, los ojos muy abiertos, y de un mirar suave. Su lengua es bastante corta, aguzada como un dardo; pero solo tiene el movimiento muy vivo cuando acomete á una serpiente venenosa. La cola es delgada, y remata en punta. La piel es muy hermosa, porque sobre un fondo blanco tiene rayas en ondas, en las que se ven agradablemente mezclados el pajizo, el azul y el moreno. Esta especie de serpiente es familiar y mansa, tanto que se deja manejar. Las mayores son de una braza de largo, y tan gruesas como un brazo de hombre: miran á las serpientes venenosas como enemigos mortales, las acometen en donde las encuentran: parece que han tomado por su cuenta librar de su veneno á los hombres. Tal vez por esta utilidad las han honrado con el culto que las tributan. El padre de todas estas serpientes dicen que vino de Ardra, que todavía vive en un templo, y que está rodeado de sacerdotes dedicados á su servicio. Allí reciben inmensos presentes en riquezas y comestibles.

El primero que da ejemplo de esta devocion es el rey: bien que dicen que lo hace por interes, y porque entra á la parte de los provechos. Las doncellas tocadas de la serpiente entran en una especie de furor, que solo se cura en los cuartos retirados, en donde las guardan y defienden por algun tiempo los sacerdotes, sustentandolas á costa de sus padres. Este furor, sin saber por que, las entra en público, y entonces las sacan y llevan unas mugeres ancianas, que tienen á su cargo este cui-

daño. En el tiempo del viagero que cuenta estos hechos no se libró de este frenesí la hija del rey; pero la sujetaron á la curacion como á las otras. Por todas partes se introducen estas serpientes, y por todas partes las respetan: guardese cada uno de hacerlas mal por incómodas que sean, pues unos ingleses quitaron á una la vida hallandola en sus aduarez, é ignorando que era inviolable, pero á todos los mataron. No solamente tiene sacerdotes la gran serpiente, sino tambien sacerdotisas: estas son algunas viudas ó doncellas ya ancianas. Se reclutan sacando de su casa por quince noches en todo el reino las doncellas jóvenes que encuentran, y la maestra enseña á sus discípulas todas las finuras de la galantería: vende su favor, y le encarece; pero entra á la parte del precio, y si contemplan que no hay ganancia que esperar, son las guardias mas vigilantes del honor de las doncellas, no tanto por principio de virtud, quanto por despecho y envidia.

En Juida el gobierno es monárquico, y rara vez se castiga con la muerte. Si un grande cae en algun delito, destaca el rey cuatrocientas ó quinientas mugeres de las suyas para que vayan á saquear su casa: no es larga la egecucion, porque nadie se atreve á resistir. Cuando hay deudas va el acreedor y se apodera del primer esclavo que encuentra, sin preguntar quien es su dueño: este si quiere recobrar su esclavo, tiene que pagar, y despues repite contra el deudor porque le pague á él. Por esto siempre procuran apoderarse del esclavo de algun hombre rico. El reino es hereditario: el hijo sucede al padre; pero con la condescendencia de los grandes. El heredero de la corona se cria como un

simple particular de la plebe, sin que sea permitido decirle de que familia es, y así cuando su padre vive largo tiempo se envejece en la ignorancia de sus derechos y en la de los negocios; por lo que de su incapacidad cuando sube al trono se aprovechan los grandes, y gobiernan. El que corona al rey de Juida es un señor del reino de Ardra: van á buscarle con gran pompa, y cuando se acerca al príncipe le hace una profunda reverencia y un breve discurso, le quitá el morrion de la cabeza, y teniendole entre sus brazos, se vuelve al pueblo, y dice en alta voz: "Este es vuestro rey, sedle fieles, y el rey de Ardra, mi señor, oirá vuestras súplicas." Esta fórmula da á entender una especie de vasallage en el rey de Juida respecto del de Ardra; pero no pasa de las palabras.

Las rentas del rey consisten en los derechos sobre las mercancías, en las multas y confiscaciones; pero la riqueza principal es el producto de sus tierras, cultivandolas los vasallos por obradas; está el monarca viendo el trabajo, los grandes son los que le gobiernan, y se tocan varios instrumentos, moviendose los útiles y los brazos en cadencia; por lo que aquellos esclavos, que trabajan muchas veces con la mayor repugnancia, parecen el pueblo mas feliz del universo. Ninguno se acerca al rey, si no con tales demostraciones de respeto, que tienen algo de adoracion. No es permitido verle beber, y si se pregunta á los que deben saberlo, ¿dónde se acuesta el rey? responde con esta otra pregunta, ¿dónde se acuesta Dios?

Por la ceremonia de la coronacion de los reyes de Juida se hace juicio de que habia grande correspondencia con los de Ardra. Este último rei-

no, gobernado por un príncipe de poca habilidad, irritó contra sí las armas de Trudo Audati, rey de Dahomé, que desde lo interior de Africa habia ido adelantando sus conquistas hasta Ardra, en donde pensaba detenerse; pero sabiendo que habia alborotos en la corte, y que con el favor de algun partido no le sería imposible apoderarse de aquel hermoso pais, fue allá con unas tropas ya victoriosas en otros pueblos. A toda prisa pidió el rey de Ardra auxilio al de Juida, haciendole presente cuanto le importaba no permitir que le destruyese un enemigo que despues podia volverse contra él. Por estos rezelos el rey de Juida no solo se comprometió en una guerra en que nada iba con él, sino que se esplicó en términos que desagradaron á Trudo Audati. Este pues, vencido el rey de Ardra, mandó cortarle la cabeza, y entró en el reino de Juida sin hallar resistencia y sin combate: y se halló, como si le hubieran llevado, en *Sabea* ó *Javier* su capital.

Esta facilidad la debió al estado en que el reino se hallaba. Ya por muchos reinados habian vivido los reyes en una indolencia casi estúpida: el regalo y el lujo, que son efecto de las grandes riquezas, se habian introducido poco á poco entre sus habitantes, que antes eran muy laboriosos: la prosperidad los tenia soberbios, y los placeres subyugados. No tuvo mas que presentarse Dahomé con sus canibales para que huyese aquel tímido rebaño. Los gobernadores de las fronteras, no siendo alentados ni socorridos, hicieron la paz con las condiciones menos malas que pudieron. Llegó Trudo Audati al rio, única defensa de la ciudad, saqueando, asolando, y llevandose por delante una

inmensa multitud sobrecogida del terror. No esperaba que dejasen de disputarle el paso, y se acampó para que sus tropas tomaran aliento, y reflexionar sobre el plan de ataque; pero en lugar de defensa y preparativos militares no vió mas que venir por tarde y por mañana los sacerdotes, que seguidos de un tropel de gentes iban á ofrecer en la ribera del rio un sacrificio á la gran serpiente, y se volvian dando muy grandes gritos.

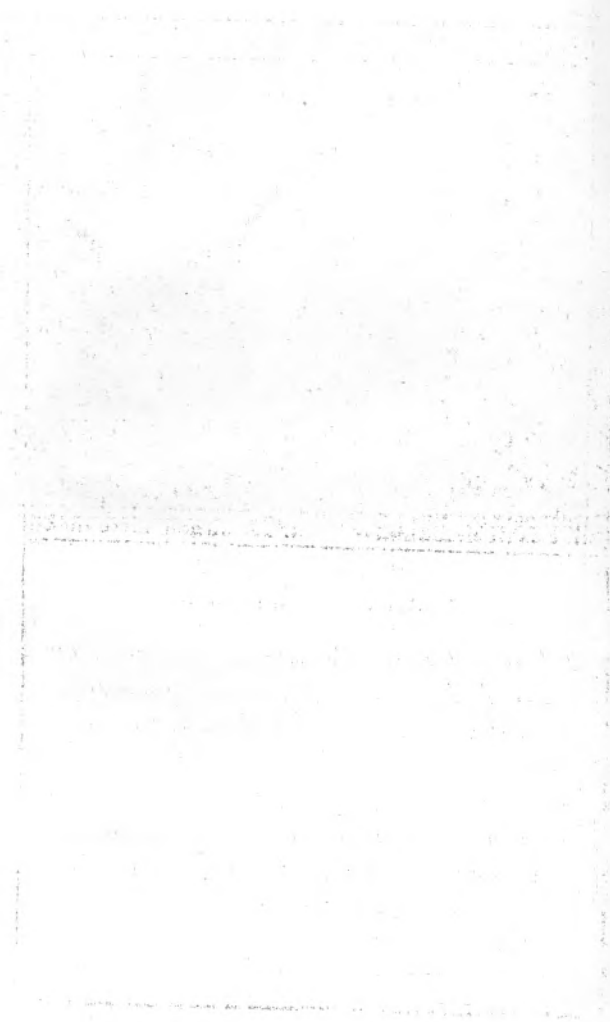
Durante estas ceremonias ridículas manda Dahomé buscar algun vado, y le hallaron. Pasaron doscientos soldados, y marcharon sin detenerse á la ciudad, con banderas desplegadas, y al son de instrumentos. Se apoderaron del palacio, de donde huyó el rey con dificultad, y el fuego del incendio advirtió á Trudo que habia sido feliz el suceso: atravesó pues el rio con su ejército, y lo que no pudiera creer si no lo viera, halló que sin dar un golpe todos los hombres habian abandonado al enemigo libertad, bienes, mugeres, hijos y dioses, y estos fueron las primeras víctimas de los soldados de Dahomé. Saqueando las casas hicieron una gran matanza. Los principales juidanos se salvaron con su rey en una isla desierta y estéril; y desde allí hicieron algunas inútiles tentativas para recobrar el trono. El vencedor, que ya era dueño del reino de Ardra, puso el de Juida bajo el gobierno de un virey, concediendo á los habitantes que dejó en sus hogares el ejercicio libre de su antigua religion, sus leyes y sus costumbres. Esto sucedió en 1630.

Trudo Audati jamas habia visto blanco alguno, y al primero que le presentaron, que era un capitán ingles hallado en la ciudad, le estuvo considerando con una especie de admiracion: al fin



Juidanas abandonadas.

Tal fue el terror de todos los juidanos á vista de las tropas de Trudo Audati, Rey de Dahomé, que huyeron abandonando al enemigo dioses, mugeres, hijos y bienes, en términos que los hijos y mugeres fueron las primeras víctimas de los soldados de Trudo, cuya clemencia imploraron en vano. La suerte de los juidanos es la que deben prometerse quantos, como ellos, se entregan al luxo y la superstición.



se fue familiarizando con el color, y ya le gustó la conversacion con él. Las primeras preguntas trataban del comercio, porque no tenia de él idea alguna; pero despues que le esplicaron los medios y la utilidad, manifestó buenas disposiciones para practicarle. El ingles, como buen mercader, le pidió alguna rebaja sobre los derechos de entrada, diciendo: "Que pues era príncipe mas considerable y grande que el rey de Juida, esperaba que le trataria con mas benignidad." Dahomé, aquel bárbaro, que parecia incapaz de atenciones y de cortesía, le respondió: "Yo como mayor príncipe pudiera con razon exigir derechos mas fuertes: mas ya que tú eres el primer capitán ingles que he visto, quiero tratarte como á una novia, á la cual al principio nada se niega." Un portuges mestizo, y mucho mas negro que blanco, que iba en la comitiva del príncipe, contó al ingles muchas hazañas de Trudo, las cuales denotan que en la guerra era tan astuto como valiente: le hizo un elogio de su benignidad y humanidad, y dijo: "Que si permitia comer carne humana, era por no oponerse al gusto de su nacion; pero que él jamas la habia probado." Se vendia la carne humana públicamente en su campo, y el ingles la vió colgada en las carnicerías, espectáculo bien horrible, con el que á los infelices juidanos se les erizaban los cabellos, y los penetraba el susto hasta la médula de los huesos.

ARDRA.

El reino de Ardra es mucho mayor que el de Juida su confinante; pero le falta mucho para estar

á proporcion tan poblado. La razon que dan para esto es que los jóvenes de ambos sexos se casan muy temprano , y el libertinage allí no tiene freno. Los grandes saben la lengua portuguesa , la leen y la escriben. Las gentes del comun , que no saben uno ni otro , llevan unos cordelitos en los cuales hacen ciertos nudos que tienen su significacion , y con ellos se comunican los pensamientos á grande distancia. Es cosa que pasma la facilidad con que retienen y combinan las ideas representadas en cada nudo; pero es preciso estar antes prevenido del valor que tienen , y así un tercero nada entiende. Nuestros descifradores diplomáticos se verian muy embarazados con semejantes escrituras. Los ardranos , por lujo , gustan de cargarse de vestidos en las ceremonias. De ordinario van desnudos de medio cuerpo arriba; y los dos sexos hasta los doce ó trece años no gastan vestido alguno. En los casamientos no se cuenta con el nacimiento ni la fortuna , y así el hombre de mas baja condicion puede pretender las mugeres de la mas alta calidad. La principal muger del rey , que es siempre la que parió el primer hijo varon , tiene el título de reina , y el extraño privilegio de vender las otras concubinas del monarca para sus necesidades, si el esposo no da otra providencia. La que pare dos gemelos es deshonorada , como si fuera imposible tenerlos de un mismo hombre. La agricultura es muy estimada y muy activa ; pero no se sirven de animales : ellos cultivan la tierra con sus propias manos , y sin arado, mas no por eso deja de dar mucho.

El gran sacerdote se llama el *morabuto* , es segundo en clase , y es primer ministro. Sus dioses son féticos , muy respetados , muy consultados , y

muy cargados de regalos , porque los sacerdotes dicen que los estiman. Aunque creen en un Dios superior no forman de él idea bien distinta , como tampoco de la naturaleza del alma , diciendo que muere con el cuerpo , ó que todas pasan á otros diferentes. El gran sacerdote pronostica lo por venir, conversando primero con una estatua del tamaño de un jóven , colocada en la sala de la audiencia : esta estatua es blanca , y representa al diablo. En cada ciudad hay una casa destinada á la educacion de las mugeres , bajo la inspeccion del morabuto , y cada señor tiene obligacion de enviar su muger á pasar allí algun tiempo : la educacion consiste en aprender bailes. Los hijos del rey aprenden toda suerte de oficios , y principalmente el comercio. Cuando abrazan la carrera militar nunca los ascienden á comandantes ; pero sean de la profesion que fueren , siempre los mira el pueblo con mucho respeto. Entre las leyes de policia se nota la pena de muerte impuesta al que ocupa la casa por donde empieza un incendio , y así estos rara vez se verifican. Ya hemos visto que los habitantes de Ardra se dejaron subyugar del Dahomé ; y ya antes se habian visto en el mismo riesgo por un pueblo del interior , á quien solo detuvo la supersticion. Esta nacion terrible es la de los yoes , que tienen al mar por fético nacional, y les está prohibido por sus sacerdotes acercarse á él , ni verle : por lo cual los de Ardra se libraron de una total invasion retirandose á las costas.

ESTABLECIMIENTOS EUROPEOS EN ÁFRICA.

Toda la costa de los esclavos está sembrada de establecimientos y fuertes, que corresponden á portugueses, franceses, ingleses, holandeses, dinamarqueses y otros. Bien pudiera decirse que estaban cimentados con sangre, segun la que se ha derramado por parte de los negros sublevados contra las usurpaciones, y por la de los blancos armados unos contra otros por la envidia del comercio. No parece sino que los europeos en llegando á estos parages se revisten de la ferocidad del pais, segun las pocas atenciones que observan entre sí, y la ninguna consideracion con los infelices negros. No solamente se acostumbran á comprarlos y venderlos como si fueran bestias, sino tambien á imprimirles con su mano la marea de un hierro ardiendo, á separar el hijo de la madre, la jóven esposa de su esposo, y sin compadecerse de sus gritos, en que se desgarran, á amontonarlos en los navíos atados con una cadena al banco que les sirve de cama, condenados á respirar un aire infestado con sus respiraciones; á escepcion de algunas horas en el dia, y tal vez un dia sí y otro no, en que se les permite salir de los tenebrosos calabozos del navío para ver el sol por una ó dos horas. Los europeos menos endurecidos, aquellos principalmente que solo han hecho el primer viage, confiesan que no han podido menos de enternecerse y llorar euando las infelices víctimas de la codicia europea dejan la ribera que los vió nacer, porque sus gemidos, sollozos, despedidas y sentimientos penetran el alma. Crece su desesperacion, y es mas violenta, porque la mayor parte creen que

los llevan para matarlos y comerlos. Mas ¡hay infelices, que la muerte es menor mal que la suerte que los espera en algunas colonias! ¿Es imposible que no se haya hallado medio de pasarse sin este comercio infame?

La desavenencia de los europeos y sus querellas, seguidas de guerras sangrientas, han vengado y vengán aun á los africanos de los malos tratamientos que los blancos los hacen sufrir, porque en llegando á aquellas riberas parece que se asaltan entre sí con perfidias y crueldades. No es necesario que en Europa esten en guerra para armarse lazos, y acometerse en Africa, porque la concurrencia de intereses es suficiente motivo de su furor. Avivan el de los negros contra sus rivales en la industria, é inventan recursos de malicia, ignorados de aquellos pueblos bárbaros. ¡Qué es lo que no puede la indómita codicia del oro, para quitarsele á los que como ellos le desean con ansia! Nacion contra nacion, portugueses contra franceses, ingleses contra holandeses, sublevan á los infelices negros, instrumentos de su codicia, y con calumnias, ó muertes si es menester, los hacen inconciliables con sus rivales. El ingles ve que el holandés establece una correspondencia ventajosa con una nacion rica en oro y en marfil, asesina algunas mugeres de aquella nacion, y echa diestramente la culpa de la atrocidad á los holandeses: rompe con ellos la nacion, demasiado crédula, y el ingles se aprovecha del rompimiento. Allí es donde se ven aquellos odios reflexionados que calculan escrupulosamente que es lo que puede producir la ruina ó la muerte de un comerciante rival, y sofocan todos los sentimientos de la humanidad. Allí los ingleses se hallan en

una pequeña embarcacion que peligra por el mal tiempo á la vista de un navío holandés , que puede resistir mejor á la tempestad , y si piden socorro responde con frialdad el capitán holandés: “¿Creeis acaso que sentimos nosotros mucho vuestra situacion?” Pero ya veis que vamos á perecer. “Pereced enhorabuena , y Dios tenga piedad de vuestras almas.”

Los franceses se glorian de haber sido los primeros que descubrieron la costa de Guinea. Los primeros géneros que trajeron se trabajaron en Diepe. Fabricaron los habitantes con su marfil muchas obras y alhajitas , que les dieron una reputacion de que aun gozan. Los portugueses disputan á los franceses la primacia , y ambas naciones , á lo que parece, llegaron á esta costa, en épocas poco diferentes , como á la mitad del siglo xv. Los holandeses llegaron ciento y cincuenta años despues á fines del siglo xvi , y los ingleses en el mismo tiempo con corta diferencia. Esta costa tiene suficiente estension para que los europeos pudiesen repartirla , sin entrar unos con otros en rivalidades destructivas ; pero el comercio es como la ambicion, jamas dice que basta. Esta concurrencia ha sido muy útil á los negros, porque los ha instruido en el precio de las mercaderías europeas, que siempre hubieran ignorado, y han sacado de ellas un cambio, que si no los enriquece, les da por lo menos alguna comodidad.

Es sin duda honrar demasiado á aquellos pequeños países llamarlos reinos , y á sus gefes reyes: no obstante , muchos son los que toman este título , y así se dice el reino de Axin , pero tambien se dice el país de Asite ; los reinos de Comendo , de Fetin,

y el pais de Saboe; el reino de Funti, el de Acoamboe, y otros muchos, cuyos reyes tienen por soberbio adorno, cuando dan audiencia á los europeos, echarse sobre sus carnes desnudas algun vestido colorado, que recibieron por presente, y llevar sobre la lana, que es su pelo natural, algun sombrero bordado. Se habla de una reina de Angona, pais que gobernaban las mugeres. Esta princesa tenia una alma noble y grande, con mucho valor y conducta: no queria casarse por no comunicar su autoridad; pero tenia un esclavo jóven bien dispuesto, y obligado pena de la vida á vivir con sola ella; le mudaba, pero con mucha cautela, para que nunca se verificase tener mas que uno. Se dice que la Europa saca todos los años de la Guinea mas de siete mil marcos de oro. Aunque los portugueses no tienen allí ya establecimientos, siempre prosiguen traficando. Los de los franceses son muy inferiores á los de los ingleses y holandeses; pero son suficientes para proveerse de los esclavos que necesitan en sus islas.

PARTICULARIDADES DE LA COSTA DEL ORO.

Los habitantes de la costa del Oro, si se ha de creer á los viajeros, tienen todos los vicios, porque son falsos, artificiosos, disimulados, lisonjeros, ladrones, glotones, dados á la embriaguez, avaros, y con exceso incontinentes. Son mas peligrosos con todas estas malas calidades, porque tienen mucho talento, conciben con prontitud, y su memoria es excelente; y todo pudiera temerse de este conjunto si no le mitigaran su indolencia, su pereza, y la pasion de cantar y bailar. Son hom-

bres que si cuando están divirtiendose les dijese que se abrasaba su tierra, responderian, que se abraze enhorabuena. Las personas de ambos sexos son hermosas y bien dispuestas: las mugeres no han tenido la curiosidad del adorno hasta que las han frecuentado los europeos. Son galantes y agasajadoras, y rara vez pierden su trabajo, ademas de que sus maridos las animan con vergonzosa tolerancia, como que hallan en ellas su provecho. No obstante, castigan el adulterio unos con otros. Todos los negros se lavan á menudo, y son en extremo aseados. La costa abunda infelizmente en mestizos, fruto del libertinage de los blancos con los negros, y son en cuanto á los vicios la espuma de las dos castas. Su color equívoco, que tira á amarillo, con manchas de blanco y negro, los hace horribles cuando envejecen. El negro vive con poco, porque todo su alimento ordinario son las patatas, pescado revenido, y algunos puñados de maiz, reducidos á pasta con el aceite de palma. En las ocasiones de solemnidad matan la vaca, el carnero y algunas aves; pero comen poco, y beben mucho vino de palma y aguardiente. Las mugeres, á quienes gusta como á los hombres, acostumbran á sus hijos á lo mismo: las ocasiones de solemnidad son los casamientos, aunque por otra parte muy sencillos. Cuando una doncella agrada la piden, y aunque no quiera su padre la da. Se celebra la boda, la dan vestido nuevo, y entra con las demas mugeres, que siempre son muchas á proporcion de las facultades.

Entre los ricos hay dos mugeres exentas del trabajo: la primera, segun parece, es la mas antigua, ó la madre del primogénito; la segunda, á la

que llaman *bosuns*, es la consagrada al ídolo doméstico. Además del privilegio de no hacer nada, es mirada con particular atención de su marido, pero puede ponerla en la clase de las otras por vejez ó por capricho. Las doncellas son en extremo libres, y los muchachos muy petulantes, apenas salen de la infancia. A pesar de esta facilidad, hay en cada lugar una ó muchas *abelecras*, que quiere decir mugeres públicas, y si estas faltan van los jóvenes á pedir á los ancianos que busquen otras. Las matronas son las que las instruyen, y las miran como un bien público mas precioso que las riquezas. Los europeos robados se han llevado algunas veces las *abelecras*, para que les sirviesen de prenda; pero en estos casos se subleva el lugar entero, y se restituye el robo. Respetan mucho á las preñadas, y estas paren con gran facilidad, porque el clima no necesita de las precauciones que son necesarias en el nuestro. Practican la circuncisión; y al principio solo ponen al niño tres nombres, el del día en que ha nacido, el del padre ó el de la madre, y el del abuelo ó el de la abuela, segun el sexo; pero á esta nomenclatura van añadiendo otros por sus acciones ó sus prendas, hasta que forman una lista de sobrenombres que no cabe en la memoria. Como sus sucesiones no son directas, les parecen á los europeos tan embrolladas que no pueden entenderlas, pero los negros las distinguen maravillosamente. Tambien sería para nosotros difícil estudio aprender las ceremonias con que se saludan siempre que se encuentran ó se visitan. Los grandes no llegan á verse sin que hayan precedido dos horas de idas y venidas, y mensages de sus gentes, y lo mismo hacen despues de separarse, porque no cesan los men-

sages hasta haberse perdido de vista. No hay cosa mas alegre que sus mercados y ferias; solo con que se oiga un instrumento, ni los negocios ni el comercio los contienen para dejar de escucharle: las mugeres escuchan tan atentas, que por los ojos centellea su placer: los hombres escitados con el tono experimentan movimientos, y á poco tiempo todos cuantos se hallan juntos forman una conmocion incitante. Todos los dias al ponerse el sol hay en cada lugar un baile rústico: á la primera vista parece su danza una simple trepidacion, acompañada de contorsiones, un grave murmullo y gritos. Avanzan en dos filas, se mezclan, se retiran, dan patadas, bajan la cabeza, y pronuncian algunas palabras de paso, el uno despues del otro. Sus movimientos ya son vivos, ya lentos: son un desórden, pero con método; porque todo se repite con exacta imitacion. Sus zancadas les gustan á ellos mucho; pero no quieren egecutarlas delante de los extranjeros.

Por lo que toca á los sacerdotes fetiqueros, su autoridad sobre los negros, así enfermos como sanos, sus astucias, y el modo de arraigar la supersticion para enriquecerse á costa de los crédulos, y por lo que pertenece á los mismos féticos, al poder que se les atribuye, al respeto con que los miran, y á los ritos religiosos, todo se parece tanto á lo que ya hemos dicho, que no merece detenernos en esto. Unos no creen sino un dios; pero otros creen un dios y un diablo; los primeros no adoran á Dios, porque dicen que nada ha hecho por ellos, supuesto que tienen precision de cultivar la tierra para coger maiz y patatas, de plantar árboles si quieren tener frutas, y hacer redes si quieren comer pes-

cado, cuando los europeos logran todo esto sin trabajo alguno. Aun hay mas: piensan que los blancos se encuentran hechos los instrumentos y las chucherías que los llevan, que nacen en la Europa, y que no hay mas que cogerlas en el campo. Adoren á Dios los europeos, dicen, pues es tan bueno para ellos; pero nosotros solo al diablo ofrecemos presentes, porque nos puede hacer mal. No obstante, hay algunos parages en donde no temen ofender al diablo, y le echan de sus lugares con mucho ruido: los ocho dias que preceden á esta espulsion se permite la sátira, y así hombres como mugeres tienen libertad para cantar cuanto malo saben unos y otros, y para descubrir los fraudes y las picardías. Los que temen que estas se revelen, que regularmente son los ricos y los poderosos, no tienen otro medio de impedirlo, que darles bien de beber: pues entonces las invectivas se convierten en panegíricos.

El rey gobierna todo el reino, y con su autoridad tiene cada pueblo un gefe, llamado Cabocenos, á cuyo cargo está mantener el buen orden, prevenir las querellas, sosegarlas, y hacer observar la policía. Entre los ricos se forma una clase que pudiera considerarse como nobles del pais; estos á fuerza de liberalidades, de comidas y regalos que hacen al pueblo, consiguen el derecho de llevar delante de sí muchos trompeteros, tener dos escudos, y que por toda la ciudad los paseen en triunfo al son de instrumentos, precedidos de sus mugeres que van cantando, bailando, y dando gritos de contento. Estos nobles tienen entre sí una especie de confraternidad; se juntan en tiempos determinados á sus convites; y pasados estos dias de ceremonia vuelven á entrar en la clase del pueblo, de la que no están

muy distantes los mismos reyes, pues se van muy gustosos á la plaza pública á conversacion con sus vasallos, echan vino de palma ó aguardiente, y le presentan en una calabacita: en bebiendo todos se tratan con mucha familiaridad; pero, como en todas partes, tal cual es esta dignidad, se pelea por ella.

COSTA DEL MARFIL.

Los habitantes de la *costa del Marfil* no tienen la hospitalidad de los de la *costa del Oro*, pues desconfian mucho de los estrangeros; pero tambien estos los temen como engañosos y feroces, y aun se cree que son canibales, ó comedores de carne humana. Cuando una cosa les gusta, y no se la dan ni se la dejan tomar, manifiestan su mal humor. Es cosa que admira que todavía no sepamos exactamente si solo por muerte del elefante se logran sus dientes, ó si los muda todos los años, ó de tarde en tarde, como el ciervo deja caer sus dos ramos. Esto es lo mas verosímil, porque muchas veces se encuentran dientes de elefantes en aquellos parages que estos animales frecuentan, sin que en las cercanías se vea señal de cadáver. Además de esto, ¿cuántos sería necesario que muriesen para dar tanto marfil como se saca de esta costa, cuando por la abundancia la llaman tambien la costa de los Dientes? Se supone haber vendido en un solo dia hasta diez mil libras, bien que esto sería para todo el año.

Los negros, como que están vecinos á un mar profundo y tempestuoso, son buenos nadadores, y excelentes buzos. En este pais se conoce el reino de Guiovera, que en 1723 gobernaba una reina

llamada Afamuchon. Un caballero, cuyo nombre era Damon, la obsequió con la galantería francesa, y ella la admitió tan grata que escitó la envidia de los ingleses. Hay en esta tierra serpientes de treinta y seis pies de largo, que se tragan enteros á los hombres. Se experimentan furiosas tempestades, truenos que asustan, lluvias que caen en masa, vientos que todo lo hacen temblar, y despues se sigue un tiempo en calma y sereno. Si se pudiera hacer comparacion entre diferentes géneros, diriamos que el carácter de los habitantes es semejante á su clima: ahora benignos y pacíficos, y un momento despues iracundos, y prontos para matar á todos con el menor motivo. Tambien se hallan contradicciones en sus costumbres, por lo que unos viajeros alaban su pureza, y otros dicen que son sin freno ni pudor, y para que nada falte al contraste, las mugeres se asegura, que á escepcion del color, que es un negro de azabache, pasarian en Europa por hermosuras, como que son de facciones regulares, llenas de fuego, y delicado talle, al mismo tiempo que los hombres son poco vivos, macizos y gruesos. Es verdad que hay pocas naciones en aquellos parages sobre cuyas propiedades no esten discordes los viajeros.

Los negros son grandes admiradores de nuestras curiosidades, como las bujerías, las cerraduras, y sobre todo las muestras de reloj, y aun mas de que hagamos hablar al papel, como ellos dicen, pues tienen por prodigio una carta. Siempre que se les envia con algun billete, y se les dice lo contenido, por mas que lo experimentan, no acaban de creer que aquellas figuras estrañas puedan enseñar al que lee el pensamiento de una persona ausente, y así

le preguntan irónicamente por ver si le cogen en falta, y cuando se les dice lo que contiene el papel, es inexplicable su pasmo. Como no pueden formarse idea de lo que es escritura, imaginan que los blancos tienen un demonio familiar que los instruye en semejantes ocasiones. Esta opinion cotejada con la de los habitantes de la costa del Oro, que creen que las obras del arte que llevan los europeos nacen por sí mismas sin trabajo ni cuidado, asemeja los negros á nuestros niños, ó á ciertos hombres de cuya credulidad abusan otros en nuestras grandes ciudades.

COSTA MALAGUETA.

Llaman Malagueta á una especie de pimienta inferior á la de Asia, que en cierto tiempo tuvo estimacion; pero en la actualidad es poco buscada. En esta costa comerciaron al principio los franceses, y todavía hay vestigios de su estancia en el sobrenombre de un pueblo llamado por ellos Paris, y aun mas en la memoria de los habitantes, que conservan apellidos franceses hereditarios en sus familias de mas de un siglo á esta parte. Tambien aprendieron de ellos á ponerse nombres de santos, como el de *Pedro, Pablo, Juan y Andres*. Los viageros nos hacen una descripcion bien dilatada de sus costumbres; pero no se sabe muy bien cómo pudieron adquirir nociones tan circunstanciadas, pues confiesan que no saben su lengua, y que es imposible aprenderla. Contentémonos pues con lo que se ve. Son altos, bien dispuestos, y mas desnudos que los de otras partes de aquellas costas. Gustan mucho de regalos, los llaman datis, y los piden con importunidad. Sus

sacerdotes se llaman morabutos: la muger principal se entierra con su marido: hay entre ellos mulatos originarios de Portugal, que hacen por aquellas tierras un rico comercio, y le harian mas considerable si estuvieran servidos con mejor método de mercaderías de Europa. El rey tiene su habitacion á la orilla del rio Cestos, adonde abordan los navíos.

SIERRA LEONA.

El pais de Sierra Leona fue así llamado por los portugueses, á causa de que sus montañas están llenas de leonés. En él se encuentran todas las bellezas y comodidades que dan los bosques, selvas y cascadas en un país cálido. No desmerecen tan bella estancia los habitantes, porque son dulces, sociales, atentos, poco interesados y laboriosos. Las mugeres gustan de hacer la fética; esto es, de presentarse adornadas, y como consagradas á llevarse las miradas de los hombres. Su ornamento principal es entonces una raya al rededor de la frente, de barniz blanco, encarnado ó pajizo muy delicado. Tambien se pintan círculos al rededor de los brazos y del cuerpo: estravagancia en que los negros hallan mucha gracia. Ya que hablamos del adorno, no debemos olvidar el de los abogados ó defensores de los pleitos. Estos llevan máscara en el rostro, castañetas en la mano, y cascabeles en las piernas, y esto es para despertar, si es necesario, la atencion de los jueces: me parece que esta moda no sería inútil en la Europa. Las mugeres llevan tambien en los pies cascabelillos de cobre ó azofar, con los que hacen armonía bastante agradable cuando bailan. Como son apasionadas á este egercicio, imitan con placer

los bailes europeos. Por otra parte son mas reservadas y modestas que las otras mugeres de aquellos paises. En quanto á los maridos, unos dicen que son cultos, otros nos alaban su condescendencia. No ha sido allí desconocido el cristianismo, mas ya parece haberle olvidado, pues todos los negros, empujando por los reyes, llevan consigo féticos ó idoli-
llos, con otras libreas de la supersticion.

MONU, QUOJA, HONDO, MANDINGO, FUL,
JALUZ &c.

— Todavía hay en Guinea otras muchas naciones: unas retiradas tierra adentro sin comercio directo con la costa; otras que rematan en el mar por solo una lengua de tierra, y son por consiguiente poco conocidos de los europeos. Las relaciones obscuras que hemos podido encontrar acerca de los negros de estas naciones, nos han enseñado nombres de reinos cuya posicion y estension son muy inciertas. Tales son el imperio de Monú, los reinos de Quoja, Hondo, Mandingo, Ful, Jaluz y otros. Estos mismos negros han contado sobre sus usos y costumbres muchas cosas que convienen con las que ya sabemos; pero lo particular, si es verdad, es lo que se dice sobre que son sociables; pues el retrato siguiente hace honor á estos pueblos, demasiado degradados por la preocupacion.

— Se dice que son mas moderados y benignos que los negros que tienen á sus lados, y parece que tienen un medio entre estos y los de Dahome, los jagas, y otros feroces habitantes del centro; pues no gustan de derramar sangre humana, ni se enciende la guerra entre ellos por la ambicion; y solamente

Monú, Quoja, Hondo, Mandingo, Ful &c. 85
la emprenden por la necesidad de defenderse. Viven entre sí con la mas perfecta union, siempre están prontos á socorrerse unos á otros, á dar á sus amigos en la necesidad parte de sus vestidos y provisiones, y aun á prevenir sus necesidades con presentes voluntarios. En este retrato, dicen los autores, que sin duda pretenden los viajeros pintarnos una nueva *Utopia*, y con esta reflexion ponen en invencible duda estas perfecciones, haciendo que las tengamos por imaginarias. Lo que suponen de su circunspeccion en emprender la guerra se contradice, pues confiesan que entre ellos hay conquistadores que envian á vender muchos esclavos en la costa, que una nacion es dependiente de la otra, y que en ellas mismas no es libre el comercio. Todo esto solo puede conseguirse con la fuerza, y por consiguiente con guerras de ambicion y de interes.

Allí no son las costumbres las mas puras, pues hombres y mugeres igualmente se entregan á los placeres de los sentidos, y las mugeres dan á sus maridos bebidas y yerbas amorosas para atraerlos. A estas provocaciones libidinosas se dirige la educacion que se da entre los quojas á los muchachos y doncellas en las escuelas establecidas á propósito. A la verdad, se les enseña á los jóvenes la caza, la pesca, el manejo de las armas; pero principalmente unos bailes de inmodestas posturas, y una cancion toda compuesta de espresiones acomodadas á los gestos. La instruccion de las hijas tambien es bien llena de obscenidad. Aquellos y aquellas que han recibido esta educacion forman una confraternidad muy poderosa, cuya cabeza es el rey. El sacerdote principal hace una composicion y se la muestra al pueblo como sagrada; la llaman

belli, y no tiene figura fija. El bellimo, ó principal sacerdote, la da la que quiere; pero á la tal forma hay obligacion de manifestarla el mayor respeto: el belli castigaria terriblemente á los que faltasen, y no obstante necesita el tal belli del consentimiento del rey para egercer sus castigos, pues sin él no tiene poder alguno. Restriccion política bastante notable.

Los mismos quojas respetan infinitamente á los jananinos, que son las almas de sus padres difuntos. Creen que siempre andan al rededor de ellos, y que en las ocasiones importantes dan señales sensibles de su presencia. Cuando acusa un marido á su muger de adulterio, y no tiene testigos, se la declara por inocente sobre su juramento; pero si hecho el juramento se alegan pruebas, la lleva su marido al anochecer á la plaza pública, en donde se congrega el consejo para juzgarla: se invocan primero los jananinos, y la vendan los ojos para que no vea los espíritus prontos para llevársela. Dejandola así por algun tiempo en la aprehension de su suerte, la reconviene un anciano del consejo con lo vergonzoso de su desacierto, y la amenaza con severos castigos. Si despues de la reconvencion se muestra arrepentida, la aturden con el confuso ruido de muchas voces, y ella cree que son de los jananinos que la declaran que aunque su delito merecia castigo riguroso, se le perdonan por ser aquella la primera vez; pero con las mismas voces la imponen algunos ayunos y mortificaciones. La encargan mucho que viva con tal modestia, que ni tome niño varon en sus manos, ni toque la ropa de hombre alguno. Si reincide, y se prueba el nuevo delito, el sacerdote principal,

acompañado de la confraternidad de belli, la va á prender en casa de su marido con mucho ruido y la dan una vuelta por la plaza con silbidos. De allí la lleva con escolta al bosque consagrado á los jananinos, y no se habla mas de ella. Para que las mugeres continuen en el miedo al poder de los jananinos es necesario, sin duda, que las retiren del consejo en que fingen la presencia de estos espíritus; y así debe darse por supuesto que solamente asiste á él la confraternidad masculina de belli.

NEGROS DE LO INTERIOR DE AFRICA.

El vestido de estos negros es una especie de roquete ó camisa ancha, hablo de los ricos; porque los demas van casi desnudos. No comen mas que una vez al dia, y al anoecer; no tanto por sobriedad, cuanto por su salud, y por ser perjudiciales los alimentos con el calor. Regularmente beben agua ó un poco de vino de palma; les gusta mucho el aguardiente. En unas partes va el novio á buscar su futura esposa con pompa, en otras es preciso que la vaya á robar furtivamente. Unos quieren hallarla doncella, y á otros no les importa esto. En un territorio la reciben en casa con mucho afecto y atencion, en otro la manda el esposo con dureza que vaya por agua y otras cosas para casa, para acostumbrarla á la sujecion. Jamas come la muger con su marido, ni aun la que se llama *la muger de la mano*, por estar siempre con él, y ser la señora de las otras; mas no se sabe cómo consigue esta superioridad. Estas negras son precoces ó tempranas en parir; pero lo dejan poco despues que empiezan las europeas. Tienen á su cargo todo el gobierno de

la casa en lo penoso: y así esclavitud por esclavitud, tanto y mas quieren esponerse á ser vendidas favoreciendo á un amante, como vivir con un esposo á quien no aman. Con estas tienen los blancos grandes privilegios, y los maridos los permiten. Son muy amantes de sus hijos, y dejan á los varones hacer lo que quieren, como destinados á la ociosidad; pero á las hijas, como destinadas al trabajo, desde luego las acostumbran á él. Los funerales se celebran como en otras partes con gritos y sollozos: las mugeres, que algunas veces no tienen lugar de estar tristes, se distinguen allí; pero en semejantes ocasiones se come y se bebe mucho.

En todo entra el bailar y cantar, aun en las visitas: los músicos y los poetas cantan y dicen de repente, pero cantan como los nuestros las alabanzas de los que los pagan: los de estos dos oficios se llaman *guriotes*, y todos los grandes los tienen. Los idiomas de los negros son sueltos y corrientes, y proporcionados para la armonia: mas no son enérgicos ni abundantes. La lengua del comercio, la cual se entiende desde las costas del Océano hasta lo interior de Africa y aun hasta la India, es un portugués corrupto: prueba sin disputa del imperio que tiene esta nacion en aquella inmensa estension de paises. Hacia los rios Gambia y Senegal empieza ya á hablarse el árabe; esta es la lengua sabia y de gente de educacion, así como su religion es el mahometismo. Tiene de toda suerte de artifices, malos ó buenos; el mejor y mas lucrativo oficio es el de *zapatero*, por ser el que hace los grisgris y las cajitas para guardarlos: son los grisgris una especie de amuletos, que consisten en algunos diges consagrados con palabras del Alcoran, y no se re-

para en el precio, porque seria no estimar lo respetable del encanto. Edifican por un estilo irregular, y sin gusto á nuestro modo de pensar; pero aquel modo les viene á ellos bien, porque les gustan las revueltas y escondites. Muchas veces deja asolados sus campos la langosta, y esta plaga junta con su holgazanería, que es otro azote mas terrible, causa las mas horribles hambres.

Los egércitos de los negros no tienen el embarazo que en los nuestros ocasiona el aparato de víveres y municiones; porque cada soldado lleva su provision, y muchas veces para todo el tiempo que la expedicion ha de durar. Sus armas son arcos, flechas, picas, fusiles y escudos. Manejan los caballos con admirable destreza; pero esta se les acaba enteramente en el campo de batalla, y si les sirve de algo es para huir con mas ligereza. Son por lo general malos soldados y malos mahometanos, pues á esta falsa religion y á las prácticas musulmanas añaden otras muchas supersticiones, como la de los grisgris, y la de pasages del Alcoran escritos en pergaminos, y metidos en otras cajitas que llevan al cuello, en el cabello, en las orejas y en los brazos, y por todas aquellas partes en que, segun la indicacion del morabuto, creen que les pueden servir.

Los morabutos, de los que ya hemos hablado, forman entre los negros un cuerpo numeroso, que se distingue del pueblo, no por el vestido, sino por el modo de vivir. Afectan mucha gravedad y moderacion, tienen pueblos y tierras particulares de su tribu, en los que no admiten á otros negros que sus esclavos: todas sus alianzas las contraen entre sí, y todos los hijos varones los crian para la pa-

tria. En muchos puntos siguen la ley del Levítico, que despues del Alcoran es el libro que mas estiman; pero todos dicen que sus usos son un profundo misterio para el pueblo. Un viagero, que se sospecha estuvo muy preocupado á su favor, dice que los morabutos son fieles observadores de las leyes musulmanas, y sobre todo en punto de la templanza; que se abstienen del vino y de los licores, y que son por lo comun de buena fe en el comercio y los negocios; que se miran entre sí con mucha caridad, y que no sufren que sea vendido ninguno de ellos, á no ser que lo merezca por algun delito.

Tienen escuelas abiertas para todos los muchachos que quieren aprender á leer y á escribir; pero tienen otras particulares para sus propios hijos. Ademas de escribir los instruyen en el Alcoran. Les enseñan tambien en qué consiste la sociedad de los morabutos, y su conexion con el estado, aunque hacen cuerpo aparte. Se les inspira un afecto inviolable á los intereses de la confraternidad, se les encarga el secreto y la reserva en la conducta y en las palabras, y se les instruye en los principios de una moral respectiva á lo que interesa á la sociedad, y á quanto puede grangear el respeto de los pueblos. En todo esto no pierden los morabutos el tiempo; pues les precede, sigue y acompaña la veneracion hasta en los palacios de los reyes. En ninguna parte se les contradice, ni se les niega cosa alguna, y en las guerras mas sangrientas tienen la libertad de pasarse de un pais á otro. Entonces lo recorren todo libremente con sus familias, y con los libros que les sirven para enseñar la religion y la sabiduria: las leyes están escritas en una lengua

particular y diferente de la del vulgo, que ellos solos conocen. Cuando viajan, unos dicen que viven de limosnas, otros del comercio, y de la venta de los grisgris, y tal vez se valen de todos estos medios de subsistir. No se asegura que tengan jefe ni gerarquía; pero sería difícil que existiese un cuerpo sin gobierno, ni gobierno sin graduacion de potestades.

GAMBIA, GOREA, SENEGAL, ZAARA, BILEDURGERID.

Gambia y Senegal son dos rios, cuyo curso es muy largo. El Senegal es lo mismo que el rio Negro, y los europeos han subido por su corriente hasta cuanto han podido, así para conocer las naciones que habitan sus riberas, como para encontrar las minas de oro, que se supone estar en los montes de donde estos rios traen su origen. Gorea es una isla entre la embocadura de estos dos rios, ventajosamente situada para el comercio que por ellos se hace, y sirve como de emporio para las mercancías que se sacan de lo interior de la Africa, ó se llevan allá. Por último, Zaara es un desierto cuyos extremos están habitados por naciones de moros, que se entran por él en caravanas, y así se comunican los negros de Guinea y los estados de Marruecos. Biledurgerid se estiende hasta muy lejos, y da vuelta por detras de Tunez y Trípoli.

En las riberas del Gambia hay muchos portugueses mestizos, de quienes ya hemos hablado, y un factor francés dice pintandolos: "Haciendoles yo una visita en ceremonia, todos estaban vestidos de negro, con hachas y grandes capas, que

sus largas espadas levantaban por detras: todos tenían puñales, un grande y largo rosario en la mano izquierda, apoyada sobre el puño de la espada: grandes sombreros chambergos, y los bigotes muy crecidos." La gravedad del cumplimiento no desmentia la de su serio continente. Nota el tal cumplimentado, que las mugeres tenían llena la boca de agua, y le dijeron que era para no retardar el trabajo con la parlería. El principal comercio de estos dos rios, además del oro, marfil y esclavos, es la goma tan necesaria en las manufacturas, sobre todo en las de la seda. Los franceses sacan mucha por el Senegal: son dueños de la isla de Gorea, y tienen sobre los dos rios útiles establecimientos. Los ingleses y los holandeses no son allí menos poderosos; pero todos tienen la pérvida política de mantener la guerra entre los reyes de aquellas riberas, con el fin de que sus ferias esten más provistas de esclavos. Una parte del desierto de Zaara la habitan aduáres ambulantes, y entre ellos hay tres familias ó tribus moras, que no conocen soberanos: el mas rico y estimado, es reconocido por jefe de la república. Son unos mahometanos valientes, y hechos á la fatiga; pero ninguno los haria emprender el viage de la Meca, porque en él no hay que ganar; siendo así que no se detienen en penetrar hasta el centro de Africa, en donde hallan el oro. Seguramente nunca harán viages inútiles, porque si llevan sal, estofas é instrumentos de hierro, y no hallan el oro, el marfil, el ambar, la piedra vernal, y las plumas de avestruz que buscan, roban los mismos negros con quienes iban á tratar, y los vendén á los europeos, ó á los moros de Fez y de Marruecos. Son tan grandes ca-

zadores, que ver los leones, los tigres y los mas feroces animales no los espanta. Con sus caballos bárbaros fatigan al avestruz, cuya ligereza al principio saca ventaja á los caballos; pero al fin se cansa, y hasta tanto no le pueden dar alcance dos ginetes: lleva el avestruz la cabeza tan alta como el mayor caballo; tiende las alas al viento, y cuando las mantiene inmóviles le sirven de velas, por decirlo así, y de remos cuando las mueve.

No está decidido que estos pueblos sean moros ó arabes; pero se puede decir que vienen de unos y de otros, y por la costumbre de estar juntos, el moro se ha hecho árabe, y el árabe moro, tanto que se confunden sus usos y costumbres. Hay una casta que llaman Berberiscos, y se cree que son en aquel pais mas antiguos que los moros: allí ya empiezan las mugeres á ser reservadas y modestas, y no se presentan sino con el velo sobre el rostro: allí no hay desnudez: todos van vestidos, y aun demasiado cargados de ropa para un clima tan caliente. Los habitantes están repartidos en aduares, en una especie de campamentos que no permanecen en un mismo sitio por mucho tiempo. Cuando mudan de lugar encierran sus granos en una especie de pozos cavados en la roca, cuya entrada es estrecha, y se va despues ensanchando: en España se llaman silos; pero ellos los llaman *matamoros*: segun los van llenando van echando paja hácia las paredes, y así se conserva el grano mucho tiempo. En tapando la entrada, cultivan y siembran encima. Las madres son tan tiernas para con sus hijos, que no solo están cuidadosas, sino que son demasiado crédulas sobre lo que les puede dañar, y así no admiten á toda especie de personas, creyendo

que hay gentes cuyas miradas son tan perniciosas que enflaquecen ó matan los niños en quienes fijan con malicia los ojos. Como que son pastores ó andan viajando, conocen muy bien el cielo; en todo lo demas son muy ignorantes: son excelentes para una carrera ó un ataque; pero malos soldados en cuerpo de ejército. Sus desiertos estan espuestos á aquellos terribles uracanes, que levantando las arenas sepultan los hombres; pero conocen las estaciones y temporales, y así no se esponen.

Tambien hay islas cerca del rio Gambia, y la de Biao presenta las siguientes particularidades. Los habitantes, así hombres como mugeres, llevan dos gruesas sortijas de hierro con una plancha del mismo metal en lugar de pedrería; y así les sirven en tocándolas para que los entiendan aquellos á quienes pretenden comunicar alguna razon, sin que la comprendan los que no están iniciados en este modo de esplicarse: ya tenemos aquí un language para las orejas, así como la disposicion y colocacion de las flores es en los serrallos un language para los ojos. En la misma isla se enriquece el rey fácilmente, porque un particular regala al monarca la casa de su vecino, y el vecino no deja de hacer lo mismo con el que regaló primero: las toma el rey, y es preciso rescatarlas ó edificar otras. Cuando aquel príncipe muere le llevan en ceremonia cuatro señores principales, y en lugar de sepultarle cuando llegan al término, hacen saltar las andas, y las vuelven á retener, hasta que despues de muchos saltos, dejan caer el ataúd sobre los grandes que están postrados en tierra; y aquel á quien toca la caja, si no le revienta, es reconocido por rey.

Biledulgerid quiere decir pais *de los dátiles*, y los da con abundancia. Consta de un conjunto de desiertos contiguos unos con otros. La mayor parte de los habitantes tienen de la naturaleza del suelo el ser flacos, secos y morenos, bien que siendo el clima todavía mas caliente que el de los etiopes, no son negros. Apenas hay otros sitios habitualmente poblados sino las riberas de los rios grandes, y algunas montañas de donde corren arroyuelos que muy presto se pierden en las arenas. Aquellas llanuras no tienen agua, y hay parages en donde no se hallan pozos sino de treinta en treinta leguas, y allí se gobiernan por las estrellas ó la brújula. Ya la esperiencia ha enseñado que ciertas aves vuelan hasta la distancia determinada de tal á tal punto, y se guian por su presencia ó su ausencia. Los antiguos conocieron las fronteras de Biledulgerid por el lado del Trípoli: llamábanla Mauritania, y todavía se ven monumentos de algunos restos de las ciudades que allí habian edificado. Por el lado opuesto se estiende inmensamente el Biledulgerid hácia la Nigricia, y es la patria de los garamantas, que eran los antepasados de aquellos numidas que por largo tiempo sostuvieron el honor de Africa contra los romanos.

BERBERÍA.

Toda la costa del Mediterráneo desde Egipto hasta pasado el Estrecho de Gibraltar, contando mas ó menos profundidad hácia lo interior, se llama Berbería. Verosímilmente por la palabra *bar*, que significa *desierto*, y de aquí dieron á los primeros habitantes el nombre de berberiscos, que

todavía mantienen. El calor es escesivo y casi continuo en los territorios vecinos al Egipto. El frío es áspero por el lado del monte Atlas : los países entre estos dos puntos son de un temple mas moderado, y así es la tierra mas fértil. La ventajosa situacion de Berbería empenó á los romanos, á los griegos, á los sarracenos, á los vándalos, y á los árabes y moros en hacerse sucesivamente dueños de ella. Al presente se puede decir que el gran señor la domina, no tanto á titulo de posesion cuanto de proteccion por un ligero tributo. La milicia turca egerce imperio tan absoluto sobre los habitantes, que tiemblan de solo ver un soldado turco. Moros, árabes, berberiscos, todos llevan este yugo con una sumision que pasma; se ven precisados á ocultar sus riquezas si las tienen, viviendo pobremente, y aun no saben si su misma obscuridad los librárá de las violencias de sus tiranos. Los berberiscos, sobre todo, son un modelo de paciencia, la que en ellos debe ser originaria, porque en su lengua no tienen palabra que signifique rebeldía ni murmuracion, ó bien les viene de la resignacion, pues no dejan de acordarse de encargarla á los cautivos cristianos, cuando los oyen prorumpir desesperados en quejas y maldiciones.

Los dueños mas temibles para estos infelices son los renegados que abjuraron de la fe por intereses ó por romper sus cadenas. Estos para que los tengan por bien convertidos, afectan portarse cruelmente con los cautivos cristianos, aunque sean de su nacion, tratándolos muchas veces peor que á los otros; pero por mas que hagan, los que han precipitado á estos renegados en la apostasia, los aborrecen, desprecian y desconfian de ellos. No

obstante, como por lo regular son gente de mucho espíritu, ó se enriquecen en el comercio, ó se adelantan en la milicia sentando plaza en las embarcaciones corsarias; y se han visto algunos que se han hecho famosos en la piratería, y han llegado á los primeros puestos del ejército y del estado. Concluyen los autores el retrato general de los berberiscos diciendo, que reúnen todos los vicios de los africanos; y la historia nos ha dado demasiadas pruebas de que son embusteros, pérfidos, ladrones, dados á la torpeza y á los mas infames desórdenes, y de que si hay alguna diferencia entre ellos y los otros africanos, es que en todo género de vicios son peores que los demas, y que les esceden en la pereza, ignorancia y supersticion. La religion mas comun es la musulmana; pero del modo que la puede practicar semejante gente, y muchas veces les sirve de pretexto para las vejaciones con que tratan á los cautivos cristianos. A los judíos no los mortifican tanto, y á los demas los dejan idólatras ó sin religion, y absolutamente libres.

A principios del siglo XII, por los años 1107, el gefe de una tribu mora, llamado Techifrian, reunió bajo su mando otras tribus, con ellas venció á los arabes que dominaban en Africa, y formó un poderoso imperio en las cercanías del monte Atlas. Su hijo Juzeph, tan valiente y afortunado como él, sostuvo este imperio, le aumentó y echó los cimientos para la ciudad de Marruecos. A petición de los príncipes moros, establecidos en España, le vió esta por dos veces á la cabeza de poderosos ejércitos, y allí murió en una batalla su hijo y sucesor Ali. Brahen, coronado despues de él, vivió en una indolencia que dió lugar á un estusiasta

Años
de J. C.
1107.

y gefe de secta , muy hábil y diestro , llamado Abdalla , para apoderarse del trono. Murió este , y su principal general , llamado Abdelumnen , fue proclamado reuniendo los votos de los demas. Irritado contra Marruecos por haber reconocido á un hijo de Brahen , la sitió : se defendieron los habitantes vigorosamente ; pero él juró no levantar el sitio hasta tomarla y *pasarla por un cribo*. Para cumplir su juramento hizo derribar los edificios , machacar las piedras y reducir las á polvo , hasta acribarlas. Construyó otros palacios y mezquitas con su nombre ; pero tuvo el descontento de ver que , viviendo él , todos estos edificios recobraron los nombres de los reyes que antes tenian.

Pasó á España á hacer la guerra como sus predecesores , y le imitaron Juzeph II , su hijo , y su nieto el célebre Almanzor , que quiere decir el conquistador. Sujetó este príncipe la Numidia , y todo el pais que se estiende hasta Trípoli , comprendidos Marruecos , Fez y Tunez , hasta llegar á los desiertos de la Libia. Los moros de España le reconocieron por soberano ; hizo contra los cristianos conquistas , y fue el mas poderoso rey que desde los califas arabes habia reinado en Africa : acabó de un modo singular. Mientras estaba en España pretendió el gobernador de Marruecos apoderarse del imperio de Africa : volvió Almanzor , y no pudo ganar su capital , sino prometiendo con juramento al rebelde el perdon ; pero cuando este se le presentó no pudo detener su cólera , y le hizo cortar la cabeza. Al dia siguiente desapareció Almanzor , y le buscaron inútilmente ; pero dicen que una de sus mugeres , que le amaba tiernamente , le halló fugitivo en Alejandria , en donde el monarca



Marruecos acribada.

Irritado Abdelummen por la vigorosa defensa de los habitantes de Marruecos, juró no levantar el sitio hasta tomarla, y pasarla por un cribo. Así lo cumplió mandando derribar las murallas y edificios, reducir á polvo las piedras, y acribarlas. Se vengó en lo insensible, y logró el placer ridículo de convertir en polvo su conquista. Nunca son otros los laureles con que la cólera corona á sus héroes.

se había hecho panadero para espiar su perjurio, y que jamas quiso volver. Pusieron los emires en su lugar á su hijo, que sufrió en España grandes reveses, y murió de pena. Con la noticia de su muerte se sublevaron contra su hijo, que todavía era niño, todos los gobernadores de provincia; y aquel grande imperio se dividió á mediados del siglo XIII en los reinos ó repúblicas que se conocen con el nombre de *Estados Berberiscos*.

MARRUECOS.

Marruecos, Fez y Suez son un mismo imperio, y se estiende hácia el Sur hasta el rio Negro; pero pasado Suez, ya es una parte estéril casi desierta, y habitada por la mayor parte de árabes errantes, que no conocen mas soberanos que sus cherifes. El aire caliente de aquel clima se templá con los vientos de Occidente que soplan del Océano Atlántico, y por los de la parte del monte Atlas, siempre cubierto de nieve. El pais es generalmente bien regado, y si le cultivaran á proporcion daria dos ó tres cosechas al año; pero á escepcion de algunas leguas al rededor de las poblaciones grandes, está erial ó saqueado de los árabes. Los pastos del Atlas crian aquellos escelentes caballos que llaman bárbaros, los dromedarios estimados por su ligereza, y los camellos tan útiles para sus largos viages por desiertos áridos y arenosos. Son los mejores del mundo; porque caminan diez dias sin beber ni comer, sustentandose de lo que van gastando de sus mismos cuerpos; y en semejantes ocasiones lo primero que se va disminuyendo es la corcoba, despues el vientre y los cuartos traseros, hasta que se

ponen tan flacos que se rinden al peso de cien libras los que antes llevaban ochocientas ó novecientas en los viages mas largos, si los mantenian bien.

Los habitantes son los berberiscos que dicen ser los mas antiguos, y conservan sus costumbres y language. Comen pobremente, viven en cabañas y en los altos montes, que todavía no están enteramente subyugados. Los árabes andan errantes, siembran y apacientan sus ganados, pagan algun impuesto al emperador de Marruecos, pero realmente no obedecen sino á los cherifes de su eleccion, y aun hay tribus que viven de robar: habitan en los lugares inaccesibles, y bajan de allí á saquear. Los viajeros, pagando, toman un seguro para ir de tribu en tribu. Esta señal de seguro la lleva un árabe en la punta de una pica, y es una salvaguardia que todos respetan. Los moros descienden de aquellos que echaron de España. Son muy numerosos en las costas; pero no tienen naves propias, ni hacen comercio directo con los extranjeros. Pasan por avaros, supersticiosos, falsos, envidiosos, vengativos y traidores: en estas bellas propiedades solamente los esceden los judíos, que son tambien de los que espulsaron de España y de Portugal. Por ser los mercaderes, factores y banqueros del reino, les imponen escesivas contribuciones, que ellos alivian con el fraude. Los renegados, que hacen clase aparte, son tan aborrecidos de los demas habitantes como de los cristianos: los emplean en los servicios mas penosos y viles. Cuando los llevan al ejército los ponen en la primera fila, y los despedazan sin misericordia por poco que retrocedan.

En ninguna parte son los esclavos tratados tan

cruelmente como en Marruecos: todos son del rey, y no se les concede en el trabajo el menor descanso. No les dan otro alimento que una libra de pan de cebada frito en aceite. Sucede muchas veces que mientras le llevan á la boca con una mano, están con la otra trabajando en alguna cosa sucia con fatiga; pero siempre los va siguiendo un cómitre desapiadado, que los azota sin cesar si ve que quieren reposar un poco. No es cosa rara verlos rendirse al cansancio, y morir entre los golpes. Por la noche los encierran en un calabozo ó subterráneo, adonde bajan por una escalera de cuerda, la que despues sacan, y dejan caer sobre el agujero una trampa de hierro. No les dan mas vestido que una ropa de lana burda con su capucha, que les sirve de sombrero, camisa y calzon, porque allí no se habla de medias ni de zapatos. A los casados y á las mugeres los reservan de los trabajos fuertes, para que les nazcan nuevos esclavos; mas los infelices no se ven mejor vestidos, ni mas bien alimentados que sus compañeros. No se toman el cuidado de que renieguen de la fe cristiana, porque si lo hiciesen quedan libres. Hay en Marruecos una casta de moros distinguidos que ocupa los primeros empleos, y hace un gran papel; pero esto mismo los espone mas á la avaricia, á los rezelos y á la crueldad del soberano, que es por constitucion despótico, y así pagan muchas veces bien cara su distincion. Por último, hay en el monte Atlas unos salvages que no viven de otra cosa que de frutas y de caza; estos habitan en las cavernas de las peñas. De este modo la poblacion del imperio de Marruecos se compone de hombres de todas castas y religiones, de todas figuras y colores, pues

no faltan en él negros, como que están tan vecinos.

En el imperio de Marruecos se hallan todas las bellezas que la naturaleza liberal derrama prodigiosamente en los países mas favorecidos: grandes llanuras, cuevas agradables, magestuosos montes, bosques y selvas, rios que serpenteando mansamente inundan despues las campiñas y las fertilizan, y otros que apresuran en torrentes sus espumosas olas, ó cayendo de lo alto, se precipitan en cascadas. El modo de pasar de una ribera á la opuesta en estas cascadas es tan singular como peligroso. Se meten en una especie de cesta, tan ancha que caben hasta diez personas: la hacen correr con una polea por una maroma que está atada por los dos cabos á las poleas fijas en la roca, y los que están en el lado opuesto tiran de la cesta. Si la máquina falta por alguna parte, como suele suceder, caen los pasajeros al rio desde la altura de quinientas brazas.

Las ciudades principales del imperio de Marruecos son la capital del mismo nombre, Fez, Salé, Tetuan y Tafílete: todas tienen bellos edificios, pero separados de las chozas en donde habita el pueblo, y de este modo se ve siempre la miseria al lado del lujo: mezcla muy ordinaria en donde el monarca es despótico. Los portugueses tienen una plaza, y los españoles otra, que es Ceuta, que son como dos puntos de apoyo para contener á los berberiscos, y para limpiar sus propios países de los vasallos malos enviandolos allá. Por lo que parece destino del Africa poblarse con el desecho de las otras naciones.

El rey de Marruecos, que tiene el titulo de emperador, toma tambien el nombre de *cherif*; esto

es, jefe de la religion. El es el que nombra los *al-faquis*, que son los ministros de esta, y con las decisiones que estos resuelven como él quiere hace sagradas sus ordenanzas; por lo que no hay en el mundo gobierno que sea mas absoluto y tiránico. Un gesto ó una mirada del príncipe es muchas veces una sentencia de muerte. Cada vasallo se apresura á obedecerle, y creen que los que mueren en la demanda van derechos al paraiso. Precisados los emperadores á tener entre tantas naciones alguna que les cobre afecto, han elegido á los negros de algun tiempo á esta parte: á estos confian la guardia de sus personas, tesoros y concubinas, y los elevan á las primeras dignidades del imperio. Van á Guinea á buscar los jóvenes, y solamente les enseñan el manejo de las armas, y una obediencia ciega á las órdenes del emperador. En las cosas espirituales da á entender que cede alguna superioridad al mufti; pero este antes de decidir, ya sabe lo que quiere el príncipe. Este es el heredero de todos los bienes de sus vasallos, y no tienen los hijos mas que lo que les quieren dejar de las riquezas de sus padres.

Sus rentas consisten, lo primero en estas herencias, y ademas en la venta de los empleos, las frecuentes multas que exige de los que los poseen: el derecho sobre los corsarios, que llega á una décima parte en limpio de las presas, ademas del de comprar todos los esclavos por cincuenta escudos cada pieza, vendiendolos algunas veces al céntuplo; pero ordinariamente los conserva para trabajar en utilidad suya, lo cual es un ramo de sus rentas. Tambien tiene el diezmo de todos los ganados; pero esta cobranza es costosa, porque le obliga á enviar

tropas, que no siempre son bien recibidas de los árabes, moros y berberiscos que viven en los campos. Los judios y los cristianos pagan una capitacion por la libertad de comerciar. Por último, los estados cristianos le dan tributos con el nombre de presentes para que contenga sus corsarios, y solo deje salir cierto número de ellos. La misma naturaleza ha puesto el freno á la codicia de los marroquíes, porque no tienen buenos puertos: el de Salé con ser el mejor, se queda en seco en la baja mar, y por otra parte está obstruido por una barra peligrosa; de modo, que solo pueden salir navios de fuerzas medianas, y por esto la marina del estado es de poca importancia. Las tropas de tierra no tienen aprecio en tiempo de paz: comunmente llegarán á cuarenta mil hombres. La infantería está mal armada y mal disciplinada: la caballería está en mejor disposicion; pero el cuerpo mas temible es el de los negros, que acompañan al emperador en número de cuatro ó cinco mil hombres entre infantería y caballería, sin contar los que háy por las provincias. Cada gobernador procura tener una escolta, así para agradar al emperador, como para su propia seguridad. De estas guardias destacadas pasan los negros á la del emperador, y este paso es objeto de emulacion y de premio.

El gusto de las ciencias que en otro tiempo reinó en Africa, está hoy enteramente perdido. La famosa universidad de Fez no enseña mas que á leer, escribir y el Alcoran. Un muchacho que sepa de memoria algunos capitulos es un prodigio, y sus camaradas le llevan en triunfo por la ciudad. Tambien la aritmética entra en la educacion: aprenden la astrología judiciaria, confian mucho en

encantos, sortilegios y amuletos. Son rígidos observadores del mahometismo; pero tambien lo son de algunas prácticas que le son estrañas: llevan víveres á los sepulcros: se juntan todos los viernes en grande número, y no faltan en esta junta las mugeres, como que es una de sus recreaciones. Los morabutos que tienen cerca sus celdas, se encaminan allá con pasos lentos, y con su aire de mortificados, y llevando sus grandes rosarios murmuran allí sus oraciones. A los muchachos los crían en el odio á los cristianos, y así jamas hablan de ellos sin añadir alguna imprecacion; los mismos embajadores no están libres de los insultos del populacho.

Los marroquíes miran con singular respeto á los que han vuelto de la Meca, y los llaman Hadid ó santos: hasta las caballerías respetan; pues las conservan sin trabajar, y las entierran con ceremonia. Un hombre convencido de no haber ido á la mezquita en ocho días, queda por la primera vez inhábil para ser testigo en justicia; por la segunda le imponen una multa; y por la tercera le queman vivo. Allí no se admiten mugeres, porque pudieran causar distracciones en los buenos musulmanes: quédense, dicen, para propagar la especie, pues para esto han nacido: á lo que parece, creen que las mugeres no tienen que esperar ni que temer despues de esta vida. Un cristiano ó un judío si entra en una mezquita tiene que hacerse musulman, ó le empalan ó queman vivo. Es permitido faltar á la palabra dada á los infieles, que es como llaman á los que no son mahometanos, y mortificarlos de todos modos. Todos, hasta el mismo emperador y sus ministros, son muy codiciosos

de regalos, y muy importunos por conseguirlos, porque entre ellos es proverbio comun: *Que el vinagre regalado, es mas dulce que la miel comprada.* En ninguna parte se observa con mas exactitud su ramadan ó cuaresma: hasta á los muchachos obliga, y aun los corsarios en sus navíos no cometen la mas leve infraccion. En Marruecos horrorizan los castigos, porque allí es uso aserrar al traves y á lo largo ó en cruz, á unos empalan, á otros los quemán á fuego lento.

El arábigo ó árabe moderno que hablan los berberiscos, es una de las lenguas mas estendidas: se habla en todos los estados del gran señor, en los cuales se propaga y se sostiene por la peregrinacion de la Meca. No se puede admirar bastante-mente el respeto que tienen al nombre de Dios, y el horror á los juramentos, con los cuales dan en rostro, y con razon, á los cristianos por esta maldita costumbre. En su lengua ni aun tienen palabra para pronunciar una blasfemia. Jamas las querellas paran en muerte: tal vez será porque no hay perdon aunque sea la muerte involuntaria. Allí no va acompañando al suplicio un tropel de gente curiosa: si encuentran al delincuente, le miran de paso con aire de compasion; y no acaban de comprender por que se apresuran en nuestras ciudades á ver semejantes espectáculos. Allí están severamente prohibidos los juegos de azar; y así se pasan de ver nuestras concurrencias al juego tan activas y turbulentas. Sus visitas no duran mas tiempo que el que necesita el negocio de que se va á tratar, y no conocen las conversaciones vagas, ni las que se versan sobre los asuntos de otro, ó los del estado. En las visitas presentan sorbete,

café, pipa y tabaco: beben ó fuman en silencio, y se retiran. El vino y los licores fuertes estan rígorosamente prohibidos, y los señores mas grandes y poderosos no los usan, como no sea á escondidas. Dos máximas políticas lleva el emperador de Marruecos: la primera, conservar y proteger en sus puertos á los cónsules de las naciones cristianas, estando con ellas en guerra, con el fin de sostener el comercio; la segunda, vivir en paz con las repúblicas de Tunez, de Argel y de Trípoli, para no atravesarse en la piratería, ni hacerse daño unos á otros.

Ya hemos visto que muerto el nieto de Almanzor, á principios del siglo XVI, se dividió el imperio entre los gobernadores ó vireyes que se hicieron independientes. Pasó la suprema potestad de mano en mano á muchas tribus, hasta la de Otaces, que fijó el trono en Fez, y enviaba gobernadores á Marruecos. Vivía en la provincia de Darhá un hombre llamado Hasan, que se decia Cherif, esto es, descendiente de Mahoma, y se habia hecho muy recomendable con la fama de virtud y de piedad. Este crió en sus principios tres hijos, Abdel-Quivir, Hamet y Mahomet, y para acreditarlos, entre los devotos, los envió á hacer el viage de la Meca: y en él consiguieron tal reputacion, que á su vuelta acudian los pueblos en tropel por donde pasaban para besarles la ropa. Hasan y sus hijos fingieron éxtasis, y afectaron extraordinario zelo por el mahometismo, tanto que los miraban como enviados del cielo para defenderle. El Cherif viejo envió los dos hijos mas jóvenes á Fez, y se introdujeron tanto en el corazon del rey, que dió á Hamet una cátedra de profesor

Años
de J. C.
1516.

en el famoso colegio de Fez, y á Mahomet, que era el último; le nombró preceptor de sus hijos.

Supieron aprovecharse del favor, y desde el colegio pasaron á los gobiernos de Suz, Marruecos, Hoa, Tremecen y Dúquela. Les concedieron esta potestad á pesar de las representaciones de Muley-Nacer, ministro de Otaces, que no cesaba de clamar, que no habia que fiarse de aquellos hipócritas. No bien llegaron á las provincias de su gobierno cuando levantaron el estandarte de Mahoma contra los portugueses, que poseian alguna plaza. Al mismo tiempo que mostraban grande zelo por el mahometismo, zelo que les procuraba muchos soldados musulmanes, sostenian su crédito en la corte, sujetando las ciudades de aquellas provincias que no la eran muy aficionadas; de suerte, que con sus victorias triunfaba el rey de Fez, y se alegraba por la eleccion que habia hecho de los Cherifes, por mas que le dijese el sospechoso Muley-Nacer. Sin duda las representaciones de este escitaron la reflexion, quando Mahomet, despues de haberse hecho el que lo podia todo en su gobierno, edificó un magnifico palacio en la capital de la provincia, y tomó el título de príncipe de Hoa: se apoderó despues de Marruecos, de donde echó fuera al príncipe de una pequeña tribu, reducida al territorio de esta ciudad, y le dió veneno. Se juntó Hamet con su hermano Mahomet: su padre Hasan habia muerto, y á su hermano mayor, Abdel-Quivir, le habian quitado la vida en un encuentro. Entonces eran conocidos por el nombre de los dos Cherifes, y proclamados entre los musulmanes, como los mas firmes apoyos de la religion mahometana. Quando se vieron en este grado de poder,

renunciaron abiertamente á la dependencia del rey de Fez.

Murió este príncipe de pesadumbre; y el hijo, discípulo de Mahomet, creyó ganar á su preceptor, enviándole á decir, que para confirmarle en sus dignidades y poder, se contentaria con que le pagase un corto tributo anual; pero Mahomet respondió: "Que siendo él descendiente del gran profeta, no era justo ni correspondia á su dignidad pagar á nadie tributo;" y añadió: "Si queréis tratarme como amigo, siempre conservaré agradecido la memoria de los favores que he recibido de vuestro padre y de vos; pero si os atravesais en la guerra que estoy haciendo á los cristianos, debéis esperar el castigo de Dios y de mi profeta." Dada esta respuesta, tomó Mahomet el título de rey, que ya tenia su hermano Hamet. Este, descontento por ver que su hermano menor usurpaba una dignidad que á él le pertenecía exclusivamente, declaró á Mahomet la guerra; pero fue vencido y hecho prisionero, aunque despues le dieron libertad. Los grandes repartieron entre sí las provincias: Hamet no se dió por contento: se armó de nuevo: volvieron á prenderle, y no le dieron mas castigo que confinarle con su familia á la ciudad de Tafilete. Mahomet le prometió que le restableceria de nuevo si permanecia quieto por algun tiempo. Declaró despues la guerra al rey de Fez, y siempre afortunado, aprisionó tambien á este príncipe.

Años
de J. C.
1536.

Acordándose el preceptor de su antiguo estado, hizo á su discípulo una recomendacion pedantesca ó pueril. Le hizo presentes las lecciones que en otro tiempo le habia dado: le reprendió por no

haberse aprovechado de ellas , y haber dejado entrar los delitos y las abominaciones en su capital, antiguamente celebrada porque florecian en ella las ciencias y el mahometismo. "Si en castigo de esta negligencia os veis hoy despojado de la regalia, no penseis, decia el santon, que soy el autor de vuestra desgracia, sino el mismo Dios, que ha peleado por mí. Todo esto es obra únicamente suya." Al concluir se dignó de asegurarle que dentro de poco tiempo se veria restablecido en sus estados. El prisionero despues de un corto cumplimiento por la promesa que le hacia respondió: "Con dificultad me persuado á que habeis tomado las armas contra mí, únicamente por darme esta leccion. Confesaré de buena fe que pueden introducirse en un estado muchos abusos y desórdenes que un rey no puede prever ni remediar; pero suponiendo que los que me atribuis sean los mas enormes, y que haya sido negligencia mia no detenerlos en su curso, ¿tocaba á vos el encargo de castigar mi error, cuando por mis súplicas os elevó mi padre de la baja condicion de maestro de escuela al alto punto de poder adonde habeis llegado? ¿Es razon que habiendoos yo colmado de beneficios, me pagueis hoy con una ingratitud, y esto con el hermoso pretesto de virtud y religion?" Aquí, haciendo pausa, tanto por la indignacion, quanto por el dolor de sus heridas, á las que no le dejaba atender el zelo de Mahomet por reformar á su discípulo, añadió: "Por evitar lo que pudiera enfadaros, descubriendo vuestro profundo disimulo á los que nos oyen, añadiré solamente que la Providencia me ha puesto en vuestras manos para ver el uso que haceis de vuestra victoria;

y pues vos habeis emprendido traerme aquí á la memoria mi obligacion, veamos si cumplis con la vuestra, y si sois capaz de advertir hasta qué punto la inconstancia de la fortuna pudo hacer que necesitemos el uno del otro.”

El astuto Cherif se sonrió malignamente: trató á su prisionero con bastante atencion; pero cuando llegó el punto de conformarse los dos, no quiso el generoso vencedor ponerle en libertad sino con la dura condicion de que el rey de Fez le entregaria la capital siempre que se la pidiese. En esta peticion habia unas miras que no tardaron en descubrirse. Su hermano Hamet, que no estaba contento con su suerte, formó juicio por su descontento del que tendria el rey de Fez, y así le propuso una liga contra el comun tirano. Mahomet antes del rompimiento, y sin saber si este llegaria, se presentó delante de Fez, y envió á decir al rey que la entregase. Este se disculpó con los habitantes, diciendo, que no querian mudar de señor; pero ya Mahomet habia ganado á la mayor parte, y le abrieron las puertas. El rey, que se habia refugiado precipitadamente en la fortaleza, sin víveres ni provisiones, tuvo que entregarse con la sola gracia de vivir como un particular en donde el vencedor dispusiese; y así envió á decir al desgraciado príncipe que se retirase con su familia á Marruecos, para tenerle siempre debájo de su mano. A su hermano Hamet le desterró al desierto para que no se hablase mas de él. Salió no obstante este príncipe de sus arenales, y volvió á inquietar á su hermano: cayó de nuevo en su poder, y le envió con todos sus hijos á Marruecos, que era su prision. Ya no estaba allí el rey de Fez,

porque el tirano le habia mandado matar con dos hijos suyos por simples sospechas. En su vejez experimentó el Cherif pesadumbres que exasperaron su carácter. Perdió en la guerra el hijo mas querido, en quien ponía toda su confianza: sus armas no fueron ya tan felices: siempre tenia sublevaciones y traiciones, lo que le hacia espantadizo y cruel; pero no pudo evitar su mala suerte. Mientras él conquistaba el imperio de Marruecos, Barbaroja se habia apoderado del reyno de Argel. Se respetaban estos dos guerreros; y cuando murió Barbaroja, sabiendo su hijo Hasan que Mahomet hacia preparativos contra él, rezelando que no podría resistir á tan terrible enemigo, destacó un asesino que le quitó la vida en medio de su campo. Así que llegó á Marruecos la noticia de su muerte, temiendo Budcar, que era el gobernador, que Hamet que estaba á su cuidado hallase medio de escitar alguna sedicion, le mandó matar con siete hijos ó nietos suyos. De este modo los dos hermanos que por tanto tiempo se habian disputado el imperio, murieron casi al mismo tiempo con muerte violenta.

Años
de J. C.
1557.

A Mahomet le sucedió su hijo Abdalla, y dió á Budcar el premio que merecia su officiosa crueldad. En la matanza de los hijos de Hamet habian caido dos príncipes jóvenes hijos de Sidan, que era el hijo mayor de Hamet y de Lelamarien, hermana de Abdalla. Desesperada esta princesa resolvió vengarse del homicida de sus hijos, y este punto le manejó con destreza. A Budcar le habian nombrado gran visir, y la princesa procuró inspirar contra él sospechas á su hermano, que la amaba mas de lo que debe amarse á una hermana.



Budcar sorprendido.

Descubiertos los injustos proyectos del Visir Budcar huyó este; y vistiéndose de muger fué hallado en su fuga por unos cazadores, que creyéndole alguna aventurera le quitaron el velo; pero sospechando por el disfraz que fuese delinqüente, le llevaron al Emperador, quien mandó cortarle la cabeza. Los ardidés que inventa el malo para librarse del castigo suelen ser medios con que se le acelera.

principalmente hizo por insinuarle que el visir en muriendo él, haria lo posible por poner en el trono al hermano del emperador en perjuicio de su hijo. Nada queria Abdalla creer; pero Lelamarien le propuso que se convenciese por sí mismo de los pensamientos del visir.

Todo lo tenia concertado con su hermano. Estaba este enfermo, y su hermana no permitia que nadie entrase á verle. El visir, como le negaron la entrada, sospechó que el príncipe habia muerto y se lo ocultaban, y dijo imperiosamente que queria él entrar: Lelamarien confesó como por fuerza que su hermano habia muerto: admitido el visir, vió al príncipe tendido é inmóvil con un velo sobre el rostro. Le propuso entonces la princesa que hiciese proclamar al hijo del difunto, y respondió el visir: "Que era demasiado jóven, y era preciso que le sucediese otro, capaz de gobernar el estado, de castigar los delitos que habia tolerado Abdalla, de premiar los vasallos buenos que estaban olvidados, y que para esto no habia otro que pudiese llenar el trono como el hermano del rey; y que no obstante lo mucho que debia al difunto, él seria el primero que se opondria á que su hijo le sucediese. Mas hubiera dicho si Abdalla, no pudiendo ya sufrir, no hubiese arrojado el velo y empezado á reconvenir á Budcar sobre lo que nada entendió hasta el fin. Se aturdió, se vistió de muger, salió de la ciudad; y mientras llegaban los caballos que habia pedido se sentó debajo de un olivo. Unos cazadores que iban de paso se acercaron á hablarle creyendo que fuese una muger que buscaba su fortuna: le quitan el velo y le reconocen. ¡ Un gran visir, y con semejante disfraz!

Sospecharon, le aseguraron, y le llevaron al emperador, el cual estando todavía en el calor de la cólera, mandó cortarle la cabeza.

Años
de J. C.
1574.

Su hijo Muley Mahamet le sucedió, pero le quitó el trono Moluch su tío, que fue el que ganó la famosa batalla en que no pareció mas el rey de Portugal don Sebastian. Estaba el rey moro enfermo y para espirar, metido en su litera, cuando se empezó el combate. Esto no obstante dió las órdenes, y vió que se inclinaba la victoria á su favor, y murió antes de verla decidida. Su her-

1575.

mano Muley Hamet se hizo proclamar en medio de sus trofeos, y su reinado correspondió á la felicidad de su principio; porque fue largo y di-

1603.

choso. El de Sidan su hijo, aunque se atravesaron las sublevaciones de sus hermanos, y de otros parientes que sujetó, fue por muchos años un rei-

1630.

nado muy tranquilo. A su hijo Muley Abdelmelek, perdido por las torpezas, cruel y detestado de sus vasallos, le asesinó un tártaro cristiano, á quien queria hacer eunuco, y le reemplazó su hermano

1634.

Muley Elvalí, el cual estuvo para perder los ojos por orden del bárbaro Abdelmelek cuando éste su-

1648.

bió al trono. Muley Hamet II, su hermano y sucesor, fue generalmente despreciado por su desordenada pasion á las mugeres, las cuales siempre le tuvieron ocioso en el serrallo; pero pagó la pena de su indolencia, porque le sorprendieron en Marruecos los alarabes, tribu de los árabes del desierto, y le mataron. Estos mismos pusieron en su lugar á su rey Crumel Hack, el cual por no ser de la dinastía no es contado entre los sucesores legítimos. Se habian estos retirado al reyno de Ta-

1650.

filete, en donde reynó Muley Cherif, que era uno

de ellos. Sidí-Omar, pequeño príncipe de Illech, ganó contra él una batalla, y le puso en una estrecha prision, en donde vivió mucho tiempo. Le envió Omar una negra muy fea, y tuvo de ella dos hijos, Muley Archi y Muley Ismael.

Muley Archi, el hijo mayor de la negra, llegó á ser rey de Tafilete por muerte de su padre, restituído al trono libre de su cautividad. Mientras él reynaba, Muley Ismael, hijo menor, vivia como particular en Mequinez, sitio el mas agradable y fértil de Berbería, que entonces era un castillo, y se ocupaba en el comercio y la agricultura. Murió su hermano de un accidente; y de labrador y negociante que era Ismael, se convirtió desde luego en el tirano mas bárbaro que jamas se vió en el trono. Su primer sistema fue ocupar de tal modo á sus pueblos, que no tuviesen tiempo para pensar en la opresion que los hacia sufrir, y así decia: "Si yo tengo una cesta llena de ratones, la romperán para salir, á no ser que los ocupe en un perpetuo movimiento." En consecuencia de esta máxima siempre los traia abrumados con nuevos trabajos é impuestos, estando los espíritus como suspensos por sus nuevas órdenes y egecuciones crueles. Su avaricia era igual á su ferocidad. Añadía tesoros á tesoros, sin gastar nada para su casa ni para las tropas.

Años
de J. C.
1662.

Mandó un dia que fuese un egército á sitiar á Marruecos, porque un hijo suyo se habia apoderado de la ciudad. "¿Y el dinero, preguntaron los oficiales?" "¿Qué es eso de dinero, respondió con ira Ismael? ¿no veis, perros moros, cómo las mulas, camellos y otros animales de mi imperio nada me piden para sustentarse, sino que ellos se

lo hallan sin importunarme? Haced lo mismo vosotros, y marchad aprisa." Esto era decirles: robad, saquead cuanto encontréis por el camino. No dejaron de hacerlo así. El príncipe contra quien los enviaba era Muley Mahomet, el mas querido de sus hijos; pero las intrigas de una madrastra envidiosa, y lo asustadizo de su padre, le precisaron á la sublevacion.

Tenia Muley por rival de favor á su hermano Sidan, hijo de la negra Layla Ajacha, cuya alma era tan negra como el cuerpo: no degeneraba el hijo de su madre; y á la malicia y falsedad añadia una torpeza y crueldad que le hacian aborrecido de cuantos le conocian. Muley, por el contrario, era de tan amables prendas que todos generalmente le estimaban. Fuese capricho ó resolution de deshacerse de los dos, envió Ismael á la misma ciudad, y lejos de donde él estaba, estos dos hermanos tan contrarios para vivir juntos: pelearon entre sí; y el padre llamandolos á su presencia, y no pudiendo conciliarlos, tuvo el gusto, que es único en este género, de mandar que pelesen de nuevo á su vista. Les quitaron los sables, y les dieron fuertes bastones. Riñeron con tanto furor que á poco tiempo estaban cubiertos de sangre. Se hubiera verificado la muerte de Sidan si no hubiera mandado el padre que se separasen. No obedeció tan prontamente Mahomet; y tomando Ismael un baston le dió algunos golpes; pero á pocos instantes sintió despertarse su ternura, y por una especie de satisfaccion le dió á escoger un gobierno.

A vista de este favor conoció Layla Ajacha que sus astucias no habian despegado á Ismael de



Ismaél y sus hijos.

Constandole á Ismaél quanto se aborrecian sus dos hijos Sidán y Muley Mahomet, quiso tener el bárbaro recreo de que peleasen en su presencia, para lo qual, quitandoles los sables, les dieron fuertes bastones. Pelearon con furor hasta que cubiertos de sangre y muy á riesgo de perecer Sidán, les mandó Ismaél separarse. ¿De que atrocidad no seria capaz un padre que tan á costa de sus hijos pudo recrearse?

su hijo, y que podia temer que destinase para él la corona: redobló pues la perfidia: mandó al príncipe egecutar un asesinato, con que le hubiera perdido para con su padre á no haber tenido á la mano la prueba de que su madrastra con el sello de su marido le habia mandado el homicidio. Ismael, aunque tan cruel con las mugeres, que por una simple sospecha las mandaba ahorcar en el serrallo á docenas, perdonó á esta furia; y el príncipe, viendose espuesto á nuevas traiciones, levantó en fin el estandarte de la sublevacion. El emperador envió contra él á su hermano Sidan, que en parte por la fuerza y en parte con astucia le hizo prisionero. Aquí se esplica enteramente el carácter de Ismael. Mandó desde luego que le trajesen á Marruecos aquel desgraciado hijo; pero instandole el deseo de satisfacer su venganza, salió él hasta Mequinez á encontrarle. Entró en la ciudad, precedido de cuarenta esclavos cristianos que llevaban una grande caldera, un quintal de brea, y otro tanto de sebo y de aceite. Le iban siguiendo seis carniceros con el cuchillo en la mano, y una carreta cargada de leña. Tan espantoso aparato asustó en Mequinez, porque ya habian visto otros castigos de la invencion de Ismael, y así estaban todos consternados. La hija de Mahomet daba espantosos gritos con sus compañeras: la misma negra sultana, disimulando su odio, se juntó con las demas á pedir perdon: el emperador respondió friamente, que el castigo que queria dar á su hijo no era mas que echarle encima un poco de aceite hirviendo.

Habia ido el príncipe delante á una pequeña ciudad mas allá de Mequinez. Un dia entero es-

tuvo el padre sin hablarle. ¡Oh, qué horrible esperar! Ya por último le llevaron á la presencia del bárbaro, y el hijo se le postró. Mirandole el padre con unos ojos que echaban llamas, le puso con silencio la lanza con ira en el estómago, y despues como si se arrepintiera de darle tan dulce muerte, mandó que le metiesen en la caldera en donde estaba el aceite hirviendo: mandó á un carnicero que se subiese, que le cogiese el brazo derecho en el borde de la caldera, y se le cortase. No quiso el infeliz egecutarlo, y dijo que antes perderia la vida que derramar la sangre del hijo de su rey. Se irritó este, le cortó la cabeza, y mandó á otro la egecucion, y que tambien le cortase el pie. Entonces dijo el rey á su hijo como quien hacia de él escarnio: "Ea, infeliz, ¿conoces ahora á tu padre?" Al punto tomó un fusil, y mató al carnicero que habia cortado á su hijo el pie y la mano. Todavía tuvo el príncipe valor para decir: "Véase qué fiereza, pues mata al egecutor de sus órdenes, y al que no quiso egecutarlas." Metieron la pierna y el resto del brazo en la caldera de aceite para detener la sangre, y en el mismo dia llevaron al príncipe á Mequinez, en donde entró en una mula con el brazo terciado y la pierna en una especie de caja. Desesperado de verse tratar así, no permitió que le curasen; se quitó las vendas, sobrevino la gangrena, y murió á los trece dias.

Es imposible espresar los dolorosos gritos y alaridos en que resonaba el serrallo con la noticia del suplicio del desgraciado Cherif. Fue preciso que el rey para sosegar á las mugeres amenazase con la muerte á las que oyese gritar; y para que creyesen que hablaba de veras, hizo ahorcar hasta cuatro



Muerte de Sidán.

No logrando Ismaél que sus ardides deslumbrasen á su rebelde hijo Sidán para que confiado fuese á la corte, ganó á sus concubinas, á quienes la ferocidad de Sidán tenia en temor continuo por sus propias vidas; y ellas en una de sus embriagueces le ahogaron, viviendo á ser sus verdugos las destinadas á sus placeres. El cruel no puede prometerse amor de nadie, y debe contar con el odio de quantos le rodean.

que no pudieron contenerse. La única que tuvo libertad para llorar y gemir fue la hija de Mahomet, y su mismo abuelo la animaba. A vista de este suceso por demás seria decir que Ismael era un monstruo de crueldad; pero al mismo tiempo parecia muy pio y devoto musulman, y muy exacto en los ejercicios mahometanos, de oracion, ayunos y lavatorios. No pueden atribuirse á la embriaguez sus bárbaras acciones, porque jamas bebia vino ni licores fuertes. Nada emprendia sin haberse antes postrado por largo tiempo y pedido al cielo luces. A la verdad que hay cabezas en que se acomodan sin saberse cómo los contrastes mas opuestos.

Llegó el tiempo de que se hiciese sospechoso á su padre aquel Sidan, que fue causa de la funesta tragedia de Mahomet. Intentó el emperador atraerle á su corte, y aun se valió para esto de la negra su madre, que, segun parece, procuró seriamente que fuese; pero fueron inútiles las astucias y los esfuerzos, porque se resistió Sidan; pero como por sus violencias y embriagueces era detestado de sus mismas mugeres, que vivian en continuo susto de perecer todas sucesivamente por los excesos de su furor, las ganó Ismael; y un dia en que estaba sobrecogido del vino le ahogaron en su propio lecho. Como principalmente en la vejez apenas está un tirano ni por un instante sin sospechas, las concibió muy fuertes contra su hijo mayor Abdelmalek: tambien le llamó; y no consiguiendo que fuese á la corte, nombró por despecho á Muley Debi para que le sucediese, aunque tenia dos años menos que el otro. Al fin murió en una edad muy avanzada: y puede decirse que reinó por el terror,

pues jamas perdonó á nadie, y para él era un juguete la vida de los hombres. ¡Dichosos los que no morian entre crueles suplicios! No obstante pasa por grande político, y dió al reino de Marruecos el esplendor que por mucho tiempo habia perdido.

Años
de J. C.
1727.

Los nietos de este príncipe se disputaron el trono, y mucho mas la gloria de esceder á su padre en crueldad, si fuese posible. Muley Debi se sepultó en los escesos de la torpeza, por lo que el pueblo maldijo á su padre por haber elegido para sucesor al hijo mas vicioso. Este odio general dió muchas ventajas á Abdelmalek, que habia tomado las armas. Con efecto, venció á su hermano: le hizo prisionero, y quiso sacarle los ojos. Se opuso á esto la milicia, mirándole como único recurso en caso de descontentarse con el nuevo emperador: y esto no tardó en suceder; porque al ver que Abdelmalek que habia pasado por benigno y arreglado en la opresion, viendose dueño del imperio se manifestó cruel y disoluto: el cuerpo de negros, al cual no supo tratar bien, dió la corona á Debi. Este volvió á sus escesos, y de ellos murió; pero antes hizo ahogar con un cordel á su hermano. Dejaba un hijo, á quien desde luego reconocieron; pero una de las viudas de Ismael supo intrigar de modo que hizo colocar en el trono á Abdalla su hijo, habido del viejo emperador.

1730.

No degeneró de la ferocidad de su padre. Gustaba este monstruo un bárbaro placer en ensangrentarse: le destronaron, y le dieron de nuevo el trono: le quitaron otra vez la corona, y segunda vez volvió á ceñirla. En esta alternativa ya tenia en su favor, ya contra sí el cuerpo de negros, que

siempre se vendia al que mas daba. Habiendo hecho prisionero á un general, le atravesó él mismo con su lanza, y pidió un vaso para beber su sangre. Le detuvo su gran visir diciendo: "Esta accion es indigna de V. M: mas lo que no conviene á un rey, puede convenir á un vasallo:" tomó el vaso y se tragó la sangre. Aunque no fuera conocido el príncipe, se le podria graduar por semejante ministro. Su madre, desolada con las crueldades de su hijo en la toma de Fez, cuyos habitantes casi todos perdieron inhumanamente la vida, aventuró algunas reconvençiones, y él la respondió: "Mis vasallos no tienen mas derecho á la vida que el que yo les dejo, y yo no tengo mayor gusto que el de matarlos con mi propia mano." Su misma madre no tuvo otro medio de huir de sus furores que el de emprender la peregrinacion á la Meca. Desde Abdalla el imperio de Marruecos, cuando le disputan los competidores, le da definitivamente la milicia; bien que elige entre los príncipes de la sangre real, todos cherifes. Por lo que el fanatismo de su falsa religion se ha perpetuado juntamente con la crueldad en el trono.

ARGEL.

El terreno y clima de Argel son favorables para todas las producciones: sus habitantes son tan mezclados como en el reino de Marruecos. Los moros de las campiñas son allí mas infelices que en otras partes, porque sus aduares no tienen aseo alguno, y sus muebles son los mas pobres que pueden encontrarse, pues toda su riqueza se reduce á un molino portátil, á una olla para cocer el ar-

roz, y algunas cantarillas y esteras. Todos se acuestan juntos padres, madres, hijos, asnos, caballos, vacas, cabras, gallinas, perros y gatos, y algunas veces muchas familias á la vez. Pagan la contribucion al dey de Argel, y el keik es responsable por todo el lugar. Su principal guisado es de aceite y vinagre, en donde mojan su mal pan de cebada; de aquí se puede juzgar del resto del alimento. Los hombres cultivan la tierra; las mugeres y los hijos guardan los ganados. El vestido de los dos sexos es un pedazo de lana tosca, que ellos se acomodan como quieren. Las mugeres todavía hallan modo de disponerla con cierta galantería: son morenas, alegres y vivas. A los siete ó á los ocho años dan á sus hijos algunos andrajos para cubrir su desnudez. Los matrimonios son muy tempranos, y se ven madres á los nueve ó diez años de su edad.

Cuando ya está tratado el casamiento el esposo de futuro lleva en ganados á la tienda del padre el presente que destina á la novia; y es fórmula que le pregunten, qué es lo que le cuesta la esposa, y que responda él, que una muger prudente y laboriosa nunca es cara. La pasean por el lugar con grandes gritos de alegría en un caballo de su marido, y en llegando á su tienda, la presentan un brebaje compuesto de leche y miel. Mientras ella bebe están las compañeras bailando y cantando al rededor, diciendo, que desean á los nuevos casados la prosperidad en todo. Despues fija la novia en la tierra lo mas profundo que puede un baston que la dan sus compañeras, y la dicen: "Así como este baston no puede salir de ahí si no le quitan, así no debes dejar á tu marido, si

él no te despide." Este uso da á entender que se permite el divorcio; pero no hay poligamia. Ponen á la novia en posesion del ganado, y le lleva, ó hace que le lleva á pacer: el resto del dia se pasa en diversiones. Las mugeres no se mezclan sino en el gobierno de la casa, y nunca en los asuntos públicos, que están esclusivamente reservados á los hombres; y si sobre esto no guardasen sus maridos el secreto, no los estimarian. Por lo comun sus negocios públicos no son mas que las medidas que se toman para robar á los que pasan por su territorio; porque dicen: "El pais es nuestro, y nos lo han usurpado, y así podemos tomar cuanto hallamos en él, supuesto que nos tratan con la crueldad de dejarnos en una horrible miseria."

Los argelinos, que son allí los señores, no pueden reconvenirles por el robo, pues ellos sin derecho, ni aun tan aparente como el de aquellos infelices, no tienen otro oficio que el de robar á todas las naciones, como que son los corsarios mas peligrosos, atrevidos y crueles de toda el Africa. Aunque conservan el título de reino, el gobierno es del todo republicano, y está en manos de la milicia. Enviaba el gran señor un bajá con la autoridad de virey; pero vieron los argelinos que estos bajaes solo pensaban en llenar su tesoro, y en despojar al pueblo con exorbitantes exacciones, y ni aun pagaban á los genizaros empleados en mantener el pais dependiente de Constantinopla. Mataron pues á algunos bajaes, y representaron á la Puerta, que la mala conducta de aquellos ministros podia ser perjudicial á la soberanía del gran señor, que la milicia se iba debilitando de dia en dia por falta de paga, y que si continuaba el desórden, se

verían muy presto los árabes y moros en estado de sacudir el yugo de los otomanos.

Propusieron elegir entre ellos mismos un dey, que se encargase del cuidado de las rentas del país, y de emplearlas en pagar las tropas que siempre debían estar completas, y en proveer á las necesidades del estado, para que este no fuese carga de la corte Otomana, obligandose con este arreglo á reconocer siempre por su soberano al gran señor. Agradó á la Puerta este proyecto, y desde entonces la milicia es la que tiene todo el poder por el derecho de elegir dey de su mismo cuerpo. Se estableció un divan ó consejo general, que al principio constaba de ochocientos oficiales, sin los cuales nada podía decidir el dey de Argel; y en las ocasiones importantes tenía obligación de juntar toda la milicia, la cual llegaba algunas veces al número de quince mil hombres. A medida que los deys, que vienen á ser como los stathouders de Holanda, se han hecho mas poderosos, han reducido insensiblemente el divan á treinta *chiak-bajá*, y llaman cuando les parece al mufti y al kadi; pero ya antes que el divan se junte está regularmente arreglado todo entre los favoritos del dey. Las órdenes, no obstante, dimanán de toda la junta, la cual se intitula: *Los miembros grandes y pequeños de la poderosa é invencible milicia de Argel, y de todo el reino.*

Todos los que componen la milicia, hasta el menor soldado, tienen derecho para pretender la dignidad de dey: de suerte, que un soldado atrevido y emprendedor, se puede considerar como heredero presuntivo de la soberanía. No es necesario que la plaza esté vacante por muerte natural

del que la ocupa, pues basta quitar la vida al príncipe reinante; y si tiene maña y valor, la misma cimitarra que tiñó en la sangre del dey, le hará conseguir su plaza; por lo que es una especie de prodigio ver morir de muerte natural un dey en esta dignidad, y casi á todos los han muerto ó precisado á renunciar y huir. Rara vez se hace sin alborotos y muertes la eleccion, que debe ser á pluralidad de votos. Así que el gran señor tiene la noticia, envia las patentes de virey al elegido; pero algunas veces cuando estas llegan, ya no es el mismo.

El oficial mas poderoso, despues del dey, es el agá de la milicia. Este cargo fue del soldado mas antiguo; pero despues ha pasado á los chiak-bajá. Este agá es el que tiene las llaves de las puertas, y goza de grande autoridad. Siguese el secretario de estado, que es como el primer ministro; y por último los consejeros en número de treinta. De este cuerpo se compone el divan, y todos estan sentados; pero otros miembros inferiores que asisten, llamados soldados viejos, oficiales, veteranos y otros estan en pie, con los brazos cruzados, y en quanto es posible inmóviles. No se permite entrar allí con armas. El dey ó el agá que preside propone la cuestion, y la repiten cuatro oficiales. Despues cada miembro del divan la repite á su vecino; pero esto, cuando no agrada la proposicion, es con gestos, contorsiones extraordinarias y horroroso ruido; de suerte, que sin llegar á los votos puede prever el presidente qual será la conclusion. Como todos los que componen el divan son soldados antiguos, gente sin obligaciones, brutales y sin letras, siempre es muy grande el tumulto;

pero de ordinario el dey electo toma, para dominar, la precaucion de ahorcar á los oficiales del divan que se opusieron á su eleccion, ó solo consintieron por fuerza.

Todas las actas se escriben en lengua turca. La de los naturales es una mezcla de árabe y de morisco, y segun se cree de la antigua lengua de los fenicios. La del comercio es la lengua franca, que es una especie de gerga compuesta del español, del portugues, del frances y del italiano; esta se usa en todo el Levante. Cada corsario de Argel forma una pequeña república aparte. El arraez ó capitán es el bajá, y compone con sus oficiales una especie de divan que arregla todo lo perteneciente al navío. La religion solo se diferencia de la de los turcos en que los argelinos son mucho mas supersticiosos, aunque muy relajados en la práctica. El gefe es el mufti, ó el gran sacerdote. El kadi es el que juzga las causas eclesiásticas y civiles. El gran morabuto, ó cabeza de los morabutos, especie de ermitaños, aunque sin jurisdiccion, tiene grande crédito en el estado. Estos tres hombres se sientan en el divan á la derecha del dey. Todos hacen grande mérito de las abluciones y ayunos, creyendo que estos son los medios eficaces de borrar los pecados.

Los pecados que mas aborrecen son llevar el alcoran mas abajo de la cintura: dejar caer en el vestido una gota de la orina: escribir con una pluma en lugar de pincel: tener libros impresos ó estampas, sean las que fuesen, de hombres ó de bestias: servirse de campanas: dejar entrar los cristianos, y sobre todo las mugeres, en sus mezquitas: cambiar un turco por un cristiano: tomar dinero

y ocuparse en cosa alguna, ni aun en curar una llaga, antes de haber hecho la oracion matutina: dar una patada en el suelo jugando á la pelota, sin duda por ser señal de impaciencia: comer caracoles, porque los tienen por sagrados, y tal vez será porque es una comida mala y malsana: castigar á sus hijos, como no sea en las plantas de los pies; y cerrar su cuarto de noche. Todo esto es bien ridículo, como lo es tener por santos á los locos, á los imbéciles y lunáticos; pero lo horroroso es preconizar como virtud el pecado contra la naturaleza, y entregarse á él comunmente.

Los hombres y las mugeres tienen vestidos largos y muy semejantes; pero ellas llevan unos velos bastante claros para ver por ellos, y gozar de alguna libertad. Los esclavos tienen un gorro que los distingue; y solo el dey y los principales del divan pueden ir á caballo. Las rentas legítimas del dey son de poca consideracion; pero las estorsiones, multas y robos las hacen subir mucho. La justicia es pronta, y muy dura; pero no para los turcos, pues como todos son soldados, se les sobrelleva. Los suplicios horrorizan; pero dicen que han abolido el de arrojar los delincuentes sobre garfios de hierro colocados en lo bajo de los muros de la ciudad, y en los cuales vivian enganchados mucho tiempo. Una muger no va sola á que la hagan justicia, sino que alborotando á las vecinas, van todas á gritar á la puerta del divan, y tienen precision de oirlas. Cada nacion se hace sus magistrados, y en los negocios particulares se la juzga segun sus leyes. Solamente los infelices esclavos cristianos están siempre sin recurso ni proteccion bajo el baston ó el sable de sus desapiadados dueños.

Las mugeres ricas tienen como en otras partes, una vida muy ociosa. Si las quieren vírgenes es necesario que puedan producirse las pruebas públicamente. Los enfermos son servidos por personas de su sexo: allí poco cuesta ser médico; pues basta conocer algunos simples y saber algunas recetas. El que tiene secretos, como encantos y sortilegios, presto se pone rico. El luto por los muertos es muy ligero. No hay mayor insolencia que la de la milicia, porque el menor soldado turco se tiene allí por superior de los mas y distinguidos ricos de las otras naciones; y todos procuran cederle el paso, ó él hace que se le cedan. Estos turcos tan soberbios son al mismo tiempo los hombres mas avaros, y los que mas se abaten por el dinero. De aquí viene aquel proverbio, que es comun en Argel: *Da dinero al turco con una mano, y te permitirá que le saques los ojos con la otra.*

Los estados de Argel están repartidos en tres gobiernos, el de Levante, el de Poniente y el de Mediodia: el primero es el mas considerable por su riqueza: en él hay muchas antiguas ciudades que contienen todavía restos de monumentos que dan testimonio de su celebridad, sin contar las que solamente ofrecen ruinas, como Hipona, en donde han edificado á Bona, que disputa el título de capital á Constantina. Este gobierno confina con el desierto, y sus habitantes, por lo general, son soberbios y belicosos. El de Poniente disputa tambien al de Levante el triste honor de estar cubierto de angustas ruinas. La capital fue por mucho tiempo Oran, la que los españoles tomaron, perdieron, la volvieron á tomar, y la poseyeron, hasta que en nuestros dias se arruinó absolutamente con

un terremoto. El gobierno del Mediodia no tiene ciudades, y sus pobladores los árabes, que viven en tiendas de campaña, son vasallos muy poco seguros. Si el dey los atormenta por su corto tributo, entierran el trigo y los efectos preciosos en parages que solo ellos conocen, y se retiran á los desiertos ó á los lugares inaccesibles, y el infeliz cobrador todo lo pierde.

Argel, que es la capital de todo el reino, presenta mirada desde el mar la mas bella vista, porque se ve la ciudad toda en anfiteatro. Las casas son blancas, y adornadas con terrazas é intercolumnios ó peristilos, puestas unas columnas sobre otras; pero entrando en ella, tiene unas calles muy estrechas, sucias y tortuosas, siempre llenas de multitud de pueblo y bestias de carga; por lo cual se visitan por los terrados. Por ellos se puede ir desde un cabo á otro de la ciudad, porque cuando las casas no son de igual altura hay escaleras para subir y para bajar. No obstante esta facilidad de entrarse en las casas no hay ladrones; porque si en alguna se encuentra algun desconocido, se le castiga con la muerte. La campiña al rededor de Argel es magnífica, con hermosas casas de campo, que son mas necesarias por no haber en la ciudad plazas ni jardines: al rededor hay baños calientes, y esta comodidad no es rara en aquella parte de Africa, de la que podemos creer que está sobre volcanes, segun lo frecuentes que allí son los terremotos.

Ya hemos visto que los romanos, los griegos, los vándalos y los árabes fueron sucesivamente dueños de toda aquella costa: la dividieron entre sí las tribus de estos últimos, y formaron diferentes

estados pequeños, entre los cuales hubo algunas veces ciudades independientes. De estas era una Argel, plaza al principio de poca consideracion; pero despues creció mucho con el asilo que dió á los moros echados de España en tiempo de los reyes católicos. Estos desterrados salian de Argel como desesperados por su espulsion, y procuraban resarcirse con la piratería por mar, y con el robo por tierra haciendo desembarcos. Los españoles para poner freno á sus estragos, entraron en Africa á principios del siglo XVI, tomaron á Oran, y por ser Argel el principal refugio de los corsarios, la sitiaron. Apelaron los argelinos al socorro de Selim Eutemy, capitán árabe, que á pesar de sus esfuerzos no pudo impedir el desembarco de los españoles cerca de Argel. Se sujetó la ciudad á un tributo, y tuvo que sufrir por fuerza que los españoles construyesen en la isla, que está enfrente de la ciudad, un fuerte con buena artillería y numerosa guarnicion.

Años
de J. C.
1580.

Los argelinos impacientes de este yugo, concertaron con Eutemy, su aliado, que se llamase para librarlos al corsario Barbaroja, del que se dice que se habia hecho temible en los mares desde la edad de trece años. Vino con su hermano Haradino muy contento porque se le ofrecia ocasion de tener habitacion fija, y un buen puerto adonde retirar sus presas; pero no manifestó esta intencion á los argelinos, y como entraba en calidad de auxiliar y de aliado, salió toda la ciudad á recibirle llevando al príncipe Eutemy delante. Le recibieron pues con todas las señales de distincion, se apresuraron á alojar sus tropas en la ciudad, y le convidó el árabe con espresiones de afecto con el palacio



Perfidia de Barbarroja.

Abusando Barbarroja de la confianza con que le distinguía el General de los argelinos Selim Eutemy, sorprendió á este desnudo y sin armas en el baño; le ahogó con un lienzo; salió; y volviendo acompañado, afectó sorpresa y dolor á vista del cadáver; pero aprovechándose de la consternacion general, se apoderó de Argél. Los malvados no encuentran detestable medio alguno si conduce á sus fines.

que él ocupaba. Se aprovechó Barbaroja de tan buena acogida para examinarlo todo, y disponer su empresa. Dió parte de esta á sus principales oficiales, y hallándolos dispuestos á servirle, se encargó de la primera egecucion. Tenia Eutemy la costumbre de tomar el baño antes de la oracion del mediodia; y sorprendiéndole Barbaroja solo, desnudo y sin armas, le ahorcó con una servilleta. Salióse al punto y volvió á entrar acompañado, como quien iba á bañarse. La sorpresa y novedad que afectó viendo muerto á aquel príncipe, no engañó á todos; pero ya sus soldados se habian hecho temer lo bastante para que ninguno se esplicase acerca de sus sospechas. Unos abandonaron la ciudad, otros se encerraron en sus casas, y aprovechándose Barbaroja de la consternacion general, pone guardias, toma los principales puestos, y en un momento, con solo una maldad, se halló dueño de Argel.

Reinó con el terror, bien que espuesto á conspiraciones, que dispó con destreza, ó castigó con crueldad; pero á un mismo tiempo dió á su reino el esplendor que nunca habia tenido, y se hizo reconocer de sus vecinos y de los estrangeros. Sus tropas se componian principalmente de turcos, y en las hazañas marítimas siempre habia triunfado con la bandera de la media luna. Conservó estrecha amistad con la Puerta, pero con independencia. De este modo sacaba reclutas, y enviaba regalos. Le mataron en un encuentro con los españoles, despues de haber subyugado á los árabes vecinos de Argel, y quando ya tenia su reino, con corta diferencia, la estension y poder que al presente goza.

Le sucedió Haradino; y bien por no tener la capacidad de su hermano, ó bien porque las conspiraciones contra él fueron mas poderosas, despues de haber probado por dos años si podria sostenerse solo, tuvo por conveniente interesar á la Puerta en que mantuviese su autoridad, y ofreció ceder la soberanía contentándose con que le reconociesen bajá ó virey del sultan. Con esta condicion le envió Selim un poderoso refuerzo de genizaros, y de este modo cayó Argel en la dominacion de los turcos. Se ha visto que con el tiempo ha degenerado allí la autoridad de la corte otomana, y se ha reducido á una simple influencia en el nombramiento del dey, y despues en el puro honor de dar provisiones que no podia negar. Siempre mantenía un bajá, como sucesor de Barbaroja y sus descendientes; pero ya este ha desaparecido, y le ha eclipsado enteramente el dey. Al presente es Argel una potencia del todo independiente y soberana, mas bien aliada que vasalla de los turcos, pues no conserva con ellos mas atenciones que una union fundada en la identidad de religion.

Lo que ha pasado en la república de Argel, desde que la fundó Barbaroja, se reduce á envidias, intrigas para subplantarse unos á otros, crueldades, deposiciones y catástrofes, con otros hechos de la misma naturaleza. Si se hubiera de presentar la pintura de estos sucesos, sería una sucesion no interrumpida de las tiranías mas horribles, de asesinatos entre los grandes, de miseria y opresion entre los pequeños, de egemplares de la mas inhumana venganza contra los parientes y partidarios del príncipe asesinado, de persecuciones, confiscaciones y encarcelamientos, hasta que al fin de un

mes, ó tal vez de una semana, el que entró á reinar sufrió la misma suerte, y vuelve la nueva revolucion á abrir las mismas escenas de furor y crueldad. Esto y los corsos de sus corsarios por el mar, haria la principal parte de la historia de cada reinado. En cuanto á su corso deben tener las naciones entendido, que no cesarán las piraterías mientras subsista este nido de piratas, y estas violencias son muy regulares, porque como decia con toda claridad uno de sus deyes: *Los argelinos son ladrones, y yo soy su capitan*; por lo que todos los que se esponen al mar, deben prepararse para sus ataques. Cuando les dan en rostro con tan vergonzosa piratería, responden con aquel proverbio: "Ninguno debe dejar de sembrar por miedo de gorriones." Hasta ahora solamente los franceses han logrado espantarlos con el famoso bombardeo de 1682, en el cual quedaron arruinados enteramente los edificios públicos, y casi todas las casas: entregaron todos los cautivos, prosiguió el bombardeo; y preguntando qué mas pretendia Francia, tuvieron que entregar el dinero que habian costado las bombas, y el llevar allá la escuadra. Al fin pidieron la paz, y prometieron respetar el pabellon y las costas; pero guardan su palabra como un animal maligno y feroz ya castigado, que se abstiene de hacer mal cuando le miran.

Años
de J. C.
1682.

TUNEZ.

Tunez es muy semejante á Argel: la misma religion mahometana, las mismas costumbres, y el mismo gobierno: por los mismos sucesos pasó del

dominio de los árabes al de los turcos: en ella se ha debilitado la autoridad de estos; y por último, ya Tunez nombra sus dueños con el título de beyes, bien que sin despreciar la influencia turca. Hasta el principio del siglo XVII nombraba el gran señor deyes muy diferentes de los de Argel, pues eran unos meros representantes sin potestad. Los beyes se pusieron en armas con el auxilio de una milicia compuesta de moros, de árabes, y sobre todo de renegados. Dejó la Puerta de enviar deyes, y ya los beyes tienen un divan ó consejo en el cual dominan, y no están sujetos á las órdenes del gran señor.

Por mas que se diga que los tunecinos son semejantes á los argelinos, se observa cierta media tinta á favor de los primeros, porque son mas civiles para con los estrangeros, y menos fieros y soberbios. Es verdad que agercen la piratería, pero mucho mas el comercio: el pueblo mas bien se inclina á las artes que á la milicia, y aun esta no es en Tunez tan insolente como en Argel. Sin embargo que no son tan duros con los esclavos cristianos, ya ha sucedido maltratar con el baston á un caballero de Malta que hicieron prisionero; pero tambien el gran maestro hizo apalcar á los tunecinos que tenia en las cadenas. Por medio de esta recíproca cortesía consiguieron unos y otros guardarse aquellas atenciones con que siempre se debian haber mirado.

El reino ó república de Tunez está dividido en la parte de invierno y en la parte de verano, y ambas las visita el bey en persona todos los años para que le paguen los impuestos. Si aquellos beyes fueran sensibles á las mudanzas que la mano des-

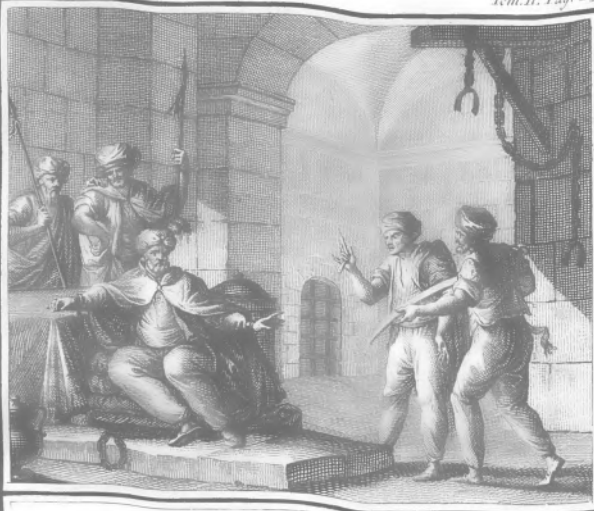
tructiva del tiempo y la de los bárbaros han causado en toda aquella tierra, la verian con dolor impresa en los monumentos soberbios que decoraban sus ciudades. La célebre Cartago, cuya situacion solamente se conoce por un trozo de las murallas y por las ruinas del acueducto, ya no tiene sino vestigios de los anfiteatros, arcos triunfales, pavimentos á la mosaica, templos, altares y restos de las antiguas columnas, con algunos miembros y troncos de estátuas. Pocos sitios hay en sus territorios que no esten dando testimonio de que allí estuvieron las artes que ahora se ven ausentes. En cuanto á la naturaleza, como esta no se muda, todavía precipita rios de lo alto de las mismas rocas: da aguas termales ó baños calientes, y sacude, como en otro tiempo, la tierra, asustando á sus habitantes; pero constante en sus beneficios da pródigamente cosechas abundantes en las llanuras, tiene separadas las montañas para que á trechos soplen por sus gargantas los zéfiros frescos, y cubre de verdor sus cerros. En muchos parages es aquel pais una especie de paraíso terrestre; pero no sucede así en las cercanías de Tunez, cuyo terreno es ingrato y arenisco, y nada produce sino á fuerza de agua sacada de profundos pozos, sin dar al jardinero el gusto de apagar la sed con ella, por ser salada ó salobre; bien que todo lo lleva allí el comercio, y así viven contentos.

A Tunez le sucedió como á Argel, ser presa de un Barbaroja que se introdujo allí tambien con una pérvida astucia. Reinaba en esta ciudad Hasan, de la sangre de los reyes árabes, el que subiendo al trono quitó la vida á sus hermanos, menos á Ar-rashid, el cual se ausentó, y juntando un partido,

aunque no tan poderoso que pudiese arruinar á Hasan, fue á suplicar á Barbaroja que le ayudase. Este le llevó á Constantinopla con el pretexto de que le haria conseguir tropas auxiliares de la Puerta; pero el traidor dijo al divan: "Que si ponian en sus manos las tropas destinadas á su protegido, él se haria dueño de Tunez, rendiria homenaje al sultan, y solo reinaria como su teniente." Aceptóse la condicion, y partió con una bella escuadra, publicando que iba en sus navíos Arrashid, á quien entretanto retenian en Constantinopla. Los tunecinos, no contentos con Hasan, aspiraban á variar de príncipe; y creyendo que Barbaroja traia á Arrashid en la armada, abrieron las puertas. Quedaron sorprendidos al ver que no le traia; pero ya hecho el desatino les fue preciso someterse.

Su credulidad les fue tanto mas perjudicial por la circunstancia de que teniendo en Tunez á Barbaroja llamaron contra sí las fuerzas de Cárlos V, que en donde quiera perseguia á este pirata. A pesar de los esfuerzos del usurpador, tomó el emperador á Tunez, y dió el trono á Hasan. No tenia este príncipe el don de hacerse querer de sus vasallos, y así favorecieron estos á Hamida su hijo, que se habia rebelado contra él. Fue este Hamida un monstruo de impureza y crueldad; y viendose dueño de Tunez, deshonoró públicamente, como otro Absalon, á las mugeres mas queridas de su padre; y cuando le tuvo en sus manos, sin dignarse de verle por mas que su padre le suplicaba, le envió los verdugos con la eleccion de morir ó quedar ciego: prefirió el último partido, y le metieron por los ojos una lanceta encendida.

Para no dejar en el alma la impresion dolorosa



Barbaridad de Hamída.

Arrojé del trono el rebelde Hamída á su padre Hasán; deshonrré en público á las mas queridas mugeres de este; le hizo prisionero; se negó implacable á verle; le envié verdugos que le obligasen á elegir entre la muerte ó quedar ciego; prefirió este último aquel desventurado padre; y una lanceta hecha acua le privó de la vista. Aun en la historia de las fieras haria papel horrible hijo tan bárbaro.

sa de rasgo tan horrible , procuraré hacer diversion con la leccion utilísima que dió Mahomet , bey de Tunez , á Hibrain , dey de Argel. Pasaba Mahomet por hombre muy rico , y corria con reputacion de entender la química , y de haber hallado la piedra filosofal ; pero con toda esta ciencia , que se le suponía , desagradó á sns vasallos , y le destronaron. Recurrió pues á Hibrain para recobrar su trono , y este se obligó con la condicion de que Mahomet le habia de comunicar su secreto. Viendose el tunecino reintegrado en su reino , y pidiendole el argelino le cumpliese la palabra , Mahomet en egecucion de su promesa le envió azadas y rejas de arado , diciendo que esta era la verdadera magia que produce las sólidas riquezas , y todo lo convierte en oro.

TRÍPOLI.

El reino de Tripoli , tributario del gran señor , está dividido entre el pais marítimo y el pais interior ; pero los habitantes del uno no tienen que echar en rostro á los del otro ; porque si los primeros viven de piraterías , los segundos viven de robos. No obstante , hacen algun comercio , y el poco que hacen y el corso son los que proveen á la ciudad ; porque esta ni tiene pan ni agua , por ser las tierras muy áridas , y no producir mas que palmas y agua de pozos salobre. Todas las ciudades de la costa de Trípoli han venido á parar en aldeas ó lugares , que si son marítimos , los habitan pescadores ; y si son del interior , los habitan unos pobres hortelanos ó labradores tan ignorantes que se ensobrecen por las nobles ruinas que ven al rededor. Por

fortuna están persuadidos á que si las tocaran les habia de suceder alguna desgracia grande. Esta supersticion nos ha conservado bellos restos.

La Puerta envia á Trípoli un bajá, que no hace mas que enriquecerse ; y como el bey le llene el bolsillo y pague el tributo, le deja hacer cuanto quiere. Estas sanguijuelas arruinan á cual mas parte del pais , que está en un estado deplorable. Trípoli , despues de los vándalos , tuvo reyes sacados de su mismo seno : despues cayó en manos de los árabes , que viniendo de Egipto se llevaron muchos esclavos así del reino como de la capital. Allí tuvieron cetro unos piratas ó aventureros : la tomaron los españoles , y la cedieron á los caballeros de san Juan , cuando perdieron á Rodas. Salha-Arraez, Sinan-Dasat y Dragut , tres famosos corsarios , se la quitaron con las tropas que les dió el gran señor. Se quedó en Trípoli Dragut , como gobernador , y estableció la autoridad de los turcos ; pero fue tan pesado su yugo , que hubo muchos alborotos , hasta que se formó el gobierno misto , que en la apariencia todavía existe , aunque realmente es absoluto y despótico. El bey , elegido por la milicia , parece cabeza de republicanos ; pero no manda mas que á esclavos , y solo recurre al divan ó consejo en las circunstancias dificultosas.

Tal fue aquella en que se vió Trípoli cuando por los robos de sus piratas atrajo sobre sí las armas de Luis XIV en 1685. El terrible bombardeo , mandado por el mariscal de Estrees , forzó á los tripolinos á pedir con sumision la paz. El divan , ó senado de Trípoli , fue el que hizo las proposiciones , firmó el tratado , y envió embajadores á Francia. Como iban suplicando , no espera-

Años
de J. C.
1685.

ban sino pesadumbres de parte de un vencedor irritado; pero quedaron agradablemente sorprendidos por la cortesía y atención con que en todas partes los recibieron. Entre todo lo que admiraron nada les sorprendió tanto como la ópera. La música, las actrices, los actores, los vestidos, las decoraciones, las máquinas, les parecieron una serie de encantamientos y un conjunto de gracias irresistibles. El jefe de la embajada, que era un corsario viejo, se conmovió de modo con el espectáculo, que exclamó: "De cualquiera enemigo que nos acometiese nos defenderíamos; pero si este fuera la ópera rendiríamos las armas."

A la estremidad de la costa está el desierto de Barca, en el cual se hunde la arena debajo de los pies, la reverberación quema los ojos, y si el viento levanta las arenas, sepultan al pasajero, y no hay mas que pocos pozos y de agua mala. Sin embargo, se pasa por este desierto gobernándose por la brújula; y aunque la soledad asusta, lo mas ventajoso para los viajeros es no encontrar persona alguna, porque las que se ven son árabes bandidos, y los mas atrevidos y feroces. Son unos hombres flacos, miserables, cubiertos con los vestidos que han robado, hasta que los dejan podrirse en su cuerpo y hacerse andrajos. Estas bandadas de árabes son unas gentes que asustan con solo su aspecto, y mucho mas si se considera que al que cae en sus manos le atormentan por saber si ha tragado el oro para ocultarle. Si no tienen con que sustentarle le matan; y cuando menos mal, le llevan á un cautiverio eterno, persuadidos á que tratan favorablemente á sus esclavos, repartiendo con ellos su hambre y su desnudez.

MALTA.

En la isla de Malta habitó la ninfa Calipso; y aunque no dista de Sicilia mas que quince leguas, la colocan, sin bastante razon, en el Africa, de la cual dista cincuenta. Tiene como veinte de bojeo: su terreno es estéril, como que es parte arenisco, y parte montuoso y lleno de rocas: la poca tierra que allí hay toda es pedregosa, y nada á propósito para llevar trigo ni otros granos; pero da higos, melones, naranjas y miel. Al noroeste está la isla de Gozo, separada por un canal de legua y media, y tiene ocho leguas de bojeo. En el mismo canal están las dos isletas de Comin y de Comino, la primera de una legua de circuito, y la otra de menos. La de Lampedusa, á veinte y cinco ó treinta leguas de mar, y con cinco ó seis leguas de circuito, es desierta.

La costa meridional de Malta no tiene cala ni puerto: al levante hay unos buenos embarcaderos, y al norte un excelente puerto, dividido en dos partes dominadas por el fuerte San Telmo. Cuando tomaron posesion de esta isla los caballeros, no habia mas que una ciudad, algunos lugares, y como doce mil habitantes, y al presente tiene cuatro ciudades muradas, las aldeas se han hecho lugares, y los lugares villas grandes. Allí es el aire muy sano, siempre refrescado con los vientos de mar: no hay rios, pero sí fuentes de excelente agua, y cisternas para recogerla. No hay embarcadero ni puerto pequeño por donde pudieran entrar los enemigos, que no esté fortificado y bien guardado. Las ciudades tambien están bien defendidas, y edificadas con gust

to y elegancia. Tiene bellas iglesias, hospitales grandes y cómodos, dos arsenales bien provistos, y en una palabra, nada falta de cuanto se necesita en paz y en guerra. Lo que se dice de las maltesas es que son agasajadoras; pero sus maridos son zelosos, y aunque antes del matrimonio afectan darlas mucha libertad, una vez que esten casados las guardan mucho, y los que las quieren galantear, aunque sean caballeros, se esponen á la daga y al puñal. Son los malteses robustos, sanos, hombres de viveza y valor, y muy aguerridos. La señal de tres cañonazos puede poner en una hora veinte y cinco mil hombres bien armados, y distribuidos en el mismo instante en sus puestos correspondientes, porque saben cuáles son. Se dice que son árabes de origen, y aun hablan esta lengua; pero la mas comun en las ciudades es la italiana. Los malteses subsisten del cultivo y del comercio; mas lo que hace su isla floreciente es el dominio de los caballeros de san Juan de Jerusalem, que por haberse fijado en esta isla se llaman caballeros de Malta.

Si un mahometano escribiera la historia del Orden de Malta, diria que era una asociacion de hombres enemigos declarados de la religion musulmana, que hacen la guerra mas tenaz á los moros y turcos, y con sus navíos van á asolar sus costas reduciendolos á la esclavitud, y que son tan zelosos de la fe cristiana que no hacen paz ni tregua con los mahometanos: despues diria, que este zelo era indiscreto y excesivo. Pero nosotros que sabemos cómo se formó el instituto de estos caballeros, cuál es el objeto que se propusieron, y por qué se ven en las circunstancias de mantenerse siempre en guerra, hablaremos de su instituto con circunspeccion,

Años
de J. C.
1048.

pues tal vez es necesario acometer para defenderse. Los cristianos, llenos de veneracion y respeto á los lugares en donde el Señor obró los misterios de nuestra redencion, siempre han mirado como pia obligacion ir á visitarlos. Como estos santos lugares y Jerusalem, que es la capital, cayeron en poder de los sarracenos, experimentaron los peregrinos de parte de estos bárbaros vejaciones que hacian el viage penoso y arriesgado. Unos negociantes italianos, á los cuales llaman nobles de Amalfi, en el reino de Nápoles, se aprovecharon por los años de 1048 de la entrada que con motivo del comercio tenian en la corte del soldan de Egipto, para pedir que se les permitiese edificar en Jerusalem, y cerca del santo sepulcro, un hospicio para que en él pudiesen los peregrinos descansar de sus fatigas, y construyeron tambien una capilla con el título de san Juan el Limosnero. Subsistió el establecimiento con las limosnas que se recogian en Italia y otras partes; y á poco tiempo pudieron fundar otro hospicio para las mugeres. Tan débiles principios tuvo el Orden de san Juan de Malta, que despues ha sido el baluarte de la cristiandad.

En aquel hospicio eran recibidos los cristianos sin distincion de clases ni naciones, sin escluir los peregrinos, bien que estaban con separacion. Allí vestian á los que los ladrones habian despojado, cuidaban de los enfermos con todo esmero, y toda especie de miseria hallaba en la caridad de los hospitalarios una nueva especie de misericordia. El que gobernaba á los hombres era un frances provenzal llamado Gerardo. Las mugeres estaban al cuidado de una señora romana, llamada Ines. Ya tuvieron el consuelo de ver recompensada su caridad por los

grandes donativos y las grandes rentas, que les proveyeron de medios para aumentar y multiplicar su beneficencia. Creció considerablemente el número de los hospitalarios de ambos sexos: y entonces Gerardo é Ines propusieron á los hermanos y hermanas, que renunciando el siglo tomasen un hábito religioso. Les dieron unas reglas sencillas, todas relativas á la utilidad de los pobres y peregrinos que se recibian en aquel grande hospicio, y el papa las confirmó.

A Gerardo sucedió Raymundo, de una casa ilustre del delfinado, y su zelo escedió mucho al de Gerardo, al ver con dolor el triste estado de los cristianos de la Palestina; á cuántos riesgos y miserias estaban espuestos; y que los peregrinos corrian grande peligro por los bandoleros que infestaban los caminos, y que las mas veces llegaban al hospicio despojados y maltratados. Raymundo pues, hallándose á la cabeza de grande número de hospitalarios, tomó la resolucion de hacerlos útiles al cristianismo, no solo por el medio de la hospitalidad, sino tambien por el de las armas, limpiando de ladrones los caminos, y marchando contra los infieles siempre que los llamaban sus superiores; sin que estas nuevas ocupaciones los dispensasen de los votos religiosos y otras obligaciones de su estado.

Fue adoptado este proyecto con gran gusto de todos, por ser muchos entre los hospitalarios los guerreros que habian servido en la primera Cruzada. Dejaron la vida sedentaria á que les habia reducido la devocion despues de la guerra, viendo que podian juntar el tumulto de sus antiguas ocupaciones con las obligaciones pacíficas. Volvieron

Años
de J. C.
1113.

pues á las armas; pero con la condicion de no emplearlas sino contra los infieles. Los dividió Raymundo en tres clases: colocó en la primera á los que por su nacimiento y por el grado que antes habian tenido en los egércitos, eran mas proporcionados para las armas. La segunda clase la formó de los sacerdotes, que ademas de sus ordinarios egercicios en la iglesia y en la asistencia á los enfermos, deberian ser por su turno los capellanes en la guerra. La tercera clase se componia de los que no eran eclesiásticos ni de casa ilustre, y á estos los llamaban hermanos sirvientes, cuya obligacion era servir en lo que los empleasen los caballeros, bien fuese cuidando de los enfermos, ó siguiendo los egércitos.

Fijó Raymundo el hábito, y las señales de distincion para las diferentes clases: arregló tambien la disciplina de la órden en cuanto á las elecciones, admision al noviciado, profesion y votos, los cuales se espresan en estos términos: "Hago voto y prometo á Dios Todopoderoso, á la bienaventurada Virgen María y á san Juan Bautista verdadera y sincera obediencia al superior que Dios me ponga, y que sea legítimamente electo: renuncio á toda propiedad, y prometo guardar castidad perpetua." El que hace los oficios de superior dice: "Os recibimos y reconocemos por siervo de los pobres y de los enfermos, y por consagrado á la defensa de la Iglesia Católica." El nuevo caballero responde: "Por tal me reconozco." Y en esta ceremonia juran el estado de religioso con la espada.

Ya en tiempo de Raymundo tenia la órden suficiente número de caballeros para dividirle en ocho naciones, que llaman *lenguas*. Poco ha variado

la primera distribucion, y á cada lengua está afecta una de las primeras plazas de la órden. Raymundo fue el primer gran maestro. El buen empleo que hacian de sus bienes aquellos religiosos soldados escitó la liberalidad de los monarcas, y así les dieron fondos en sus reynos. Los grandes señores y personas pias les hicieron varios legados en todos los paises de Europa. Todas las rentas debian llevarse al hospital de san Juan, y el gran maestro y el capítulo las destinaban desde luego para la subsistencia del hospital y la de los caballeros, capellanes, hermanos sirvientes, peregrinos que iban á visitar los santos lugares, enfermos, heridos y estropeados; en una palabra, para los gastos de la iglesia, del hospital y de los hermanos. Despues se aplicaban á comprar armas, pagar tropas tomadas á sueldo, juntar municiones, y cuanto se necesita para la guerra, guardar los caminos, escoltar los peregrinos, y hacer otros servicios de la religion.

Para recoger estos bienes y gobernarlos fue preciso enviar oficiales sacados del cuerpo de la órden; y á los caballeros encargados de este cuidado los llamaron comendadores por el título de su comision, que era *comendamos* ó *os encomendamos*. Este título no era de por vida, sino por el tiempo que el capítulo quisiese, y mientras le desempeñaba. Sobre los comendadores vigilaban los priores, que visitaban las encomiendas, y respondian de la aplicacion de los recibidores, por lo que las contribuciones enviadas al lugar que hacia cabeza se llamaron *responsiones*. Los baylíos eran comendadores subalternos, ó como arregladores de las encomiendas, que las hacian valer á los comenda-

dores mediante una retribucion. Estos algunas veces se hicieron arrendadores; pero en esta clase no se comprendian los grandes baylios, pues estos eran superiores á los mismos comendadores. El tiempo ha ocasionado algunas mudanzas en aquellas dignidades fiscales, que han venido á hacerse muy lucrativas.

La historia de Malta está llena de grandes hechos de armas así generales como particulares; y debiera leerlos la juventud para no ceñir á las reglas ordinarias el ejercicio del valor que hoy está demasiado metódico. En cuanto á lo que ha pasado en lo interior, rivalidad, zelos y envidia de gobierno, astucia para adelantarse sobre los otros, á pesar de la franqueza militar que ostentan los caballeros, son verdaderas intrigas, que no merecen contarse cuando no han producido algun notable suceso, ó influido en la constitucion de la órden.

Gilberto Asali, cuarto gran maestre ingles, empleó las armas de la órden en favor del rey de Inglaterra, no siendo guerra santa, y le obligaron á desistir. La primera posesion de la órden es el castillo de Margat, en los confines de la Palestina.

A este castillo se retiraron cuando Saladino tomó á Jerusalem, y en él fijaron su principal residencia, hasta el año 1192 que adquirieron otra mas segura en la ciudad de san Juan de Acre, cuya toma fue en gran parte obra suya. Entonces les dieron el nombre de caballeros de san Juan de Acre.

Alfonso de Portugal, que fue el undécimo gran maestre, quiso reformar el lujo y los demas desórdenes que se habian introducido, pero nada consiguió. Renunció en el año 1207, y empezó en la órden la anarquia. Batallaron entre sí los hos-

Años
de J. C.
1192.

1207.

pitalarios y los templarios, que era otra orden militar, de la cual hablaremos despues ; pero la necesidad de resistir á los sarracenos los reunió , y se restableció la regla de los hospitalarios. Entonces empezó la abundancia de bienes con que los favorecieron los príncipes por sus servicios en la Palestina, y los honoríficos privilegios con que los honraron los pontífices. El gran maestre XVI estendió los dominios en Palestina ; fortificó en ella muchos castillos , que fueron en aquel país puntos de apoyo para los cristianos , y jamas tomaron plaza los sarracenos sin pasar sobre los ensangrentados cadáveres de los caballeros que la defendian, perdiendo todos la vida.

Despues que los infieles tomaron la ciudad de Acre á fines del siglos XII, Juan de Villers , gran maestre XXI, y natural de Francia, recogió su orden en la isla de Chipre, y aunque ofrecian todos en Italia y en otras partes refugio para los caballeros , nunca quisieron alejarse mucho de la tierra santa, en la cual pensaban volver á entrar. Entre tanto armaron embarcaciones para comboyar á los peregrinos que iban á visitar los santos lugares, y volvian con presas considerables tomadas á los corsarios infieles que cruzaban por aquellos mares para cautivar á los peregrinos. De este modo empezó el corso , que en aquel tiempo fue el recurso principal de los caballeros, porque, perdida la tierra santa, muchos príncipes, mirándolos como inútiles, les detenian las rentas en su reino. Por esto se quejaban los caballeros del gran maestre, cuando no era muy activo para este género de guerra que les aseguraba la ganancia.

En 1308 Fulquier de Villaret, frances, y

Años
de J. C.
1308.

gran maestre XXIV, consiguió grande socorro de los príncipes cristianos por lo mucho que le estimaban, y sacando su órden de la isla de Chipre, cuyo rey le tenia sujeto, la colocó en la isla de Rodas que habia conquistado, y desde entonces se llamaron los *caballeros de Rodas*. Las pequeñas islas que rodean la principal formaban como un reyno, y este se hizo mas poderoso con las reliquias de la riqueza de los templarios que Villaret se aplicó en parte á sí mismo, y vivió como soberano con cierto aire de potencia absoluta. Le depuso la órden, le restableció el papa, y despues de haber logrado esta honra, renunció por sí mismo, y murió tranquilamente en su patria. En tiempo de su sucesor se hizo la constitucion que declaró incapaces de toda dignidad á los que no hubiesen residido en Rodas cierto número de años, y durante esta residencia no hubiesen servido en las guerras y los navios de la religion.

En su tiempo sucedió la aventura del caballero Gozon, que mató una monstruosa serpiente que hacia horribles estragos en la isla. Ya muchos caballeros habian hallado la muerte por acometerla, y así estaba prohibido que ninguno se espusiese; pero Gozon, caballero provenzal, se determinó á tentar la aventura; y despues de haber examinado de lejos la figura del dragon, hizo formar otro muy semejante, con el que acostumbró á dos valientes perros á no espantarse, y arrojarse á la figura del monstruo, cogiendole por debajo del vientre en donde no tenia conchas, entre tanto que él, armado de pies á cabeza, le acometia. Venció pues Gozon al dragon, y no sin gran peligro le mató. El gran maestre, fiel observador de la disciplina, le despojó del hábito del órden; pero despues se le vol-

vió con solemnidad, y le hizo su teniente general. El mismo Gozon le sucedió por una arrogancia que tal vez á ninguno sino á él ha salido bien.

Se hallaba muy discorde el capítulo en la eleccion, porque los ancianos querian un hombre grave y religioso; los jóvenes un guerrero que los llevase á la ganancia y á la gloria de las armas. Llegó el instante en que Gozon tenia que dar su voto, y dijo: "Cuando entré en esta asamblea hice solemne juramento de no proponer otro caballero que el que me pareciese digno de tan eminente puesto. Habiendo considerado el estado en que se halla la cristiandad, las guerras que continuamente tenemos que sostener con los infieles, y la constancia y vigor que se necesita para impedir la relajacion de la disciplina, declaro que no hallo persona mas capaz de gobernar bien nuestra religion, que yo mismo;" y viendo que todos callaban, repitió: "*Yo mismo*: ya vosotros habeis experimentado mi gobierno, sabeis lo que podeis esperar de mi, y no creo que sin injusticia me negueis los votos." Es preciso tener una conciencia irreprehensible para aventurar semejante proposicion en una asamblea de rivales. Gozon, único egemplar, reunió á su favor los votos, y realizó las esperanzas que se habia atrevido á proponer.

Heredia, gran maestre XXXI, electo en 1376, dió á los caballeros una leccion de magnanimidad. Le habian hecho prisionero los turcos: ofreció la órden por su rescate la restitucion del castillo de Patras en la Morea, una gran suma de dinero, y que tres de los empleados en las primeras dignidades de la órden, quedarían en rehenes hasta extinguir la deuda. Cuando los rehenes llega-

Años
de J. C.
1376.

ron con muchos caballeros adonde él estaba, les dijo: "Queridos hermanos, dejad que muera entre cadenas un viejo inútil como yo, que no puede vivir mucho tiempo, y vosotros que sois jóvenes reservaos para servir á la religion." No quiso que se sacase su rescate del tesoro de la órden, diciendo: "Si se ha de pagar el rescate, mi familia ha recibido de mí muchos bienes, y los suficientes para que me dé esta prueba de su agradecimiento." Permaneció por tres años en duro cautiverio, y le rescató su familia.

Los grandes maestros se vieron precisados á fines del siglo XIV y en el siglo XV á dejar á Rodas para ir á la corte de Roma, porque los papas tomaban mucha parte en los negocios de la órden. Por estas frecuentes ausencias se relajaba en Rodas la disciplina; y por otra parte gustaban los religiosos mucho del curso, durante el cual se podian eximir sin escándalo del rigor de la regla: eran bien recibidos entre los príncipes cristianos, y tomados muchas veces por árbitros en los negocios, á causa de su grande esperiencia. Negociaban por su propia cuenta, y la órden, en tiempo de Filiberto de Nallat, gran maestre XXXII, compró la Morea; pero no quisieron los habitadores entrar bajo de su dominio. Matuvieron este gran maestre y sus sucesores una guerra activa por todas aquellas costas y las de Egipto. Los sarracenos y los turcos en cuantas expediciones emprendian siempre hallaban la oposicion de los caballeros. Las porfiadas agresiones y resistencias fueron causa de que los musulmanes se resolviesen desde el año 1428 á tomar á Rodas, y arrojar de sus mares unos enemigos tan incómodos. Las tentativas de este proyecto se rea-



Magnanimidad de Heredia.

Esclavo de los turcos D. Fernando de Heredia, Gran-Maestre de la Orden de San Juan no permitio' que se le rescata-se á costa de ella, ni que por él quedasen en rehenes los caballeros que la misma envió á este fin: y les dixo: Dexad que muera esclavo un viejo inútil, y reserváos los juvenes para servir á la religion. Gran gloria dieron á este español las armas, pero mayor se la dió esta accion en los grillos.



lizaron en 1480, siendo gran maestre Pedro de Aubuson, que fue el XXXVIII.

Años
de J. C.
1480.

El gran visir Paleologo, renegado griego, y de la casa imperial, fue á quien encargó el sitio Mahomet el conquistador de Constantinopla. Desembarcó, y puso en tierra un grande egército con todo lo necesario para empresa tan importante. No escaseó el renegado la sangre de sus soldados, ni sus tesoros, ni aun las traiciones. Quiso que diesen veneno ó asesinasen al gran maestre, y faltó poco para que lo consiguiese. Puso los medios para ganar á los habitadores con promesas é intimidarlos con amenazas. Los asaltos se sucedieron rápidamente siempre; pero fueron rechazados por el valor inalterable de los caballeros, y el de los soldados traídos de todas las partes de Europa, que parecían invencibles con tales capitanes. Probó á atraer al gran maestre á una capitulación, haciendole presente el triste estado de una plaza con las murallas arrasadas, las torres arruinadas, y los fosos cegados. “La ciudad, respondió el intrépido Aubuson, tiene la fuerza suficiente mientras la defienden los caballeros, porque nosotros todos tenemos un mismo corazón, un mismo espíritu, y un mismo objeto, que es la defensa de la fe, y el honor y gloria de nuestra orden: hombres que no temen la muerte, son mas fuertes que los bastiones y murallas.”

No obstante, algunos caballeros viendo la pintura que el enviado de Paleologo supo hacer de los horrores que se cometen en una plaza tomada por asalto, los robos, las muertes, los incendios, y la violencia con que deshonorarian á las mugeres y á las doncellas, se inclinaban á capitular; pero sa-

biendo Aubuson estas disposiciones de sus ánimos, los llamó, y como si ya no fuesen sus hermanos les dijo: "Señores, si alguno de vosotros no está seguro en la plaza, ahí está el puerto, cuyo bloqueo no es tan estrecho que no halle yo medio para proporcionarle la salida." Despues de una breve pausa, prosiguió con aire de autoridad y de indignacion: "Pero si quereis quedaros con nosotros no se hable de composicion, ó mandaré quitar á todos la vida." Estas terminantes palabras cubrieron de vergüenza y confusion á los caballeros, los cuales arrojandose á sus pies le prometieron espiar con su sangre aquel movimiento de flaqueza. El gran maestro les daba egemplo, siempre ocupaba el puesto mas peligroso. Encargó el visir á doce de los mas valientes, que al tiempo de dar un asalto penetrasen hasta donde estaba Aubuson, y le matasen. Le dieron cinco golpes que no fueron mortales, y su sangre misma animó á los caballeros, tanto, que precipitaron á los turcos de la muralla abajo, los persiguieron hasta su campo, desde el cual huyeron tumultuariamente, y en completa derrota á sus navíos.

La reputacion de Aubuson recibió sin embargo una mancha por su conducta con Zizim. Buscó este príncipe asilo en Rodas contra la mala voluntad de su hermano Bayaceto, y fue bien recibido. El gran maestro tomó las precauciones posibles para libertarle del puñal, del veneno y de las emboscadas que le armaba su hermano; pero dió oídos á las falsas ofertas del emperador turco, y mediante una considerable suma y otros beneficios en favor de la órden, consintió en constituirse carcelero del príncipe, cuando pudiera haberse valido de

él para entender una guerra civil entre los otomanos. Se quejó altamente Zizim de tan vil comercio; pero aun no habia llegado al fin de sus trabajos. Quería el papa tenerle en su poder por el bien de la cristiandad, y por contener á los turcos en respeto: le entregó Aubuson contra la palabra dada á Bayaceto de custodiar siempre al infeliz, pues por esto recibia una grande pension. Dicen que le entregó sin interes; pero es cierto que consiguió grandes favores del sumo pontífice, y entre otros la reunion de las órdenes del santo Sepulcro y de san Lázaro con la de san Juan.

La valiente defensa de Aubuson no entibió el deseo que tenian los turcos de apoderarse de Rodas. Soliman, su emperador, dijo abiertamente que estaba determinado á esta conquista, y la orden le opuso por contrario á Villers de L'Ile Adam, francés, gran maestre XLII, electo en 1521. Este se ocupó incansable en los preparativos necesarios para inutilizar la invasion que le amenazaba. Despues de algunas proposiciones amigables le envió Soliman la intimacion de abandonarle la isla, prometiéndole todo favor y buen tratamiento, añadiendo: "Pero si no os rendis pronto á mis órdenes, pasareis todos por el filo de mi temible espada, y las torres y murallas de los bastiones de Rodas se verán reducidos á la altura de la yerba que se cria al pie de esas fortificaciones." Apoyó este cartel con un egército fuerte, que así que desembarcó empezó sus trabajos contra la plaza; pero rechazados los turcos en muchos asaltos desmayaron.

Años
de J. C.
1521.

Sabiendo Soliman las murmuraciones y quejas de los suyos, acudió en persona, desembarcó á la cabeza de quince mil hombres escogidos, subió á

un elevado tribunal, y mandó que se le presentasen sin armas todas las tropas. Dispuso que las cercase su escolta; y despues de vivas reconvençiones, acompañadas de miradas terribles y colérico tono, dió la señal á los quince mil hombres, los cuales desnudando los sables los tuvieron sobre la cabeza de los culpados. Se arrojaron los generales á los pies del sultan, le suplicaron que los perdonase, y todos imploraron su misericordia. Se dejó pues aplacar, y dijo: "Por vuestras súplicas suspendo el castigo de los culpados; pero vayan á merecer el perdón en los bastiones y baluartes de los enemigos." El asalto siguiente á esta escena fue terrible, y muy encarnizados los que despues se dieron; pero bien pudiera Soliman haber sido desgraciado en la empresa, como Mahomet, á no haberse hallado en la ciudad y en el mismo consejo un traidor, el canceller del órden, el cual daba aviso al turco de cuanto pasaba, y aun le dictaba las medidas que podia tomar. La sola envidia y el despecho de que no le hubiesen elegido gran maestre le precipitaron en semejante perfidia. A la verdad fue descubierto y castigado; pero como tenia á su cargo la provision de municiones de guerra, se halló por su malicia la ciudad en tanta escasez, que esta apresuró su rendicion.

La capitulacion fue la mas ventajosa que podia esperar una ciudad reducida al último extremo, y se observó fielmente. Trató Soliman al gran maestre con toda atencion y distincion; mas no por eso Villers, aunque oprimido con la pesadumbre, desculpó la seguridad de los que abandonaban la isla. Ademas de los caballeros pasaban de cuatro mil habitantes los que siguieron la fortuna de la

orden. Se embarcó el último de todos el gran maestro, después de haber mandado á los que se iban separando se uniesen con él en Candia. Cuando ya casi todos se hubieron reunido, partió á Italia, y se detuvo en el camino en Mesina. Ya los mesineses habian tenido la noticia, y toda la ciudad se halló en la ribera. En lugar del pabellon ordinario de la religion habian enarbolado una bandera, en la cual estaba representada la Santisima Virgen con su hijo en los brazos, y se leian estas palabras: *Este es mi último recurso en la aflicción.* Todos tenían clavados los ojos en aquel venerable anciano: le ofreció el virey de parte de Carlos V la ciudad y puerto de Mesina para descanso de su armada; y el arzobispo, los grandes, los nobles y los plebeyos, todos daban á entender en su triste y muda admiracion la parte que les tocaba en su desgracia.

Le llevaron al palacio con el mas melancólico silencio; y la pesadumbre de haberse visto en la precision de entregar á los infieles una isla en que sus antecesores habian reinado por mas de doscientos años con tanta gloria, se manifestaba en todas sus acciones y discursos, y hasta en sus miradas; pero nada usurpaba el dolor á su vigilancia, pues aplicaba todos sus cuidados á los enfermos y heridos, procurando darles todo el alivio que podia. Cuando ya su colonia se hubo restablecido algun tanto, volvió al mar, desembarcó en el golfo de Bayas, y fue á ver lo que podia esperar del papa Adriano VI, del cual solo recibió promesas; y se hubiera visto en el estado mas peligroso, si Adriano no hubiera muerto, ó no le hubiera reemplazado Julio de Médicis, que habia sido caballero de la orden. El primer beneficio que hizo á esta fue una

bula, en que prohibió á los caballeros separarse, y de este modo impidió que se disolviese la órden como parecia inevitable.

Despues les dió por fija habitacion la ciudad de Viterbo, plaza del estado eclesiástico, entre tanto que hallaban sitio mas conveniente. Despues de muchas negociaciones les cedió Cárlos V la isla de Malta con la onerosa condicion de defender la ciudad de Trípoli, lo cual exigia numerosa guarnicion y grandes gastos. No pudiendo el gran maestre hallar otro arbitrio mejor, tuvo que abrazar este. Tomó posesion de la isla en 1530, y desde entonces se llamó órden de los caballeros de Malta. Villers de L'Ile Adam se aplicó á fortificarla por estar sin defensa: murió por último en edad muy avanzada, y grabaron sobre su sepulcro estas palabras: *Aquí descansa el valor, victorioso de la fortuna.*

Años
de J. C.
1530.

Las precauciones tomadas para fortificar el nuevo establecimiento de la órden contribuyeron á inutilizar otra segunda empresa de Soliman. Picado este de que los que llamaba él corsarios, y de los cuales pretendió limpiar sus mares tomando á Rodas, continuaban en infestarlos, dió órden á Sinan Bajá, á quien enviaba á sitiar á Trípoli, para que destruyese de paso aquel nido de piratas; pero quando Sinan puso el pie en tierra, y consideró atentamente el castillo Santo Angel y sus baluartes, dijo al corsario Dragut, que le instaba á que formase su ataque: "¿No estás viendo ese castillo? Pues á la verdad que el aguila no podria escoger jamas para colocar su nido la punta de una roca mas escarpada: para llegar á él seria preciso tener alas como ella: todas las fuerzas del mundo nunca le podrian forzar." Sin embargo, para no desobli-

gar enteramente á Dragut, asoló Sinan la isla, y puso sitio á la capital; pero el buen continente que observó en los sitiados le precisó á retirarse.

Todavía hizo Soliman en 1565, siendo Juan de La Valeta el XLVII gran maestre, una tentativa, que fue el último ataque importante que experimentó la religion. Un hombre que imaginase los sucesos imprevistos y estraños que pueden verse en un sitio, no pudiera inventar otros mas estraordinarios, que los que ha descrito la pluma del historiador de Malta. Dice que solo se determinó á hacer aquella especie de novela despues de haber esperado inútilmente y por largo tiempo las verdaderas memorias que le habian prometido, y que cuando llegaron respondió: *Mucho lo siento, pero ya es tarde, y ya tengo hecho mi sitio.* Si esta anécdota es verdadera, nos avisa que nos guardemos de historiadores panegiristas; pero aunque se propase en las circunstancias, no por eso es menos cierto, que no puede haber mayor fortaleza, valor y actividad que la que manifestaron el gran maestre y sus caballeros. A La Valeta le hirieron en la brecha, y queriendo retirarle dijo: "¿Acaso podré yo á los setenta y un años de mi edad acabar mas gloriosamente la vida que con mis hermanos?" Los turcos, rechazados con la mayor resistencia, se retiraron sin duda para no volver jamas á aquella tierra empapada en su sangre. La Valeta edificó en el sitio principal, que habia sido el teatro de su gloria, una ciudad, que por su nombre se llamó tambien La Valeta. El convento ó casa de residencia de los caballeros se trasladó á ella; y como no era razon que por falta de dinero se cesase en la obra, pagaban con moneda de cobre; pero en lle-

Años
de J. C.
1565.

gando la de plata tomaban la de cobre , dandola todo el valor de la plata : en la de cobre se leia: *Non æs , sed fides* : No está el valor en el metal , sino en la buena fe.

Años
de J. C.
1724.

En 1724 se concluyó con los turcos una tregua de veinte años , con la condicion de renovarla si se conviniesen las partes. Mientras dura deben los malteses gozar en los estados del gran señor de los mismos privilegios que los franceses. Se estipula el cambio y el precio de los esclavos. No podrá el sultan socorrer á los berberiscos , y será el tratado nulo desde el punto en que un príncipe cristiano tenga guerra con la Puerta. Malta acaba de rendirse á los franceses ; y aunque el escritor de este compendio dice que verosímilmente la órden queda destruída para siempre , no se ha verificado hasta ahora su rezelo.

EUROPA.

Dejando el Africa, vasta península, cuyo interior se ignora, y aun las costas apenas son bien conocidas, se entra con gusto por la Europa, en la cual en vez de desiertos y bestias feroces, se hallan por todas partes campiñas cultivadas y habitadas de hombres. En Europa ya no se camina entre ruinas como en el Asia, ni entre desiertos como en Africa, sino por ciudades florecientes, que anuncian desde luego que esta parte del mundo está todavía en su vigor. En ella han fijado su domicilio las ciencias y las artes; y si no siempre es la virtud propiedad de los pueblos que la habitan, á lo menos la religion, las leyes y la policia ponen un freno al vicio para que sea menos atrevido. La Europa da á la historia moderna mas materia que el resto del universo; pero siendo los hechos muy semejantes entre sí, debe contenernos el rezelo de que referidos por estenso carecerian de la gracia de singulares, porque los europeos casi todos se han modelado los unos por los otros en su política, en sus guerras y en lo mas general de sus costumbres. En el modo de gobernarse se advierte tambien cierta uniformidad, por la cual parece que todas las naciones europeas, son, en este punto, una misma.

FRANCIA.

Años
de J. C.
420.

Si ha de creerse á los autores, ocupados en averiguar la genealogía de las naciones, la de los celtas, procedentes de los escitas, es la madre de los pueblos que inundaron las Galias en la decadencia del imperio romano con los nombres de salianos, alóbroges, tectósagos y visigodos. Estos disputaron á los romanos la Francia por mucho tiempo. El imperio romano habia tenido que luchar por muchos siglos contra la vigorosa inclinacion á la libertad, que fue natural en los gaulas. Por los años 420 salió una nueva multitud de bárbaros de los bosques de la Germania, mandada por Faramundo, y con el nombre de francos penetraron por las Galias; pero en lugar de fijar su habitacion se contentó el gefe con llevar diversas veces á su campo los despojos de este rico pais. Clodion, Meroveo y Childerico, sus sucesores, tambien hicieron acometimientos momentáneos, y poseyeron en la Francia poco terreno. Clodoveo fue el primero que, juntando con una guerra feliz una política profunda, y muchas veces bárbara, se estableció sólidamente en estas tierras á fines del quinto siglo; y fue el tronco de la primera rama de los reyes de Francia, llamada Merovingia.

A la grandeza de Clodoveo contribuyeron dos cosas muy contrarias, la religion y la crueldad. Haciendose cristiano ganó á los obispos y al clero, que tenian grande ascendiente sobre los pueblos; y á estos les dejó sus leyes y costumbres. Al mismo tiempo se deshizo, con la astucia ó con la fuerza, de los pequeños príncipes que tenia al rededor, y

se apoderó de sus estados. Hizo asesinar á Sigeberto , rey de Colonia, por medio de Clodorico, su propio hijo ; y despues castigó á este por mano de sus propios criados. Entonces se presentó en la frontera, como para vengar aquellas muertes; y los vasallos, que no sospechaban que hubiese tenido parte en ellas, se sometieron al vengador. Cararico, rey de los morinos, y el gefe de este, fueron ordenados sacerdotes por disposicion de Clodoveo; mas temiendo que procurasen conseguir la corona, aunque les privaba de ella el sacerdocio, los hizo asesinar. Mató con su propia mano á Renacario, rey de Cambray, y á su hermano Riciario, que le entregaron sus oficiales; y á estos les pagó en cobre dorado en vez de oro, diciendo irónicamente que aquella era la moneda propia para traidores. Despues de tantos delitos y trabajos para hacer un reino grande, en 511, hizo al morir cuatro pequeños, dividiendo sus estados entre sus hijos, con los títulos de rey de Metz, de Orleans, de Paris y de Soisons.

Años
de J. C.
511.

Clotilde, su viuda, fue tutora de los mas jóvenes: era hija de Childerico, rey de Borgoña, á quien Gundevaldo su hermano habia hecho matar para apoderarse de sus estados. Clotilde, que habia convertido á su esposo Clodoveo, armó á sus hijos contra su tio y los hijos de este. Clodomiro, que era el mayor de los hijos de Clotilde, ayudando en la venganza á su madre, se apoderó de sus primos, y los hizo echar en un pozo. Los hijos de este bárbaro fueron muertos por Clotario su tio, á la vista de su abuela Clotilde, madre del asesino. En aquellos tiempos ninguno bajaba del trono, sino para un monasterio ó para la sepultura.

Entre los hijos y nietos de Clodoveo se nota que solo Teobaldo ó Tibaldo, rey de Metz, creyó que no eran los talentos militares las únicas virtudes de los reyes; y así se aplicó á gobernar bien, y dió prudentes leyes á sus pueblos. A él se le atribuye el siguiente apólogo, que espuso á sus ministros congregados: "Un hombre tenia escelente vino en una vasija may ancha, y de cuello estrecho; dejandole abierto se introdujo por él una serpiente, que bebió tanto que no podia salir. El dueño del vino, viendo que la serpiente se mataba de todos modos por salir, dijo: miserable animal, para salir por un cuello tan estrecho no hay otro medio que vomitar." No gustó mucho el apólogo á aquellos ministros del siglo VI.

Años
de J. C.
565.

Por este tiempo se vieron las dos famosas rivales, Brunequilda y Fredegunda: la primera era española, y se habia casado en 565 con Sigeberto, rey de Austrasia. La segunda, hija de un paisano de Picardía, fue primero amiga, y despues esposa de Childerico, rey de Soisons: y llegó á tan alta fortuna, consiguiendo de su amante la muerte de Galsvinta, hermana de Brunequilda, que se habia casado con Childerico; por lo que nació un odio irreconciliable entre estas dos mugeres. En una y otra no podemos menos de reconocer mucho talento, y la misma inclinacion á la galantería, y aun la misma facilidad en aprovecharse del favor para salir con sus empresas.

Sigeberto y Childerico eran hermanos: sus mugeres los enemistaron, y los armaron uno contra otro. Fredegunda, viendo que su esposo Childerico no era el mas fuerte, hizo asesinar á Sigeberto, y tomó tan bien sus medidas, que se apoderó de Bru-

néquilda su cuñada, y la tuvo prisionera en París, desde donde la envió Childerico á Ruan, para que la tuviesen en buena custodia. Tenia este príncipe un hijo llamado Meroveo, que marchando á una expedicion pasó por Ruan, y tocandole la cautiva al corazon, la dió la mano en presencia de Pretestato, obispo de aquella ciudad. Fredegunda, irritada por el triunfo de su rival, llevó á Childerico á Ruan, separaron á los dos esposos, y enviaron á Brunequilda á Austrasia como desterrada; pero allí tuvo modo de sublevar á los señores austrasios contra su suegro, y les persuadió que al punto que Meroveo su esposo los viese en campaña, se presentaria por gefe como mal contento de su padre. A la verdad se preparaba á esta expedicion de vuelta de la de Poitou; pero le asesinaron. Fredegunda ya habia hecho sus pruebas contra Sigeberto su cuñado. No se dudó de qué mano salió el golpe que previno las intenciones de su yerno.

Tenia este príncipe otro hermano llamado Clodoveo, hijo de Andobera, muger de Childerico, que aun vivia; pero muger desgraciada y desterrada. La vista de este Clodoveo era molesta para Fredegunda, que acababa de perder por enfermedad tres hijos que habia tenido de Childerico, cuando apenas habian salido de la cuna; y no podia sin despecho considerar que aquel príncipe habia de ocupar el trono que ella tenia destinado para sus hijos. Tanto se dió á entender la envidiosa pesadumbre de Fredegunda, y lo que deseaba, que uno de aquellos malvados, que rara vez faltan en las cortes depravadas, acusó á Clodoveo de que habia dado veneno á los tres hijos de la reina. Pusieron al príncipe en prisiones, le hicieron una especie de pro-

ceso, y entre tanto que le instruian, le hallaron muerto con un puñal á su lado, para que se creyese que él mismo se habia quitado la vida. Temiendo que la reina Andovera fuese llamada por Childerico, que habia dado algunas veces á entender que no la tenia enteramente olvidada; y rezelando que sobre estas desgracias viese algunas luces, tambien la quitaron la vida. De este modo se halló Childerico á discrecion de una muger cruel y ambiciosa, que habia sido causa de que pereciese toda su familia. Al mismo Childerico le asesinaron volviendo de caza; y tambien se atribuye esta maldad á Fredegunda. Dicen que la cometió para no ser castigada, por los amores con otro, que ya su esposo habia advertido.

Ya se creeria que estaba perdida esta muger, poco amada de los vasallos de su esposo, espuesta al resentimiento de Brunequilda, que se habia hecho muy poderosa en Austrasia, y sin mas defensa que un niño de cuatro meses, último fruto de su union con Childerico. En este infeliz estado se puso en manos de Gontrano, rey de Orleans, tio y padrino de Clotario su hijo. Este tomó á los dos bajo de su proteccion; y aunque puso en angustias á la madre con motivo de la muerte de Childerico, cuyos autores pretendió descubrir, se evadió con habilidad, haciendo sospechoso á un señor que habia sido su favorito, y que se habia separado de ella, creyéndola sin remedio por haber muerto á su marido. De este modo logró Fredegunda á un mismo tiempo el placer de que la declarasen inocente y el de vengarse. No obstante Gontrano mortificó á esta ambiciosa por donde mas sentia, pues nombró un consejo para el jóven Clotario; é irri-

tada la madre con este golpe dado á su autoridad, se retiró al castillo de Verneuil.

Desde aquella soledad Fredegunda, que nada olvidaba, maquinó la muerte de Pretestato, el obispo de Ruan, que habia casado á Brunequilda con Meroveo. Tambien, aunque de lejos, armó emboscadas á Childeberto, rey de Austrasia, y á la que era su rival. Por último sacó Gontrano á Fredegunda de aquel retiro, en que por despecho habitaba, y la llevó al lado de Clotario su hijo; y con motivo de haber acometido á este príncipe una peligrosa enfermedad, fueron tantos los votos que por su salud hizo su madre, y tan grandes las dádivas á las iglesias, que para con algunos historiadores se hizo recomendable su reputacion.

Murieron los dos reyes, Gontrano de Orleans y Childeberto de Austrasia; y las dos rivales, que dominaban cada una en su corte como madre y abuela, se vieron en proporcion de acometerse personalmente. Levantaron pues egércitos, y antes de llegar á las manos iba Fredegunda llevando á su hijo de fila en fila, con lo que inspiró tanto valor á sus soldados que lograron una completa victoria, la cual sin duda hubiera tenido funestas consecuencias contra Brunequilda; pero murió poco despues Fredegunda, y dejó la escena de los delitos ocupada por su rival.

Era abuela esta de Teodoberto y de Tierri, reyes de Metz y de Borgoña, y para que no se la opusiesen en el gobierno, no solamente les permitia las diversiones, sino que ella misma se las proporcionaba fuesen lícitas ó ilícitas. Dejó que se casase Teodoberto, rey de Metz, con una criada, creyendo que así aseguraria mandar al marido por

medio de su muger; pero la esposa, temiendo las astucias de la suegra, hizo que la separasen de la corte. Habiendo llegado Brunequilda á Borgoña ya resentida del casamiento del rey de Metz, hizo cuanto pudo para que el de Borgoña no se casase; mas los señores con las representaciones mas vivas le hicieron resolverse á tomar esposa. Sobre haber tenido ya tres hijos naturales, que no es el mejor agüero para la felicidad en el matrimonio, eran tan conocidos el genio y el modo de pensar de la suegra, que el rey de los visigodos, si dió su hija á Tierri, fue con la condicion de que jurase que aquella princesa jamas habia de caer de la clase de reina; pero no llegó á serlo, porque Brunequilda consiguió que su nieto no gustase de la futura esposa: no se celebraron las bodas; y pasado un año en desagradables dilaciones restituyeron á España la princesa. Todas estas intrigas son nada si se comparan con otros manejos de Brunequilda. Esta, para conservar la autoridad esclusivamente, suscitó guerras entre sus nietos, y envenenó ó dispuso dar muerte violenta á los generales que no la agradaban. Durante las hostilidades cayó Teodoberto en manos de Tierri, y este le entregó á su suegra, la que acordándose de que la habia separado de su corte por complacer á su muger, le hizo cortar el cabello, inutilizándole así para conservar el cetro; pero reflexionando despues que para quitar toda pretension no hay mejor medio que la muerte, dió veneno al desgraciado Teodoberto, y aun se cree que le tenia preparado tambien para Tierri, con el fin de ser señora de los dos reinos; pero una disenteria que le sobrevino y le quitó la vida escusó á su abuela este delito.



Suplicio de Brunequilda.

Herederó Clotario I. del odio con que su madre Fredegunda habia perseguido siempre á la española Brunequilda, quando logró tenerla en su poder no supó satisfacerse con sola su muerte; y despues de afrentarla sin respetar el caracter de reyna, la hizo morir arrastrada por un caballo cerril; pero la posteridad, que compadecerá siempre á tan infeliz reyna, detestará tambien á rey tan inhumano.

Entonces no se veian grandes mudanzas en el reino por la muerte del rey, porque en aquel tiempo de los reyes Merovingios estaban los gefes de palacio con el egercicio de toda la autoridad. Aunque oficiales domésticos, por la indolencia de los monarcas, solo les faltaba para reyes el título; y aun solian dar en su nombre disposiciones que los monarcas no se atrevian á repugnar. Presidian á la administracion de la justicia, decidian de la guerra y de la paz; y mientras los ociosos monarcas se entorpecian con el regalo, los gefes del palacio llevaban á los franceses al combate. Garnier, gefe del palacio de Austrasia, continuó, muerto Tierri, la guerra que este príncipe hacia á su primo Clotario, rey de Borgoña.

Brunequilda, á quien no pareció Garnier bastante dócil, escribió á uno de sus oficiales para que le quitase la vida: leyó el oficial la carta, y la hizo pedazos; pero juntándolos, y colocando cada uno en su lugar, se los llevaron á Garnier. Dió parte de la intencion de Brunequilda á los otros señores de Austrasia, y todos convinieron en entregar la reina á Clotario, como se egecutó.

Este príncipe, heredero del odio de Fredegunda su madre contra Brunequilda, despues de vivas reconvençiones con que dió en rostro á esta princesa con todos sus delitos, la entregó á los verdugos. Montada en un camello la pasearon por todo el campo, diciendola los soldados mil injurias, y por último la ataron por el cabello y por un pie, y una mano á la cola de un caballo cerril, que arrastrándola á galope la despedazó. Bien merecia otro tanto Fredegunda, que habia muerto en su cama; pero á falta de suplicio lleva su memoria entre los

mejores historiadores el sello del oprobio, cuando la reputacion de Brunequilda ha pasado á la posteridad con alguna estimacion , pues entre otras obras dignas de una gran reina , se cuentan los caminos de los romanos que restableció, y otros nuevos que construyó , y aun conservan el nombre de *calzadas de Brunequilda* (1).

Años
de J. C.
613.

Clotario II reunió bajo su cetro, en 613, todos los estados de Clodoveo: multiplicó los gefes de palacio, y los puso en Austrasia, en Borgoña, en Neustria y en Aquitania. Tuvo parlamentos ambulantes, y cayó como Clodoveo en el error de repartir sus estados entre sus dos hijos Dagoberto y Chariberto; pero la fortuna corrigió su imprudencia con la muerte de este último. Se apoderó Dagoberto de cuanto poseia, y quitó la vida á Childerico su sobrino, para gozarlo con seguridad. La corte de este príncipe fue de una magnificencia que hubiera pasmado, á no saberse que entraban con

(1) Concluye el autor haciendo alguna justicia al mérito de la española Brunequilda; pero admira sin embargo que escritor tan juicioso, en nuestros dias y á pesar de lo que ha progresado la buena crítica, al tratar los sucesos de esta gran reina, haya abandonado su delicada pluma á los fabulistas de su nacion. No debe hacerse agravio á su sinceridad, cuando lo poco que dice á favor de Brunequilda persuade que si mas hubiera hallado no lo habria omitido; pero debe sentirse la desgracia de que solo tuviese á la vista escritos indignos de fe para todo crítico. Prescindiendo de los diligentísimos investigadores de las antigüedades francesas, Esteban Pasquier y los padres Le Cointe y Cordemoi, franceses todos, en San Gregorio Magno y San Gregorio Turonense hubiera hallado repetidos testimonios del apreciable concepto que se habia merecido Brunequilda. Estos dos respetables escritores contemporáneos de aque-

afluencia en Francia las riquezas del Oriente por las relaciones con Constantinopla, y las de Italia por las irrupciones de los franceses en aquellos países opulentos, de los cuales, aun espelidos, siempre regresaban cargados de despojos.

Con la riqueza vino la corrupcion de las costumbres: públicamente se casó Dagoberto con tres mugeres, sin contar las concubinas. Al fausto acompañaba el orgullo. Habian hecho correrías algunos esclavones por las tierras de Francia, y Dagoberto representó sus quejas por medio de su embajador, el cual, soberbio por el poder de su monarca, habló con grande altivez. Samon, que de comerciante frances, habia llegado á ser rey de aquellos pueblos, respondió con humildad, y prometió tomar bien las medidas para mantener la amistad entre las dos naciones. "¡ La amistad! re-

lla reina, frances el uno, y ambos tan notoriamente sabios, no es posible que el uno en el solio pontificio, y el otro en la silla episcopal de Tours, hubiesen dejado de advertir, en caso de haber sido ciertas, las maldades que se la imputan: y uno y otro por su santidad y demas prendas fueron incapaces de canonizar escesos. No permite la estrechez de una nota que se inserte la nerviosa apología de esta española, reina tan desgraciada en Francia; pero los amantes de la verdad, de cualquiera nacion que fueren, la leerán con satisfaccion en el tomo 6.º del Teatro crítico del ilustrísimo y reverendísimo Feijoo, discurso 2.º, párrafo 6.º No se estrañe, sin embargo, que entre tanto se haya procurado aquí rectificar á prevencion, en lo posible, las falsas ideas que puede haber hecho formar á los lectores el autor frances por uno de aquellos descuidos, ó llámense azares, de que no se libran algunos de los mas diligentes escritores, y que parece se han hecho inevitables á los estrangeros cuando intentan hablar de los españoles.

plicó groseramente el enviado, ¿ acaso puede haberla entre los cristianos siervos del verdadero Dios, y unos perros paganos como vosotros? ” “ Pues si somos perros, replicó Samon, os haremos ver que tenemos dientes.” Tanto se lo dieron á conocer, que el monarca frances se arrepintió de haberlos ultrajado.

Años
de J. C.
680.

Dagoberto cayó en el mismo error que su padre, dividiendo el reino entre sus dos hijos Sigeberto y Clodoveo II. Con estos dos príncipes y sus sucesores se puede decir, que mas bien reinaron los gefes del palacio que los monarcas. Por los años de 680, se disputaron dos de estos gefes el poder: trastornaron las cortes: invirtieron las sucesiones de los príncipes, y se dieron entre sí batallas. Una rara casualidad los redujo al estado monacal, y así se vieron, á pesar suyo, con el hábito religioso en la abadía de Lugeuil, en la cual vivieron por algun tiempo como puede juzgarse de semejantes rivales. Con ardides que les salieron bien, volvieron del claustro al palacio de donde los habian echado, y continuaron en perseguirse. Ebroin, que vino á ser el mas fuerte, hizo sacar los ojos á Liger; pero tambien él fue luego asesinado.

690.

Este fue el tiempo de los reyes llamados ociosos, porque lo fueron mas que sus predecesores, aunque á estos no les faltó indolencia. En 690, Pipino de Eristel gobernó toda la Francia, siendo un simple gefe de palacio; pero era mas rey que los cuatro monarcas que vió sucesivamente en el trono, y en cuyos nombres reinó. Estuvo su poder para aniquilarse con su muerte, porque solo dejaba un hijo legítimo muy jóven, bajo la tutela de su viuda; pero tenia otro de mas edad, llama-

do Carlos Martel, nacido de una concubina, y este sostuvo las pretensiones de su padre. Halló un contrario digno de su valor en Childerico II, que no le quiso recibir por gefe del palacio, y que emprendió sacudir el yugo de tan imperiosos ministros. No debemos por lo mismo colocar á este príncipe entre los reyes ociosos, pues mas bien le faltó la fortuna que la resolucion. No le favorecieron los señores franceses, que querian mas un gefe de palacio, á quien miraban como igual, que un monarca, á quien no podian menos de reconocer como superior.

Carlos Martel señaló su gobierno con victorias contra los vecinos de la Francia y los estrangeros que pretendieron invadirla. En 732, derrotó á los sarracenos en los campos de Poitiers. Muerto un Tierri, por sobrenombre de Chelles, abadia en donde casi siempre habitaba, no atreviéndose Carlos Martel á tomar la corona por temor de los obstáculos que podria hallar en la envidia de los señores franceses, no permitió tampoco que pasase á otra cabeza, y continuó en gobernar como soberano, aunque sin el título de rey. Pipino, su hijo, por sobrenombre el Breve, por su pequeña estatura, observando en los franceses demasiado afecto á la familia de Clodoveo, colocó en el trono en 743 á Childerico III, descendiente de este rey; pero viéndose bien asegurado de su poder con la prueba de siete años, y no teniendo ya que rezelar del afecto de los pueblos, porque la incapacidad de Childerico le habia desterrado de los corazones, encerró en un monasterio al infeliz monarca y á su hijo, todavía muy jóven. Este se crió en la obscuridad, y debió vivir muy poco, pues no se

Años
de J. C.
732.

743.

Años
de J. C.
750.

ha oido despues hablar de él. En 750 se acabó la familia de los Merovingios, que habia durado 270 años.

Pipino era hombre de admirable vigor, sin embargo de su pequéña estatura de cuatro pies y medio. Supo que algunos señores se burlaban de su talla; pero en el espectáculo de un combate que se dió en presencia de toda la corte entre un leon y un toro, cuando habia aquella fiera derribado á este, y ya iba á degollarle, "¿Quién de vosotros dijo Pipino á sus cortesanos, va á libertar al toro?" Todos callaron, y advirtiéndolo el rey, continuó: "Será preciso que yo vaya;" y al mismo tiempo bajó á la plaza, cortó de un tajo la cabeza del leon, y luego de un reves la del toro.

Sin duda este rasgo de valor y fuerza fue el que haciendo impresion en aquella nobleza belicosa, le adquirió la estimacion; pero el poder de Pipino se aseguró mas con su discreta conducta. Manifestó mucha sumision á la autoridad de los papas, y este buen egemplo fue muy útil para los grandes, pues viendo que el rey se conformaba con las decisiones del pontífice, no se atrevian ellos á contradecirlas. Cuando quiso usurpar la corona al débil Childerico, propuso este político problema: ¿Conviene juntar el poder con el título de rey, ó agregar el título de rey al poder? La respuesta fue como él la deseaba, y arreglada á la razon, suponiendo que el poder no se haya separado del título por astucia ó por fuerza; pero en los pueblos no se ven las cosas tan de cerca, cuando se suponen persuadidos.

Pipino supo ganarlos con demostraciones de confianza: celebró frecuentes juntas de la nacion;



Valor de Pipino.

Por la baxa estatura de Pipino no le creian valiente; pero en un combate de fieras en que un leon iba ya á destrozár á un toro; ¿Quien de vosotros, dixo á sus cortesanos Pipino, va á librar al toro? Vió que ninguno iba, y continuó: Será preciso que yo vaya; y baxando á la plaza cortó la cabeza al leon, y luego la del toro. Resonaron los aplausos; pero no advertian que por darlos al valor los tributaban á la temeridad.

comunicaba en ellas sus intenciones de un modo conforme á sus fines : y oida la decision se tomaba como obligacion de su dignidad el encargo de ejecutarla , dejando á la junta el honor de haber formado y arreglado los proyectos. De este modo era en la apariencia ministro egecutor de la voluntad del pueblo , haciendo siempre la suya , y tenia continuamente á la Francia en actividad con estas asambleas ó con las guerras que emprendia. Mientras sujetaba la Aquitania y la Baviera , vencía á los sajones , hacia respetar el nombre frances en Italia y dictaba sus leyes á la misma Roma. Viendo sus vasallos el espectáculo de un papa que imploraba su proteccion , no tenian tiempo para pensar en conspiraciones , ni para urdir tramas contra su autoridad y su vida. Si á Pipino le quieren dar el nombre de usurpador , él fue el que vivió mas tranquilamente , hasta que murió de enfermedad á los cincuenta y cuatro años. Para ilustrar su memoria no necesitó del epitafio que pusieron sobre su sepulcro : *Aquí yace Pipino , padre de Carlo Magno.*

Este príncipe era tan alto de estatura como su padre pequeño , pues dicen que sobre siete pies de alto , su constitucion era robusta , su aire magestuoso , alegre y afable al mismo tiempo. Sus estados se dilataron desde el mar Báltico hasta los Pirineos , y desde el canal de la Mancha al Mediterráneo , comprendiendo la Italia. Pasaba rápidamente de un extremo á otro , y no se ve que fuese su residencia fija , porque tenia palacios en el centro , al Norte y al Mediodia , y vivia en ellos segun la necesidad : método útil para los pueblos , pues de este modo experimentan sucesivamente las riquezas

Años
de J. C.
768.

de la corte, y son menos vejados si vela el príncipe sobre los subalternos que gobiernan. El gran talento de Carlo Magno era saber escoger sus ministros y generales, y dirigirlos en el consejo y en campaña. Igualmente recomendable, como legislador y como guerrero, promulgó leyes cuya prudencia se admira, y resonó en todo el universo el ruido de sus armas victoriosas.

Se llaman estas leyes capitulares por estar repartidas por capítulos: se hacian en las juntas generales con el parecer y consentimiento de los señores y de los prelados que se hallaban presentes. La ocupacion de las juntas eran los negocios y los placeres, pues para entonces estaba reservado el lujo; pero fuera de estas ocasiones era el monarca tan sóbrio en la mesa, como modesto en los vestidos. Puede formarse juicio de esto por las leyes suntuarias, conservadas en las capitulares. Carlo Magno en la sancion de una ley juntaba el ejemplo con la reconvencion. Habia advertido que sus cortesanos se iban acostumbrando á gastar vestidos de seda con pieles de grande precio: y viendolos adornados así un dia, propuso una cacería, en que los hizo correr por los campos y los bosques con grandes vientos y lluvias. A la vuelta no permitió que mudasen de vestido: cada uno se presentó al fuego; pero sin atreverse á acercarse demasiado para no esponer á su actividad perniciosa la seda ni las pieles. "Amigos, muy mal estais, dijo el emperador, muy traspasados de frio, al mismo tiempo que yo con este manto de piel de carnero que vuelvo, segun viene el aire, conservo mi vestido tan hermoso como cuando salí, y á la vuelta me caliento á mi gusto. Avergonzaos, y aprended á ves-

tiros como hombres. Dejad la seda y esquisitos adornos para las mugeres, ó guardadlos para los dias de ceremonia, cuando se llevan esos vestidos por solo ostentacion, y no para el uso cotidiano.”

Todo el tiempo de su reinado estuvo Carlo Magno en guerra: sujetó en varias veces la Aquitania; y cuando ya creia ser absoluto dueño de ella, salió un duque, ya viejo, á pelear con él, despues de veinte y cinco años de monasterio, y le volvió de nuevo al claustro. Recorrió dos veces la Italia como vencedor: recibió en Roma la corona imperial: destronó á Didier, rey de Lombardía, y le envió con su familia á Francia á morir en una prision. No fueron tan felices los franceses en España bajo sus órdenes, pues con bastante trabajo pudo retirar su egército, casi destruido en Roncesvalles, por mas esfuerzos que hicieron el famoso Rolando, llamado por los españoles Roldan, y otros paladines que le acompañaban. Tasillon, duque de Baviera, á quien habia perdonado en otra ocasion por haberse sometido al homenaje, volvió de nuevo á la carga; pero fue confinado á un monasterio con toda su familia. Este era el menor castigo que daba Carlo Magno á los reyes vencidos; y el silencio que la historia guarda sobre los que encerró en esta especie de sepulcros, nos hace creer que Carlo Magno no les dejaba hacer larga penitencia.

Este príncipe, con todas las virtudes que decoran su memoria, no sé como podrá llamarse clemente, pues estremecen sus egecuciones sangui-narias contra los sajones, de los cuales ademas de los que morian en las batallas hizo degollar hasta cuatro mil y quinientos despues de una victoria. La muerte ó el bautismo era lo que proponia á aque-

llos idólatras , y así no se convertian sino por no perder la vida, y cuando veian distante al vencedor se volvian á sus dioses. A fuerza de matar ó de desterrar estableció este emperador el cristianismo en las tierras de Sajonia. Las victorias de Carlo Magno , el ruido de su reputacion , y la felicidad de sus armas no impidieron que los moravos, los dinamarqueses y los normandos entrasen algunas veces por sus fronteras; pero siempre los rechazó, y los retiró á sus paises, reduciendolos á mantenerse en la defensiva.

Estas tumultuarias ocupaciones todavía le dejaban tiempo para otras mas sosegadas, aunque no menos penosas, cuales son las del gobierno, porque un gran talento todo lo abraza, y aun multiplica las horas. Examinaba Carlo Magno las leyes de los pueblos que conquistaba antes de permitirles el uso de ellas. Su cuidado particular era el respectivo á la religion : el clero adoptó por su parecer el canto romano en los divinos officios : estableció en los cabildos y en los grandes monasterios escuelas de gramática, de aritmética, y de todas las ciencias que entonces se conocian. En su palacio se juntaba una especie de academia, en la cual cada miembro tomó el nombre de algun célebre antiguo, como el de Platon, Aristóteles, Ciceron, Agustino, Horacio; pero Carlo Magno eligió para sí el de David. Esta idea, que nuestro siglo abundante en ciencias tratará de puerilidad, podia servir para animar en aquel tiempo, en que se necesitaban medios extraordinarios para sacudir la estupidez de los entendimientos.

Se ha visto con admiracion un órgano que de Constantinopla enviaron á Pipino, y sin duda no

se admiró menos un reloj que llevaron á Carlo Magno los embajadores de Persia. Concibió este príncipe el proyecto de juntar el Rhin con el Danubio, estableciendo así la comunicacion del Océano con el mar Negro; y aunque no lo consiguió por falta de máquinas y otros medios, que aun no estaban inventados para la egecucion de tan grandes obras; es preciso reconocer por lo menos que era un príncipe que se interesaba verdaderamente en la felicidad del género humano. Ningun trabajo útil se ocultaba de su atencion, y así se lee con placer que entraba en las menores circunstancias de las ocupaciones de la agricultura, que conocia sus tierras de renta, su producto y el número de sus ganados, que las mugeres de sus palacios manejan el uso como la aguja, y que él se complacía en adornarse con tareas de su muger ó de sus hijas. Tuvo sucesivamente cinco esposas legítimas; y como en sus amores era indulgente, no fue severo con los de los otros. Era hombre accesible, afable, y que sabia disfrutar las dulzuras de la vida privada sin ofensa de su dignidad. Vivió Carlo Magno setenta y un años, y reinó cuarenta y siete.

Habia asociado al imperio á su hijo Luis, por sobrenombre el *Débil*. Este príncipe fue enviado á Aquitania para ensayarse en el gobierno, y se portó tan bien, que su padre, sabiendo su buena conducta, no pudo menos de decir: "Doy gracias á Dios, y alegrémonos de que este jóven es todavía mas prudente y mas hábil que nos." No se realizaron tan bellas esperanzas en otra administracion mayor, pues la historia de Luis el *Débil* apenas es otra que la de sus defectos, y entre estos puede co-

Años
de J. C.
814.

locarse el estrépito que hizo con motivo de la conducta de sus hermanas, con las cuales habia sido Carlo Magno demasiado indulgente. Luis, que necesitaba de perdon, pues se le conoce un hijo bastardo; hizo arrastrar públicamente á los amantes de estas princesas, y á ellas las encerró en conventos, en donde pasaron sus tristes dias como penitentes. Este castigo hizo ruidosamente notoria al pueblo la deshonorá de la familia imperial.

Sostuvo este carácter con rigor cruel en la ocurrencia con Bernardo, rey de Italia. Era este príncipe hijo de Pipino, primogénito de Carlo Magno, que le dió el reino de Italia. Murió Pipino antes que su padre. Empeñó Luis al emperador para que diese la corona de Italia á Bernardo, hijo de un hermano; pero llevó á mal este príncipe, cuando murió su abuelo Carlo Magno, que no hubiese trasladado á él la corona imperial; siendo hijo de su primogénito; y antes bien se la hubiese dado á Luis, hermano menor de su padre. Significó á su tío sus pretensiones; y se armó para sostenerlas. Aquí se nota que tenia á su favor los principales ministros de su abuelo, y entre otros á Teodulfo, obispo de Orleans. No se rindió Bernardo porque le faltase el mayor número de los señores; antes viéndose abandonado fue á implorar la clemencia de sus tíos. Luis le dió en rostro con su ingratitud, y le remitió para ser juzgado á la asamblea general; esta le condenó á muerte igualmente que á sus cómplices. Luis el *Débil* redujo el castigo de la mayor parte de los obispos á la deposicion; pero hizo sacar los ojos á los legos. Bernardo murió tres dias despues, y sus tres hermanos fueron encerrados en monasterios.

Haciendo justicia á Luis el *Débil*, siempre le estuvo remordiendo esta egecucion, pues así lo manifestó en muchas ocasiones, y principalmente en sus desgracias, mas no se ve que rehabilitase á los hermanos de Bernardo; bien que dió manifiestas señales de arrepentimiento por haber castigado con la deposicion y otras penas corporales á los obispos, abades y otros magnates del clero, como cómplices de Bernardo. En una junta de obispos, convocada en Artiñi, les pidió perdon y penitencia. Ademas de esto llamó á su lado á aquellos clérigos sospechosos, aquellos enemigos reconciliados: los admitió en su consejo, y entre otros á Vala, célebre abad de Corbia; pero de aquí le provinieron todos sus infortunios.

Hermengarda su muger, le dejó al morir tres hijos en edad perfecta; y Luis, sin saberse por qué, y sin prever que podria casarse y tener hijos que con el tiempo pidiesen su parte, repartió sus estados, dando á Pipino la Aquitania, á Luis la Baviera, y asociando al imperio al primogénito Lotario. Llegó el caso que debió haber previsto: se casó con Judit, princesa alemana, muy hermosa y tan galante como él era devoto. Esta tuvo un hijo llamado Cárlos, que dió grande inquietud á los tres del anterior matrimonio, y no sin razon, porque Judit procuró que á su hijo se le señalase parte en los bienes de su padre. Los que habian tocado á Pipino y á Luis eran pocos para quitarles porcion alguna; y así puso la mira en los de Lotario, y á fuerza de instancias le hizo consentir en un desmembramiento que daba al jóven Cárlos, en el corazon de la Francia, una estension considerable, redondeandose desde el rio Loire has-

ta el Mosa. Todavía le quedaba á Lotario buena parte cuando sucediese á su padre , á saber , casi toda la Alemania , comprendida tambien la Italia y la Lorena. Para asegurarse mejor de sus estados tuvo la precaucion de no atenerse á solo el nombramiento de emperador , y en vida de su padre se hizo consagrar en Roma.

Las intrigas de Judit introdujeron el desorden en la corte de Luis. Habia llamado como ministro á Bernardo , conde de Barcelona , y como era hermoso , jóven y bien formado , suponian que ocupaba otra plaza. Lotario , noticioso de estas murmuraciones , se creyó con derecho de arreglar la casa de su padre , y así se presentó con un ejército. Le acompañaban sus hermanos con la esperanza de conseguir una nueva distribucion , que con perjuicio de Cárlos , el hermano menor , fuese mas ventajosa para ellos. No se halló el emperador en estado de hacer gran resistencia , y se abandonó á sus hijos. Se retiraron los hermanos menores , y dejaron á Lotario , que era el mayor , el cuidado de dar complemento á sus proyectos.

Ver á Luis el *Débil* sometido á pública penitencia en Attigni , daba esperanzas de que sin repugnancia haria dimision , pues solamente su muger era la que podia empeñarle en mantenerse firme. Tuvo Lotario la fortuna de que esta cayese en sus manos con su hijo ; y así la declaró que no podia evitar la muerte sino tomando el velo , y consiguiendo de su esposo que cortandose el cabello se retirase á un convento' por el resto de sus dias ; y con estas condiciones la puso en libertad. No se cree que cumplió exactamente con su comision para con su esposo ; pero efectuó la mi-

tad tomando el velo ; y creyó Lotario que todo lo demas por si mismo se arreglaria. Convocó pues una gran junta en Compiègne , en la cual se presentó Luis , su padre , muy consternado , confesó las faltas en que habia incurrido , protestó la rectitud de sus intenciones ; pero cuando esperaban que concluiria tan humilde confesion con la renuncia del trono , dijo , con gran sorpresa de Lotario , que en adelante gobernaria con mas circunspeccion y prudencia ; y la asamblea , con mayor sorpresa del hijo , suplicó al padre , que habia hablado de pie á un lado del trono , que volviese á ocuparle. El hijo no tuvo mas recurso que el de reconciliarse , lo que con respecto á Luis el *Débil* no fue difícil ; pero Lotario , menos sincero , se valió de la reconciliacion para una nueva ofensa. Encerró á su padre en un monasterio ; pero un monge , llamado Gonbaldo , le proporcionó medio de ponerse en salvo , y juntó á favor del emperador un poderoso partido de señores , que celebrando dieta en Nimega , le rehabilitaron. Entró de nuevo en la posesion de sus estados del centro , y llamó á su muger , bien que no la admitió hasta haberla hecho jurar que estaba inocente de los delitos que la imputaban , y haberse conseguido la dispensacion por haber tomado el velo.

No dejó Judit de llamar á su ministro Bernardo ; y aquí fueron los nuevos clamores y nuevos alborotos. Pipino de Aquitania dejó malcontento la corte de su padre , adonde habia ido á pasar algun tiempo : se armó con el tan usado pretesto de querer reformar los abusos : el emperador le declaró rebelde , y dió sus estados al hijo de Judit. Con este castigo temieron los otros dos , Lotario y Luis

de Baviera , que su madrastra , la cual mandaba á su anciano esposo , los despojase al uno despues del otro ; por lo que se unieron entre sí , y dieron con todas sus fuerzas sobre el emperador. Sobornaron á las tropas de este , y en una junta , celebrada con precipitacion , depusieron á su padre , enviaron al príncipe Cárlos á un convento , y á la emperatriz á otro. Se retiraron Pipino y Luis de Baviera , dejando todo lo demas á su hermano Lotario , como mas interesado que ellos en quitar á su padre hasta el título de emperador. Convocó Lotario una solemne junta en una iglesia de Compiègne , en la que su padre se presentó como delincuente. Le leyeron una memoria que contenia varios capítulos de acusacion ; y sin oírle las respuestas , le despojaron de los ornamentos imperiales con todas las ceremonias de humillacion que se usaban en las degradaciones : le vistieron con hábito de penitencia : arrojó con su propia mano la espada al pie del altar en señal de renuncia : le encerró su hijo en la abadía de san Medardo de Soisons , rodeandole de monges , encargados de darle por modo de conversacion , ideas que le quitasen toda esperanza para que así tomase el partido de abrazar la vida monástica , diciendole , que la emperatriz se habia hecho religiosa , y despues que ya habia muerto ; y últimamente , que habian cortado el cabello á su hijo Cárlos , y le habian precisado á hacerse monge.

Pero entre aquellos religiosos no faltó alguno que le consolase en secreto ; y que desengañandole contra mentiras tan tristes , le inspirase valor para no dejarse sorprender. La paciencia , resignacion y humildad del recluso causaron compasion á los buenos monges del monasterio , y esta se comunicó á

Los grandes, los cuales, mortificados de haber concurrido con su inacción y silencio á tan grande injusticia, se coligaron y levantaron un ejército. Acudió Lotario desde Italia; mas viendo que no tenia las mayores fuerzas, y temiendo que se le adelantasen sus hermanos, fue en persona á sacar á su padre de Spions: le llevó á san Dionisio, y allí le dejó libre con su hijo Cárlos. Se le juntó de nuevo Judit; le absolvió una junta de obispos, restituyendole públicamente la espada y la corona; y por no parecerles esto suficiente, en otra junta mas considerable celebrada en Tionville, se declaró por nulo todo lo obrado en Compiègne.

Lotario le pidió perdon y le consiguió. Judit, aprovechandose de aquel instante de calma, y de la especie de prosperidad en que se hallaba su esposo, consiguió una nueva reparticion de sus estados: dió pues el monarca á Lotario la Italia, con título de emperador, á Pipino la Aquitania, á Luis la Germania y la Sajonia, á Cárlos la Francia, propiamente así llamada, con la Borgoña. Ya se advierte que este último no fue tratado mal; pero todavía le sobrevino al padre otro disgusto. Pipino, mal contento de estas disposiciones, se sublevó, y murió en su rebelion. El soberano quitó en castigo la Aquitania á los dos hijos de Pipino, y la añadió á las posesiones de Cárlos. Luis de Baviera, en lugar de abrazar el partido de sus sobrinos contra un abuelo demasiado condescendente con su muger, pensó en apropiarse sus despojos, y cercenó de la Aquitania lo que pudo para aumentar lo de Baviera. Lo sufría el emperador, y su paciencia dió tantos alientos á Luis, que amenazaba en persona á los estados de su padre. Ya estaba en las

riberas del Rhin: se puso el emperador á la cabeza de sus tropas, y salió al encuentro á su hijo sublevado.

Sentia aquel piadoso monarca ponerse en campaña en cuaresma, tiempo que ordinariamente consagraba al ayuno, á la oracion y al retiro: no obstante se determinó; y aunque su salud estaba quebrantada, dejó su corte en Aix-la-Chapelle, y se adelantó para pasar el Rhin; pero aumentandose su enfermedad se detuvo en una isla, en donde vió sin temor que se acercaba la muerte: hizo un testamento, en que destinó para los pobres y para las iglesias parte de las joyas, y separó algunas para Lotario y para Cárlos. Observó un obispo que se olvidaba de Luis el de Baviera, y que tal vez podia provenir esta omision de algun resentimiento contra él, debiendo perdonarle como cristiano. Respondió el moribundo: "Yo le perdono de todo corazon; pero advertidle que él debe pensar en pedir á Dios perdon, y en acordarse de que ha hecho que mis canas bajen con dolor al sepulcro." ¡Tierna reflexion, y digna de que la sepan los padres y los hijos!

Luis el *Débil*, muy digno de este nombre, si por debilidad entendemos la costumbre de dejarse gobernar, murió á los sesenta y dos años. Debiera haber reservado para sus hijos parte de la rigidez con que trató á su sobrino Bernardo: debiera haber castigado la culpa de Pipino de Aquitania con el despojo de sus hijos, el mayor de los cuales se llamaba Pipino como su padre. En Luis el *Débil* se hallaban todas las virtudes sociales: se dice que era muy aplicado á la astronomía; y á vista de las desgracias que le sucedieron sobre la tierra, se





Batalla de Fontenai.

Afectando Lotario que tomaba á su cargo el desagravio de sus sobrinos, rompió con sus hermanos; y en los campos de Fontenai se dieron una de las mas memorables batallas. Perekieron en ella 1000 hombres; y despues se concordaron los principes como pudieran haberlo hecho desde luego. ¿Pues para qué pelearon? Parece que solo para asegurarse de que sabian sacrificar inutilmente 1000 buenos vasallos.

le pudiera comparar con aquel astrónomo que cayó en un pozo por ir mirando y considerando el cielo.

Imaginando Lotario que los títulos de primogénito y de emperador le daban algún derecho sobre sus dos hermanos Luis el de Baviera y Cárlos, afectó una superioridad que llegó á desagradarles. Dió á su gravedad el colorido de que debía proteger á sus sobrinos , hijos de Pipino , rey de Aquitania. Los dos hermanos por una parte, y el tio y los sobrinos por otra , se dieron en los campos de Fontenai una batalla de las mas memorables que se cuentan en la historia : perecieron en ella cien mil hombres ; y despues de tanta sangre derramada , se compusieron entre sí los hermanos , como pudieran haberlo hecho antes : porque Lotario conservó la Italia con el título de emperador ; Luis la Germania , por lo que le llamaron Germánico ; y Cárlos los estados del centro , como antes los tenia con la Neustria. Abandonó Lotario los intereses de sus sobrinos , habiendo servido estos de pretesto para la guerra. Emprendieron ellos la defensa de Aquitania , su patrimonio ; y Cárlos , haciendolos prisioneros , los encerró en un monasterio , y se apoderó de su reino.

Acompañó la fortuna á este príncipe en todas las empresas contra su familia : se aprovechó de la discordia de sus sobrinos para tomar de sus estados cuanto le acomodaba ; y de este modo llegó á ser el mas poderoso de los descendientes de Carlo Magno , y á tomar como él el título de emperador. Durante su reinado entraron los normandos en Francia en mayor número , y con mas frecuencia que nunca. A sus inundaciones opuso diques de plata ; porque la primera vez les dió el peso de siete mil libras , y cinco mil la segunda ; pero esto no era rechazarlos.

Años
de J. C.
840.

sino empeñarlos á que volviesen á ver si habia quedado mas cantidad de tan precioso lastre para sus navíos, y así no dejaron de acudir en su tiempo y en los de sus sucesores.

Vivia entonces Roberto el *Fuerte*, señor distinguido, que tenia suficientes estados para hacerse temible: por una mala política se los aumentó Carlos en el centro de sus dominios; y para separarle de los intereses de Salomon, duque de Bretaña, le dió el ducado de Francia, ó como otros lo entienden, el gobierno, sino fue la soberanía del pais, que está entre el Sena y el Loire. No preveia que semejante generosidad habia de ser algun dia perjudicial á su familia.

Carlos el *Calvo* murió á los cincuenta y cuatro años: celebró frecuentemente concilios, ó por mejor decir asambleas mistas, en las que se hacian reglamentos útiles, conocidos tambien con el nombre de capitulares. El uso de trasladar á los obispos de una catedral á otra le hizo mas dueño de ellos que á sus predecesores, porque de él dependia pasar de un obispado á otro mas opulento ó distinguido. No sé si sería falta de política ó vicio del tiempo, el que fue causa de que sus hijos no fuesen mas obedientes que lo habían sido para Luis el *Débil* sus hermanos. Carlos, el hijo menor, al cual habia hecho rey de Aquitania, no obstante que murió jóven, vivió lo suficiente para manifestar su desobediencia. Otro, llamado Carloman, puso á su padre con sus frecuentes rebeldías en la precision de encarcelarle y privarle de la vista. Judit, su hija, no observó la mejor conducta para su reputacion, pues habiendo enviudado de un rey de Inglaterra, se casó con el hijo mayor de su marido con escándalo de

tódo el mundo cristiano ; y habiendole enterrado, volvió á Francia todavía jóven, siempre galante, y se dejó robar de Balduino, conde de Flandes, consintiendolo Luis su hermano mayor. Se vió Cárlos precisado á perdonar estos desaciertos, y aun á sufrirlos en Riquilda, su segunda muger ; y tal vez estas intrigas fueron las que le apresuraron la muerte. Se dice que le dió veneno un médico judío llamado Sedecias ; y no solamente se dice, sino que se afirma ; como si á un médico, por ignorante que sea, fuera fácil probarle que él es el que dió el veneno. Sedecias ni fue castigado ni aun buscado.

Al Calvo sucedió el *Tartamudo* su hijo, llama-
do Luis. Parece inútil dar el motivo de estos sobrenombres. El nuevo rey, con el fin de asegurar su tranquilidad, dió con profusion gobiernos, obispados, abadías, y otros empleos útiles y honoríficos, á todos los grandes que al principio se le presentaron. Los que llegaron despues murmuraban, y no de la prodigalidad, sino porque no eran partícipes ; y así enojados, se negaron á reconocerle. Pero reflexionandolo mejor se sujetaron con la condicion de que les distribuyese lo restante. Esto es cuanto se puede decir de un reinado de tres años.

De Luis III y de Carloman, sus dos hijos, el primero murió de enfermedad, y el segundo de accidente. Este dejó á su muger en cinta, Cárlos el Gordo, primo hermano de los dos, ya rey de Alemania, y reconocido emperador, fue admitido por los señores franceses, segun unos, como rey, segun otros, como tutor del póstumo Cárlos, que nació de la viuda de Carloman. De cualquiera suerte, Cárlos el Gordo se mostró muy inferior á lo que de él se esperaba: pues era visionario, melancólico,

Años
de J. C.
877.

884.

valetudinario, devoto, dado á las mugeres, débil de cabeza, sin valor ni resolucion. Durante su gobierno sitiaron los normandos á París, y los retiró á fuerza de dinero. Tuvo que dejar la Francia por el desprecio que hacian de él sin disimulo. Volviendo á Alemania cayó enfermo, y lo que jamas se ha visto, le abandonaron de modo que le faltó lo necesario. Todos sus criados le dejaron, siendo su muger, que suponía permanecer vírgen, la primera que dió el ejemplo de desampararle. Si el arzobispo de Maguncia no hubiera sabido casualmente su enfermedad, hubiera muerto de hambre. Arnaldo, rey de Baviera, señaló á este emperador la renta de tres ó cuatro pueblos para que pudiese vivir.

Hasta que el hijo póstumo de Carloman llegó á competente edad, dieron los señores la corona á Eudeo, hijo de Roberto el *Fuerte*, que se había distinguido en el sitio de París; y ya colocado en el trono, no le quiso ceder al póstumo Cárlos III el *Simple*; pero este le ocupó por muerte de Eudo, y cedió á los normandos la Neustria, llamada por esto Normandía. Cárlos el Simple tuvo un hijo, que fue Luis IV, llamado de Ultramar, porque su madre se salvó con él en Inglaterra, por evitar la triste suerte que acababa de experimentar su marido. Cárlos el Simple, que no carecía absolutamente de energía, había sostenido valerosamente su corona contra Roberto, que quiso quitarsela muerto su hermano Eudo. Cárlos le venció, y después por un terror pánico le abandonó sus estados, y se puso en manos de Heberto, conde del Vermandes, el cual le tuvo en la cárcel hasta que murió.

Entre tanto, Hugo el Grande, de la familia de Eudo, tuvo las riendas del gobierno, y para ganar

Años
de J. C.
888.

898.

á los señores les dió muchos dominios con la carga de homenaje y reconocimiento. Desde esta época empieza la creacion de los feudos en Francia. Hugo el grande, ó por no dignarse, ó por no atreverse á hacerse rey, dejó á Roul su pariente tomar el cetro. Volvió Luis de Inglaterra á disputar á este la corona, y Hugo el Grande sostuvo el fantasma de rey que habia creado, porque él se titulaba duque de Francia y de Borgoña, conde de París y Orleans, en lo cual se ve cuan reducido era el reino que Luis pedia á Raul, y en el cual entró, á pesar de los esfuerzos de Hugo el Grande, dejando despues á Lotario su hijo, y este á Luis V, llamado el *Ocioso*, que no reinó más que un año. Murió envenenado por su muger, y lo mismo dicen que sucederia á su padre. En estos acabó la familia de los Carlovingios, que duró 237 años.

Todo estaba dispuesto para cuando murió Luis V, en tales términos, que Hugo Capeto, hijo de Hugo el grande, y biznieto de Roberto el Fuerte, no tuvo que hacer mas que presentarse para ser proclamado. La feliz concurrencia de las circunstancias que le colocaron en el trono, no fue todavía suficiente para que se dijese que habia tenido parte en la muerte precipitada de su antecesor. Vivía entonces un hijo de Luis el de Ultramar, llamado Cárlos, duque de Lorena, á quien pertenecia la corona: la reclamó, y sostuvo su derecho; pero sus fuerzas no eran iguales á las de Hugo Capeto, el cual, antes de ser rey, ya era duque de Francia, conde de Orleans y de París, y cuñado de los duques de Borgoña y de Normandía. Cárlos fue hecho prisionero, y murió siendolo. Dicen que un hijo suyo le sucedió en Lorena; pero la opi-

Años
de J. C.
924.
936.

954.
985.

nion mas recibida es que no dejó posteridad.

Años
de J. C.
987.

Gobernó Hugo Capeto con mucha prudencia rodeado de grandes señores, envidiosos los unos de los otros, y él los dejaba pelear sin mezclarse en sus querellas. De este modo se debilitaban, y la autoridad real iba tomando á proporcion nuevas fuerzas. Determinó este monarca hacerse consagrar, y tomó la misma precaucion para con Roberto su hijo. No reinó Hugo Capeto mas que nueve años, y dejó el reino tan pacífico como si su familia le hubiera gobernado largo tiempo. Por genio era político, y valiente en la ocasion. Se cree que le llamaron Capeto porque tenia muy gorda la cabeza, y sus descendientes se quedaron con este sobrenombre.

996.

Roberto su hijo nos ofrece en el trono un fenómeno singular, porque en las leyendas le vemos tratar como á santo, y al mismo tiempo vemos que le escomulgaron, y en términos que los preladados, señores y toda su corte huian de él como de un apestado, porque no quería despedir á Berta, viuda, con quien se habia casado, habiendo sido padrino de un hijo suyo en el bautismo, impedimento que por falta de dispensacion hacia nulo el matrimonio. No era Berta jóven ni hermosa; pero por su buen carácter convenia á Roberto, que en su casa era piadoso y amante de la paz. La excomunion le proporcionó para muger á Constanza, que era hermosísima, pero soberbia, caprichosa, y tan altiva, que el desgraciado marido no tuvo con ella un momento de sosiego.

Ella quiso gobernar, y gobernó por mas esfuerzos que hizo Roberto para que no le dominase. Como su padre, Hugo Capeto, hizo consagrar

y reconocer por rey á un hijo suyo , viviendo él, precaucion que parece era un secreto de familia, que los Capetos heredaron unos de otros. La impetuosa Constanza se alegró mucho de que su esposo admitiese en la autoridad un rival , á quien ella pudiese manejar , si Roberto resistia á su voluntad. Empezó pues á doctrinar á su hijo , escitandole á que atrajese á sí el poder de que pensaba aprovecharse : mas no hallando en el jóven la docilidad que esperaba , le atormentó , le maltrató , le precisó á dejar la corte , y aun á tomar las armas. El padre , en lugar de valerse de la fuerza contra su hijo , sabiendo la causa de su rebeldía , le buscó , le redujo , y le trató tan bien , que le convirtió en un amigo que le ayudase en el gobierno.

Murió por desgracia este hijo , y empezaron las nuevas pretensiones de la madre. Quería que no le sucediese Henrique , sino Roberto , que era el menor , porque esperaba acomodarle mas fácilmente á sus ideas ; pero el padre se mantuvo firme , é hizo coronar á Henrique. Trabajó Constanza lo posible por suscitar á Roberto contra su hermano , pero no consiguió desunirlos. Viendo frustrada esta esperanza concibió un odio mortal contra los dos ; y á fuerza de malos tratamientos , los obligó á dejar la corte. Volvió el padre á buscarlos , los redujo , y todo lo puso en paz , en cuanto era posible con muger semejante. Sin duda se santificó el buen Roberto en el ejercicio de la paciencia ; y en esta virtud se le puede poner por modelo á muchos maridos. Era muy exacto en el oficio de la Iglesia , y todavía se cantan en ella himnos de su composicion. Asistió con la reina Constanza al suplicio de los hereges maniqueos , cuando los quemaron vivo

en Orleans. No quiso recibir la corona imperial, ni el reino de Italia: murió á los sesenta años con sentimiento universal; y los que asistian á su funeral decian llorando: "Hemos perdido nuestro padre que nos gobernaba en paz, y bajo de su mando estaban seguros nuestros bienes." Lo que decian los asistentes lo repetia toda la nacion desde lejos, porque jamas ha habido príncipe mas alabado, ni que lo fuese mas universalmente.

Años
de J. C.
1031.

No habia agotado Constanza toda su malicia con su marido: alguna le quedaba para su hijo Henrique I. Como no esperaba que este la dejase gobernar, suscitó contra él á Roberto su hermano, y tuvo el gusto de ver como los dos buscaban alianzas para pelear entre sí; pero tambien tuvo el despecho de ver que se reconciliaron. Para conseguirlo cedió Henrique á su hermano el ducado de Borgoña. Tambien fue comprendida la reina madre en aquella composicion; y no teniendo ya esta muger que enredar, murió.

Imitó Henrique á su padre y abuelo en la política de dejar que los señores se arruinasen con guerras, y así se mezcló poco en las quejas de unos con otros. No obstante, viendose mas fuerte que Hugo Capeto y Roberto, se atrevió á castigar á algunos indóciles, empezando por los mas débiles. De su tiempo es el primer egemplar que se halla del castigo del crimen de felonía con la confiscacion de las tierras del vasallo, y su reunion á la corona. Tambien dicen que traen origen de su tiempo las largas guerras que se han verificado entre los reyes de Francia y los duques de Normandía, de donde se han seguido casi siempre despues con Inglaterra.

En la que Constanza suscitó á su hijo Henrique, imploró este el auxilio de Roberto el Diablo, duque de Normandía, llamado así en Francia por los estragos que hizo en ella. Creyó, segun la opinion de aquel tiempo, espiar sus crueldades con una peregrinacion á Tierra Santa, y cuando partió encomendó al rey de Francia, á quien habia hecho servicios, su hijo Guillelmo; pero Henrique, en lugar de sostener al hijo de su amigo contra las empresas de los señores normandos, dicen que fomentó á los malcontentos, y suscitó al jóven Guillelmo grandes dificultades, de lo cual provino entre los dos príncipes el odio, en que despues se interesaron las naciones. Procuró Henrique dejar consagrado rey á su hijo, aunque de poca edad, y murió á los cincuenta años por haber tomado sin precaucion una medicina. A este se debe *la tregua del Señor*, ó la ley que prohibia los desafios desde el jueves hasta el domingo, por respeto á los misterios que en estos dias obró Jesucristo. Esto es todo lo que por entonces pudieron hacer reunidas la autoridad civil y eclesiástica contra la manía de los duelos, tanto jurídicos como voluntarios.

Felipe I no pasaba de ocho años, y así le puso su padre bajo la tutela de Balduino, su cuñado, y conde de Flandes, que le crió con mucho cuidado. A lo que parece no faltaba á Felipe entendimiento; pero mal arreglado, y era de poca delicadez en la probidad, porque toda su vida se valió de astucias, alabándose con grande satisfaccion de su habilidad en ellas cuando le salian bien; y por el contrario se confundia, y caia de ánimo cuando le salian mal. Este caracter le hizo despreciable á sus vasallos, y odioso á los príncipes vecinos. Pudo costarle cara

Años
de J. C.
1060.

una insolente burla. Estaba perpetuamente en guerra ó en negociaciones de paz con Guillelmo, duque de Normandía, el que conquistó á Inglaterra; y cuando le ponía en alguna dificultad, principalmente dando auxilio con fraude á los hijos rebeldes del normando, triunfaba el frances gloriándose de su astucia; pero al punto que Guillelmo, sabiendo sus maniobras, le amenazaba con la venganza, le aplacaba Filipo con sumisiones, aunque con ánimo de volver á darle que sentir.

Guillelmo, que era hombre muy grueso, se hallaba en cierta ocasion en cama por una indisposicion, y tardaba en salir á campaña. Dijo Felipe á sus cortesanos por modo de chiste: "¡Cuándo parirá ese hombre preñado!" El duque, á quien contaron este dicho, dijo, aludiendo á la ceremonia de las mugeres, que cuando salian á misa llevan una vela á la iglesia: "Presto me levantaré del sobreparto, y será tanta la luminaria que presentaré al rey de Francia, que se arrepentirá mucho de su chiste." Esta luminaria no fue menos que el incendio de Nantes, ciudad que pagó la insulsa chanza de su rey: y fue fortuna, que el duque, que tenia un buen ejército, sobreviviese poco á su cruel venganza. Con su muerte se abrió el camino á las intrigas del genio cauteloso de Felipe. Tuvo el gusto de enredar unos contra otros á los príncipes normandos, sembrando entre los hermanos la cizaña. Estas desavenencias le proporcionaban, bien manejadas, el medio de que le concediesen algunas plazas al reconciliarlos; pero muchas veces, despues de hacer la paz, le quitaban á él mas en castigo de sus intrigas, cuando las descubrian.

Por los hechos siguientes se conocerá mejor lo poco escrupuloso que era Felipe I. Habia mucho tiempo que estaba casado con Berta, y tenia de ella muchos hijos ya grandes. Se cansó de la reina y se separó con pretesto del parentesco: le propusieron la hija del conde Rugero, que era muy rico: lisonjeado este del honor de colocar á su hija en el trono de Francia, la envió á su futuro esposo con un tren magnífico, y gran suma de dinero: se apoderó Felipe de las alhajas y del dinero, y volvió á enviar la condesa á su padre. Historiadores hay que aseguran, que solamente la llamó por lograr sus despojos. Despues de esta accion, que en estilo familiar pudiera llamarse una estafa, no nos admiraremos de verle en otra accion de hombre sin honra: bien que si entonces habia gentes que pensasen, como los que ahora llamamos hombres de mundo, les pareceria admirable el hecho que reprehendemos como contrario á la probidad, porque fue una sorpresa hecha á un marido desagradable.

El conde de Monfort tenia una hija llamada Bertrada, que pasaba por la persona mas hermosa de la Francia; y por esta reputacion, Foulques, conde de Anjou, que por su mal humor fue llamado el *Requin*, la pidió por esposa, y la consiguió. Bertrada se habia prestado á esta alianza con la mayor repugnancia, y solo por atencion á su familia. Ademas su esposo no supo despues agradarla. Con la noticia de que Felipe se habia separado de Berta, sedujo á Bertrada el atractivo de una corona: tomó secretamente sus disposiciones con el rey de Francia: pasó este á visitar al conde de Anjou en política amistad: fue bien recibido por el conde; y el rey, en reconocimiento, le qui-

tó la muger. Aquí habia dos dificultades que vencer para vivir tranquilo con ella : era preciso que la Iglesia aprobase su divorcio de Berta y el de Bertrada y el conde de Anjou. Aunque duraron largo tiempo las negociaciones, vivian los dos amantes como esposos, pero escomulgados. La muerte de Berta quitó luego una de las dificultades. Llegó el caso de reducir al conde de Anjou, y este cedió, y aun volvió á ver al infiel amigo sin acreditar mucho su mal humor.

Entonces ya pudo el monarca pasar ocioso el resto de sus días á los pies de su Onfala ; y no por eso se crea que fue un Hércules, antes bien tan lejos estaba de manifestar que era propio para los trabajos que hicieron ilustre al héroe fabuloso, que abandonó todos los cuidados del gobierno en manos de su hijo, conocido despues con el nombre de Luis el Gordo. Todavía pudiéramos sacar de la vida de Hércules otro paralelo, diciendo que Luis el Gordo, fue como aquel el blanco del odio de su madrastra. Bertrada, imperiosa y zelosa como Juno, persiguió á su hijastro, y aun quiso quitarle la vida con veneno para que cayese la corona en sus propios hijos; pero por no haber sido suficiente la dosis, le sanó un médico hábil, que le administró en tiempo el contraveneno. Perdonó Luis á su madrastra, y esta vivió con él con tan buena correspondencia, que se creyó haber sido verdadero el arrepentimiento que mostró. Desde entonces se mezcló muy poco Felipe en los negocios de su propio reino, y menos en los de sus vecinos. Murió á los cincuenta años, esclavo sumiso de Bertrada.

Años
de J. C.
1103.

A Luis VI, el Gordo, le habia asociado su padre al trono, consagrándole; pero Luis se hizo

coronar segunda vez, y se aplicó, como cuando era heredero de la corona, á hacer que reconociesen los derechos de su cetro los señores que le rodeaban, entre los cuales se cuentan los condes de Corbelle, de Nantes, de Couci, de Monfort y otros, cuyos feudos, ó estaban situados en la estension del dominio real, ó la atravesaban. Este dominio se reducía entonces á París, Estampes, Orleans, Compiègne, Melun, Burges, y algunas ciudades de poca consideracion en estos territorios. Contemplando lo estrecho de estos límites causa admiracion ver que iba Luis el Gordo á la cabeza de doscientos mil hombres contra el emperador Henrique V, el cual traía contra la Francia todas las fuerzas de Alemania, y sin duda en las ocasiones importantes se reunían al rey de Francia los principales vasallos, como los duques de Borgoña y de Aquitania, los condes de Champaña y de Flandes y otros semejantes. Entonces podría decirse verdaderamente que un rey de Francia era un gran monarca. Los duques de Normandia no eran ya del número de sus defensores, ni conservadores de la integridad del reino; porque como llegaron á ser reyes de Inglaterra, solo pensaban en estrechar al de Francia estendiéndose por el continente. Les oponía Luis poderosos obstáculos: tenía por ministros cuatro hermanos llamados los Garlandas, pero ningun favorito; porque "un rey, decía él, no debe tener otro que su pueblo:" en solo este dicho se contiene su elogio; de modo que es inutil decir que fue un monarca excelente. Vivió Luis el Gordo sesenta años.

Se habia criado en la abadía de san Dionisio, y en ella hizo educar á su hijo Luis VII, llamado

el *Jóven*, para diferenciarle de su padre. Eran aquellos grandes monasterios las escuelas de la noble juventud; y se hallaban en ellos hombres de eminente mérito, que eran la honra de su siglo. Un Súgero, abad de san Dionisio, profundo político, ministro prudente, consejero de los reyes y amigo suyo: un san Bernardo, abad de Claraval, ingenio brillante, dotado de una elocuencia dulce y llena de calor, que como el Hércules Gáula tenía los oídos de sus oyentes pendientes de su lengua con cadenas de oro. Entonces vivía aquel Abaylaro, castigado por sus amores y sus escritos; y que extraviado por la metafísica, y por el laberinto de una dialéctica abstracta cayó en la herejía, y hubo de sufrir la humillación de retractarse públicamente.

Años
de J. C.
1146

San Bernardo predicó la Cruzada, y la persuadió. No llevan fundamento los que desacreditan la buena fe de aquellos reyes, diciendo, que animaban tales peregrinaciones para debilitar á los vasallos con los gastos que tenían que hacer, y establecer de este modo la autoridad real sobre su ruina; porque en esta primera Cruzada no se halla razón política; pero sí el entusiasmo con que toda la corte y todo el reino tomó la cruz, como por una repentina inspiración. La misma reina se cruzó con las principales damas de la corte. El dote que Leonora había llevado á Luis, fue el ducado de Guyena, con el condado de Poitou. Partió á la Tierra Santa, tal vez más por curiosidad y diversion que por zelo; y llegando á Antioquia, halló Eleonora en el soberano de esta ciudad un cristiano que le agradó, y en el jóven Saladino, sultán de Egipto, un mahometano que la intercesó. Su



S. Bernardo predica la cruzada.

Predica una cruzada un S. Bernardo, cuya sublime virtud y sabiduria estan fuera de duda; y una porcion de orgullosos políticos las desaprueba todas. Estos las juzgan solo por sus efectos; aquel la persuadia conforme al digno objeto de su zelo. No correspondieron á este; pero ¿empresa tan digna de los christianos podrá desmerecer por los vicios, abusos y errores de los que intervinieron?

marido , que no gustaba de tanta afabilidad , la sacó de Antioquía para que cumpliese en Jerusalem con sus devociones , y volviendo á Francia la repudió ; pero la restituyó las hermosas provincias que habia llevado en dote. Seis semanas despues se las dió con su mano á Henrique , conde de Anjou , duque de Normandía , y heredero del reino de Inglaterra. Cuando subió á este trono se halló aquel príncipe en posesion de los ducados de Normandía y de Guyena , de los condados de Anjou , Poitou , Turena y Mayne , y tan poderoso en Francia como el mismo rey. Luis VII pasa por un rey piadoso y casto ; y á la verdad , si hubiera sido menos escrupuloso , hubiera hallado modo de deshacerse de su muger , sin dejar salir de sus manos un dote tan considerable. Murió á los sesenta años.

Tuvo de su tercera muger á Felipe II , por sobrenombre *Augusto* , que le sucedió. La historia de este príncipe , como conquistador , pudiera ser larga ; pero ya he dicho que todas estas historias de guerras se parecen unas á otras , y se reducen á destruccion y desolaciones , á paces y treguas para tomar aliento , y volver á empezar la miseria de los pueblos. No obstante , pueden tener excusa las guerras de este monarca por no haber tenido otro fin que sujetar á su corona las porciones que la habian quitado , y así volvió á reunir la Normandía , que trescientos años antes se habia separado ; Anjou , Mayne , Turena , Poitou , la Obernía , el Vermandes , el Artois , y muchas ciudades intermedias.

Aunque fue príncipe prudente , se dejó llevar del genio de aquel siglo , y así hizo el viage á Tierra Santa ; pero no estuvo allá mas que el tiempo

Años
de J. C.
1180.

1180.

preciso para que viesen que habia cumplido su promesa. Tuvo, como su padre, el capricho de divorciarse de su muger Ingerberga, y estuvo por tres ó quatro años escomulgado; pero viendo que se tomaba en su reino con seriedad este punto, y que ya los pueblos empezaban á murmurar de verle tranquilo entre los rayos de la Iglesia; pidió que se juzgase su divorcio en una junta de obispos. Mientras estos se dividian en opiniones, bien fuese por temor de no agradarle, bien fuese por remordimientos de la conciencia del príncipe por no haber tratado bien á una esposa devota y paciente, que se habia merecido la estimacion general, envió Felipe á decir á los obispos, que ya él habia resuelto sobre el punto; y llevándose á Ingerberga á su palacio, siempre vivió bien con ella.

A este príncipe pudo llamársele el padre de las ciudades; porque las dió privilegios, leyes de policía, y en cuanto permitian las artes, que entonces estaban en su infancia, las adornó. Coronó sus hazañas militares con la victoria de Bovines, en la cual derrotó con peligro de su vida al emperador Oton, que tenia fuerzas superiores. En los años que se siguieron á este triunfo, siempre se exercitó Felipe en las virtudes pacíficas y útiles á sus pueblos, los cuales le temian, amaban y respetaban. Despues de su muerte, que fue á los sesenta años de su edad, le dió la pública voz el sobrenombre de *Augusto*, cuando ya calla la lisonja.

Años
de J. C.
1223.

A Luis VIII, su hijo, le llamaron el Leon, para dar á entender su grande ardor en los combates. La prueba principal que dió fue contra los albigenses, hereges crueles y libertinos: no carecian de estos vicios los que combatian con ellos, á

escepcion de Luis, que fue un modelo de pureza en sus costumbres, y de exactitud en las obligaciones de la religion. Murió á los treinta y nueve años, dejando un hijo de doce bajo de la tutela de la insigne reina doña Blanca de Castilla, su madre.

La regencia de esta princesa hizo mucho honor á su espíritu: fue muger fuerte y política: dirigia los sucesos como superior á ellos: contuvo en su deber, y no sin trabajo, á los señores, los cuales creian que bajo del gobierno de una muger volverian facilmente á su antigua autoridad; pero reprimió á unos con la fuerza, y á otros los ganó con la mansedumbre. Aunque intentaron escitar sospechas de galantería cuando ya tenia cuarenta años, nada perlió su opinion; porque generalmente quanto reprendieron en su conducta no fue mas que una prueba de la ligereza y perversidad, que presiden en los juicios que se forman de los soberanos en sus propias cortes. La acompañaba mucho Tibaldo, conde de Champaña, que la queria; pero la reina Blanca le sufrió, porque seria peligroso chocar con él: ¿luego le amaba? Daba á entender que deferia á los consejos de un legado del papa, y le admitia frecuentemente: ¿luego le tenia pasion? Mas la reina dejaba hablar y obraba. No ha habido otra que tan indiferente se mostrase á las hablillas del público; pero los sucesos la justificaron mucho mas que cuantas medidas pudiera haber tomado para que cesasen. Pretendian desacreditar todas sus acciones con maligna calumnia. Educaba Blanca á su hijo con grande piedad, y en los preceptos de la mas exacta virtud; y solo por esto decian que pretendia mas bien criar un mon-

Años
de J. C.
1226.

DONATIVO

DE

FLORENTINO ZABOJA

ge que un monarca para continuar gobernando en su nombre. Cuando san Luis se casó era muy jóven; y temiendo que los excesos le debilitasen, templaba la reina el comercio de los dos esposos, y esto lo atribuian á que rezelaba la madre que la jóven reina llegase á tener demasiado imperio en el corazon de su esposo; pero las malas interpretaciones que se dieron á las prudentes precauciones de la madre, no consiguieron separar de ella á su hijo; porque le habia inspirado con la felicidad de su gobierno una estimacion y ternura que jamás flaquearon.

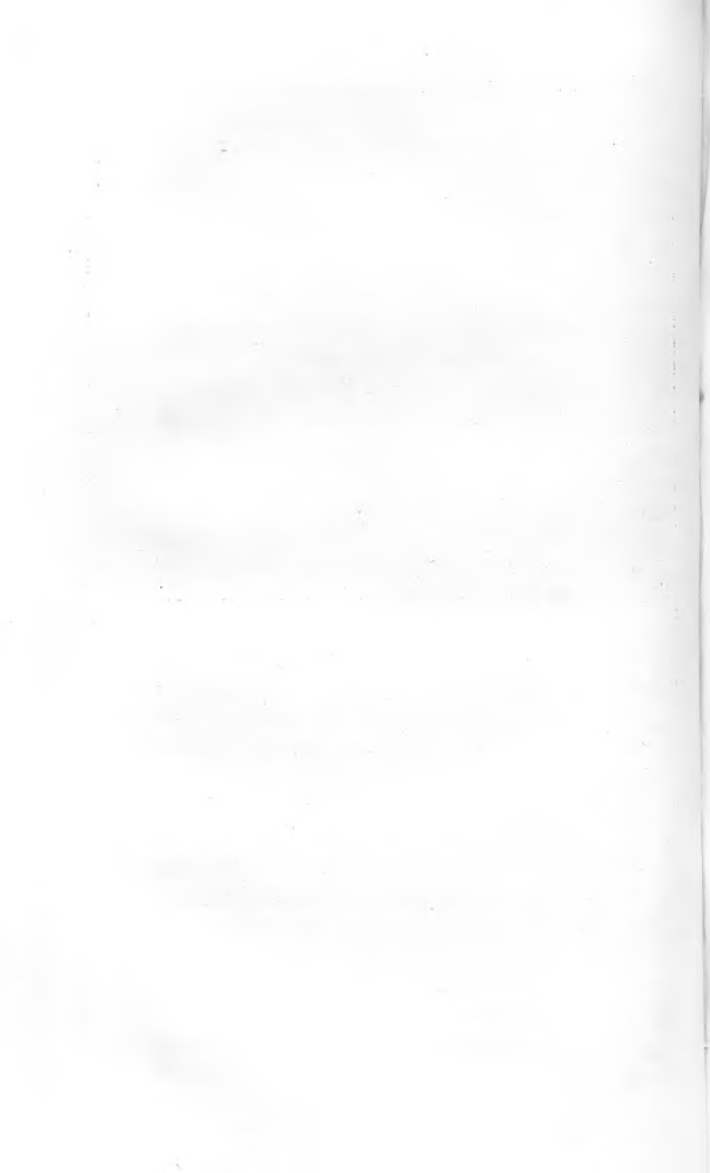
Esta educacion, que llamaban monacal, no dió al monarca debilidad ni exceso en la administracion del reino, porque era devoto sin ser supersticioso: respetaba la autoridad de los sumos pontífices; pero sabia distinguir entre el sacerdocio y el imperio. Trataba con atencion al clero, pero le tenia bien arreglado: no saqueaba los bienes de la Iglesia, pero sostenia con su socorro el estado. Todo el efecto del rigor con que le criaron en los principios religiosos, fue hacerle inflexible en los principios de la justicia: la hacia al estilo de los patriarcas debajo de una encina, cuya sombra abrigaba á los clientes á la puerta de su palacio. Aun en los pleitos en que se interesaba su patrimonio no habia que temer en tomarle por juez á él mismo. Los señores ingleses, en la causa mas importante en que se trataba de decidir entre ellos y su rey, tomaron por árbitro á san Luis, y pasaron por su decision.

Aun en las dos cruzadas se le debe escusar, porque sobre ser la manía de su siglo, procedió en ellas con todas las precauciones y preparativos



S. Luis administrando justicia.

De tal modo grabó la insigne Blanca los principios de justicia en el corazón de su hijo, que la debieron los franceses y les envidió el mundo en su Luis un modelo de Reyes justos. Imparcial hasta consigo mismo, solo á la razón atendía. Debaxo de una rústica encina excitaba respeto, confianza, temor y admiracion. No es el aparato, es la irresistible fuerza de la verdad lo que veneran todos.



para lograr buen éxito; y aunque se desgraciaron por la peste que sobrevino á los soldados, y él cayó en poder de los infieles, entre las mismas cadenas se mostró grande y constante, é hizo respetable su virtud. Murió de peste á los cincuenta y seis años en su expedicion contra Tunez.

Si pensare alguno que la devocion apocó su espíritu, lea los establecimientos de san Luis, y hallará en ellos todas las instituciones civiles que han hecho floreciente el reino. Sus instrucciones á Felipe su hijo son un modelo de lo que debe saber un príncipe. Fue guerrero infatigable, valiente sin alteracion, buen hijo, buen esposo, buen padre, monarca justo y compasivo. Con estas calidades sobraba el título de santo, si este no significara que Luis IX poseia todas las virtudes en cuanto pueden juntarse en la flaqueza humana.

Felipe III, su hijo, fue llamado el *Atrevido*; porque entre los sarracenos, estauo prisionero con su padre, tuvo valor para castigar á un soldado insolente que le faltaba al respeto. Siguió los pasos del autor de sus dias: y en la carrera militar logró muchos aciertos para contener á sus vasallos y á sus enemigos. Se le censura el favor que dió á Brosse, á quien desde el estado de barbero elevó á la dignidad de mayordomo mayor; pero tambien se censura en la reina el suplicio de este privado, á quien hizo ahorcar, y á lo que se cree, mas por venganza que por justicia. No estimaban á Brosse; pero ninguno aprobó que le castigasen por un delito, de que no hubo mas prueba que la revelacion de una falsa beata. En tiempo de este Felipe sucedió la horrible matanza, llamada *las visperas Sicilianas*; y sin embargo de llamársele el

Años
de J. C.
1240.

atrevido, no la vengó. No le disgustaba el dinero; pero fue muy detenido en la imposición de tributos, y muy moderado y justo en su cobranza. Murió á los cuarenta y un años de edad.

En su reinado cesaron las cruzadas, y empezó á perder algo de su esplendor *la caballería*, que tenia entonces tales ceremonias que parecia una institucion religiosa. Un caballero era entonces un noble, á quien desde la infancia le inspiraban dos obligaciones bien opuestas, á saber: el amor de Dios y el de las damas; y tenia que guardar la misma fidelidad á uno que á otro. Cuando llegaba á la edad de poder llevar el morrion y el escudo, y despues de haber pasado por los grados de *garzon*, *page*, *doncel*, nombres casi sinónimos, que indicaban el primer aprendizaje de las armas, se le admitia al grado de escudero, el cual le autorizaba ya para intentar hazañas que le mereciesen el grado de caballero.

Cuando le juzgaban digno de este título se juntaban los caballeros del territorio, y durante la noche que precedia á la ceremonia, el candidato, que habia estado ayunando todo el dia, oia con devocion el oficio, y esto se llamaba *velar las armas*. Le bañaban, y se confesaba para limpiarse de toda mancha, así interior como exterior. El caballero mas antiguo, ó el mas distinguido por su mérito, le daba el espaldarazo, esto es, un golpe con la espada en las espaldas, y le abrazaba, diciendo: *Yo te hago caballero*. La dama mas respetable le ceñia la espada: las mas jóvenes le calzaban las espuelas, y le ponian el talabarte, que regularmente habian ellas bordado por sus propias manos. Entonces podia el caballero salir á correr el

mundo, y desafiar con la lanza á cuantos encontraba de su orden, y pelear hasta matarlos, sino querian confesar que la dama del acometedor *era la mas hermosa de todas las hermosas*, aunque jamas la hubiesen visto. Todos los caballeros eran bien recibidos en los castillos, aun cuando no fuesen conocidos; y si llegaban con heridas cuidaban de ellos las damas y doncellas, las cuales se preciaban de saber remedios y recetas propias para semejantes circunstancias. A la compasion que causaba el herido sucedia muchas veces la ternura; pero siempre observaban la mas pura conducta, á pesar de la intimidad que causa el trato. Con ser las prácticas respetuosas de la caballería tan distintas de nuestras costumbres, no hay cosa mas conforme á la verdad que la noticia que nos conservan las antiguas novelas. Los torneos sostenian la institucion de la caballería, porque proporcionaban lides y destreza en ellas, y ponian á los grandes señores en la ocasion de desplegar su magnificencia.

La belleza del rostro, y lo agraciado de la persona, dieron á Felipe IV de Francia el título de Hermoso. Era cauteloso en sus tratados, y poco fiel en su palabra: esto le suscitó muchas guerras, y fue causa de la desavenencia entre él y Bonifacio VIII, la cual llegó á tales términos que no dejó de escandalizar: porque escribiendo el pontífice al monarca que solo un insensato dudaria del derecho con que le podia pedir cuenta de su conducta y corregirle, le respondió con el mayor desprecio. Con motivo de no estar conformes los cardenales en la eleccion del sucesor que habian de dar á Bonifacio VIII, y de haberla remitido á

Años
de J. C.
1285.

tres prelados, uno de los cuales era Beltran de Got, arzobispo de Bordeaux, se abocó el rey con él y le prometió los votos de los otros dos electores; pero con varias condiciones que esplicó, añadiendo otra que reservaba en su pecho, y que se cree haber sido la destruccion *de los templarios*. Poscian estos inmensas riquezas, y aun se rezela que este fue su principal delito. No puede negarse que con la libertad militar pudieron introducirse vicios entre estos caballeros, y aun abusos reprehensibles. Es muy posible que una juventud petulante imaginase en los accesos de su alegría algunas prácticas absurdas y ridiculas; pero no parece creible, que todo el cuerpo de los templarios, así viejos como jóvenes, las consagrasen como leyes, ni que á los pretendientes los recibiesen en su orden con ritos anticristianos y abominables.

No obstante, la mayor parte se vieron acusados de estos delitos, incluso el gran maestre y los principales oficiales, que eran personas de mucha gravedad. Los pusieron á cuestion de tormento: les prometieron la vida si confesaban: confesaron en efecto, y fueron quemados vivos hasta cincuenta de ellos. Confiscaron los bienes: el rey y el papa se llevaron lo mejor; y distribuyeron lo restante á los caballeros, que despues se han llamado de Malta. Al pie de la hoguera emplazaron los infelices á sus enemigos para que compareciesen en el tribunal de Dios, el papa á los dos meses, y el rey á los cuatro: y á esta época fija comparecieron los dos en el tribunal divino. Si las maldades atribuidas á los templarios no se probaron con evidencia, fue este Felipe IV un juez inicuo. Murió á los cuarenta y seis años deshonorado en su misma

familia ; porque las mugeres de sus tres hijos fueron acusadas de adulterio , y el castigo que sufrieron sus amantes supone que eran culpadas.

Luis X, llamado *Hutin* , que quiere decir el amotinado, debió ser muy tenaz en sus caprichos, de lo que puede darse esta prueba. Se amotinó contra su corte , y contra toda la nacion en el asunto de Enguerando de Mariñi. Era este un ministro encargado de la hacienda , que incurrió en el odio de Carlos de Valois , tio del rey , porque no queria prestarse á las dilapidaciones de este príncipe. Le acusaron pues de infidelidad en su ministerio; pero las faltas de que le convencieron , inevitables en aquel empleo , apenas merecian alguna reprehension. No obstante , por la autoridad que el tio tenia para con su sobrino , le condenaron á muerte, y por mas que todo el mundo suplicó por él , como que le tenia por inocente , se egecutó la sentencia. A Carlos le sobrevinieron grandes remordimientos ; y en su última enfermedad dió, aunque tarde, muestras muy sinceras de estar arrepentido. Murió Luis X á los veinte y cuatro años, no sin sospechas de veneno.

Años
de J. C.
1314.

Del mismo género de muerte dicen que pereció su sucesor Felipe el *Largo*. Estaba por entonces muy acreditada la opinion de que se daban venenos ; y acusaron á los judíos de que habian emponzoñado los pozos , las fuentes , y hasta los rios ; y por fatal consecuencia de esta persuasion los quemaron y mataron por millares. A los químicos pertenece resolver si puede hallarse veneno tan activo y permanente , que pueda hacer mortíferas aun las aguas corrientes.

1316.

Le sucedió Carlos el *Hermoso* , aunque no mu-

1322.

rieron sin sucesion Luis Hutin y Felipe el Largo; pero solamente dejaron hijas, y se dccidió en una junta de los estados, que el reino de Francia, como *feudo sálico*, no podia caer en hembra. Siempre se vieron estos tres príncipes en grande estrechez en punto de hacienda, y así no hubo medio que no imaginasen por adelantarla. Precisaban á los judíos á comprar el derecho de poseer tierras, y á los ricos pecheros los empeñaban en comprar la nobleza, con la que adquirian privilegios: alteraron y bajaron el precio de las monedas. Por último, Carlos el Hermoso hizo que los usureros vomitasen el dinero. Eran estos casi todos lombardos, que saqueando al pueblo habian juntado riquezas inmensas; "pero el rey, dice Marceray, los envió á Italia tan desnudos como habian salido," que es el mayor castigo para tales pícaros. Murió Carlos á los treinta y cuatro años, y dejó á la reina en cinta.

Años
de J. C.
1328.

Mientras se esperaba el parto hubo grandes debates por la regencia entre Felipe de Valois y Eduardo, rey de Inglaterra, que se lisongeaban con la esperanza de que el que la consiguiese lograría el trono, si la reyna paria niña. Eduardo era pariente mas cercano como sobrino del difunto rey, aunque por hembra, como hijo de una hermana. Felipe no era mas que primo; pero su parentesco venia por varon, como hijo que era de Carlos de Valois, el perseguidor de Enguerando, hermano de Felipe el Hermoso. Le adjudicó el parlamento la regencia: parió la reina una hija: y de este modo consiguió la corona, empezando en él á reinar la rama de los Valois. Le llamaron el Afortunado, por haber llegado desde tan lejos al

trono, aunque por otra parte su reinado no fue favorecido de la fortuna.

Tres guerras bien funestas tuvo que sostener Felipe de Valois, y la una en Bretaña. Esta provincia sirvió á los reyes de Francia y de Inglaterra de palestra, en que se ensayaron para darse despues golpes de otra entidad en liza de mayor estension. Otra guerra se sostuvo en Flandes, donde un simple fabricante de aguardiente, llamado Jacobo de Artebele, gobernaba casi como soberano en la menor edad del duque. Ganó Felipe contra los flamencos una gran victoria, y les impuso un tributo considerable, que prometieron con juramento pagar al rey de Francia.

No se habia conformado Eduardo con la sentencia que daba el cetro de Francia á Felipe de Valois, y así pretendia tener derecho para reclamar esta corona. Artebele, para descargar á sus compatriotas del tributo prometido, sin que pareciese faltar al juramento, aconsejó al rey de Inglaterra que tomase el título de rey de Francia. Este nuevo rey perdonó á los flamencos su deuda, y se declararon en favor suyo. No declaraba Eduardo esta pretension al principio sin bastante timidez; pero la sostuvo con audacia cuando emprendió la guerra, que fue la tercera que afligió al reinado de Felipe. Tomó esta el aspecto mas fatal con la famosa derrota de Cresi, que fue el manantial de todos los males que inundaron la Francia en tiempo de los sucesores del poco afortunado Valois. No obstante, tuvo la felicidad de añadir el Delfinado á la corona, con la condicion de que el primogénito de los reyes de Francia se hubiese de llamar Delfin, y esto es lo que despues se ha practicado.

Hallándose viudo Felipe, y habiendo tambien envidado Juan su hijo mayor, pidió para este príncipe á Blanca, hermana de Carlos rey de Navarra. Cuando esta llegó le pareció al monarca tan hermosa, y se prendó tanto de ella, que aunque tenia ya cincuenta y seis años, no se detuvo en casarse con una princesa de diez y siete; pero murió un año despues.

Años
de J. C.
1350.

Tenia Juan cuando subió al trono el título de duque de Normandía, y casi cuarenta años de edad. Le habia empleado su padre en los negocios, y muchas veces mandó los egércitos con felicidad, por lo que se esperaban grandes ventajas de su gobierno; pero no hubo reinado de mas desgracias. Empezaron estas en la batalla de Poitiers, que perdió por su culpa. El príncipe de Gales, hijo del rey de Inglaterra, llamado el Negro por el color de sus armas, logró una victoria completa: hizo prisionero al rey de Francia, y de esto se siguieron alborotos y desórdenes, que pusieron el reino en términos casi de perderse.

Se halló el gobierno en manos del hijo mayor del rey Carlos, entonces delfin, y despues Carlos V, príncipe de quince años. Ademas de los partidos contrarios que le rodeaban, era el blanco de la perversidad de *Carlos el Malo*, rey de Navarra, que era su cuñado, y le envidiaba la regencia. Juntaba el navarro grandes talentos con la mas profunda malicia: ganó el favor de los partidarios con su elocuencia rápida y vehemente, lisonjeando la vanidad de los populares con la esperanza de hacerlos depositarios de todo el poder. La junta de los estados generales, que se habian congregado al principio de buena fe, se convirtió en intri-

gas, y se formó un partido que proyectó la mudanza del gobierno, poniendo el poder supremo en manos del estado general, y dejando al rey un título vano; pero esta proposición, hecha por los parisienses á las provincias, no fue bien admitida.

Por dos años estuvo la capital en horrible confusión: ya dominaba Carlos el Malo, y ya le espelían. Con estas fluctuaciones sucedían recíprocas muertes. Las cárceles llenas de los que encerraba en ellos el partido contrario, ó hechas asilo de los que iban á refugiarse en ellas, fueron forzadas é inundadas de sangre. Un tal Marcelo, preboste de los mercaderes de Paris, se levantó con todo el poder, y ninguno tenía su vida segura si no enarbolaba el color de su divisa: tuvo la audacia de quitar la vida á dos mariscales de Francia, al lado y á vista del delfín: “¿Me quereis matar á mí, exclamó el príncipe?” “No, respondió Marcelo, y así tomad mi sombrero para vuestra seguridad.” Diciendo esto le recibió el delfín con mucha docilidad, teniéndose por dichoso, pues con aquella divisa tutelar podia librarse del furor del pueblo. Carlos el Malo se habia casado con la hermana del delfín, y no se libró este de la perfidia de su cuñado sin quedar con señales de ella, pues se dice que el navarro le dió veneno, que con la violencia de la ponzoña se le cayó el cabello y las uñas, y que sin duda hubiera muerto, á no haber dado con un médico muy hábil que le salvó la vida: pero siempre quedó con una grande debilidad de temperamento.

De la capital se estendió el desórden por las provincias, y tomaron los paisanos las armas por todas partes. Muchos motivos concurrieron para

la sublevacion: el despecho de ver triunfar á los ingleses, siendo una nacion rival; la indignacion contra los grandes, porque dejaban en las prisiones al rey Juan, á quien amaban; y mas que todo el deseo de vengarse de los malos tratamientos que sufrían de la nobleza. Esta saqueaba á los labradores sin respeto alguno para sostener su fausto y magnificencia, añadiendo la burla á la opresion, porque entre sí llamaban al paisano, *Santiago el buen hombre*; pero los buenos hombres se cansaron de sufrir y de verse humillados; se armaron con las horcas de cargar, con palos y cuanto les vino á la mano; saquearon los castillos, y degollaron las familias nobles que pudieron sorprender. A esta especie de milicia la llamaron *la jaquería*; y por ser general el peligro se armaron los nobles para la comun defensa, y castigaron cruelmente á aquella multitud sin disciplina. Esta se fue disipando con las derrotas que pudieramos llamar matanzas.

El delfin, aunque en edad tan jóven, tomó con su prudencia mucho ascendiente: abrió los ojos al pueblo: redujo los espíritus á la moderacion, y aun supo inspirársela á su cuñado. Trató de paz con los ingleses en Bretiñi; y aunque á la verdad no fue muy ventajosa, no logró poco en solo hacer las paces. Volvió el rey Juan, quedando dos hijos suyos en rehenes con los ingleses hasta la entera egecucion del tratado.

Considerando la conducta de este monarca desde que volvió á gobernar, se cree que fue mayor la indiferencia con que miró su reino, que el contento de verse libre. Estaba interiormente resentido del poco interes que habian manifestado

los grandes acerca de su persona durante la prision. En los estados generales pensaron mas en aprovecharse de la ocasion para restringir su autoridad que en restablecerle en el trono. Hallando los negocios bien manejados por su hijo, los dejó en manos de este, y apenas se presentaba sino en las ocasiones de lucimiento. Dudoso en sus resoluciones, ó irresoluto sobre lo que debia hacer, quisiera borrar con alguna hazaña ruidosa la vergüenza de su prision. Con este fin tomó la cruz; pero tambien señalan otro motivo de utilidad á su devocion.

Despues de la paz los soldados despedidos se reunieron bajo de algunos gefes de su eleccion, y cometieron mil desórdenes: ellos mismos se pusieron el nombre de *tardevinísteis*, dando á entender que solo habian llegado á espigar despues de la rica cosecha que otros habian recogido. Uno de sus capitanes se llamaba *el amigo de Dios y enemigo de todo el mundo*, que son dos titulos dificiles de conciliar. Cuando los gefes se vieron ricos se retiraron á disfrutar sus riquezas: dejaron sus compañías, y ya estas no formaban cuerpo; pero quedaron muchos soldados errantes los mas perversos de toda Europa.

La intencion del rey Juan, cuando tomó la cruz, fue juntarlos todos, y llevarlos como generalísimo de los egércitos cristianos, á donde pudiesen egercitar su valor y saciar su codicia, haciendo presa en los estraños en lugar de desolar la cristiandad; pero este proyecto bien imaginado no llegó á egecucion, porque uno de los hijos del rey, que se habia quedado en rehenes en Inglaterra, se huyó antes de haberse cumplido las condiciones del

tratado: quiso su padre que se volviese: resistió, y creyó Juan que debía ir él á ponerse en su lugar. De este modo murió en Inglaterra á la edad de cincuenta y seis años. Dicen que volvieron á llamarle; pero es verisímil que un hombre de su edad y de su carácter cediese al impulso mas noble, cual es la fidelidad á su palabra. Así debe pensarse de un príncipe que decia: "Que si la buena fe se perdiera en el mundo, debiera encontrarse en el corazon de los reyes." Le dieron el sobrenombre de *Bueno*, y es razon dejársele, á pesar de sus imprudencias y desgracias.

Años
de J. C.
1365.

Su hijo Carlos V mereció el nombre de *Prudente*, y la simple indicacion de sus principales acciones, probará que le mereció de justicia. Este egecutó lo que, prevenido su padre por la muerte, no pudo hacer. Libró la Francia de salteadores, que la desolaban con el nombre de *malandrines* ó *grandes compañías*. Así como el viento arroja al mar las langostas de las llanuras de Africa, así Carlos V echó á España todos aquellos ladrones bajo de la conducta del célebre Guesclin.

Tomaron el camino por Aviñon: se asustó el papa, y les envió á preguntar por un cardenal: "¿Quiénes sois vosotros, y adónde vais?" A lo que respondió Guesclin: "Somos treinta mil cruzados, que vamos á hacer la guerra á los infieles: pedimos la absolucion de nuestros pecados, y doscientas mil pesetas para el viage." La absolucion se les concedió sin dificultad; en cuanto al dinero se regateó bastante. Por último, se determinó el papa á imponer una contribucion á los aviñoneses, y llevaron el producto á Guesclin. "No es eso, dijo, como yo lo entiendo, ni hemos venido aqui

á saquear á la gente pobre, sino á tomar alguna contribucion de los ricos. Vuélvase ese dinero á los que le han dado, y el papa y los cardenales nos den lo que hemos pedido." Fue preciso pasar por todo, y despues recibieron la absolucion con mucha humildad.

Ganó Carlos en esta emigracion: lo primero librar su reino del robo, y de gente sin disciplina para poder restablecer la policia y las costumbres: lo segundo hacerse de Henrique, conde de Trastámara, á quien Guesclin puso en el trono, un aliado fiel, que envió para socorrerle contra los ingleses una poderosa armada. Todo el tiempo de su reinado estuvo en guerra con esta nacion. Hasta cinco cuerpos de tropas se vieron en campaña: reconquistó sus provincias, unas enteramente y otras en parte, con muchas importantes ciudades. Entre sus esclentes generales debe contarse Guesclin, á quien hizo condestable, porque él rara vez se presentaba á la cabeza de los egércitos: solia decir Eduardo por él, que aunque no habia rey que menos se armase, ninguno le habia dado mas que hacer. Consultaba gustoso públicamente; pero decidia solo en su gabinete secreto, diciendo, que en los asuntos de estado bien pueden ser las razones conocidas como las decisiones sean secretas.

En su reinado se vieron la condesa de Monfort y la de Pentiebre, que se disputaron la Bretaña durante la prision, y aun despues de la muerte de sus maridos, bajo de los estandartes de los reyes de Francia y los de Inglaterra. Tambien se habla de otras muchas guerreras que atacaban y defendian las ciudades: una de ellas detuvo todas las fuerzas del condestable delante de Fontenay-Le-

comte, esponiéndose como un soldado. Era hermosa y jóven, por lo que cuando llegó á capitular dijo Guesclin con galantería, que dejaba en su mano las condiciones.

Este grande hombre no sabia leer, ignorancia que era comun en su siglo, pero un gefe de la Rochela se aprovechó de ella diestramente. Tenian los ingleses la ciudadela, y el gefe, aunque frances de inclinacion, se correspondia bien con el comandante. Le convidó un dia á comer en la ciudad, y al sentarse á la mesa llegó una carta del rey de Inglaterra para el comandante. La examinó, reconoció el sello, y quedó persuadido á que la carta era de su rey; pero como no sabia leer suplicó al gefe de la Rochela que le dijese el contenido. El astuto paisano, que habia preparado al mensajero con una carta antigua, y esperaba semejante súplica, leyó, no el contenido, sino una orden supuesta del rey de Inglaterra, para que sacase la guarnicion del castillo con el fin de hacer la revista. Obedeció el comandante; y el gefe, viendo fuera las tropas, se apoderó de la ciudadela.

Carlos V hizo cuanto pudo por desterrar de su reino la ignorancia, é introducir el gusto de la literatura, dando mucha estimacion á los que la cultivaban, los cuales en aquellos tiempos se llamaban *clérigos*. Murmuraban algunos de las distinciones que les concedia; pero respondia Cárlos: "Los clérigos ó la sabiduría nunca se honrarán con exceso, porque mientras la sabiduría sea honrada en este reino continuará la prosperidad; pero si esta se desprecia vendrá á caer." Con efecto, la Francia ha adquirido cierta especie de dominio sobre el universo, tanto por las ciencias como por

las armas. A Carlos V se le debe considerar como fundador de la inmensa biblioteca, de que Paris se gloria con razon. Le habia dejado Juan su padre, como unos veinte volúmenes, á los que él añadió novecientos: enorme cantidad para aquel tiempo, en que no se habia inventado el arte de la imprenta. El regalo mas de su gusto que le podian hacer era un libro: gustaba de conversar en materias de ciencias, y este era su único descanso.

La debilidad de su temperamento no le permitia los ejercicios violentos que practicaban sus predecesores, y así permanecia muy gustoso en su palacio; pero en él era accesible á todo el mundo. Aunque grave por su caracter, no era enemigo de la alegría templada. En su vestir era modesto, y no obstante gustaba del aseo en su corte, y de la magnificencia en las ocasiones de lucir. Era muy fiel en las prácticas de la religion, muy arreglado en la vida privada; y siempre igual, despachaba en las desgracias sus órdenes con la misma serenidad que en las ocasiones prósperas. Logró en Juana de Borbon una esposa digna de su persona, prudente, piadosa, limosnera, egeemplo de buenas costumbres, y vivo modelo de virtudes para las hijas de los grandes señores, que en aquellos tiempos se criaban en la corte.

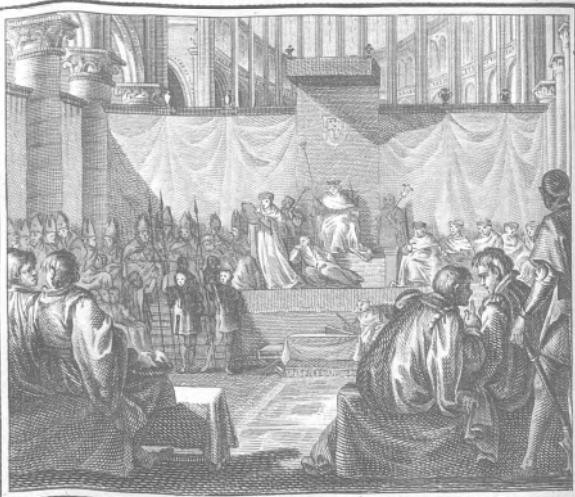
Murió Cárlos V á los cuarenta y cuatro años. El reino estaba tranquilo, las tropas bien disciplinadas, la hacienda en el mejor estado, y el tesoro lleno, siendo el mas liberal de los monarcas; pero su generosidad era una especie de comercio con los pueblos. Por egeemplo, daba tierras al condestable, este las vendia, y gastaba el dinero en premiar la tropa, en animar los paises arruinados con la guer-

ra, en mantener las familias nobles y los edificios útiles. Todo esto lo sabía el rey; y cuando se había consumido el precio de aquellas tierras, daba otras, y lo mismo hacía con sus ministros. Por este medio lograba que circulase el dinero, aumentaba la industria, y podían los pueblos pagar las contribuciones. Con haber sido tan descosido de moderarlas, tuvo al morir escrúpulo de las que había impuesto, y encomendó á su sucesor que las disminuyese. Mejor sería que ninguno retardáse para la hora de la muerte el arrepentimiento.

Años
de J. C.
1380.

Aun en los tronos se observa cierto contraste, porque suele suceder un loco á un hombre prudente. Carlos VI no tenía mas que doce años: se apoderó de la regencia el duque de Anjou, tío suyo, y con esta autoridad se aprovechó de los derechos que le había dado Juana, reina de Nápoles, adoptándole por hijo. Tomó los tesoros del difunto rey, que subían á muchos millones, y los duques de Borgoña y de Berri, otros dos tios del monarca por parte de padre, robaron lo que pudieron. Solo el duque de Borbon procedió como convenia á su clase, aplicándose á la educacion del jóven rey; pero todas sus buenas intenciones fueron inútiles, porque el duque de Borgoña, su compañero en el cuidado de educar al nuevo rey, acomodándose al genio de su pupilo, favoreció la desenfrenada inclinacion que manifestaba á los placeres.

El duque de Anjou juntó el mas bello egército que jamas salió de Francia para Italia, y todos le vieron partir con el mismo placer que se ve ausentarse un ladron, aunque se lleve el robo. Tomó el duque de Borgoña la autoridad, y persuadió á su sobrino á que hiciese la guerra en Flandes,



Carlos VI. toma el gobierno.

Seis años de viciosa tutela hicieron conocer á Carlos VI. que su inocente nombre habia servido de instrumento á muchos para cebar su ambicion y destruir el reyno. Juntó un Consejo en que se declaró mayor de edad; y recobrando su poder, despojó de él á los usurpadores. Poca pena habria sido para estos la pérdida de un poder usurpado, á no sufrir con ella la vergüenza de haber merecido perderle.

aunque sus habitantes no tenían mas delito que no poder sufrir las exacciones de su soberano, suegro del duque de Borgoña. De este modo salió tambien de Francia otro ejército por unos intereses absolutamente estraños. Tambien fue preciso enviar tropas al Langüedoc, cuyo gobierno se habia dado al duque de Berri, á quien no queria recibir la provincia, porque viviendo el difunto rey habia experimentado sus vejaciones. Aquel prudente príncipe, cediendo á los deseos de sus pueblos, habia llamado á su hijo; pero el sobrino le envió armado y mas temible. La desgracia de Carlos VI era verse en la precision de ser el instrumento de la codicia de sus tres tíos.

A la edad de diez y ocho años se casó con la princesa Isabel de Baviera, y su hermano el duque de Orleans con Valentina, hija del duque de Milan. Entonces pensó el rey en salir de la tutela de sus tíos, y para ello no hizo mas que juntar un consejo, y declarar en él que en adelante queria gobernar por sí mismo. Cayó la autoridad de todos: llamó á los ministros de su padre, y mudaron de aspecto los negocios. Se aplicó el jóven monarca al alivio de sus pueblos: disminuyó los gastos necesarios, cercenó los superfluos, y tomó á su cuidado el reparo de los agravios. Era afable, y familiar con decencia, y gustaba de hablar con la mayor cortesania; por lo que los pueblos, encantados de sus bellas calidades, le dieron el nombre de muy amado. Los proyectos de guerras que algunas veces se le advertian, y de guerras caballerescas, como el de ir á pelear con los turcos, y á sosegar los partidos diferentes que tenían al papa fuera de Roma, daban motivo para temer que se

entregase á esta pasión con grande detrimento de su reino; pero le contenian sus ministros. No pudieron sin embargo oponerse á la justa venganza de un asesinato infame, cometido casi á vista suya.

En una corte compuesta de príncipes ambiciosos, que habiendo caído de su autoridad aspiraban á tomarla de nuevo, y de mugeres galantes, autorizadas con el ejemplo de sus maridos, y zelosas entre sí, ¿qué habia que esperar sino intrigas particulares, precursoras de los generales alborotos? El duque de Orleans, poco arreglado en su conducta, procuraba ocultar de su jóven esposa sus désórdenes; pero esta, que llegó á saberlos, reconvinó á su marido, y habiéndola hecho confesar este que debia las noticias á Pedro Craon, su favorito, le echó de su corte. Era Pedro Craon uno de aquellos hombres peligrosos al lado de los príncipes jóvenes, pródigo, audaz, y sin costumbres ni principios. Oliverio Clison, condestable, hombre grave y arreglado, habia procurado separar del duque aquel escandaloso, y no pudo conseguirlo. No ignoraba Craon sus diligencias, y creyendo que pudiesen haber contribuido á su desgracia las anteriores tentativas de Clison, por sola esta sospecha le acometió en Paris á la cabeza de muchos asesinos, le dejó por muerto, y se huyó á Bretaña, en donde el duque, enemigo de Clison, le recibió gustoso.

Irritado el rey con semejante atentado, pidió que le entregasen el asesino: se resistió el duque, y Carlos, poniéndose á la cabeza de sus tropas, se preparó para obligarle á obedecer. Tenia el duque de Bretaña un fuerte partido en la corte, y entre otros le favorecian los duques de Borgoña y de

Berri, que procuraban apartar á su sobrino de esta guerra, no obstante que le seguian. Llegando al Mans le acometi6 calentura, sus tios le aconsejaban que se detuviese, pero 6l continu6 en su marcha. Estando en tan mala disposicion su salud, y despues de haber marchado muchas horas en un dia de los mas abrasados de agosto, el pr6ncipe, que iba como so6noliento en su caballo, advirti6 con sobresalto que le despertaban, y que saliendo de detras de un 6rbol un hombre de mala traza, cubierto de andrajos, se agarr6 de la brida del caballo, y le grit6 con voz terrible: *Detente rey, ad6nde vas: traicion te han hecho*: y al punto desapareci6.

Desde luego pudiera creerse que los tios y los que no querian esta guerra, habian apostado aquella fantasma; pero sin duda no previeron las funestas consecuencias de su estratagema. Habiendo pasado el primer susto de aquella vision continuaron la marcha. Un page que llevaba una lanza se durmi6 sobre el caballo y la dej6 caer, de modo que di6 en el capacete de otro page que iba detras del rey. Al oir el sonido agudo volvi6 la cabeza; y viendo aquella lanza como en ristre contra 6l, se arroj6 con 6mpetu sobre el page, le mat6, y fue como un loco corriendo por todas partes, hiriendo adiestro y siniestro hasta que pudieron sujetarle. Volvieron 6 llevarle 6 Mans, en donde estuvo dos dias aletargado sin poder conjeturarse en qu6 pararia accidente tan estra6o. Entre tanto los duques de Berri y de Borgo6a volvieron 6 tomar la autoridad con perjuicio del duque de Orleans, pretestando que era muy j6ven. Ocultaban al rey todos los asuntos, y los gobernaban sin 6l por tener su

entendimiento debilitado, y sujeto á continuos eclipses; y esto mismo servia de razon para multiplicarle los placeres, con el objeto de disiparle la melancolía, que le tenia muchas veces oprimido.

En una de las fiestas que dieron con este fin, dispusieron una máscara de seis sátiros, que para señalar la desnudez no tenian mas que la tela exactamente aplicada sobre la piel, y un baño de pez para retener la lana que figuraba el pelo: era el rey uno de ellos, y todos estaban unidos por una cadena. El duque de Orleans acercó imprudente una hacha encendida á uno de ellos para reconocerle. Se pegó fuego á su vestido, y se comunicó á los demas, tan rápidamente que se abrasaron hasta cuatro, y murieron á los dos dias; otro tuvo la fortuna de encontrar una cuba llena de agua, y se arrojó dentro; y al rey, cuando ya el fuego le iba alcanzando, le libertó la duquesa de Berri, que apagó la llama con sus ropas, envolviéndole en ellas. Desde aquel momento hasta su muerte siempre tuvo este príncipe tres ó cuatro ataques cada año, que le duraban unos mas que otros con sintomas diferentes. La víspera del insulto estaba pesado é inquieto: al despertar por la mañana, ó se ponía furioso ó lelo: ya se sentia violento y ardiente, y ya triste y melancólico: entonces lloraba, y algunas veces jugaba y retozaba como un niño. Cuando estaba así á nadie conocia, sino á la duquesa de Orleans, su cuñada, ni queria tomar cosa alguna como no fuese de su mano. Se dijo por entonces que esta habia envenenado á su cuñado para que pasase su autoridad á su marido: otros dijeron que debia esta preferencia á condescendencias delinquentes: como si pudiera saberse la causa

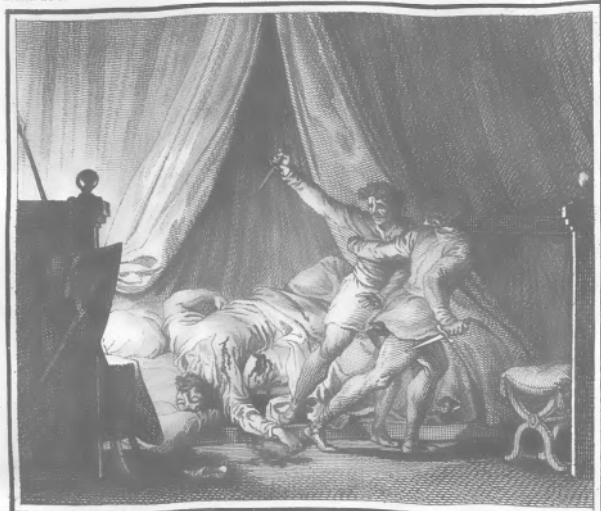
de las manías de un loco. La reina y las tías de Berri y de Borgoña se mostraron envidiosas de la predilección con que el rey distinguía á su cuñada, y sus esposos tomaron por su cuenta las querellas de sus mugeres, de lo que procedieron los odios que causaron tantos alborotos en el reino. Conocido el principio, ninguno debe admirarse de los estraños sucesos que señalaron aquel infeliz reinado.

El duque de Orleans, con el ascendiente de su muger, se hizo declarar en uno de los buenos intervalos del rey, teniente general y gobernador del reino, en las recaídas de su hermano. Se opuso á este edicto el duque de Borgoña, y se prepararon los rivales para hacer sus hostilidades, bien que las tuvo suspensas el duque de Borbon mientras duró la mayor fuerza de la locura del rey. Restituido este á su mediana salud, dió por nulo cuanto habia hecho á favor de su hermano, y concedió toda la autoridad á su tio. Se aprovechó el duque de Orleans de otro acceso que sobrevino á su hermano para que le restableciese en su empleo, ayudandole su cuñada la reina. La correspondencia entre estas dos personas mantenía, no sin escándalo, su autoridad, y las daba para robar al pueblo una especie de derecho, de que no dejaban de aprovecharse.

Murió el duque de Borgoña, y dejó sus estados á Juan, llamado *Sin miedo*: era tan ambicioso como su padre, y aspiró á tener su parte en el gobierno; pero la reina y el duque de Orleans querian escluirle de él. Los dos cuñados se portaban con la mayor imprudencia, no omitiendo bajezas ni vejaciones para atesorar dinero, y aun decían que la reina le enviaba á Alemania para retirarse allá, y vivir espléndidamente si el rey llegase á morir. El

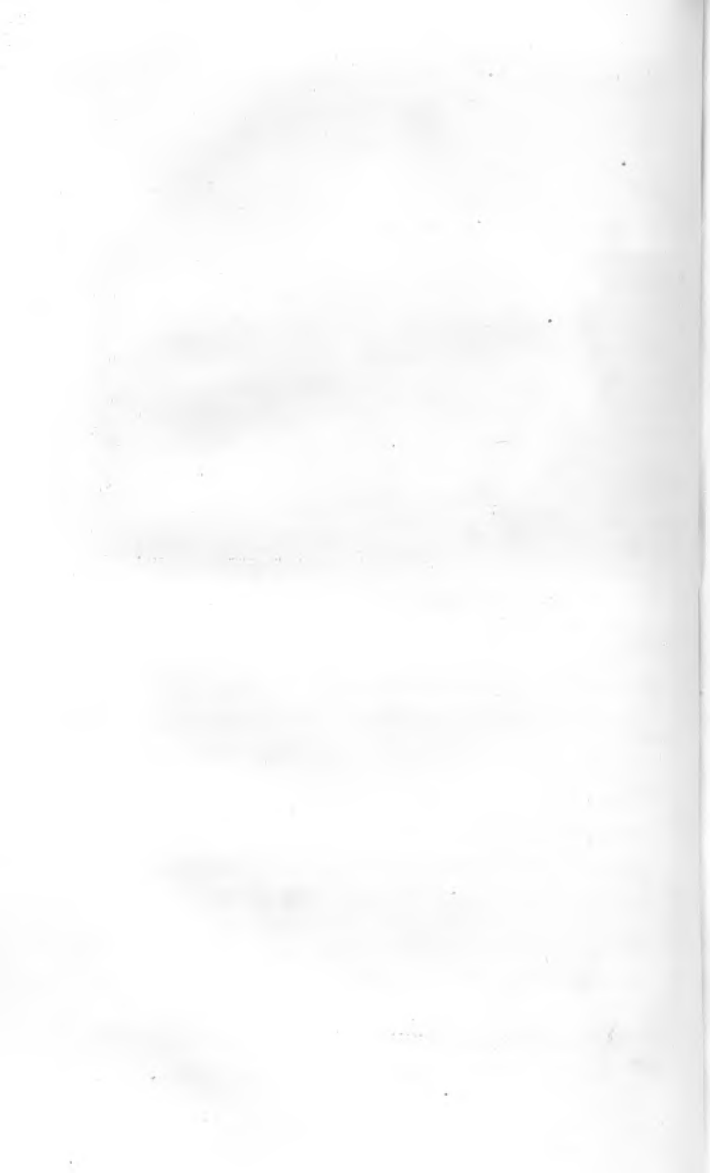
duque de Orleans compraba tierras, no pagaba las deudas, tenia una corte muy lucida, al mismo tiempo que muchas veces faltaba lo necesario en la del rey y la de sus hijos. El infeliz monarca, que en un lucido intervalo se vió instruido de aquellas maniobras, creó un consejo que gobernase el estado durante *la ausencia del rey*: así llamaban por ausencia los accesos de su locura.

Esta precaucion no sosegó los alborotos, ni impuso silencio á los atrevimientos, y así el nuevo duque de Borgoña, por venganza y por rivalidad de amor y de poder, hizo asesinar á su primo el duque de Orleans. Confesó públicamente su delito: pretendió justificarle, y consiguió que le absolviese el rey, á quien mantuvo en París, despues de haber hecho salir á la reina y á los hijos de Orleans con todos sus partidarios. Volvieron todas estas personas á la capital, en la cual eran los mas fuertes, y así la corte intimidada porque los parisienses favorecian al duque de Borgoña, se retiró á Tours. Facilitó una composicion la muerte de la heredera presuntiva de Orleans: dió Juan algunas excusas al nuevo duque de Orleans su primo; y la reina, que al principio se habia irritado con el castigo de Montaigu, á quien habia quitado la vida el duque de Borgoña por su afecto á esta princesa, se sosegó, dandola el duque parte de la confiscacion de los bienes del difunto. Consiguió el duque de Borgoña que le confiasen la educacion del delfin en perjuicio del duque de Berri, y este para vengarse, renovó las quejas del asesinato del duque de Orleans: pidió justicia, y al mismo tiempo levantó tropas, y avanzó hácia Paris. Volvió otro lucido intervalo del rey á calmar la tempestad que iba á hacer ya su es-



El Duque de Orleans asesinado.

El trastorno que sobrevino al juicio de Carlos VI proporcionó que se apoderasen nuevamente del poder los ambiciosos; pero se competían sobre cuál había de abusar más; y Juan, Duque de Borgoña, para librarse de la competencia del Duque de Orleans en amor y poder, hizo asesinarle.; cómo estaría el gobierno del reyno en manos de quien abrazó medio tan infame para deshacerse de su rival!



tragó: retiró de la corte los rivales: quitó al duque de Berri su tío el gobierno de Paris, dandosele al conde de san Paul como pedian los habitantes. A este capitán se le habia quitado el gobierno de Génova, y habia sido reintegrado. Se decia que los genoveses no gustaban de él, porque era muy del gusto de sus mugeres. No tomó las medidas correspondientes de benignidad para establecerse con solidez en su nuevo gobierno; y no contando con la obediencia de los paisanos, que manifestaban afecto al duque de Borgoña, formó un cuerpo militar de quinientos verdugos, que apenas se vieron con las armas en la mano hicieron temblar á toda la ciudad, la cual se dividió en tres facciones. La del duque de Orleans, llamada de los armañacs, por el nombre del conde de Armañac, suegro del duque, llevaba una banda blanca con la cruz de san Jorge; la de los borgoñones banda roja, y la cruz de san Andres; y la tercera de los cabochianos, así llamados por su gefe Caboche. A esta faccion volante la temian y la llamaban alternativamente las otras dos. Sedita de sangre y de robos designaba las muertes y latrocinios, los ordenaba, los egecutaba, y hacia dominante la faccion á que se juntaba.

El duque de Borgoña casó á su hija con el delfin Luis, que ya empezaba á mezclarse en los negocios. Viendo que los duques de Berri y de Orleans se acercaban á Paris, en donde los armañacs, bajo el gobierno del conde de san Paul, eran muy poderosos, apeló á su suegro para que sostuviese su causa. Fue el borgoñon con un cuerpo considerable de ingleses; pero Juan Sin miedo no hizo mas que presentarse, porque le llamó á Flandes una sublevacion de los flamencos; y mientras esta esponia á

Paris á ser presa de los armañacs, despertó el rey de su demencia: juntó un egército, auyentó á su tío y á su sobrino, hasta que se refugiaron en Burges, en donde los sitió. Aunque oprimidos, y con pocas fuerzas, no ofrecieron proposicion alguna de paz, porque esperaban un cuerpo de seis mil ingleses, á los cuales tambien habian ellos llamado por su parte; y de este modo cada faccion, igualmente traidora á la patria, se detenia poco en entregarla á sus enemigos, como estos la ayudasen para destruir á su rival. El temor de aquellos auxiliares precisó al rey á que recibiese en su gracia á los duques de Berri y de Orleans; pero los ingleses, que ya habian llegado, viendo que no les pagaban, se desquitaron robando.

Recayó el rey en su locura: tomó el delfin las riendas del gobierno; y aunque yerno del duque de Borgoña, que habia vuelto á Paris, resolvió sustraerse de su dominio, y le pidió que tuviese á bien poner por comandante en la Bastilla á Desesarts, hombre de su confianza. El maligno borgoñon, muy lejos de oponerse, firmó la patente del gobierno; mas no bien habia entrado Desesarts en la fortaleza, cuando se vió embestido por una multitud de gentes que se habian juntado bajo la conducta de Caboche y de Juan de Troya, otro gefe íntimo partidario del duque de Borgoña. El delfin empeñó á su suegro en que retirase aquellos sediciosos: consintió este; pero al delfin le fue preciso entregar á Desesarts, á quien degollaron para que sirviese de escarmiento á los que se atreviesen á tomar resoluciones desagradables al duque. Se esparcieron despues por la ciudad los cabochianos, y mataron á todos los que el borgoñon y sus amigos indicaban como sospechosos. El delfin y el duque de Berri se

vieron en la precision de tomar la banda roja para ponerse en seguridad. Los vecinos de Paris despertaron con estas violencias del letargo que los tenia sobrecogidos, y echaron fuera á los cabochianos no sin mucha efusion de sangre. El resto de estos malvados se retiró á Flandes con el duque de Borgoña.

Entonces se declaró Paris absolutamente contra él; pero amenazados con su vuelta los parisien- ses tomaron las armas, y se sujetaron á las funciones militares. Con efecto, llegó el borgoñon hasta las murallas, y se presentó delante de las puertas; pero viendo contra lo que él esperaba, que ninguno se movia en su favor, se retiró. El rey volvió en sí: le persiguió; y despues le concedió la paz, porque importaba defenderse de los ingleses, que habian desembarcado en Francia con grandes fuerzas. El egército del rey, que les salió al encuentro, era muy superior; pero por tener malos comandantes fue totalmente puesto en fuga en Azincourt. Esta derrota fue por las circunstancias mayor desastre que los de Creci y Poitiers. Se aprovechó el borgoñon de la desgracia para volver al favor del rey, y restituirse á la corte, protegido de su yerno el delfin Luis. Pero este príncipe murió en la flor de su edad, dicen unos que envenenado, otros que asesinado, y otros que por sus muchos escesos, á pesar de su temperamento fuerte y vigoroso. Los armañacs adquirieron entonces la preponderancia; pero les duró poco tiempo. El borgoñon se apoderó del corazon del nuevo delfin Juan, el cual murió de un absceso en la cabeza, y demasiado temprano para dar vigor á la faccion borgoñona en Paris; bien que las intrigas de corte la dieron nueva fuerza.

Al delfin Juan sucedió Cárlos, que despues ocu-

pó el trono. Dió este príncipe su confianza al condestable de Armañac; y este, por la estrema escasez en que se hallaba el reino amenazado de nuevo por los ingleses, aconsejó al delfin que se apoderase, como lo hizo, del tesoro de su madre Isabela, el cual era muy considerable. Lo sintió esta mucho; y dejando á su esposo con su hijo se retiró á Vincennes, en donde tenia una corte lucida y galante. En uno de los lucidos intervalos del rey, le hizo ver el condestable que no debia tolerar lo que pasaba. Fue el marido á Vincennes, hizo arrestar y quitar la vida á un hombre, de quien decian ser amante de su muger, y la desterró á Tours con Catalina su hija menor. Despechada con esta afrenta, en la cual creyó cómplice á su hijo, aunque todavía podia llamarse niño, apeló Isabela al auxilio de Juan *Sin miedo*. Este la estrajo de su destierro, y la aconsejó que hiciese revivir cierta órden, por la cual el rey, en otro tiempo la habia declarado regente del reino. Tomó pues Isabela el título y autoridad de regente: fijó su residencia en Troyes: creó un cauciller y un parlamento, nombrando por condestable al duque de Lorena en lugar de Armañac.

Por esta potestad, rival de la del rey, y acompañada de todas las autoridades que podian hacerla respetable, se temió un cisna politico en el estado. El legado del papa se mezcló en la negociacion de la paz; y mientras esta se conseguia se introdujeron por sorpresa en París hasta ochocientos borgoñones, con quienes se juntó el populacho; y forzando las cárceles, matáron á cuantos en ellas se habian refugiado: quitaron la vida al condestable de Armañac, y apenas se salvó el delfin. Con esta noticia no tardaron la reina y el du-

que de Borgoña en ir á la capital; pero tampoco tardaron en verse bien estrechados del espíritu de sedición que en ella reinaba. Todo rico era un armañac, á quien robaban y mataban sin misericordia. La canalla desenfrenada se habia entregado á toda suerte de excesos: el verdugo iba delante, y tuvo desvergüenza para tocar la mano del duque de Borgoña, y este se vió precisado á sufrírselo. Entre tanto mandaron entrar algunas tropas en la ciudad, las cuales restituyeron el buen órden. Se retiró el delfin á Poitiers, en donde estableció un parlamento formado de los consejeros que se habian ausentado de París: nombró canciller, y se declaró regente por el tiempo que durase la demencia de su padre.

Durante este tiempo, la reina Isabela, siempre irritada contra su hijo, trataba con Henrique rey de Inglaterra, que habia avanzado hasta Nantes; y para que la socorriese y restableciese en la autoridad absoluta le ofreció la mano de su hija Catalina, con muy ventajosas condiciones. Aun no le parecieron estas suficientes al inglés: el duque de Borgoña tenia la balanza entre los contratantes: no le halló Henrique en la disposicion que él quisiera para favorecer sus pretensiones, las cuales no se dirigian á menos que conseguir la corona de Francia con la mano de Catalina. Creyendo que no necesitaba al borgoñon, le despreció; y Juan Sin miedo, picado de este desden, dió oidos á las solicitudes del delfin, que se ofrecia á la reconciliacion. Sentados los preliminares, se citaron los dos príncipes á Montereau para convenir en los últimos artículos; y á la vista del delfin fue asesinado en la conferencia el duque de Borgoña.

Negó el príncipe haber tenido parte en esta muerte, protestando que se habia cometido sin su consentimiento; pero por mas que lo negase, París y á su ejemplo toda la Francia se sublevaron contra aquella perfidia, y en un momento se adelantaron los negocios del rey de Inglaterra mas de lo que hubiera conseguido con las mayores victorias. Se concluyó un tratado, por el cual se convino en que Henrique IV se casaria con Catalina, que gobernaria el reino de Francia como regente mientras viviese Cárlos, y despues de su muerte le sucederia en el trono. Aprobaron este tratado, como por un entusiasmo general, el parlamento, todos los cuerpos y las principales ciudades del reyno; accedió á él el nuevo duque de Borgoña Cárlos *el Temerario*. Los otros príncipes de la sangre habian ido prisioneros á Inglaterra despues de la batalla de Azincourt. El delfin fue declarado enemigo de la patria, é incapaz de suceder en la corona.

Empezó la guerra entre el delfin, que tenia muy pocos partidarios con algunas provincias de la parte meridional, y entre Henrique, apoyado de las fuerzas de Inglaterra, de los auxilios del duque de Borgoña, del voto de París, el de las ciudades principales de todo el reyno, y el odio que la reina madre tenia á su hijo. ¿Quién no hubiera contado por cierta la perdicion del delfin, y por seguro el triunfo del inglés? Pero murió Henrique IV á los treinta y seis años de su edad, dejando de Catalina un niño de nueve meses, á quien llamaron Henrique V. Dos meses despues murió de cincuenta y cuatro años el desgraciado Cárlos VI, que á fuerza de recaidas se habia quedado lelo. Su fortuna fue no conocer las desgracias de su reino. Se

dió la regencia en la menor edad de Henrique V al duque de Besfort, hermano de Henrique IV, porque no quiso admitirla el duque de Borgoña. Cárlos de Valois, que era el delfin, se hizo proclamar rey en sus provincias, y fue reconocido en su pequeña corte, tan reducida, que le llamaban por burla, *el rey de Villorrios*.

Desde este estado al de un monarca, que no conoce en su reino otros límites que los antiguos, hay mucha distancia; y así Cárlos VII, llamado *el Victorioso*, tardó quince años en llegar al término. Tambien le llamaron *el bien servido*, y á la verdad lo era porque premiaba noblemente. No pasaba de la edad de veinte años; y aunque pocos señores siguieron al principio su fortuna, estos eran valientes, fieles y zelosos; y por otra parte le llegaron socorros estrangeros, pues el rey de Escocia le envió seis mil hombres, y el duque de Milan seiscientas lanzas, y un cuerpo de ballesteros. Con estos auxiliares, y los franceses voluntarios que pudo reunir, sostuvo la campaña. Eran tan cortos sus caudales, que al principio no tuvo mas soldados que los que se contentaron con las esperanzas, y el deseo de adquirir gloria.

El carácter de Cárlos VII era muy propio para las circunstancias: franco, cariñoso y de un genio igual. Aunque inclinado á la diversion, no temia el trabajo; y con tanto gusto se ocupaba en los preparativos de un combate como en las disposiciones para una fiesta. En una circunstancia de las mas críticas, despues de una pérdida importante, hacia á uno de sus generales la descripcion de una diversion que pensaba dar á su amiga Inés Sorel: “¿Qué te parece, preguntó al guerrero anciano?”

y este respondió: "Me parece que nadie puede perder su reino mas alegremente."

Suponen que debió mucho á esta favorita, porque contento él con la parte del reino que los ingleses le dejaban, hubiera vivido en la indolencia á no haberle Inés sacado de ella, despidiendose de él un dia, y diciendole: "Yo estoy destinada para un rey; pero pues vos os conformais con dejar de serlo, voy á buscar un monarca en otra parte." Esta amenaza, hecha oportunamente, le dió aquella energía que le habia faltado muchas veces. Como era moderado y tranquilo, necesitaba de que le escitasen; pero en las ocasiones importantes ninguno de sus guerreros le podia disputar la palma del honor. Mas de una vez le vieron el mas avanzado en la filas de los enemigos, y el primero en la brecha; pero mitigaba su ardor la grande superioridad de los ingleses. Estando para perder á Orleans, que los ingleses sitiaban y era la única plaza que le ofrecia un punto de apoyo en el centro del reino, se veia espuesto á verse reducido á la mayor estremidad, y tal vez sin otro asilo que las montañas del Delfinado, que era su mayorazgo antes de ser rey. En situacion tan crítica solo un milagro, si hemos de creer á algunos historiadores, ó una singular y feliz estratagema, segun otros, salvó á Orleans, y aseguró el trono á Cárlos VII.

No se sabe la causa, el objeto, si fue inspiracion, astucia política, íntima conviccion ó seducion estrangera lo que escitó á cierta heroína. El hecho contado con la mayor sencillez, fue este: Una aldeana jóven, que no llegaba á los veinte años, llamada Juana, natural de Acr, aldea de Lorena, se presentó al gobernador de Dom-remi, supli-

candole que la enviase al rey, porque Dios la habia revelado, que mandando ella las tropas reales harian levantar el sitio de Orleans. La despidió el gobernador, volvió á instarle; y vencido de sus instancias la envió al rey, bajo la guardia de dos caballeros. Era muy peligroso el viage por un pais enteramente ocupado de los ingleses, pero ella prometió que sería feliz, y asi sucedió. Llegando á la corte, la llamó el rey á su presencia despues de haber consultado á su consejo. Estaba el rey vestido con sencillez, y se confundia entre la comitiva de cortesanos; pero ella le distinguió, y dirigiendole la palabra, dijo: "Que se la habian encargado solamente dos cosas: hacer levantar el sitio de Orleans, y llevar al monarca á Reims para ser allí consagrado." Sufrió sobre su mision el examen de los doctores y teólogos, cuyo parecer la fue favorable. Pusieron un grande convoy á sus órdenes: le introdujo en Orleans, é hizo tantas salidas y con tales ventajas, que los ingleses levantaron el sitio. Por este triunfo la llamaron *la doncella de Orleans*.

Iba á caballo vestida de hombre, y á la frente de las tropas cargaba sobre los enemigos con mucha intrepidez. Mostraba por otra parte grande piedad, mucha modestia, y tal juicio y continencia que jamas se sospechó de ella la menor libertad. Conseguida esta victoria propuso la doncella el viage de Reims: se opuso la mayor parte de los capitanes, pareciendoles un paso imposible; respondió ella del suceso: superó todos los obstáculos, dispersó las tropas enemigas, mandó abrir las puertas de las ciudades *de parte de Dios*, entró en Reims, hizo consagrar al rey, y pidió permiso para reti-

rarse por haber concluido su mision. Creyendo sin embargo que su presencia era necesaria la detuvieron, y solo con grande sentimiento permaneció allí presagiando un éxito funesto. Así sucedió: la prendieron los ingleses, la formaron proceso suponiendola hechicera, y la quemaron viva en Ruan. Sufrió la infeliz tan bárbaro suplicio con gran valor, sosteniendo hasta el fin que no era culpada de lo que la imputaban. Debe contarse esta doncella entre las víctimas inocentes sacrificadas al resentimiento ó á las razones políticas. ¿Es posible que ignoró Carlos la horrible suerte que se preparaba á esta heroina? y si la supo, ¿cómo no la previno con amenazas de usar de represalias con los prisioneros que él tenia en su poder?

Desde que Carlos VII se consagró, fue su reinado una serie de victorias: echó á los ingleses fuera de la Francia; y tuvo la satisfaccion de introducir en su reino la policia. A los soldados, que con la guerra civil se habian hecho ladrones, los envió á cultivar las tierras, ó á emplearse cada uno en sus artes. De este modo, sin echarlos de la Francia, como se habia egecutado con los malandrines y las grandes compañías, se libró de ellos, haciéndolos útiles al mismo tiempo. Examinando el orden con que dispuso todos los ramos de administracion, la hacienda, la policia y la disciplina, es preciso decir que fue un gran rey.

Le sucedió lo contrario que á otros monarcas, porque su trono no fue invadido en los principios de su reinado, cuando todavia temblaba, sino cuando parecia estar mas asegurado; pues pasados diez y siete años de victorias, se vió asaltado por una peligrosa faccion, llamada la *pragueria*, pala-

bra cuyo origen se ignora. La principal fuerza la tomó de haberse agregado á ella Luis el delfin, hijo de Carlos. Le sujetó su padre, y le perdonó como á casi todos sus cómplices.

Cárlos fue infeliz como padre y como hijo. Habiendo nacido de Isabela de Baviera fue aborrecido, detestado, y aun despojado si hubiera podido ser, por esta madrastra; y así ninguno puede reprenderle por la indiferencia en la muerte de una muger, acompañada hasta el sepulcro del público desprecio y odio. Fue infeliz como padre, pues su hijo se puso en el caso de necesitar del perdón, lo que para un padre es muy doloroso. Pero lo mas horrible para este príncipe fue creer que aquel hijo pretendia darle veneno; y tan profundamente ocupaba esta persuasion su espíritu, que de miedo se estuvo sin comer muchos dias. Cuando vencido de las instancias de sus domésticos consintió en tomar algun alimento, ya fue tarde, porque el estómago no podia egercer sus funciones, y así murió á los sesenta años.

Luis XI, aquel hijo que llenó de amargura los últimos años de su padre, aunque acostumbrado á disimular, no pudo ocultar el contento cuando supo la muerte del rey. Se hallaba fuera del reino con el pretexto de temer alguna violencia de parte de su padre; pero éste tenia mas justo motivo para rezelar de él. Entró pues en Francia: se fue derecho á Reims, en donde se hizo consagrar. Le tienen en reputacion de grande político; pero es tan equívoca la significacion de este término, que no es fácil fijarla á idea cierta. Si por esta voz entendemos un príncipe, que siempre va por tortuosas sendas, que toma el disimulo por basa de

Años
de J. C.
1461.

su conducta, se aplica á armar emboscadas, aunque tal vez sea cogido en sus propios lazos, le conviene el término de político á Luis XI, y aun se le puede añadir la inclinacion al odio, el arte de preparar sus venganzas para hacerlas crueles, y entonces tendremos el retrato de este príncipe muy parecido al original.

Se acercaba á los cuarenta años, que era poco mas ó menos la edad de Tiberio cuando subió al trono; y así como el romano, habia estado el frances tascando con impaciencia el freno, esperando el supremo poder. Del primero se cree que dió veneno á Augusto; pero el segundo quitó á su padre la vida á pesadumbres. Despidió todos los ministros: llamó á los que Carlos habia desterrado, y afectó un gobierno en todo diferente. Debía grandes obligaciones á Juan, duque de Borgoña: le habia recibido este príncipe con la mayor atencion cuando creyó que se veia en la precision de huir para evitar la ira de su padre; y en reconocimiento de tan buena acogida, se unió con el heredero de Borgoña, conde de Charolois, llamado despues Carlos el *Temerario*, que era tan mal hijo como él. Colocado en el trono de Francia continuó sus correspondencias con este Carlos, mientras creyó mantener las desavenencias entre padre é hijo; y cuando vió que se reconciliaban, se hizo enemigo de los dos.

Todo le parecia bien para llegar á sus fines. Le habia hecho el duque de Saboya buenos servicios entre tanto que sublevaba al delfin contra su padre; y Luis, agradecido, se empeñó en que se casase con la heredera de Bretaña; pero no pudiendo conseguirlo del breton por medio de las in-

sinuaciones, le llamó á su corte con cierto pretesto; y mientras detenia al padre en la corte tomó las medidas para robar la hija, y por poco no lo consiguió. Este mismo duque de Saboya, reñido con su hijo, suplicó á Luis que interpusiese su mediacion; convidó el monarca al hijo á que fuese á esplicarse con su padre, empeñando su palabra por salvo conducto: le oyó, y le hizo encerrar. Siempre igualmente inclinado á la traicion habia tomado sus medidas para prender, habiendo paces, al duque de Borgoña y al duque de Charolois, mas no le salieron tan bien por imprudencia de uno de los encargados de la egecucion.

Esta conducta oblicua, y capaz de inspirar rezelo no solo á los estrangeros sino tambien á los grandes del reyno, ocasionó la guerra, que llamaron *del bien público*, ó la de aquellos que procuraban empeñar al pueblo con pretesto de procurarle sus ventajas, para que sirviese á su ambicion ó resentimientos. Se hallaban á la cabeza los duques de Borgoña y de Bretaña con casi todos los señores de la corte anterior. Se dió cerca de Paris una batalla, seguida de una composicion, y nunca se habian visto tantos tratados juntos, porque los hizo con cada uno de los gefes, que habia con arte separado; concedió el rey á cada uno lo que queria; pero lo que concedia á uno era contrario á lo que habia concedido al otro; y de este modo se halló Luis con las razones que necesitaba para egecutar lo que queria. En cuanto al bien público manifestó grande deseo de procurarle, y nombró con ostentacion los comisionados que debian reformar los abusos. Esto le sirvió como de inquisicion particular contra los señores suble-

vados; y citándolos á todos, como culpados en las vejaciones, cubrió su venganza con capa de justicia.

Para mayor seguridad convocó los estados generales para confirmar en ellos cuanto habia hecho, encomendando con cuidado que se hiciesen reglamentos para el bien público á favor de los pueblos. En esta asamblea quedó la Normandía reunida irrevocablemente á la Francia. Como ordinariamente le salia bien al rey todo lo que manejaba por sí mismo, y esto le daba grande idea de su capacidad, tuvo la vanidad de avocarse con el conde de Charolois, ya duque de Borgoña, para arreglar un convenio que pedia astucia y destreza. No hay duda en que pensaba engañar á Cárlos el Temerario, y así le propuso que se viesen, lo cual se verificó en Perona, que estaba en los estados de Borgoña; y para inspirar mas confianza, se presentó Luis sin guardias.

Mientras conferenciaban, los de Lieja, ganados por el rey, y á quienes parece que este no habia señalado el preciso momento de romper, se sublevaron é hicieron piezas la guarnicion borgoñona. El duque, instruido del mal proceder del rey, le hizo arrestar, y le tuvo tres dias preso en la torre del castillo. Se sujetó Luis á toda especie de bajezas por salir del mal paso en que se habia metido, y no salió sino á fuerza de sacrificios, y obligándose á ir con el duque á Lieja no solo para ser testigo del castigo de sus protegidos, sino para cooperar por sí mismo con sus propias tropas; y toda su vida sufrió la confusion de esta imprudencia. Los parisienses, pueblo burlesco, enseñaron á sus pegas ó cotorras á repetir *Perona, Perona,*

hasta que sofocado el monarca, hizo matar en todas partes aquellas aves habladoras.

Era justo que un príncipe, que tanto gustaba de engañar, fuese también engañado. Pudiéramos citar muchos ministros que le fueron infieles. Uno de los más notables fue su último confidente, el cardenal de la Balúe, que mantenía correspondencia con el duque de Borgoña; la descubrió el rey, y le hizo encerrar en el castillo de Loche, en una jaula de hierro de ocho pies en cuadro, castigo que fue de la aprobación de todos por haberle inventado el cardenal, y haberle hecho sufrir á otros. Once años estuvo allí.

La muerte libró á Luis XI de los príncipes que más le estorbaban, de su hermano, que se cree haber sido envenenado, y de Carlos el Temerario, que pereció en una batalla en Lorena. Se cree que el rey había intentado deshacerse de él con veneno, y que el duque le había pagado en la misma moneda: sospechas muy honoríficas para aquellos príncipes. El duque de Borgoña no dejó más que una hija, de cuya menor edad se aprovechó el rey para invadir lo mejor de sus estados, queriendo más deberlo á la astucia y á las armas, que al casamiento que pudiera haber contraído el delfín su hijo con esta heredera.

Buscando el motivo de esta preferencia se cree que se halla en el carácter de Luis, el cual temía que, viviendo él, se hiciese su hijo muy poderoso con aquella alianza. Desde que llegó á hacerse dueño de sus negocios, tuvo á los señores y á todos los de la corte en la mayor sujeción. Una mirada suya hacía temblar á aquellos en quienes la fijaba: y buen ejemplo es de su carácter cruel y

vengativo el suplicio de Jacobo de Armañac, duque de Namur, hombre á la verdad cargado de delitos; pero que hubiera quedado sin castigo si el rey no se le hubiera dado por algunas ofensas personales. Hizo degollarle, y mandó que estuviesen sus hijos en el cadahalso, para que cayese sobre ellos la sangre de su padre. ¡Rasgo de la inhumanidad mas atroz!

La vida doméstica de Luis era severa y triste. Dice su historiador, que era naturalmente amigo de gentes del estado medio; pero su favorito principal era Olivier, llamado el Gamo, que habia sido su barbero. Con estas gentes gastaba mas familiaridad que la que conviene: y si por ello le reconvenian respondia con una máxima verdadera, pero cuya aplicacion no entendia bien: *Cuando el orgullo va delante, cerca vienen caminando la perdicion y la vergüenza.* Se vestia y se presentaba de un modo que no causaba respeto; pero inspiraba temor, que era lo que él pretendia. Poco temian que hacer sus ministros, porque decia, "que él en su cabeza llevaba todo su consejo." Se dice que era muy fácil en hablar de todos, menos de aquellos que le eran temibles, porque era de carácter harto medroso. De esta pusilanimidad procedia su supersticion, y ningun rey la manifestó con mas señales exteriores de devocion, ni practicó mas menudencias. Prometia y juraba cuanto querian; pero nunca quiso jurar sobre la *cruz de san Lo*, por estar persuadido á que morian dentro del año los que faltaban á este juramento, y como siempre estaba dispuesto á no cumplir su palabra, no queria esponerse. Pero juraba gustoso sobre una pequeña imágen de la Virgen, y de



Crueldad de Luis XI.

Merecia sin duda por sus delitos perder la vida el Duque de Namur Jacobo de Armañac; pero queriendo al mismo tiempo Luis XI desahogar su odio personal, mandó no solo degollarle, sino que sus hijos estuviesen en el cadalso para que cayese sobre ellos la sangre de su padre, haciendoles partícipes de la pena para agrabar la de aquel desgraciado. Eni Rey, era hombre el que fué capaz de dictar tal castigo?

plomo, que llevaba en el sombrero. En su última enfermedad se rodeó todo de reliquias haciéndolas llevar de todas partes, hasta la santa Ampolleta que sacó de Reims. Corria entonces en Calabria la reputacion merecida de santo á favor de san Francisco de Paula; y como en la opinion de Luis, todo santo debia hacer milagros, le llamó para que le diese la salud; pero no se contentó con que el santo le dijese, que solo podia rogar á Dios que le sanase, porque este enfermo no pedia oraciones. Murió á los sesenta y un años de edad.

Fue, como hemos visto, mal hijo y mal marido, pues no tuvo para Carlot^a de Saboya, ni aun aquellas atenciones exteriores que la pudieran hacer sufrir con paciencia sus infidelidades y caprichos. Para con su hijo fue padre indiferente, pues le hizo criar lejos de sí, y raras veces le veia. Algunos dias antes de su muerte le llamó, y le dió estos consejos dignos de un monarca prudente y virtuoso: "que amase la paz: que viviese en buena inteligencia con sus vecinos, y que tratase á sus vasallos con equidad y dulzura." Fue Luis XI favorecido de las casualidades, porque cuantos podian hacerle frente, y contener su ambicion y codicia, murieron antes que él. Se apropió sus despojos con los diferentes pretextos de homenaje, herencias, hipotecas, y aun reversiones á la corona, soldandolo todo como queria. Es cosa particular, dice un historiador, que diese realce á la autoridad real, al mismo tiempo que su modo de vivir, su carácter, y todo su exterior parecia que debieran envilecerla. Reunió bajo de su cetro el Anjou, el Maine, el Barois, la Provenza, casi todo el Ar-

tois, muchas ciudades de Picardía, el Rosellon, la Cerdania, y el condado de Bolonia.

Años
de J. C.
1483.

Como Cárlos VIII era mayor de edad, no hubo regencia propiamente tal: y segun las disposiciones de Luis XI, fue puesta la autoridad en manos de Ana de Baujeu su hija, hermana del nuevo rey. Luis, duque de Orleans, y el duque de Borbon, príncipes de la sangre los mas cercanos, quisieron disputar esta especie de tutela á madama de Baujeu; pero ella apeló á los estados generales, y la confirmaron en su autoridad: decision que hace honor á la eleccion de Luis XI, y al objeto de ella. A la verdad gobernó con mucha prudencia.

Se creyó que debia darse satisfaccion á la impaciencia pública con el castigo de tres insolentes favoritos. A Olivier el Gamo, que de barbero habia llegado á ser conde de Melun, le ahorcaron por adúltero y homicida. A Juan Doyac, que tambien habia subido de baja estraccion á una dignidad en el parlamento, y se habia llenado de riquezas, despues de haberle azotado por las calles de París, le cortaron la lengua y una oreja, y le llevaron á Auvernia, en donde habia sido gobernador. Le cortaron la otra oreja en Montferand su patria, y le volvieron á azotar; pero tan bien habia ocultado sus tesoros, que no pudieron descubrirlos. El tercero era un médico llamado Jacobo Coctier, á quien Luis XI no se atrevia á negar cosa alguna, ni á castigar su insolencia. "Bien sé yo, decia descaradamente al débil príncipe, que algun dia me tratareis como á los otros, que me hareis poner en la cárcel, ó me quitareis la vida; pero tampoco vivireis tres dias despues de mi muerte." Se con-

tentaron con desterrarle, rescatando él sus riquezas con una fuerte multa. Buenos avisos para los intrigantes que se introducen en las cortes.

No estuvo por mucho tiempo el duque de Orleans sujeto á la decision de los estados: hizo cuanto pudo por apoderarse de la autoridad, y aun levantó algunas tropas. Lo que mas molestaba á madama de Beaujeu era que este príncipe afable, condescendiente, y dotado de amables prendas, lograba mucho crédito con el jóven rey. No obstante consiguió separarle, y él se retiró á Bretaña empuñando al duque en adoptar sus querellas. Hubo una batalla: la perdió el duque de Orleans, y le hicieron prisionero. Tres años despues fue el rey en persona á sacarle de la torre de Bourges, en donde le tenian encerrado, y le encargó que negociase su casamiento con Ana, heredera de Bretaña.

Era muy pretendida esta princesa; y el pretendiente mas bien recibido habia sido el mismo duque de Orleans; pero no obstante, por la tranquilidad de la Francia y la Bretaña, tuvo la generosidad de persuadirla á que se casase con Carlos VIII. Este jóven monarca, lleno de buenas intenciones, se dejaba fácilmente llevar de falsos proyectos. Le persuadieron la conquista del reino de Nápoles, en el concepto de que le pertenecia por heredero de la casa de Anjou, diciendole por otra parte que era un objeto de gloria conveniente á un príncipe jóven, en quien seria vergonzoso no hacer alguna ilustre hazaña. Se llenó Carlos de ideas gigantescas: juntó un ejército, atravesó la Italia sin oposicion, entró en Roma como vencedor y señor, subyugó el reino de Nápoles á escepcion de una ciudad: y aunque á la vuelta le acometió un

formidable ejército de príncipes coligados de Italia, le derrotó, y entró en Francia triunfante, pero arruinado. No escarmentando con esta prueba, meditaba una nueva expedición contra el mismo reino de Nápoles, del cual habían echado á sus soldados sin dejar uno; pero murió de accidente á los veinte y ocho años de su edad con el sobrenombre de afable y civil.

Años
de J. C.
1498.

Luis XII, duque de Orleans, amenazado por las intrigas de la corte, temia la prision ó la desgracia, cuando la muerte de Carlos VIII, que no dejó hijo varon, le abrió el camino al trono. Era nieto del duque de Orleans, y hermano de Carlos VI, el asesinado por el duque de Borgoña. Al ver á Luis XII en medio de la corte de su predecesor, parecia que siempre habia sido suya, porque no hizo mutacion alguna, y se quedó con los mismo ministros. Los que habian tratado mal á Luis antes de ser rey, no espermentaron venganza ni disfavor; porque decia: "No pertenece al rey de Francia castigar las injurias hechas al duque de Orleans;" y así todos conservaron sus bienes y sus empleos: últimamente, nada desapareció sino la persona de Carlos VIII. Su viuda Ana de Bretaña, pasado un año por el bien parecer y las formalidades necesarias para separar á Juana, hija de Luis XI, con quien siendo duque de Orleans, se habia casado contra su gusto, volvió al trono y al lecho del nuevo rey. Hasta en la guerra se pareció á su antecesor, pues la introdujo en Italia, y no como rey de Nápoles, pues abjuró el supuesto derecho de heredero de la casa de Anjou, sino como representante de su abuela Valentina de Milan, heredera legítima de este ducado.

Se hizo Luis XII formidable á las dos repúblicas de Génova y Venecia. La primera, humillada y sometida, recibió severas leyes; la segunda, soberbia por sus riquezas, no solo se vió abandonada de sus aliados, sino tambien acometida por una liga, cuya cabeza y agente era el rey de Francia. Evitó Venecia su ruina á costa de sacrificios y humillaciones. En esta guerra hicieron gran papel los papas Alejandro VI y Julio II. Pero Luis XII, ya enemigo, y ya reconciliado, no usó de todo su poder contra ellos por complacer á su esposa Ana de Bretaña, que era muy temerosa de Dios, y así con su mucha condescendencia perdió en Italia las conquistas que habian costado tanta sangre y dinero á la Francia.

Esta es la única falta que pudo reprenderse en este príncipe afable, accesivo y compasivo. Ningun monarca respetó mas la libertad de sus vasallos. Debieramos desear que los que tienen autoridad para condenar á cárcel, hubiesen antes experimentado, como este rey, las inquietudes de un preso, sus disgustos é impaciencias. Tambien se extrañó su casamiento á los cincuenta años de su edad con María, hija de Henrique VIII, rey de Inglaterra, que no pasaba de los diez y siete; pero no se le retardó mucho tiempo la pena de esta culpa; porque le hizo mudar todo su modo de vivir. Acostumbrado á comer á las ocho, le era preciso comer al mediodia: y cuando antes solia acostarse á las seis de la tarde, tenia muchas veces que acostarse á media noche. Estas condescendencias con la esposa jóven, le llevaron al sepulcro dos meses y medio despues de su casamiento. Era demasiado económico, y los cortesanos codiciosos le hicieron

sobre este punto sátiras, y aun le representaron en el teatro; pero lejos de enojarse por ello dijo: "Mas quiero que mis vasallos se rian de mi economía, que el que lloren de ver que los despojo." Con efecto, disminuyó los impuestos en mas de la mitad, y no volvió á crear alguno. Por último, la murmuracion de la crítica, si alguna mereció, quedó sepultada con esta proclamacion del pregonero público cuando anunció su muerte: *Rogad á Dios por el buen rey Luis, padre del pueblo.* No puede hacerse mejor oracion fúnebre.

Años
de J. C
1515.

Su sucesor Francisco I, que venia del mismo tronco, el duque de Orleans y Valentina de Milan, distaba de la corona un grado mas que Luis XII, que no dejó hijo varon. Era de caracter caballeresco, quiero decir, apasionado por las armas: ponía su gloria en desafiar los peligros, y esponerse á las aventuras sin detenerse en los riesgos, ni prever las consecuencias. Casi al subir al trono se le ofreció ocasion de egercitar su valor contra los suizos. Habian hecho estos pueblos, en tiempo de Luis XII, una irrupcion en Francia, de la cual salieron bajo de la promesa de darles cierta suma de dinero. Vió Francisco que no se la habian pagado, y por consiguiente los halló muy descontentos cuando pasó los Alpes para ir á tomar el Milanésado. Hubo en Mariñan una batalla sangrienta que duró dos dias; y aunque fue mas ventajosa para los franceses que para los suizos, en ella aprendieron las dos naciones á mirarse con estimacion, y desde entonces siempre tuvo Francisco I compañías suizas en sus tropas. Se aseguró pues del Milanésado, y dejando guarniciones volvió triunfante.

Jóven, ambicioso, y ya vencedor, hizo su

pretension á la corona imperial; pero la obtuvo Carlos V, que sabia negociar mejor. Este fue el origen del odio que se profesaron estos dos príncipes, iguales con corta diferencia en la edad y en el poder; y por las constantes felicidades del emperador, se vió quanto puede mas la prudencia que el valor destituido de consejos. Carlos se hizo dueño, por decirlo así, de los sucesos; y todo le venia bien para dar que hacer á su enemigo. Mas de una vez quitó á Francisco I los aliados, que por su mismo interes debieran serle fieles, y uno de estos fue Henrique VIII, rey de Inglaterra. El frances y el ingles se habian jurado amistad sincera en una entrevista, cuya magnificencia fue célebre por entonces. El lugar de la concurrencia se llamó *el campo de la tela de oro*; pero los juramentos de Henrique VIII, no obstante su estimacion y afecto á Francisco I, casi nunca se sostuvieron contra las diestras sollicitaciones de Carlos V.

Una de las mayores desgracias de Francisco I, y que causó otras muchas, fue la desercion del condestable de Borbon. Dicen que á este señor le puso en la necesidad de dejar la Francia madama de Angulema, madre del rey. Le habia gustado mucho en un viage que hizo á la corte, en tiempo de Luis XII; y cuando ella se consideró en cierto modo sentada en el trono con su hijo, se imaginó que no dudaria Borbon aceptar su mano; pero no solamente no quiso admitirla, sino que, lo que nunca es disculpable, dió para negarse motivos que ofendian al caracter y hermosura de la princesa, la cual, aunque nada jóven, no dejó de sentir la crítica de sus gracias, por lo que se convirtió su amor en el odio mas violento. Incurrió el

rey su hijo en la flaqueza de no reprimir los efectos de este odio, que no se dirigian menos que á arruinar al condestable con una acusacion injusta.

Se pasó Borbon al servicio del emperador, y Francisco I sintió perder tan gran capitán, cuando se hallaba en guerra con Carlos V. Avanzó el rey felizmente á Italia, y puso sitio á Pavia: no tenian los generales del emperador suficientes tropas para librar la ciudad, que estaba ya para rendirse, y el condestable les llevó doce mil alemanes levantados á sus espensas. La prudencia dictaba al rey que se retirase; pero él hizo punto de honor la toma de la ciudad. "Señor, le decia Mr. de la Trimouille, en la guerra el verdadero honor es el salir bien, y no hay razon que pueda jamas justificar una derrota." Por no oir con docilidad una reconyencion tan discreta, esperó Francisco I al enemigo, que le venció y le hizo prisionero.

Cárlos V no fue tan generoso que no pidiese por su libertad más promesas que las que debiera creer que el rey habia de cumplir en viéndose libre. Las infracciones de este tratado fueron entre los dos causa de nuevas guerras, bravatas, y desafíos insultantes. Estos procedimientos, que son reprehensibles aun entre particulares, no impidieron que Cárlos V se fiase de la palabra de Francisco I, á quien habia insultado, para pasar por la Francia con solo un salvo conducto de este príncipe, ni que fuese magníficamente recibido, y amigablemente tratado. Faltó el emperador á la promesa de dar la investidura del ducado de Milan al hijo segundo del rey, por lo que se encendió una nueva guerra: mas como se iba apagando la actividad de los dos rivales, tambien se apagó la guerra; y

Francisco I, que ni un dia de su reinado habia estado en paz, se halló en ella cuando murió á la edad de cincuenta y tres años. Fue un rey noble, generoso y magnífico, que mereció el glorioso título *de padre y restaurador de las letras*.

Tenia Henrique II veinte y nueve años cuando subió al trono; y Ana de Poitiers, duquesa de Valentinois, su amiga, tenia cuarenta y siete. Esta supo fijar su corazon hasta la muerte con gran disgusto de su esposa Catalina de Médicis, herida de la doble pesadumbre de verse privada del amor de su marido, y de mirar el dominio en manos de otra. Trece años de reinado fueron trece años de guerras exteriores, al mismo tiempo que duró en lo interior de la Francia una paz constante, á pesar de las intrigas de corte, y de que fue preciso perseguir á los protestantes. Francisco I, que dió el egemplo en esto, se arrepintió, pero Henrique II no se negó al horrible espectáculo de ver quemar vivos á muchos de estos sectarios; y aunque le conmovieron los gritos de aquellos infelices, no por eso dejó de espedir contra ellos edictos fulminantes, con lo que se iban fomentando el odio y el furor, que despues hicieron tan encarnizadas y crueles las guerras civiles. Salió herido en un ojo Henrique II de una lanzada en un torneo, y murió de esta herida á los cuarenta y dos años de su edad. Si hubiéramos de dar á este príncipe algun caracter, sería el de haber sido poco constante en sus proyectos políticos; haber permitido variaciones perniciosas en los negocios, y haber adoptado con demasiada facilidad las ideas del último que le hablaba. Por otra parte era afable, cortés, valiente como su padre, y caballero leal.

Años
de J. C.
1547.

Con él acabó aquella institucion que dió los Pothon, los Lahire, los Bayard, y otros muchos caballeros, llamados como este último, *Caballero sin miedo y sin defecto*, dos palabras que ellas solas designan las prendas que constituyen al verdadero caballero, á saber: el valor y el conjunto de todas las virtudes sociales. Ya queda notado que en la recepcion de los caballeros se usaban unas ceremonias religiosas y otras galantes, que habia entre ellos confraternidad, y que practicaban la hospitalidad con gran gusto y esmero. La llegada de un caballero al castillo de otro, era una fiesta, y los *Trobadores* con los *Ministriles* (poetas y músicos ambulantes) ponian en verso, y cantaban los grandes hechos de armas de aquellos valientes, y encendian en los caballeros jóvenes el deseo de imitarlos. No tanto fue la muerte de Henrique II, por la herida que recibió en el torneo, la que destruyó esta sociedad, como el uso de las armas de fuego, con el cual se ha mudado el ataque, la defensa particular, y el orden de los combates.

Años
de J. C.
1550.

Todo el reinado de Francisco II fue una conspiracion. Tenia diez y seis años; y los Guisas, segundos de la casa de Lorena, casándole con Maria Estuardo su sobrina, se tomaron toda la autoridad. Antonio, rey de Navarra, y Condé príncipe de Borbon, procuraron tener en ella alguna parte; y ayudados de Coligni y otros mal contentos, proyectaron apoderarse del rey, que estaba en el castillo de Amboise, para gobernar en su nombre. Se descubrió la conjuracion: tres de las cabezas fueron castigados en presencia de la reina madre y de las damas de la corte: y hasta mil y doscientos fueron ahorcados, anegados ó dego-



Henrique II herido en un torneo.

El arte de pelear, aunque fatal, ha sido necesario siempre. De este arte procedió el llamado orden de caballería; y de este los torneos en que constituían una especie de festejo legal las mas difíciles y arriesgadas suertes de armas. En una de estas fué herido en un ojo Henrique II, y murió de esta herida. ¡ Ah, guerra! ¡ Posible es que ni pacífico pueda ensayarte el hombre sin que le seas funesta!

llados. Corria la sangre por las calles de Amboise.

Hicieron proceso al príncipe de Condé y al rey de Navarra: al primero le condenaron á muerte; pero no resultó cargo alguno contra el segundo. Iban á egecutar la sentencia contra Condé, y por falta de pruebas, trataban de asesinar al de Navarra, cuando murió de repente Francisco II á los diez y ocho años de edad; de un absceso en la cabeza. La conjuracion de Amboise fue el primer suceso de la guerra civil, que abrasó á la Francia por espacio de cuarenta y cinco años; y fue la que puso una línea de demarcacion entre los católicos y los reformados, llamados protestantes ó hugonotes. Entonces hubo en la corte dos facciones bien declaradas, y dos partidos bien distinguidos en el reino.

La muerte precipitada de Francisco II mudó en un instante el aspecto de la corte. La reina madre, despreciada de los Guisas durante su autoridad, fue buscada de estos, porque conocian su imperio sobre Cárlos IX, que no tenia mas que diez años; pero no se dejó prender de sus lazos y fue separando, por medio de insinuaciones y con dulzura, las cabezas de partido, logrando así gobernar con bastante tranquilidad. No agradaba esta calma á Francisco de Guisa, que se hizo jefe de los católicos; y como necesitaba de la guerra, la empezó quitando la vida á los protestantes mientras oían el sermón en Vassi. Acceptaron sus rivales esta especie de desafio, hicieron con furor la guerra, y mataron á Antonio, rey de Navarra, que estaba sitiando á Ruan. A Guisa le asesinaron al pie de las murallas de Orleans cuando la tenia en grande estrecho. El príncipe de Condé habia que-

Años
de J. C.
1560.

dado herido, y fue hecho prisionero en la batalla de Dreux. La muerte de dos cabezas y la prision de la otra, proporcionaron la conclusion de la paz, manejada por Catalina, y se hizo con condiciones equitativas; pero no duró, porque Condé no adelantaba con ella, y así intentó con *Coligni* sorprender la corte en Mouseaux; bien que esta se puso en salvo en Paris. Pelearon en la llanura de san Dionis, pero no fue decisiva la batalla. El condestable de *Montmorenci*, comandante del ejército católico contra su sobrino *Coligni*, que era con el príncipe de Condé general de la protestante, perdió la vida. Se hizo de nuevo la paz, pero no fue mas estable que otras veces. Se dió una batalla en Jarnac; y el príncipe de Condé, herido en el campo, fue asesinado á sangre fria. Salvó *Coligni* las reliquias del ejército protestante: volvió á presentarse en Montcontour, en donde fue derrotado; pero se retiró como vencedor. En estas dos ocasiones mandaban á los católicos Henrique, duque de Anjou, hermano menor de Carlos IX, que fue despues rey con el nombre de Henrique III, y Henrique, príncipe de Bearne, hijo de Antonio y de Juana de Navarra, que tambien fue rey luego con el nombre de Henrique IV. Este hacia entonces sus primeros ensayos en las armas á vista de *Coligni*. Sin embargo de las victorias que lograron los católicos, todavia consiguieron los reformados una paz honorífica.

Viéndolos indestructibles con la fuerza, resolvieron Catalina y su consejo deshacerse de ellos de otro modo. Atrajeron las principales cabezas de los reformados á la corte, á pretesto del casamiento del jóven príncipe de Bearne con la princesa

Margaritá , hermana de Cárlos IX. La reina Juana , que llevó en persona á su hijo , murió casi de repente ; y si fue con veneno , le disimularon de modo que los señores protestantes nada rezelaron por este suceso. Se dejaron todos ellos sorprender en París , como en una red , y perecieron asesinados en la noche de san Barthelemi del año de 1572 en la capital y en todo el reino , con las mas bárbaras circunstancias.

Cárlos IX pronunció contra el jóven rey de Navarra su cuñado , y contra el príncipe de Condé , hijo del que mataron en Jarnac , esta terrible sentencia en tres palabras : *Misa , muerte ó bastilla*. Doblaron todos la cerviz , y creyó el rey que teniendo sujetas las cabezas habia esterminado su partido ; pero este se sostuvo en las provincias , y bien presto halló protectores en la corte , de donde habian salido el de Navarra y Condé. Francisco , duque de Alenzon , último de los hermanos del rey , con el apoyo de los reformados , quiso exigir de él algunas gracias ; y los rebeldes , que Cárlos IX creyó destruir bañándose en su sangre , volvieron á presentarse como espantosos espectros cerca de su sepulcro. Se habian juntado en la Normandía ; y para no caer en sus manos se vió precisado á huir del castillo de san German , en donde esperaba la muerte en su última enfermedad. Murió pues entre grandes y crueles dolores á los veinte y cuatro años de edad.

Henrique III se hallaba en Polonia , cuya corona le habian dado con grande satisfacción de su hermano Cárlos IX , que se alegró mucho de ver distante de sí este objeto de su rezelo. A los veinte y tres años puso la corona de Francia en su cabe-

Años
de J. C.
1574.

za, adornada ya con los laureles de muchas victorias. Su madre, mientras le esperaba, gobernó con habilidad y destreza. Cuando llegó Henrique dió buena idea de su administracion por una aparente neutralidad entre los partidos, su firmeza en las resoluciones y su aplicacion á los negocios; pero no duraron mucho tan bellas disposiciones.

Tenian contra él los reformados presunciones bien fundadas, como que le consideraban cómplice en la matanza de *San Barthelemi*, y no se fiaban de sus demostraciones de neutralidad, ni de su fidelidad en cumplir sus palabras, porque le conocian inconstante, variable y muy espuesto á ser engañado. A la verdad, la reina madre, cuyo fin era gobernar, consiguió que se cansase de los penosos cuidados del reino, y le presentó placeres fáciles con que adormecerle en la indolencia de la sensualidad, favoreciendo y aun escitando sus pasiones con una condescendencia, no solamente indigna de una madre, sino tambien de una muger honrada. Llegaron á creer que ultrajaba en sus escesos á la naturaleza; y si la respetó, sus desórdenes llegaron á ser tan licenciosos, que públicamente llamaban galanes á sus favoritos.

Pensó Henrique en ganar ó conservar la estimacion de los católicos con demostraciones afectadas. Con este fin estableció hermandades de penitencia y asociaciones familiares, distinguidas entre sí con los colores blancos, azul y negro. Le vieron asistir descalzo á sus procesiones con un saco y un capucho, en que se escondia la cabeza; pero los gefes católicos le quitaron el fruto de su ridícula afectacion descubriendo su torpeza. Tambien hacian sospechosa la religion en Henrique, publican-

do que la tranquilidad con que dejaba vivir á los protestantes, no tanto era temor de su poder como afecto que les tenia.

Estos gefes católicos eran los dos hijos del duque de Guisa, asesinado en Orleans, uno cardenal, muy atrevido en los consejos, otro guerrero é intrépido en la egecucion: el tercero, llamado el duque de Mayena, era todavía muy jóven para hacer figura. Observando la indolencia del rey, con la sospecha de que por sus escesos no tendria sucesion, y viendo que no habia á su lado otro que el duque de Alenzon, soltero y de genio mezquino, no se duda que el duque de Guisa pensó procurarse la corona con el apoyo de los católicos, en perjuicio del rey de Navarra, heredero presuntivo y que habia vuelto al partido protestante. Henrique III favoreció sin querer esta pretension con su imprudente conducta.

Se dejó quitar de los protestantes algunas plazas fuertes, como necesarias para su seguridad contra las empresas de los católicos: estos tambien dijeron que necesitaban de asilos; y habiendoselos negado, creyeron que estaban en el caso de unirse entre sí con juramento para defender su religion, que parecia abandonada por el rey. De aquí nació la *liga* ó *la santa union*. Permitió Henrique III, en lugar de reprimirla, que se estableciese, y cuando la vió ya fuerte, creyó que el mejor medio de destruir su proyecto era hacerse cabeza de la liga; porque así penetraria los secretos, y moderaria los movimientos; pero los Guisas no le dejaron mas que una autoridad aparente, reducida á la que en rigor era necesaria para dar con su nombre á la liga el aire de legitimidad.

Bien quisiera Henrique III mantener en balanza las dos ligas; porque tambien llamaba liga á los reformados que tenian sus plazas fuertes, sus gefes y sus tropas; pero jamas los católicos le permitieron la libertad de hacer la paz, y á pesar suyo le arrastraron á la guerra. Como no la hacia con el vigor que quisieran los coligados, dieron estos toda su confianza á los Guisas, y precisaron al rey á salir de la capital. Estando para ser depuesto en los estados de Blois, ó para experimentar suerte mas funesta, si hay alguna peor para un monarca, los hizo asesinar.

Estaba la liga tan bien cimentada, y el pueblo tan bien persuadido y declarado por ella, que aquellas muertes, muy lejos de restituir su poder á Henrique III, le pusieron en el mayor peligro. En una sublevacion general de los católicos, se halló el rey casi solo, perseguido de estos, y abandonado de los protestantes. Despertó en él con la desgracia su antiguo valor. El duque de Mayena, reconocido por gefe del partido de los Guisas en lugar de sus hermanos, perseguia de cerca á Henrique III, precisado á huir, y le encerró, por decirlo así, en los arrabales de Tours. Como un animal furioso se vuelve contra los cazadores que le estrechan, salió contra los de la liga: los derrotó, y los obligó á retirarse, y dejarle libre el paso para juntarse con el rey de Navarra.

Ya habia mucho tiempo que le persuadia este príncipe á que no se fiase de la liga, y le ofrecia sus servicios. Acometido con furor de los coligados bajo las banderas de Henrique III, los habia derrotado en Contras; pero despues de la victoria se estaba incierto é indeciso en los paises montuosos de

la Francia, mas acomodados para sostener una guerra defensiva, esperando con ansia saber qué resoluciones eran las de la liga contra él. No podia dudar que los Guisas dirigian sus tiros contra su persona desde que la muerte del duque de Alenzon le hacia heredero del trono. Supo con mucha alegría interior que habian muerto á este rival suyo ; pero tuvo la modestia de no manifestar su alborozo, contentandose con ofrecerse de nuevo á Henrique III. Este príncipe estaba irresoluto con el temor de que si se juntaba con los reformados confirmaria la noticia que se habia esparcido de ser inclinado á su secta; pero viendose reducido á un corto número de vasallos fieles, se determinó á llamar al rey de Navarra. Llegó este á buen tiempo para ayudarle á retirar los coligados de los muros de Tours.

Vamos á Paris, le dijo el príncipe lleno de valor y entusiasmo, y al punto marcharon. Gobernaban esta capital los Diezyseis, esto es: se hallaba dividida en diez y seis cuarteles; los que eran cabeza del consejo de cada uno se juntaban; y bajo la influencia de los gefes de la liga formaban sus decisiones, y las adoptaban todos los cuarteles. Sostenian al pueblo en sus ideas los oradores, que en un partido católico serian naturalmente los predicadores. Se esparcian muchos escritos á gusto del partido, pero no se permitian otros. Era grande el furor y la rabia contra Henrique III en esta grande ciudad; y con la noticia de la muerte del duque de Guisa, declararon haber caido del trono su asesino, y borraron su nombre de las oraciones públicas. Decian generalmente que sería accion meritoria quitarle la vida, y no faltó quien, por complacer á la duquesa de Mompensier, hermana de los Guisas,

tomó á su cargo este delito, y le egecutó. Herido del cuchillo de este asesino murió Henrique III en la edad de treinta y nueve años, cerca de Paris. Tenia las bellas prendas de valiente, elocuente y popular; y á no haber ocupado el trono le juzgarian digno de reinar.

Años
de J. C.
1589.

No hubo dificultades sobre el derecho de Henrique IV á la corona, sin embargo de haber mediado 333 años entre él y Roberto, sexto hijo de san Luis, y señor de la Baronía de Borbon, de quien descendia; aunque muchos señores católicos tuvieron por razon suficiente para abandonarle el ser protestante. La desercion de estos le forzó á levantar el campo delante de Paris, persiguiendole el duque de Mayena á Normandía, adonde se retiraba para ir á Inglaterra si le estrechaban mucho; però antes aventuró una batalla en Arque, y la ganó. Esta victoria le dió confianza para volver á Paris: le opuso Mayena otro nuevo egército en las llanuras de Ivry, y tambien este fue vencido. Se acampó Henrique delante de Paris, y hubiera podido tomarla por hambre si hubiera negado el paso á una multitud de viejos, mugeres y niños, que su gobernador, el duque de Nemurs, obligó á salir para economizar los víveres. Los generales del rey no llevaron á bien esta indulgencia; però dicen los historiadores que mas bien se espondria Henrique IV á la censura de todo el mundo que á las reconvençiones de su corazon.

Sabemos por esperiencia cuán presto pierde su fuerza el fermento de las guerras civiles quando los estrangeros no acuden á fomentarle. Los reformados habian apelado á los alemanes, y los coligados á los españoles. Felipe II, su rey, previendo que la



Batalla de Arque.

Abandonado por muchos de sus primeros vasallos Henrique IV quando acababa de tomar el centro, levantó el sitio de París; y perseguido por el Duque de Mayena quando huía para refugiarse en Inglaterra, quiso aventurar antes en Arque una batalla. Triunfó en ella, y este triunfo le abrió el paso á otras victorias con que afirmó su trono. No hay mas feliz recurso en las adversidades que la presencia de ánimo.

liga se veria aniquilada si tomaban á Paris, envió á su socorro al príncipe de Parma que hizo levantar el sitio. Se retiró Henrique IV, y dejó el curso libre á las intrigas que consternaban la capital. Dominaban en ella los Diezyseis; pero con tal despotismo é insolencia que irritaban al duque de Mayena. Habian hecho ahorcar por sospechosos á dos magistrados respetables; y Mayena en despique, mandó ahorcar á cuatro de los Diezyseis, con lo que se disiparon los otros, y quedó Paris en una especie de calma, divertido con el espectáculo de los estados que suponian haberse congregado allí. No aspiraba á menos el rey de España Felipe II que á hacer declarar reina de Francia á la infanta su hija; pero no halló al duque de Mayena dócil á sus deseos, y Henrique IV desconcertó los partidos volviendo á la religion católica, de la cual hizo pública profesion.

No bastó sin embargo esta novedad para ponerle desde luego en posesion de la totalidad de su reino, y se vió precisado á vencer con la fuerza algunas provincias; pero otras le reconocieron voluntariamente. Los reformados, descontentos por su conversion, se aplacaron con un edicto dado en Nantes. Los mas dificiles de contentar fueron los señores que le habian seguido en su desamparo: estos nunca se tenian por suficientemente recompensados, y así murmuraban y amenazaban. Se vió el rey en la precision de hacer un egemplar con el mas peligroso, y Biron pagó con su cabeza el haber tomado mal sus medidas.

Tuvo Henrique IV cuatro amigas conocidas, cada una de las cuales le dió hijos; y no se cuentan las ocultas. Es muy notorio que cuando murió iba

á poner en combustion á toda Europa por un galanteo. Sin embargo de tener ya blanca gran parte de la barba, se apasionó de la jóven Montmorenci, esposa de su primo el príncipe de Condé. Sacó este á su muger de la corte, y los dos hallaron asilo entre los españoles. Se dió Henrique por insultado con esta proteccion, y empezó con ardor los preparativos de una guerra formidable, aunque se cree que para ella dió muy distintos pretextos. Estas flaquezas le harian despreciable en la posteridad, sino las compensara con las prendas que constituyen un gran rey, cuales son los talentos militares, el deseo y el arte de hacer felices á sus pueblos, y el discernimiento en la eleccion de ministros. Con este motivo se acordarán todos de Sully, que tantas veces ha sido citado por modelo de buena administracion. Era Henrique IV bueno, franco, familiar, y con todo esto, le acometió el cuchillo de dos asesinos; y á los cincuenta y ocho años de su vida murió herido por otro tercero. Es una mancha en la reputacion de su amiga Henriqueta de Barsac, y en la de su muger, María de Médicis, que se dude entre las dos cual fue la que armó el brazo del delincuente. Dan por cómplices á algunos señores, á quienes este príncipe llenó de beneficios; pero aunque otros dicen que le vino el golpe de la corte de España, bien pudo suceder que el asesino fuese un malvado melancólico, y fanático, sin cómplices ni consejeros, como él lo dió á entender. A Henrique IV le llaman Henrique el Grande, y todos han aprobado generalmente este verso que puede servirle de epitafio: *Fue padre y vencedor de sus vasallos.*

Años
de J. C.
1610.

El reinado de Luis XIII su hijo, puede dis-

tribuirse en tres épocas: la de María de Médicis su madre, la del condestable de Luynes, y la del cardenal Richelieu.

María de Médicis solo reinó bajo de la dirección ó al arbitrio de Concini y Leonor de Galigaye. El primero fue un caballero pobre de Florencia, que pasó á Francia con la reina para hacer fortuna, y lo consiguió casándose con Leonor, hija de un artesano de Florencia, la cual habiendo ido con Maria de Médicis en calidad de criada de baja clase, llegó á ser su favorita. Cuatro años tuvo la reina la regencia de su hijo, el cual subió al trono á la edad de nueve. Entrado en la mayor continuó sin embargo su madre con las riendas del gobierno, rodeada de cabalas é intrigas.

Estaban á la cabeza de una multitud de mal contentos los principes de Condé y de Soissons: arrestaron al primero, y despues le dieron libertad. Levantaron tropas: pero los mal contentos no contaban tanto con la fuerza de las armas, quanto con los negociadores secretos que tenian al lado del rey. Persuadieron estos al jóven príncipe que la discordia solo provenia de la obstinacion de su madre en sostener un favorito indigno de sus bondades; y se convino en que fuese Concini sacrificado. Habia este conseguido que le diesen el baston de mariscal de Francia, sin ningun servicio militar, y únicamente porque le convenia. Despues se le dieron á Vitri, capitan de guardias, por haberle asesinado. A la reina la enviaron prisionera al castillo de Blois; y á Leonor la llevaron al suplicio como hechicera. Todos sus bienes se dieron á Luynes, que habia sido el alma de la intriga.

Tenia este dos hermanos, Brantes y Cadenet,

que cuando mas eran nobles provenzales, y de guardias del rey, consiguieron su favor con juegos pueriles; por lo que ni la reina ni su favorito desconfiaron de ellos, y los dejaron tomar imperio sobre el corazon del jóven Luis. Al principio de la revolucion que aseguró á Luynes la autoridad, hormigueaba la corte en intrigas: este era el camino de la fortuna, mas no todos llegaban á ella. Un tal Gignier se propuso fingir una conspiracion: fue á descubrirla á Luynes, esperando que le premiaria; pero examinado á fondo el asunto, se reconoció la falsedad. Estrechando al delator á que manifestase el motivo de su delacion, respondió de buena fe: "Viendo yo que las intrigas son de moda, formé una para adelantar, y por desgracia no me ha salido bien." Esto á Gignier le pareció solo una burla pesada; pero la pagó con su cabeza.

Conservó la reina madre en su destierro tantos mas partidarios, á proporcion que Luynes suscitó contra sí la envidia por su poder y sus riquezas. Se apoyó con el casamiento de la hija de uno de los principales señores de la corte, y sus hermanos contrajeron otros tambien útiles; pero los malcontentos sacaron á la reina de su prision, y tuvieron poder para darla un egército. Luynes, que era de un caracter dulce y pacificador, se concertó con ella: volvió María de Médicis á la compañía de su hijo, y á tomar influjo en los negocios. Con el fin de cortar el curso de estas intrigas, y tener ocupado á Luis, que manifestaba gusto á la guerra, dió Luynes, aunque amigo de la paz, algunos sentimientos á los reformados, hasta que tomaron las armas. Entró el jóven monarca con ardor en el nuevo camino que se le abria, y se distinguió en

él. Ganó en esto Luynes la espada de condestable, sin derecho mas legítimo que el de Concini y Vitri al baston de mariscales. A su dignidad juntó el condestable los sellos, de suerte que todo el poder se hallaba reunido en él; pero no le duró mucho, porque murió cuando elevado á la cumbre de los honores y de la potestad, iba á ser precipitado por haber perdido ya el favor.

María de Médicis se hizo árbitra del consejo, introduciendo en él á Richelieu, obispo de Luzon, que habia contribuido á reconciliarla con su hijo y con Luynes. El prelado que era un Argos en política, examinó la conducta de sus compañeros: vió que solo trabajaban por suplantarse en la confianza del rey: los dejó arruinarse unos á otros; y cuando los vió debilitados en número y en fuerza, los echó del consejo, poniéndose en su lugar, y rodeando la basa de su poder con algunos débiles puntalillos, de los cuales pudiera deshacerse si le estorbasen. Es verdad que á este ascendiente que tomó le dan otros origen mas laudable que las astucias de corte, pues dicen que se apoderó de Luis XIII por el camino de la estimacion, conociendo en él este príncipe la exactitud de su juicio, un sistema de gobierno bien seguido, miras prudentes, y medios proporcionados. Le esplicaba las causas y los motivos; y lo que todavía es mas eficaz, le procuraba los aciertos.

De este modo hizo al monarca dueño de los protestantes de Francia: sofocó la semilla de las guerras civiles con la toma de la Rochela. Se pasó el mar de verse contenido por un dique, y recibió un freno que no habia sentido desde el tiempo de Alejandro. A los ingleses que querian ope-

nerse á sus esfuerzos los hizo llamar á su isla con los alborotos que fomentó en ella. Llevó á Luis á Italia, haciendo que le acompañase la victoria en aquel pais tan estéril de laureles para los franceses despues de las guerras de Nápoles y Milan. En Flandes y en Alemania, la casa de Austria, que hasta entonces habia sido siempre agresora, se vió precisada á mantenerse sobre la defensiva. Empezó el comercio á florecer, la potestad real tomó fuerzas y se hizo respetar, los pueblos se vieron libres de la tiranía de los señores, y los castillos de estos fueron demolidos. Las ciencias, despreciadas durante la confusion de las guerras civiles, se cultivaron con esplendor sirviéndolas de asilo y de santuario soberbios edificios. En una palabra, la Francia, esqueleto descarnado, agotada de hombres y de dinero, volvió á su vigor y róbustez.

Tenia la reina madre en su mano gozar de todas estas ventajas en la corte de su hijo con todos los gustos que Richelieu solo pensaba en proporcionarla. Pero los envidiosos del crédito de su antiguo protegido la preocuparon contra él. La persuadieron á que un hombre que la debia su poder tenia obligacion de obedecer cuanto ella dispusiese bueno ó malo; y á que la menor resistencia, aunque acompañada de todas las atenciones que pueden suavizar una negativa, era una ingratitud y una afrenta. La dijeron sus aduladores, que en su poder estaba derribar aquel coloso que habia ella misma levantado. De lo mismo se lisongeaba ella; y aun blasonaba diciéndose á sí misma: "El ídolo que yo he formado yo le sabré destruir." Empezó María á intrigar, y se propuso arruinar al cardenal en el espíritu de su hijo.

Se trataba de crédito , de autoridad , de perder todo su poder ; y Richelieu no conocia lenitivos. Por el ascendiente que logran las almas fuertes sobre las débiles , despues de un ligero eclipse , volvió á tomar mas imperio que nunca en el corazon de Luis. Le mandó hacer los sacrificios que tuvo por necesarios para sostener su propio poder. Arrestaron á la reina madre ; pero esta en lugar de ceder , y entrar en composicion , huyó á Alemania, en donde se consumió en la pobreza ; las súplicas mas humildes no bastaron para mover al inexorable ministro , ni conseguir de él el permiso de volver á Francia. Murió en el destierro y la miseria. Hicieron sospechosa á la reina jóven , que se habia prestado á los designios de su suegra. La miró su esposo siempre con frialdad ; y si llegó á ser madre , lo debió á alguna casual sorpresa de la indiferencia con que la miraba su esposo.

Gaston , hermano del rey , por demasiado condescendente con los enemigos del ministro , se vió esclavo en medio de la corte ; y si huyó de sus cadenas y tomó las armas , fue para desacreditarse sin recurso en el espíritu de su hermano , y no volver á su gracia sino por mediacion del prelado , siéndole preciso deber esta obligacion á su enemigo. El conde de Soissons , príncipe altivo , firme en sus resoluciones y contrario peligroso , se vió ímpelido á rebelarse ; y si logró feliz suceso , se precavieron las consecuencias con su muerte , efecto de la casualidad , ó procurada en el campo de batalla. Solo Condé supo no solo preservarse de la desgracia , sino aumentar su casa en autoridad y riquezas por medio de alianzas con el imperioso cardenal.

No perdonó este á señor alguno de los que le eran contrarios, ó tuvo por tales. Puylaurent, favorito de Gaston, á quien el prelado habia dado una sobrina en casamiento, fue puesto en una cárcel por sospechas de no ser enteramente afecto á su tio, y allí murió. Montmorenci tomó las armas en favor de Gaston: en esto á la verdad era culpable; pero tambien habia salvado la vida á Richelieu, en una ocasion en que ya estaba el puñal levantado contra él; sin embargo no pudo conseguir gracia, y murió en un cadalso. Culpas, que apenas merecian una multa, sirvieron de pretesto para condenar al mariscal de Marillac; pero su verdadero delito fue que en una junta de enemigos del prelado, en la cual se deliberaba sobre el modo de deshacerse del ministro, habia opinado que se le pudiese en tela de juicio; persuadido á que en una administracion grande no podria faltar algun gran yerro, para condenarle á muerte. Richelieu le castigó con la pena del Talion.

Por último, arrancó del corazon del rey cuanto afecto y bondades dispensaba al jóven Cinquars, su favorito, más atolondrado que perverso; pero aspiraba á ser rival en la estimacion con Richelieu: y siendo este el mayor delito que podia cometer, le cortaron la cabeza á los veinte y dos años de edad; y lo mismo le sucedió á su amigo Dethou, aunque no se le pudo probar delito. Nadie dudó en atribuir estas muertes al cardenal; pues así que murió éste mandó el rey poner en libertad á todos los infelices que esperaban la sentencia, y llamó á los desterrados: probando claramente con esto que hasta entonces habia reinado el ministro. No le sobrevivió Luis XIII medio año, y murió á los cua-

renta y dos de edad. Le llamaron el justo y el severo; y aunque pueden ir juntos estos dos epítetos, si se le hace responsable de la impía dureza del ministro, todos confesarán que le conviene mas el de severo que el de justo.

Nació Luis XIV despues de veinte y tres años de un matrimonio estéril, y no tenia mas que cinco cuando sucedió á su padre. Declararon los parlamentarios á la reina por regente; pero con admiracion de toda la Francia, Ana de Austria, tan ofendida del cardenal de Richelieu, tomó por ministro al cardenal Mazarino, hechura de su perseguidor. Dijo un poeta: *El mundo es una obra escénica*; y siguiendo esta idea hemos visto en el reinado de Luis XIII la tragedia llena de catástrofes y corriendo sangre. En tiempo de Mazarino veremos el juego de las pasiones menos violentas por los autores de la *honda*. La mayor parte del reinado de Luis XIV puede pintarse como un espectáculo de grandes máquinas, dispuesto para sorprender, pero en que al fin solo quedan las ruinas de aquella magestad teatral, y se desvanece la ilusion.

Cuando cesó el miedo, inspirado por el terrible Richelieu, y empezó á aclararse la triste sombra que el severo Luis XIII habia estendido sobre su corte, las personas que habian sido perseguidas por afectas á la reina, ó á quienes habia tocado parte de sus persecuciones, se llenaron de pretensiones y esperanzas. A estos llamaron *los importantes*; porque así hombres como mugeres se imaginaban con derecho para mezclarse en los negocios, creyendo que debia deferirse á su parecer. Ellos protegieron altamente y desgraciaron; pero la reina

Años
de J. C.
1643.

se cansó de su *importancia*, y enviando á las mugeres á sus tierras, se libró de los hombres con algunos meses de prision.

Se impacientó Ana de Austria por las representaciones del parlamento con motivo de algunos impuestos: y este tribunal, soberbio por haberla dado la regencia, tomó como promesa inviolable la urbanidad con que la reina ofreció á las cámaras del parlamento, que se gobernaría por sus consejos. Poco seguidos estos por la reina, los elevaron ellos á sentencias que la regente anuló, dando ocasion á murmuraciones. Entró el pueblo en el mismo descontento de los magistrados, y manifestó disposiciones para sostenerlos. El duque de Anguien, héroe de veinte y dos años, y coronado de los laureles recogidos en Rocroi, se presentó para reprimir al paisanage indómito. Llenos de orgullo, por haber sido útiles á la reina, el príncipe y los oficiales jóvenes que le rodeaban, tomaron cierto aire de altivez, por lo que los llamaron *Señoritos*.

No solamente disgustaron sus servicios á la reina, sino que castigó su atrevida presuncion con la desgracia. Atribuyeron ellos la fortaleza de la regente á los consejos de Mazarino; y todos los partidos se declararon contra él, ya reunidos y ya separados, siendo como el blanco adonde se dirigian los tiros de los mal contentos. A la faccion que le era mas contraria la llamaron la *honda*, y esta se dividió en grande y pequeña. Todas las facciones durante estos alborotos, aunque conservaban los nombres, mudaron muchas veces de interes, porque tambien hubo una *honda* favorable á Mazarino.

Entre tanto que duraban estas intrigas domés-

ticas, se hacia la guerra con felicidad contra los españoles en las fronteras. Daba el jóven monarca mayores esperanzas al paso que iba creciendo, y lo interior del reino estaba tranquilo y muy bien gobernado. Evitaba Mazarino con destreza los ataques de los envidiosos; pero tenia uno con quien no podia hacer paces ni treguas, por ser un rival que aspiraba á derribarle y colocarse en su lugar. Este era el famoso Condi, coadjutor de su tio, obispo de París, y despues cardenal de Retz; y él era el alma de todas las intrigas contra Mazarino.

Este suministró inconsideradamente el pretesto á las malas intenciones de sus enemigos; porque hizo venir de Italia una hermana, una cuñada y un tropel de sobrinos; y desde luego se creyó que no habia llamado á aquella familia sino para enriquecerla. Se la represento en los papeles como una carga del estado, al mismo tiempo que la corte pedia nuevos impuestos. Se negó el parlamento á registrar estos edictos: se obstinó la corte; porfió el parlamento, y declaró al cardenal perturbador de la pública tranquilidad y enemigo del estado. La corte dejó á París y le puso sitio.

No obstante, se hizo la paz. Condé y sus hermanos, que habian tenido á su cargo el sitio, pusieron precio muy alto al servicio que habian hecho en aquellas circunstancias. Los hizo Mazarino arrestar, y no cabian de gozo los parisienses viendo en prision á los que los habian sitiado; pero tomó la honda nuevas fuerzas, y se vió precisado el cardenal á ir á romper los grillos de los que habia encarcelado, y á dejar el reino. En París se hicieron fiestas de fuegos por el regreso de los principes. Consiguó Mazarino una composicion que le

permitió volver; pero se descompusieron otra vez. Se halló la corte espuesta á verse encerrada en la capital; pero se puso en salvo. Mazarino fue proscrip- to, se puso precio á su cabeza, con grande aplauso de los parisienses, y salió del reino segunda vez. La corte anduvo errante por las provincias, juntó en ellas un egército: y tambien Mazarino envió de Alemania un buen cuerpo de tropas. El parlamento, para sostener sus resoluciones contra el prelado, hizo por su parte reclutas, de suerte que bajo de los muros de París habia cuatro egércitos. No obstante, solo hubo un combate, y muy funesto para Condé, enemigo irreconciliable de Mazarino; y en él hubiera perecido este príncipe á no haberle salvado de lástima los parisienses, recibién- dole en sus muros; aunque le obligaron á salir del reino. Volvió á entrar Mazarino triunfante de todos los partidos: le recibieron los parisienses con grandes demostraciones de júbilo: le felicitó el parlamento formado, y le hizo los mas pomposos elogios. Pusieron preso al cardenal de Retz: huyó de la prision: perdió el obispado de París, y fue á pasar una vida obscura en una pequeña ciudad de Lorena. Desde entonces fue un perfecto triunfo la vida de Mazarino. La concluyó en 1659 con el tratado de los Pirineos, y dió la paz á la Europa antes de morir.

Años
de J. C.
1659.

Es preciso ser frances, y colocarse en las circunstancias, para formar concepto del entusiasmo de la nacion en aquellos años brillantes del reinado de Luis XIV. Este príncipe jóven, rodeado de gracias, servido de las artes, y seguido de la victoria, parecia haber nacido para dar leyes al universo. El precisó á la España á ceder el paso á sus em-

bajadores. Se atrevió Roma á resistir á sus altivas pretensiones, y él la impuso condiciones humillantes. A petición suya, equivalente á una orden, se quitó la guardia de corsos; y una columna levantada en el palacio de los Césares, testificó la superioridad de la Francia. Intimó Luis á la España unos derechos, que á la verdad pudieran haberse disputado; pero sus egércitos, que siguieron volando á los negociadores, abreviaron la discusion, y en 1668 legitimaron sus pretensiones con el tratado de Aix-la-Chapelle.

Años
de J. C.
1668.

Acostumbrado á vencer á los reyes se indignó de que le resistiese una república. La Holanda sufrió la pena de la audacia, y se vió muy á riesgo de su ruina; pero la sostuvo Inglaterra: la Alemania entera se levantó á su favor; y la España, aunque abatida, hizo tambien sus esfuerzos. Casi toda la Europa se coligó contra una potencia acometedora, de la cual se ignoraba el objeto y el término que se habria propuesto en sus miras. Luis XIV se opuso á todos sus enemigos, y dictó en 1678 las condiciones de la paz de Nimega, tambien brillante, pero menos imperiosa que la de Aix-la-Chapelle. Las fuerzas que mantuvo en pie, previendo ó meditando una nueva guerra, le sirvieron para humillar á Argel y á Génova. Clamaba en vano Argel debajo de sus ruinas, con súplicas que no fueron atendidas, hasta que rompió las cadenas de los franceses, y prometió no volver á esclavizarlos. Génova, maltratada ya con las bombas, detuvo las que bajaban para acañarla, á costa de enviar á su *Dux* á Versailles para disculpase humildemente.

1678.

Volvió á empezar la guerra, quedó asolado el Palatino; y los fuegos que abrasaban este infeliz pais

fueron una señal para reunir á toda la Europa contra los franceses, cuyo nombre causaba horror. Se sostuvo Luis XIV; pero esperimentó pérdidas, quedó su marina destruida en la *Hogue*, y se vieron infestadas las costas. Hicieron los ingleses desembarcos; y sus bombas, cuyo uso en el mar habían enseñado los franceses, arruinaron el Havre, é hicieron cenizas á Dieppe. Entre tanto no abandonó la victoria á Luis en la tierra. Fleuro y Stenikerque, campos de sus triunfos, Mons y Namur, trofeos de su gloria, dieron testimonio de su superioridad; pero los numerosos egércitos que levantaba despoblaban el reino, y causaban el hambre; y en medio de la grandeza del lujo de su corte, sentía Luis XIV que se acercaba la carestia. Ya los pueblos empezaron á no admirarle, y murmuraban. Esta triste situacion le costó sacrificios en Risvik en 1697.

Años
 de J. C.
 1697.

Se hicieron estos por la necesidad de prepararse para la guerra de sucesion al trono de España. Poco importaba á los franceses que le ocupase un Borbon; pero Luis XIV y su consejo, en vez de hacer una division pacífica, prefirieron aceptar el testamento de Cárlos II, que daba la España al duque de Anjou, y recibir con presente tan funesto la despoblacion, el hambre y otras plagas que affligieron á los reinos de Alemania y Flandes, que habiendo sido teatros de los triunfos de los franceses se convirtieron en sepulcro suyo. Tallard, con cuerpos enteros de tropas, fue hecho prisionero en Hochster en las mismas llanuras, en donde Villars habia derrotado á los enemigos. Perdió Villerroi un egército entero en Ramillies, y los campos españoles se encharcaron con la sangre francesa. Pa-



Génova humillada.

Redeada Génova por las esquadras de Luis XIV, cuyas bombas destruían las murallas, palacios, casas y demas edificios, poniendo en la mayor consternacion al pueblo, se reduxo á la humillacion de que su Dux fuese á presentarse al Monarca francés, y disculpar la conducta de la República. ; Quán doloroso debe ser á un estado verse en un caso tal! pero ; quanto mas verse en él por su propia imprudencia!

ra que á la Francia no la faltase calamidad alguna , desplegó la guerra civil sus furores : se rebelaron los protestantes por la imprudencia de haber revocado Luis XIV en tales circunstancias el edicto de Nantes. Sostuvo con valor la adversidad , y con su constancia se cansó la resistencia de sus enemigos , desarmando su odio con sus desgracias. Villars , vencedor en Denain , hizo concluir la paz de Utrecht en 1713 y 1714; y este mismo con el príncipe Eugenio, su digno antagonista , aseguró en Rastardt la paz de Europa.

Años
de J. C.
1713 y
1714.

Despues de verse en las mas crueles estremidades , precisado á abandonar á su nieto , y casi reducido á la triste promesa de dar tropas y dinero para destronarle , vió en la cabeza de este príncipe asegurada la corona de España. Su propio reino , cercenado por las conquistas de sus enemigos , volvió á su integridad , pero debilitado y desnudo. No obstante , si se reprehenden con razon en Luis XIV la ambicion escesiva que tantas desgracias causó á la Francia , su pasion á la guerra que hizo derramar tanta sangre , el lujo y magníficos edificios que sepultaron tantos tesoros sacados de los pueblos con impuestos ; no se le puede negar la estimacion por otras grandes calidades que le distinguen entre los soberanos.

La firmeza de su gobierno disipó las conspiraciones , y no volvieron á verse mas. Supo elegir ministros , y dar á cada uno de ellos los destinos que mas les convenian. En su reinado florecieron las ciencias y las artes : le merecieron su atencion el comercio interior y exterior , los grandes caminos , y la comunicacion por medio de canales. Creó la marina militar : sostuvo las colonias : limpió

puertos, fortificó las fronteras, reformó las leyes, y estableció la policía. En su reinado llegó á su perfeccion la poesia, como la elocuencia en el púl-pito y en los tribunales. Animó las investigaciones históricas, y los viages propios para dilatar la esfera de los conocimientos. En su mismo palacio se reunian bajo de su proteccion los sabios de todas clases, y los mantenía noblemente. Por último, en su reinado se enriqueció la Francia en primores, y llegó á ser para las demas naciones la escuela de la urbanidad, del gusto, y de todos los talentos útiles y agradables.

Luis XIV era uno de los hombres mas hermosos de su reino. Le amaban, y él amaba tambien; pero no se picaba de fidelidad, ni con las mas queridas. Su esposa Maria Teresa de Austria merecia por su virtud y sus gracias conservar su afecto y ternura; pero ya que la privó de este derecho legítimo, procuró observar con ella las atenciones que la hiciesen menos penosa la inconstancia de su esposo. Luchó con los parlamentos, y los sujetó con el terror; pero la desgracia era que habian de levantarse luego que cesase la opresion. Su reinado fue el mas dilatado que vió la monarquía, y el mas glorioso despues del de Carlo Magno, si es que no le igualó ó escedió. Murió á los setenta y siete años.

Años de J. C. 1715.

Se nota comunmente que el principio de un reinado es el contraste, y como la crítica de los fines del anterior. Subiendo Luis XV al trono, todo se mudó, costumbres, opiniones y relaciones políticas. No porque las antiguas desagradasen al nuevo rey, pues siendo niño de seis años, no tenia por consiguiente influjo preponderante; sino por-

que cayó la autoridad en el duque de Orleans, sobrino de Luis XIV, que nunca le miró bien, y el regente correspondiendo con igual amor á su tío, tuvo el gusto de mudar cuanto habia hecho el anciano monarca.

Dió pues un aspecto diferente á la corte, y en lugar del exterior grave y austero que dominaba en ella, no se vió mas que ligereza y disipacion. De la religion tan escrupulosamente practicada, solo quedó lo que absolutamente no se podia cercenar por atencion al público. Nunca habia tenido Luis XIV mas conexiones con los ingleses que las que eran indispensables, como que los tenia por rivales naturales de la Francia, y desconfiaba de ellos. El regente se entregó del todo á los ingleses, y se dejó guiar por sus consejos para asegurar su proteccion, si el nuevo rey, que era de poca salud, llegase á faltar.

No puede dudarse que en este caso pensaba el regente sentarse en el trono en perjuicio de la rama española; pero es calumnia decir que intentó dar veneno á su pupilo; porque aunque poco escrupuloso, y muy indiferente en punto de costumbres, no era capaz de accion tan abominable; y la prueba de que no la pensó es que no la ejecutó. Pudo ser, cuando mas, que intentasen esta maldad las gentes perversas que le acompañaban, porque se lisonjearian de llegar á ser despóticos en la Francia, con un rey enemigo de la sujecion al trabajo, pues tenian la esperiencia de que siendo mas capaz que ellos, les dejaba gobernar por solo tomarse mas tiempo á las diversiones.

Murió repentinamente este duque de Orleans, y le reemplazó el duque de Borbon Condé. Este

príncipe, como un particular codicioso, pretendió enriquecerse con lo restante, ó con lo que no habia destruido el anterior sistema en los particulares. No tenia familiaridad, popularidad, ni aquella especie de hombría de bien, que habian hecho tolerables los defectos del regente. Murmuró el pueblo de sus depredaciones; pero él no hizo caso, creyendo que el rey le sostendria en su mayor edad, teniendose por necesario para un príncipe á quien procuraba diversiones; pero Condé se vió burlado por un muchacho de diez y siete años, y un viejo de setenta y tres. Quitó Luis á su pariente el ministerio, y le envió á su casa sin decir por qué, como se despide á un criado; y lo mismo hizo despues con sus ministros. Fleuri, su preceptor, ocupó el lugar del desgraciado Borbon Condé sin preliminar alguno, y como si fuera su antiguo destino.

A este cardenal se le mira con razon como á un niño privilegiado de la naturaleza. Dice un historiador: "Que hasta los setenta y tres años pasó por el hombre mas amable y de la mas deliciosa sociedad; y cuando en esta edad, en que tantos ancianos se retiran del mundo, tomó en su mano el gobierno, le tuvieron todos por un hombre de los mas prudentes, y conservó hasta cerca de los noventa años una cabeza sana, libre y capaz de los negocios." A lo que parece tomó por basa del sistema de su gobierno la paz interior y exterior, proyecto laudable, porque con la paz todo se tiene; pero no siempre se eligen bien los medios aun con las mejores intenciones.

Persuadido á que solo los ingleses eran capaces de turbar por fuera la tranquilidad de que él queria gozar, manifestó demasiado el temor de descon-

tentarlos; ellos, viendose temidos, empezaron á pedir; y Fleuri condescendió hasta el extremo de arreglar á sus pretensiones, algunas veces imperiosas, las fuerzas de la marina. Por otra parte en el ahorro de gastos, que serian consiguientes á este objeto, satisfacía él á su natural economía. De este modo vivió tranquilo en esta parte; pero cuando las circunstancias suscitaron la guerra, la marina decrepita que habia quedado, y la que añadió, no pudieron resistir á la de los ingleses, que estaba en todo su vigor.

Tambien se engañó Fleuri en la esperanza que habia concebido sobre la paz interior por las medidas que habia tomado. La turbaban los eclesiásticos, porque una parte del clero de Francia era opuesta á la opinion que el ministro queria prevaleciese. Pretendió subyugar á sus contrarios con la autoridad; y como si el rigor pudiera prevalecer en punto de opiniones, desterró, encerró y proscribió. Las plazas se dieron á solos aquellos que aceptaron ó firmaron las fórmulas prescritas. Como era mas fácil mostrar esta sumision que estudiar y arreglar la conducta, la juventud eligió el camino menos costoso. Insensiblemente se relajó la decencia exterior que atrae el respeto, y se introdujeron en los cláustros los modales del mundo. A los estudios penosos y profundos sucedieron los conocimientos vagos, tomados en compendios superficiales, y se multiplicaron los diccionarios. Permitió el cardenal muchos obispos en la corte, y las asambleas del clero dieron ocasion á algunos de mostrar talento para el gobierno y administracion de la hacienda, por lo que los llamaron despues *obispos administradores*. Decayó la religion, no por Fleuri, que

todavía libraba con su poder la seguridad del santuario de los golpes de sus enemigos; pero no tomando bien las medidas, contribuyó involuntariamente á dejarla destituida de sus mejores defensas, que son la ciencia, la vida reglada de los ministros, y la estimacion de los pueblos.

Algunas reflexiones podiamos hacer sobre su conducta para con los parlamentos, marcados con el sello de su ordinaria timidez. Sufrió que estos cuerpos diesen á sus representaciones, muchas veces bien fundadas, una publicidad peligrosa, que acostumbró á los pueblos á tomar conocimiento del gobierno, y á que no respetasen la autoridad, cuyos resortes se descubrian, perdiendo muchas veces su fuerza por manifestarlos al vulgo. Cuando Fleuri empezó su ministerio habia dado grande idea de sus conocimientos diplomáticos y de su destreza para negociar, reuniendo á la Francia la Lorena, objeto que fue intentado inútilmente por muchos siglos. Con el mismo arte eludió muchas insinuaciones de guerra, á la cual procuraban dar ocasion varios intrigantes de la corte; pero al fin no pudo evitar este azote; y cuando murió se hallaba la Francia empeñada en estas empresas hostiles, que él miraba con repugnancia.

Se distinguió Luis XV por un valor, que le mereció la estimacion de los franceses, que apenas se le habian conocido hasta que llegó la ocasion. Despues de las hazañas militares, dignas de elogio en la Flandes, cuando iba á buscar á los enemigos, que penetraban hasta la Francia por el lado de Alemania, cayó enfermo en Metz. No es fácil de pintar la consternacion de todo el reino; pero aun es mas difícil espresar las demostraciones

de alegría que por todas partes hicieron con la noticia de su convalecencia. "Tal es, dice un historiador, el pueblo frances; porque en sus afectos siempre procede con entusiasmo, y tan escesivo es en el amor como en el odio." Dió la aclamacion general á este rey, el nombre de *muy amado*. Entonces habia de haberse muerto.

Sobrevivió Luis XV para gobernar, como él decia; mas no hizo sino mudar de ministros como de amigas. Por lo comun no entraban al manejo de los negocios por sus talentos ni por sus aciertos, sino por la mayor ó menor condescendencia con los gustos del monarca. El ministro que le parecia mas capaz era aquel, que librandole de cuidados é inquietudes le facilitaba seguir su inclinacion á la indolencia y los placeres. Dicen que conocia la miseria de los pueblos, que los compadecia, y que quisiera poner el remedio: pero que creia no poder conseguirlo por sí mismo, y se imaginaba que no le rodeaban gentes honradas que le ayudasen á intentarlo. Tenia la desgracia de no creer probidad en nadie, ¿pero sería esto midiendola por su propia conciencia, ó por haberle muchas veces engañado? Llegó á temer el ocuparse en los negocios, y hasta los mismos placeres le cansaban si no los avivaba alguna variedad difícil de inventar. Dejó á su nieto una corte entregada al fausto devorador; la hacienda en desórden; y el reino ocultamente alborotado con sordos descontentos. La murmuracion y general inquietud anunciaban tempestades; y aflojandose los lazos que estrechan al pueblo con el soberano, hacian temible la disolucion total del estado. Preveia el monarca, segun dicen, estas desgracias; pero en

vez de trabajar para precaverlas, temiendo las tareas, y entregandose á sus recreos, parecia que estaba diciendo á la revolucion: *Espera á que yo haya muerto*. Tenia este príncipe tan buenos principios de religion, que su inclinacion á los placeres, ni el imperio que tomó sobre él esta inclinacion jamas se los borraron. Rodeado del resplandor de las ciencias, que tanto brillo habian adquirido en el reinado de Luis XIV, no se dejó deslumbrar. Las favoreció, pero con discernimiento. Multiplicados, como ahora, los escritores de todas clases, no lograron con él la mayor acogida; pero protegia noblemente las empresas literarias, y los proyectos cuya utilidad le demostrasen. Hizo felizmente la guerra en tierra, pero en el mar le fue casi siempre funesta; porque los ingleses con sus armadas consiguieron tratados ventajosos. Murió Luis *el muy amado* en 1774 á los sesenta y cuatro años de edad. No habia tenido mas que un hijo llamado Luis, delfin de Francia, de grandes esperanzas, el cual murió antes que el padre, dejando tres hijos y una hija.

Años
de J. C.
1774.

Luis XVI, hijo mayor del difunto delfin Luis, sucedió al abuelo; pero recibió la corona en bien fatales circunstancias. Un funesto accidente, que causó la muerte á gran número de personas en una de las fiestas que se hicieron con motivo de su matrimonio con María Antonia de Lorena, hija de la emperatriz reina de Hungría, dió motivo á las funestas conjeturas de los propensos á presagiar sobre todo.

El rey sin embargo dió principio á su gobierno con un rasgo de prudencia, capaz de desvanecer la idea de tales pronósticos. Reflexionando que le habian criado en absoluta ignorancia de los negocios;

y viendose en edad de veinte años, conoció que necesitaba de un conductor que le guiase por el laberinto del gobierno en que iba á entrar, y le tomó.

Uno de los mas árdulos negocios del largo reinado de Luis XV habia sido su continua lucha con los parlamentos. Le habian estos frecuentemente molestado y fatigado con representaciones egecutivas, interrupciones en su servicio, y coaliciones conminatorias: Luis XV les habia correspondido humillandolos, anulando sus providencias, desterandolos; y puede decirse que estaban bajo del anatema cuando murió este príncipe.

Habria sido quizá buena política aprovechar esta ocasion para poner freno á la autoridad de estos cuerpos, ya fuese consolidando las variaciones introducidas en su régimen por Luis XV, ó ya no restituyendoles el poder sin restricciones que le debilitasen cuanto convenia; pero Luis XVI, haciendo mas caso de la opinion pública que del interes de su propia autoridad, decretó el regreso del parlamento, que fue una de las primeras providencias de su reinado.

Agradó mucho al pueblo, y especialmente al pueblo de Paris sumamente afecto á estos magistrados. El rey habia hecho que á esta gracia precediese la exencion de los derechos llamados *del suceso alegre*, que habian llenado su tesorería. Este fue su primer edicto; y por otro hizo libres á los siervos de las tierras domaniales, aboliendo al mismo tiempo la rigurosa ley que agravaba con mancomunidad á los pecheros para el pago de los impuestos: suprimió las corbeas, y abolió la llamada cuestion preparatoria. Estos testimonios de beneficencia con que empezó á darse á conocer el monarca, hicie;

ron concebir esperanzas de un buen gobierno.

Habia Luis XV sostenido severamente la prohibicion de libros opuestos á la religion , sin permitir que sus autores residiesen en Francia por mas celebridad que les prodigasen algunas obras suyas; pero empeñaron á Luis XVI para que alzase estas proscripciones ; y el gefe de estos perniciosos escritores volvió á Francia, acogido con entusiasmo por muchos que creian acreditarse de sabios abrazando sus extravagantes opiniones.

Estas se hicieron el asunto ordinario de las conversaciones. Era comun y continua la discusion sobre los derechos que atribuyen al pueblo tales obras, cuyos principios en nada son favorables á los soberanos; y la insurreccion de la América inglesa, de un pueblo que se armó contra su metrópoli por la libertad, y á quien auxiliamos los franceses, estendió y acreditó los principios republicanos, que dieron motivo á esta guerra en que tuvimos parte.

Nuestra nacion la hizo antes que el rey, voluntariamente, y con la intervencion de algunos particulares. Una juventud ansiosa de gloria dejó nuestra corte y egércitos por ir á enseñar disciplina militar, y preparar para la victoria á los batallones anglo-americanos. Algunos negociantes, escitados con el cebo de las ganancias, surtieron á los mismos de municiones, y de las mercaderías que el rompimiento con su metrópoli hacia muy lucrativas para los que las llevasen á aquellas colonias. Los que censuran como error grande en Luis XVI su condescendencia con la efervescencia militar y con la codicia mercantil de sus vasallos, no pueden negar sin embargo, que continuando los ingleses en vejar tanto secreta como abiertamente á los franceses en

las dos Indias y en todos los mares, nos autorizaron para las represalias.

De aquí se siguieron entre las dos naciones desabrimientos, que en 1778 terminaron con formal declaracion de guerra, que produjo á los franceses las ventajas de privar á sus antiguos rivales de una gran parte de su poder, y procurarse una alianza sólida y durable con un estado irreconciliable ya con la Gran Bretaña. De esto resultó en los ingleses un vivo resentimiento, y un ardiente deseo de vengarse del perjuicio que quisimos hacerles.

Años
de J. C.
1778.

Luis XVI se determinó en 1783 á una paz poco ventajosa, por el desorden de su real hacienda. La habia recibido de su predecesor en muy mal estado; y su primer objeto cuando subió al trono habia sido restablecerla. En su edicto para la exencion del derecho, llamado *del suceso alegre*, se esplicó así: "Entre los diferentes gastos que sufre el tesoro público, hay algunos necesarios, que deben conciliarse con la seguridad de nuestros dominios; otros que derivan de liberalidades, susceptibles acaso de moderacion, pero que han adquirido derechos en el orden de la justicia por una dilatada posesion, y que por otra parte solo ofrecen economías parciales; y hay por último algunos que corresponden á nuestra persona, y á la magnificencia de nuestra corte. Sobre estos últimos podremos seguir mas prontamente los movimientos de nuestro corazon..."

1783.

Reducciones graduales hubieran disminuido insensiblemente la desproporcion que resultaba entre las rentas y el gasto, cubriendo el *déficit* que le atormentaba, y que ha causado todas sus desgracias. Los ministros, á quienes sucesivamente encargó el manejo de su real hacienda, empezaron todos

Años
de J. C.
1787.

por insinuar la necesidad de estas reformas, y los medios mas oportunos para igualar el gasto con las rentas; y para salir de este conflicto convocó el rey en 1787 una asamblea de notables, compuesta de los príncipes y de diputados escogidos en la primera nobleza, en el clero superior, en los parlamentos y en las provincias. Se creía que estas personas, ricas por sus empleos, pensiones, y sobre todo por sus propiedades territoriales, interesados mas que nadie en el alivio del tesoro público, de que dependía la seguridad de todos los manantiales de su opulencia; no se detendrían en sacrificar aquellos privilegios de que hacia mucho tiempo que se quejaba el pueblo sobrecargado con estas exenciones. Se propuso en esta asamblea un impuesto territorial, que se cargaria con proporcion á los bienes de los contribuyentes, sin escepcion alguna á favor de la nobleza ni del clero. Esta proposicion produjo grandes altercaciones, que concluyeron con una negativa general. Bien agenos estaban los notables entonces de que la negativa de una pequeña parte pudiera arrastrarlos á perderlo todo.

Disuelta sin haber producido fruto alguno la asamblea de los notables, y creyendo el ministro lograr mejor partido con el parlamento, dispuso y se le remitieron edictos sobre el impuesto territorial, y aumentando el derecho llamado *timbre*, y el rey hizo registrarlos en su presencia; pero el parlamento los reclamó y adelantó públicamente la opinion, que tan graves consecuencias ha tenido, de que en Francia el derecho de establecer nuevos impuestos era privativo de los estados generales, cuya convocacion pidieron.

Este voto vino á ser por aclamacion el de la

nacion entera; y el rey ofreció solemnemente la convocacion de los estados. Los juntó en 1789 con la mira de obtener de los dos primeros órdenes lo que habian negado los notables; y para estrecharlos á esto se resolvió, contra el dictámen de congregar otra asamblea de notables, dar al estado llano una fuerza capaz de contrabalancear la de los otros dos, lo que se creyó lograr poniendo en esta última clase un número de diputados que igualase al de las dos primeras.

Años
de J. C.
1789.

Pero, como lo habian previsto los que querian humillar á los dos primeros órdenes, duró bien poco la igualdad de votos, llevandose muy pronto la pluralidad del estado llano, al cual se unieron inmediatamente varios miembros del clero inferior poco obligados por el superior, y luego una porcion escogida de nobles de las provincias, hombres de talento, y de otros nobles de corazon ambicioso ó malcontentos.

Entonces los estados generales tomaron el nombre de *asamblea nacional*: variacion de nombre que no era indiferente, porque sabiendose por la historia hasta dónde se estendian los derechos de los estados generales, podian hallar obstáculos las innovaciones que se meditaban; al paso que una asamblea nacional, instituto del todo nuevo, podia autorizarse á su placer con todo el poder que la pareciese necesario.

La primera tarea que abrazó la asamblea nacional fue la confeccion de una constitucion, con cuyo motivo tomó el nombre de *asamblea constituyente*, sirviendo de pretesto para esta empresa la suposicion de que un imperio que contaba mil y cien años de existencia carecia de constitucion. Se

dividió entonces la asamblea en varias facciones. A los que sostenian la prerogativa real los llamaron impropriamente *aristócratas* ó amigos del gobierno de los grandes; los que aspiraban á reducirla, *demócratas* ó amigos del gobierno popular; y de aquí nacieron las violencias contra los nobles, los incendios de los castillos, los tumultos en las ciudades y campos, y otros muchos excesos.

Nada mas singular en este género que el armamento de todo el reino en un solo dia, y casi en un instante. Mientras tronaba el cañon contra la Bastilla, corrieron por todas las calles tropas de pillos que se aparecian en todas las plazas gritando *á las armas*, y anunciando que los salteadores iban á robarlo todo. Por este medio, á vista de los magistrados que no hicieron oposicion, y de las tropas todavía fieles, que ningun movimiento hicieron, se sublevó el populacho, formó cuerpos de bandidos y asesinos, y encontró gefes que los capitaneasen y animasen para todos los delitos.

Buscando el principio de estos movimientos, y cómo es que pudieron organizarse, se cree que el principio fue la venganza del duque de Orleans, descontento de la corte, por el maligno placer que hallaba en incomodarla, y acaso con la esperanza que concibió de arrojar del trono á su pariente que le ocupaba, y de sentarse en su lugar. Dicen que dedicó al logro de este proyecto la mayor parte de sus bienes, que eran inmensos: se duda tambien si le ayudó con dinero la Inglaterra para pagar al populacho; pero esta duda pasa á evidencia cuando nos acordamos de que al principio de nuestras inquietudes el ministro Pitt pidió, y le concedió el parlamento, un millon de esterlinas, de cuya in-

version no habia de obligársele á dar cuenta.

Este hecho nos recuerda otro de Temístocles. Pidió en cierta ocasion á los atenienses una suma considerable para una espedicion muy ventajosa, pero que se malograria si se divulgase. Respondieron que no se detendrian en dársela si la espedicion fuese justa: y mandaron á Temístocles la confiase solo á Arístides para que este juzgase de su equidad. Informado Arístides, se presentó al pueblo y dijo: "Lo que propone Temístocles puede sernos muy útil, pero es injusto." Esto bastó para que á una voz se negase el dinero. El parlamento de Inglaterra no piensa con esta delicadeza; pero su nacion, arrastrada á una guerra fatal para toda Europa, ¿es mas feliz acaso con nuestras inquietudes?

Despues de la toma de la Bastilla, en 14 de julio de 1789, acompañada de crueldades, de que no se hubiera creido capaz al pueblo tres meses antes, pasó á Versalles en la noche del 5 al 6 de octubre, una multitud armada con designio de llevar al rey á Paris, y retenerle aquí como un salvo conducto contra las empresas hostiles de que se decia estar amenazada la capital. Satisfecho el rey de su buena conciencia, y superior á los temores que su familia le hizo presentes con la mayor vehemencia, se confió al pueblo, fue bien recibido en Paris, y por última vez oyó de los franceses el alegre grito, el grito lisonjero de *viva el rey*.

En una sesion real habia dado este monarca un edicto de que se prometia el mejor suceso, pues en él habia principalmente limitado los derechos ejercidos hasta entonces por el poder soberano en orden á los impuestos, y habia ofrecido congregarse los estados en determinadas épocas; pero con gran

dolor vió desechado este medio conciliatorio: disgusto que le hizo prever otros mayores que no se retardaron; y como los escritos seductores de la opinion pública se desencadenaban abiertamente contra los hermanos del rey, este los permitió salir de Francia. Partieron con ellos varios señores y magistrados, que eran ó temian ser sospechosos al pueblo; y este fue el principio de la emigracion que vino á hacerse moda.

Continuaban las tareas para forjar la constitucion; pero cada artículo, cuya aprobacion se pretendia, costaba las mayores angustias al monarca, ya dudando, ya difiriendo la sancion, ó ya rehusándola. Los gefes de las facciones vivian sobresaltados viéndole en Versalles, de donde podia huirse facilmente, internarse en las provincias, juntar en ellas un egército, y regresar con este á disolver los estados generales, por lo cual tomaron la resolucion de encerrarle en París.

6 de
octubre.

Sus guardias, en una fiesta que se graduó de borrachera, se arrojaron, acaso imprudentemente, á públicas protestas de su amor y fidelidad al soberano, lo cual sirvió de pretesto para suponer algun proyecto contra la asamblea; y algunos regimientos llamados á Versalles, sirvieron de alarma. De la capital se arrojó al camino de aquel real sitio una tropa de furiosos, blandiendo toda clase de armas; y sus horribles gritos y alaridos anunciaron su llegada. Insultaron aquel palacio, se repartieron por todas sus estancias, y mataron á cuantos guardias intentaron defender las puertas. Luchaba desde algunos dias antes la asamblea con el monarca, sobre la sancion de algunos artículos; pero se la arrancaron con el cuchillo de aquellos

verdugos que degollaban á sus guardias ; y aun se le prescribió al mismo tiempo que regresase á París con su familia. Partió á la capital acompañado de tan terrible escolta , é hizo su entrada bajo de una bóveda de picas, horcas, y de cuantos instrumentos de muerte hizo inventar la rabia. Fue sin embargo muy bien recibido en la casa consistorial de la ciudad, y conducido desde ella con testimonios de amor , ó acaso de compasion , á las Tuillerías, donde fijó su residencia con su familia, y donde ha poco tiempo se estableció tambien la asamblea.

Pocos dias despues se consumó la destruccion de la nobleza, aboliendo sus títulos, privilegios y distinciones de sus clases; y se arruinó tambien al clero , declarando que sus bienes quedaban á disposicion de la nacion. Se señalaron estos como hipoteca de un papel-moneda que llamaron *asignados*, los cuales distribuyeron con profusion al público, y han sido el instrumento principal de la revolucion.

El real aparato que rodaba el palacio de las Tuillerías no bastaba á alejar los rezelos y funestos pesares que afligian al príncipe que le habitaba. Cada dia le asaltaban nuevas inquietudes , siendo las principales la emigracion y la guerra estrangera.

Se habían esparcido los emigrados por todas las cortes , y en ellas ponian en movimiento cuantos resortes se les proporcionaba para que se armasen contra la Francia. Acompañaban sus esfuerzos con amenazas contra los rebeldes, que decian ellos tener preso al rey ; y sus instancias , como las apariencias con que lisonjeaban sobre la facilidad de la empresa , determinaron á algunas potencias á coaligarse para uua invasion en Francia , en favor del

monarca preso, el cual entre tanto padecia lá repercusion de estas medidas. Se le imputaron como delito propio las amenazas de los emigrados, suponiéndose que estos procedian en todo con órdenes suyas; y aunque fue bien notorio que el rey deseó evitar la guerra estrangera, persuadieron al pueblo que si los enemigos entraban en Francia era á instancia del rey, ó cuando menos con su aprobacion. Los primeros triunfos de los aliados irritaron á los franceses, á quienes la necesidad de defenderse, inspiró una energía á que debieron asombrosas victorias; pero estas mismas dieron una fuerza irresistible á la faccion enemiga del trono, y acaso fueron ellas las que alentaron á sus gefes para excesos, á que sin ellas no se hubieran atrevido.

Años
de J. C.
1791.

Las representaciones que en 1791 hacian al rey, dirigidas todas á limitar su autoridad, mas desagradables y atrevidas aun de lo que él mismo habia previsto, le determinaron á evadirse de ellas con la fuga que logró emprender despues de varias tentativas inútiles. Su designio era llegar á una frontera, en la cual se proponia tal vez juntar un egército para volver con él á la capital, disipar la asamblea y recobrar toda la autoridad que le habian hecho abandonar; pero fue detenido en el camino, conducido á Paris con ignominia; y solo pudo evitar la pérdida de todos sus derechos, en que iban á declararle incurso, aceptando la constitucion, y ratificándola en todas sus partes en presencia de los diputados de toda la Francia, que concurrieron á esta ceremonia. Esta fue la obra última de la *asamblea constituyente*, la cual fue reemplazada por la *legislativa* el 1.º de octubre. No fue para el rey esta menos embarazosa que la otra.

La primera le habia dado muchos pesares forjando la constitucion; pero no le dió menos la segunda continuando en su egecucion.

Al tiempo de la apertura de los estados generales, se habian formado sociedades compuestas de diputados, principalmente del estado llano, que se llamaron *clubs*, y se reunian para discutir de antemano las proposiciones que habian de hacerse luego en la asamblea. Continuaron estas sociedades en Paris despues que la asamblea se transfirió á Versailles. Los diputados, que al principio las componian solos, franquearon luego la entrada en ellas á la multitud de intrigantes que desean darse á conocer en las revoluciones. La de los *Jacobinos*, que tomó este nombre por el lugar donde se congregaba, absorbió insensiblemente todas las demas. Por el número, el entusiasmo, y tal vez los talentos de algunos de sus miembros, como por la reunion de los clubs erigidos á su egeemplo en las provincias, la sociedad madre vino á ser tan poderosa que imponia á la asamblea leyes de que no se atrevia á desentenderse.

De aquí nació el entorpecimiento que deshonoró á la asamblea legislativa, haciéndola sufrir á su vista asesinatos continuados por tres dias en las prisiones, la carnicería hecha en los traidos de Orleans, á quienes habia tomado bajo de su proteccion, y en fin, tantas atrocidades cometidas en varias partes con órdenes de los jacobinos, y conocidas con los nombres de anegaciones, fusilaciones y metralladas, que espresan con harta claridad los géneros de muerte que hicieron sufrir á una multitud de desgraciados: pues la guillotina, instrumento de muerte inventado para abreviar los su-

Años
de J. C.
1792.

plicios, no era sin embargo bastante espedita para satisfacer á la impaciencia de hombres tan sedientos de sangre.

Se distinguieron entre ellos los llamados *sans-culottes* ó *sin calzones*, la hez del populacho, honrándose con los andrajos de la miseria y con nombre tan despreciable, como hicieron los holandeses con el de *gueux* ó *mendigos*, al principio de su revolucion. Los *gueux* se adornaron las cabezas con un gorro pardo: los *sans-culottes* se las cubrieron con uno encarnado, que vino á ser el signo decisivo de los mas acalorados patriotas; y era muy arriesgado no enarbolar este, que ellos llamaban signo de patriotismo, así como el no imitar el traje asqueroso, y el grosero language de estos frenéticos demagogos.

Su aborrecimiento á cuanto estaba fuera de sus conocimientos y costumbres, se manifestó en los estragos que hicieron, y que conservarán por mucho tiempo la memoria de sus furores. Depósitos de las ciencias y de las artes, monumentos de gusto y magnificencia consagrados por el respeto religioso, el amor filial, y aun por el voto de la nacion, nada perdonaron. Tropas de ignorantes fanáticos, que con la hacha, el hierro y la llama en la mano se esparcieron por todo el reino, derribaron, destruyeron y abrasaron cuanto creyeron que representaba, ó era capaz de perpetuar las insignias de la nobleza y del clero que querian aniquilar. Si la capital ha podido indemnizarse de estas pérdidas con las riquezas de los paises conquistados que se han trasladado á ella, las provincias despojadas llorarán siempre la pérdida de aquellas obras maestras que adornaban sus casas,

paseos , plazas y templos igualmente devastados.

Se verificaron estos horrores en el modo que van referidos á la vista , y durante el entorpecimiento de la asamblea legislativa. Los jacobinos hacian que por medio de esta se pidiese al rey la sancion de las penas que ellos determinaban contra los emigrados y contra los eclesiásticos , á quienes llamaban refractarios , por haberse negado á prestar un juramento repugnante á su conciencia.

Manifestaba el rey que todo esto escedia los términos de la ley , á los cuales deseaba ceñirse; pero resueltos los jacobinos á arrancar por fuerza lo que no podian obtener de otro modo , se aliaron con la municipalidad de Paris que los protegía , y reunieron á los mas revoltosos del populacho de los arrabales , y mezclando con ellos aquellas mugeres que eran el desecho de los mercados y del libertinage , unos y otros se armaron de guadañas, hachas y tridentes. Llevaba consigo esta numerosa gavilla doce piezas de cañon , y el 21 de junio de 1792 marcharon con gritos y alaridos hácia las Tuillerías ; y aunque nada de esto podia haberse previsto , mandó el rey abrirles las puertas.

Le pidieron con osadía cierta sancion ; pero el rey se la negó con afabilidad , haciéndoles ver con tanta bondad y dulzura las razones , que se aplacaron aquellos furiosos , y los sosegó del todo aceptando el gorro encarnado que le presentaron : en términos que los que habian ido con intenciones amenazadoras , se retiraron apaciguados y casi arrepentidos.

Si los directores ó *mencurs* , como los llamaban , habian formado el proyecto de arrastrar al rey por este medio á alguna violencia , de que pudieran lue-

go forjarle un crimen, les burló el suceso; pero no tardaron en procurarse el completo logro de sus inicuas miras. Persuadidos á que el malogro de su empresa habia consistido en no haber puesto á la cabeza del populacho un cuerpo de tropas regladas que inspirase audacia á aquella inesperta gavilla, y que sufriese el primer fuego si se llegaba á este extremo: enmendaron este defecto en otra espedicion que aplazaron para el 10 de agosto, dia fatal que debia decidir de la ruina del trono, y por consecuencia de la vida del monarca.

Al mediodia de la Francia se habian formado cuadrillas de hombres acostumbrados á robos y homicidios; pero que eran al mismo tiempo soldados intrépidos, conocidos con el nombre de *marselleses*; y á estos llamaron á Paris para que llevasen la vanguardia en el ataque meditado contra el palacio de las Tuillerías. Se hallaba instruida de este proyecto la corte, y prevenida por su parte con varias compañías de suizos, cuyas filas se engrosaron notablemente con militares nobles, y otros que acudieron para este momento decisivo.

A las cinco de la mañana bajó el rey, señaló los puestos, y pasó revista á los suizos. La infantería y caballería de la guardia nacional ocupaba la plaza y sus avenidas, dudando sobre el partido que deberia tomar; y se dice tambien que el mayor número se inclinaba al del rey. Es constante que á saberse que esta multitud habia de volverse contra el palacio, hubiera sido la mayor de las temeridades intentar resistirla. Así se le hizo presente al rey; pero la creyó fiel, y sin tiempo para sondear mejor la disposicion de los ánimos, se retiró á la asamblea.

Como si su presencia hubiera sido un dique para el furor del pueblo, no bien se habia retirado cuando empezó el fuego de cañon y fusilería; pero de un modo bien desigual para los desgraciados suizos. Como se hallaban estos sin órdenes ni gefes, se replegaron en las estancias del palacio donde fueron perseguidos con encarnizamiento, hasta que les fue preciso huir arrojando las armas; y por mas que pedian gracia fueron inhumanamente asesinados por un populacho feroz, que se distribuyó y llevaba en triunfo los miembros palpitantes de aquellos infelices.

El rey y su familia acudieron inmediatamente á la asamblea, la cual quedó por algun tiempo en silencio; pero los hicieron retirarse para deliberar; y en aquel dia se dió aquel tan famoso como infame decreto, cuyos dos primeros artículos fueron concebidos en estos términos: "Primero: Se convida al pueblo frances para que forme una convencion nacional: Segundo: El gefe del poder ejecutivo queda provisionalmente suspenso de sus funciones hasta que la convencion nacional haya determinado las medidas que crea debe adoptar para la soberanía del pueblo, y el reino de la libertad y de la igualdad." Siguen algunas leyes de policia para el ejercicio del gobierno durante la suspension de la autoridad real. Se estableció tambien que el rey y su familia habitasen el palacio de Luxembourg; pero habiendo hecho presente la municipalidad, encargada de custodiarlos, que eran muchas las salidas de este palacio para que ella pudiese responder de un depósito de tanta consideracion, se les encerró en las torres del Temple.

Desde este instante se multiplicaron los sucesos

con tanta rapidez, que apenas puede igualarse en su relacion. La convencion, decretada el 10 de agosto, se hallaba ya en egercicio el 21 de setiembre. En su primera sesion abolió la monarquía, y proclamó la república. En el 6 de diciembre determinó que se formase proceso al rey, y este fue conducido el 11 á la barra. Ignoraba los cargos que iban á hacerle; pero satisfizo sin embargo á todos con mucha claridad y discernimiento, y sobre todo con la mayor serenidad y sosiego. El 26 del mismo mes, despues de haber oido la defensa que hizo su abogado, el mayor número de miembros manifestó inclinarse á que se suspendiese la causa, y á decretar que bastaba tomar medidas de precaucion hasta que la nacion hubiese manifestado sus intenciones sobre la suerte de Luis; pero los mas osados jacobinos se arrojaron al tribunal, amenazando y aun usando de violencia, hasta que lograron decreto para que con suspension de cualesquiera otros negocios, se continuase la causa hasta la decision definitiva.

Años
de J. C.
1793.

El 20 de enero de 1793 fue condenado á muerte Luis XVI por una muy escasa pluralidad de votos; y aunque por medio de sus abogados interpuso apelacion al pueblo, la convencion la declaró nula, y mandó egecutar la sentencia.

El 21, dia fatal, despues de un sueño que parecia no haberle turbado inquietud alguna, el rey, á quien habian intimado su sentencia la víspera, se levantó á las seis de la mañana: oyó misa, comulgó, encargó á su ayuda de cámara su última despedida para su augusta esposa y familia; y con muestras de una envidiable calma interior, ocupandose solo en sus oraciones, anduvo todo el camino desde su prision al cadalso, al cual subió á la vista de in-

menso pueblo y de una formidable guardia, destinada á contener cualesquiera movimientos si se hiciesen en su favor. Se adelantó á la estremidad del tablado, quiso hablar; pero un redoble de tambores impidió que le oyesen. Se volvió, se abandonó á sus verdugos, cayó su cabeza, y todo aquel gentío se dispersó con extraordinario silencio.

Luis XVI se hallaba en la edad de treinta y ocho años, y habia reinado diez y ocho. La posteridad no le juzgará por el testimonio de los escritos que abortan las facciones en los tiempos de revolucion, ni confirmará los odiosos nombres que tales escritos le han prodigado. Era bueno, humano, deseaba y procuraba sinceramente la felicidad de su reino. Fue buen esposo, buen padre y excelente amo: poseia conocimientos, amaba la lectura. En él se ha acabado la tercera dinastía de los reyes de Francia, y con él la monarquía, que ha durado cerca de once siglos.*

* El silencio que el autor guarda sobre las ocurrencias posteriores persuade que su corazon y su pluma, horrorizados ya con la relacion de tan execrable crimen, quedaron sin aliento para añadir que insaciables de sangre, de delitos y atrocidades aquellos encarnizados regicidas, quitaron igualmente la vida en el cadalso en 16 de octubre de 1793 á su dignísima reina María Antonia de Lorena, y en 9 de mayo del año siguiente á la virtuosa princesa Isabel de Borbon, hermana de Luis XVI; que abjuraron pública y escandalosamente el catolicismo; y que anegado con la sangre de innumerables víctimas inocentes aquel infeliz reino, vió mezclarse tambien con ella la de casi todos sus verdugos. Arrebatandose sucesivamente el poder las facciones, no ha tenido la Francia un gobierno estable; pero habiendo logrado durante el consular el restablecimiento de nuestra santa religion, mayor tranquilidad, y algunas otras ventajas desconocidas en el tiempo en que solo dominaron las pasiones de los

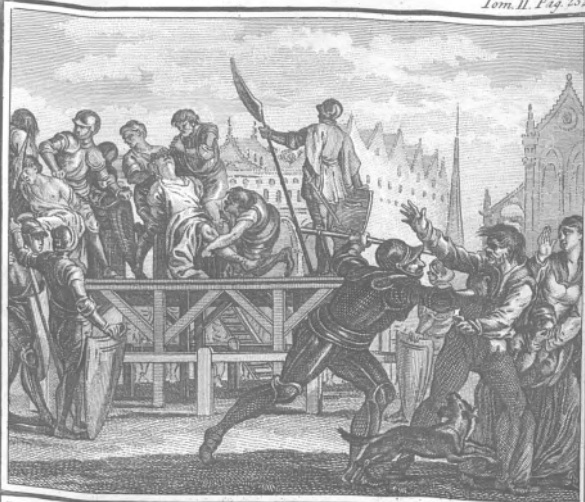
ITALIA.

La Italia, que en los tiempos remotos estuvo dividida en diferentes estados cuyo origen se ignora, reunida luego por los romanos en un cuerpo de imperio, cuando decayó este, la dividieron entre sí los emperadores griegos, los lombardos, otros francos y otros pueblos, hasta que Carlo Magno, reuniendo bajo de su cetro aquellas partes incoherentes, formó como los romanos un todo que transmitió á sus descendientes. Por la debilidad de estos se reprodujo la semilla de la desmembracion, de que resultaron principados, reinos y repúblicas. Decian algunos filósofos, que al salir el mundo del caos, el choque de los elementos fue el que despues de la confusion puso cada parte en su lugar; y á este modo en Italia la lucha de las potencias confundió todos los derechos; y cada una, segun era mas fuerte ó mas diestra, se hizo mas ó menos independiente. Compusieron luego todas una asociacion bajo de una cabeza, á la cual dieron el título de emperador; pero mientras pudieron no la dejaron mas que una autoridad precaria y muy mal limitada.

Años
de J. C.
787.

Carlo Magno hizo reconocer por rey de Italia á Pipino, su hijo mayor, en 787, y despues de su muerte á Bernardo, hijo de Pipino. Este

particulares, hizo memoria de las imponderables felicidades que la habian arrebatado con la abolicion del gobierno monárquico; y procediendo á restablecerle en 1804, ha elevado á la dignidad de emperador á su primer cónsul Napoleon Bonaparte, y ha declarado hereditaria en la familia de este la sucesion al trono.



Crueldad de Luis el Débil.

Ala muerte de Carlo Magno Bernardo, Rey de Italia è hijo de Pipino, primogénito del Emperador aspiró al imperio que poseía su tío Luis, hermano menor de Pipino. Defendió Luis su derecho; pero no contento con haber vencido y hecho prisionero á su sobrino Bernardo, mando sacarle los ojos. Débil para lo que exígía en teresa, y feroz quando debia ser benigno, fué Luis Monarca sin acertar á serlo.

príncipe, como hijo del primogénito, aspiró, muerto su abuelo, á la corona imperial. Luis el *Débil*, que la poseía por el testamento de su padre, venció á su sobrino, y le hizo sacar los ojos. Asoció en vida al imperio á su hijo mayor Lotario, que se coronó en Roma. Los papas, aunque ya ricos y poderosos, no usaban del derecho de soberanía, ni en Roma ni en sus posesiones.

Hizo Lotario coronar rey de Lombardía á su hijo Luis en 844. Por entonces saqueaban la Italia los sarracenos, venidos de España por los Alpes. Tuvo Luis el título de emperador; y muerto este sin hijos varones se disputaron este título sus dos sobrinos, Luis, rey de Alemania, y Cárlos el *Calvo*, rey de Francia. Venció este con la proteccion de Gregorio IV; y el pontífice, aunque solicitado por los señores italianos á concurrir con ellos en la eleccion del emperador, y para que fuese uno de estos, ó de su pais: quiso mas, si habia de tener señor, que fuese un príncipe distante, y manejó los votos á favor del rey de Francia, con lo cual consiguió de Cárlos al coronarle en 876, derechos en Roma, que se acercaban al de soberanía; pero con las trabas de un senado dependiente del emperador. A Cárlos el *Calvo*, á pesar de su título, le disputó la autoridad en Italia Carloman su primo, rey de Baviera, y hermano de Luis el de Alemania. Durante un interregno que se siguió por muerte de los dos competidores, viendose muchos señores sin dueño, se apropiaron sus gobiernos, y se mantuvieron en ellos con el auxilio de los sarracenos, con quienes la mayor parte hizo alianza para resistir á Cárlos el *Gordo*, heredero de Luis el de Alemania su tío, y de Carloman su pa-

Años
de J. C.
844.

876.

dre. Este príncipe, llamado tambien al trono de Francia, reunió bajo su cetro todos los estados de Carlo Magno, y los perdió por su incapacidad. En él cesó la dominacion masculina de Carlo Magno en Italia.

Tenian los italianos entre ellos dos príncipes descendientes de Carlo Magno por hembra, Guido, duque de Espoleto, y Berenguer, duque de Frioul. Apenas puede verse vida mas contrastada que la de este último. Berenguer desde luego fue reconocido único rey de Italia; porque Guido, su competidor, segun un convenio que hicieron entre sí, debia procurarse con su auxilio la corona de Francia; pero no habiendola conseguido, volvió contra Berenguer, le destronó, y fue coronado por Estéfano V; y para sostenerse contra Berenguer, que no abandonaba el partido, llamó en su socorro á Arnaldo, rey de Alemania, y murió en el transcurso de estos sucesos. Arnaldo, de auxiliar que era se convirtió en competidor de Berenguer, se hizo consagrar emperador; pero cayó enfermo, y volvió á Alemania. Esta desercion dió la ventaja á Berenguer, y volvió á tomar la superioridad. Los señores italianos, que le habian abandonado por temor de que les castigase, le opusieron á Luis rey de Arlés, que arrojó de Italia á Berenguer; pero volvió este, venció á su rival, y le hizo sacar los ojos. Este fue el único acto de crueldad con que se le pudo dar en rostro. Al fin le coronaron emperador en 916. Los señores italianos le suscitaron un enemigo nuevo en la persona de Rodolfo, rey de Borgoña, el cual derrotó á Berenguer, pero este se desquitó. Despues de tantas vicisitudes, se veia en vísperas de alejar para siempre á su competidor, y de gozar algun re-

Años
de J. C.
916.

poso, cuando le asesinó un perverso, á quien acababa de perdonar un delito.

Se sublevó la Italia contra Rodulfo, y llamó á Hugo, conde de Provenza; pero el borgoñon y el provenzal se concordaron, quedando la Italia de este último á pesar de una irrupcion de Arnaldó duque de Baviera, llamado tambien por los señores italianos malcontentos. Se declaró pretendiente Berenguer, nieto del emperador de este nombre; y queriendo Hugo hacerle asesinar, huyó de la emboscada; pero no se libró de la suerte de las armas, que le fue contraria. Viendose vencido se salvó en la corte de su pariente Othon, rey de Alemania, llamado el *Grande*, y volvió á Italia con algunas tropas que el aleman le dió. La abandonó Hugo, y se retiró á su provincia. Dejó este un hijo llamado Lotario II, á quien dieron la corona los italianos; pero no vivió este príncipe mas que dos años, y se dice que Berenguer le dió veneno. Con el fin de reunir todos los derechos en su favor, quiso obligar á Adelayda, viuda de Lotario, á que diese la mano á Adalberto su hijo; y resistiendose la princesa la pusieron en prision, pero se salvó en la corte de Othon el *Grande*. Este la hizo casar con su hijo, declarandole rey de Italia, con el permiso medio voluntario y medio forzado de Berenguer, el cual asistió á la coronacion. Por entonces estaba aquel infeliz país saqueado por los húngaros, y era objeto de todas las asolaciones de las guerras civiles, causadas por los que concurrían con todos estos competidores.

ROMA RELIGIOSA.

EL PAPA COMO SEÑOR TEMPORAL.

A los últimos del siglo X ya había en Roma dos dominaciones muy distintas, la de los emperadores que titubeaba, y la de los papas que se iba asegurando en el dominio temporal en concepto de soberanos de Roma, sustituida en ellos la autoridad de los exarcos de Ravena, tenientes de los emperadores griegos, y la de los reyes de Lombardía.

Años
de J. C.
955.

965.

Othon dió al papa Juan XII varios dominios cuando se coronó: retuvo el derecho de remediar los desórdenes que pudiesen suceder en Roma si el papa no los corregía; pero aunque hubo algunos pontífices descuidados, envió siempre la Providencia papas, cuyas virtudes consolaron á la Iglesia, é hicieron respetar en ellos la autoridad temporal que tenían. Hubo diferencias muy pesadas entre el emperador Othon y Juan XIII. Se rebelaron los romanos contra Juan XIV, y Othon protegió al sumo pontífice. Una conspiración encerró á Benedicto VII en el castillo de Sant-Angelo, y el partido que pretendía restablecer la antigua república, le quitó allí la vida. Entre tanto el partido contrario había elegido al anti-papa Bonifacio, el cual, como no podía sostenerse contra Juan XIV, tomó de los tesoros de la Iglesia cuanto pudo, y se pasó á Constantinopla. Con estas riquezas se adquirió el anti-papa amigos que le proporcionaron volver á Roma cuando ya había muerto Juan XIV, y se vengó en Juan XV, verdadero sucesor en

la silla de san Pedro, encerrandole y matandole de hambre. Durante estas mutaciones, ya el trono imperial habia pasado de Othon I á Othon II su hijo, y aun á Othon III su nieto. A Gregorio V, sucesor de Juan XV, le opusieron un anti-papa, que porque algunas veces le han citado como verdadero papa con el nombre de Juan XVI, ha dado ocasion para que se confundan en la cronología el órden y clase en que deben contarse los Juanes que se siguieron. A Gregorio V le siguió Silvestre II. Siendo este pontífice murió Othon III, príncipe muy devoto, que se firmaba, *servidor de los Apóstoles*; por lo cual los romanos reconocieron al emperador por defensor de la Iglesia; y Benedicto VIII, quinto sucesor de Silvestre despues de Juan XVII, Juan XVIII y Sergio IV, consiguió que Henrique, sucesor y pariente de Othon, jurase sin dificultad que sería el defensor de la corte de Roma, fiel al papa y á sus sucesores. Este Henrique está en el catálogo de los Santos. Este era el estado de los papas, respecto de los emperadores, por los años de 985 hasta 1012.

Murieron el papa y el emperador casi á un mismo tiempo. Al pontífice sucedió Juan XIX. Los italianos, que quisieran sacudir el yugo aleman, no pudieron ponerse de acuerdo en la eleccion de un emperador de su pais, y vinieron á someterse á Conrado II, llamado el *Germánico*, de la casa de Franconia, que dió cuatro emperadores. Continuaron en llamarse emperadores romanos, aunque apenas poseian en Roma sino el derecho de recibir allí la corona, y así la puso Juan XIX en la cabeza de Conrado. Hizo este príncipe muchos viages á Italia, y siempre con egércitos, en lo que le imitaron sus su-

Años
de J. C.
996.

cesores; y esto persuade que la sumision de los italianos no era muy voluntaria.

Años
de J. C.
1048.

Henrique III, llamado el *Negro*, se vió, como su padre Conrado, precisado á sujetarlos á la obediencia. Durante su reinado hubo papas que se retiraron por sí mismos, y otros á quienes hicieron retirar; pero vino despues Leon IX, cuyas virtudes ilustraron la Iglesia romana, y la restituyeron la hermosura obscurecida con la confusion anterior. Este pontífice hizo un viage á Alemania con el fin de conseguir socorro contra los normandos que infestaban la Italia. Derrotaron los normandos, por mal disciplinado, el ejército que le habian dado los alemanes. Durante su camino, por no haberle admitido en una ciudad donde queria refugiarse, se entregó Leon á los vencedores, y le recibieron y trataron con respeto. Se firmó la paz; y aunque atendiendo á la fuerza de las armas, mas la necesitaba él que los normandos: la tuvieron estos por un acto de beneficencia. Les hizo con este motivo la gracia de recibirlos en el número de los vasallos de san Pedro, y de erigir en feudo, dependiente de la Iglesia romana, todo lo que ya poseian, y las conquistas que pudiesen hacer en Calabria y en Sicilia.

Como en las elecciones de los obispos, nombrados por el clero y el pueblo, y en los que presentan los príncipes, suele mezclarse la simonía, que hace inhábil al simoniaco, para gozar la dignidad, Ildebrando, que despues se llamó Gregorio VII, declaró que no eran legítimos obispos aquellos que no tuviesen la aprobacion del papa. De aquí provienen las bulas de los sumos pontífices, que absuelven á los obispos nuevamente electos de los impedimentos ó abusos que pudo haber en su elec-

1073.



San Leon IX prisionero.

Derrotado el ejército con que los alemanes auxiliaren á Leon IX, y no hallando asilo este santo Pontífice, se entregó á sus vencedores. Le trataron estos con tal respeto, que pudiendo dictar las condiciones de la paz, las recibieron de él, y las miraron como un efecto de su beneficencia. Sin retórica ni ardidés tiene asegurado la virtud sólida el imperio de los corazones.



cion; bien que nada de esto se observa en la elección del nuevo pontífice, como que es cabeza visible de la Iglesia, y no reconoce quien pueda declarar sobre la legitimidad de su elección. Pero de esta misma circunstancia abusaron los ministros del emperador Henrique IV, y así le aconsejaron que le negase su consentimiento, lo cual no tuvo efecto alguno. Aunque Gregorio VII se reconoció cabeza de la Iglesia é independiente, no fue, dicen los historiadores desinteresados, por miras de ambicion, sino por el grande deseo de purificar la Iglesia de los vicios que en su tiempo la infestaban. Se habia criado en la mas regular disciplina monástica, y se habia distinguido en sus estudios: no se le conocia vicio alguno, sino lo era la fortaleza en defender los derechos de la Iglesia. Es verdad que depuso á Henrique IV por inobediente, y que absolvió á sus vasallos del juramento; pero como dicen los mejores historiadores eclesiásticos, solo hubo error en el hecho, porque en su tiempo todos juzgaban por los mismos principios que él, y así era general preocupacion no distinguir entre la potestad temporal y la espiritual: y de no distinguirlas provino la persuasion de que podia deponer á los príncipes refractarios á sus órdenes. Envió Gregorio VII á España un legado con el encargo de reformar los abusos, y de pedir que todos los paises que fuesen conquistados á los moros fuesen tenidos por feudos de la Iglesia romana, alegando para esto que antes de la invasion de los infieles se habia hecho la España tributaria de la Iglesia. Pretendió que los príncipes le ayudasen contra todos los que se atreviesen á las regalías de san Pedro. Halló contradic-

cion en Alemania por la oposicion que habia entre Gregorio VII y Henrique IV, y la principal causa de sus querellas era el derecho de investidura: esto es, el de poner á los prelados en posesion de sus temporalidades, lo que se hacia con una ceremonia, en la cual el emperador daba á los abades, obispos y otros prelados, el báculo y el anillo, y ellos hacian homenaje de las tierras afectas á su prelatura. El papa pretendia que esto en el emperador era arrogarse la potestad espiritual. El emperador sostenia que él no hacia otra cosa que conceder al nuevo prelado el uso del bien temporal. Sobre esto se derramó mucha sangre, y la discordia encendió su fuego en los padres contra los hijos.

Quien favoreció mucho al zeloso defensor de la Iglesia Gregorio VII fue la condesa Matilde, y en prueba de su zelo, esta princesa, que poseia casi todo el centro de la Italia, dió muchas de sus tierras á la Iglesia romana, y la hizo homenaje de todo lo demas. Se quejaba el emperador de que en esto se le perjudicaba, porque muerta esta señora debian volver sus feudos al imperio; pero aquí debe advertirse que cuanto murmuran los hereges y otros historiadores malignos en las acciones de la condesa Matilde, no tiene el menor fundamento, y supone en ellos poco conocimiento de lo que puede la piedad en una señora entregada á la devocion.

Años
de J. C.
1088.
1099.

Victor y Urbano, sucesores de Gregorio, sostuvieron las diferencias sobre las investiduras. Pascual II partió la diferencia, y convinieron el emperador y el pontifice en que el príncipe no volveria á dar el báculo ni el anillo, por ser typos

ó figuras de la autoridad espiritual, sino que los prelados harian homenages de sus tierras. Aunque sintieron esto los romanos, el emperador impuso la ley á los que querian estorbar al papa que ratificase el tratado; y de este modo satisfizo Pascual II á su obligacion, y coronó á Henrique V.

Cuando se vieron los romanos sin el emperador, citaron al papa delante de un concilio, que se juntó en la iglesia de san Juan de Letran en 1112; y de grado ó por fuerza dijo: "Que le habian precisado á conceder á Henrique lo que estaba por escrito," y ofreció hacer dimision si le parecia al concilio; y á la verdad, mejor hubiera sido esta resolucion que la de escomulgar al emperador: pues de este modo le sucedió lo que á aquellos hombres que ni agradan á un partido ni á otro. Henrique V conquistó amigos en la nobleza de Roma: nombró un anti-papa, que fue Burdino, arzobispo de Braga: se coronó segunda vez, y se apoderó de los estados de la condesa Matilde despues de su muerte. El pontífice Pascual II anduvo por algun tiempo fugitivo y errante, y el emperador atacó en persona á los rebeldes de Roma, y murió por haberse sofocado con este motivo.

Años
de J. C.
1112.

No permitiendó tardanza las circunstancias de 1118. aquel tiempo, eligieron á Gelasio II. Mucho sintió el emperador eleccion tan apresurada, porque quisiera colocar á su anti-papa Burdino, y no renunció á este proyecto á pesar de la legítima eleccion. Tomó pues Burdino el nombre de Gregorio VIII: se escomulgaron los dos rivales, y el anti-papa se mantuvo en Italia protegido del emperador. Gelasio se refugió en Francia: murió allí, y los mismos cardenales eligieron á Guido, arzobispo de Viena, con

Años
de J. C.
1119.

el nombre de Calisto II. Era este un hombre naturalmente moderado, y no obstante hubo querellas entre él y el emperador. La de las investiduras se debia terminar en un concilio que se celebraba en Reims. Supo el papa que iba Henrique á sostener su proyecto con treinta mil hombres, y le escomulgó. Quedó el asunto indeciso; pero se concluyó la paz entre el sacerdocio y el imperio en el concilio de Bown, en presencia de tres cardenales legados enviados por Calisto.

Se obligó el emperador por escrito á renunciar la investidura con respecto al báculo y al anillo, ó conceder á todas las Iglesias del imperio las elecciones canónicas, y á restituir todos los dominios usurpados. Tambien se conformó el papa por escrito á que las elecciones de los obispos y abades de Alemania se hiciesen en presencia del emperador ó de sus comisionados; y que en caso de diferencia daria su consentimiento y proteccion, segun el juicio del metropolitano, y entraria el electo en el goce de lo temporal, tocando el cetro que el emperador le presentaria, y haciendo homenaje. El desgraciado Burdino, desamparado con esta composicion, fue el sacrificado. Le pasearon ignominiosamente sobre un asno por las calles de Roma, y le encerraron en un monasterio para toda su vida. Murieron Calisto y Henrique uno despues del otro, con un año de diferencia. A Calisto sucedió Honorio II, que poseyó la silla de san Pedro pacíficamente.

1124.

Hubo en la Iglesia un cisma en el pontificado de Inocencio II, que reemplazó á Honorio, y tambien le hubo en el estado reinando Lotario II, sucesor de Henrique V. El primer cisma se acabó muriendo el anti-papa Anacleto, á quien sostenia

el rey de Sicilia; y el segundo por una composición entre Lotario y Conrado III, cabeza de la casa imperial de Suabia. El concilio de Letran decretó muchas reglas de disciplina en tiempo de Inocencio, y condenó á Arnaldo de Brescia, que se levantó contra las riquezas de la Iglesia, y entre otros errores sostenía que los clérigos debían vivir de ofrendas, y no obstante les dejaba los diezmos. Este herege era discípulo de Abailardo, cuyas heregías eran precisamente contra el dogma. Abailardo se reconoció, y le permitieron morir tranquilamente en Cluni. A Arnaldo de Brescia le quemaron vivo. Inocencio vió á Rugiero rey de Sicilia postrado á sus pies, haciendo homenaje de su reino, y obligándose á un tributo. Los romanos, por el contrario, pretendieron sustraerse de su autoridad, y restablecer la del senado. En vano hicieron sus esfuerzos Celestino II y Lucio II para impedir que sacudiesen el yugo. Lucio II murió herido al pie de los muros del capitolio.

No pudo Eugenio III reducir á los romanos ^{Años} de J. C. 1145. á la sumisión; y cansado de sufrir sus alborotos, se fue á Francia, en donde encontró unos hereges, discípulos de Pedro de Bruins, cuyos errores son muy notables. Publicaban que era cosa inútil tener iglesias, que no debían ser los niños bautizados, que no se había de adorar la cruz, ni venerar las imágenes ni las reliquias, que era burlarse de Dios rezar en voz alta y cantar las oraciones; y por último, que no estaba el cuerpo de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Estos hereges, que se habían juntado en grande número en Tolosa y en el Langüedoc, se dissiparon á fuerza de las rigurosas penas que se pu-

Años
de J. C.
1144.

sieron en egecucion contra ellos. Volvió Eugenio á Italia, en donde vivió poco, y siempre molestado por los romanos. Tomó la tiara Anastasio IV, y solo la tuvo un año. Le sucedió Adriano IV, y entre este y Federico Barbaroja hubo cierta diferencia, en la que cediendo el emperador le dió el pontífice la corona imperial. Con motivo de esta ceremonia creyó Adriano que solo los pontífices daban el imperio, y manifestó esta opinion en una carta que se leyó en plena dieta. Chocó esto mucho á los señores alemanes, y mas cuando dijo uno de los legados: "¿De quién tiene el imperio si no del papa?" Este se vió precisado á suavizar con esplicaciones su pretension; pero Federico exigió en Italia mas importantes retractaciones sobre la autoridad que en este punto creia tener el papa. La muerte le escusó la humillacion de verse desengañado.

1159.

Al principio se halló Alejandro III en la dificultad de sostenerse contra un anti-papa llamado Victor, que el emperador le habia suscitado, y aun le habian reconocido en Italia. Alejandro III, que se veia obedecido de la Francia, pasó allá; pero todavía vió dos anti-papas, Pascual y Calisto, bien que la muerte de ambos le dejó libre de ellos. Pocos pontífices han sido tan dichosos. Dos veces fue el emperador á Italia, adonde habia vuelto Alejandro; y aunque iba el monarca á sujetarla, dos veces se vió en la precision de salir con vergüenza, ya derrotado y ya abandonado de su egército, y aun de los alemanes. Todas estas ventajas se deben á la estimacion y crédito del pontífice Alejandro III. Con motivo de la muerte de santo Tomás Cantuariense, exigió del rey de Inglaterra que entrase en la cruzada, y consiguió del rey de Francia y del empe-



Coronacion de Federico II.

La antigua práctica de que los Papas coronasen á los Emperadores dió motivo para que Federico II aspirase á esta solemnidad, que le retardó cierta diferencia con Adriano IV; pero cediendo el Emperador en lo que creyó compatible con su dignidad, se allanó todo, y le coronó el mismo Pontífice. La condescendencia oportuna nunca es desventaja, y es muchas veces la negociacion mas fructuosa.

rador Federico, con quien ya se habia reconciliado, que enviase prontos socorros al Oriente. Respetaban mucho los emperadores griegos al papa Alejandro III, y puede presumirse que si hubiera vivido no se habrian visto en esta cruzada los desastres que la hicieron inútil.

Halló Lucio III á los romanos poco dóciles á sus preceptos, y los hizo mas atrevidos la venida de Federico á la Italia; pero el papa se negó á coronar á Henrique, hijo de Federico. El fondo de la disputa entre el emperador y Lucio III eran los bienes de la condesa Matilde, cuya sucesion todavía no estaba arreglada despues de tanto tiempo. Tenian la mayor parte de ellos los pontífices, y se los envidiaban los emperadores. Bajo Clemente XIII, sucesor de Gregorio VIII, que solo duró dos meses, se verificó la composicion entre el papa y el senado romano, que volvió á tomar alguna autoridad, mediando el emperador. Por último, en 1183 se arreglaron definitivamente los derechos que en adelante pudieran pretender los emperadores en las ciudades de Italia, y se convinieron en que las gobernasen vicarios y condes, dejándolas gozar de sus derechos de policía interior, de sus costumbres y su libertad, reservando á los emperadores el supremo dominio y las apelaciones.

En las cruzadas tenian los papas el supremo mando por medio de sus legados. Celestino III é Inocencio III hacian con sus exhortaciones que se cruzasen los príncipes, ó diesen dinero para las cruzadas. Llegaron á escomulgar á un rey de Leon, á un duque de Austria, á un rey de Francia, á un rey de romanos, y á otros príncipes de diferentes grados; y debemos confesar que el temor de la es-

Años
de J. C.
1181.

1191.

1198.

comunion no dejaba de contener á muchos de aquellos principes, cuyas costumbres no eran muy puras; pero si hubieran sido mas detenidos en esto, habrian sin duda contenido la propagacion de las heregías de los valdenses, catarinos, albigenses, y otros hereges que salieron por entonces. Federico II que debiera recibir la corona de Inocencio II, segun costumbre, viendo las dificultades que se le oponian de parte del soberano pontífice, se hizo coronar por el arzobispo de Maguncia en Aix-la-Chapelle; pero entrando en composicion con Honorio III, sucesor de Inocencio, recibió de su mano la corona en Roma. Tuvieron frecuentes conferencias Federico II y Honorio III: en ellas convenian sobre algunos artículos; pero despues de separados solian no guardarlos todos; mas Gregorio IX dió al universo el espectáculo de un emperador escomulgado, sin embargo de haberse armado muchas veces para favorecer á la religion. Se embarcó Federico en Brindis con cuarenta mil de los cruzados: le volvió la tempestad al puerto, desembarcó, y el papa mal informado, le escomulgó por haber faltado al voto de ir á Tierra Santa. El emperador no se detuvo por esto, é hizo celebrar solemnemente el oficio divino en su presencia. Dicen que el papa no sintió tanto la indiferencia de Federico, como el que este príncipe le hubiese hecho salir de Roma. Se reconcilió el emperador con el papa, volvió este á su capital, y Federico á Alemania. Nunca fueron buenos amigos; y habiendo convocado Gregorio IX un concilio general, el emperador impidió la asistencia de cuantos obispos pudo detener, y echó de sus estados á los frailes menores y á los dominicos. Cuando pasaban

todas estas diferencias, tenia el pontífice cerca de cien años, y aun conservaba firme la cabeza para entender en todas.

Colocaron despues en la santa silla á Celestino IV, papa de las mejores disposiciones; pero murió á los diez y ocho dias. Estuvo la silla vacante por veinte meses: volvió Federico á Italia, y apresuró cuanto pudo la eleccion; pero halló en Inocencio IV un terrible antagonista. Se abocaron el papa y el emperador, y no pudieron concordar entre sí. No creyendo el papa que estaba seguro en Roma, porque allí tenia el emperador muchos partidarios, dejó aquella capital, y se fue á Francia. Juntó en Leon un concilio, publicó una cruzada contra Federico: declaró rey de romanos á Henrique Landgrave de Turingia; pensó el emperador en concordarse con el pontífice; pero no tuvo efecto la composicion. Aun despues de muerto Federico no quiso Inocencio IV reconocer á Conrado III, su hijo, por emperador. Ofreció esta dignidad, entre otros, á Haguino, rey de Noruega, que habia tomado la cruz, y este le respondió que no se habia armado contra los enemigos del papa sino contra los de la Iglesia.

Dejó Conrado un hijo llamado Conradino. Se opuso el nuevo pontífice Alejandro IV á que ocupase el trono de su padre. Salieron muchos pretendientes, y ocasionaron una guerra civil en Alemania. Ofreció Urbano IV, sucesor de Alejandro IV, el cetro de Nápoles y de Sicilia al duque de Anjou, y repugnó mucho san Luis que le aceptase su hermano, porque siempre Manfredo mantuvo con firmeza el reino de Nápoles y de Sicilia; aunque por ultimo permitió que le aceptase.

Murió Manfredo; y Clemente IV coronó en Roma rey de Nápoles á Carlos de Anjou. Vió el pontífice declarada la fortuna de su protegido contra el desgraciado Conradino. Este príncipe reunió lleno de valor, bajo de sus banderas, un ejército de Alemania, y fue á desafiar á su enemigo en las llanuras de la Apulla; pero fue derrotado, y cayendo en manos del feroz Carlos de Anjou, este le hizo cortar la cabeza en la plaza mayor de Nápoles á vista de todo el pueblo. En toda la Europa resonaron gritos de horror; pero si no fueron afortunados los esfuerzos de Conradino, á lo menos se llevó, aunque malgrado en la flor de su edad, los sentimientos de su siglo, y la estimacion de la posteridad.

Años
de J. C.
1269.

Se hallaba la Alemania en una confusion, cuyos desórdenes solo podian ser iguales á los de Italia. Cansados de la anarquía que sobrevino, estinguida la casa de Suabia, y estrechados por Gregorio X, sucesor de Alejandro, el cual amenazaba con que nombraria él un emperador si no determinaban elegirle, proclamaron los electores á Rodulfo, conde de Aspurg. El papa y sus sucesores, que en trece años fueron en número de seis, vieron gustosos en el trono imperial á un príncipe, que para establecerse sólidamente en Alemania se apartaria contento de los derechos que sus antecesores pretendian tener á la Italia. Con efecto, se dió á Nicolao III el exarcado de Ravena, la Marca de Ancona, el ducado de Spoleto, las tierras de la condesa Matilde, y muchos feudos. En esto solo se le dió de nuevo lo honorífico, porque habia mucho tiempo que en estos paises era ninguna la utilidad para los emperadores.

Llamado Rodulfo á Italia por Honorio IV para recibir la corona , conoció que sin un egército no haria papel de importancia ; pero no pudiendo hacer estos gastos prometió presentarse , y envió delante á su canciller para que las ciudades le presatasen juramento de fidelidad. No quisieron prestarle la mayor parte de ellas por haberse constituido independientes ; y el emperador , haciendo poco caso de una autoridad en países tan distantes , ó mirando tal vez imposible el recobrarla , mandó á su canciller que confirmase por dinero todos los privilegios que le pidiesen ; y de este modo se hicieron libres Luca , Florencia , Pisa , Bolonia , Génova y otras muchas. Esta es la época en que debe fijarse la independenciam de la Italia , desde cuyo tiempo no conservaron sobre ella los emperadores de Alemania sino una sombra de autoridad.

Por entonces luchaban en Roma contra los pontífices algunas familias romanas. Las principales eran la de los Colonas , y la de los Ursinos , que habian tenido pontífices de sus casas , y de ordinario eran rivales. Los príncipes , que tenian alguna diferencia con la santa Sede , siempre hallaban dispuesta una ú otra familia de estas para inquietar al pontífice , y siempre mantenian en el senado dos partidos contrarios. Muerto Nicolao IV hicieron que estuviese vacante por dos años el trono pontificio. Algunas veces se observa , que los que componen un cuerpo se dejan llevar de cierto entusiasmo como los particulares. Nn pudiendo concordar en la eleccion de algun hombre brillante , dió el colegio de cardenales , como por inspiracion , todos sus votos á Pedro Moron , que era un santo , pero muy sencillo. Tomó el nombre de Celestino V.

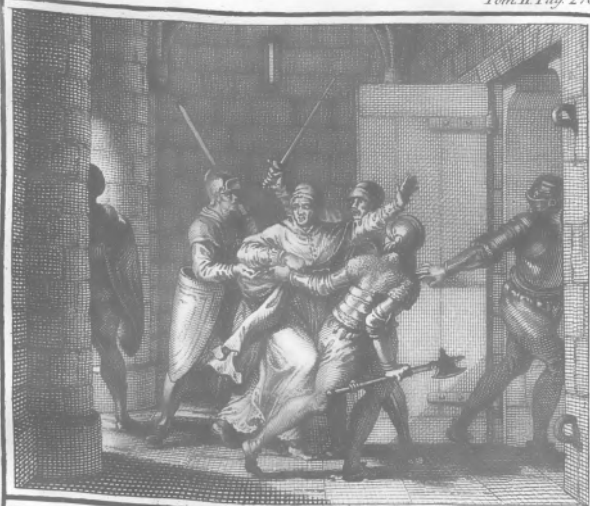
y empezó á gobernar; pero despues renunció voluntariamente.

Años
de J. C.
1294.

Eligieron á Benedicto Cayetano, que tomó el nombre de Bonifacio VIII. Casi al mismo tiempo de tomar la tiara se enemistó con los Colonas. Prohibió que el clero de Francia, en tiempo de Felipe el Hermoso, pagase cierta tasa impuesta por este rey, y aun á él mismo le amenazó con que si insistia, declararia pertenecer su reino á la santa Sede. Con esto suscitó contra sí á los Colonas; y estos con un capitan frances, hicieron prisionero al papa, y le trataron con tanto desprecio, que murió de pesadumbre. Benedicto XI, que le sucedió, reconcilió la santa Sede con la Francia.

1305.

Quedó en el sacro colegio cierta semilla de divisiones, queriendo unos elegir un papa que pensase como Bonifacio VIII, y otros uno favorable á la Francia. No pudiendo concordarse hicieron un compromiso, por el cual los que habian de nombrar el papa debian ser tres, que los cardenales eligiesen. Dieron sus votos á tres hombres, enemigos declarados de Felipe el Hermoso; entre ellos estaba Beltran de Got, arzobispo de Viena, conocido por su enemistad declarada contra el rey de Francia; pero siempre la ambicion oprime todos los demas sentimientos. Procuró Felipe hacer una visita á Beltran, y le probó que estaba en su mano hacerle papa, porque él tenia á su disposicion los otros dos cólegas; pero que su eleccion dependia de tres condiciones que le propuso. Las aceptó el arzobispo de Viena, y pasó de esta silla á la de Roma con el nombre de Clemente V; aunque sin ir allá, porque fijó su residencia en Aviñon, y así puede decirse que casi nada le toca de cuanto pasó



Prision de Bonifacio VIII.

Disgustado Felipe el Hermoso, Rey de Francia, con algunas providencias del Pontífice Bonifacio VIII, y contando con el auxilio de los Colonas, enemistados con el Papa, logró que estos con un capitan frances le pusiesen preso, tratandole además con tal desprecio, que murió de pesar. Si mirada en sí sola su muerte fue un mal, lo fue mayor redoblando la osadía en sus émulo tan vergonzoso triunfo.



en la capital del mundo durante su pontificado.

A su muerte juntó el rey de Francia el mayor número de cardenales que pudo, pues como estos vivian distantes de Roma, que era el centro comun, estaban dispersos; y quedó electo Juan XXII. Con motivo de algunas ideas místicas, que aventuró en punto de la vision beatífica que gozan los santos en la otra vida, tuvo que sentir, porque no eran admitidas de los demas teólogos. Tambien hubo entre él y el emperador Luis de Baviera, altercaciones de importancia. Le hizo este príncipe deponer en Roma, y colocar en su lugar un anti-papa; pero como se hallaba en Francia no hacia aprecio del enojo del emperador. Le valieron inmensos caudales las anatas, el derecho de prevencion, y las gracias espectativas: prevencion llamaban el derecho con que los sumos pontifices daban el beneficio cuando sabian la vacante antes que le presentasen los que debian conferirle.

Benedicto XII, que le sucedió, era monge del Cister, y le llamaban el cardenal Blanco, porque llevaba el hábito de su orden. Aunque el sacro colegio no hacía de él mucho caso, por divina disposicion no le faltó voto alguno: y él se admiró tanto, que dijo: "Habeis elegido un asno," dando en esto á entender, que nada sabia para manejar los negocios de la corte pontificia; pero este fue no obstante, el que sin renunciar á las pretensiones de la santa Sede, hizo la paz con el emperador y los otros potentados.

Su sucesor Clemente VI residia en Francia, y adquirió en ella residencia fija, comprando á Avignon. Otros dicen que adquirió esta ciudad por cesion que con apariencia de venta hizo en él Juana,

reina de Nápoles y condesa de Provenza , acusada de cómplice en la muerte de su esposo.

Roma , sin la presencia del papa , se hallaba dividida en las facciones que formaban los grandes. Su desunion dió fuerzas á un partido popular, que mandado por Gravini de Rienci se apoderó del gobierno. Era Gravini hijo de un molinero y de una lavandera, llegó á ser notario , y fue enviado á Aviñon á suplicar al papa que fuese á residir en Roma. Satisfizo tanto la buena cuenta que dió de su viage cuando regresó, que por aclamacion le eligieron tribuno del pueblo. Puesto en posesion del capitolio con plena autoridad , echó de Roma á los Colonas , á los Ursinos y otras familias de la primera nobleza , debilitadas con sus mismas divisiones. Envió el tribuno diputados á todas las ciudades de Italia, para que dijesen que los romanos acababan de recobrar su libertad, y que él las exortaba por su parte á imitar á la capital y á socorrerla. Muchas ciudades prometieron juntarse con él, y aun algunos príncipes estrangeros pretendieron la alianza de Rienci.

Cuando todo le salia bien, él mismo puso límites con su estravagancia á su fortuna. El hijo de un molinero y de una lavandera tomó aquel aire arrogante que habia reprendido en la nobleza, y se hizo armar caballero en presencia de todo el pueblo romano. Debia preceder á esta ceremonia el baño, y le tomó en donde se creia por tradicion que se habia bautizado Constantino. Se titulaba Rienci en sus cartas *caballero candidato de Santi-Spiritus, severo y clemente, restaurador de Roma, zelador de la Italia, amante del universo y tribuno augusto*. Como si todo el que dominase en Roma

debiera aspirar á estravagantes pretensiones , citó á su tribunal al duque de Baviera Luis , al rey de Bohemia Cárlos , y á todos los electores para que fuesen á dar cuenta de su conducta. Esto fue lo que arruinó todo su crédito : porque el papa le trató de loco y de fanático , la nobleza recobró sus derechos , y Rienci , precisado á huir , acudió al rey de Hungría , despues al rey de Bohemia , y este le entregó al papa. Conservaba no obstante alguna estimacion en Roma ; y los cardenales , que tenian en ella su residencia , creyeron que les pudiera servir para restablecer la autoridad del pontífice. Le volvió el papa á enviar con los títulos de caballero , senador de Roma , y tribuno del pueblo ; pero él incurrió en nuevas locuras. Se cansó el pueblo , le acometió , le persiguió en el capitolio , y allí le dió cruel muerte. Egemplo notable , dicen los historiadores , de la fantasía de la fortuna , y de lo instable que es todo cuanto tiene su principio en una fermentacion popular.

Inocencio VI , sucesor de Clemente VI , tranquilo en Aviñon , durante su pontificado dejaba que la Italia , y sobre todo Roma , se despedazase entre diversas facciones cuando su presencia pudiera calmar el furor ; pero se contentó con enviar legados con el título de gobernadores. Uno de estos coronó en Roma al emperador Cárlos IV , y este príncipe no fue mas eficaz que Inocencio en corregir los desórdenes de Italia. Urbano V , que le reemplazó , fue á Roma , pero no para residir en ella. Recibió dos emperadores , al de Occidente á quien coronó por su mano , y al de Oriente , Miguel Paleologo , que habia ido á pedir socorro contra los turcos. Urbano V le dió cartas de recomendacion

Años
de J. C.
1352.

para los venecianos y los genoveses, y esto fue todo lo que consiguió con su viage.

El sucesor de Urbano V, Gregorio XI, recibió una respuesta poco agradable de Valdemar, rey de Dinamarca. Se habian sublevado los habitantes de Jutlandia, y escribieron al papa para disculpar su rebelion; pero se reducian sus excusas á quejarse amargamente de su rey. Gregorio XI, que dió crédito á los sublevados, escribió á Valdemar, amenazándole con la escomunion si no hacia justicia á sus vasallos agraviados, pero le respondió el monarca: "De Dios he recibido la vida, de mis mayores los bienes, y de vuestros predecesores la fe, y esta os la restituyo por la presente carta." No tenia la fe muy arraigada el que la renunciaba con tanta facilidad. Dejó Gregorio XI á Aviñon, y fue á Roma, con intencion de fijarse allí á instancias de los romanos; y no hallando ni la sumision ni las satisfacciones que le prometian, murió de pesadumbre.

Años
de J. C.
1373.

Le habian pronosticado que su vuelta á Roma, ni á él ni á sus sucesores seria muy útil, y este pronóstico se verificó demasiado. Los cardenales franceses, que eran las tres cuartas partes del sacro colegio, entraron en cónclave, y se vieron al punto rodeados de un tropel de gentes que gritaba con todo el exceso del furor: *Un papa romano, italiano, ó la muerte*: y eligieron á Bartolomé Prignano, originario de Nápoles, que tomó el nombre de Urbano VI. A escepcion de cuatro cardenales, todos los demas á los tres meses volvieron á la eleccion, declarando forzada y violenta la de Bartolomé, y nombraron á Roberto, natural de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII, y en-

tonces se formó el que llaman grande cisma de Occidente. La Alemania, la Hungría, la Inglaterra, con Bohemia, Polonia, Dinamarca, Suecia, Flandes, y casi toda la Italia, obedecian á Urbano VI. Francia, España, Escocia, Nápoles y Chipre, se declararon por Clemente VII. Otros se mantuvieron neutrales hasta la decision del concilio general que todos pedian. Se escomulgaron recíprocamente los rivales; y los pueblos adoptaron sus odios con un furor invencible, que causó general calamidad en Europa. Mucho padeció la religion; y las heregías, que por entonces vomitó el infierno en grande número, se valieron de tan funesta ocasion; siendo consecuencia triste el envilecerse el clero, cuyas desgracias siempre empiezan por la discordia entre sus miembros.

Muchas veces por quejas particulares negaban la obediencia al mismo á quien se la habian prometido, y los que antes eran venerados como papas, se veian tratar con el detestable nombre de anti-papas. Aquí se ha de notar que algunos príncipes mostraban afecto determinadamente á un pontífice por la utilidad que les resultaba, como le sucedió al duque de Anjou, regente de Francia, durante la menor edad de Cárlos VI.

Se retiró Clemente VII á Aviñon: Urbano VI se fue á Nápoles, y trataba aquel reino como dominacion suya, y no como asilo, por lo que sobrevino la desavenencia con Cárlos, que tenia el cetro. Este príncipe le sitió en el castillo de Nocera: cuatro veces al dia se asomaba á la ventana de la fortaleza, y escomulgaba á los que le tenian sitiado. Halló modo de huir; pero nunca puso en libertad á seis cardenales, que decia le habian que-

rido dar veneno. Ya estaba para quedarse solo el papa Clemente VII por muerte de Urbano VI; pero los cardenales de Italia, llamados Urbanistas, hicieron á toda prisá una eleccion, á pesar de las reconvençiones de los que se llamaban Clementinos, y pedian que se dilatase. Nombraron á un napolitano, que tomó el nombre de Bonifacio IX, y le recibió Roma; pero los alborotos que en ella reinaban no le permitieron estar allí mucho tiempo. La muerte de Clemente VII le inspiró que hiciese con los cardenales Clementinos la misma tentativa que estos habian hecho con los Urbanistas; pero el éxito fue igual, porque se juntaron los Clementinos en Aviñon, y á pesar de las representaciones de la Francia, eligieron á Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Se convidaron recíprocamente estos dos papas á ceder; pero tambien se amenazaron y se escomulgaron. Los pueblos que obedecian al uno y los que obedecian al otro, llegaron á declarar que á ambos los renunciarian si no se concordaban entre sí.

El único medio que parecia propio para concordarse, era la cesion del uno y del otro, y en esto estaban conformes; pero no queria Bonifacio renunciar primero que Benedicto, ni Benedicto primero que Bonifacio, rezelando que en renunciando el uno pretenderia el otro retener la tiara, como que quedaba solo con el título de papa. Lo que gapó Benedicto XIII con sus tergiversaciones, fue que la Francia renunció á su obediencia sin reconocer al otro, y quedándose neutral. Benedicto, amenazado, se salvó en Aviñon, en donde viéndose casi abandonado, envió á Bonifacio IX embajadores con proposiciones bastante equitativas; pero

este murió despues de la primera audiencia , y los Urbanistas sus partidarios , con la misma apresuracion que la de los Clementinos en iguales circunstancias , eligieron en Roma , adonde habia vuelto Bonifacio , un napolitano , que tomó el nombre de Inocencio VII.

Benedicto XIII , fiel á sus intenciones pacíficas , ó queriendo parecerlo , declaró su intencion de ir á Italia , y abocarse con su concurrente. Inocencio VII , á quien este desco no le pareció sincero , le negó el salvoconducto ; pero murió , y con este motivo suspendió Benedicto dar este paso conciliativo , sin que á nadie pareciese mal. Los cardenales de Inocencio eligieron con precipitacion un veneciano , que se llamó Gregorio XII; pero juraron en pleno consistorio , que aquel que saliese electo habia de renunciar el pontificado , en caso que hiciese lo mismo el anti-papa , y aun Gregorio confirmó su juramento despues de la eleccion. Empezaron despues á procurar que los dos papas renunciassen , y hallándolos igualmente distantes de condescender , se juntaron los cardenales de las dos obediencias en el concilio de Pisa , celebrado en 1409 , y eligieron un cardenal , natural de Candía , que tomó el nombre de Alejandro V. Este nuevo papa murió en Bolonia , adonde le habia atraído Baltasar Cossa , caminando á Roma , de donde Gregorio XII se habia visto en precision de salir. Era Baltasar de costumbres mas que sospechosas , y muy poderoso en Bolonia : ganó pues á los cardenales que acompañaban á Alejandro V , y se hizo elegir. Este es conocido con el nombre de Juan XXIII. Ya tenemos un papa mas , porque Benedicto y Gregorio , que apenas se habian atre-

vido á oponerse en la eleccion de Alejandro V, como hecha en pleno concilio, se declararon abiertamente contra la de Juan, diciendo que era simoniaca y violenta. Así para este asunto como para reprimir la heregía de Juan de Hús y de Gerónimo de Praga, se convocó el concilio á Constanza, en la cual fueron juzgados los dos heresiarcas, y entregados al emperador Segismundo, que los hizo quemar vivos, aunque habian logrado un salvoconducto. De las centellas que quedaron en las cenizas de estos dos hombres, nació el incendio que despues abrasó á la Europa. En este concilio depusieron á Juan XXIII, por delitos demasiadamente probados: renunció Gregorio XII por procurador, y le conservaron los honores que merecia su moderacion. Eligieron á Othon Colona, el cual se llamó Martino V; pero nunca quiso ceder Benedicto XIII. Desde el pequeño castillo de Peníscola, frontera de Aragon, se tomaba la satisfaccion de arrojar todos los dias rayos contra toda la cristianidad que le habia abandonado. Los dos cardenales únicos que le habian quedado, precisados por el rey de Aragon, procedieron á la eleccion de un sucesor, que se llamó Clemente VIII, y no tuvo fin el cisma hasta el año de 1429, con la dimision y renunciacion absoluta de este pontífice efímero.

Años
de J. C.
1431.

A Martino V sucedió Eugenio IV, veneciano. Se debia presumir que por ser sucesor de un papa, elegido en un concilio, ocuparia inmóvil su trono; pero sufrió, no obstante, vaivenes, y le faltó poco para caer. Con motivo de que los husitas pedian un concilio para volverse al seno de la Iglesia, no pudo menos de juntarle Eugenio IV, y le convocó á

Basilea, aunque preveía que se habían de suscitar cuestiones nada convenientes á la corte romana; y con efecto, las opiniones del heresiarca Juan de Hús, sobre la autoridad espiritual de los papas, dieron ocasion á dificultades sobre la potestad temporal, y despues de muchas aserciones, argumentos y disputas, salió la reprobacion de muchos derechos impugnados por los husitas; y aunque el concilio en sus esplicaciones pretendió atraer á estos hereges, no quiso dar su aprobacion el papa Eugenio IV; pero viendo la insistencia creyó detener el daño, transfiriendo el concilio á Ferrara. No obedecieron los padres al pontífice: se estuvieron firmes en Basilea, y le suscitaron en Amadeo, duque de Saboya, un contrario, que se llamó Felix V.

Entre tanto dejaron muchos prelados á Basilea, diciendo que se trataba al papa con demasiada dureza, y se fueron sucesivamente á Ferrara. De allí los transfirió el papa á Florencia, en donde el concilio se hizo muy respetable; porque se juntaron con él los griegos, y la esperanza de la reunion que se propuso de las dos Iglesias, dió al concilio de Florencia un resplandor, que confundió enteramente al de Basilea y su papa Felix. Aunque este conservó alguna esterioridad del pontificado, lo esencial estaba en Eugenio, como lo reconoció casi toda la Iglesia, y sobre todo Roma, en donde murió.

A pocos meses de cardenal se vió pontífice Nicolao V. Este consiguió la renuncia de Felix V, y que le reconociesen los prelados, que de Basilea se habían transferido á Lausana. Nicolao, para formar una cruzada contra los turcos, tuvo proyectos, que sin efecto pretendió realizar su sucesor Calisto III. Esta honra estaba reservada para Pio II, el cual

Años
de J. C.
1440.

consignió de muchos príncipes que diesen dinero y enviases tropas; y el zelo con que animaba los preparativos hubiera podido lograr consecuencias ventajosas, si no le hubiera sobrevenido la muerte. Pensaba en ponerse á la cabeza del ejército y embarcarse, no por ardor imprudente y ambicioso, sino porque esperaba que, sacrificandose de este modo, acudirian todos los príncipes cristianos para oponerse á los turcos que amenazaban á la Italia. A Pio II se le puede colocar entre aquellos príncipes, cuya fama no se aumentó con la dignidad; porque antes de adornarle la tiara, era ya conocido entre los sabios con el nombre de Eneas Silvio. En el concilio de Basilea se mostró contrario á las pretensiones ultramontanas; pero siendo ya papa las preconizó en sus escritos, y las sostuvo en sus bulas. Estableció en Roma una academia, que su sucesor destruyó como peligrosa por disputarse en ella sobre la inmortalidad del alma, y sobre otras materias abstractas.

Años
de J. C.
1465.

Su sucesor, Paulo II, era enemigo de disputas sutiles, porque decia que de ellas nacia las heregias: estableció el color rojo para el hábito de los cardenales, y en el manejo de negocios era de gran penetracion y tino justo; por lo que muchas veces le tomaron los príncipes por árbitro en sus querellas.

1471.

Francisco de la Robera, que le sucedió, con el nombre de Sisto IV, era hijo de un pescador; y cuando de la celda subió este Franciscano á palacio no pudo estrañar la estimacion, porque cuando solo tenia la capilla le respetaban ya como á sabio. Favoreció Sisto en Florencia á los enemigos de los Médicis. Se le debe mirar como uno de los princi-



Biblioteca vaticana.

Dirigió el Papa Sixto IV. su principal atención á proporcionar á Roma riquezas sólidas en los monumentos de la sabiduría, adquiriendo por todo el mundo manuscritos rarísimos para la biblioteca del vaticano, dotando bibliotecarios para las lenguas menos conocidas, y asignando rentas para comprar libros. Era sabio, y el sabio nunca dexa de dar su preferencia á los objetos que la merecen.

pales bienhechores de la biblioteca del Vaticano, porque la enriqueció con los rarísimos manuscritos que buscó por todo el mundo, fundó plazas de bibliotecarios para las lenguas menos conocidas, y asignó rentas para comprar libros. Hermoseó á Roma, y todavía conservan su nombre muchos edificios útiles y suntuosos.

No decayeron en tiempo de Inocencio VIII las bellas artes y las ciencias, porque eran muy de su gusto. Fue bastante pacífico; y si alguna tacha se puede poner en la reputacion de un príncipe tan justo y generoso, es el haberse obligado con Bayaceto, emperador de los turcos, á conservar prisionero á Cicin su hermano. Pero esto sería nada respecto de lo que se dice de don Rodrigo Borja, que en el pontificado se llamó Alejandro VI, sucesor de Inocencio, si fuese verdad que no pudiendo conservarle en la prision porque le pedia el rey de Francia con instancias imperiosas, le hizo dar veneno antes de entregarle. Pio III, que le sucedió, reinó veinte y seis dias, y fue reemplazado por Julio II, sobrino de Sisto IV.

Años
de J. C.
1484.

Todos vieron con gusto colocado en el trono á Leon X, que era de la familia de los Médicis. No pasaba de treinta y siete años: era liberal, atento, y de costumbres irreprehensibles: como príncipe, protegía el mérito y las letras. En su pontificado florecieron tanto las ciencias, que dieron nombre á su siglo con los progresos y adelantamientos de los conocimientos humanos; y así se dijo del siglo de Leon X lo que del siglo de Carlo Magno, y despues del de Luis XIV; pero este mismo pontífice, en esta parte tan glorioso, tuvo la pena de ver en su tiempo nacer las heregías, que despues han separado de

1513.

la santa Sede una parte de la Europa. Tenian los dominicos á su cargo en Sajonia predicar la indulgencia de la bula ; pero la limosna que daban por ella estaba destinada para concluir la grande obra de la iglesia de san Pedro , que es sin comparacion el templo mas suntuoso de la cristiandad. Lutero, envidioso de que no se hubiese dado á los suyos el cargo de predicar las indulgencias , siendo profesor de teología en la universidad de Witemberg, suscitó disputas públicas sobre la eficacia de las indulgencias pretendiendo hacerlas sospechosas. Era Lutero hombre audaz, de una elocuencia mas ardiente que culta , que es la que mejor triunfa del pueblo ignorante. Leon X por algun tiempo despreció la disputa , porque le parecia de poca importancia ; pero sabiendo despues que las opiniones de Lutero en algunos puntos del dogma , y contra la autoridad de la Iglesia , lograban favor no solo con los pueblos sino tambien con los príncipes, espidió una bula contra el doctor de Witemberg. Murió este pontífice en la firme persuasion de que contra los alborotos de Lutero habia tomado las medidas suficientes, y de que el pleito estaba concluido.

Años
de J. C.
1522.

A la verdad faltaba mucho. Sucedió á Leon X Adriano VI, que tenia la estimacion del emperador Cárlos V, y disponia de su poder ; pero aunque se valió de él contra el enemigo de las indulgencias no le intimidó ; porque ya Lutero se habia hecho cabeza de un terrible partido , y habia mezclado con destreza entre los objetos de la disputa muchas cuestiones que lisonjaban la independencia de los príncipes alemanes , y la inclinacion del clero inferior á sacudir el yugo de los prelados. De este modo le sostenian los príncipes,

y la mayor parte del clero; y aplaudiendo en secreto las opiniones del heresiarca, le ayudaban á propagarlas en el pueblo. Las bulas de Adriano VI, los edictos que obtuvo del emperador, y la convocacion de las dietas, me parece que fue lo que mas contribuyó para que se esparciese el luteranismo contra la buena intencion del pontífice, pues así en lugar de contenerle logró mayor publicidad. Viendo abierta la carrera de la disputa, se apresuraron los atletas á presentarse, y así Zuinglio dogmatizó en la Suiza al mismo tiempo que Lutero en Alemania, aunque discrepaban el uno y el otro en algunos puntos de doctrina. Socino y otros muchos cercenaron, por decirlo así, la fe católica, quitando algunos artículos fundamentales: negando los unos un misterio y los otros otro, como si fuera posible que los conocimientos humanos, que suben hasta la divinidad, pudiesen empezar de otro modo que por algun misterio incomprensible.

Dejó Adriano VI la nave de la Iglesia á Clemente VII en medio de estas tormentas. No ha habido papa que se viese entre mayores dificultades. Se halló en el conflicto de los intereses de Carlos V y Francisco I, sin saber frecuentemente con cual de los dos debía acomodarse, y teniendo que pasar de un partido á otro segun las circunstancias. El emperador, mas hábil y afortunado que su rival, dió que sentir al papa; pero conservandole siempre el respeto debido al que es cabeza de la Iglesia. Para que no se creyese que lo que padecia en Roma el santo Padre dimanaba de sus órdenes, al mismo tiempo que Borbon le tenia preso en Roma con sus tropas, mandaba hacer en España rogativas por su libertad. Ya salió Clemente

Años
de J. C.
1523.

de esta desgracia, y se presentó mediador entre los dos monarcas, procurando ponerlos en paz. Henrique VIII, rey de Inglaterra, le puso en las mas crueles angustias, pretendiendo divorciarse de Catalina, tia de Cárlos V. Prescindiendo del ningun derecho de Henrique VIII precisamente se habia de hallar perplejo el pontífice entre los dos príncipes, pues tenia que desagradar al emperador si consentia en la disolucion del matrimonio, y se esponia resistiendo á los escándalos del rey de Inglaterra, soberbio y altivo. Mezclando dilaciones con manejos impidió Clemente que viviendo él rompiese el rey de Inglaterra por los últimos escesos.

Años
de J. C.
1523.

Murió pues cuando acaso tenia que dar, á instancias de Cárlos V, el golpe que separó la Inglaterra de la Iglesia católica en los dias de Paulo III. El cisma y las heregías tomaron tanta fuerza en Alemania que se creyó la autoridad de los papas poco suficiente para restablecer el órden, y que se necesitaba de un concilio general. No se apartaba Paulo III de este espediente, y daba á entender que estaba dispuesto á convocarle; pero queria que se celebrase en Italia. Los protestantes, nombre que se daba á los disidentes de la Iglesia católica, creyeron que la intencion del papa, juntando el concilio en Italia, era disponer en él como dueño; y pidieron que pues en Alemania estaba el centro de los alborotos, allí se habia de llevar el socorro que apagase el fuego de la division. Despues de muchas dilaciones y espedientes, ya por último fue convocado el concilio á la ciudad de Trento, que está en los confines de Alemania é Italia. Se hizo la abertura con mucha solemnidad en 1545, y por las enfermedades contagiosas que sobrevinieron en Tren-

to, le trasladó el papa despues de ocho sesiones á Bolonia. Aquí solo se tuvo una sesion, y hasta que murió Paulo III todo permaneció sin actividad.

La primera operacion de Julio III, que le sucedió, fue volver á juntar el concilio en Trento. En este punto quedaron los protestantes satisfechos; pero no llevaban bien que pretendiese presidirle por sí mismo ó por sus legados. Ya los inclinaron á que espusiesen en Trento sus agravios, lo que sería una especie de conformidad á lo que se decidiese; pero cuando se trató de que fuesen en persona á defender sus opiniones, dijeron: Que no eran suficientes los salvoconductos, y por esta dificultad se suspendió el concilio en la sesion diez y seis, y no volvió á juntarse durante la vida de Julio III. Marcelo II apenas ocupó la silla mas de un mes, porque se le llevó una apoplejía. Mientras reinó Paulo IV su sucesor no se habló de concilio; pero procedió la inquisicion con todo rigor. Era un pontífice de austeras costumbres, aunque en las ocasiones de importancia magnífico. Fue amante de la justicia, y tuvo valor para deshacerse de sus sobrinos y privarlos de su gracia, porque abusaban de su crédito.

Años
de J. C.
1550.

1559.

Pio IV renovó el concilio de Trento ó le continuó, porque estas dos espresiones de continuacion ó de renovacion fueron muy disputadas; porque continuar daba á los decretos ya hechos una autoridad que los protestantes no querian reconocer para conformarse. El papa abrazó la palabra *continuar*, y esta fue la que pasó. Se apresuró á congregar el concilio; porque la Francia, en donde todo estaba mas alborotado que en Alemania, amenazaba con un

concilio nacional. Volvió á tomar el de Trento mas esplendor que nunca habia tenido. Se declararon los obispos de Francia contra las pretensiones ultramontanas : recurrió el papa á la reina Catalina de Médicis , que todo lo podia en la corte de su hijo Carlos, y esta reina consiguió que los prelados franceses condescendiesen con lo que el papa queria. Se finalizó el concilio en 1563 ; Pio V recibió con grande satisfaccion la noticia de haberse concluido ; y habiendole confirmado dió sus órdenes para las reformaciones que en él estaban prescritas.

Este concilio fijó exactamente los artículos de la fe católica. Los protestantes quitan muchos sacramentos y sagrados ritos, que aun atendiendo á solas las luces de la razon , pueden conservarse no solamente sin riesgo sino tambien con solo la autoridad. Empezando por el bautismo , todas las religiones , aunque sean falsas , siempre tienen un primer acto de inclinacion acompañado de ceremonias que le hagan respetable , y esta ventaja se ve en la de los católicos. La confirmacion trae á la memoria principios de moral , señalando el celestial origen , que persuade su práctica , y hace temible la infraccion. El culto de las imágenes adorna los templos , y nos presenta los egemplares de virtud , sobre ser las imágenes los libros de los ignorantes , que siempre componen el mayor número. La práctica de la confesion nos ofrece á los afligidos pecadores buen consejo y un consolador , ademas de la satisfaccion. La Estremauncion llama la esperanza al corazon del moribundo. No hay duda que juntandose al matrimonio el acto de religion , no puede menos de imprimir mas respeto á un contrato , del cual depende la felicidad de la vida. El rogar á Dios por los

difuntos, es un homenaje muy útil para que se crea la inmortalidad del alma. Por último, la idea de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento es la que da sustancia á las magníficas ceremonias de la Iglesia católica, y las hace tan penetrantes para mover el corazón, como son graves y augustas. Si en estas santas prácticas se habían introducido algunos abusos, pedirían reforma pero no destrucción.

El celibato de los clérigos y su consagración los hace en el estado un cuerpo distinguido. Dispuso este concilio que las órdenes religiosas se sujetasen á una de las cuatro reglas de san Agustín, de san Benito, de san Bernardo ó de san Francisco. Hasta el siglo XII estaban confiadas las funciones eclesiásticas, la instrucción de los pueblos y la celebración de los misterios exclusivamente á los clérigos que gobernaban las parroquias de los lugares, ó á los que vivían juntos en colegios de canónigos reglares ó seculares al cuidado de los obispos. Aunque los monges pululaban entonces en Europa, estaban destinados á la vida ascética y laboriosa, cumpliendo con ambos empleos, edificando á los pueblos con vida arreglada, y dándoles ejemplo del trabajo con el cultivo de las tierras. Entró después el gusto de las letras en los grandes monasterios, y la alta nobleza y aun los príncipes buscaban en ellos la instrucción. En Francia muchas aldeas, lugares y aun ciudades deben su origen á la concurrencia que al rededor de las abadías ocasionaba la celebridad de las fiestas.

No deben confundirse los monges con aquellos religiosos que tuvieron principio en el siglo XII; porque estos, no limitándose solo á la vida contemplativa y al trabajo de manos entraron en el minis-

terio sagrado, y fueron como tropas auxiliares del clero en la predicacion y administracion de los Sacramentos. La regularidad, sobriedad y desinterés de los discípulos de san Francisco merecieron la veneracion de los pueblos: el talento de los Dominicos para las cátedras les adquirió mucha estimacion, y salieron de los dos órdenes doctores célebres, y muchos fueron admitidos en el sacro colegio, y condecorados con la tiara. Al concluirse el concilio de Trento, se hallaron en él siete generales de órden, cada uno con muchos religiosos, que se distinguieron por su sabiduría y elocuencia.

Años
de J. C.
1559.

Aunque posteriormente los Jesuitas han sido estinguidos, lograban en aquel tiempo grande estimacion, y eran muchas las causas que contribuian á su incremento. La instruccion de la juventud les proporcionaba sugetos útiles, porque conociendolos desde la infancia, escogian á los que estaban dotados de entendimiento apto para las ciencias, ó de otros talentos particulares y propios para acreditar su órden. Las bellas letras, en las cuales se distinguieron, les grangearon la estimacion general. Con sus misiones se hicieron conocidos en todo el universo. Llegaron á ser un coloso, y todo coloso amenaza ruina; porque en llegando las cosas humanas á su mayor altura están cerca de su decadencia.

Pio V, sucesor de Pio IV, creó por su autoridad gran duque de Toscana á Cosme de Médicis, no obstante las protestas del emperador; animó á los príncipes católicos, y formó una liga contra los turcos, cuyas fuerzas quebrantó, y tuvo el placer de saber que habian sido vencidos en la famosa batalla de Lepanto. Este santo pontífice, además de su arreglada y santa vida, mereció la estimacion ge-

neral, porque no conoció la avaricia ni el sórdido interes, ni pensó jamas en enriquecer su familia.

Su sucesor Gregorio XIII procuró animar de nuevo la guerra contra los turcos; se mostró muy zeloso enemigo de esta nacion; favoreció la guerra contra los protestantes en los Países Bajos, en lo cual obraba como hombre público, obligado por su empleo á estas demostraciones; pero como hombre particular era benigno, humano y amigo de la paz.

La historia de Sisto V nos enseña cuanto puede prometerse un hombre de mérito cuando se juntan muchos á elegir. Era hijo de un pobre, y tan pobre que su padre por no poder criarle se vió en la necesidad de ponerle á servir con un hombre de su pueblo para que le guardase los carneros. Andaba errante por los campos con su rebaño: pasó por allí un religioso de san Francisco, y le preguntó por el camino de una villa vecina. El muchacho, no solamente se le señaló, sino que se empeñó en acompañarle y seguirle á pesar de las reflexiones que le hizo el religioso. En el camino se admiró este tanto de la viveza de sus respuestas, que se le presentó al guardian del convento como un sugeto digno de conservarse. Allí se crió sirviendo, y le dieron el hábito de hermano converso; pero no contento con los egercicios de su estado se introdujo en las aulas, y manifestó tanta inclinacion al estudio que le aplicaron á las ciencias.

Ya llegó á ser profesor, doctor, predicador: pasó sucesivamente por todas las dignidades de su órden, y no sin contradicciones; pero sus talentos le merecieron amigos poderosos fuera del cláustro. Paulo IV, hombre austero, que gustaba de la severidad, le hizo inquisidor general en Venecia. Des-

Años
de J. C.
1572.

1581.

empeñó este empleo , pero con tal dureza, que el senado le quiso reprimir , y se vió precisado á la fuga. Pio V , que tambien le habia protegido cuando era cardenal, llegó á ser papa, y le hizo general de su órden , obispo y cardenal, dandole una grande pension para mantener su dignidad.

Tomó el nombre de cardenal de Montalto, que era el de un castillo de la Marca de Ancona, cerca del lugarcito de *Las grutas*, en donde habia nacido. Ya revestido de la púrpura se ocultó en la obscuridad y se sepultó en el retiro; y parecia tan decaido y tan enfermo, que daba lástima á los que le veian.

En el cónclave que se celebró por la muerte de Gregorio XIII, no quiso hacer partido con ninguno; y á los que daban algunos pasos por él les decia: "Yo aceptaré, pero con la condicion de que vosotros gobernéis por mí." Mientras se hacia el escrutinio tosía y lloraba en su rincon como si le hubiese sucedido alguna desgracia; pero al mismo tiempo estaba contando los votos; y viendose con mas de la mitad á su favor, salió de su silla, arrojó el baston, y se presentó muy fuerte como que no tenia mas que sesenta y cuatro años. Se admiraron los cardenales, exclamó el décano, que habia error en el escrutinio: "Eso no, dijo en mas alto tono de voz el electo, el escrutinio es bueno." Entonó el *Te Deum* haciendo resonar la bóveda, y tomó el nombre de Sisto V.

Cuando ya el papa iba á la Iglesia de san Pedro á ocupar la santa Sede, el pueblo, no menos admirado que los cardenales de no ver en él aquel Montalto decrepito y enfermo, gritaba, segun costumbre: "Santo Padre, abundancia y justicia;"

y él respondió: "La abundancia pedidsela á Dios, la justicia yo os la daré:" y cumplió su palabra, porque ningun papa, como él, se portó con la severidad que Roma necesitaba. En el estado eclesiástico habia grande relajacion, y Sisto V publicó rigorosas leyes, que hizo observar exactamente. En lugar de dar libertad en su coronacion á los delincuentes que estaban en la cárcel, segun costumbre de sus predecesores, hizo quitar la vida á cuatro de los mas culpados, y solo esto consternó á los malhechores. Las cercanías de Roma estaban infestadas de bandidos: les prometió Sisto V el perdon, si iban á rendirse en el espacio de tres meses; pero pasados estos no tenian que esperarle. Prometió tambien quinientos escudos á todo aquel que entregase á alguno de sus cómplices, y al mismo tiempo prohibió á toda suerte de personas, sin escepcion, que tuviesen la menor correspondencia con ellos, que pudiesen venderles ó darles víveres, ó el simple cubierto, so pena de galeras ó de la horca. En menos de seis meses quedaron presos todos los ladrones que no habian desaparecido.

Es preciso alabar en Sisto V lo bien que desempeñó el soberano poder, porque reprimió la mendiguez de los holgazanes, quitó los privilegios nocivos al buen orden, hermoseó la ciudad, fabricó fuentes, levantó obeliscos, construyó iglesias, puentes, palacios y hospitales: enriqueció sumptuosamente la famosa biblioteca del Vaticano. Tuvo tropas bien disciplinadas, fortificó las plazas fronterizas, sabia el secreto de todos los gabinetes por medio de espías, y no se dejó gobernar por los que querian que criase á sus sobrinos en estado mas alto que el que merecian.

Años
de J. C.
desde el
1590
al 1605.

En dos años ocuparon la silla de san Pedro cuatro pontífices: Urbano VII, que no llegó á coronarse: Gregorio XIV, que reinó diez meses; pero en favor de la liga de Francia gastó casi todo el tesoro de Sisto V. Inocencio IX ocupó la silla pocos meses: Clemente VIII, que tambien se declaró por la liga, fue el que dió la absolucion á Henrique IV, y pronunció la disolucion de su matrimonio con Margarita de Valois. Clemente VIII vió empezar las disputas sobre la gracia y libre albedrío, y se mostró poco favorable á los Jesuitas, porque sostenian la doctrina de Molina. Siempre estas disputas, acerca de la gracia y libre albedrío, deben traer perjuicio en pasando de los términos con que san Pablo enseñó el dogma de la divina gracia; porque siendo esta, como es, un misterio, lleva consigo el ser incomprendible; y es una especie de soberbia salir de los límites que señalaron nuestros mayores. Muerto Leon XI, que sucedió á Clemente, y vivió veinte dias, eligieron por todos los votos al cardenal Borgese, que tomó el nombre de Paulo V. El pontificado de este es famoso por las diferencias que hubo entre él y la república de Venecia cuando la escomulgó; pero mediando Henrique IV levantó el papa las censuras. Volvieron á empezar las disputas teológicas sobre el punto de la gracia reinando Paulo V; pero este impuso silencio hasta su decision, y esta no se vió jamas. En tiempo de este pontífice y en el de Gregorio XV su sucesor, gozaron sus vasallos la felicidad de vivir tranquilos.

1623.

Urbano VIII, sucesor de Gregorio, añadió á su mucha ciencia el gusto de la literatura agradable. Pasaba por uno de los mejores poetas italianos

y latinos de su tiempo; pero siempre se ejercitó su musa en asuntos de piedad. El reinado de Inocencio X se pasó entre los cuidados domésticos ó de su propia familia. Años
de J. C.
1644.

El cardenal de Rens, dice de Alejandro VII, 1655.
que antes de ser pontífice ya habia manifestado mucha austeridad, y la conservó por mucho tiempo durante su pontificado. Clemente IX, aunque era muy capaz de gobernar por sí mismo, se entregó al cardenal Ceigi, que habia sido su grande amigo. No tuvo la tiara mas que dos años: era piadoso y limosnero. 1657.

Le reemplazó Clemente X, que reinó seis años; 1670.
y este, aunque le gobernaba tambien otro cardenal de su confianza, no siempre sufría su dependencia, y se lo dió á entender, aunque un poco tarde, á su ministro. Instandole este en su última enfermedad á que hiciese una cosa que no era de su gusto, le respondió: "Bien pudierais contentaros con haber sido papa seis años, ahora dejadme que yo lo sea por seis horas." Inocencio XI su sucesor, era modesto, retirado, económico en extremo: la mediocridad de su tren hizo desaparecer de su corte el esplendor, y retiró los señores romanos del lucimiento. En su tiempo se vió la heregia de Molinos, que consiste en un género de espiritualidad el mas peligroso, porque de su modo de pensar se pueden sacar las consecuencias que llevan el corazon al mayor desenfreno y libertinage; porque cautivar su espíritu mirando á la divinidad, de modo que absorto en sus reflexiones abstractas no cuide de reprimir los movimientos que sobrevienen en la carne, es declarar que este falso devoto queda inocente en las sensualidades, y así se anima á permitir las. En las

obras de Molinos no se esplican claramente estas licenciosidades, ni estas consecuencias, pero se siguen necesariamente de sus principios. Por la confusion de su doctrina hubo su dificultad en condenarle; pero si su sistema halló algunos defensores, y muchos los escusan por la buena intencion; lo cierto es que esta heregía debió sus progresos á la inclinacion que tiene el un sexo al otro, de modo que siempre halla amigos en las pasiones del corazon que se pretende conquistar.

Años
de J. C.
1689.
1691.

Alejandro VIII no reinó mas que dos años: Inocencio XII se declaró contra el nepotismo, y espidió una bula, señalando una moderada cantidad que pudiesen los papas mas indiferentes conceder á sus sobrinos. La heregía de Molinos le dió tambien mucho que hacer, porque se presentó con el escudo de un respetable prelado de la Francia. La docilidad de Fenelon, y su sumision á la bula, que condenó su libro *de las máximas de los santos*, hizo desaparecer un sistema de falsa devocion, que pudiera engañar á las almas tiernas y piadosas.

1700.

Por tres dias estuvo rehusando la tiara Clemente XI, y solamente cedió por las fuertes instancias del sacro colegio. Su pontificado es famoso por la condenacion de las ceremonias chinescas, y por la del padre Quesnel. Nunca debieran haberse disputado en las escuelas aquellas cuestiones abstractas que las han dividido en pareceres, estorbando los adelantamientos de la teología en puntos mas importantes. Estas cuestiones son: de qué modo, y hasta qué punto es eficaz la gracia. Si es eficaz por sí misma ó por las circunstancias. Si Dios predestina en virtud del mérito previsto. Cómo el hombre, supuesta la eficacia de la gracia, obra con li-



Extincion de los Jesuitas.

El orden religioso llamado Compañia de Jesus, que en su principio correspondió admirablemente á las santas miras del glorioso S. Ignacio de Loyola, su fundador, se distraxo luego tanto y degeneró en terminos que fué extinguido por el santo zelo de Clemente XIV. en 1773. Todo buen instituto prospera con la exácta observancia de sus reglas; pero si las olvida, resulta inevitable su ruina.

bertad. Lo cierto es, que el dictámen de su conciencia le dice al hombre que obra libremente, y así no puede menos de conocerlo; y por otra parte, supuesto que su operacion sea sobrenatural, no puede menos de venir del principio sobrenatural, que es la gracia, así llamada, porque nos viene de la misericordia de Dios. Jamas se acabarán las disputas que tienen por objeto un misterio superior á nuestra capacidad.

No obstante, estas cuestiones interminables ocuparon las mejores cabezas de la Europa en el reinado de Clemente XI, y en el de sus sucesores Inocencio XIII, Benedicto XIII, Clemente XII, y Benedicto XIV, el cual trabajó quanto pudo con algunos príncipes tan bien intencionados como él; pero inútilmente, porque siempre prevaleció la obstinacion contra las medidas de la prudencia de este pontífice.

Clemente XIII sostuvo la compañía de Jesus cuando la perseguian de todas las partes del mundo; pero Clemente XIV la estinguió con su bula de 21 de enero de 1773. Este pontífice pasó de la celda de un pobre religioso franciscano al palacio de los sumos pontífices, y conservó en el trono el espíritu que le distinguia en el claustro, porque era poco amigo de la comunicacion, y de un genio atrabiliario; pero los que lograban tratarle sentian mucho que un sugeto de su talento, no muy delicado, se entregase mas á la sociedad.

Pio VI, que subió á la santa sede en un tiempo muy delicado, empleó todo su reinado en defender el precioso patrimonio de la Iglesia, y no por el medio de las escomuniones ni anatemas, sino por el de negociaciones pacíficas, condescen-

Años
de J. C.
1721.
al 1740.

1756
al 1769.

1775.

dencias bien manejadas, y dulces insinuaciones, que algunas veces lograron su efecto; pero se vió espuesto á las desgracias de la guerra que asoló la Italia; y en su tiempo abjuró Roma á la potestad papal, y se hizo república (1).

SABOYA.

La Saboya es una tierra erizada de montañas, poco fecunda en granos, pero de pastos excelentes. Algunas cumbres de sus montes conservan perpetuamente la nieve y el hielo. La caza es excelente, y el pescado de agua dulce abundante. En Saboya varía tanto la naturaleza, que alivia el cansancio del pasajero con la uniformidad de las grandes llanuras del Piamonte; pero la fertilidad de este

(1) Se vió privado Pio VI de sus dominios temporales, y precisado á salir de Roma el 20 de febrero de 1798. Fue llevado á Sena, de allí á Florencia, luego á Parma, pasándole despues por Plasencia y Turin sin detenerse hasta Brianzon, desde donde trasladado á Valencina del Droma el 14 de julio de 1799, enfermó gravemente á pocos dias, y falleció el 29 de agosto á los ochenta y ocho años y ocho meses de edad, veinte y cuatro años y mas de seis meses de pontificado, llorado y admirado como dechado de virtud, aun por aquellos mismos que no reconocian su autoridad. Los reyes de España don Carlos IV y doña María Luisa de Borbon, su esposa, ningun medio practicable habian omitido para conservar á Pio VI en tranquila posesion de la santa Sede, y para que en el tiempo de sus peregrinaciones y trabajos tuviese en todas partes á su lado ministros suyos, que le facilitasen cuantos auxilios pudiesen aliviar sus dolencias y aflicciones; siendo estos monarcas los únicos que, sin contentarse con una compasion estéril, cuidaron de darle consuelos efectivos.

A pesar de las críticas circunstancias en que ocurrió esta desgracia, pudieron juntarse los cardenales en Ve-

último pais compensa con ventaja el placer que se siente al ver las estrañas y pintorescas bellezas del otro. De todo se encuentra en los estados del duque de Saboya, bosques, lagos, fuentes, cascadas, rios, arroyos, grutas, rocas cortadas á pico, y cuevas suaves y cubiertas de yerba. La parte mas agradable es el condado de Niza sobre el Mediterráneo; allí no se sienten los rigores del invierno: se goza un aire puro, un cielo sereno, y una primavera cuasi continua. El saboyano es laborioso, gusta de su pais, y solamente le deja para poner en contribucion con su trabajo los paises vecinos; pero se vuelve al suyo con una alegría siempre nueva. Es famoso por el afecto á sus príncipes. Mantiene el Piamonte una cantidad considerable de bueyes y hacen sus habitantes grande comercio de seda, por ser la mejor de la Italia.

nevia; y en 14 de marzo de 1800 eligieron sumo pontífice al cardenal Gregorio Bernabé Chiaramonti, que tomó el nombre de Pio VII; y mejorando sucesivamente de aspecto las ocurrencias políticas de Europa, pudo pasar á Roma, recobrar el dominio temporal, aunque con menos estension de territorio, y ocupar tranquilamente su silla. Uno de sus primeros cuidados y satisfacciones, ha sido el restablecimiento de la religion católica en Francia, por medio de un concordato ajustado en París á 15 de julio, confirmado y ratificado por el papa en 15 de agosto de 1801, por medio de una bula en que brillan la piedad, el caracter pacificador y otras sublimes prendas, que cada dia reconoce y admira mas y mas la Iglesia en el actual pontífice.

Años
de J. C.
1800.

Ya que el autor nada pudo decir de tan importantes sucesos, posteriores al tiempo en que acabó su compendio de la historia pontifical, ha parecido que publicándose su traduccion en el centro del catolicismo, debia darse á lo menos esta noticia de ellos, aunque sujeta á la concision de una nota.

La Cerdeña da al duque de Saboya el título de rey. En tiempo de los romanos pasaba el aire de esta isla por mal sano, y así desterraban á ella los que querian que no viviesen mucho. No obstante, bien sea por el cultivo ó por otras físicas razones, ahora no se advierte aquella insalubridad. Los habitantes son mezcla, ó por mejor decir, residuos de las naciones que habitaron esta isla: cartagineses, romanos, vándalos, moros, y posteriormente pisanos y genoveses. Se advertirá que los reyes de Cerdeña, cuyos estados eran los menos estendidos de cuantos poseen los príncipes coronados, tenían tres capitales: Caller en Cerdeña, Chamberí en Saboya, y Turin en el Piamonte: bien que esta ha sido la residencia ordinaria.

Los principales habitantes de la Saboya eran conocidos en tiempo de los romanos por el nombre de alóbroges, y ocupaban la parte de los Alpes, que llamaban los mismos romanos el Alcazar de Italia, por ser la mejor muralla que tenían contra los pueblos occidentales, y sobre todo contra las invasiones de los gaulas. Como el mar con su flujo y reflujo deja charcos de agua en las concavidades, y las abandona despues de llenarlas: á este modo, el flujo y reflujo de las naciones, que atravesaban la enorme cadena de rocas que desde la costa de Génova llega hasta el golfo de Venecia, debió dejar en los valles algunas poblaciones, que se quedaron allí pasada la tempestad que arruinó el imperio romano.

Casi nada se sabe de lo que pasó entre aquellas rocas hasta la mitad del siglo VIII; pero en los años 750 vemos un conde de Mauriana, que estendió su dominacion sobre los pequeños estados

que la rodean. No habla la historia en trescientos años poco mas ó menos , hasta que nos muestra en el siglo X un Amadeo, conde de Saboya, pariente del emperador Othon III , y se cree que este sajón es el tronco de la familia que ha gobernado el centro de los Alpes. Pasaba este Amadeo en su tiempo por el soberano mas benigno , generoso y digno de ser cabeza de una estirpe régia , que entre cuantas han ceñido corona ; se distinguió por las virtudes benéficas sin despreciar las militares. Por entonces tenian el título de condes de Mauriana , despues el de condes de Saboya , y por último el de duques.

Se cuentan hazañas fabulosas de Berondo , hijo de Amadeo ; pero empiezan los anales á tomar cierto aire de verisimilitud en tiempo de Humberto I su hijo , y gran guerrero , que murió por los años de 1048. Le dió su padre el egemplo de las fundaciones piadosas , y le transmitió á sus descendientes con mucho respeto á los dogmas y prácticas de la religion : hasta entonces no tenian otro título que el de condes. Amadeo , primer hijo de Humberto , famoso por su valor y magnificencia , murió sin hijos , y dejó á su hermano Othon el condado: este añadió al primer título el de marques de Italia. Mas afortunado con el casamiento que sus antecesores con las armas , llevó en dote de Adelayda , heredera de Susa , el ducado de Turin , el valle de Oste , y muchas tierras y castillos en la costa de Génova.

Amadeo II su hijo , gozó pacíficamente con su madre de los bellos dominios que añadió esta á la Saboya. Murió él antes que esta señora : su nieto Humberto II , muerta su abuela , tuvo que defen-

Años
de J. C.
1048.

1072.

Años
de J. C.
1108.

1148.

1183.

der sus derechos contra sus cuñados, que pretendian entrar á la parte de la sucesion; pero esta, á escepcion de algunas asignaciones, se adjudicó enteramente á Humberto en virtud de la ley sálica, que era la que regía en Saboya; aunque con la escepcion de que á falta de varones podian suceder las hembras. Dejó Humberto un hijo en menor edad llamado Amadeo III, bajo la tutela de su madre, y esta volvió á casar con el marques de Monferrato. Cuando llegó á la edad competente se alistó en la cruzada con su padrastro, y el príncipe jóven contrajo con las fatigas de la espedicion una enfermedad, de que murió á la vuelta. Dejó este un hijo llamado Humberto III, que permaneciendo siempre en sus dominios haciendo felices sus pueblos, administrando justicia, no tomando las armas sino forzado, dejándolas cuando podia reducir á sus enemigos á condiciones equitativas, y cumpliendo egemplarmente con las obligaciones de la religion, mereció el título de Santo. Mas gustoso llevaba el hábito de monge del Cister que las insignias de su soberanía, bien que entonces no parecia extraordinaria esta devocion. Se le cuentan sucesivamente cuatro mugeres, pero solo la última le dió sucesion.

Tomás, que quedó en menor edad, estuvo bajo de la tutela de Bonifacio, marques de Monferrato, pariente suyo. Este Tomás vió empezar las guerras de la Saboya con el Delfinado. Aunque era buen guerrero, no aumentaron tanto sus estados las armas como la docilidad de su genio y su destreza en hacerse amigos en las cortes de los emperadores, y así le concedieron mucho en el Piamonte, y por el lado de Génova y la Provenza. Se aprovechó su

hijo mayor Amadeo IV de los talentos lucrativos de su padre, y logró grande preponderancia en Italia. La sostuvo con su mucho valor su hijo Bonifacio; pero delante de los muros de Turin, que se habia sublevado, le abandonó la fortuna; y en una salida que hizo la guarnicion le prendieron. Desesperado de verse cautivo de sus vasallos, obstinados en no darle libertad, murió de pena. Le sucedió Pedro, tio suyo, hijo de Tomás I; y la venganza que tomó de la muerte de su antecesor, se redujo á sujetar á Turin, sin dar severos castigos á los habitantes. Pretendia Pedro derechos de propiedad á Ginebra; mas se contentó con el homenaje de conde de esta ciudad. A este príncipe le llaman los historiadores, sabio, prudente, discreto, circunspecto: habia vivido en su juventud retirado, y dado al estudio: no le estorbó el gusto de las letras para mostrar en el trono las virtudes de mayor resplandor.

Años
de J. C.

1233.

1253.

1263.

Habia empezado su hermano Felipe por una vida tambien retirada, ocupada en las obligaciones de eclesiástico, cuya profesion habia abrazado; pero cuando se vió en el caso de suceder á su hermano, se casó. Fue un buen príncipe; y aunque sus vecinos creian lograr mucho por su poca esperiencia, no los dejó entrar un paso en sus posesiones, é hizo felices á sus pueblos. Pedro no tuvo hijos, y llamó para el trono, despues de sus dias, á su sobrino Amadeo V, llamado el Grande, por su valor y sus victorias; y á la verdad lo fue, así en el mando de los egércitos como en el timon del gobiernø. Aseguró el poder de su casa, adelantó las fronteras de sus estados, y fue el mediador y el árbitro de sus vecinos. Respetado en la cristian-

1268.

1285.

Años
de J. C.
1323.

dad, fue temido de los infieles por sus victorias contra los moros y los sarracenos. A Eduardo su hijo le llamaron el Liberal, y las guerras que sostuvo con valor, mas no con la prudencia y fortuna de su padre, cambiaron la próspera situacion de la Saboya, y así la dejó menos fuerte y menos floreciente á su hijo Aymon. El sobrenombre de Pacifico que este mereció indica su virtud dominante, aunque no por ella huyó de la guerra cuando la exigia el interes de sus estados. El soberano del Delfinado, émulo perpetuo del de Saboya, experimentó la fuerza de sus armas. A Aymon le censuran de haber sido muy dado á las mugeres, y esta es la vez primera que la historia reprende algun defecto en los condes de Saboya; no porque no los tuviesen cuando no hay hombre que esté exento de alguno, sino porque sin duda no se ha conservado la memoria de ellos en unos príncipes que los disimularon con sus muchas prendas estimables.

1329.

1343.

Su hijo Amadeo VI fue llamado el conde Verde, porque le merecia la preferencia este color por haber llevado la palma en un famoso torneo con vestido verde. Tuvo el sentimiento de ver pasar el Delfinado á manos del rey de Francia, teniendo así un vecino mas peligroso que los delfines. En vano intentó que dispusiese en su favor el delfin Humberto, cuando viéndose este sin hijos andaba buscando, por decirlo así, dueño para sus estados; pero entre las casas del Delfinado y la Saboya hubo siempre una rivalidad que fue la causa de que Amadeo no fuese el preferido; siendo esta la única empresa que no le salió bien; aunque ninguno de sus antecesores habia adquirido tanta gloria. Los historiadores le llaman protector de la

santa Sede, defensor de la Iglesia, el apoyo mas inespugnable de la potestad imperial, el amigo y vengador de los príncipes desgraciados, el consejero y mediador de los soberanos y monarcas: títulos mucho mas gloriosos, porque nada costaron á sus pueblos, pues aunque siempre estuvo en guerra, sus estados siempre vivieron en paz. Adelantó considerablemente sus fronteras por el lado del Valés y el del Piamonte. Para colmo de su gloria socorrió á los emperadores de Constantinopla, como habia sostenido á los de Alemania, y sus poderosas armas levantaron de nuevo los tronos abatidos así en Asia como en Europa:

No es poco mérito en un hijo haber adquirido reputacion despues de un padre tan grande. Buscaron á Amadeo VII los príncipes vecinos y los distantes. Fue belicoso sin servir de carga á sus estados; y la dulzura y moderacion de su gobierno le grangearon el valle de Barceloneta, Niza y Ventimilla, que se le entregaron voluntariamente. Le llamaban el conde Rojo por el color de su cabello. Dejó un hijo de ocho años, y la regencia escitó diferencias grandes entre Bono de Berri, abuelo de Amadeo VIII, y Bona de Borbon su madre; pero venció esta, y gobernó con mucha utilidad de su pueblo. Este príncipe aumentó sus estados con el condado de Ginebra, y muchas tierras en la Bresa y el Bugey; y tuvo parte en todos los asuntos grandes de su tiempo. Se nota que en medio de las ocupaciones del gobierno, para el cual era muy capaz, valiente guerrero, hábil negociador, profundo político, príncipe justo y vigilante, se estaba preparando un retiro, no solo para descansar de los cuidados de la soberanía, sino tambien pa-

Años
de J. C.
1382.

1391.

ra olvidarlos, y sustraerse del esplendor y trabajo de su misma grandeza. El lugar de su retiro, adonde no habian de llegar obras penosas, fausto ni sujecion, es el valle delicioso de Ripalla, que está cerca de Tonon, capital del Chavalés. Concibió Amadeo el proyecto estraño de gobernar sus estados dejando la soberanía; pero reservándose la superintendencia. La muerte de su muger le proporcionó la egecucion de su plan, á pesar de la juventud de su hijo, que él no creyó servirle de estorbo, pues debia conservar la vigilancia sobre todo. Tomando bien sus medidas, instituyó Amadeo un orden de caballeria, bajo la invocacion de san Mauricio, patron de la Saboya: la compuso de seis caballeros que habian envejecido en el mando de los egércitos y en el manejo de los negocios; y de estos se hizo cabeza con el nombre de Decano. Cada uno de ellos debia tener su habitacion separada cerca del convento de los ermitaños de san Agustin, fundacion suya; su hábito era una ropa larga de paño pardo con una capilla de lo mismo, y llevaban barba y cabello largo, con un baston nudoso, un bordon y una cruz de oro al cuello. En cada semana habia de haber sus dias consagrados á la soledad, y otros á los negocios de estado. El decano y los seis caballeros, aunque sin voto, estaban reducidos á la mas exacta continencia. Cuando ya todo estaba pronto, convocó Amadeo á Ripalla una junta de prelados, y principales señores de sus dominios, y pronunciando un discurso lleno de sabias instrucciones, creó caballero á su hijo: le declaró príncipe del Piamonte, y puso en sus manos la superintendencia general del gobierno.

Este hombre, tan desprendido de las grande-

zas y tan enemigo de estorbos, aceptó no obstante el pontificado con el nombre de Felix, en un tiempo en que no podia menos de ser grande carga á causa del cisma que despedazaba la Iglesia, y no le abandonó sino con condiciones que denotaban que todavia no dejaba del todo el esplendor y el poder. No se ve que renunciase absolutamente á la soberanía de sus estados, ni al título de duque de Saboya; lo que solamente parece es que se mezcló poco en el gobierno. La data del reinado de Luis su hijo, empieza desde que murió su padre, el cual antes habia hecho algunos viages á Ripalla, cuyo humilde retiro dejó por el lustre del pontificado. Algunos autores malignos suponen que el decano y sus caballeros no se ocupaban en obras de piedad, y por esta opinion se dice todavía en francés: hacer Ripalla, pera decir, regalarse. A Amadeo VIII le llamaron el Salomon de su siglo; pero si se le confirma esta denominacion, será preciso convenir en que los mas sabios tienen sus momentos de locura.

Luis su hijo experimentó incomodidades domésticas, y su condescendencia con un favorito le suscitó malcontentos, entre los que se puso á ser cabeza de partido uno de sus hijos; pero el padre se desembarazó con el auxilio y artificios de Luis XI rey de Francia. Este monarca se habia casado con una hija de Luis de Saboya: el frances, solicitado por su suegro, llamó al cuñado á su corte, y le hizo encerrar en el castillo de Loche. Su descontento provenia del ascendiente que dejó tomar á Ana de Chipre su segunda esposa, que le habia traído en dote un reino: era la princesa mas hermosa de su tiempo, y muger de mucho espíritu.

Años
de J. C.
1451.

Años
de J. C.
1465.

A Amadeo IX, su hijo y sucesor, le llamaron el Bienaventurado, título que entenderian de la otra vida y no de esta; porque ¿cómo podian llamar bienaventurado en este mundo á un principe que padecia ataques tan crueles de epilepsia, que le tuvieron por incapaz de gobernar? Se disputó la regencia entre sus tres hermanos y su esposa Yolanda de Francia, hermana de Luis IX, con cuya proteccion la logró esta. Tenia Amadeo IX todas las virtudes que hacen amable á un particular, benignidad, afabilidad, y grande caridad sobre todo. No solamente fundó hospitales: tambien en un tiempo de carestía vendió hasta el collar de su orden. "Advierto, le dijo un dia el duque de Milan, que no teneis perros de caza;" y respondió Amadeo: "Ya los verás:" y le llevó á cierto parage de su palacio, todo ocupado de los pobres ancianos que mantenía. Era uno de los hombres mas hermosos de sus estados, y así Yolanda le quiso mucho, y tuvo de él nueve hijos.

1479.

Cuando murió debiera haber conservado Yolanda la regencia; porque Filiberto I, que era el primogénito, no pasaba de siete años; pero se habian mudado los intereses: desconfiaba el monarca frances del afecto que suponía en su hermana hácia el partido del duque de Borgoña su enemigo, y así no la protegió mas que lo preciso para que sus cuñados no la suplantasen, y de modo que quedase en su dependencia. Algunas veces fue esta proteccion de tan poco valor, que vió la regente á sus cuñados quitarla su hijo, y aun hacerla prisionera. La puso en libertad Luis XI cuando le importaba que saliese del cautiverio, y volvió á ponerla en posesion de su autoridad con condiciones que



Caridad de Amadeo IX.

Visitando el Duque de Milan á Amadeo IX, le dixo: Advierto que no teneis perros de caza, á lo que Amadeo respondió: Ya los vereis; y le llevó á una estancia de su palacio ocupada toda con los pobres y ancianos que mantenía. ¿Quién dudará la tierna conmocion del Duque de Milan con este espectáculo? ¿Quantos miserables serian felices si aprovechase en ellos el poderoso lo que disipa en vicios y placeres!

la dejaban dependiente de su voluntad. Murió Yolanda, y entonces el monarca frances se apoderó abiertamente de la regencia que tanto codiciaba. Durante estas intrigas, toda la ocupacion del jóven Filiberto eran las diversiones y torneos, que le dieron el sobrenombre de *Cazador*. Los ejercicios violentos á que se entregaba, con los escesos de su poca edad, le abreviaron los dias de la vida, y murió sin hijos á los diez y siete años.

Aunque su hermano Cárlos I no pasaba de los catorce años, gobernó con tanta habilidad las riendas del estado, que no se conocia que las manejaba un muchacho. En la edad mas falta de esperiencia la mostraba consumada, grande afabilidad, y fortaleza sin altivez, propia para desengañar á los príncipes vecinos, que ya contaban con aprovecharse de su juventud. Gustaba mucho de la lectura, y de la conversacion con sabios: la lengua griega y la latina le eran familiares: era su corte escuela de buenas costumbres y de virtudes. Bastaria para hacer su elogio decir que allí se formó Bayardo, llamado *el Caballero sin tacha y sin miedo*. El temperamento débil aceleró su temprana muerte, y le robó á las esperanzas de sus vasallos á los veinte y un años de edad. Dejó un hijo de nueve meses, y disputaron á su madre Blanca de Ponferrato la regencia; pero la obtuvo, y mostró que la merecia, sin embargo de su corta edad; pero por un accidente perdió á los ocho años á su hijo, el cual se llamaba Cárlos Juan Amadeo.

Años
de J. C.
1482.

1489.

Felipe II, conde de Bresa, que era su tio, le sucedió. Fue hijo este del duqué Luis, y el mismo á quien Luis XI encerró en el castillo de Loches por haberse sublevado contra su padre. En esta prision

1496.

se le fue apagando su carácter violento y fogoso. Amadeo, el Bienaventurado, hermano suyo, le habia procurado su libertad, y siempre alabó la fidelidad que observó con él; pero nunca perdía ocasion Felipe de vengarse de Luis XI. Se juntó con los malcontentos de Francia, y tomó las armas contra el rey; pero despues fue general de este monarca, el cual empleaba la habilidad en cualquiera que la hallaba. El conde de Bresa apeteció la regencia en la infancia de sus sobrinos Felipe I y Cárlos II; pero jamas pensó en invadir el trono, y cuando la muerte del último le permitió sentarse en él, ya llevaba la reputacion, que justamente merecia, de valor y capacidad en la guerra. Tambien campeó la generosidad de su carácter en el modo de tratar á los grandes que le habian sido contrarios; porque no solamente les perdonó, sino que espermentaron indistintamente sus favores siempre que los merecieron. No pudo manifestar por mucho tiempo estas prendas estimables, porque le arrebató la muerte al segundo año de su reinado. Filiberto II, su hijo y sucesor, reinó siete años, y murió de haberse fatigado con esceso en la caza: le llamaban el *Hermoso*, y no dejó hijos.

Años
de J. C.
1497.

1504.

Cárlos III, su hermano y sucesor, fue llamado el *Bueno*, y vivió en tiempos infelices oprimido como en una prensa, entre Cárlos V y Francisco I. Por mas que empleó todos los recursos de la negociacion para vivir en paz, no le permitieron los dos príncipes permanecer neutral, invadiendo alternativamente sus estados; y cuando murió no le habia quedado mas que el valle de Aoeste, los condados de Ostia y de Niza y algunas ciudades. Todos dicen que las pesadumbres le precipitaron en el sepulcro

arrastrando consigo á su esposa Beatriz de Portugal.

El principal defecto de Cárlos fue vacilar entre los dos partidos, aplicandose ya al uno, ya al otro. Manuel Filiberto, su hijo, tuvo una conducta opuesta, y la observó constantemente, por lo que le llamaron *Cabeza de Hierro*. A la edad de diez años dió una prueba de fortaleza, que anunciaba lo que habia de ser algun dia. Quería el papa Paulo III apoderarse del castillo de Niza: estaba allí Manuel con su gobernador: se manifestaba este irresoluto, y la guarnicion cedia. Dijo pues el jóven príncipe en un tono firme: "No hay para que deliberar. Ni al papa ni á otro soberano se ha de permitir que entre en la fortaleza en donde yo estoy." Siguieron su parecer, y se retiraron los furrieles del papa que estaban ya señalando los alojamientos.

Todo el resto de su vida fue igualmente constante y decisivo: algunas veces estuvo para ser víctima de su firmeza en las alianzas. Se habia agregado al partido de Cárlos V: hizo este la paz; y como monarca muy superior á un duque de Saboya, se olvidó de Manuel, quitandole de este modo toda esperanza de recobrar sus estados; pero no cayó de ánimo con tan sensible contratiempo: triunfó de todos los obstáculos, y se vió por último reintegrado en sus estados con la paz de Cható-Cambresis, en la que le dieron por esposa á Margarita de Francia, hija de Henrique II.

Se aplicó Manuel á reparar con su prudente administracion los males que la guerra habia hecho en sus estados. Intentó apoderarse de Ginebra para restablecer en ella la religion católica, y publicó este objeto; pero no logró la empresa. Te-

mia Manuel singularmente las divisiones que la nueva doctrina podia introducir en sus estados: se armó contra los sectarios; pero no egecutó en ellos los atroces castigos que la Francia. Con ser este príncipe tan pequeño en comparacion del emperador y del rey de Francia, se puso en estado de que le buscasen, y en el de enviar socorros importantes contra sus vasallos desunidos. Tambien ayudó á los venecianos contra los turcos.

Este duque fue el primero que estableció en sus estados una milicia nacional: dispuso la buena administracion de la justicia: arregló la hacienda, y murió lleno de gloria. Era el hombre mas hermoso de su tiempo; y por la calidad de sus amigas, que eran todas de alta clase, se juzga que el amor le gobernaba en la eleccion. No tuvo mas que un hijo de su esposa Margarita de Francia: "La musa décima, la madre del donaire, la flor de las Margaritas, la perla de los franceses, y el corazon de las gracias." Estos eran los nombres que en su entusiasmo la daban los poetas; pero la historia, menos hinchada en su estilo, dirá sencillamente que era muy hermosa, que la eran familiares las lenguas francesa, latina, griega, española é italiana, y que con su esposo comunicaba el gusto de las artes, ciencias y bellas letras. Los amores pasajeros de su marido no debilitaron la constante pasion que la tenia.

Años
de J. C.
1580.

La primera operacion de Carlos Manuel, su hijo, fue una nueva empresa para la conquista de Génova, que tambien se desgració: la segunda la invasion del marquesado de Saluces, que se logró por los alborotos de Francia. Se aprovechó el duque de Saboya de las circunstancias funestas en que se ha-



Prision de Victor Amadeo II.

Persuadido Carlos Manuel por un maligno Ministro á que su padre Victor Amadeo II queria volver al trono, dexó al arbitrio del calumniador el medio de evitarlo; y de resultas fué sorprendido el desgraciado padre, arrancado de los brazos de su esposa, y conducido á una fortaleza en que acabó sus dias. Poco se habria pervertido Carlos Manuel, dirigido por un malvado, si solo fuese ingrato.

llaba el reino para introducirse en Provenza, en la que se hizo reconocer soberano en una junta celebrada en Aix; pero la habilidad de Lesdigueres impidió que fuese constante y decisivo el suceso, y aun consiguió este general verle temblar la pérdida del Piamonte. En el desamparo en que se hallaba Henrique IV pudiera Cárlos Manuel haber asegurado la posesion del marquesado de Saluces, ó sacar otras condiciones ventajosas; pero por no haber tenido esta precaucion, así que el monarca frances venció á la liga, exigió restituciones del saboyano.

Cárlos Manuel, despues de haber defendido vigorosamente sus usurpaciones con las armas, sintiendo sus pocas fuerzas, se resolvió á la negociacion, lisonjeandose de que infaliblemente tendria buen éxito, gobernandola él en persona. Le recibió Henrique IV con mucho agrado en su corte: le hizo mil honras, pero sin ceder un punto en lo que pedia, y le fue preciso someterse. Nada consiguió el duque en su viage, sino el triste placer de dejar al rey un manantial de inquietudes en una conspiracion que él animaba; pero Biron fue la víctima. Volviendo á Saboya descargó el duque su mal humor contra Ginebra queriendo sorprenderla; pero de nuevo erró el golpe con humillantes circunstancias, porque castigaron como á ladrones á los oficiales suyos que quedaron prisioneros en el ataque. No se desalentó por esta desgracia: hizo tercera tentativa, tambien inútil, y aun cuarta, que no le salió mejor que las otras.

Siempre ocupado en proyectos de engrandecerse mas, mantenía Cárlos Manuel secretas inteligencias en Chipre, con la esperanza de realizar el

vano título de rey de aquella isla; pero sus intrigas no consiguieron otra cosa que la ruina de sus partidarios, y la muerte de los principales por orden de los turcos. Un relámpago de esperanza de apoderarse del Monferrato, que habia codiciado por mucho tiempo, le hizo volver á empezar las hostilidades, en que tomaron parte el imperio y la Italia. Despues de derramada mucha sangre, las partes beligerantes hicieron un tratado con el cual volvieron al mismo estado en que se hallaban al principio de la guerra.

A Cárlos Manuel le llamaron *el Padre de los soldados*, epíteto muy justo en el sentido, de que por tener siempre las armas en la mano abrazaron muchos esta profesion. Tambien se servia frecuentemente de la pluma, como lo acreditan los varios tratados que escribió. No disimulaba que habia poco que contar con su palabra. Se le quejaba un dia el embajador de España de su facilidad en variar de partido, y no le dió el duque otra respuesta que mostrarle el vestido, advirtiendole que hacia á dos caras. Por las ambigüedades, y sentido obscuro en las espresiones de sus tratados, se le debe tener mas por astuto que por político, y así vino á caer en sus propias redes. Ponia la mira Cárlos Manuel en toda especie de gloria, aun en la de ser autor: tres obras suyas tenemos: los *Paralelos*, que son cotejos de tres príncipes y princessas de siglos diferentes, cuyas vidas tienen semejanzas muy notables. *El Gran Herald* ó Rey de Armas, que es una coleccion de blasones de los reyes y señores mas ilustres: la *Iconoscomia*, que habia de ser una enciclopedia histórica con retratos; pero no hizo mas que empezarla. Tambien pro-

yectaba escribir su vida por el estilo de los Comentarios de César, pero no hizo mas que los títulos.

Cuando Victor Amadeo, su hijo, se sentó al timon del gobierno se hallaba en guerra con Francia, no obstante que estaba casado con Cristina, hermana de Luis XIII; pero esta princesa consiguió hacer las paces entre su esposo y su hermano. La muerte demasiado pronta de Victor llenó la Saboya de disensiones, durante la menor edad de sus dos hijos, Francisco Jacinto, que no hizo mas que probar la corona, y Carlos Manuel, que la recibió en la edad de cuatro años. Era su madre Cristina muger prudente y de mucha inteligencia; pero por desgracia se halló hecha el blanco de la policia imperiosa de Richelieu, que pretendió dominarla, y ni sus condescendencias ni sus evasiones consiguieron cosa alguna con el inexorable cardenal, empeñado en que por miedo ó por inclinacion se le sujetasen todos. Disputaban á Cristina la regencia sus dos cuñados protegidos por los españoles, y la conducta del ministro frances en esta ocasion parece haberse formado en el molde mismo que la de Luis XI para con su hermana Yolanda en iguales circunstancias. Con la intencion de tomar en Saboya todo el mando, y despues de haber puesto á la tutora en desavenencias con sus cuñados, no quiso Luis XIII socorrerla sino recibia en sus plazas guarnicion francesa. El buen éxito que habia procurado á favor de los cuñados, no oponiendose como pudiera, sirvió de motivo para la estraña pretension, que no se dirigia menos que á despojar al príncipe de toda autoridad en sus mas bellas posesiones.

Años
de J. C.
1630.

1637.
1638.

Murió Richelieu; y Mazarino su sucesor, aun-

que no la favoreció mas, y á pesar de su genio cauteloso, no se sirvió á lo menos de las tergiversaciones de su antecesor, y en la competencia se declaró abiertamente á favor de los cuñados. Duró la oposicion hasta la mayor edad de Cárlos Manuel; y cuando esperaban los príncipes que no estando el duque bajo de la tutela de su madre serian ellos como una especie de curadores y participantes de la autoridad, la prudente Cristina, señora del corazon de su hijo, nada perdió de su poder. Formó esta señora un consejo tan juiciosamente dispuesto, que impuso silencio á la ambicion y á la envidia. Su constancia, su magnanimidad, su rara actividad é inteligencia restituyeron á la Saboya el antiguo esplendor, que se habia deslustrado con las desgracias de la guerra. Sostuvo Cárlos Manuel la obra de su madre, y fue un príncipe justo, pio, discreto y modesto; pero tambien dejó despues de sí otra menor edad.

Años
de J. C.
1675.

Ha sido la Saboya afortunada en duquesas regentes; porque Juana de Saboya Nemours, madre del jóven Victor Amadeo, hizo memorable su tutela con la paz que conservó en los estados de su hijo. Despues se halló este príncipe en la turbulencia de las guerras, que en los últimos dias del reinado de Luis XIV asolaron la Europa por el reino de Nápoles y de Sicilia, que en el trastorno de los tronos habian dado al duque de Saboya; y al fin de la guerra le obligó la balanza política de Europa á aceptar la corona de Cerdeña: cambio bien desigual; pero la paz valia mas que todo, pues no hay cosa que por ella no deba sacrificarse. Empleó Victor Amadeo los años de su descanso en los cuidados del gobierno, que se le hicieron muy dulces con la prosperidad de sus

pueblos; pero aunque logró la agradable recompensa de sus trabajos, llegó á cansarse, y cedió á su hijo la corona. Todavía se estima el código de leyes que publicó.

Lo que sucedió á este monarca despues que se retiró puede escarmentar á los príncipes que desean renunciar la corona á favor de otro. Victor Amadeo, fatigado con las impertinencias y la sujecion del gobierno, concibió la idea de pasar una vida deliciosa en un retiro agradable con amigos de su eleccion, y en compañía de una muger, renuevo de los gustos de la primera juventud, viuda fresca todavía, alegre y divertida. Esta era madama de San Sebastian, á quien dió Victor Amadeo el nombre de condesa de Somarriva, y con la cual se casó sin darla noticia de que pensaba en renunciar, lo que egecutó quince dias despues.

Años
de J. C.
1730.

El hijo visitaba á menudo á su padre en su retiro; pero habiendo sobrevenido al anciano una enfermedad que exigia soledad y reposo: un ministro, en quien el nuevo rey, contra el gusto de su padre, había puesto la confianza, se aprovechó de la ocasion para resfriar el corazon del monarca, temiendo que su padre á fuerza de solicitar consiguiese su desgracia; y para esto procuró rodear á Cárlos Manuel de calumniadores que le hiciesen sospechar de su padre. No solamente se decia que este echaba de menos el trono, y pretendia volver á ocuparle, sino tambien que tenia siniestras intenciones. Se hablaba de secretas tramas para ganar las tropas, de que ya estaban dadas las órdenes, y de conversaciones é intimidaciones con los médicos y boticarios, hombres que algunas veces son temibles para los que no están enfermos.

Cárlos Manuel, demasiado crédulo, se asustó y consintió que á su padre se le pusiese en estado de no poderle hacer daño, dejando el medio á la disposicion de su ministro. A media noche se arrojaron las tropas á la casa en donde estaba Victor Amadeo: entraron con armas, y derribaron con hachas la puerta de su aposento, el cual se llenó de soldados. Le intimaron la órden de su hijo para trasladarle á otra parte: no quiso obedecer; pero arrancandole de su cama y de entre los brazos de su esposa, le llevaron á una casa con rejas de hierro como una verdadera prision. A su esposa la condujeron á una fortaleza, en donde solamente solian encerrar á las mugeres de irregular conducta; y aunque algunos meses despues se la restituyeron, nunca gozó de la libertad. Esta pesadumbre alteró su salud ya debilitada; y estando para morir pidió que se dejase ver su hijo, prometiendole que no le haria reconvencion alguna; pero el ministro, temiendo que se descubriese su maldad, logró empeñar á Cárlos Manuel en que no diese este consuelo á su padre, y así murió en la prision en 1732. Aquí debe observarse, que siempre habia tratado á este hijo con escesiva dureza, y no mudó de conducta aun cuando le vió en el trono. ¿Podrá ya ninguno lisonjearse de que se hará amable con un beneficio, si toda su vida ha procurado hacerse temible? No obstante, no disculpan al hijo los procederes del padre. Aquí sería preciso concluir una serie de soberanos dignos de estimacion con este procedimiento que tan poco honor hace al último; pero es preciso decir tambien que Cárlos Manuel estaba dotado de las virtudes y prendas pacíficas, que hacen la felicidad de una familia y de un reino. Murió en 1796, á

Años
de J. C.
1796.

poco tiempo de haber concluido un tratado en que cedia á la Francia la Saboya, patrimonio el mas antiguo de sus padres, y que daba el nombre á su familia; pero llevó al sepulcro la esperanza bien fundada de que los vencedores le procurarian un ventajoso desquite, dandole el Piamonte, que fue lo que siempre desearon sus mayores.

GENOVA.

En las monarquías, la corte y los grandes son el móvil de todo; pero en las repúblicas es el pueblo. Por esto nos ofrece la historia de los primeros una serie de hechos, importantes por la clase y dignidades de las personas, siendo así que en la de las repúblicas solo se hallan movimientos distantes unos de otros. Es verdad que tambien se hallan algunos rasgos de heroísmo, y se puede hacer la coleccion de algunos; pero la mayor parte se pierden en el mismo tropel en que nacieron. Como los actores salen de repente de la obscuridad por un momento, vuelven á caer en ella pasandose el instante. No hay pues que esperar en la historia de las repúblicas el enlace de las acciones ni de los personajes: será suficiente mostrar el genio de los pueblos con las causas de los alborotos: estraer las circunstancias mas notables de las revoluciones, segun se van presentando, divididas algunas veces por siglos de calma, ó de agitaciones de poca importancia; y poner en claro aquellos agentes, que por su nacimiento parecian destinados á las tinieblas y al olvido, de donde ruidosamente los sacaron sus hechos buenos ó malos; por último, trazar el diseño de las relaciones políticas, guerreras ó comerciales, que algunas

veces dan á las repúblicas entre las potencias algun lugar mas distinguido de lo que podia esperarse de sus pocos medios, y de lo reducido de su territorio.

Sin contar las ciudades anseáticas é imperiales, que interiormente se gobiernan como repúblicas, pero que no tienen las principales circunstancias, cuales son la entera soberanía, el derecho de paz y de guerra, y la independencía absoluta: hay en Europa seis repúblicas, dos grandes por haber faltado la de Venecia, y son la Holanda y la Suiza; tres pequeñas, Ginebra, Ragusa y San Marin, y una mediana, que es la de Génova. La capital de esta, famosa por la magnificencia de sus edificios, que la han dado el nombre de *Soberbia*, es el centro del estado, y á poca distancia la rodean escarpados montes que la sirven de fortaleza. Ocupa el estado de Génova una parte de la antigua Liguria, y se estiende por la costa del Golfo con los nombres de *Ribera de Levante* y *Ribera de Poniente*. Hay en estas costas puertos que no son tan grandes ni tan seguros como el de Génova, radas y ciudades muy inferiores á la capital, con castillos fuertes, así por su situacion como por las obras del arte. La principal riqueza territorial es el aceite y los mármoles esquisitos y muy nombrados; pero la mas segura es el comercio. Los nobles, á egemplo de sus antiguos, conservan el buen espíritu de no desdeñarse de comerciar, y por este medio sostienen la opulencia de sus familias. La religion dominante es la católica, y se admiran con razon las iglesias por ser á proporcion las mas magníficas, las mas adornadas, y las mas ricas del mundo cristiano. Los palacios todos son de mármol; y por levantarse la

ciudad en forma de anfiteatro, presentan, vistos desde el mar, el mas suntuoso espectáculo.

El primer título de antigüedad de Génova es muy deplorable, como que es el hecho de haberla abrasado los cartagineses porque hacia sombra á su comercio. La sacaron de sus cenizas los romanos, y recibieron á los genoveses en el número de sus protegidos. Se nota cierta afectacion de superioridad en una sentencia que dieron los magistrados romanos ciento ochenta y siete años antes de nuestra Era entre los genoveses y sus vecinos sobre los límites del territorio.

Siguió Génova sin duda la suerte de la antigua Liguria, colocada al paso de los bárbaros del Norte, hácia la Italia, y fue sucesivamente la presa de los hunos, de los gépidas, godos, hérulos y lombardos. La subyugó Carlo Magno, y Pipino la dió condes; pero cuando la familia de Carlo Magno dejó de ser poderosa en Italia, se hizo Génova república por los años de 888. Sus primeros magistrados, destruidos los condes, fueron cónsules, y el número de estos no era fijo, porque los tenia en todas las administraciones: cónsules del comun, cónsules de los pleitos y otros.

Génova, república, no renunció á las conquistas, pues habia hecho la de Córcega y la sostuvo. Juntandose con los de Pisa, que tambien eran republicanos, sujetó la Cerdeña; pero mientras llevaba sus fuerzas á otros paises la sorprendieron, saquearon y quemaron los sarracenos. Se establecieron los bárbaros en Cerdeña; y uniendose las dos repúblicas los echaron de allí; pero no permanecieron amigas por mucho tiempo, siendo causa de su desunion la Cerdeña, su comun conquista; porque

Años
de J. C.
888.

en ella se disputaron posesiones, que su recíproca codicia hacia litigiosas. Echaron naves al mar, cruzando las unas contra las otras para interceptar los socorros. De rey á rey son menos crueles las guerras, porque rara vez sucede que los egércitos enteros se penetren de la animosidad de sus soberanos; pero las de pueblo á pueblo son desapiadadas y terribles, porque le parece á cada soldado que está viendo en cada contrario un enemigo personal. Tal es el carácter de las guerras que se hicieron las repúblicas de Italia, desde el siglo xi hasta el xv, pues muchas veces terminaron con la destruccion de sus contrarios.

Grandes recursos hallaron los genoveses en las cruzadas para enriquecerse, porque proveian de navíos para pasar los cruzados al Asia, y se hacian pagar bien el flete. En sola una cruzada equiparon en su servicio hasta siete diferentes armadas, y alguna fue de setenta galeras. Fueron muy útiles en estas expediciones, así por su marina como por sus tropas, y sobre todo por sus ingenieros y hábiles artifices en la invencion y construccion de máquinas de guerra. De la manía que precipitaba el Occidente contra el Oriente, sacaron honra y provecho, pues ademas de la inutilidad pasagera, procuraron la permanente de los mejores establecimientos de comercio, y de las posesiones debidas á su valor y al reconocimiento de los príncipes, especialmente el de Balduino rey de Jerusalem, á quien ayudaron mucho en la toma de la ciudad santa.

Al fin del siglo xi vivian bajo el gobierno consular; y aunque se ignora la forma, se sabe que sus cónsules eran anuales. Entonces dilataron los genoveses grandemente sus dominios al rededor de

la capital. Se sostenia la guerra con los de Pisa; y por mas que los papas y los emperadores hicieron para reconciliarlos, solo conseguian suspenderla por cortos intervalos. El fundamento de su querella fue siempre la Cerdeña, y se ignora qué especie de poder egercian las dos repúblicas en esta isla, pues hallamos en ella unos reyes tributarios de los de Pisa y otros de los genoveses.

Uno de aquellos pequeños monarcas, llamado Barason, y de la dependencia de los genoveses, les ofreció una grande suma de dinero, si querian ayudarle á hacerse soberano de toda la isla. Consintieron ellos, así por el interes como por dar que sentir á los de Pisa; pero cuando conseguido el intento de Barason fue preciso pagar, se halló este rey en grande apuro, y tomó prestado de los genoveses ricos para satisfacer á la república. Cumplido el plazo se vió el monarca en nuevo aprieto, pues habia ido á Génova á tratar con sus acreedores, y estos, sin respetar su dignidad, le hicieron poner preso. Así estuvo ocho años, y desapareció sin saberse si le dejaron en libertad por haber pagado, ó por verle imposibilitado de pagar. Desde este tiempo se hallan ya los Espínolas y los Dorias distinguidos entre los nobles genoveses; y por algunas noticias se juzga que el gobierno de Génova era aristocrático, como el de los patricios en Roma, presididos por cónsules; y del mismo modo que en Roma reinaba la division entre los grandes y el pueblo.

Fomentaban esta division los Castelis y los Avocatis, dos familias que arrastraron otras muchas á su partido. Rompió su odio con la ocasion de los honores, porque cada uno pretendia ser de los primeros en la entrada solemne que en 1170 dispuso

Años
de J. C.
1170.

el senado hiciese el rey Barason. Las diligencias de los senadores por reconciliarlos no hicieron efecto alguno; y no sabiendo el senado cómo reunirlos, ordenó, según el uso de aquel tiempo, un combate de tres contra tres entre las dos familias. Ya estaban los campeones en la lid á presencia del pueblo, llamado á ver el espectáculo, cuando el arzobispo Hugo, prelado respetado generalmente, con un discurso lleno de piedad y de elocuencia, consiguió que se les cayesen las armas de las manos y se abrazasen. No se estuvieron tranquilos los Castelis, y se desavinieron con los Cortés. Los Voltas y los Ventos abrazaron sus querellas, y desterraron á muchos nobles y plebeyos partidarios suyos. Arruinaron algunas casas en señal de agravio, y aun las torres que las defendian, como fortalezas formidables al pueblo.

Años
de J. C.
1190.

Las divisiones intestinas fueron causa de mudarse la forma del gobierno en 1190. Estaba Génova rodeada de repúblicas: Verona, Lody, Milan, Cremona, Florencia, Commo, Siena, Luca, Pavia, Parma, Plasencia, Bolonia, Padua, Pisa, y otras mas ó menos considerables. Cansadas estas de la ambicion de sus ciudadanos nobles, que aspiraban á las primeras plazas, habian tomado las mas el partido de elegir un gefe en alguna ciudad distinta con el nombre de dux, que equivale al de duque, ó resolvieron vivir bajo el dominio del podestá, del pretor y aun del abad. Los genoveses, atormentados con las mismas intrigas, determinaron experimentar aquel gobierno estravagante; y en 1190 se entregaron á un podestá, que debia siempre ser extranjero, y egercer el empleo por un año con el auxilio de un consejo de seis ciudadanos, tomados de entre los nobles.

Un *Castelli*, que habia tenido en la república grandes empleos, no se sujetó á aquel nuevo dominio sino con repugnancia y cediendo á la fuerza. Se procuró que admitiese con gusto la mutacion del gobierno; y para que su actividad no fuese tan peligrosa la empleó la república dandole embajadas fuera, ó el mando de las tropas de tierra y de mar; y en una palabra, aquellas comisiones que pedian capacidad y podian satisfacer á un hombre deseoso de honras. En todo cumplió con el mayor lucimiento; y pasados quince años, no obstante que la ley excluia á los ciudadanos, bien por ser estimado de estos, ó por violencia del interesado, le nombraron podestá. Su administracion, aunque la habian temido, fue pacífica en lo interior, y feliz fuera de su patria. Entonces parecia que se multiplicaban prodigiosamente los genoveses; porque ademas de la guerra de Pisa, siempre subsistente en Cerdeña, hacian irrupciones en Africa contra los moros ó sarracenos, y desembarcos en Cerdeña y Córcega. Llevaron sus armas á Sicilia y á Chipre en donde se encontraron con los venecianos; y desde esta época empieza la rivalidad ó la enemistad de las dos repúblicas, que pudieran bien compararse á la de Roma y Cartago.

Despues de *Castelli* volvieron los podestás estrangeros; y en 1216, cansada Génova igualmente de los cónsules y de los podestás, se sujetó á cinco doctores ó jurisconsultos tambien estrangeros; pero no duraron mas que un año, y volvió á tomar el podestá. No hay motivo para admirarse de ver los publicistas á la cabeza del gobierno, porque Génova por entonces estaba ocupada en tratados y expediciones militares. Los tratados de paz, treguas y

Años
de J. C.
1216.

Años
de J. C.
1228.

convenciones comerciales se hacian con Pisa, Venecia, Marsella, y con turcos, griegos y sarracenos, y hasta con un rey de Armenia; pero siempre las cruzadas mantenian su marina. Por lo comun era legista el podestá; pero hubo sin embargo algunos á propósito para las armas, que supieron hacer respetar su autoridad en la ciudad y en las villas adyacentes, á cuyos paisanos llamaban los genoveses vasallos suyos. Tal fue un *Martinengo*; pero de ordinario no les encargaban las funciones militares. En 1228, un ciudadano de ilustre familia, llamado *Delmare*, empleado por el podestá en contener otras familias que se querian apoderar de la autoridad, viendo en su mano las fuerzas de la república, se dejó arrebatarse de la ambicion que debiera reprimir: buen ejemplo de los riesgos que se pueden temer de los mismos partidarios en tiempo de facciones. Por entonces eran estas en Génova muy activas: una de ellas fue la de los rampinis, afectos al papa: otra la de los enmascarados, sacrificada á los emperadores, las mismas que con otros nombres se llamaron güelfos y gibelinos, bajo cuyos estandartes se reunian los odios particulares. En Génova los seguian entre otras familias la de Porco y la de Grillo. A vista de estos nombres que indican un origen inferior al comun, no desesperen los mas desconocidos de llegar á ser famosos con el favor de las facciones. A los Porcos, Grillos y sus partidarios los echó el podestá de la ciudad con motivo de una sedicion: les confiscaron los bienes y demolieron sus casas.

1242.

1246.

Estas divisiones favorecian á las empresas del emperador Federico contra los genoveses. Les bloqueó el puerto, y los redujo á la mas triste es-



Arrojo de Uberto Spínola.

Para hacerse dueño de Génova Uberto Spínola inflamó al populacho, y este en la misma noche corrió por toda la ciudad aclamandole Señor y Capitán de Génova: pero hallandose Spínola al día siguiente con menos partidarios que pensaba, tuvo á muy buen partido la renuncia de sus pretensiones. Quien por medios impropios busca la elevación corre á su ruina, y es feliz si no muere en el precipicio.

tremidad. Los desterrados aumentaron las desgracias de la patria haciendo correrías en su territorio. Los llamaban sus enemigos bandidos y salteadores; y de una parte y de otra se ponian nombres infames, hasta que cansados hicieron la paz y recibieron en su ciudad á los desterrados; pero no pudieron entrar en ella sin experimentar el mas vivo dolor á vista de la desolacion de sus haciendas, y sin llevar consigo la semilla de nuevos alborotos. Empezaba el pueblo á sufrir con impaciencia aquel estado de guerra intestina, y á irritarse contra los nobles, á quienes miraban como autores de la discordia que alteraba repetidas veces su tranquilidad. Al descontento se siguió la murmuracion, y de la murmuracion llegaron al rompimiento.

Con todo, no se ve que atormentasen ni vejassen al pueblo; pero tal vez no son menos pesadas las cadenas por no ser visibles. Se quejó tan altamente, que no pudiendo los nobles resolverse á repartir con él la autoridad, le permitieron á lo menos un protector, á quien dieron el nombre de capitán. El primero que eligieron se llamaba Bocanegra, hombre que por no ser proporcionado para la grandeza, se deslumbró con su resplandor, y abusó de ella usando un tren como de príncipe, y no reduciendo su fausto á los debidos límites. Logró que le aumentasen la renta: trasladó su habitacion á un palacio, y le hizo adornar magníficamente á costa de la república. Hicieron los nobles que reparase el pueblo en su conducta: esta le desagradó; y al cabo de un año abolió el empleo de su capitán, y volvió á sujetarse á un podestá.

Todo quiere empezar. El buen éxito que habia logrado el pueblo cuando pretendió tener un capi-

Años
de J. C.
1260.

tan, le abrió los ojos sobre su poder. Halló en su mismo seno familias, que por el mérito y la riqueza podían rivalizar con los nobles: de suerte, que hubo en la república dos partidos bien señalados, el noble y el popular. Con el auxilio del segundo pensó Uberto Spínola en hacerse dueño de Génova: encerró al podestá en su casa, y sus partidarios durante la noche corrían por la ciudad gritando: *Uberto Spínola, señor y capitán de Génova*; pero no estaban bien tomadas las medidas; y cuando el pueblo se juntó al amanecer, se vió que no tenía Spínola en él toda la influencia que pensaba; y aun fue fortuna suya que se contentasen con la renuncia de sus pretensiones. En lugar del podestá, que se había puesto en salvo durante el tumulto, eligieron dos gobernadores, Doria y otro Spínola, por solo cuatro meses que le restaban para cumplir al podestá huido; y despues de este término eligieron otro tambien extranjero.

Un año despues volvió á la carga Uberto Spínola con mas acierto; para asegurar mejor su empresa se asoció con Doria; y haciendose los dos elegir *capitanes de la libertad genovesa*, se apoderaron de la autoridad, dejando una sombra de esta á un magistrado popular, que ellos llamaron *abad ó rector* del pueblo. Le dieron pródigamente honores, grande renta, bello palacio, guardias, y la preferencia y primer asiento en todo. Estas distinciones lisonjearon infinitamente al pueblo, encantado de verse con un gefe sacado de su cuerpo. Los capitanes volvieron á poner un podestá; se apoderaron de la autoridad del senado y armados con este poder, espelieron, proscibieron y saquearon á los que no eran de su partido, y entre otros á los Fiesca y

á los Grimaldi. Recurrieron los desterrados á las potencias estrangeras: tomó por su cuenta sus intereses Cárlos de Anjou, rey de Sicilia, y declaró á la república una guerra, que se hizo con grande carnicería. Una feliz circunstancia sosegó las disensiones, y fue que eligieron papa á un Fiesco, y este reconcilió su familia con sus enemigos, é hizo recibir en la ciudad á sus partidarios, que habian sido echados de ella. Entonces eligieron dos capitanes, Spínola y Doria.

No pudieron aquellas familias acostumbrarse á vivir sujetas á los capitanes: volvieron á alborotar, y las desterraron: los capitanes anuales se hicieron declarar trienales: desagradó esta prolongacion del poder, y les hicieron presente que la permanencia de su autoridad era la que mantenía las inquietudes, y que las familias rivales nunca cederían; y así renunciaron por el bien de la paz, y nombraron en su lugar un solo capitán estrangero. Es preciso confesar que nunca estuvieron tan florecientes los negocios de la república como en el gobierno de los capitanes. Entre otros golpes dieron uno que fue mortal para el poder de los de Pisa, ganandoles una completa victoria en el mar, desde la cual no se vieron estos antiguos enemigos de Génova en estado de medir las fuerzas con sus contrarios. El gobierno de los capitanes fue suave y equitativo en cuanto no se interesaba su autoridad. Reinó la paz durante esta administracion, aunque comprada con homicidios, robos y otras violencias, que es preciso permitir al pueblo cuando se pretende servirse de él. Pocos egemplares se hallarán en la historia de dos hombres que por veinte años gobernasen con igual autoridad y con tal armonía, que parecía sa-

Años
de J. C.
1292.

lir todas las órdenes de una sola voluntad. Lo mas notable fue que hicieron juntos la renuncia.

Años
de J. C.
1294.

Fue felicidad de los genoveses el verse desembarazados de los de Pisa; porque entonces quedaron los grandes golpes para entre ellos y los venecianos. Habia mucho tiempo que estos republicanos egercitaban sus fuerzas los unos contra los otros; pero eran unas pruebas que solo sirvieron para agriar los ánimos, hasta que rompieron en desafios insultantes, y combates mas sangrientos que decisivos. Estaba Génova, durante estas hostilidades, inquieta con nuevas turbulencias; y como el capitán extranjero no se hallaba en estado de mantener la balanza entre las facciones, desterraron á los Fiesco y sus partidarios. No se halló otro medio para conseguir alguna tranquilidad sino el de poner dos capitanes nacionales, y eligieron á los hijos de los que habian hecho dimision.

Eran estos de la faccion gibelina; y asegurada esta, dejaron el empleo á egemplo de sus padres. Pusieron otra vez un podestá extranjero: volvieron los güelfos, y tuvieron modo de sembrar la discordia entre los gibelinos, separando de ellos á los Doria, á escepcion de uno solo llamado Bernabé Doria, que siempre permaneció constante con Obizzo Spínola, cabeza de los gibelinos. Estos dos hombres echaron fuera á los güelfos, consiguieron ser electos capitanes, y volvieron á poner el podestá y un abad del pueblo; y creyendo que ya estaban asegurados, dejaron entrar á los güelfos.

1307.

Sostenidos estos por la familia de los Doria, encendieron la discordia entre los dos cólegas, inspirando vivos zelos á Bernabé Doria. Obizzo Spínola, no esperando los efectos, hizo arrestar y depo-

ner á Doria, quedandose él solo á la cabeza del gobierno. Huyó Doria de la prision, volvió á unirse con su familia y con los güelfos, juntó un egército, presentó el combate á Spínola y le venció. Recibidos los güelfos en la ciudad con aclamaciones del pueblo descargaron su odio contra Spínola y sus partidarios: saquearon, quemaron y proscibieron, autorizandolo todo un gobierno provisional de diez y seis personas, al cual sucedió otro poder mas estable de un consejo de doce miembros, seis de la nobleza y seis del pueblo; pero siempre con un abad de este para lisonjear á la multitud. En cuanto á los principales de la faccion dominante, parecia que no tomaban parte alguna en la administracion, aunque todo lo dirigian en secreto, diciendo que se contentaban con ser útiles á la patria, rechazando los esfuerzos de los gibelinos que querian volver á ella; pero al fin los admitieron escluyendo á Spínola su gefe.

Todo estaba tranquilo cuando pasó por Génova el emperador Henrique IV, que era príncipe afable, y lisonjeó de tal modo á los genoveses, que de repente aquel pueblo, tan zeloso de su libertad, creyó que solo podia ser feliz con el imperio de un señor, y se entregó á él por veinte años. Habia traído este príncipe consigo á Obizzo Spínola, y favorecia secretamente á la faccion gibelina. Cuando partió la dejó fuerzas suficientes para que tomase ascendiente sobre los güelfos; y así los arrojó de nuevo fuera, y estableció un consejo de veinte y cuatro, doce nobles y doce plebeyos, presididos por un podestá extranjero. La guerra, que era entre faccion y faccion, vino á ser entre familia y familia. Por veinte y cuatro dias estuvieron batiendose en la ciudad Doria y Spínola, haciendo que el pue-

Años
de J. C.
1321.

blo enarbolase por fuerza sus colores, y siguiese sus banderas á costa de arroyos de sangre. Echaron fuera los Spínolas: los güelfos, sus antiguos contrarios, como se habian hecho enemigos de los Dorias, hicieron entrar secretamente á los vencidos: huyeron sucesivamente los Dorias; y hallando los güelfos libre el campo, hicieron capitanes y rectores del pueblo á Cárlos de Fiesco y á Gaspar Grimaldi, conservando no obstante un podestá extranjero.

Génova es un vivo egemplar de las desgracias inevitables para el pueblo durante las fluctuaciones de un gobierno que anda buscando la estabilidad. Los rectores echaron fuera á los gibelinos: estos sitiaron la ciudad; y Roberto, rey de Nápoles, que vino á socorrerla, hizo levantar el sitio. En el furor de su alegría arruinó el pueblo y redujo á cenizas los soberbios palacios de los sitiadores: maltrató y proscibió á todo cuanto les pertenecía, y en el exceso de su gratitud proclamó soberano suyo á Roberto. Dejó este príncipe en la ciudad un vicario: volvieron los gibelinos á sitiar la ciudad; se cometió por ambas partes cuanto se puede imaginar de horrores, muertes, incendios y ruinas, hasta que rechazaron á los gibelinos. Llegó á tan alto punto en Génova el desenfreno del populacho, que los buenos ciudadanos se vieron precisados á coligarse contra los malhechores. Tenian decenviros encargados de la policía; duraba el sitio siempre con todos sus furores: volvió á levantarle Roberto, entró en persona en la ciudad, le proclamó el pueblo de nuevo por su soberano; pero á esto se opusieron los nobles. No obstante, consintieron luego en probar por seis años: este acuerdo obró una reconciliacion, que juraron en manos del vicario de Roberto



Guerra civil en Génova.

Compitiéndose en el conato de dominar en Génova Obizzo Spinola y Bernabé Doria, interesó cada uno en sus miras á una parte del pueblo, y encendieron tan encarnizada guerra civil, que por espacio de veinte y quatro dias corrieron en la ciudad arroyos de sangre. Miserable alucinacion la de aquel pueblo que cree sacrificarse por su propio bien quando solo es víctima del interes privado de los ambiciosos.

en presencia del abad del pueblo y de doce magistrados, los seis güelfos y los otros seis gibelinos.

Las dos facciones habian cedido á las circunstancias, pero no estaban mas que adormecidas; y despertando se volvieron á animar con mas viveza, como que el vicario de Roberto, hombre muy diestro, mantenía entre ellas la discordia con el fin de que se destruyesen entre sí; pero le salió mal esta política; porque sin ruido ni tumulto le despidieron de la ciudad con los güelfos, á quienes era aficionado. Eligieron los gefes gibelinos dos capitanes, Rafael Doria y Galeoti Spínola, con un abad del pueblo, un podestá estrangero, los asesores, los consejeros y tenientes. Este aparato de gobierno, á pesar de su complicacion, duró tres años; porque los capitanes se hicieron continuar. Daban grande autoridad á la nobleza, la cual por esta razon se acomodaba bien con su poder. No sucedía lo mismo con el pueblo, descontento con la altivez de los capitanes, y con que solo le dejasen la fórmula de la eleccion de su abad, siendo los nobles los que realmente le nombraban; y recayó este desabrimiento sobre los nobles.

Rompió la sublevacion por la insurreccion de los marineros genoveses. Habian enviado los genoveses al rey de Francia una armada para ayudarle á sujetar á los flamencos revelados. Los que tripulaban aquellas embarcaciones, acometidos del sistema de libertad de los mismos á quienes acababan de combatir, se hicieron murmuradores y quejosos, y afectaron la independendencia. Castigaron los comandantes á algunos, y despidieron á los demas; pero estos volvieron con el espíritu de insubordinacion á Sabona, en donde desembarcaron; y las tropas,

Años
de J. C.
1331.

sacadas del paisanage de Génova, y enviadas para que los hiciesen volver á su obligacion, adoptaron por el contrario sus ideas, y volvieron á la ciudad á encender el pueblo en deseos de salir de la servidumbre de los nobles. Pidió pues aquel la eleccion libre de su abad, y la pidió con tanto imperio que no se atrevieron los capitanes á negarla. No querian los plebeyos un rector ó abad con la misma autoridad, sino con otra de mayor estension, y para esto escogieron veinte personas que hiciesen la eleccion.

Mientras los electores procuraban conciliarse entre sí, y el pueblo murmuraba impaciente de ver su lentitud, dijo un pobre artesano esforzando la voz: “¿Qué necesidad tenemos de tanta detencion? ¿Por qué no elegis por vuestro abad á Simon Bocanegra que se halla aquí presente?” Y todos gritaron con alegría: “Sea Bocanegra nuestro abad.” Le pusieron en la mano la espada desnuda, y le colocarøn entre los dos capitanes. Bocanegra, ó por estar prevenido, ó por conocer de repente el partido que en las circunstancias debia abrazar, entregó la espada y dijo: “Ciudadanos, agradezco mucho el honor que me quereis hacer; pero dispensadme de admitirle: que pues ninguno de mi familia ha sido abad del pueblo, no quiero yo ser el primero que introduzca en ella este título, con el cual podeis dignaros de honrar á otro.” En esto daba á entender que siendo de la familia del primer capitan Bocanegra, no queria ser menos que su abuelo. Comprendieron todos lo que les queria decir, y se oyó una voz fuerte que exclamó: “Sea pues Bocanegra el señor de Génova.”

“Acepto, respondió, ¿pero como señor ó como

abad?" "Señor, gritó la multitud, señor, y no abad." "Sin duda, replicó el electo, quereis decir que debo repartir la autoridad con los capitanes." "No, no, dijeron todos á una voz, gobernad solo y sed nuestro *dux*. Viva el *dux*, viva el pueblo." Los nobles que se hallaban presentes, asustados con este golpe, nada se atrevieron á decir: el pueblo, embriagado con el gozo, los insultó y robó sus casas. El primer uso que hizo el *dux* de su autoridad fue sosegar lo mejor que pudo aquel frenesí, tomando las medidas moderadas, bien fuese por humanidad, ó bien por conciliarse el amor de la nobleza; pero esta no se fió de la tranquilidad aparente que consiguió el *dux*, y los mas salieron de Génova como indignados. Al siguiente dia se hizo proclamar Bocanegra con la mayor solemnidad, y formó un consejo todo popular; y quedando los nobles excluidos del gobierno, pasó la autoridad á las manos del pueblo.

Es preciso meditar bien la historia de Génova en tiempo de los *dux*, para entender cómo sabe la ambicion desafiar los peligros; cómo los que están poseidos de esta pasion, si huyen de los mayores riesgos, se esponen con nueva intrepidez; y cómo no les intimida ni asusta el ejemplo de sus semejantes, sacrificados al furor del pueblo. Tambien instruye esta historia, y advierte, que aquellos de quienes menos se esperaba son muchas veces los mas poderosos, y que una palabra presentada á la imaginacion del pueblo, aunque sea una palabra sin sentido, revistiendola de la significacion que pide la necesidad, basta para conmover á la multitud. Por último, allí se ven los medios de que en todo tiempo se ha valido la república para escitar el furor,

para graduarle y convertirle metódicamente á favor de una faccion.

Pensó Bocanegra en dar lucimiento á su administracion con algunas hazañas. Salió pues de la ciudad gobernando sus falanges populares, quitó á los malcontentos algunos castillos, dió caza á los nobles que se introducian ya en el territorio, arruinó su marina acabada de formar y humilló á algunos señores vecinos. El pueblo, con el cual ordinariamente no se cuenta en los triunfos, quedó encantado al ver que figuraba en ellos como parte principal. El afecto al dux no era ya simple pasion, sino adoracion y respeto religioso. Pero cuando empezó á dar oidos á la prudencia, fatigado de los esfuerzos de los nobles, y de vivir siempre cautelándose contra el asesinato y el veneno, pensó en oir las proposiciones razonables que dando algun poder á la nobleza podrian restituir la paz. Ya el Dios del pueblo y criatura de este fue mirado como un ser perjudicial y peligroso, convirtiéndose el amor en odio; pero Bocanegra, muy experimentado en el uso de esta arma terrible, que habia manejado muchas veces, renunció, pasados cinco años de una próspera magistratura, y se retiró á Pisa.

Años
de J. C.
1344.

Para hacer su renuncia escogió el momento en que un egército de nobles estaba delante de la ciudad. El dux que le sucedió se llamaba Murta, y este hizo proposiciones de paz, que los sitiados no admitieron, aunque favorecidas de los nobles que se habian quedado en Génova; y á pesar de que estos procuraban la composicion, teniendolos por sospechosos el partido popular, persuadido á que secretamente se entendian con los que estaban fuera: registraron sus casas, los desarmaron, y no teniendo

que temer ya por esta parte se arrojó el pueblo con furor sobre los sitiadores, y los retiró lejos de sus muros. Era Murta benigno, pacífico, y poseía todas las virtudes civiles. Nada mudó en su ordinario modo de vivir: se dedicó á conciliar los partidos opuestos: los vecinos de los genoveses, que ya sentian en su casa las conmociones de su espíritu turbulento, se aplicaban tambien á unirlos por alguna composicion; y de estos esfuerzos resultó un tratado, en virtud del cual conservaron á los nobles que se habian quedado en la ciudad, y permitieron que volviesen á ella algunos de los desterrados; pero los que habian hecho de gefes quedaron desterrados para siempre. Entraron estos desgraciados en Francia, y casi todos perecieron en la infeliz jornada de Cresi; porque los mismos franceses que los habian recibido los miraron muy mal. Por este tiempo era Génova dichosa con el gobierno de Murta, y la hacia victoriosa el célebre Viñoso, tan hábil general como hombre justo y compasivo. Entre otras ventajas conquistó para su patria la isla de Chio. La bondad de su genio se advierte en este pasage de su vida. Convencido de que por buenas que sean las intenciones de un general, es imposible dejar de hacer infelices á muchos sin quererlo; y descosó de reparar el daño hecho ó tolerado, en cuanto estuviese de su parte, dejó al morir una cantidad considerable para casar doncellas pobres en Chio.

A Murta sucedió Valentini, y no se sabe por qué se cansaron los genoveses de tener dux en su gobierno tan glorioso, supuesto que la república ganó contra los venecianos señaladas victorias. Renunció Valentini sin dificultad, y se sujetaron los ge-

Años
de J. C.
1340.

noveses al dominio de Juan Visconti, arzobispo de Milan. Segun se apresuraban, parecia que dejaban una pesada carga, poniendo en manos ajenas las riendas del gobierno; y así no pensaron mas que en la guerra, y la hicieron á los venecianos con las mas ruidosas victorias, siendo su comandante Pagano Doria, tan recomendable por sus virtudes civiles como por su valor y talentos militares. Murió este grande hombre sin dejar para los gastos del entierro; pero los hizo la república á sus expensas y le erigió un mausoleo magnífico.

Murió el arzobispo Visconti, y los genoveses pretendieron no someterse á sus sobrinos; pero estos sentian mucho abandonar tan bella herencia, y sobre esto se ofrecieron esplicaciones bastante tumultuosas. Acudió Bocanegra desde Pisa por ver si podia aprovecharse del alboroto; y con efecto, armó al pueblo, á los nobles y á los milaneses; y haciendo que peleasen unos contra otros, consiguió que le reeligiesen dux. Llegando el valiente Bocanegra al objeto que pretendia, se vengó cruelmente de su primera desgracia, creyendo que habia provenido de los nobles. Los privó de toda autoridad, los cargó de contribuciones, los proscribió; y tanto hizo que le dieron veneno. Para elegir su sucesor observaron el órden que despues se ha observado siempre. Nombra el pueblo veinte electores: estos nombran á sesenta, y estos sesenta á veinte y uno: de ellos escogen diez, que son los que nombran al dux. Puede creerse que esta complicacion, aunque parece que lo da todo á la casualidad, no es mas que un trabajo de inútiles combinaciones, que no impide para las secretas pretensiones ni sus efectos.

Cayó la eleccion en Gabriel Adorno; y apenas le eligieron cuando se vió acometido en la ciudad, y forzado á un compromiso por la faccion milanessa á cuya cabeza estaba el genovés Montalto. Se obligó Adorno por este tratado á dar á los milaneses una grande suma, y Montalto á dejar por dos años la ciudad. Halló el dux auxiliares, que le servian de estorbo, en sus dos tenientes, á quienes llamaron decemviro, y era preciso que recibiese los que le daban. Debieran estos ayudarle á aplacar las quejas del pueblo, descontento por algunos tributos; pero Fregoso, que era uno de ellos, encendió contra él, con artificiosos discursos, el odio del populacho. Creyó Adorno que lo mas prudente era ponerse en salvo; y aunque no hizo dimision, eligieron en su lugar á Fregoso, el cual se vió depuesto á los ocho años; porque una falsa alarma, dada á propósito al pueblo, fue suficiente para esta revolucion. Antonio Adorno y Nicolas Guarco, pretendientes del dux, hicieron correr la noticia de que los venecianos y milaneses estaban cerca de Génova. Acudieron todos á las armas; y viendose los dos ambiciosos rodeados de buenas tropas, dieron sobre el dux, que habia ido á rechazar el enemigo, y le pusieron en una prision. Al punto la faccion eligió á Adorno; pero casi en el mismo instante cedió su plaza á Guarco, bien fuese necesidad, ó bien concierto entre los dos competidores.

En tiempo de este dux, aunque no era guerreiro, se hallan los sucesos mas ruidosos, y las victorias de los genoveses contra los venecianos. Bloquearon á Venecia, lo que hasta entonces jamas habia sucedido, y precisaron á esta altiva república á humillarse delante de su orgullo. No se sabe lo que

hubiera sucedido de resultas de esta lucha, bien desigual por parte de los venecianos, á no haberse visto Guarco precisado por los nuevos alborotos á llamar á Génova las tropas para oponerse á los malcontentos. No debe sorprender que en ellas se viese á Antonio Adorno, que habia renunciado con tanto gusto. Aun no habia llegado el momento de sujetarse Guarco á la dimision: se negoció por uno y otro partido, y convinieron en que se quedase dux con ocho mentores ó ayos, llamados proveedores, cuatro de los cuales eran mercaderes, y cuatro artesanos. Montalto, de quien ya hemos hablado, se hizo nombrar entre los proveedores artesanos, aunque jurisconsulto de profesion; pero en tiempo de alborotos todo es bueno.

Años
de J. C.
1383.

No tardó en presentarse de nuevo la discordia: acudió Adorno deseando aprovecharse de ella; y con grande admiracion suya eligieron á Montalto, que vivió poco, y cuya muerte sintieron los genoveses. Volvió Adorno, y consiguió los votos, teniendose por seguro, como que habia hallado medio de prevenir las dificultades que pudiera oponerle Guarco, haciendo encerrar á este en un castillo. Su desgracia habia de nacer de él mismo, y de la grande timidez que mostró en las nuevas inquietudes, que pudiera haber sosegado con un poco de fortaleza; pero abandonó el campo, se puso en salvo, y desapareció. A todos admiró y chocó esta evasion; pero no corrieron tras él, y pusieron en su lugar á Jacobo Fregoso.

1390.

Unas discordias que hacian derramar tanta sangre eran para los competidores asunto de diversion, semejantes á los jugadores, que mientras dura la partida se encarnizan, pero concluida se hacen ami-



Fregoso sorprendido.

Al sentarse á comer en el palacio ducal de Génova el nuevo Dux Jacobo Fregoso, se le presentó de improviso el fugitivo Dux Antonio Adorno, diciéndole: Teneis dispuesta para vos la comida; pero comeremos juntos, retirandoos luego á poner en orden vuestra casa. Así recobró la dignidad que habia abandonado; y así en las repúblicas la autoridad es presa del mas fuerte, osado ó sagaz de los ambiciosos.

gos. Se arrepintió Adorno de haber huido: volvió á entrar en Génova con el mismo secreto que habia salido; y sorprendiendo á Fregoso en su palacio cuando iba á sentarse á la mesa: "Habeis mandado, le dijo, disponer para vos la comida, y es justo que vengais á comer conmigo, y que despues os volvais temprano á vuestra antigua habitacion para ponerla en buen órden." Bueno hubiera sido que Adorno hubiese recibido siempre los acontecimientos humanos sin enojo ni pasion; pero bien fuese por hacerse temer, ó por tomar satisfaccion de sus agravios, se vengó de cuantos le habian sido contrarios. Destierros, multas, suplicios y tormentos, de todo se sirvió; pero con él hicieron lo mismo en cuanto fue posible con ataques directos ó indirectos, con varias conspiraciones y hostilidades, así dentro como fuera; hasta que no pudiendo resistir, manifestó deseo de retirarse; pero sublevado el pueblo, le persiguió hasta un convento en donde se ocultó, y del cual salió por la noche.

Años
de J. C.
1393.

Andaba el populacho errante sin saber adonde iba: todo resonaba en maldiciones, y se precipitaba á toda especie de escesos. En el caos de aquel tumultuario ruido se oyó el nombre de Montalto, nombre muy amado del antiguo dux, y nombre de su hijo, jóven de veinte y tres años, de agradable figura, y ya conocido por sus amables prendas. Presentase pues: él será el dux: ya todos abren la boca para proclamarle: le llevan al palacio, y al dia siguiente emplearon en su eleccion las formulas requeridas con general aplauso. No tuvieron que arrepentirse; porque la eleccion, aunque precipitada, fue excelente. Era este Montalto un hombre sin hiel, franco, generoso, sin sospechas, y dotado de

todo el candor de la juventud. Sin embargo, se presentaron contra él dos partidos, el de Adorno, que todavía volvió á cargar, y el de los hijos de Guarco, á quienes Adorno favorecía despues de haber puesto á su padre en la cárcel. Además de estas dos facciones apareció otra tercera de los partidarios de Bocanegra. Montalto añadió á su gente la de Fregoso y otros afectos á este; por lo que hubo una verdadera guerra civil, en la que derribaban con hachas las puertas, las aplicaban hachas encendidas, y llovian las tejas de los tejados.

Años
de J. C.
1393.

¿Qué medio para sosegar un furor convertido en rabia, que amenazaba la total destruccion de la ciudad? Algunas personas, mas bien intencionadas que hábiles en política, creyeron cortar el nudo de la dificultad, nombrando un dux que no fuese de ninguno de aquellos partidos, persuadidas á que este los dominaria á todos. Eligieron pues á un tal Justiniani, hombre moderado y tan prudente, que viendo que no podia reconciliar los espíritus, renunció poco despues. Continuaron sus competencias Adorno, Fregoso, Guarco, Bocanegra y Montalto; y este conflicto hizo que tomando una de aquellas resoluciones desesperadas que alguna vez consiguen el acierto, declarasen dux perpetuo á Montalto.

Así como el viento cuando se levanta disipa las nubes que obscurecian el horizonte, así el dictador perpetuo dispersó á sus rivales con su soplo, por decirlo así: solo Bocanegra se quedó atras, se dejó prender, y fue condenado á muerte. Ya estaba en el cadalso y levantada el hacha sobre su cabeza; Montalto, rodeado de su consejo, estaba mirando desde una ventana, segun costumbre, y vió que el infeliz, deshecho en lágrimas, pedia la vida: la ju-

ventud es muy sensible, y ya abria sus labios el dux para pronunciar la gracia, cuando un consejero viejo, tratando de flaqueza esta compasion, iba á apresurarle el suplicio; pero Montalto le detuvo; hizo la señal del perdon, y Bocanegra salvó la vida.

La bondad del jóven dux, de la cual hemos referido solo un rasgo entre otros muchos, no detuvo la actividad de las facciones. No renació la calma; y Montalto, causado de una dignidad que era el tormento de su vida, se entró en una galera; hizo vela hácia Gavi, y abandonó á su infeliz suerte un pueblo igualmente incapaz de dejarse gobernar con el rigor que con la clemencia. Así que partió colocaron en su lugar otro llamado Zoaglio. Volvió á presentarse Adorno á la puerta de la ciudad, suplicando y pidiendo que le recibiesen, y ofreciendo que viviria como ciudadano pacífico, sin mezclarse en el gobierno. No se sabe si Zoaglio le creyó, ó tuvo precision de dar á entender que le creia; pero así que Adorno fue admitido, hizo entrar tambien á los Fregosos y á los Guarcos, y volvieron á empezar los alborotos. Zoaglio, que era hombre sin ambicion, se sacrificó gustoso, y renunció. Fregoso y Guarco echaron suertes sobre quién habia de ser el dux, y se declaró la suerte por Guarco.

Años .
de J. C.
1394.

Fuese que los genoveses le volvieron á llamar porque le echaban menos, ó fuese porque es natural volver á los honores, que dificilmente olvidan los que les han tomado el gusto, volvió Montalto á entrar en Génova con soldados, y se juntó á él uno de los Fiescos bien armado. No estaba menos acompañado Adorno: y Fregoso, que se hallaba á la cabeza de una buena tropa, favorecia al dux Guarco. Este se rindió, renunció, y huyó: á Ador.

no le hizo Montalto prisionero ; y lo que debia ser su perdicion fue la ocasion de su fortuna. Desde luego consiguió la libertad; y despues se agregó á Montalto, que por su franqueza natural podia ser fácilmente engañado.

Hechos sus convenios juntaron el pueblo, ya instruido de su reconciliacion: habló el primero Adorno, y con su elocuencia persuasiva deploró los males de Génova; manifestó grande arrepentimiento de los excesos á que le habia arrastrado la ambicion; pidió perdon en cierto modo de su pasada conducta; publicó el magnífico proyecto que él y Montalto habian formado de renunciar á sus derechos; y exhortó por consiguiente á que se eligiese un sugeto benigno, pacífico y capaz de hacer feliz la patria. Habló despues Montalto, pero sin énfasis ni adornos, y con la sencillez propia de la franqueza.

Adorno arrepentido era una cosa bien extraordinaria; pero fuese su desinterés fingido ó verdadero, se aprovecharon de él, y escogieron noventa personas de entre las principales de la asamblea para proceder á la eleccion del dux. Apenas habian cerrado las puertas, cuando oyeron un espantoso ruido de la parte de afuera: subieron á las ventanas, resonó el aire en clamores de espantosas amenazas sino era elegido Adorno; temblaron los electores; cedieron á la violencia, y le proclamaron. Montalto, que se vió engañado, salió de la asamblea hirviendo en cólera, y juró vengarse.

Hizo compañeros de su resentimiento á cuantos enemigos de Adorno pudo hallar: eran estos muchos, principalmente entre la nobleza. Volvieron á empezar las hostilidades mas crueles que nunca: no fueron felices para los confederados, rechazandolos

Adorno; pero antes que sujetarse á este dux resolvieron someter su ciudad á una potencia estrangera. Ya tenian los franceses un pie en el estado por las empresas de Cárlos VIII en Italia: entablaron los nobles una negociacion con ellos: tuvo Adorno noticia; y viendo que le preparaban un enemigo, de quien con mucho trabajo se defenderia, eligió el partido de entregar su patria á los franceses, para hacer de este modo mérito con ellos, y esperar que se lo agradeciesen.

Tenia el dux las riendas del gobierno y las fuerzas del estado: aseguraba la voluntad del pueblo por la preocupacion de este y la confianza en su dignidad: era en los franceses mas prudencia recibir de él, ya conquistada, una autoridad, que los enemigos de Adorno les ofrecian por conquistar, y así trataron con él por preferencia. En una junta general, espresamente convocada, ponderó tanto las ventajas que podrian resultar á Génova con su sumision á la Francia, que quedó resuelta entre aclamaciones de todo el pueblo. Se entregaron los genoveses á los mas vivos escesos de contento y alegría, como si aquel dia fuese el mas bello y el mas feliz de la república. El gobierno popular, hecho monárquico, ya se habia verificado en Roberto, rey de Nápoles, y en Visconti, arzobispo de Milan: Cárlos VIII fue el tercero.

Reflexionando en lo que habia pasado y en el carácter de los genoveses, no podia esperarse que el dominio de un soberano estrangero consiguiese la tranquilidad. Los nobles, á cuya cabeza estaban Montalto y Guarco, apoyados por el duque de Milan, que aspiraba á la soberanía, no pudieron ver sin grande sentimiento que esta cayese en manos de

un monarca, que no les debía obligacion alguna. Los nobles de Adorno exaltaban públicamente el gobierno monárquico, mirandole como muy ventajoso para la nobleza, y sostenian con todas sus fuerzas la revolucion. Las desgracias de Montalto y Guarco, que fueron hechos prisioneros, y puestos en libertad por el interes comun, unieron por algun tiempo las dos facciones de nobles; pero en el fondo subsistieron igualmente contrarias bajo el nombre de güelfos y gibelinos, que volvieron á tomar con una especie de entusiasmo. La llegada del gobernador frances, y el perdon general que concedió, obraron una tregua cuya eficacia duró hasta que murió el intrigante Adorno.

Años
de J. C.
1398.

Todo iba bien, hasta que el gobernador frances, desconfiando de algunas juntas secretas y creyendo que el podestá, juez criminal ordinario, no era suficiente para buscar á los conspiradores y sus cómplices, instituyó otro juez con el nombre de capitan de justicia, dandole un poder absoluto sin limites ni apelacion. Este tribunal de sangre alborotó á los genoveses á proporcion del susto que les inspiró; é hicieron promesas y votos por los gibelinos nobles que asolaban los campos. Suprimió el gobernador su capitan de justicia; pero al mismo tiempo descontentó á los güelfos, sus amigos, con los favores que hizo á los gibelinos con el fin de ganarlos; pues tenia grande interes en no perder á los gibelinos, por estar unida con ellos la faccion popular, siempre formidable.

No tuvieron buen éxito estas contemplaciones; pues las dos facciones, así balanceadas, nada omitieron para egercitar su rabia una contra otra: en menos de quince dias se dieron entre sí seis com-

bates dentro de la ciudad, y no sería fácil describir con cuánto furor: las piedras, los mármoles y los broncees no estuvieron exentos de los efectos de su ira: arruinaron enteramente los edificios públicos, ornamentos de Génova: por las calles no se pisaban sino cadáveres: ya estaban infestadas las casas, y entró la peste á colmar las desgracias de la hambre y de la guerra. Cesaron estas plagas, mas por cansancio que por autoridad, pues esta no la habia en Génova. Se habia retirado el gobernador, y parecia que el consejo de Francia habia tomado el partido de dejar que aquellos furiosos se debilitasen con sus pérdidas para gobernarlos despues mas fácilmente, así como se deja á los maniáticos hasta que se debilitan con sus propios esfuerzos.

Todavía corria por sus venas una sangre demasiado caliente y abundante. Les enviaron otro gobernador, que no los halló muy sosegados, siendole preciso adoptar un medio que no agradaba á la nobleza, pero que él tuvo por necesario, y fue: permitir que se creasen doce magistrados populares, tomados del cuerpo de los artesanos, con el nombre de *priors*. Tampoco produjo este espediente buen efecto. A proporeion del entusiasmo con que habian abrazado los genoveses el honor de verse franceses, fue la detestacion con que cuatro años despues miraban este título. El solo nombre de gobernador les era odioso, y creyó aquel comandante que debia ceder á su preocupacion, dejandoles gobernarse por un ministro intermedio, á quien dieron el nombre de *capitan de la guardia del rey*. Le tomaron entre los genoveses; y Bocanegra, el mismo que Montalto habia arrancado del suplicio, fue

Años
de J. C.
1400.

el primero que tuvo esta dignidad extravagante: pero no pudo mantenerla, é hizo su dimision. Dieronle por sucesor otro genoves llamado Luzardo, que tambien renunció: volvió á tomar su plaza, y la volvió á dejar. Esto se hacia como con licencia del gobernador, pero á pesar del mismo. Por último, resolvió el consejo de Francia hacer un poderoso esfuerzo contra aquel pueblo amotinado, y ver si se le podia gobernar, ó si se debia abandonarle.

Años
de J. C.
1401.

Esta prueba se confió á la capacidad de Juan Le-Maingre, señor de Boncicaut, mariscal de Francia, enviandole con una escolta que equivalia á un ejército. Ya en Génova tenia Boncicaut reputacion bien merecida de valiente, desinteresado y equitativo; pero tambien de severo, inflexible é inexorable. Asustó su entrada, porque le acompañaban mil infantes y mil caballos con un feroz silencio como el de su gefe, mirando con indignacion á toda la multitud que los rodeaba. Se redoblaba el espanto con la vista del terrible Boncicaut: su fisonomía, sus miradas, su estatura y grave continente, todo componia un exterior tremendo; bien que suavizaba la exterior ferocidad en el trato particular con su mucha cortesía, estremada afabilidad, dulzura en la espresion, y un conjunto de todas las virtudes sociales. De suerte que Boncicaut en el público, y Boncicaut en el trato particular, eran dos hombres absolutamente diferentes.

Dió principio á su administracion con un hecho severo de justicia y de política. Ya hemos visto que Bocanegra y Luzardo, bajo el nombre de capitanes de la guardia del rey, se habian tomado la autoridad en perjuicio de la del gobernador. Boncicaut pues los hizo arrestar y condenar á muerte sin

forma de proceso. Por mas que alegaron que los habia forzado un populacho sublevado, y que solamente habian aceptado la plaza, *salva la obediencia que se debe al rey*, no por eso dejó el gobernador de enviarlos al cadalso. Mientras Bocanegra, fuerte y vigoroso, resistia á los satélites, y disputaba su cabeza al-egecutor, saltó Luzardo en medio de la multitud: esta le rodeó, y le hizo pasar hasta los últimos, los cuales le ocultaron. Primero se salvó en una iglesia, despues fuera de la ciudad, y luego llegó á ser el enemigo mas peligroso de Boncicaut. Irritado el gobernador por la fuga de Luzardo, mandó cortar sobre la marcha la cabeza al oficial genoves que mandaba la guardia.

Apenas habia medio de contener á un pueblo tan amotinado sino con el rigor, y poniendo á la multitud en estado de no poder alborotar. Nada se le olvidó á Boncicaut: desarmó á los habitantes de la campiña, ordinarios auxiliares de los malcontentos de la ciudad: mandó que los ciudadanos llevasen las armas á una fortaleza, que él fortificó con fosos y baluartes para que no pudiesen asaltarla: suprimió los capitanes del cuartel, confaloneros, síndicos y toda especie de oficiales: prohibió con rigorosas penas las conferencias y juntas públicas y diarias: desterró los nombres de güelfos y gibelinos, y las insignias propias de estas dos facciones: quitó los cónsules á los artesanos, mandando que no eligiesen otros: nada se hizo despues sino por orden ó permiso del gobernador; hasta las cofradías, en un pais tan aplicado á los actos religiosos, no volvieron á juntarse sin su consentimiento. Si algunos genoves echaban de menos las antiguas instituciones civiles y la forma popular de su gobierno, otros apro-

baron las reformas de Boncicaut, viendo la paz y tranquilidad que gozaba Génova con la superintendencia de un solo señor. Al beneficio de su policía añadió el de sostener la reputacion de los genoveses por fuera, defendiendo sus posesiones y animando su comercio. En su gobierno estableció el banco de san Jorge, depósito abierto para todos los que querian poner fondos bajo las fianzas del estado.

Años
de J. C.
1409.

Este banco fue el modelo de todos cuantos se han formado para el público. El terror sostuvo la administracion de Boncicaut: y él conoció tan claramente la necesidad de este medio, que era inflexible en la menor cosa que atentase contra su autoridad. Tal vez se escedió en la precaucion, no permitiendo las reflexiones sobre su gobierno, y castigando como delitos de lesa magestad las observaciones y discursos sobre este particular: y hasta los pensamientos hubiera querido prohibir; pero esta conducta tiránica solo sirvió para reconcentrar el descontento y darle mas actividad. A pesar de las trabas que puso á la mutua confianza, se comunicaron las quejas y sentimientos; y por algunos castigos mas que severos, pasaron los genoveses de las quejas á la murmuracion; y Luzardo, que siempre andaba vagando en la campiña de Génova, ya preso y ya huido, soplabá sin cesar la indignacion contra el gobernador. Hubiera triunfado Boncicaut de sus astucias y esfuerzos, si los negocios generales de Italia, y la necesidad de sostener á los franceses en el ducado de Milan, no le hubiesen sacado de la ciudad.

Se reunieron los príncipes italianos para impedir que los franceses se fortificasen en Italia, en donde ya eran muy temibles con la posesion de Génova. Sitiaron pues esta ciudad para librarla del

yugo frances, y hallaron que ya los habitantes le habian sacudido desde el punto en que habia salido Boncicaut; pero no se hizo la revolucion sin efusion de sangre, y horribles estragos contra los franceses que habia dejado el mariscal para sostener su autoridad. Cuando los príncipes confederados se presentaron delante de la ciudad con los nobles del partido gibelino que los acompañaban, llevando por capitán al marques de Monferrato: los del partido güelfo, que estaban dentro, despues de haber deliberado, abrieron las puertas con ciertas condiciones, siendo la principal que al marques de Monferrato se le habia de reconocer por capitán general de la república; y así lo fue con aclamaciones del pueblo que enloquecia de gozo.

Al marques de Monferrato, capitán general, le señalaron un consejo de doce, la mitad nobles, y la mitad plebeyos: unos güelfos y otros gibelinos. Esta mezcla hizo la peor amalgama; porque los gibelinos, que tenían por gefe á Lucas Fiesco, espelieron á los güelfos, y estos procuraron volver á entrar. El capitán general no era afecto á los gibelinos, que tenían á su cabeza á los Fregosos y Adornos; y creyendo que le importaba volviesen los güelfos, los favoreció; y aun se creyó que habia disimulado el asesinato de un Fregoso, y cargó de cadenas á un Adorno; pero todo esto nada le sirvió para conservarse en el principado de Génova. Crearon un consejo de ocho magistrados: estos convocaron una junta de trescientos ciudadanos de los mas distinguidos, y determinaron y aun hicieron pasar por ley, que en lo sucesivo los plebeyos y los nobles fuesen igualmente capaces de todas las dignidades. Adorno, á quien el marques de Monferrato

Años
de J. C.
1413.

puso en libertad con la esperanza de que su presencia suscitara el alboroto, lo hizo tan al contrario que fue el punto de reunion de las facciones nobles y populares, y le hicieron dux así que le vieron en la ciudad.

En su tiempo se emprendió el importante trabajo de hacer leyes para reformar las costumbres y prevenir las conspiraciones. Dieron este encargo á doce antiguos magistrados, los cuales establecieron que para ser dux sería circunstancia precisa ser genovés del cuerpo del comercio, y tener á lo menos cincuenta años. Ya puede suponer el lector los reglamentos sobre las costumbres; porque estos en todas partes son semejantes, y se egecutan del mismo modo. Gobernaba Adorno con bastante tranquilidad; pero le pareció á Isnard Guarco que ya le duraba mucho tiempo el gobierno, pretendió suplantarle, y él fue espelido. Un Montalto, tambien grande emprendedor, llegó á conseguir que dejase Adorno su dignidad; pero no la dejó para él, pues pasó á Bernabé Guarco, jurisconsulto, hombre distinguido por sus frecuentes discursos al pueblo sobre la paz; mas á las cabezas de las casas populares les pareció que era demasiado premio para la elocuencia de un abogado; y así le precisaron á renunciar, y eligieron á Tomas Fregoso.

Era este un hombre liberal, alentado, infatigable; á todo atendia; no despreciaba parte alguna de la administracion, y gustaba mucho de verse amado. Restableció la tranquilidad en lo interior; sosegó los alborotos exteriores; sujetó á los corsos que se habian sublevado; disminuyó los impuestos, y empleó parte de su patrimonio, tanto en construir, quanto en reparar obras mas de utilidad

que de lujo, entre las cuales puede contarse la limpieza del puerto de Génova, que estaba sucio y lleno de escombros. Apenas se conocen en Tomas Fregoso mas que bellas calidades, y así le acometió la envidia, insecto roedor de la virtud. Los Guarcos, los Spínolas, los Montaltos, los Adornos y otros descontentos, no tanto de la persona del dux cuanto de no ocupar su plaza, no pudiendo destruirle por sí solos, suscitaron contra él á Felipe María Visconti, duque de Milan, vecino peligroso de Génova, que no buscaba sino la ocasion de escitar en ella alborotos con la esperanza de recobrar la autoridad que allí habian tenido sus mayores.

Empezó la guerra, y siguió con la alternativa de felicidades y reveses. Habian atraido los confederados con Visconti casi toda la Italia contra Génova, y se sostuvo Fregoso por algun tiempo con las solas fuerzas de la república; pero creció la tempestad tan espantosamente que eligió mas bien renunciar en favor de Visconti, que esponerse con su resistencia á ser causa de la ruina de su patria. La partida de Fregoso fue un triunfo; porque le acompañaron sus paisanos hasta la galera, con las señales mas espresivas de valor y de respeto. Se retiró á Sarsano, y le dió la república su territorio en propiedad, en señal de estimacion y para reintegrarle de los daños que habia padecido su patrimonio por su generosidad para con la patria. De este modo volvió Génova al dominio de los milaneses, sujetandose á un señor á quien no amaba ni estimaba; y este recibió unos vasallos descontentos por las desolaciones que les habia causado durante la guerra; pero el pueblo siempre mostró la misma alegría.

Años
de J. C.
1421.

Años
de J. C.
1422.

Segun el plan de Visconti para sujetar á los genoveses, puede formarse la idea de que pensó en llevarlos á las guerras contra Aragon, Venecia y Florencia, siendo así que solo para él era el beneficio; y en favorecer con afectacion á unos ciudadanos en perjuicio de otros: pues dió las fortalezas y ciudades á sus amigos á título de gobierno, desmembrando así el estado. Tambien pensó en no perseguir á los desterrados; antes bien se lastimaba, y les permitia restablecerse, dando de este modo nuevas fuerzas á los odios particulares, y teniendo siempre al populacho en accion con noticias divulgadas diestramente, y á los gefes sin resolucion entre temores y esperanzas. Con esta conducta faltó muy poco para que Visconti adormeciese á los genoveses con un sueño de muerte.

1435.

Pero la venganza es vigilante. Tomas Fregoso, que con tanta violencia habia renunciado á la dignidad de dux, que habia desempeñado bien, abrió desde su retiro los ojos á sus paisanos para que viesen su infeliz estado. Fue grande el número de los malcontentos que con sus diligencias se le juntaron: se unió con él la faccion de Adorno, capitaneada por Bernabé; y unos y otros tomaron fuerzas con la capacidad de un hábil general llamado Spinola. Estaba el pueblo furioso contra el duque de Milan, que habia cerrado á propósito los ojos, sobre el proceder atroz de Pilcini, comandante de sus tropas. Despues de haber este ganado una victoria contra los malcontentos, con el auxilio de los genoveses, fue tan bárbaro y cruel, que mandó matar á sangre fria los prisioneros, por mas que pedian gracia de rodillas, y que los genoveses de su egército intercedian por los infelices sus paisanos y parientes.

No contento con un castigo que no se habia visto en mucho tiempo en los estados cristianos, Pilcini, sin atender á sexo, edad ni profesion, hizo vender públicamente todos los que habian huido de la amenaza. No castigar semejantes atrocidades es condescender: por lo menos así lo creyeron los genoveses, y conservaron en su pecho el resentimiento; pero luego que conocieron que podian hacer frente á la guarnicion milanese esparcida por la ciudad, se sublevaron, y fue la primera operacion elegir seis personas principales, á quienes encargaron el gobierno bajo el nombre *de defensores de la patria*. Estos consiguieron encerrar á los milaneses en el castillo, le conquistaron, y los espelieron. Envió el duque de Milan al terrible Pilcini; pero este no hizo estragos sino en las cercanías de la ciudad: y siempre fue Génova la que se hizo á sí misma los mayores males.

Los defensores, á quienes dieron este título en un momento de alboroto, no sabian bien la conducta que debian observar con el pueblo; y como que ignoraban la estension y los límites de su potestad, temiendo escederse, se estaban en una especie de inaccion y de pasmo, que fue muy favorable á los pícaros y malhechores, cuyas compañías llenaban toda la ciudad. Muy cómoda era esta inaccion para las cabezas de las facciones, porque de este modo lograban mayor facilidad para urdir sus tramas. Los Adornos y los Fregosos ocupaban el primer lugar entre las familias populares; los demas y los mismos nobles no se avergonzaban de declararse sus clientes. Solamente los Montaltos y los Guarcos pudieran oponerles competidores temibles: habian tomado el partido de volver

al gobierno de su dux, y eligieron á Isnard Guasco, que se hallaba en la ciudad, sin duda por anticiparse á las pretensiones de Tomas Fregoso; pero á los siete dias acudió este bien acompañado: hizo presente que habiendo dejado de ser dux para ceder la administracion al duque de Milan, segun lo deseaba el pueblo, supuesto que se repudiaba la autoridad de aquel duque, era justo que le restituyesen á una dignidad que solo por condescendencia habia dejado. Era Fregoso muy amado y estimado, que es lo que muchas veces vale mas que la razon; y así le reeligieron, ó por mejor decir le restituyeron su dignidad con el consentimiento del nuevo dux.

No se estuvo quieto el milanés espulsado; y entre otras maniobras suscitó contra Tomas Fregoso á un hermano suyo; y tomado el punto con seriedad se armaron los dos, y llegaron á las manos. Bautista Fregoso quedó hecho prisionero, mas le perdonó su hermano, y toda la familia se reunió. Llenó el dux de beneficios á todos sus parientes, dandoles las dignidades y el mando de las tropas; y esta preferencia tan clara escitó la envidia. Empezaron por decir de Tomas Fregoso que ya habia tenido demasiado tiempo la primera dignidad, y que era preciso que cada uno la gozase por su turno. Juan Antonio de Fiesco no se anduvo en discursos; y á instancias del duque de Milan se mostró con armas en la costa de Génova. Atraia los nobles á su partido, y no dejaba de animar con sus palabras la envidia contra el dux. "¿Con que por obedecer á las leyes de un plebeyo, les decia, habeis sacudido el yugo de un príncipe estrangero? Para elegir un dueño que os mande con imperio en un Fregoso, ¿habeis

sacudido el yugo del duque de Milan?" Hacia mayor efecto este discurso, porque el mismo Fregoso abria la puerta á la envidia con su inclinacion al fausto y magnificencia. Abandonandose á una perfecta seguridad descuidaba de observar las acciones de Fiesco; y este, aprovechandose de su descuido, se introdujo en la ciudad, y repentinamente se halló abandonado el dux con grande admiracion suya, contando por felicidad poder restituirse por capitulacion á su antiguo retiro de Sarsano.

Eligieron ocho capitanes de la libertad genovesa, que no duraron mas que un mes, y sucedió á esta octocracia un dux llamado Rafael Adorno, á quien pusieron cuatro consejeros para que no abusase de su autoridad. Esta precaucion era poco necesaria, respecto de Rafael, hombre de tan poca ambicion, y tan modesto, que su familia, viendo que nada ganaba con su elevacion y moderacion escensiva, le empeñó en que hiciese la dimision, y procuró la plaza para Bernabé Adorno, de quien esperaba lo que no la habia dado Rafael. Pero en una noche obscura Jano Fregoso, hermano del dux Tomas, entró en el puerto con sola una galera; desembarcó sin ruido su gente, que consistia en ochenta hombres valientes, determinados á vencer ó morir con él; y marchó al palacio del dux. Halló resistencia; pero Bernabé se vió precisado á huir, y al día siguiente eligieron á Jano en su lugar.

Años
de J. C.
1443.

Murió al cabo de un año, y fue muy sentida su muerte. La estimacion en que le tenian reunió los votos en favor de su hermano Luis Fregoso, aunque ausente. Era hombre sin vicios ni virtudes; y hallandole incapaz de la dignidad, la ofrecieron á Tomas el de Sarsano; pero este prefirió la tranqui-

1447.

lidad de su retiro; por lo cual eligieron á su sobrino Pedro Fregoso, hombre intrépido, guerrero excelente, que como habia sido rebelde y proscripto sabia como se habia de portar para contener á los amotinados, siendo sus principales medios el temor y el terror; con lo cual dió á Génova un nuevo ejemplo de severidad. Cierta noble, llamado Galeoto, se propasó en algunas conversaciones contra el dux; y este, que por otra parte no le queria bien, le hizo ahorcar con su ropa de senador, poniendo á sus pies estas palabras: *Este hombre ha dicho lo que no debia decir.*

Años
de J. C.
1458.

Génova sostuvo la guerra, ya contra la Francia, ya contra don Fernando rey de Aragon, porque la guerra entre los Fregosos y Adornos habia llamado las armas extranjeras contra su patria. Habian contribuido los Fregosos á que la Francia perdiese la soberanía de Génova; pero en política todo se olvida, y así el dux Fregoso, estrechado por los Adornos, que habian recurrido á los aragoneses para apoderarse de la primera dignidad, no dudó apelar al auxilio de los franceses. Aun hizo mas, porque viendo que los Adornos le quitaban la plaza de dux, dijo: "Ya que yo no puedo mandar en Génova, quede esta sujeta y obedezca á un soberano extranjero: yo no dominaré en mi patria, pero tampoco dominarán los Adornos: yo tendré que obedecer, pero tambien ellos tendrán un señor, y no será el mio ningun Adorno." Con estos pensamientos propuso la soberanía á Carlos VII: este la aceptó con las mismas condiciones que su padre, y se estipularon los reintegros en dinero para el dux.

El rey de Aragon, incitado por los Adornos y sus partidarios, acudió á Génova, y la estrechó



Muerte de Pedro Fregoso.

*Impugnado ciegamente Pedro Fregoso en recobrar
 á viva fuerza la autoridad que habia vendido
 el mismo, asaltó con sus partidarios á Génova,
 ganó el primer muro, se entró imprudentemente por
 un portillo del segundo, se encontró en la ciudad so-
 lo; y perseguido en sus calles, recibió un golpe que
 le quitó la vida. No logró este miserable satisfa-
 cer su ambicion; pero ella misma le arrastró al
 castigo.*

muy de cerca. El hambre, consecuencia de la guerra y su compañera la peste, empezaban á sentirse en la ciudad cuando la muerte del rey de Aragon hizo levantar el sitio. Pedro Fregoso, que no tenia ya que temer al rey de Aragon, ni á las dos cabezas de la familia de Adorno, Rafael y Bernabé, porque les faltaba el apoyo, pensó ya de otro modo, diciendo: "Que seria caer en grande falta dejar á la Francia la soberanía, y no volver él á tomar la autoridad." ¿Pero cómo habia de ser esto, si los franceses tenian en Génova una buena guarnicion, y era difícil echarla fuera?

Fregoso pues les pidió la cantidad prometida como precio de su renuncia, y la enviaron á la casa de la república que se hallaba vacía. Empezó á murmurar y á quejarse Fregoso; le espelieron de la ciudad con todos sus partidarios; pero esto es lo que él queria. Fue á verse con el duque de Milan; y este, no pudiendo socorrerle con fuerzas, le dirigió al nuevo rey de Aragon con eficaces recomendaciones. Ganó Fregoso á los Fiescos, se reconcilió con cuantos pudo de sus antiguos enemigos, y se presentó delante de Génova. Arrebatado de furor contra los franceses no se tomó tiempo para reunir todas las fuerzas que le prometian: dió el asalto, y escaló el primer muro. Detenido en la segunda cerca, halló, buscando por todas partes, un portillo mal guardado, y se arrojó á la ciudad creyendo que le seguian. Fue penetrando el imprudente, recorrió muchas calles á caballo, y siempre peleando. Corrió de una á otra parte, y perseguido de los tiros y piedras que llovian, buscó salida, pero no la halló; y herido en la cabeza con un palo calzado de hierro, cayó y murió.

Años
de J. C.
1461.

Se disiparon sus tropas, y Génova logró algunos meses de calma bajo la dominacion francesa. En este intervalo se habló de proveer á los gastos urgentes de la república; pero estaba el tesoro agotado: se trató de llenarle, y el pueblo decia: que esta carga no la debia llevar él, pues estaba privado de las honras y dignidades. Los nobles se escusaban; y mientras deliberaban exclamó con mucho calor un jóven: "¿Para qué son tantas palabras? ¿Por ventura no tenemos armas para conseguir que se nos haga justicia? A las armas ciudadanos, á las armas;" y al punto se sublevó toda la ciudad. Como decian que nada querian con los franceses, se interpuso el gobernador para mediar, y ya estaba para lograr su objeto, cuando Pablo Fregoso, arzobispo de Génova, y hermano del difunto dux Pedro, entró con Próspero Adorno en la ciudad, y Fregoso dejó por vía de convencion que fuese Adorno elegido dux. Las dos familias asociaron su odio contra los franceses que se habian retirado á la ciudadela; y aunque habia sido muy moderado su gobierno, el pueblo los sitió como si tuviera de que quejarse. Duró mucho el sitio por las diferencias entre el dux y el arzobispo. Se reconciliaron por las diligencias que hizo el duque de Milan, empeñado en concordarlos, aunque menos por el amor de la paz, que por su enemistad contra los franceses.

1464.

Dificultad costaria decir cual de estos dos hombres era el mas perverso: el uno aconsejaba el mal, y el otro le egecutaba. Entendia maravillosamente el arzobispo de imaginar medios para cargar contribuciones, y el dux de llevarlos á efecto. Temible seria tal concordia si pudiera durar entre dos malos. Con motivo de una victoria que ganó el

arzobispo á los franceses que iban á librar á sus compatriotas, encerrados en la ciudadela, negó el dux al prelado la entrada en la ciudad, rezelando que le hiciese demasiado poderoso la gloria que acababa de adquirir. Se levantaron contra esta proscripción los partidarios del arzobispo, pretendiendo que se le abriesen las puertas; pero Adorno se obstinó en tenerlas cerradas. Pelearon dentro de la ciudad á vista de los sitiados y de los auxiliares milaneses, tranquilos espectadores del combate, cuya terminacion fue que el dux se vió precisado á dejar la ciudad. Eligieron en su lugar á Luis Fregoso, y el prelado desposeyó á su pariente, y se hizo nombrar á sí mismo; pero apenas le revistieron de esta dignidad cuando desagradó al pueblo, y se la dieron á Luis, aunque pocos dias despues volvió á ser del arzobispo Pablo. Durante estas mutaciones, cansado Luis XI de una soberanía tan precaria como la de Génova, la dejó, y dicen que le enviaron diputados los genoveses para que no los abandonase. Dijeron estos: "Nosotros nos entregamos á V. M. sinceramente." "Pues yo, respondió muy enojado, os doy al diablo."

A la verdad, lo mismo hubiera sido caer en su poder, que en el de Pablo Fregoso. Este prelado, acompañado de bandidos y homicidas, recorría de dia y de noche las calles de Génova, robando, saqueando, matando, y cometiendo los mayores desórdenes. Contra este tirano, bien servido de sus satélites, imploraron los infelices genoveses la protección de Francisco Esforcia, duque de Milan. Hizo este príncipe con el prelado tentativas amigables para que dejase la ciudad tranquila: no surtieron efecto, y fue necesario valerse de la fuerza. Procu-

ró el arzobispo apoderarse de la ciudadela para hacerse fuerte: echado de ella fue á la marina, se apoderó de cuatro embarcaciones mercantiles que habia en el puerto, embarcó sus pícaros, y empezó con ellos á egercer la piratería. Los genoveses, perseguidos y sin poder defenderse á si mismos, como habian experimentado los buenos oficios del duque de Milan, se le entregaron; y él los libró de las vejaciones del arzobispo dux, y restableció el buen orden en la ciudad, gobernándola benignamente.

Juan Galeazo, hijo de Francisco Esforcia, no los trató como su padre. En lugar de respetar aquella sombra de autoridad que se habian reservado los genoveses cuando se entregaron, manifestó un impaciente deseo de subyugarlos enteramente. No omitió astucia ni violencia alguna por conseguir sus fines, con la poca política de hacer ver á los genoveses que ni los queria ni los estimaba; pero los genoveses le correspondieron. El pueblo principalmente era el objeto de sus altiveces, y las de sus oficiales: estos le trataban como á un rebaño vil, no con el cayado de pastor que atiende á conservarles, sino con el azote de mercenario interesado que mira con indiferencia sus aflicciones. Lo contrario hacia el duque de Milan con la nobleza, que por su parte preferia la corte de un soberano, en donde conseguia distinciones y empleos, cuales podia darlos una república en donde se veia confundida con la plebe.

Se oian quejas de todos, porque los nobles y plebeyos sufrían iguales vejaciones con los impuestos y órdenes tiránicas, y les chocaba el gobierno arbitrario. Cuando el duque advirtió que empezaba el descontento, tuvo por conveniente aumentar las

fortificaciones de la ciudadela , y para esto se proponia derribar muchos y grandes edificios. Cuando vieron estender la cuerda fatal para tirar las líneas , la estuvieron mirando los ciudadanos con aquel asombro que causa el desaliento. Lázaro Doria la cortó indignado á vista de los ingenieros milaneses y de sus defensores. El gobernador , viendo el contento que el pueblo manifestaba por tan arrojada accion , no se determinó á castigarla ; y advirtiendo la plebe que la temian , se hizo mas atrevida y tomó las armas. Algunos ciudadanos procuraron sosegarla , y fueron los órganos de un tratado en virtud del cual consentia el pueblo en sufrir sus cadenas , pero con la condicion de que se las alijerasen. No le gustó á Juan Galeazo este convenio , que limitaba su autoridad , y así levantaba tropas para hacer á los genoveses entrar debajo del yugo , cuando le quitaron la vida en Milan , en donde era tan odiosa como en Génova su tiranía.

La muerte de Galeazo despertó la ambicion de las cabezas de partido Adorno , Fiesco , Fregoso , Guarco y otros á quienes los milaneses habian desterrado. El primero que intentó introducirse en Génova fue Guarco ; pero la viuda de Galeazo , tutora de su hijo , habia tomado , cuando murió su marido , algunas medidas bastante justas , para que esta primera empresa se desgraciase. Otras se consiguieron , á pesar de la vigilancia y los esfuerzos del gobernador milanés ; este se vió precisado á retirarse á la ciudadela , abandonando la ciudad , en donde ya habian entrado los Fiescos , y habian hecho elegir seis capitanes de la libertad genovesa : cuatro del pueblo , y dos de las familias nobles Justiniani y Doria.

Años
de J. C.
1477.

Esta palabra *libertad*, tan bien recibida del pueblo, fue siempre fatal á los genoveses. Apenas entregaron esta especie de ídolo á la guardia de los capitanes, cuando acudieron los partidarios para hacerse dueño de él, con el fin de que sirviese de *paladion* á su partido. Unos entraron en el ejército milanés enviado contra Génova, otros se introdujeron en la ciudad para defenderla: sonó el cañon del castillo, arruinó las casas con estruendo, volaron en pedazos los techos y los muros, se quedaron al descubierto los infelices habitantes, y no sabian adonde ir á buscar asilo. Despues de derramada mucha sangre, y de imaginar sesgos diferentes para que á tantos ambiciosos se les cayesen las armas de las manos, si posible fuera, hallaron el espediente de constituir gobernador de Génova á un Adorno, bajo la autoridad del duque de Milan.

Años
de J. C.
1478.

Próspero Adorno, revestido del poder, pero con un título precario, no tuvo por conveniente egercerle mucho tiempo para los milaneses. Penetraron estos su intencion, le pusieron en la carcel, y le dieron libertad con motivo de un trastorno de ministros que hubo en la corte de Milan. Este movimiento le sirvió para librarse de toda dependencia. Ya habia hecho que el pueblo abrazase sus intereses por medio de la falsa confianza de una carta supuesta de la duquesa de Milan, que decia haberla interceptado, y que en ella prometia esta princesa á su ejército el saqueo de Génova. El pueblo, sin detenerse á examinar si era carta supuesta ó verdadera, renunció, todos á una voz, á la autoridad milanese, y nombró á Adorno por gefe ó rector de Génova sin dependencia de Milan. Para romper todos los lazos hizo el rector alianza con el

rey de Nápoles, que estaba en guerra con Milan, y obtuvo de él socorros. La regenta de Milan, indignada con la desercion de Adorno, le opuso por contrario á Obieto de Fiesco, á quien ella detenia en su corte como hombre peligroso. Esta misma cualidad, que antes se temia en él, se miró como recurso; pero no lograron ventaja los milaneses. Se vió que Obieto era una alma venal, que se dejó ganar de unos y de otros, ya por el dux pirata Pablo Fregoso, ya por Milan contra Adorno, ya por Adorno contra los milaneses, y por último, por Juan Bautista Fregoso contra estos. Era este hijo de Pedro, aquel antiguo dux, á quien mataron en las calles de Génova por querer sujetarla.

Todo se dirigia á la entera destruccion de la autoridad milanese en Génova: el pueblo ni aun queria oír hablar de ella: la nobleza titubeaba, pero detestaba á Próspero Adorno; porque sin duda no estaba tan sacrificado á los nobles como ellos querian. Se juntaron estos con Juan Bautista Fregoso, aunque le miraban con desconfianza, y le ayudaron á desembarazarse de Adorno. Este se creia muy seguro del tal Fregoso, que se le habia vendido muy caro, y á quien otros compradores habian hecho suyo. No lo advirtió Adorno hasta que Fregoso le acometió casi en su mismo palacio. Tuvo que huir, y le costó buen trabajo ganar la ribera del mar, perseguido de los silvos del populacho, y por entre una granizada de piedras. Estaban á la vista del puerto algunas galeras de Nápoles, las hicieron señal, y como no se acercasen tan pronto se arrojó el rector al mar, llegó á ellas nadando, y se largó prontamente.

Años
de J. C.
1480.

Entraron en deliberacion sobre el gobierno que

habia de darse á Génova. Juan Bautista Fregoso daba á sus conciudadanos la satisfaccion de que pareciese que los consultaba, porque ya estaba resuelto entre las cabezas de partido Fiesco y Fregoso, y aun con el rey de Nápoles; conviniendo todos en que no se hablaria mas de la autoridad milanese, sino que volverian á tener dux. Eligieron á Juan Bautista Fregoso, que tambien se habia hecho pagar de todos los partidos, y le revistieron del poder absoluto con el contrapeso de un consejo de ocho magistrados elegidos por el pueblo. Para consolar á la nobleza de que se hubiesen hecho sin ella muchos arreglos, tuvo el pueblo la condescendencia de sacar de la clase noble las dos terceras partes de sus magistrados.

Años
de J. C.
1483.

Se supone que Juan Bautista Fregoso no entró por su gusto en todas estas intrigas, sino que cedia á los deseos de su familia; porque su inclinacion era al estudio, á las bellas letras y al sosiego, que es el mejor estado para gozar de sus encantos. No obstante, como el sabio se presta á las circunstancias, se sujetó á la carga del gobierno, y cumplió con exactitud sus penosas obligaciones, aunque no pasaba de aquí; y así ni su familia ni los que eran cabezas de otras casas, sacaban provecho alguno de su dignidad, por lo cual aquellos ambiciosos no gustaban de su moderacion. Le dijeron un dia que Pablo Fregoso su tio, aquel arzobispo de Génova de quien tanto hemos hablado, y que era ya cardenal, queria tener conversacion con él en su palacio. Fue el dux sin guardia ni precauciones, y halló una junta de personas, que ya á primera vista no le parecieron muy bien intencionadas. Con efecto, le dieron á enten-

der con bastante claridad que los genoveses estaban cansados de obedecerle , y que era preciso que cediese la plaza sobre la marcha por el bien del público. A esta propuesta no esperada , herido el dux de una especie de aturdimiento , dijo con voz balbuciente algunas palabras , renunció , y se retiró ; y el arzobispo fue electo dux por la tercera vez.

Sus vicios , que él jamas habia reprimido , continuaron en dejarse ver al descubierto , y la sola prenda de capacidad militar que habia mostrado se eclipsó. Vió con tranquilidad vencidos por los florentinos á sus compatriotas y súbditos , y no los consoló en sus reveses , ni con la paz interior , que sus desórdenes siempre turbaron. No obstante , en lugar de quitarle toda la autoridad , se contentaron con ponerle freno , asociándole diez de los principales ciudadanos como consejeros con el nombre de *decemviro*s.

Temió Fregoso que esto fuese ir abriendo el camino á su destitucion , y procuró asegurarse la proteccion de Milan. Atrajo á esta corte con el casamiento de Fregosino , su hijo natural , con Clara , que tambien era hija natural del difunto duque Juan Galeazo. Esta precaucion advirtió á los genoveses lo que debian temer , y se realizó lo que rezelaban. Procuró Pablo Fregoso toda la autoridad que pudo para los milaneses en Genova ; pero el dia antes de quedar totalmente sujetos , se ofrecieron los genoveses de nuevo á la Francia : aceptó Carlos VIII , y les prometió socorros ; mas como estos tardasen , la república , por miedo de otra cosa peor , recibió un gobernador de mano de los milaneses , y fue este un Adorno , que reconoció no tener el gobierno mas que para diez años , en

Años
de J. C.
1487.

nombre del duque Ludovico Esforcia, llamado el Moro.

Años
de J. C.
1492.

Pudiera formarse una idea bastante exacta del estado político de Génova, comparando su pueblo á un enfermo, que padeciendo mucho busca la salud, entregándose indistintamente á los buenos médicos, y á los empíricos ó curanderos que le prometen el alivio; y sus nobles á hombres de temperamento vigoroso, que estando sanos y fuertes no creen la enfermedad de los otros, y exigen de ellos los mismos servicios que si estuvieran robustos; y por último á las potencias vecinas, semejantes á los charlatanes, que miran con indiferencia el buen ó mal éxito de sus consejos y drogas como ellos saquen provecho. Ludovico el Moro prometió á los genoveses prosperidad, paz y justicia; y cuando ya los tuvo ganados y sujetos á su dominación, los empeñó en guerras, emprendidas por su propio provecho. Sintió el pueblo febricitante la enfermedad de los impuestos: la nobleza, con poca disposición para tomar parte de la carga, supuso que se quejaba sin razón, y despreciada la enfermedad se fue agravando. Al abatimiento de las fuerzas sucedieron los arrebatos de furor; y si estos no fueron mortales á la república, causaron por lo menos mucha falta de fuerzas.

Abusaron los Adornos de la autoridad que les confiaron para vengarse de sus enemigos y cometer impunemente los mayores desórdenes. Hubiera roto el descontento con funestas consecuencias para los unos y los otros, á no haber sido por la prudencia de Curandoia-Estanga, á quien Ludovico el Moro mantenía residente en Génova. Muchas veces suspendió este la animosidad de los partidos cuando

iban á llegar á las manos. Gobernó tambien con igual destreza el afecto de los genoveses hácia Ludovico , por lo cual cuando este príncipe se descompusó con Cárlos VIII , á quien él mismo habia llamado á Italia , dieron los genoveses al milanés toda especie de socorros. Pero cuando la fortuna empezó á volver la espalda á Ludovico , y desplegando los franceses grandes fuerzas , anunciaban sucesos brillantes , se declararon los genoveses por los mas felices , y previnieron al vencedor sometiéndose á él. Luis XII , sucesor de Cárlos VIII , aceptó su homenaje prometiendo sostenerlos contra Ludovico.

Como este socorro tardaba , temieron los genoveses que el duque de Milan , que todavía no se veia desamparado , volviese sobre ellos , y se vengase de su desercion. Crearon pues un consejo de doce magistrados , dándole poder para que tomase las medidas necesarias para la defensa de la ciudad ; y empezando á gustar la dulzura de arreglar por sí mismos sus asuntos , ya se sintieron con menos disposicion para dejarse mandar de una potencia estrangera.

No les desagradaba el dominio de Luis XII , príncipe afable y lleno de bondad ; y así no hubo pruebas de buen afecto que no le diesen en los tres meses que residió en Génoa. Los mismos testimonios de estimación y respeto dieron ocasion á la primera disension que rompió entre los nobles y los plebeyos , disputando entre sí cuales habian de llevar el palio en la entrada del monarca ; y aunque este decidió por los plebeyos , este favor fue de puro cumplimiento , porque las dignidades y las gracias se quedaron para los nobles , aun durante

Años
de J. C.
1500.

la residencia del rey, y mucho mas despues de su partida. Los gobernadores que envió la Francia, escogidos entre la nobleza, ademas de la inclinacion que su origen les inspiraba, pensaron en sostener á la nobleza como apoyo del gobierno monárquico. Indispuso al pueblo esta parcialidad, y mucho mas porque abusando los nobles de la superioridad que les daban, y no deteniéndose en desagradarle, encendian su odio con toda suerte de tratamientos injuriosos, sin disimular siquiera el desprecio que hacian de todo cuanto se llama pueblo.

Años
de J. C.
1510.

Tanta arrogancia indignó á la multitud, cansada de sufrir continuamente los insultos de una juventud desvanecida con su nacimiento y sus riquezas. Despues de muchas provocaciones y riñas públicas, que indicaban las disposiciones del corazon, declaró por último el pueblo sus pretensiones. Quiso y significó con aquel calor que siempre se advierte en sus pasiones y deseos, que en adelante se repartiesen los empleos entre los principales cuerpos del estado, que eran los nobles, los artesanos y los mercaderes. Esta era una nueva division, de la cual ni aun querian los nobles que se hablase, teniendo por ridícula, diciendo que los dos cuerpos de mercaderes y artesanos no hacian mas que uno, y advirtiendo que si al pueblo se le concedia esta peticion, poseeria él solo dos tercios de los empleos. El pueblo replicaba, que no siendo los nobles un tercio de los ciudadanos, no debian entrar por mitad con él en los cargos y dignidades. Algunos nobles, y sin duda de los mas juiciosos, no tenian por des-arreglada la pretension del pueblo. Instaban los plebeyos por la decision, y la nobleza les oponia varias dificultades esperando el beneficio del tiempo,

hasta que impaciente el pueblo, quitando los estorbos del modo que ordinariamente le habia salido bien, acudió á las armas. Todo se lo concedió el gobernador, y se crearon dos magistrados populares con el bello nombre de pacificadores. Escribieron al rey, y aprobó el consejo esta resolución; pero en menos tiempo que el necesario para llegar desde París á Génova, se rompió la pacificación.

Bien que la rotura viniese de parte del pueblo ó de los nobles: estos, como mas débiles, siempre que se levantan los plebeyos en masa, quedaron espulsados. Hicieron grandes exclamaciones, y resonaron sus quejas en la misma corte de Francia, la cual llevó á mal que el pueblo no hubiese esperado la ratificación de sus pretensiones, siendo esta en su favor, y que cuando la supo no le hubiese merecido el justo respeto. Envió pues Luis XII un gobernador bien acompañado, que hizo su entrada con aparato formidable y con aire sombrío y pensativo como Boncicaut; pero no tenia el talento ni la fortaleza de este. Dejó que el pueblo crease ocho tribunos sacados de su cuerpo; y el acto de elección les dió una autoridad absoluta, que aniquilaba la de todos los magistrados.

No agradaba esta disposicion ni aun á los primeros del pueblo, y con razon, porque los tribunos, por conservar su poder pasagero, solícitaban con afectacion el favor del populacho, y los bandidos y malhechores, de que estaba llena la ciudad, seguros de su proteccion se entregaban impunemente á los mayores desórdenes. Llegaron á tal extremo, que á los tribunos les fue preciso consentir que entrasen tropas regladas para contener á los malvados. El deseo de establecer alguna po-

licia dictó el proyecto de formar un consejo de treinta y seis ciudadanos populares, suprimiendo toda otra magistratura. Despues volvieron á un corto número de cabezas, inferior todavía al de los tribunos. Eran ocho los gefes y cuatro los regentes que se crearon. Indignado el gobernador por las afrentas que sin cesar sufría, ya porque abiertamente se oponian á sus órdenes, y ya porque indirectamente las quebrantaban, dejó la ciudad y abandonó á los genoveses á sí mismos. Entonces volvieron á parecer los tribunos, no haciendo ya misterio de la intencion de sacudir el yugo frances, y en este punto á nadie permitian ser indiferente. Los principales plebeyos y aquellos nobles que no tomaban parte en estos movimientos, se vieron atormentados como sospechosos de inclinacion al gobierno frances, y de que le favorecian. Los mas prudentes no desesperaban de reducir al pueblo á los caminos de la reconciliacion; pero los oradores con sus arengas vehementes, le mantuvieron en su efervescencia. Amenazado pues del enojo de Luis XII le sugirieron que invocase el auxilio del emperador; y el pueblo, persuadido, quitó la bandera de Francia, sustituyendo la del imperio, y eligió en su misma clase un dux, llamado Paulo de Novi, que era tintorero. Con este hombre, á quien no faltaba entendimiento ni valor, ganaron los genoveses ventajas contra sus nobles, que favorecidos de algunas tropas francesas se veían al rededor de la ciudad; y soberbio el pueblo con estos sucesos felices, puso sitio á la ciudadela.

Luis XII, que por mucho tiempo habia estado dudoso, se habia por último determinado á marchar contra Génova. Iba avanzando y acercandose,



Génova se rinde á discrecion á Luis XII.

Orgullosos osados é inconseqüentes los facciosos de Genova, irritaron en términos al Rey de Francia Luis XII, que partió en persona á castigar á aquella República. Temblaron sus habitantes, huyeron los discolos; y prevaleciendo así el dictámen de los sensatos, Génova se rindió á discrecion. Con tan amargas conseqüencias comprometen siempre los falsos á los verdaderos patriotas.

y esto esparció la consternacion en toda la ciudad. Ya el pueblo no era aquel tan alentado y zeloso de defender su libertad otras veces : el populacho, con sus tribunos que le habian seducido, los amotinados y las cabezas de motin, olvidaron el soberbio estilo que hasta entonces habian usado : callaban sin saber lo que hacian ni lo que debian hacer. No obstante, pasado el primer abatimiento, volvieron un poco sobre sí y tomaron algunas precauciones para su defensa. Repartieron entre los paisanos, que trémulos se habian retirado á la ciudad, las casas de los nobles que habian desertado ; cerraron las puertas ; interceptaron las calles poniendo cadenas de hierro ó de maderos, y de este modo se quedó cada uno atrincherado en su casa ; llenaronse, en fin, las casas de armas, de piedras y de vigas, como si en ellas tuviera que sufrir un sitio cada particular.

Estaban los habitantes muy lejos de convenir en un mismo parecer sobre la defensa : el mayor número, los mas ricos y sensatos opinaban por la sumision ; pero los tribunos y los oradores no cesaban de animar al populacho, hasta que aterrado con las sucesivas derrotas empezó con el susto á mudar de opinion. Los tribunos, los oradores y el dux, temiendo que sus mismos cómplices, por efecto de la mutacion, los prendiesen para conseguir el perdon, se pusieron por la noche en salvo ; y los magistrados y ciudadanos principales, libres de esta tiranía, solo pensaron en pedir gracia. Génova se rindió á discrecion : no tuvo por qué arrepentirse de la confianza en la benignidad de Luis XII, aunque se presentó con el aparato de una severidad, que asustaba, sentado en su trono, y ro-

deado de soldados que anunciaban terribles amenazas. Los genoveses convocados estaban trémulos y postrados, esperando con silencio la sentencia: se veían horcas preparadas en la plaza y en muchos cuarteles, en las que colgaron á algunas cabezas de motin, y á los malhechores reos de muchos delitos. Se leyeron los nombres de unos sesenta con la sentencia de destierro, y á todos los demas se les concedió la amnistía ó perdon general, con lo cual resonó el aire en bendiciones y acciones de gracias. Advirtieron algunos que Luis llevaba en la cota de malla un emblema, que en medio de la general consternacion les daba esperanzas, pues era una oveja con estas palabras: *Esta no se sirve del aguijon.*

Quedó la ciudad despojada de sus privilegios: quemaron los diplomas; edificó Luis una ciudadela, que se llamó el fuerte de la linterna, é impuso una contribucion por los gastos de la guerra. Pasado el primer ruido buscaron despacio á los autores de la rebelion. A Demetrio Justiniani, á quien un zelo inconsiderado por la libertad habia mezclado en todas las intrigas, hombre por otra parte de buenas prendas y muy estimado, le condenaron á cortarle la cabeza: leccion para los hombres honrados aun en tiempo de facciones. En estas se habian mezclado los milaneses, los venecianos, el rey de Nápoles y todos los pequeños príncipes de Italia habian contribuido, y principalmente Pisa, adonde se habian refugiado el dux Paulo de Novi, algunos censores y sus adherentes. Le prendieron pues, y llevandole á Génova con ellos le quitaron la vida en el lugar de su triunfo. Dejó Luis XII un gobernador con buenas ins-

trucciones y órdenes severas; pero la rabia de las conspiraciones superó su precaucion y su prudencia.

De Lanoi, primer gobernador, hombre discreto y moderado, no pudo sostenerse contra las pesadumbres que le suscitó la perpetuidad de las intrigas, y suplicó que le llamasen á París. Su sucesor desagradó por su mayor teson, y los infelices genoveses, atormentados y atormentadores, eran el juguete de las pasiones de los vecinos que tenían al rededor y de los intrigantes que vivian en medio de ellos. Ya eran franceses, y así se vieron espuestos á los esfuerzos de la liga formada contra la Francia por el papa, los venecianos y los suizos, y aun cayó toda entera sobre ellos, con el tropel de los nobles que estaban descontentos. Se vió la ciudad amenazada muchas veces, ya de un sitio bien arreglado, y ya de una sorpresa,

Se hizo nombrar dux Pedro Fregoso, y le sucedió Jano Fregoso. No pudiendo el gobernador frances impedir estas elecciones se retiró al fuerte de la linterna, y los genoveses formaron su bloqueo. Los Adornos, rivales de los Fregosos, se declararon dentro de la ciudad por los sitiados. Los hermanos del dux asesinaron á Gerónimo de Fiesco; y reunidos los Fiescos y los Adornos echaron de Génova al dux Jano y su familia; y Antonio Adorno fue reconocido gobernador por los franceses. Este se sostuvo mientras los franceses prosperaron; pero despues de la derrota de estos en Navarra volvieron los Fregosos á la ciudad, y espulsaron á los Fiescos y los Adornos. Eligieron dux á Octaviano Fregoso, y este arrojó á los fran-

Años
de J. C.
1512.

ceses del fuerte de la linterna. Las victorias de Francisco I inclinaron al dux á una composicion, y se convino en ser gobernador de Génova por el rey de Francia, como lo habia sido Adorno.

Años
de J. C.
1527.

Sufrió Francisco I en Pavía un funesto revés de la fortuna, y Génova se vió arrastrada á sus desgracias; por lo que, á pesar de los esfuerzos que hizo el dux Octaviano Fregoso, la tomó por asalto el ejército imperial, y la saqueó. Murió de pesadumbre el dux prisionero; y los Adornos, con la proteccion de los imperiales, se hallaron dueños de la ciudad, y fue electo dux Antonio Adorno. Ya los franceses recobraron la superioridad, y convidaron á Adorno á que se uniese con ellos, prometiendo dejarle la autoridad con el título de gobernador como lo habian hecho con los Fregosos. Adorno no admitió la condicion, y emprendió la defensa de Génova contra el ejército francés; pero escediendo sus esperanzas á las fuerzas, se vió Génova precisada á rendirse; bien que consiguió partido favorable. Entraron los franceses pacíficamente, y no cometieron estrago alguno, á escepcion del saqueo de palacio por no poder impedirle. Debíó Génova su conservacion á Andres Doria, que estimado igualmente de los dos partidos procuró á los franceses la ventaja de hacerse dueños de la ciudad; pero sin hacer daño á sus compatriotas. Hasta entonces Doria, gran marino y habilísimo general, habia sido muy útil á la Francia. Las intrigas de corte le pusieron mal con Francisco I; y Carlos V, que estaba vigilante para aprovecharse de los yerros de su rival, atrajo al almirante genovés, esperando quitar al rey de Francia el dominio de Génova, aunque él no le consiguiese.





Desembarco de Doria.

Rendida Génova á la Francia, suspiraba por su libertad, quando su ciudadano el habilisimo General marino Andres Doria se presentó con pabellon imperial; y asegurando á todos de sus ideas benéficas, desembarcó, ahuyentó á los Franceses, estableció el buen orden, y llenó de júbilo á aquella República. No hay dificultad que no allanenz, quando son verdaderos y se reunen el zelo, la probidad y el talento.

Como lo habia esperado el emperador, proyectó Doria quitar á los franceses la ciudad de Génova, y se aprovechó de una funesta circunstancia favorable á sus miras. Esta fue que la peste la asolaba. Ya habian salido los principales habitantes, y Doria, que era sospechoso á los franceses desde que no estaba bien con su corte, aunque tuvo precision de salir de Génova, mantenía en ella correspondencia. Tribulcio, gobernador por los franceses, inquieto por algunos movimientos que no pudieron ocultarse á su vigilancia, se mantenía en la ciudad no obstante la peste, pero con las solas fuerzas que permitía la debilidad de los franceses en Italia, esto es, con algunas compañías de milicias y cien suizos de guardia. Es verdad que habia enviado algunas tropas que la peste tenia retiradas.

No las dió Doria tiempo para llegar, y se presentó en el puerto con pabellon imperial. Salieron diputados á suplicarle que no renovase en la ciudad los horrores de la guerra civil, y que se retirase. Les descubrió el almirante sus intenciones, capaces de asegurarlos, y desembarcó con solos quinientos hombres. Esparcidos estos soldados por las calles, hacen resonar en ellas los gritos de *San Jorge, libertad*. Gritos muy agradables para los genoveses, como que habia mucho tiempo que no los oian, y así correspondieron con alegría escesiva. Tribulcio, abandonado hasta de su guardia suiza, se puso en salvo en el castillo, y así se dispararon muy pocos tiros. Esta revolucion, la mas útil que habia experimentado la república, fue obra de pocos instantes, y solo costó algunas gotas de sangre.

En el mismo dia, en una asamblea tumultua-

ria, dieron á Doria el nombre de padre y libertador de la patria. Al dia siguiente hubo otra junta mas tranquila, á la cual acudieron de fuera los ciudadanos mas considerables que se hallaban en proporcion de asistir: se renovó el nombramiento hecho en el año antecedente de doce comisarios encargados de trabajar en la reforma del gobierno. Rehusó Doria modestamente ser uno de ellos para no hacer sombra á sus conciudadanos, y resultó un plan de gobierno que ha llegado á ser la basa de la constitucion de la república como se halla en el dia, á escepcion de algunas ligeras variaciones que han ocasionado el tiempo y las circunstancias.

Para precaver las crueles disensiones que dieron principio á los bandos de *güelfos* y *gibelinos*, de los nobles y populares, de los comerciantes y los artesanos, se dedicó á que se hiciese un estado de todas las familias, así nobles como plebeyas, que tuviesen seis casas en Génova, y que estas familias fuesen como las matrices de la nobleza, y las que no las tuviesen se agregarían á las familias madres, con el nombre de las cuales serian como otras tantas ramas. No pusieron en la lista á los Fregosos, Adornos, Montaltos, Guarcos y otras antiguas, reconocidas como nobles de derecho, y de aquí provino la distincion de antiguos y nuevos nobles. Solamente se hallaron veinte y ocho familias que efectivamente poseyesen seis casas, y fueron declaradas por nobles, y del mismo modo todas las que entonces se agregaron á ellas. Además de esto se permitió agregar cada año diez personas mas, y se decidió, que en adelante el dux y los magistrados se elegirían de aquellas veinte y seis familias y sus anejas. En virtud de este arre-

glo, conveniente á nobles y ricos, los que no están comprendidos en esta especie de catastro, como solo forman el populacho y la parte menos considerada en la nacion, están escludidos del gobierno.

La dignidad de dux quedó limitada á dos años, y el poder de este se redujo, dándole con pretesto de ayudantes el consejo de ocho gobernadores, sin cuyo parecer nada puede determinar. Esto es lo que se llama la *Señoría*. Le añadieron tambien ocho magistrados de clase inferior, llamados procuradores. El consejo grande, que se junta para los asuntos de mayor importancia, se compone de cuatrocientos ciudadanos: el pequeño, que se saca del grande, es de ciento; y este, despues de muchas votaciones, propone para la dignidad de dux cuatro sugetos al consejo grande, que es el único que puede elegirle á pluralidad de votos; pero ha de ser uno de los cuatro candidatos propuestos. Por último, el senado es el que habitualmente dirige los negocios generales.

Hay multitud de magistrados para la policia, el gobierno del banco de san Jorge, y el juzgado de las causas civiles y criminales. La cabeza de estos últimos se llama podestá, y debe ser un extranjero; pero el mas importante de estos tribunales es el de cinco censores, cuyo ejercicio dura cuatro años, de modo que cada ocho meses sale uno. Su empleo es examinar la conducta de aquellos que dejan el empleo de su cargo, y hasta la del mismo dux examinan y dan cuenta. No quiso Andres Doria admitir mas dignidad que la de censor; y por un privilegio especial, que no ha tenido egemplar en otro alguno, se la continuaron pa-

ra toda su vida. Dieron el mando de las tropas á su sobrino Filipino Doria. Mandó la república levantar dos estatuas á su libertador, y le hizo un magnífico palacio. Con sus consejos conservó Génova la benevolencia del emperador, se reconcilió con los franceses, los cuales habian hecho varias tentativas por restablecerse, y resistió á los ataques de muchos ciudadanos, artífices de nuevos alborotos.

Años
de J. C.
1547.

A la sombra de los laureles de Doria, y al amparo de la libertad que este grande hombre dió á Génova, respiraba esta, despues de tantas fatigas, violentas conmociones y tempestades civiles como la habian repetidas veces agitado. Un jóven ambicioso, llamado Juan Luis de Fiesco, conde de Lavagne, intentó perturbar el reposo, y sojuzgar á su patria. Dicen que tenia las mas amables prendas, juntas con mucho ardor de espíritu, franqueza en su porte, gusto en lo exterior para los placeres, y un disimulo profundo, que ocultaba con la máscara del desinterés; á esto se añadía una imaginacion propia para concebir un plan, un juicio capaz de ordenar las circunstancias, y no le faltaba audacia para la egecucion. Todo lo necesitaba para atacar á Andres Doria, hombre octogenario, y entorpecido con la edad; pero rodeado como de una fortaleza de su misma reputacion, la cual, aunque bien merecida, le suscitaba envidiosos. Supo Fiesco descubrirlos, y á unos abrió francamente los designios de su corazon, á otros, como hábil conspirador, ocultó sus miras; pero los llevó con el pretesto del bien público á resoluciones favorables á sus proyectos.

Todo estaba ya dispuesto, y solo le quedaba á

Fiesco una dificultad que vencer, y era separarse de una esposa adorada que á las gracias de la persona añadia un espíritu sólido, y á quien no habia comunicado su proyecto. Mientras le vió distante no manifestó el susto; pero en el momento de la egecucion, la representó su ternura toda la estension del peligro; mas Fiesco la habló con un exterior de seguridad, y la dijo: "Voy, señora, á poner á vuestros pies la república de Génova: no volvereis á ver á vuestro esposo como no sea vencedor." Al oír estas palabras se arrojó á sus brazos vertiendo un torrente de lágrimas: hizo esfuerzos para detenerle, pero él permaneció inflexible; y conociendo el grande corazón de su esposa, aquel fue el momento en que se lisonjeó de haber animado su valor, informándola de los medios empleados para el buen éxito, y la necesidad de proseguir en una empresa tan adelantada. Le escuchó ella entre sollozos; y vertiendo abundantes lágrimas por tan cruel necesidad, al fin cedió á las instancias de su esposo, y se retiraba con la mas tierna despedida; pero al dejarle, no obstante su fortaleza, cayó desmayada. Fiesco entonces se ausentó, y fue volando adonde le esperaban sus amigos.

Dióse la seña, y en medio de la noche se repartieron los conjurados por las calles gritando: *Fiesco, Fiesco*, nombre amado de la multitud por las bellas prendas y beneficios del conde de Lavagne. Rápidamente ocuparon los puestos señalados: sonó el rebato por todos lados: asustados los senadores, fueron tumultuariamente al palacio, enviaron diputados para tratar con Fiesco; pues los clamores daban á entender que era el gefe de la

empresa. Le buscaron : le llamaron igualmente amigos y enemigos ; pero no respondió. A todos espantó aquel silencio. Verina , uno de los conjurados y el mas querido de sus confidentes , que tenia á su cargo apoderarse del puerto , tuvo noticia de que se habia roto una tabla que conducia á una galera. Temió alguna desgracia : procuró buscar el sitio , y halló el cuerpo de su infeliz amigo : sin duda se habia roto la tabla debajo de sus pies , y con el peso de la armadura no habia podido salir del lodo en donde habia caído.

La novedad de tan terrible catástrofe voló de boca en boca : se les cayeron á los confederados las armas de las manos , y solo pensaron en ponerse en salvo ; por lo que en el mismo instante se halló Génova sujeta y libre. Andres Doria estuvo á peligro de perder la vida en el tumulto ; pero se retiró en buen tiempo fuera de la ciudad , y su regreso fue una especie de triunfo. Se reprende en él que persiguiese luego á los conjurados con tal encarnizamiento que parecia venganza personal ; y esto chocó mas , porque Fiesco no era cruel , y tenia tomadas las medidas posibles para evitar los robos y la efusion de sangre.

Años
de J. C.
1560.

Murió Doria coronado de fama en una edad muy avanzada en el año 1560 , y habia contribuido á una composicion entre los nuevos y antiguos nobles ; pero no pudo arrancar de la república todas las raices de la discordia. Se creyó refrenar el carácter inquieto de la nacion , dando poderes muy amplios á los censores , cuyos ojos deben siempre estar abiertos para ver aun lo que pasa en lo interior de las habitaciones ; pero no ha podido su vigilancia algunas veces impedir las intrigas que ha

puesto á riesgo de perderse la república. No obstante, estas disensiones pasajeras no han tocado en lo esencial del gobierno, ni merecen contarse por menor; bastará pues indicar los proyectos mal concebidos, peor seguidos ó desgraciados de algunos alborotadores que de tiempo en tiempo han inquietado, y describir brevemente los sucesos tumultuarios ocasionados por la posición de Génova, y sus necesarias conexiones con las potencias que la rodean.

Si Fiesco hubiera tenido un poco de paciencia tal vez habria conseguido sin conjuracion la mudanza que deseaba en el gobierno, porque entre los antiguos y nuevos nobles rompió una disension que pudiera haberle servido para llegar á sus fines. No se mezcló en ella el pueblo, y se terminó con un reglamento. Propuso Cárlos V á los genoveses edificarles una ciudadela, y darles para su guardia una guarnicion pagada por él, de la cual debia él ser el dueño. Ellos dieron gracias discretamente al generoso emperador por su buena voluntad. El pretexto de Cárlos V era que se observaba en muchos genoveses una secreta aficion á la Francia que se descubria de tiempo en tiempo, y que siempre favorecian los partidarios de los franceses las hazañas de esta república en Córcega, que se habia hecho un teatro de guerra entre ella y los imperiales.

En 1574 se renovaron las disputas entre los antiguos y nuevos nobles, y en ellas tomó el pueblo partido á favor de los últimos. Reclamaron los antiguos la proteccion del Imperio y de la España, y resultaron tres facciones: la de los nobles antiguos, que se llamaban *nobles del pórtico de san*

Años
de J. C.
1574.

2011A

U 1 20

1574.

Lucas: la de los nuevos, distinguidos con el nombre de *nobles del pórtico de san Pedro*; y la de los *ciudadanos ó populares*, que no estaban agregados á las veinte y ocho familias. Estos hacian causa comun con la de los nuevos nobles, y reforzaban considerablemente su partido. Los antiguos, para igualarse en fuerzas, pidieron tropas al embajador de España; pero estas no tuvieron bastante fortaleza para mantenerlos, y la mayor parte salió de la ciudad y se retiró á las tierras de España. El papa y otras potencias de Italia se apresuraban á sosegar los alborotos como que temian el contagio; pero los nuevos nobles y los ciudadanos, soberbios con la intervencion de la Francia, que les ofreció socorro, no quisieron admitir mediadores.

Entre tanto no se atrevian los ciudadanos ricos á declararse contra España; porque esta monarquía, conociendo el flanco de aquel pueblo opulento y comerciante, habia contraido grandes empréstitos, en los que pagaba hasta el diez y ocho por ciento de intereses; y creia que el miedo de perder sus capitales era mayor freno para contener á los genoveses, que todas las fortalezas y ciudadelas del mundo; y con efecto, en esta consideracion aceptaron árbitros. Se hizo la paz despues de cuatro años de discordia, en los cuales estaban mirándose con sus propios ojos, pero sin herirse, así como dos atletas que se amenazan y temen. Se creó un magistrado conservador de las leyes, encargado de la observancia de las antiguas, y de impedir que se hiciesen otras nuevas. La república, ya tranquila, empezó á prosperar, y en 1581 tomó el dux el título de *serenísimo* como el de Ve-

necia ; admitió Génova en su seno la inquisición eclesiástica ; pero mucho mas terrible tribunal es el de los inquisidores de estado , nombrados en 1625. Estos tienen á su cargo la policia interior , y deben estar con ojos vigilantes sobre todo cuanto pasa en Génova , aun en lo interior de las familias , para prevenir las conspiraciones contra el estado.

La vigilancia siempre es útil en una república ; pero se hace necesaria cuando esta llega á las manos con vecinos de poder y envidiosos. Tal era la situacion de Génova en 1628 atacada por el duque de Saboya. Este peligroso vecino dió muchos sustos á la república , unas veces persiguiéndola por fuera , otras veces fomentando los alborotos interiores , y favoreciendo á los que los podian causar. Con esta intencion acaloró el duque el resentimiento de Vaquero , plebeyo rico , insultado por los nobles. Los auxilios que el duque de Saboya hizo esperar á este genovés descontento , le dieron audacia para formar el proyecto de vengarse de toda la nobleza y mudar el gobierno de su patria. Estaban bien tomadas las medidas ; pero una confianza mal empleada perdió la conspiracion , y á pesar de los esfuerzos del duque de Saboya por librarle , le degollaron con tres de sus cómplices. El desco de adelantar contra Génova siempre ha tenido á los duques de Saboya prontos para favorecer á los aventureros capaces de entrar en sus miras.

Tal era Rafael de la Torre , hijo de un jurisculto genovés , y el mas determinado intrigante que se ha visto. Salió de entre los pages del gran duque de Toscana , y á los veinte y cinco años ya habia recorrido la mayor parte de las cortes de Italia buscando fortuna , pareciéndole buenos to

Años.
de J. C.
1628.

1672.

dos los medios para procurarsela. Luego que volvió á su patria juntó una tropa de bandidos , se embarcó con ellos en un bergantín , y se apoderó en el mar de Génova de una rica falua destinada para Liorna. A pesar de las precauciones de máscaras y disfraces con que procuraron ocultarse los conocieron ; y hecho el proceso por quejas de los interesados , y justificado el delito , condenaron en rebeldía á Rafael de la Torre á ser ahorcado. Extrañado de su patria por esta sentencia , se propuso volver á entrar como pudiese , y vengarse. Se presentó en la corte de Saboya , fue bien recibido en ella , consiguió una compañía de coraceros , y descubrió al duque un proyecto bastante bien pensado para apoderarse de Savona , y por consiguiente de Génova : como necesitaba tener en esta última ciudad algun agente , se valió de Vico , hombre de bajo nacimiento , enredador como él , y que como tal le hizo traicion , y reveló el secreto. A este le premiaron , y ofrecieron precio por la cabeza de Torre. El duque , en suposicion del enredo , habia hecho preparativos ; y para que no fuesen infructuosos , declaró la guerra. No duró esta mas que un año , con varios acontecimientos ; y se acabaron las hostilidades con una paz , que fue el golpe mortal del crédito de Torre en la corte de Saboya.

Procuró no obstante sostenerse , ofreciendo al duque apoderarse en alta mar de dos grandes navíos que volvian de las Indias ricamente cargados. Despreciada esta proposicion , y oida con enojo por el duque , pensó en consumir por sí solo su venganza contra los genoveses. Su intencion no era menos que hacer volar la sala y el consejo junto , con un cajon de fuego artificial que habia de colo-

carse debajo del palacio. Por fortuna detuvieron la máquina en la frontera; y ya Rafael de la Torre habia empleado semejante invencion para vengarse de Vico, el cual tambien se libró felizmente de la esplosion.

Dió Torre en la profesion de la alquimia y en las ilusiones de la magia, y como la mayor parte de los enredadores, engañó, y le engañaron: recorrió muchas cortes, y sembró escritos llenos de proyectos. Desatendido ó despreciado, apeló á la reputacion de valiente: tomó partido en Francia, en la guerra de Alemania, y con efecto se distinguió por su valor. Cansado del oficio de héroe pasó á Holanda, y compró en Amsterdam el derecho de naturalizacion para llegar á los empleos. Jugó, perdió, se retiró á Venecia, pais de enmascarados y de intrigas, y le asesinaron á los treinta y seis años de su edad.

Si hubiéramos de seguir las vicisitudes de Génova, nos pasmarian sus variaciones en épocas de muy poca distancia. Amiga y enemiga de Francia, España, el Imperio y la Saboya, y en una palabra, mezclada de grado ó por fuerza en todas las guerras; acariciada de los que la necesitaban, y castigada despues de los que la habian lisonjeado ó desamparado, se vió, frustradas las mayores promesas, á discrecion del enemigo que la habian suscitado. Esto fue lo que esperimentó de los príncipes coligados contra Luis XIV. La precisaron á declararse contra él, y cuando consiguieron quanto deseaban, la abandonaron, y el monarca irritado cubrió de navíos el mar de Génova. Seignelay ministro imperioso, la hizo saber, á bordo de su embarcacion, las órdenes de su rey, que exigia re-

soluciones humillantes, y solo concedia cinco horas para que se le diese satisfaccion. Espirado este término, llovieron bombas sobre la ciudad; se arruinaron los palacios, y rompió por todas partes el incendio. Huyó el pueblo consternado buscando abrigo en los parages mas distantes del puerto: envió el senado diputados con proposiciones; pero Seignelay permaneció inflexible, é insistió siempre en las mismas condiciones. El pueblo, menos punzonoso que el senado, precisó á este á que consintiese; y en consecuencia de una convencion manejada por el papa, el dux, acompañado de cuatro senadores, fue á Francia á dar al rey sus disculpas. El monarca empleó toda su dignidad en esta ceremonia, y al mismo tiempo todas las gracias que podian endulzar la amargura de la sumision. Hizo que á los diputados se les hiciesen, y él mismo les hizo en persona todos los honores que podian lisonjearlos; pero los ministros no se mostraron tan afables ni les hicieron tan buena acogida, y así dijo el dux: "El rey nos ha quitado la libertad, cautivando nuestros corazones; pero los ministros nos la vuelven con su altivez."

En la guerra sobre la sucesion de España, los genoveses, dudosos y vacilantes, fueron muchas veces castigados por una y otra parte: casi siempre experimentaron la misma suerte en las querellas de la Francia con la casa de Austria. Su opulencia era un cebo atractivo para los húsares, panduros, croacios y otras tropas irregulares de que se componia el ejército de la reina de Hungría cuando invadió la Italia.

Años
de J. C.
1746.

Génova, despues de haber visto sus campos assolados, tuvo que rendirse al marques de Botta,

general austriaco, el cual tomó posesion pacíficamente, puso guarnicion, é inmediatamente impuso una contribucion de veinte y cuatro millones pagaderos en un mes. No la esperaban tan fuerte, y mucho menos las peticiones que se siguieron; v. gr. que los genoveses vistiesen treinta mil soldados: diesen á la reina sus diamantes: se estinguiesen los fuertes empréstitos que esta habia tomado, y por consiguiente perdiesen los capitales, como tambien que proveyesen sin interes, de tiendas, leñas, forrages y víveres; y lo que no daban por bien lo tomaban los imperiales por fuerza.

Sufrió el pueblo con un triste silencio: disposicion que siempre es peligrosa. No deteniéndose Botta en abusar de su poder contra el tenor de la misma capitulacion, pidió al senado la artillería gruesa: no se atrevió á negársela, y los alemanes la llevaban como en triunfo, atravesando la ciudad; pero en una calle estrecha se rompió la cureña de un cañon, y el oficial aleman, enfadado porque los genoveses no acudian á levantarla, dió con el baston á uno de los que lo estaban viendo; y este le correspondió con una cuchillada. Quisieron los alemanes vengarse del enemigo, y el pueblo interesándose por sus compatriotas, se armó con cuanto hallaba; se apoderó de algunas piezas de artillería, y las volvió contra los alemanes. Se retiraron estos á sus puestos, é hicieron alguna resistencia; pero los echaron de ellos, y poco despues de todo el estado de Génova. En 1797 ha habido nuevos alborotos en esta república, acompañados, como es regular, de destierros, proscripciones y efusion de sangre; pero era imposible que un pueblo tan amante de novedades no tuviese su

parte en la revolucion que ha mudado los gobiernos de la Italia. El tiempo nos dirá lo que ha de suceder ; pero siendo , como es opulenta , no faltarán pretextos á sus enemigos , pues se sabe que puede pagar á los vencedores y reintegrar á los vencidos.

CÓRCEGA.

La Córcega puede tener ochenta leguas de circuito: el aire en ella es suave, menos cálido que en Provenza , porque continuamente le refrescan los vientos de mar. Tiene esta isla buenos puertos , en cuyas inmediaciones se han edificado cuatro ó cinco ciudades importantes : la capital está en el centro en el parage donde se cruzan dos cadenas de montañas que atraviesan la isla , y por su situacion es muy fuerte. Las montañas tienen muchos árboles , y en sus minas hay lagos , mantenidos con las nieves que allí se detienen , y unas aguas que tal vez serán las mas limpias del mundo. En estos lagos , y en el mar que rodea la isla , hay pescados escelentes. Se hallan aguas minerales , y por consiguiente metales , como son : cobre , plata y aun oro , azogue , hierro muy ductil , alumbre , azufre y calamina. Tampoco son raros los mármoles , granitos , jaspes y pórfidos. Allí se encuentran el amianto y algunas turquesas. El terreno es propio para todo : da trigo para el consumo , y produciria mas si le cultivaran : los castaños , con cuyo fruto abundante se mantienen hasta los caballos , cogiéndole sin trabajo , hacen á los hombres perezosos : la miel es acre , porque las plantas son demasiado fuertes : se coge mucho vino bueno ; y aunque los pas-

tos son raros , se pudieran hacer formandose prados artificiales ; hay mucha caza , y suponen que carece de todo animal venenoso. Las noches se ven adornadas de insectos fosfóricos mas luminosos que nuestros gusanos de luz , pues cinco ó seis juntos dan luz suficiente para leer. Los actuales habitantes son originarios de tantas naciones , que es difícil señalarles caracter propio ; y así Strabon los hacia brutales , estúpidos y perezosos ; y Plinio por el contrario , humanos , generosos , equitativos y valientes. Un historiador moderno los pinta feroces y sediciosos ; otro compasivos y propensos á ejercer la hospitalidad ; y dice que solamente se inquietan cuando se ven atormentados. De todo esto resulta que allí se hallan gentes de todos los caracteres. Al presente están distribuidos por parroquias , y generalmente los curas , los sacerdotes y los religiosos tienen entre ellos gran poder.

Al principio debieron poblar la Córcega los italianos , los ligurianos y etruscos. La conquistaron los cartagineses , y se portaron como tiranos. Cayó bajo la potestad de los romanos , y no logró mas que mudar de opresores ; pero los vándalos , godos , lombardos y sarracenos consiguieron que la Córcega echase menos á sus primeros dueños. Por los años 726 pusieron el pie los franceses en Córcega , gobernados por Cárlos Martel ; y por los años de 800 se hizo soberana de esta isla la familia de Colona. Esta se dividió en muchas ramas , cuyas pretensiones produjeron alborotos seguidos de una anarquía que estaba en su vigor por los años de 1000. Reclamando la autoridad de los pontífices para lograr la paz , creyeron estos remediar el desorden declarándose soberanos de la Córcega ; y des-

Años
de J. C.
726.

800.

1000.

pues de varios sucesos, Bonifacio VIII hizo con toda la isla un regalo á los reyes de Aragon.

Años
de J. C.
1359.

La primera junta que sabemos haber celebrado los corsos como cuerpo de nacion, fue la del año 1359, con motivo de los males que padecian, tanto por las irrupciones de los estrangeros, que se disputaban la conquista de su pais, quanto por el despotismo con que algunos señores dominaban en ciertos distritos. De estos ya hemos visto en la historia de Génova que tomaron el nombre de reyes. Por entonces los genoveses se hallaban en la mayor altura de su poder, y poseian gran parte de la Córcega. Aconsejados los corsos por Sambuccio, famoso por su valor y sus hazañas, propusieron á los genoveses que los tomasen por compañeros de su soberanía, con la condicion de que los ayudasen á echar á los pisanos y á los aragoneses y á librarse de los pequeños señores que los asolaban. Las cláusulas de este tratado, cuya infraccion por ambas partes fue causa por mas de cuatro años de las desgracias de la Córcega, son muy notables; porque los corsos admitieron á los genoveses al gobierno de su isla con las siguientes condiciones: "Tendrán en ella los genoveses un gobernador ó representante. Se formará un consejo en el que los nacionales de las mas illustres familias tendrán asiento y voto deliberativo con los genoveses en todas las juntas. Estos nada podrán innovar sin el consentimiento de los primeros, y no se impondrá contribucion alguna sin participárselo. En cualesquiera circunstancias, por ningun pretesto pasará el impuesto de veinte sueldos por cada hogar. Los títulos de condes, marqueses y barones, y otras prerogativas que gozan los corsos de tiempo inmemo-

rial, les serán conservados; y no dejarán de estar bajo la proteccion de la santa Sede." La felicidad que nació de esta administracion duró pocos años; pues ya en 1380 intentaron los corsos sacudir el yugo que se habian impuesto. Se juntaron clandestinamente los principales; eligieron por gefe á Henrique de la Roca, y quitaron muchas guarniciones genovesas; pero murió Roca en una accion en medio de sus triunfos, y volvieron los corsos á recibir el yugo. Por mucho tiempo siguieron la suerte de Génova que los dominaba, y fueron, como ella, ya de los franceses, ya de los milaneses, ya de los napolitanos. Por último, se entregaron á los señores de Piombino, que por los años de 1500 los vendieron al banco de san Jorge. 1500.

Años
de J. C.
1380.

Ya que los corsos fueron el precio del mercado, quisieron, como era razon, entrar con ciertas condiciones; y por consiguiente empezaron nuevas estipulaciones. Estas fueron: "Que no se impondrian mas que veinte sueldos por cada hogar: que se venderia la sal á un precio moderado: que se arreglasen las aduanas: que las chancillerías y tribunales pertenecieran solo á los corsos: que todos los años elegirian doce personas de su nacion encargadas de vigilar en la conservacion de sus privilegios: que no se podria hacer innovacion alguna en la isla sin el consentimiento de los doce, llamados *los doce nobles*: que las causas serian juzgadas por el podestá establecido en cada parroquia; y por último, que la conducta de los oficiales del banco de san Jorge que hubiesen tenido el gobierno de la isla, es sujetaria cuando saliesen del empleo al exámen de un tribunal llamado el *sindicato*, compuesto de doce sándicos, seis de ellos genoveses y seis

corsos, tres de la nobleza y tres del pueblo, con igual derecho en el voto, y con la misma autoridad.”

Parece que este tratado, por el cual quedaba sujeta una nacion entera á la secretaría del Banco, desagradó por reflexion á los corsos, que en él fueron tan humillados como ensoberbecidos los banqueros. En las guerras que se siguieron se advierte, por una parte el despecho de la servidumbre, y por otra el maligno placer de triunfar de la sujecion. Esto no es combate de la tiranía contra la libertad, sino lucha del amor propio herido contra el orgullo imperioso. Es cosa bien extraordinaria que estas pasiones se mostraron tan activas entonces de pueblo á pueblo, como suelen verse de particular á particular.

Si ha de creerse á los historiadores corsos, los genoveses cuando se apoderaron é hicieron dueños de los principales puestos, trataron á sus vasallos con una injusticia atroz. Los enviados á gobernar la isla en nombre del Banco, en el cual se hallaban interesados los principales de la república genovesa, tenian en sus instrucciones orden de impedir que directa ni indirectamente se engrandeciesen las familias, y antes bien de sembrar entre ellas divisiones para destruir á las unas contra las otras, ó á lo menos estorbar su reunion, humillar á los nobles, y reducir los negociantes á simples comisionados. Viendo que se oponian á sus vejaciones, creyeron, como tiranos, hacer mas dóciles á los infelices con la crueldad, y así se valieron del fuego y el hierro, quemando diez y ocho parroquias, y destruyendo mas de cien lugares. Parecia que los gobernadores iban á cuál habia de ser mas bárba-

ro. Uno de ellos convocó á un consejo á los principales de la isla, les dió un gran convite, los hizo beber con esceso, y al fin de la comida mandó que entrasen los soldados y los degollasen sin dejar uno: y de este inicuo modo se deshizo de las cabezas de las familias mas ilustres. Desertaron mas de cuatro mil, y los genoveses dieron sus heredades á los mas pobres de sus compatriotas que quisieron ir á establecerse en la isla.

Tantos horrores inflamaron los corazones con el mas vivo resentimiento; y por mas precauciones que se tomaron para abatir á los gefes corsos, todavía los halló el pueblo, aprendió el servicio con los guerreros que fueron al socorro de su patria y con su llegada encendieron el fuego de la guerra civil. Los franceses, que entonces eran enemigos de los genoveses, ayudaron á los corsos á romper sus cadenas, y se hizo la guerra con la mas rara ferocidad. Corsos y genoveses no se daban cuartel; porque los que escapaban del hierro eran vendidos como esclavos á los corsarios turcos, que al rededor de la isla esperaban su mercancía como los europeos en las costas de Guinea. Si los franceses no conservaron sus conquistas, como lo deseaban los corsos, á lo menos no las entregaron sino con unas condiciones que hubieran suavizado la suerte de sus protegidos si se observaran; pero unas fueron eludidas, y otras abiertamente violadas.

Años
de J. C.
1553.

Temian los opresores al noble corso Sampietro de Ornano, estimado de los franceses, con quienes habia aprendido el oficio de la guerra, y amado de sus compatriotas, que le miraban como su recurso. Tenia este por esposa una genovesa lla-

1563.

mada Vannina, á la cual amaba tiernamente. Estaba esta en Marsella como en un asilo, entre tanto que Sampietro habia ido, lleno de indignacion, contra los perseguidores de su patria á solicitar en Constantinopla el auxilio de la Puerta Otomana. Pensaron los genoveses que si tuviesen entre sus manos á Vannina suspenderian el furor de su esposo; y enviaron traidores á persuadirla que se dejase conducir á Génova con la lisonjera esperanza de que podria reconciliar á su marido con la república.

Ya estaba pronta á partir cuando llegó Sampietro, el cual, á pesar de la pureza de las intenciones de su esposa, la tuvo por culpable en haber preferido su patria á su mismo esposo, y la declaró que su delito era digno de muerte. Por mas que se arrojó á sus pies solo la dió un cuarto de hora para disponerse. La desgraciada Vannina se resignó con fortaleza, y dijo: "Ya no os pido la vida; porque vuestras sospechas, renaciendo sin cesar, me la harían mas amarga que la muerte; lo que os pido es otra gracia: dadme la muerte con vuestra mano, que así me será menos dura: haced que se retiren los verdugos; pues Vannina, que os ha preferido á todos los hombres, no quiere que otro la toque." El bárbaro la desató las ligas, la abrazó, y la ahorcó.

A vista de esta accion no hay que preguntar si fue feroz con los genoveses, á quienes miraba como la causa de su delito. Les hizo una guerra porfiada y sangrienta; pero cayó en una emboscada que una traicion le preparó. Se hallaba entre los enemigos un hermano de Vannina: Sampietro, aunque sorprendido, se defendia con intrepidez;



Desgracia de Vannina.

Informado el inexorable corso Sampietro del viaje que iba á emprender la genovesa Vannina, su esposa, miró tan generosa resolución como crimen de muerte; y resuelto á dársela, sin ceder á las disculpas, ruegos y lágrimas de aquella infelice, la quitó las ligas, y despues de haberla abrazado, cometió la barbaridad de ahorcarla. Solo hombres tales pueden creer compatible con el amor la ferocidad.

su cuñado, que no le perdía de vista, le disparó un fusilazo: cayó, se levantó: reconoció al hermano de su esposa, exclamó diciendo: "Yo soy un bárbaro: Vannina quedas vengada;" y murió.

Se hacia esta guerra mas con correrías y sorpresas que con movimientos arreglados. En dos años se cuentan mas de mil y setecientos corsos asesinados. Por algunos rasgos se podrá hacer juicio de la rabia de las dos naciones. En una ocasion estaba para ser oprimido de la multitud este Sampietro de quien hemos hablado: advirtió un oficial que flaqueaba su caballo; le presentó el suyo, y dijo: "Toma este caballo, huye, salva á Córcega: tu vida es mas necesaria que la mia; pues si caigo en manos de los genoveses no temo la suerte que me preparan, y tú sabrás vengar mi muerte librando á mi patria. Cuando esta quede libre erige un monumento en que se lean estas palabras: *Corrego murió por Ornano, que le debe el honor de haber salvado á Córcega.*" Y con efecto ahorcaron los genoveses á este digno oficial.

Leonardo de Casanova, teniente general de Sampietro, tuvo la desgracia de que le hiciesen prisionero. Le destinaban los genoveses á un horrible suplicio que asustase á los rebeldes; pero Antonio, su hijo menor, entrando en la cárcel en traje de criada que iba á llevar la comida á su padre, le puso en libertad; mas los genoveses, sin atencion á la piedad filial, ahorcaron tambien á este jóven en una de las ventanas de la cárcel. Los habitantes de Bonifacio, casi todos genoveses, usaron de una refinada venganza con Esteban Sardaignac, capitan corso, que les habia hecho muchos daños, y entre otros el de haber vendido á los turcos gran número de genoveses

prisioneros suyos. Teniendole en su poder, le obligaron á fuerza de tormentos á que levantase una horca, fijase la escalera y se ahorcase á si mismo.

Tal vez hubieran los genoveses plantado su imperio en Córcega fundandole en la confianza y amor de los pueblos; pero por el contrario no pensaron sino en dominar por el miedo. Miraban esta colonia como destinada á enriquecer su capital; y así prohibieron á los corsos con rigurosas penas toda esportacion á otra parte que á Génova, en donde les obligaban á vender sus mercancías y producciones á precio muy bajo. En los años de carestía despojaban á Córcega de sus provisiones por una especie de pillage legal, de suerte que con frecuencia sufrían los corsos los horrores del hambre, mientras sus déspotas vivían en la abundancia. Muchas veces tentaron los infelices los medios de libertarse de su triste esclavitud. Cuando Luis XIV bombardeó á Génova, ellos mismos se le ofrecieron, aquel monarca no los aceptó... Por no encontrar señor que los quisiese recibir, se vieron en la necesidad de permanecer bajo del dominio genovés, siempre oprimidos y nunca sumisos. No obstante, hubo un tratado que prometia algun alivio.

Si los dias infelices se señalaban entre los romanos con piedra negra, los que pasaron los corsos humillados de nuevo bajo del cetro genovés, debían señalarse con arroyos de sangre. Una de las condiciones del tratado habia sido que los genoveses quitarían las armas á los bandidos que se habian multiplicado durante la guerra civil y limpiarían de ellos al país: pero estos malhechores, siempre prontos á cometer delitos, eran muy preciosos para un gobierno tiránico; y así los comandantes genoveses

los protegían de un modo escandaloso: todos los días se hablaba de homicidios, que asustaban á los hombres de bien, y por otra parte la rapacidad de los recaudadores de los impuestos era desapiadada.

Un paisano infeliz, á quien faltaban dos sueldos para pagar su contribucion, fue maltratado por el colector: era el vejado un anciano muy pobre, pero de escelentes costumbres y de mucha estimacion en su territorio. Dió en rostro á los exactores con sus injustas estorsiones, y con una energíá que hizo impresion. En el mismo tiempo, á un soldado corso, por algun delito militar, le condenaron al caballo de madera. Los genoveses sobre este castigo, que de ordinario se daba á las prostitutas de los egércitos, se esplicaron con burlas y chanzas, que fueron causa de una querella. Estas dos centellitas fueron el principio del incendio que abrasó en poco tiempo toda la Córcega. Armaronse con fusiles, lanzas viejas llenas de orin, hachas, y cuanto encontraron á la mano: con ellas abrieron los almacenes de otras armas mas regulares, y las distribuyeron entre sí. A poco tiempo no se podia ya decir que era una tropa sin órden ni disciplina, sino un egército con sus gefes, que sabia elegir puestos y tomar ciudades. Esparcieron manifiestos, haciendo ver claramente en sus pretensiones que la nacion no intentaba hacer tratado alguno con los genoveses, sino que estaba determinada y resuelta á echarlos absolutamente de la isla.

Los genoveses, por no poder resistir á tan furioso torrente, se valieron de tropas alemanas tomadas á su sueldo. Los corsos, lejos de alistarse en las banderas imperiales, y de aplacarse con el perdón general que les ofreció el senado, decretaron

Años
de J. C.
1729.

la pena de muerte contra el primero que le aceptase. Enviaron pues sus mugeres, hijos y ancianos á los montes, y juraron sufrir mil muertes antes que dejar las armas por mas proposiciones que les hiciesen los genoveses ó los imperiales. No obstante, trataron estos de composicion, y como no miraban á los corsos con el odio y desprecio que los genoveses, y antes bien les manifestaban aprecio y estimacion: despues de cuatro años de combates siempre funestos, aunque gloriosos, se prestaron los isleños á una reconciliacion, saliendo el emperador por garante.

Is Pero no hay garantía contra el odio recíproco; y á pocos años despertaron los mal sosegados alborotos. No se detuvieron los corsos en atenciones; pues sin dudar adjuraron toda dependencia de Génova, y se declararon abiertamente soberanos, bajo la proteccion de la Concepcion immaculada de la Virgen, cuya imágen pintan en sus banderas. Por entonces tenian los genoveses muy pocos partidarios en la isla: estaban sus guarniciones muy debilitadas, y los isleños solo necesitaban impedir el desembarco de los refuerzos que sobreviniesen. Mientras se mantenian con actividad en la defensiva, llegó un señor desconocido vestido á la *franca*, esto es, con una ropa larga de escarlata, baston, espada, peluca y sombrero: su comitiva eran doce personas, un oficial con el título de teniente coronel, un maestresala, un mayordomo, su capellan, el cocinero, tres esclavos moros, y otros cuatro criados. Llevaba diez piezas de cañon, cuatro mil fusiles, tres mil pares de zapatos, muchas provisiones de boca y algun dinero, aunque poco. Era este un caballero del condado de la Marca en Westphalia, llamado el Baron de Newhoff.

Este caballero errante , despues de haber pasado parte de su vida en muchos paises de Europa, habia estado por deudas en la misma cárcel de Génova, en donde se hallaban encerrados los gefes de los corsos malcontentos. Hizo conocimiento con ellos , les ponderó su crédito en muchas cortes, y se ofreció á interesarse en su causa. Habiendo conseguido él mismo que los diesen libertad por la proteccion del emperador, procuraron ellos , dando fianzas, que pusiesen tambien en libertad al baron, y este la empleó en buscar por todas partes dinero. A fuerza de promesas , y sin duda con la codicia de grandes intereses , le halló entre los judíos de Roma y de Liorna , los cuales le franquearon cuanto necesitaba para hacer provisiones de guerra y de boca. El las cargó en un navío inglés y desembarcó en la playa de Aleria.

Cuando llegó creyeron los corsos que veian un Dios salvador ; y sin consultar despacio á la prudencia, proclamaron rey de Córcega al baron , con el nombre de Teodoro I, y él ostentó todo el aparato real con sus guardias y oficiales. Creó tribunales, hizo sellar moneda , y bien servido en el momento del entusiasmo , tomó algunas fortalezas á los genoveses , y los declaró desterrados de Córcega, mandando, que pena de la vida, no pusiesen en ella los pies; pero ellos por su parte pusieron precio á la cabeza del rey: recurso infame, pero muy frecuente en las repúblicas, porque no temen las represalias.

Pocos eran los socorros que habia llevado el rey Teodoro , aunque prometia á sus vasallos otros muchos , con los cuales contaron por algun tiempo; pero á fuerza de esperarlos desmayó la espe-

Años
de J. C.
1738.

ranza, y la sucedió la impaciencia. El monarca, temiendo malas consecuencias de las murmuraciones que ya empezaban á romper, dijo que iba en persona á buscarlos. Se embarcó pues; envió de cuando en cuando algunas provisiones, y volvió con un navío bien cargado. Debía pagar con los géneros de la isla; y como no poseía en ella produccion alguna, cuando llegó el tiempo de satisfacer al capitán del navío se halló en el mayor apuro; pero Teodoro, para librarse de sus importunidades, hizo asesinarle.

Mucho bajó su reputacion con un proceder tan bárbaro; aunque por otra parte la sostuvo por algun tiempo haciendo reglamentos muy prudentes. Otra tempestad se levantaba contra él mas peligrosa que las murmuraciones de algunos malcontentos. Por haber abordado el baron la primera vez en un navío ingles, imaginaron los franceses que aquella nacion rival suya tenia miras sobre Córcega, y creyeron que era buena política prevenirlas. El monarca corso, sabiendo sus intenciones, se embarcó de nuevo para ir á buscar provisiones en Holanda. Huyó de una traicion que debia entregarle á los genoveses con el mismo navío en que llevase las municiones á su reino. Desembarcó y halló que casi toda la isla se habia sometido á la Francia por persuasion ó por fuerza. Viéndose tan desamparado, se puso en salvo cuanto antes, llevando de puerto en puerto sus esperanzas y promesas; y no consiguiendo nada en parte alguna se retiró á Inglaterra, contrajo nuevas deudas, y le pusieron en la cárcel.

Por muchos años estuvo invocando inútilmente la conmisericacion del universo con las solicitacio-

nes mas patéticas. En parte le salieron bien; pues consiguió algunas cantidades con que se contentaron sus acreedores. Le volvieron la libertad; pero no se alegró por esto, pues sus desgracias habian ya puesto sobre su alma un triste velo, y lo único que podia ilustrar sus tenebrosas ideas era hablarle de los corsos. El afecto que les cobró le debia merecer algun lugar en el reconocimiento de la nacion. En dos palabras pinta toda su vida el epitafio que se lee en Londres sobre un muy sencillo sepulcro en estos términos: *La fortuna le dió un reino, y le negó el pan.*

Intentaron los franceses y los alemanes reconciliar á los corsos con los genoveses, y los isleños se abandonaron á la decision del rey cristianísimo; pero cuando se trató de firmar la composicion, como esta les imponia el yugo de sus antiguos dueños, acompañaron su consentimiento con estas palabras: *contra nuestra voluntad, y como quien va á la muerte.* Poco podia durar semejante sumision; y así retiradas las tropas francesas, volvió la nacion á ponerse en arma contra los genoveses, tomando por jefe á un noble llamado Gaffori, que habiendose librado de las cadenas de sus enemigos, mantuvo contra ellos el odio que habia mamado con la leche, comunicandole al corazon de sus compatriotas con sus discursos y acciones.

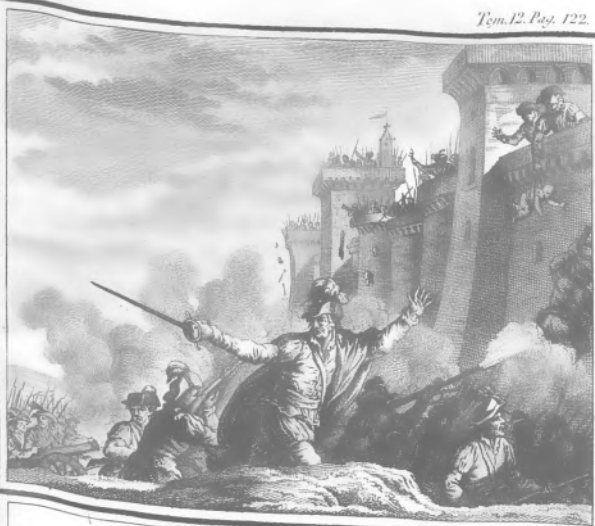
Era Gaffori intrépido y resuelto en sus designios. Un dia en que estaba sitiando una fortaleza se apoderaron en una salida los genoveses de un hijo de Gaffori, niño de pecho; tuvieron la vileza de amenazar al padre, con que si continuaba en disparar pondrian á su niño por blanco de las balas; y fueron tan crueles, que así lo ejecutaron.

Años
de J. C.
1774.

Gaffori, con mas afecto á su patria que á su familia, prosiguió haciendo fuego, y por fortuna no tocaron las balas á su hijo. Tomó el general corso el castillo, y los genoveses se quedaron llenos de vergüenza y confusion; pero no pudiendo vencer legalmente al valiente capitán, hicieron asesinarle.

Muerto Gaffori cayeron los corsos en anarquía, ó en la falta absoluta de gobierno, sin saber cual abrazar. Por último, nombraron magistrados; mala administracion para un tiempo crítico en que mas bien necesitaban de un dictador que de un senado. Clemente Paoli, uno de aquellos jurisconsultos, conoció el inconveniente. Tenia en Nápoles un hermano llamado Pascual, que estaba allí refugiado despues de haberse distinguido en su patria con hazañas que le hicieron mirar de los genoveses como peligroso. Estos en consecuencia habian obtenido de los franceses cuando dispusieron la reconciliacion entre los dos pueblos, que desterrasen á Pascual Paoli. Le llamó su hermano; volvió deseado de la nacion; ya Clemente le habia preparado el camino, y le hicieron general. Esta dignidad, mas honrosa que brillante, fue sin embargo envidiada de algunos competidores, de los cuales triunfó, aunque le llevaban la ventaja de estar sostenidos con las astucias y las armas de los genoveses.

Paoli se supo gobernar muy bien en el consejo y en el ejército para inquietar á los genoveses: el temor los determinó á enviar una solemne diputacion con el encargo de ofrecer la paz, y tratar de ella; pero fue mal recibida, porque los corsos no quisieron oirla mientras no los reconociesen por nacion independiente y libre. Los oradores les presentaban en arengas llenas de entusiasmo el atrac-



Intrepidez de Gaffori.

Apoderados los genoveses de un niño de pecho, hijo del corso Gaffori que los sitiaba, amenazaron al padre con que si continuaba en disparar le pondrian por blanco de las balas. Así lo cumplieron: pero Gaffori continuó haciendoles fuego, y por fortuna tomó el castillo sin que los tiros hubiesen tocado á su hijo. Triunfó; y aquella misma inhumanidad, que á sus enemigos los cubrió de ignominia, le colmó de gloria.

tivo y encanto de la libertad; y Pascual, para abrazarlos en el hermoso fuego de la gloria, hizo que todos los curas le dijesen los nombres de los que habian perdido la vida en defensa de la patria, y mandó escribirlos en públicas tablas ó dísticas, con lo que el celo patriótico se esplicó en hazañas superiores á cuanto podia esperarse. Distribuyó el general á los nacionales en regimientos; disciplinó sus tropas; hizo sellar moneda; y compuso un consejo, de donde salieron acertados reglamentos para los impuestos y otros puntos de administracion. Recorrió Paoli la isla con la espada en una mano y la ley en otra, temido y respetado por todas partes.

Cuando ya estaba para dar consistencia á todos sus establecimientos, supo que los genoveses, siempre encarnizados contra su presa, acababan de tratar con la Francia y conseguir de ella el socorro. Llegaron las tropas francesas; y como Paoli no estaba en estado de mostrar su vigor, le reemplazó con la atencion y la política. Oyó las proposiciones de paz; pero estas no tuvieron efecto, porque siempre los corsos sentaban por preliminar el reconocimiento de su independenciam. Fueron los franceses cediendo hasta proponer condiciones que creian admisibles, y eran: que los genoveses se contentarian con el homenaje de algunas plazas en que mandar con soberanía; pero los corsos se mantuvieron firmes en no querer otros dueños en su casa.

Entretanto tuvieron mucho que sentir cuando les dijeron que ya Génova renunciaba á la propiedad de la isla, y habia tratado con la Francia. Los corsos no sufrieron desde luego la ley que les impusieron, antes bien se defendieron,

Años
de J. C.
1784.

y lograron algunas victorias; pero eran sus fuerzas demasiado desproporcionadas. Paoli, perseguido con perseverancia, se vió en la precision de abandonar su querida patria, salvándose en un navío ingles, preparado para recibirle en la última estremidad. Su llegada á Liorna mas parecia triunfo que fuga; porque los navíos ingleses estaban empavesados, y le saludaron con toda la artillería, y el pueblo se precipitó en tropel hácia el muelle por ver á aquel ilustre defensor de la Córcega.

De este modo, despues de haber sido una isla tantas veces y por tan largo tiempo disputada, pasó en 1789 al dominio frances como una parte del reino. Dichosa si los franceses son los últimos que la dominen.

Años
de J. C.
1789.

PARMA Y PLASENCIA.

La república romana, aquel edificio colosal, cuando se arruinó, dejó la Italia llena de materiales, que han servido para construir otros semejantes en diferentes proporciones. Es razon presentar estos pequeños estados cuya existencia política ofrece mutaciones, que no dejan de interesar la curiosidad de los lectores. El autor de la naturaleza no es menos admirable en el mosquito que en el elefante.

Parma y Plasencia, dos estados reunidos, contienen en una pequeña superficie un suelo fértil y de esclentes pastos, en que se crían numerosos ganados; porque colocado en la falda del Apenino es un pais bien regado y con varias salinas y minerales. Hay en Parma curiosos monumentos, y entre

otros pasa su teatro por el mas bello de Italia: las iglesias son capaces y bien decoradas: el pueblo, aunque tiene fama de indolente, gusta mucho de las artes. El *Parmesano* y el *Corregio* han ilustrado á Parma con su pincel. Plasencia toma el nombre de lo agradable de su situacion; y á este favor de la naturaleza se añaden las piezas maestras del arte, que pueden dar satisfaccion á los ojos de los curiosos: tales son el palacio ducal, en el que hay infinidad de cosas raras, y dos estatuas de bronce de los príncipes Farnesios, admiradas de los que saben distinguir el mérito.

Parma y Plasencia fueron parte del exarcado de Ravena, reinando los longobardos, y despues en el imperio de Carlo Magno y de sus sucesores. En 1180 se hicieron repúblicas que se gobernaban con magistrados llamados *cónsules*. La administracion de justicia estaba confiada á un podestá, que algunas veces se mezcló en el gobierno; bien que con el fin de que no tuviese en él tanta influencia era estrangero siempre. Esta pequeña república estuvo muchas veces en guerra con sus vecinos: porque los intereses mercantiles, y las querellas de las familias bastaban para ponerles las armas en la mano; y aunque los combates eran entre tropas poco numerosas, no por eso eran menos crueles.

En Parma y Plasencia egercieron su furor los partidos de *güelfos* y *gibelinos*, ó *imperiales* y *papeles*, hasta que el emperador Federico hizo dominante el suyo, y desterró todas las familias que no eran de su faccion. A todos los que halló despues de la espulsion, ó que tenia por sospechosos, los hacia cortar una mano y un pie, y así los des-

Años
de J. C.
1180.

pachaba mutilados. A principios del tercer siglo se apoderó de la autoridad un podestá, noble parmesano, llamado Giberto, que la mantuvo seis años: hizo feliz al pueblo los dos primeros, y abusó de su poder en los otros cuatro. Recurrieron á un podestá estrangero, y ocupaba esta plaza Frandelata sacado de Pistoya durante la manía de los flagelantes. Este se hizo respetar y tuvo mucho poder; porque era hombre que se iba disciplinando cruelmente por las calles; y el pueblo que le admiraba é imitaba, jamas se detuvo en cumplir las órdenes de hombre que le parecia tan santo.

Años
de J. C.
1263.

En 1263 causó en Parma una guerra civil la rivalidad de dos podestás, cuya eleccion se habia complicado. Pelearon encarnizadamente, y durante el tumulto se pegó fuego á las casas, destruyendo las llamas una parte de la ciudad; y el pueblo, volviendo sobre sí á los tres dias de crueles hostilidades, hizo justicia de los que le habian alborotado; y echando de su ciudad á los dos competidores, se apoderó del gobierno y estableció nuevo orden de magistrados sacados de los principales plebeyos.

1282.

Prosperó este gobierno: se halló la república en estado de hacer gloriosamente la paz y la guerra: reinando la buena inteligencia entre los ciudadanos floreció el comercio; y Parma y Plasencia hicieron gran papel en la liga de Lombardia, formada por los años de 1282 para disminuir el poder de los emperadores en Italia. Como los papas tenian grande interes en esto, lisonjearon á los parmesanos y plasentinos que le daban grandes socorros; y ellos por su parte se aficionaron tanto á los pontífices, y pusieron en ellos su confianza de

modo que llegaron á recibir de su mano el podestá, bien que sin renunciar al gobierno popular. Tenian un capitan para las tropas; pero algunas veces se encargó del mando el podestá.

A principios del siglo XIV, un tal Peregrino, que debia ser del pueblo, reunió en sí los dos títulos con mucho descontento de los nobles; pero el capitan podestá, desconfiado de sus intenciones, mandó arruinar las torres y fortificaciones que los nobles levantaban al rededor de sus casas. Esto no lo sufrieron con paciencia: hubo resistencia; pero triunfó el comun de Parma: desterró á los nobles, y al obispo el primero. Esta espulsion dió lugar á hostilidades por fuera, y á conspiraciones por dentro: se restableció la paz con la admision de los nobles menos peligrosos, y la reintegracion en sus casas y sus bienes; pero quedó dominante el Comun.

Los parmesanos y plasentinos, que estaban tan unidos, se desavinieron hácia el medio del siglo XIV; y Parma, rezelosa de los esfuerzos de los florentinos, reunió todo el poder en la cabeza de Giberto Corregio, muy amigo de los nobles, si él no era uno de ellos. De este modo el miedo les dió Señor; y Corregio, en lugar de combatir contra Plasencia, fue tan diestro, que ganó á la nobleza, y se hizo nombrar protector. Tuvo contradicciones su autoridad; y en una de estas circunstancias dejó Corregio el protectorato, y tomó el título popular de *preboste de los mercaderes*; pero así que pudo cesar de ser modesto, se decoró de nuevo con el sonoro nombre de *protector*. Así él como sus sucesores gozaron por el tiempo de un siglo de la autoridad absoluta en Parma y Plasencia, bajo de las diferentes denominaciones de po-

destá, capitanes, cónsules y otras semejantes, hasta que á las dos ciudades ni aun el nombre las quedó de república.

Años
de J. C.
1510.

Por último, en 1510 el papa Julio II quiso probar á Maximiliano, abuelo de Carlos V, que Carlo Magno habia dado la ciudad de Plasencia á la Santa Sede, y que ademas de esto era una desmembracion de los estados de la condesa Matilde, concedidos por ella misma á la silla apostólica. El emperador reconoció desde luego á Julio por propietario de Plasencia, y este mismo papa se adjudicó por convenio la ciudad de Parma. Paulo III, que se halló con estas dos propiedades en la mano, las pasó á Luis Farnesio su sobrino.

1545.

Este príncipe fue asesinado, y dejó á su hijo Octavio estos sus pequeños estados; menos Plasencia; porque habiéndola tomado el emperador, por mas instancias que se le hicieron no quiso entregársela aunque era yerno suyo. Octavio solamente es conocido por haber sido padre de Alejandro Farnesio, célebre por sus hazañas en Francia.

1586.

Por reconocimiento á sus servicios en los Países Bajos, el rey de España Felipe II le restituyó la ciudad de Plasencia. Esta y Parma gozaron

1592.

de tranquilidad bajo del dominio de su hijo Ranucio I; pero bajo del de Odoardo experimentaron ambas ciudades la suerte de los estados pequeños, á los cuales los hacen entrar por fuerza en las querellas de los grandes.

1622.

A Odoardo le pareció que debia seguir el partido de los franceses, y los españoles asolaron su territorio. Este príncipe, viéndose libre de ellos, en virtud de un tratado, tuvo guerra con el papa, y no sobre la posesión de un reino, sino sobre

la propiedad de algunos lugares; pero no obstante se manejó la negociacion sobre este punto con todas las astucias de la mas profunda política. Ranucio, hijo de Odoardo, representó un papel distinguido en un teatro pequeño: fue un gran príncipe, pues enriqueció á sus vasallos, y supo hacerlos felices. Viéndose Francisco su hijo sin hijos varones, casó á Isabel su hija con su hermano Antonio; y este, que por la muerte de su hermano se hallaba en posesion de Parma y Plasencia, fue triste testigo de las disposiciones funerales que precedieron á su muerte; pues las potencias mayores hicieron un arreglo, en virtud del cual adjudicaban sus estados, muerto él, á la rama española de Borbon. Tomó posesion de ellos don Carlos, hijo de Felipe V, en 1731, y los cedió á su hermano don Felipe en 1749, al cual sucedió su hijo don Fernando en 1765.

Años
de J C.
1646.

1694.

1727.

1731.

1749.

1765.

FERRARA, MÓDENA, REGIO.

De Ferrara, Módena y Regio hay mucho y hay muy poco que decir, segun se mire la historia de estas ciudades. Consideradas como el analisis curioso de hechos raros é importantes, no hay cosa mas estéril; pero el genealogista hallará con que satisfacerse en la sucesion no interrumpida de la casa de Este, que ha poseido estos estados desde Azon, tronco de la familia, cuya muerte corresponde al año 970. La mayor parte de estos príncipes han vivido como buenos particulares, poniendo su felicidad en la de sus vasallos. Algunos de los segundos de la casa de Este, por los pocos bienes de fortuna, han ido á hacerse famosos

en la guerra, y han conseguido brillantes estados entre los extranjeros. Lo que puede decirse á favor de los príncipes de Este es que cuando los papas han emprendido la reivindicacion de sus estados como feudos y posesiones de la Iglesia, los ferrareses y modeneses, con los de Regio, Calvi y la Mirándula, y todos los de aquellos territorios, siempre se han opuesto á las pretensiones de los pontífices, prefiriendo quedarse bajo de la dominacion de sus antiguos señores.

La familia de Este, que segun unos vino de Alemania, y segun otros, descende de una casa ilustre ya en Italia en el siglo X, no nos ofrece exacta y seguida descendencia hasta Azon VI, calificado marqués de Este en 1196. Su buena inteligencia con los emperadores y los papas le valió de parte de estas dos potencias un aumento de estados en la Marca de Ancona, de los cuales dejó en posesion pacífica á su hijo Aldobrandino I, de quien por no haber tenido mas que una hija, pasaron á Azon el jóven, su hermano, que experimentó rebeliones, fue echado de Ferrara, y volvió á entrar en ella. Por no tener hijos este, le sucedió su sobrino Obison II; y dos de sus hermanos, llamados Francisco y Aldobrandino, que quisieron repartirse sus estados, y renunciaron luego á sus pretensiones por una composicion, que sin duda no sosegó el resentimiento de Azon; pues no teniendo hijos legítimos, dió sus estados á Foulques, su nieto, por medio de un hijo bastardo, y á quien, viviendo él, puso en posesion.

Los sobrinos Reinaldo y Obison, hijos de Aldobrandino, no llevaron á bien esta preferencia, y se armaron, favoreciéndoles alternativamente los

Años
de J. C.
1196.

1212.

1215.

1264.

1308.

1317.

papas y los venecianos. Por último, vencieron al bastardo: sobrevivió Obison á su hermano, y dejó una numerosa posteridad de su amiga, que llegó á ser su legítima muger. Le sucedió Aldo-brandino II, su hijo mayor; y aunque este dejó un heredero llamado Obison, Nicolas, tio del príncipe jóven é hijo de Obison III, se apoderó de los estados de su hermano en perjuicio de su sobrino y le imitó su hermano Alberto. En su tiempo hicieron los señores algunas tentativas á favor de Obison; pero con tan poco efecto, que pudo dejar sus dominios en 1393 á Nicolas III, niño de nueve años, cuya menor edad fue pacífica con la proteccion de los venecianos. Tuvo este príncipe gran parte en las guerras, que en su tiempo inquietaron la Italia. Le estimaban mucho los príncipes vecinos. En 1425 hizò cortar la cabeza á su segunda muger Parasina de Malatesta y á Hugo su hijo natural, convencidos de torpe comercio. Por ser todavía niños dos hijos legítimos cuando él murió, dejó en 1441 sus estados á Lionel, uno de los cuatro hijos naturales que tenia.

A Lionel sucedió otro hijo natural de Nicolas, llamado Borso, que obtuvo de Sixto IV el título de ducado para los marquesados de Ferrara, Módena y Regio. Despues de él vuelve á tomar su lugar la línea legítima de la persona de Hércules, hijo de Nicolas, á quien sucedió su hijo Alfonso, que tuvo que disputar sus estados con Julio II, Leon X y Clemente VII. Muerto Leon X acuñó una medalla, en la cual se veia un hombre que sacaba un cordero de las garras de un leon, con estas palabras en el egergo: *De manu leonis*. Tuvo tres hijos de Lucrecia de Borja, y le sucedió el

Años
de J. C.
1352.

1361.

1388.

1393.

1425.

1441.

1450.

1471.

1505.

- Años
de J. C.
1534. mayor Hércules II en 1534. Defendió por largo tiempo la plena soberanía de sus estados, sin dependencia alguna, contra las pretensiones de los papas; pero al fin se sujetó á poseerlos en virtud de la investidura dada por Alejandro VI á los príncipes de su casa, y renovada á su favor por
1559. Paulo III en 1559. Su hijo, Alfonso II, hizo encerrar al Taso en el hospital de los locos, sin duda porque dejó traslucir demasiado, que agradaba á Leonor, hermana del príncipe, y no se habia corregido con el egeemplo de Ovidio, á quien el Taso, como poeta, debia conocer.
1597. Cesar, nieto de Alfonso I, á quien el difunto habia legado sus estados, sufrió contradiccion de Clemente VIII, que los suponía devueltos á la santa Sede por haber faltado la línea recta. Entonces tuvo César que ceder la ciudad de Ferrara á la Iglesia; y el duque, despojado, se retiró á vivir en Módena. Alfonso III, su hijo, no era capaz de reivindicar el Ferrarés de que habia sido despojado su padre; pues él cedió tambien el Modenés, y se hizo capuchino. Fue un religioso de mucho fervor,
1629. y murió en el curso de una mision. Debe notarse que su hijo Francisco I, en las largas y frecuentes guerras á que le arrastraron sus alianzas, ya con los españoles, y ya con los franceses, siempre respetó las cosas sagradas y los lugares santos, castigando severamente á los que faltaban á la debida veneracion.
1658. Los dos príncipes siguientes, Alfonso IV y
1662. Francisco II, hijo el uno, y nieto el otro de Francisco I, murieron jóvenes ambos, y ambos de gota.
1692. El último no dejó hijos; y en 1692 pasaron sus
1761. estados á Reinaldo (1761) su tio, hijo de Francis-

co I. Este príncipe, y Francisco María, su hijo, casi siempre fueron el juguete de las potencias que rodeaban sus estados. El uno y el otro eran echados de ellos, se retiraban entre los vecinos, y volvian á entrar en su capital, ya por tratados y ya sin condiciones, como quien venia de un viage, así que la paz lo permitia. Sus pueblos nunca parecieron muy afectos á estos príncipes, bien que ellos por su parte los miraban con indiferencia.

Años.
de J. C.
1694.
1761.

BOLONIA.

Bolonia, llamada en otro tiempo la *sustanciosa*, epíteto que indica la fertilidad del territorio, fue edificada por los toscanos: los echaron de allí los gaulas ó galos, y estos experimentaron la misma suerte de parte de los romanos, que colocaron en ella una colonia. Hacia parte del exarcado de Ravena: en ella puso Carlo Magno condes y marqueses; y por los años de 962 se hizo ciudad libre, gobernada por un senado, repartido en tres consejos, el especial, el general y el de creencia; escogiendo los senadores entre los ciudadanos mas hábiles y respetables, por lo cual esta forma de gobierno era aristocrática. 962.

El gefe ó presidente de estos consejos se llamaba *Pretor*. En 1192 logró tanta estimacion el obispo Gerardo que le confirieron dos autoridades; mas no bien lo habian hecho, cuando los nobles se arrepintieron, porque vieron que se inclinaba el prelado á dar poder al pueblo, por lo cual le desterraron y eligieron un pretor extranjero. Este no les convino mas que el obispo, y así se deshicieron de él, pero con mas violencia; pues convenci-

962.

1192.

do de que se habia dejado ganar, á lo que parecia, con el regalo y los convites, antes de desterrarle le sacaron todos los dientes.

Por mucho tiempo no hubo justicia ni orden en Bolonia; y no se conocia otro modo de librarse de las vejaciones que el de hacer cada uno de su casa una fortaleza rodeándola de torres; pero la muger de un boloñés, llamada Galisenda, halló otro medio mejor mientras su esposo estaba ausente y desterrado de Bolonia por una faccion enemiga. Su esposo desde su destierro la enviaba dinero para fortificar su casa: concluido el tiempo de su destierro, creia que iba á entrar en su casa como en un castillo; mas no viendo las fortificaciones que habia mandado levantar, empezó á reprender la negligencia de su esposa. Galisenda le tomó de la mano y le llevó á un espacioso patio, en donde halló una multitud de ciudadanos que ella habia ganado con sus liberalidades: " Ahí tienes, le dijo, los mejores medios de defensa, aprovéchate. " Los empleó tan bien, que consiguió arrojar de la ciudad á los enemigos que le habian desterrado.

Del poder de un pretor pasó Bolonia á un podestá. Dificil debia ser la policia de una ciudad en donde se contaban diez mil estudiantes legistas atraidos de la reputacion de los catedráticos; pues Bolonia, hallando su utilidad en aquella multitud de consumidores, pagaba bien á sus maestros, y así tenia los mejores y los mas nombrados de otras universidades. No se ve sin embargo que siendo tanta esta juventud perjudicase á su tranquilidad, porque la contenian con prudencia. De cuando en cuando se veia Bolonia espuesta á varias revoluciones de gobierno; pero todas se hacian sin tu-



Prudencia de Galisenda.

Reconvenida Galisenda por su esposo de no haber fortificado su casa con las sumas que él la envió á este fin, le llevó á un patio, donde presentándole multitud de ciudadanos ganados con sus liberalidades, le dixo: Ahí tienes la mejor defensa: aprovechate. Lo hizo él, y arrojó de Bolonia á sus enemigos. Las fuertes torres defienden algun tiempo: pero los hombres esforzados vencen casi siempre.



multo. En 1228 nombraron, ademas del pretor, veinte y cuatro asesores con el nombre de *ancianos*: instituyeron dos consejos: el primero compuesto de estos mismos ancianos, de los cónsules del comercio, de los maestros de platería y armería, que sin duda eran los oficios mas importantes de la ciudad y los confaloneros del pueblo y sus consejeros. El segundo se llamaba el *Grande*, porque en él se admitia á casi todo el pueblo. Entonces tomaron los boloñeses el título republicano *de la comunidad y el pueblo de Bolonia*.

Así como Parma se dejó dominar de un flageante, tambien Bolonia se dejó entusiasmar de un predicador, llamado Juan de Vicencio. No es de admirar que este tomase mucho ascendiente sobre el pueblo; pero sorprende el poder que se abrogó sobre el podestá y los magistrados. Fue tanto, que llegó á ser dueño absoluto del gobierno. Dió libertad á todos los que estaban en la carcel por deudas, y las dió por pagadas: revisaba las leyes, y hacia en ellas mutaciones á su arbitrio. Predicó un dia con tanta vehemencia contra la usura, que arrebatado el pueblo de su zelo fue á saquear la casa de un usurero de la vecindad. Mejor hubiera sido, aunque mas difícil, que el fruto del discurso hubiesen sido la conversion del usurero, y una entera restitucion.

En 1235 crearon un capitan del pueblo, á lo que parece para oponerle al podestá enteramente sacrificado á la nobleza. De este modo quedó el gobierno por mitad aristocrático y democrático, y sin duda el dulce genio de los boloñeses contribuia para esta mezcla, porque vivian en una paz admirada de sus vecinos. Su equidad inspiraba tal con-

fianza, que los pueblos cercanos los eligieron muchas veces por árbitros. Un ciudadano, llamado Bentivoglio, quiso forjar cadenas para sujetarlos; y haciendo de su casa un castillo empezó á gobernar despóticamente. No duró su soberanía mas que dos dias, porque le asesinaron, y demolieron su fortaleza.

No toda dominacion desagradaba á los boloñeses; pero la querian suave y aceptada sin violencia, como lo es la de los papas, á quienes están sujetos desde el año 1578; y aunque algunas veces la han repudiado, siempre han vuelto á ella. Todavía viven bajo de aquellas leyes, que procuran los pontífices hacer agradables. Estos siempre han conservado á los boloñeses su senado y sus privilegios, y con especial cuidado envian por gobernadores los prelados mas capaces de conservar el afecto y estimacion de aquel pueblo á la santa Sede; y de este modo, sin ser enteramente libre, goza los principales frutos de la libertad, que son la seguridad y la paz.

Años
de J. C.
1578.

MILAN.

Entre todos los paises de Italia es el Milanésado el mas agradable en cuanto á las comodidades de la vida; porque el clima suave y templado, ni está sujeto á los grandes frios ni á los grandes calores. Aunque su situacion, en el centro de la Italia, es causa de que ninguno de aquellos paises haya padecido tanto en las desolaciones de la guerra, es tan grande la fertilidad del suelo, que con una paz de corta duracion vuelve á gozar las ventajas de la abundancia. La industria del pueblo equivale á la

generosidad de la naturaleza y hace inclinar la balanza del comercio en favor de los milaneses. Milan es célebre por su poblacion, sus hermosos edificios, y sobre todos el *Domo*, que es la catedral: la biblioteca ambrosiana, rica en manuscritos, y adornada de una coleccion de pinturas de los principales maestros, con un gabinete de medallas, un observatorio, un jardin de plantas y curiosidades fisicas: este soberbio establecimiento se debe al cardenal Federico Borromeo. La nobleza de Milan es generosa, magnífica y cortés: el pueblo es benigno y afable; pero conviene no disgustarle con grosero trato, ni con subida de contribuciones; pues la falta de precaucion en estos puntos ha causado muchas veces alborotos.

De la escuela de Milan, llamada *la escuela Lombarda*, han salido pintores escelentes. Allí se cultivan las bellas letras y las ciencias mas altas con felicidad. Allí florece el comercio, y es muy considerable en seda cruda y trabajada, en galones, bordados, encages y otros objetos de lujo. Generalmente es tal la fertilidad del suelo en frutas, legumbres, granos y carnes, que despues de hacer sus provisiones, todavía hallan los milaneses mucho que esportar. Las ciudades principales del estado de Milan son: Pavía, precavida contra la ignorancia y la violencia por su universidad y su ciudadela: Lodi que da quesos esquisitos: Cremona, Como, Novara, Vigebano, Mortara, Cortona y Bobio. En todas estas ciudades ninguna hay que carezca de algun objeto de celebridad para los curiosos y los golosos. Alejandría tiene el nombre, no en memoria del conquistador del Asia, sino del papa Alejandro III, que contribuyó á su fundacion.

La de Milan sube hasta la mas remota antigüedad: ya era capital de la Insubria, y ciudad considerable en la irrupcion de Breno y Beloveso, primeros gaulas que se hicieron temibles en Italia. Los romanos trataban mal á los milaneses, cuya amistad les era sospechosa; y los milaneses en desquite dieron la mano á Anibal cuando ganó su primera batalla en las riberas del Tesino, que estan vecinas; y así fueron castigados por su afecto á los cartagineses. Su pais fue de los primeros que se vieron reducidos á provincia romana; pero nunca los romanos le sujetaron bien; porque el menor pretexto les servia para sacudir el yugo en las guerras civiles, y en tiempo de los emperadores. Desde el año 60 de Jesucristo se presentó allí la religion cristiana: estuvo lánguida por mucho tiempo; pero despues produjo aquella Iglesia hombres grandes; y san Ambrosio, arzobispo de Milan, es el mas célebre por la eminencia de sus virtudes y sabiduria.

Años
de J. C.
60.

A fines del siglo V tomó á Milan Odoacro, rey de los hérulos, á quien se la quitó Teodorico, rey de los ostrogodos, que puso en ella su corte; mas no por esto dejaron los borgoñones de apoderarse de ella en una irrupcion que hicieron en Italia. Suponiendo Teodorico que los milaneses y los de otras ciudades se habian defendido mal, les quitó sus privilegios; pero se los restituyó á súplicas de los obispos, que la historia nos presenta como unos prelados piadosos y benéficos que empleaban sus bienes en el alivio de los diocesanos; y en esta ocasion rescataron con su propio dinero los prisioneros que habian hecho los borgoñones.

Teodorico ilustró su estancia en Milan con un acto de severa justicia. Fue á quejarse una viuda

de que en tres años no habia podido conseguir la decision de un pleito que tenia contra un magistrado. Juntó el monarca el tribunal, y dijo: " Si mañana no juzgais este punto, yo sabré hacer justicia por mí mismo." Se congregaron los magistrados, y dieron al dia siguiente la sentencia. Mandó Teodorico que se volviesen á presentar los jueces, y les dijo: "¿Por qué habeis prolongado por tres años un negocio, que acaba de costaros un momento?" Y dada esta reprehension, mandó cortarles la cabeza.

Descontentos los milaneses con el gobierno de Witiges, uno de los sucesores de Teodorico, suplicaron á Belisario que los ayudase á espeler á los godos, y con efecto los espelieron; pero volvieron á entrar con nueva fuerza, y mataron á todos los habitantes en número, segun dicen, de trescientos mil, no quedando de Milan mas que un monton de ruinas; pero Narses ó Narsetes, sucesor de Belisario, sacó la ciudad de sus mismos escombros en 559. Volviendo á florecer, se sujetó á los reyes longobardos; despues á Grimoaldo, duque de Benevento, y luego volvió á los longobardos, hasta que Carlo Magno estinguió su monarquía. La soberanía de Milan cayó en manos de los arzobispos; pero el gobierno estaba en la de dos cónsules que nombraban los prelados, y los mismos presentaban la espada de la justicia á estos magistrados con grande ceremonia. No obstante, á fines del siglo X ya parece que no carecia de autoridad el pueblo de Milan, y que se indignaba de la dependencia; pues la simple amenaza de edificar una ciudadela que sirviese de freno á esta ciudad, costó la vida al duque de Sua-

Años
de J. C.
559.

bia, enviado por el emperador para recobrar su antiguo poder.

Años de J. C. 991.

El arzobispo siempre queria dominar; y aunque tenia de su parte á los nobles, retiraba el pueblo el báculo pastoral para que no les oprimiese. En 991 se vió por la primera vez en la ciudad un combate, y de resultas echaron fuera al prelado y la nobleza. Ya el pueblo se apaciguó, y tuvo á bien recibirlos: se toleraron por algun tiempo; pero en materias combustibles hasta la menor centella para levantar un incendio. Un noble dió un golpe á un ciudadano: el pueblo fue volando á socorrerle, y se obligó con juramento á permanecer siempre unido. La misma liga hicieron los nobles; mas no siendo los mas fuertes en la ciudad, precisados á salir de ella, la sitiaron, y duró el bloqueo tres años. El fin fue una pacificacion como aquellas que se hacen entre las personas que se temen mas que se aman.

Ademas de la altivez desordenada de la nobleza, una de las causas principales del descontento del pueblo era la deprabacion de las costumbres del clero de la catedral; y dos diáconos de vida edificativa, llamados Landulfo y Artaldo, combatieron vivamente contra esta disolucion escandalosa. No les faltaba elocuencia; pero juzgaron del caso valerse de medios comunes contra los que pretendian reformar. Alegando un simoniaco á Landulfo mala razon, este diácono se despojó, y se dió una cruel disciplina; y la vista de su cuerpo rasgado hizo mas efecto en el pueblo que las mejores respuestas. Luitprando, que era un sacerdote asociado á los dos diáconos con las mismas piadosas intenciones, declamando con ardor

contra la incontinencia de un clérigo, y viéndose escaso de pruebas, dijo: "Que se enciendan dos hogueras;" y cuando estaban bien inflamadas dicen que pasó entre ellas sin recibir daño alguno; pero ni él ni los compañeros de su zelo entusiástico eran invulnerables; y así es que á Luitprando le sorprendieron dos emisarios de los clérigos, y le cortaron las narices y las orejas: Artaldo fue asesinado, y Landulfo murió de las contusiones y heridas de su flagelacion; pero por grado ó por fuerza el clero se libró de aquellos sobre quienes recaian las principales reprensiones.

Milan fue la primera ciudad que en Italia emprendió su libertad en 1106. Anuló los oficiales imperiales: creó dos cónsules, y eligió muchos oficiales para la administracion de la justicia, de la guerra y de la hacienda. De este modo estableció el gobierno republicano. El emperador Federico Barbaroja, muy irritado con el egemplar de independencia que daba esta ciudad, volvió contra ella todas sus fuerzas. Los alemanes abatieron los árboles, arrancaron las cepas, asolaron los campos cercanos, y cerraron á larga distancia todas las salidas. Una ciudad populosa, estrechada de este modo, no puede resistir por largo tiempo, y así se rindió Milan por hambre. Las condiciones fueron duras: la privó el emperador de todos sus privilegios, y sobre esto exigió que el arzobispo y el clero con las reliquias, los cónsules y la nobleza, en traje de ceremonia, descalzos, con las espadas sobre el cuello, y el pueblo con la soga tambien al cuello, fuesen á su campo á pedirle perdon. Para hacer la penitencia mas penosa los esperó á distancia de legua y media, y mandó que los suplican-

Años
de J. C.
1106.

tes pasasen por entre los soldados y por debajo de las armas.

Sin duda el resentimiento de su castigo, que tanto humilló á los milaneses, quedó profundamente grabado en sus corazones; y así cuando se creyeron con fuerzas se vengaron, no solo sacudiendo el yugo, sino echando de la ciudad á la emperatriz, montada en un asno, y con el rostro vuelto hácia la cola. Juró el emperador que semejante espectáculo no volveria á verse en Milan; y para cumplir su palabra, habiendo tomado la ciudad, la destruyó hasta los cimientos: hizo pasar el arado, y sembró de sal sus ruinas. No obstante, hay motivos para creer que la cólera del príncipe se desahogó solamente con las murallas, pues todavía hay en Milan monumentos anteriores á este suceso. Los habitantes, viéndose sin los antiguos muros, hicieron mas grande la cerca; y de este modo llegó á ser Milan mas considerable contra la intencion de Federico.

Recobró tambien una parte de los señoríos y jurisdicciones que habia poseido, haciendo entrar bajo de su dominacion muchas ciudades. La administracion de aquel estado necesitaba de empleos honoríficos, que al mismo tiempo eran lucrativos: se los tomaba todos la nobleza; mas los plebeyos pretendian entrar á la parte, y este fue el primer motivo de disputa. Una antigua ley lombarda daba á los nobles el privilegio de cumplir con una multa cuando habian quitado la vida á un hombre del pueblo: segundo motivo de querrela, por querer los nobles que se redujese á una multa el castigo de cierto homicida noble cuando el pueblo exigia la pena capital. Quiso el pueblo apoderarse del cul-

pado : le defendió la nobleza , y llegaron á las armas. Eligió el pueblo por capitan á Martin Turriani , ó de la Torre , que echó fuera de la ciudad á toda la faccion de los nobles , y al arzobispo que la sostenia. Murió el prelado en su destierro. Turriani y el clero creyeron que tenian derecho para nombrar el sucesor. Nombró cada uno el suyo : ya estaba para prevalecer el del capitan ; pero temiendo un legado del Papa que allí se hallaba , que la autoridad del capitan fuese demasiado preponderante con la influencia de un arzobispo que le debiese su elevacion , exhortó al pueblo á apoderarse de la eleccion , y nombró á Othon Visconti.

Habia este nacido en Invori , lugar pequeño , cerca del Lago mayor , de familia honrada , aunque no rica. Desde su juventud siguió Visconti la corte de Roma , en donde se hizo estimar por sus gracias y sólido entendimiento. Le emplearon en asuntos grandes ; y vacando el arzobispado de Milan , le consideraron á propósito para sostener la balanza entre los partidos de Turriani y Sepri , que hacian los dos bandos de la ciudad.

Años
de J. C.
1257.

Turriani era enemigo declarado de la nobleza , y la hizo todo el mal que pudo : Felipe su hermano , que le sucedió , la dejó respirar ; pero el odio contra ella se reprodujo bajo Napi ó Napoleon , sucesor de Felipe. Visconti , por su inclinacion á la mansedumbre , y siguiendo las reglas de la política , se declaró por los oprimidos. Ofendió á Napi esta predileccion , y precisó al arzobispo á dejar la ciudad con los mas distinguidos que protegia , cuando ya el prelado se habia hecho muchos partidarios en el pueblo con su beneficencia y otras bellas prendas. Esta inclinacion no

1263.

1265.

impidió, sin embargo, que este mismo pueblo, bajo el yugo de Napi, se dejase poner las armas en la mano contra Visconti, al mismo tiempo que interiormente rogaba por él á Dios.

Napi, dueño de todas las fuerzas del Milanesado, siempre fue victorioso; mas no creyéndose seguro mientras le era forzoso resistir á la intrepidez y recursos de Visconti, publicó premio por su cabeza. Esta barbaridad escitó murmuraciones en Milan, y el capitán advirtió que iba perdiendo la confianza de los ciudadanos. Estando para salir de la ciudad contra Visconti, que se presentaba á la cabeza de un ejército compuesto de los desterrados, dejó una fuerte guarnición para contener al pueblo. Todavía le favoreció la fortuna, y él usó cruelmente de su victoria; pues habiendo preso á treinta y cuatro nobles con las armas en la mano, entre los cuales se hallaba un sobrino de Visconti, mandó Napi degollarlos, y envió sus cadáveres á Milan para que los enterrasen en el sepulcro de sus mayores. Se enterneció el pueblo con el fúnebre convoy, y se hubiera sublevado contra el verdugo á no haberle reprimido con el miedo su hermano, á quien habia dejado en la ciudad. Este mismo llenaba las cárceles de los que tenia por sospechosos, y no habia día que no se señalase con sangrientas ejecuciones. Visconti, sabiendo estas atrocidades, dijo: "Ya no dudo que los Turrianis, en castigo de su barbarie, han de sufrir en lo venidero un fatal revés de la fortuna.

Con efecto, dejó esta de ser contraria á Visconti, no porque algunas veces no abandonase sus banderas; pero él nunca decayó de ánimo. Falto de



Muerte de Casoni.

Priso y encerrado Napi, quiso su hijo Casoni sostener la guerra contra Visconti; pero despues de repetidas pérdidas, murió en una batalla decisiva, que terminó la guerra, y sirvió de escarmiento á sus partidarios. No lo fué para él su padre; y el empeño de ser mas feliz le hizo mas desgraciado. ¿Qué logra en no ceder el obstinado, si su obstinación misma pone casi siempre el laurel en la frente de su enemigo?

dinero y privado muchas veces de sus amigos y partidarios por la suerte de las armas, su mérito y su reputacion le traian otros nuevos que acudian á distinguirse bajo de sus estandartes. Se admiraba en él á los setenta años de su edad un grande vigor de espíritu y de cuerpo, constancia inalterable en las desgracias, el aspecto de general y de hombre de estado, y en fin la habilidad en proporcionar las circunstancias y aprovecharse de las ocasiones. Era imposible que algun dia no prevaleciesen tan singulares talentos contra la valentía feroz de Napi, y con mayor razon; porque á esta no se ve que la acompañase aquella vigilancia tan necesaria en un gefe. Se dejó sorprender en una diversion, y quedó prisionero. Le hicieron gracia de la vida, si fue gracia encerrarle en una jaula de hierro, sin esperanza de salir de allí. Murió en ella á los dos años. Continuó la guerra bajo las órdenes de su hijo Casoni, que aunque buen general, sufrió multiplicadas pérdidas, que acabaron por una batalla decisiva, en que perdió la vida.

En este tiempo habian recibido á Visconti en Milan con aclamacion. Le acusan de no haber reprimido su resentimiento contra los Turrianis, y de haber desacreditado su triunfo con suplicios; pero su rigor, en lugar de destruir el partido de Turriani, le dió nuevas fuerzas por la compasion que ordinariamente inspiran los infelices. No obstante, no se atrevió á levantar la cabeza mientras vivió el arzobispo; pero disputó con felicidad la autoridad á Mateo Visconti, su sobrino, á quien el prelado habia revestido de su poder.

Los Turrianis le echaron de Milan, y se refugió con el emperador Henrique VII, que creyó ha-

Años
de J. C.
1277.

llar en las ofertas de Mateo la mejor ocasion para que en Milan reconociesen los derechos imperiales. Pasó allá con un ejército bastante fuerte para hacer respetar sus órdenes, y afectó Henrique deseos de reconciliar los dos partidos tratándolos con igualdad; pero se inclinaron á Visconti, como lo merecia por sus respetuosas condescendencias, al mismo tiempo que los Turrianis tenian en sus modales aquella violencia que lleva consigo la certidumbre de no agradar. El fin de esta especie de lucha entre los rivales, fue como debia de ser; porque el diestro Mateo, prestándose á recibir del emperador el gobierno de Milan, consiguió tropas para sostener este título, y de este modo logró un ascendiente completo sobre Turriani. Cinco hijos que tenia, todos de las mas bellas prendas, le ayudaron á fundamentar su poder; y cuando murió se le dejó á Galeazo I, que era el mayor, príncipe tan prudente como guerrero.

Años
de J. C.
1322.

No obstante, aventuró este su fortuna por falta de vigilancia. Las tropas alemanas, que el emperador habia dejado para la guardia y defensa del duque gobernador, eran unas tropas vendibles, que no resistieron al cebo del oro de que prodigamente se servia el partido contrario; y mientras Galeazo, teniéndose por seguro, ni aun imaginaba que le faltasen en caso de necesidad, se levantó en la ciudad un rumor, y todos acudieron á las armas. Publicaron los Turrianis que iban á restablecer el gobierno popular: se agregó á ellos el pueblo seducido: los alemanes no sostuvieron á Galeazo, y este se vió precisado á huir. No se sosegó el alboroto con su partida: cada uno queria dominar, así güelfos como gibelinos: nadie se en-

tendia; ni era posible convenir en un gobierno. En esta confusion resolvieron todos unánimes volver á llamar al gobernador, y darle toda su autoridad. Galeazo se sintió mas honrado con este favor de sus conciudadanos que quanto le habia humillado antes el buen éxito del manejo de sus enemigos; pero le esperaba un golpe mas sensible por parte de su familia. Tenia un hermano llamado Marco Visconti, á quien los malcontentos juzgaron á propósito para inquietar á su hermano escitándole zelos que le hacian fácilmente impresion. A la primera noticia que tuvo el duque de las maniobras de los enredadores, y de la inclinacion de Marco á favorecerlos, procuró reducirlos con su reconvencion. “¡Cuando mi hermano me hiere, le dijo, no advierte que se hiere á sí mismo!” “Un hermano, respondió Marco, no le tiene cuando este solo quiere el poder para sí mismo.

Ya no tenia la corona imperial Federico, porque habia pasado á la cabeza del emperador Luis. Fue pues Marco á presentarse á él como acusador de su hermano Galeazo, diciendo: “Que queria hacerse independiente.” Creyó el consejo del emperador la calumnia de la faccion contraria al duque, cuyo órgano era Marco, y la sostenian con mucho dinero, que es el medio escelente de persuadir. A Galeazo, que fue sin precaucion á justificarse, le arrestaron con toda su familia, á escepcion de Marco. Nueve meses sufrió de prision; y aunque se reconoció su inocencia, contrajo en el cautiverio una enfermedad que le llevó á la sepultura, privado del gobierno de Milan.

Bien fuese que el odio de Marco quedó sepultado con su hermano, ó bien que no prevaleciese

contra el deseo de elevar á su familia, intercedió de modo con el emperador, que logró el gobierno para su sobrino Azon. El que entre tanto le habia tenido por la desgracia de Galeazo, tenia veinte y cuatro consejeros que le observasen, tomados de las diferentes clases de los ciudadanos, y estos se llamaban *la regencia de Milan*. Era Visconti hombre impetuoso, ardiente, arrebatado, sin freno en sus pasiones; y la tomó tan violenta á una dama hermosa y noble, que se la quitó á su marido de las manos: despues, suponiéndose engañado, la ahogó él mismo; y perseguido de los remordimientos, cayó en una profunda melancolía. No le impidió su negra tristeza pensar en suplantar á su sobrino; porque la ambicion tal vez es el descanso de otros vicios. Informaron de ello á Azon; juntó su familia, dedujeron sus pruebas; y pareciendo estas suficientes, sin ruido ni rumor ahorcaron á Marco en su cama. Arrojaron el cadaver por la ventana; publicaron que se habia precipitado en un acceso de locura, y le hicieron un entierro magnífico.

Años
de J. C.
1339.

Tenia Azon otros dos tios, Luchini y Juan; y por no haber dejado hijos, le sucedió Luchini, que estaba acribillado de heridas, y arruinado con las fatigas de la guerra. En tal estado no se detuvo en casarse con una genovesa llamada Fusca, de muchas gracias y espíritu, y de la casa de los Fiestos. Mucho le egercité la paciencia; y de concierto con Galeazo, sobrino de su marido, introdujo en su casa cuatro hijos; y para no ser castigada le dió veneno. Confesó sus delitos al morir; y era tan notoria la prostitucion de Fusca, que muerto Luchini no se presentó para sucederle ninguno de sus hijos putativos, por lo que cayó el gobierno en su

hermano Juan, que era al mismo tiempo arzobispo.

Este prelado es famoso en los anales de Genova; y por la fama de su capacidad le llamó esta república para pacificar sus alborotos: le honraron con la dignidad de dux. Tenia Juan tres sobrinos, hijos de su hermano Esteban, del que no ha quedado otra noticia que el haber perpetuado su familia: se llamaban Mateo, Bernardo ó Bernabé, y Galeazo; y habiéndoles repartido Juan el Milanesado, no quiso Mateo, muerto su tio, dar su parte á los otros hermanos: se cree que le dieron veneno, y por lo menos es muy cierto que Valentina su madre, no cesó en toda su vida de acusarlos de este delito.

Años
de J. C.
1349.

Dos hermanos, igualmente activos y ambiciosos, que reparten entre sí la herencia en paz y sin querellas, son en la historia un fenómeno muy raro, que se verificó en Galeazo II, y Bernabé sucesor de Mateo. Galeazo, pues era el mayor; se quedó con Milan, y ayudó á Bernabé á aumentar su parte, haciendo á espensas comunes invasiones en los estados de Bolonia y Mantua; quedándose con algunas porciones sin subyugarlos enteramente. En estas expediciones comunmente tenian á los papas por contrarios, porque siempre llevaban la bandera de los emperadores, cuyos vicarios fueron varias veces en Italia los Viscontis.

1354-

La Francia y la Inglaterra buscaron la alianza de Galeazo, el cual casó una hija con el hijo del monarca inglés, y por los regalos de la boda se puede juzgar hasta donde habian subido las artes, la industria y el comercio en Milan; pues fueron estos setenta caballos de los mas hermosos, con jaeces adornados de bordadura de plata, oro, seda y

planchas de plata con relieves , muchas piezas macizas tambien de plata perfectamente trabajadas, alcones , perros estraños , dardos , espadas , cotas de malla , corazas , escudos , y capacetes de esquisito trabajo , bandas bordadas de perlas , y un surtido prodigioso de vestidos y muebles cargados de pedrería de inmenso valor. La comida fue tan espléndida y suntuosa , que los residuos fueron mas que suficientes para dar de comer á diez mil hombres.

En los edificios que construyó Galeazo mostró un lujo y magnificencia estraordinarios : hermosó á Milan con puentes , plazas y pórticos , y las fortificó con una ciudadela soberbia. Al mismo tiempo que se admiró el palacio que mandó edificar en Pavía , adornándole con las mas raras pinturas , es preciso culparle por la cerca de quince leguas con que le rodeó para el placer de la caza ; porque incluyó posesiones de familias sin haberlas indemnizado suficientemente. Un hombre que por esta tiranía tuvo que renunciar á la herencia de sus padres , se vengó con una puñalada que recibió el príncipe en su armadura. Galeazo gustaba de las bellas letras : estaba muy contento en compañía de los sábios , y sentia amargamente el poco cuidado que habian tenido de él cuando era jóven , dándole una educacion puramente militar , por lo que cuidó exactamente de la de su hijo , formando en él un gran príncipe.

Años
de J. C.
1378.

A Juan Galeazo le criaron en un colegio como si fuera hijo de un simple paisano , viviendo en todo igual con sus compañeros , con lo que su temperamento tomó fuerzas , y en esta vida arreglada adquirió un hábito al orden y á la exactitud , que jamas se desmintió en él. Fijando sus gastos , y

teniendo un estado esacto de las rentas , cuyo manejo le fueron dejando poco á poco , adquirió la mas rara capacidad en el examen de las cuentas. En este punto bastaba una ojeada suya ; y el conocimiento que todos tenian de su habilidad detenia á los que pudieran pensar engañarle. No se olvidaron en su educacion de los egercicios corporales , ni de la política y estudios propios de un hombre que ha de gobernar. Si en estas lecciones se olvidaron de recomendarle el disimulo , provuyó á esta instruccion la naturaleza , y se le hicieron necesario las circunstancias.

A Bernabé su tio , que habia vivido tan conforme con su hermano , apenas le vió muerto cuando la ambicion de su muger , el ardor de sus hijos , y sobre todo las necesidades que padecia su corte por su escesiva prodigalidad , le hicieron codiciar los estados de su sobrino. Galeazo , avisado de que su fortuna y su vida corrian peligro , aparentó un grande amor al retiro , y no menor disgusto de la grandeza ; y diciendo que solo aspiraba á pasar una vida solitaria y consagrada enteramente á la piedad , admitia poquísimas personas á su conversacion , y menos á su mesa. Solia decir que se habia impuesto aquel género de vida hasta haber cumplido el voto de religion , dando á entender que ya estaba determinado á dejar el mundo , y abrazar la vida religiosa ; y ademas comunicaba con su tio todos los asuntos , consultándole con docilidad y sumision.

¿Quién no caería en el lazo? Una de sus devociones principales era la Virgen del Monte de Varecio , en el camino de Verceli. Hizo correr la voz de que queria hacer un viage á aquel santua-

rio, pero que no admitia compañía de persona alguna. Suplicáronle Bernabé y sus hijos que les admitiese para conducirle á lo menos hasta la puerta de la ciudad á fin de despedirse allí. Consintió Galeazo: fueron caminando en conversacion, y estando para separarse se abrazaron. Apenas se apartaron el tio y el sobrino, cuando á una señal que se hizo, sorprendieron á Bernabé y á sus hijos, y los encerraron en una prision, que él mismo habia construido. Las tropas, que ya tenian orden, se apoderaron de los principales puestos sin la menor violencia ni efusion de sangre; y en un minuto se vió Galeazo dueño de Milan, en donde antes solamente egercia una autoridad incierta y tímida. Sola una persona permaneció fiel á Bernabé en su desgracia, y fue Doninia Porta, su amiga; que pidió la encerrasen con él; pero todas las precauciones de esta no le libraron del veneno, que siete meses despues de su prision le quitó la vida entre los brazos de Doninia. Galeazo, no rezelando tanto de sus primos, los puso en libertad; pero los desterró. Aquí debe notarse, que aunque en esta sublevacion no hubo efusion de sangre, no se evitó el pillage; pues el príncipe dió libertad á sus soldados para saquear las casas de los que sabia ser adictos á su tió. Hicieron correr la noticia de que aquel desórden era obra de Bernabé; y sin embargo de hallarse éste cautivo y sin poder, el pueblo la creyó. Además de cinco hijos légitimos dejó este príncipe otros cinco naturales, que despues hicieron su papel.

Años
de J. C.
1385.

Galeazo llegó á tal punto de prosperidad, que ya no se contenia en el título modesto de gobernador de Milan con que se habian contentado sus

padres , aunque gozaban del poder absoluto ; y consiguió de Venceslao el de duque , enviándole este emperador un cetro y una corona , insignias de poca importancia , si á ellas no se hubiera agregado el poder. Se estendió el de Galeazo casi sobre toda la Italia ; y sus tropas eran las mas bien armadas , las mejor pagadas y bien disciplinadas de la Europa. Con su política y generosidad atrajo á su servicio los generales de mas reputacion , y hasta príncipes pelearon bajo de sus banderas. Desposeyó á los Escalígeros de Verona : volvió á tomar á Pavía ; redujo á su obediencia á Treviso , Trento y los países montuosos de las cercanías. Los habitantes de Asís y de Perusa prefirieron su dominacion á la del papa , y lo mismo hicieron los de Luca , Bolonia y Pisa. Los Florentinos fueron los únicos que intentaron resistirle ; pero él los redujo á temer la desgracia de su ciudad , y les concedió la paz á la cabeza de un egército de treinta mil hombres prontos á sujetarlos.

No puede disimularse que Juan Galeazo gobernó mas temido que amado , pues tenia siempre un grande egército aun en tiempo de paz. A este debe Milan su catedral , y Pavía su magnífica cartuja. Fue padre de Valentina Visconti , la cual llevó al duque de Orleans su esposo los derechos al ducado de Milan , que despues pusieron en vivo fuego la Italia. Guiado de una mala política dividió sus estados entre sus dos hijos , Juan María y Felipe María segregando de ellos un mayorazgo para Gabriel , hijo natural ; y á otro llamado Antonio , que no entró en la reparticion por ser muy niño , le dejó recomendado en su testamento á los otros hijos.

Años
de J. C.
1402.

En este mismo testamento creó un consejo de Regencia, y nombró tutores para dos hijos, el mayor de los cuales no tenía trece años; pero un hombre de bajo nacimiento, llamado Barbavaria, se apoderó de la autoridad con el auxilio de los hijos de Bernabé, Francisco y Antonio Visconti, á quienes llamó de su destierro: quitó el consejo y los tutores, con lo que todo fue en decadencia. Los príncipes sometidos por Juan Galeazo trabajaron para hacerse independientes, y lo consiguieron, con lo cual reinaba en todas las ciudades del Milanesado una espantosa anarquía. Ya no se preguntaba si era delincuente un hombre presentado al tribunal, sino la pena que le impondrían: porque en siendo sospechoso á la faccion dominante, sin mas motivo era reo; y así se dice que á uno de estos desgraciados le dijo francamente un juez: "Tú me diste motivo para arrestarte, y á mí me pertenece hallar que este motivo es digno de muerte."

Lo que llevó la desgracia del Milanesado á su colmo fue que los príncipes jóvenes, que debieran ser su esperanza, solo manifestaban disposiciones para los vicios y delitos. De Juan María cuentan que se complacia en ver desgarrar á los hombres por los dientes de los perros, y aun no se sabe que se limitase esto con los delincuentes. En la menor edad de los dos príncipes se disputaron la tutela y autoridad sobre Milan Carlos Malatesta, señor de Rimini, y Facino Escalígero, señor de Verona, que fue el vencedor, y se hizo dueño absoluto del Milanesado. Fijó su habitacion en la ciudadela de Pavía, que por su situacion era una de las mas fuertes y agradables plazas del mundo; y en ella juntó inmensos tesoros, de los cuales daba una parte





Muerte de Juan Maria Visconti.

La torpeza, desenfreno y ferocidad que caracterizaban á Juan Maria Visconti, le produxeron en el odio de sus vasallos el mas funesto fruto, hasta que un jóven, á cuyo padre habian devorado los perros de Juan Maria, se vengó matandole de una puñalada. Nadie sintió su muerte; y solo una ramera amiga suya cuidó de sepultarle. Hay malvados tales, que aun de la natural compasion parecen indignos.

moderada á Juan y Felipe sus pupilos , dejándoles libertad para sumergirse en toda suerte de torpezas. Juan se dejó llevar de esta licencia hasta hacerse odioso á sus vasallos , que le miraban como un enemigo del bien público , y un monstruo de quien se debía desear se limpiase la tierra. Al fin, un jóven cuyo padre habia sido devorado por sus alanos , le mató de una puñalada ; y se hubiera quedado su cadáver sin sepultura , y tal vez abandonado á los perros , como merecia , si no hubiera sido por una cortesana querida suya. Dejó á su hermano Felipe sus estados ; pero sin muchas ciudades , que ya se habian desmembrado.

Felipe María entró con dificultad en la herencia de su hermano ; porque se la disputó su primo Hector Visconti , hijo de Bernabé. Por este mismo tiempo murió su mas firme apoyo Facino ; y por casualidad le fue muy útil esta pérdida , porque dejaba Facino tesoros inmensos , un ejército mandado por escelentes oficiales , y una viuda llamada Beatriz , señora de todos estos bienes , que aunque tenia ella veinte y ocho años y Felipe solos veinte , logró persuadirla á casarse con él , y recibió en dote soldados y dinero. Con este socorro arrojó de Milan á su competidor , aunque apoderado de esta capital , y le recibieron con aclamacion por el afecto que conservaban los milaneses á la rama principal de los Viscontis , sin embargo de los horribles vicios de este último.

Años.
de J. C.
1412.

Restablecido Felipe en el centro de sus estados , pensó en reunir las estremidades que se habian separado ; y entre sus conquistas es notable la de Cremona , no tanto por su importancia cuanto por un pasage singular de Gabrino Funduli , uno de

aquellos aventureros que se apoderaban de las ciudades de Italia, á quienes llamaban tiranos. Este recibió en Cremona al papa y al emperador: tuvieron los dos príncipes la curiosidad de ver el bello espectáculo que se gozaba desde lo alto de la torre: subió Gabrino con ellos; y hallándose ambos en la plataforma entre un anciano y un hombre que no le igualaba en fuerzas, le vino al pensamiento que era ocasion de inmortalizarse precipitándolos. Por fortuna se le pasó esta fantasía; pero la tenia Gabrino tan grabada en su corazón, que habiéndole algun tiempo despues condenado á muerte por sus muchas maldades, las últimas palabras que dijo en el cadahalso fueron: "Que no llevaba sentimiento de ninguna accion de su vida sino de no haber ejecutado esta."

Restableció Felipe la autoridad de los Viscontis en Génova: le abrió Plasencia sus puertas; se apoderó de Bergamasco. Debió todas estas felicidades en el principio á su esposa Beatriz, y despues á Carmañolo su general, natural de Saboya; pero veamos el premio que les dió. Desde el momento en que no necesitó de la duquesa, empezó á tratarla del modo que debe prometerse una muger que cayó en la flaqueza de contraer un matrimonio muy desproporcionado en la edad: sufrió con paciencia sus desprecios; pero no se quedó en estos la mala correspondencia de Felipe. La aborrecia, y quiso deshacerse de ella, acusándola de comercio criminal, de hechicería, y de haber intentado quitarle la vida. Se supone que la pusieron en el tormento para arrancar de ella la confesion de estos delitos, que constantemente negó; pero vencido con la violencia del tormento el cómplice que la suponian,

dijo cuanto necesitaban. Le dió en rostro Beatriz con su flaqueza , culpándose á sí misma de haber creído á los que la persuadieron tan infeliz casamiento ; hizo presentes los muchos servicios que habia hecho á su ingrato esposo ; pero á pesar de todo murió protestando su inocencia , que nunca se ha puesto en duda.

Respecto de Carmañolo su general , despues de haberse aprovechado Felipe María de su capacidad y sus victorias , la envidia que le era natural le hizo dar oídos á las insinuaciones de sus favoritos , que se veian obscurecidos con el mérito de hombre tan valiente. Le hizo mil injusticias Felipe , sin que ni aun tuviese libertad para quejarse ; y así dejó el servicio de un señor tan poco reconocido , y se pasó á los venecianos , que estando entonces en guerra le dieron el mando de sus tropas contra el duque de Milan. Temiendo este príncipe su habilidad , de que tenía sobradas y felices esperiencias , le hizo dar un veneno de que no murió ; pero sin embargo no siempre se libró de las infames astucias de Felipe.

La guerra contra los venecianos les parecia á los milaneses indispensable para la seguridad de su comercio ; y persuadidos á que ya se cansaba Felipe con las victorias de Carmañolo , le ofrecieron dinero para continuarla ; pero tomó el dinero , é hizo la paz sin atender á los intereses de sus vasallos ; y entonces pensó en vengarse de Carmañolo. Habia tenido este la desgracia de perder una batalla ; y Felipe insinuó á los venecianos que su general se habia dejado vencer por traicion : se sirvió de pruebas falsas que con su dinero , repartido con profusion en el senado , hizo pasar por buenas. Consistian las pruebas en ofertas graciosas que

habia hecho él á Carmañolo para llamarle á su corte; y siendo así que nunca habia respondido afirmativamente, y tal vez se le habian hecho para preparar la calumnia, condenaron al infeliz general sin citarle á juicio: de modo que ignorando su sentencia de muerte vivia familiarmente como antes con el dux y los senadores que ya le habian condenado. Duró esta seguridad muchos meses; pero cuando menos lo pensaba le sacaron de su casa, le leyeron rápidamente las informaciones y piezas que se suponian ser pruebas, y por mas que reclamó y negó en el tormento, confirmaron la condenacion, y ejecutaron la sentencia. Este triunfo fue tan ignominioso para Felipe como para el sobornado tribunal su cómplice.

Fue Felipe afortunado en generales, y tuvo á su sueldo los gefes mas hábiles de aquellas tropas de aventureros que andaban entonces por la Italia vendiéndose á los que mejor pagaban: tales fueron Braccio, Piccinino, y sobre todo Esforzia, cuyo nombre ha llegado á ser ilustre en los fastos de Milan. Mientras le ganaban estos las victorias, él se entregaba al regalo, retirado á lo interior de su palacio, separado de su corte, y encerrado con los objetos de su libertinage y torpeza, que algunos historiadores dicen haber sido de naturaleza infame. El cuidado de los negocios estaba abandonado á gentes sin estimacion; mas no obstante, fuese por el favor de las circunstancias, ó porque los milaneses habian perdido el vigor, vivió tranquilo y sin grandes alborotos.

Sus mas constantes enemigos fueron los venecianos. Por culpa de Felipe vió pasar á servirlos su general Carmañolo, y á costa suya los vió tambien

reforzados con el valor de Esforcia, á quien él debía muchas victorias. Este gefe de aventureros era bien formado, generoso, dotado de todas las prendas civiles y militares: amaba á Blanca, hija natural de Felipe, y ella le correspondia; pero tuvo Esforcia que dejarla por la desconfianza que le inspiraba la mala fe del duque de Milan, y se pasó á los venecianos, los cuales le dieron el mando de sus egércitos, y les fue muy bien con él. Por el deseo de recobrar tan gran soldado resolvió Felipe ofrecerle la mano de Blanca su hija: se concluyó el casamiento con la paz, y dispuso Esforcia las condiciones de modo que no formaron queja los venecianos.

No mudó mucho el casamiento la conducta del suegro para con su yerno; pues aunque le estimaba, no le perdonaba el que su mérito le hubiese precisado á darle la hija. Cuando el sentimiento de estimacion dominaba, le encantaba ver como el esposo de Blanca adquiria la mas brillante reputacion; pero cuando sobrevenia el despecho de la envidia, no le pesaba de verle experimentar reveses de la fortuna y, por decirlo así, convidaba á la desgracia contra una felicidad constante que mortificaba su soberbia y su envidia. De este modo, temiendo alguna sorpresa, de que tal vez no le libraba el escudo del matrimonio, se vió Esforcia en la precision de retirarse otra vez con los venecianos, volviendo á tomar el mando de sus tropas. No solamente envió Felipe contra su yerno los mas valientes generales, sino tambien ayudó al papa y á los enemigos de Esforcia á apoderarse de sus posesiones; bien que se advierte, que cuando el suegro veia al yerno muy oprimido, disminuia las fuerzas de sus generales, para que sus victorias no lle-

gasen á ser tan decisivas que causásem irreparables pérdidas al esposo de su hija. Conducta estraña, que apenas puede concebir sino el que esté acostumbrado á reflexionar sobre las extravagancias del corazon humano.

A pesar de estas variedades siempre vencian en Felipe la estimacion de su yerno y el amor á su hija; y no teniendo hijos legitimos, nombró por su sucesor al marido de Blanca, y murió antes de retractar este beneficio en otro testamento que meditaba. La corona que dejó á Esforcia no carecia de espinas; y el fruto que sacó de su proceder para con su yerno fue que los venecianos se hubiesen apoderado de la mayor parte del estado de Milan. La ciudad estaba dividida en bandos, los cuales vinieron á unirse con la resolucion de aprovecharse de las circunstancias para tomar un gobierno republicano.

Se guardó bien Esforcia de mostrar oposicion á este pensamiento, por lo cual avanzó á Milan con las pocas tropas que le habia dejado el suegro, y ofreció su brazo y sus soldados á la república para que tomase las provincias que los venecianos habian invadido. Aceptaron los milaneses sus proposiciones, le pagaron sus tropas, y le proveyeron de otras nuevas. Arrojó él á los venecianos de sus usurpaciones, y se presentó delante de Milan; pero no disimulando la intencion de hacerse dueño, le cerraron las puertas. Puso sitio, redujo los habitantes á grande escasez, y al mismo tiempo les mostró el medio de librarse de ella. La idea de abundancia les hizo perder la de la libertad; y el pueblo, que era el que mas padecia, amenazó impaciente. El senado, temiendo una sedicion trató de paz; y Es-

forcia, que era bastardo y esposo de una muger bastarda, fue reconocido duque de Milan.

Tambien la fortuna de su padre habia sido pasmosa. Se llamaba Atténdula, y era un simple paisano de Cotignol en la Romanía. Labrando un dia su campo, vió que pasaba un regimiento napolitano, y por una especie de inspiracion desató las correas del arado, y las arrojó á un árbol diciendo: "Si caen al suelo, toda mi vida he de ser labrador: y si se quedan allá, iré siguiendo á estos soldados." Se quedaron pues entre las ramas, se alistó el paisano, y pasó por todos los grados de la milicia. Siempre temido por sus fuerzas, y estimado por su conducta, llegó á ser general de las tropas del pais. Adquirió tierras, le llamaron el conde de Cotiñol, y fue buscado por todos los señores de Italia, que se disputaban su alianza. Casó sucesivamente con tres mugeres de la mas alta nobleza: todas le dieron hijos, de los cuales nada se dice; pero Lucila de Tresano, con el simple título de amiga, siempre llevó la preferencia en su corazon, y fue madre de Francisco y de Alejandro Esforcia: apellido que dieron á Atténdula, porque cuando era soldado hablaba solo de saquear, robar y tomar por fuerza. En los grados superiores siempre conservó este apellido guerrero que le habian dado sus camaradas, y le transmitió á su familia.

Francisco Esforcia, heredero de las tierras de su padre, que eran de mucha importancia, y duque de Milan por Blanca su muger, que no era mas legítima que él, aseguró mas su fortuna con las grandes alianzas. Casó á Galeazo Maria, su primogénito, con Bona, hija del duque de Saboya;

Años
de J. C.
1447.

y al segundo, conocido con el nombre de *Moro* ó *Etiope*, con Beatriz de Este: el tercero se casó con una princesa de Aragon. Tambien consiguió introducir una hija suya en esta casa real, y otra en la de Monferrato. Como tenia motivos para temer á la Francia si pensaba en hacer valer los derechos del duque de Orleans, hijo de Valentina Visconti, que era hija de Juan Galeazo, hizo su corte á Luis XI, de quien sabia que no era muy afecto á sus parientes; y este monarca, á pesar de las reclamaciones de la casa de Orleans, se empeñó en sostener á Esforcia en el ducado de Milan, y aun puso en sus manos la soberanía de Génova que le habian presentado. Se ha dicho ya lo que respondió este monarca á los que se la ofrecieron; pero Esforcia la admitió sin reparar en aquel desprecio. Sosegó del todo el espíritu de libertad que por un instante se despertó en Milan, y dejó esta ciudad muy sumisa á su hijo Galeazo María.

Años
de J. C.
1466.

1476.

Era este un príncipe flojo y pusilánime; solo tenia valor contra las mugeres que resistian á sus instancias: muchas veces se valió de la violencia para obligarlas; pero al fin ya les faltó la paciencia á los maridos, y le mataron á puñaladas á los diez años de un reinado tiránico. Cayó el ducado en Juan Galeazo María, su hijo, bajo la tutela de su tio Ludovico, á quien se la habian negado temiendo sus perniciosas intenciones; mas por último la consiguió, y tuvo á su desgraciado sobrino en un duro cautiverio, que acabó con el veneno. Entonces Ludovico, á quien se dice que llamaron el *Moro* ó el *Etiope*, por tener el cuerpo tan negro como el alma, tomó para sí el ducado en perjuicio de un hijo de cuatro años que dejó

1494.

Juan Galeazo, y que no tuvo inquieto á su tio mucho tiempo, porque este tenia especial habilidad para deshacerse de los que le daban sujecion.

No desterró con la misma facilidad los temores que le causaba Luis XII, descendiente de Valentina Visconti: y para lograr un defensor contra este monarca, si pensaba en hacer valer sus derechos, consiguió que el emperador Maximiliano le diese la investidura del ducado de Milan, y ya con este título se creyó superior á todas las pretensiones. No por eso abandonó las suyas Luis XII: y para seguirlas con ardor entró en Italia; se presentó delante de Milan, y le recibieron como á príncipe á quien precedia su conocida bondad. Habia Ludovico acudido al emperador, y este le dió un egército mal pagado. Los suizos, que componian la mayor parte, viendo que Luis XII los pagaba mejor, entregaron á Ludovico á los generales franceses; y trasladado á Francia, le encerraron en una jaula de hierro, en la cual vivió diez años.

Luis XII, para poner el último sello á la legitimidad de su conquista, pidió la investidura al emperador Maximiliano; aunque no temia que este príncipe le inquietase en su posesion, porque miraba con indiferencia los negocios de Italia. Tocaban estos muy de cerca al papa, y asustado Julio II con el poder que los franceses, dueños del Milanésado, podian asegurar en su vecindad, formó contra ellos una liga, en la cual era él la cabeza y los suizos los brazos. El emperador favoreciendo á los esfuerzos del pontífice, dió la investidura de duque de Milan á Maximiliano Esforcia, hijo de Ludovico el Moro, que habia acudido á su corte cuando hicieron prisionero á su padre. Des-

Años
de J. C.
1500.

1512.

Años.
de J. C.
1515.

pues de haber poseido el ducado tres años, persiguiéndole siempre Francisco I, sucesor de Luis XII, trató con el rey de Francia, y le cedió todos sus derechos al Milanesado mediante una pension que fue á disfrutar en Paris, en donde murió sin hijos.

1521.

Cárlos V, siempre pronto á contradecir á Francisco I, reclamó contra esta donacion, y se apoderó de casi todo el ducado de Milan; pero los franceses se quedaron por largo tiempo dueños de la ciudad, como que tenian la ciudadela. Acusan á los gobernadores de vejaciones, y á los franceses en general de una libertad petulante y desprecia-dora, que los hizo detestables entre los italianos. Los milaneses se lisonjearon por un momento de verse mas felices con un señor que habia nacido entre ellos; porque Cárlos V dió el ducado de Milan á Francisco Esforcia, hijo de Ludovico el Moro; pero con tan onerosas condiciones, que no pudo dar á sus vasallos la felicidad que se prometian.

1535.

Murió sin sucesion Francisco Esforcia en Milan en 1535; Cárlos V habia prometido dar la investidura del ducado al duque de Orleans, hijo de Francisco I; pero sin embargo se apoderó de este ducado como de un feudo del imperio, y le comprendió en los estados que cedió á Felipe II su hijo. Los descendientes de éste, que ocupaban el trono de España, poseyeron el ducado de Milan como anejo á su corona; y por los tratados que se hicieron despues de la guerra sobre la sucesion de España, dieron el ducado de Milan á la casa de Austria en

1714.

1714; y se le aseguraron de nuevo por el tratado

1736.

de Viena en 1736. Estaba la administracion en manos de un vice-gobernador, un ministro de estado, un senado, y los oficialas encargados de la

policia. Se componia el senado de un presidente y diez senadores; cuatro milaneses y cuatro toscanos. Las otras dos plazas las ocupaban los gobernadores de Cremona y de Pavía. El senado juzgaba sin apelacion y en última sentencia las causas civiles y criminales. Por último, acaban de hacer á Milan capital de una república bajo la proteccion de la Francia.

EL MANTUANO.

Mantua, capital del Mantuano, está situada en un lago, ó por mejor decir, en una laguna que hace mal sano el aire. Se va á ella por unas calzadas de buenas fortificaciones; y aunque en otro tiempo contaba hasta cincuenta mil habitantes, en el dia no pasa de veinte mil. La data de sus hermosos palacios, magníficas iglesias, pinturas y otras obras del arte que la adornan, debe referirse al tiempo de su grande poblacion. Su terreno, igual y bien regado, es fértil en toda especie de producciones.

Ponen la fundacion de Mantua tres años antes de la de Roma. Tres naciones, á saber: los tébanos, los toscanos y los venecianos, que se retiraron como á un asilo á este lugar pantanoso para librarse de los salteadores, contribuyeron á poblarla. Vivian cada una segun sus leyes, y tenian una casa comun en donde se juntaban para arreglar los negocios públicos; y de este modo Mantua fue república en su origen; pero cayó en poder de los romanos, aquellos republicanos tan enemigos de la libertad de los demas. Arrastrada á las guerras civiles, pagó bien caro su afecto á Antonio Augusto, y abandonó el territorio á sus veteranos. Siguió

despues la suerte de todo el resto de Italia bajo el dominio de los godos, vándalos y otras naciones que la invadieron. Como su situacion es fuerte, mas veces se ha rendido que la han tomado; y por la misma razon no ha sufrido incendios ni trastornos.

Años
de J. C.
1220.

En 1220 se halla un Señor que le dió el emperador Federico II, y que se mantuvo á pesar de los habitantes. Despues se disputaron largo tiempo su dominio los hermanos, tios, hijos y sobrinos de este primer señor. Nos los representa la historia como tiranos crueles. Se llamaban *Passerinos*. En tiempo del último de ellos se estableció en Mantua Luis Gonzaga, originario de Alemania, y protegido del emperador. Tenia este una muger muy hermosa, y sus gracias no se ocultaron á los ojos libertinos de Passerino, que procuró seducirla, y la amenazaba con la violencia; pero ella se lo dijo á su esposo, y éste, en una lucha, sin duda de cuerpo á cuerpo, mató á Passerino de una puñada en la sien; y echando luego de Mantua á sus hijos y partidarios, se apoderó del ducado en 1328.

1328.

Aumentó este príncipe sus estados, así por las armas como por el favor del emperador Cárlos IV,

1354.

que en 1354 le confirmó en el ducado de Mantua

1360.

para sí y sus descendientes. Le sucedió su hijo mayor, ya hombre de edad, que tenia tres hijos; y estos, viviendo él, se disputaban la autoridad. Los dos hijos menores armaron emboscadas al mayor,

1369.

y le quitaron la vida: Luis, que era el segundo, se deshizo del tercero para no tener repartido con él mucho tiempo el dominio; pero se dice, que viéndose culpado de estos dos fratricidios, procuró borrar la memoria de sus delitos con la suavidad de

1382.

su gobierno. Acusaron á su hijo Francisco de ha-

ber dado veneno á su muger , que era de la familia Visconti. Por este crimen se armaron contra él los príncipes vecinos y les suscitaron continuas guerras , de las que salió con ventajas.

Juan Francisco su hijo , tan buen soldado como su padre , consiguió del emperador Segismundo , á quien recibió con magnificencia , el título de marques de Mantua ; y tomó por pretesto de guerra el haber dejado su padre algunas tierras á su hermano menor. Le estimaban todos por sus talentos militares ; y los venecianos le confiaron el mando de sus tropas de tierra. Lo contrario sucedió con su hijo Federico , pues hizo guerra á los venecianos ; y Juan Francisco , hijo de éste , despues de haber sido general por Venécia como su abuelo , volvió contra ella sus armas como su padre ; y los venecianos , haciéndole prisionero , le tuvieron en la capital hasta que le dieron libertad á instancias de Julio II , el cual le confirió la dignidad de confalonero de la Iglesia.

Leon X hizo capitán general de las tropas de la Iglesia á Federico II ; y Cárlos V , á quien el mismo Federico recibió honoríficamente en 1530 , le confirió el título de duque de Mantua. En las guerras del rey de Francia contra el emperador se mostró afecto á este , el cual le premió dándole el Monferrato. Se ahogó su hijo primogénito siendo niño ; y le sucedió Guillermo su hermano , el cual era de mala conformacion , pero suplía este defecto con las prendas del espíritu. En Vicente su hijo se alaba la mucha piedad y religion , gusto en las ciencias y amor á la justicia. Este tuvo tres hijos que le sucedieron.

Francisco III , el primogénito , no sobrevivió á

Años
de J. C.
1407.

1444.

1478.

1484.

1519.

1530.

1550.

1597.

1612.

Años.
de J. C.
1626.

su padre mas que nueve meses, y dejó una hija llamada María. Los otros dos ya eran cardenales, y se casaron dejando esta dignidad; pero ni el primero, Fernando, ni Vicente el segundo, tuvieron hijos legítimos. Vicente tuvo intencion de anular su matrimonio con Isabel Gonzaga su parienta, que era estéril, para casarse con su sobrina la princesa María; pero sus enfermedades le redujeron á abrazar otra resolucion mas razonable, y la dió por esposa á Cárlos, nieto de Federico II, cuyo padre vivia.

1627. A este Cárlos le cuentan entre los duques de Mantua, por el primero de este nombre, aunque apenas vivió allí, manteniéndose con tranquilidad en Francia, en donde tenia muchos bienes. A su hijo Cárlos II, esposo de María, le auxiliaron los franceses contra el emperador para ponerle en posesion de su principado, que le fue asegurado por el tratado de Quierasco en 1631, y despues se le dejó á su hijo Cárlos III bajo la tutela de su madre María. Cárlos IV, hijo de este se hallaba en la menor edad, como habia sucedido á su padre, cuando entró á ser duque de Mantua. Se declaró á favor de la Francia durante la guerra sobre la sucesion de España; y se apoderaron de sus estados los imperiales en 1708. Se puso en salvo en Venecia: y murió en Padua al año siguiente sin dejar hijos de dos matrimonios que contrajo. Se preparaban los duques de Lorena y el de Guastala, herederos legítimos, para disputarse esta sucesion; pero no les dió tiempo el emperador, porque se apoderó del estado de Mantua, y estuvo en la casa de Austria hasta que los franceses la conquistaron en nuestro tiempo.

TABLA

DE LAS MATERIAS DEL TOMO SESTO.

MONOMOTAPA.	3
EL MONOEMUGI.	8
CAFRERIA.	9
HOTENTOTES.	<i>id.</i>
BENGUELA.	17
CONGO.	20
<i>Reyes de Congo.</i>	26
<i>Luqueni.</i>	34
<i>Juan, año 1484.</i>	<i>id.</i>
<i>Alfonso, año 1502.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Pedro, año 1521.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Francisco, año 1530.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Diego, año 1532.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Enrique, año 1540.</i>	35
<i>Don Alvaro I, año 1542.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Alvaro II.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Bernardo, año 1614.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Alvaro III, año 1615.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Pedro II, año 1622.</i>	36
<i>Don García I, año 1624.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Ambrosio, año 1625.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Alvaro IV, año 1631.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Alvaro V, año 1636.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Alvaro VI, año 1637.</i>	<i>id.</i>
<i>Don García II, año 1638.</i>	<i>id.</i>
<i>Don Antonio, año 1658.</i>	37
<i>Don Alvaro VII, año 1662.</i>	38
<i>Don Alvaro VIII, año 1666.</i>	<i>id.</i>
ANGOLA.	<i>id.</i>

<i>Angola.</i>	39
<i>Zunda Riangola.</i>	40
<i>Angola Chilvañi I.</i>	<i>id.</i>
<i>Dambi Angola.</i>	41
<i>Angola Chilvañi II.</i>	<i>id.</i>
<i>Ninga Angola.</i>	<i>id.</i>
<i>Bandi Angola.</i>	<i>id.</i>
<i>Nigola Bandi.</i>	42
<i>Zinga, año 1627.</i>	44
LOANGO.	50
GUINEA.	58
BENIN.	<i>id.</i>
JUIDA.	60
ARDRA.	69
ESTABLECIMIENTOS EUROPEOS.	72
PARTICULARIDADES DE LA COSTA DEL ORO.	75
COSTA DEL MARFIL.	80
COSTA MALAGUETA Ó DE LA PIMIENTA.	82
SIERRA LEONA.	83
MONU, QUOJA, HONDO, MANDINGO, FUL, JALUZ &c.	84
NEGROS DE LO INTERIOR DE AFRICA.	87
GAMBIA, GOREA, SENEGAL, ZAARA, BILEDUR- GERID.	91
BERBERIA, <i>Toda la costa desde el Egipto has- ta mas allá del Estrecho de Gibraltar.</i>	95
<i>Historia.</i>	97
MARRUECOS. <i>Entre el Océano atlántico, Ar- gel, el Mediterráneo y Tafilete.</i>	99
<i>Mahomet, año 1536.</i>	109
<i>Abdalla, año 1557.</i>	112
<i>Muley Mahamet I, año 1574.</i>	114
<i>Muley Moluch y Muley Hamet I, año 1575.</i>	<i>id.</i>
<i>Sidan, año 1603.</i>	<i>id.</i>

	497
<i>Muley Abdelmelek, año 1630.</i>	114
<i>Muley Elvalí, año 1634.</i>	<i>id.</i>
<i>Muley Hamet II, año 1648.</i>	<i>id.</i>
<i>Muley Cherif, año 1650.</i>	<i>id.</i>
<i>Muley Archi y Muley Ismael, año 1662.</i>	115
<i>Muley Debi y Abdalmalech, año 1727.</i> . . .	120
<i>Abdalla, año 1730.</i>	<i>id.</i>
ARGEL, <i>Entre Túnez, Zahara y el Mediter-</i> <i>ráneo.</i>	121
TUNEZ, <i>Entre Argel, Trípoli y el Mediter-</i> <i>ráneo,</i>	133
TRIPOLI, <i>Entre Túnez, el Biledulgerid, el</i> <i>monte Atlas, el Egipto y el Mediterráneo.</i>	137
MALTA.	140
<i>Orígen de la Orden de San Juan.</i>	141
<i>Gerardo.</i>	142
<i>Raymundo (1 Gran Maestro).</i>	143
<i>Gilberto Asali (4 Gran Maestro).</i>	146
<i>Juan de Villiers (21 Gran Maestro).</i> . . .	147
<i>Foulquier de Villaret (24 Gran Maestro).</i>	<i>id.</i>
<i>Gozon (Gran Maestro).</i>	148
<i>Heredia (31 Gran Maestro).</i>	149
<i>Filiberto de Nallat (32 Gran Maestro).</i> . .	150
<i>Pedro de Aubusson (38 Gran Maestro).</i> . .	151
<i>Villiers del Ile Adam (42 Gran Maestro).</i>	153
<i>Juan de la Valeta (47 Gran Maestro).</i> . .	157
EUROPA, <i>Entre el mar Negro, el Mediterrá-</i> <i>neo, el Océano atlántico, el mar Glacial</i> <i>y la Rusia de Asia.</i>	159
FRANCIA, <i>Entre el Océano, la Mancha, los</i> <i>Países Bajos, la Alemania, la Suiza, la</i> <i>Saboya, la España y el Mediterráneo.</i>	160
<i>Reyes Merovingianos.</i>	<i>id.</i>
<i>Reyes Carlovingianos.</i>	171

<i>Pipino.</i>	172
<i>Carlo Magno.</i>	173
<i>Luis I, el Débil.</i>	177
<i>Cárlos I, el Calvo.</i>	184
<i>Luis II, el Tartamudo.</i>	187
<i>Luis III, Carloman, y Cárlos II, el Gordo.</i>	<i>id.</i>
<i>Eudeo y Cárlos III, el Simple.</i>	188
<i>Raoul y Luis IV, el de Ultramar.</i>	189
<i>Lotario y Luis V, el Ocioso.</i>	<i>id.</i>
REYES CAPETOS.	190
<i>Hugo Capeto y Roberto.</i>	<i>id.</i>
<i>Henrique I.</i>	192
<i>Felipe I.</i>	193
<i>Luis VI, el Gordo.</i>	196
<i>Luis VII, el Joven.</i>	197
<i>Felipe II, el Augusto.</i>	199
<i>Luis VIII, el Leon.</i>	200
<i>Luis IX, el Santo.</i>	201
<i>Felipe III, el Atrevido.</i>	203
<i>Felipe IV, el Hermoso.</i>	205
<i>Luis X, el Hutin.</i>	207
<i>Felipe V, el Largo y Cárlos IV, el Hermoso.</i>	<i>id.</i>
<i>Felipe VI, de Valois.</i>	208
<i>Juan I, el Bueno.</i>	210
<i>Cárlos V, el Prudente.</i>	214
<i>Cárlos VI, el Bien amado.</i>	218
<i>Cárlos VII, el Victorioso.</i>	231
<i>Luis XI.</i>	235
<i>Cárlos VIII, el Afable.</i>	242
<i>Luis XII.</i>	244
<i>Francisco I.</i>	246
<i>Henrique II.</i>	249
<i>Francisco II.</i>	250
<i>Cárlos IX.</i>	251

<i>Henrique III.</i>	499
<i>Henrique IV.</i>	253
<i>Luis XIII</i>	258
<i>Luis XIV.</i>	260
<i>Luis XV.</i>	267
<i>Luis XVI</i>	274
ITALIA. <i>Entre los Alpes, la Suiza, la Alemania, el golfo de Venecia y la Sicilia.</i>	280
ROMA. <i>El Papa como Señor temporal.</i>	298
	302

ALGUNOS PONTIFICES SOBERANOS, Y AÑOS EN QUE FALLECIERON.

<i>Juan XIII, 972. Benedicto VII, 983.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan XIV, 984.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan, elegido y no consagrado, y á quien algunos cuentan por el XV de este nombre, 985.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan XV ó XVI, 996. Gregorio V, 999.</i>	303
<i>Silvestre II, 1003.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan XVII ó XVIII, 1003.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan XVIII ó XIX, 1009.</i>	<i>id.</i>
<i>Sergio IV, 1012.</i>	<i>id.</i>
<i>Benedicto VIII, 1024.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan XIX ó XX, 1033.</i>	<i>id.</i>
<i>San Leon IX, 1048.</i>	304
<i>San Gregorio VII, 1085.</i>	<i>id.</i>
<i>Victor III, 1087.</i>	306
<i>Urbano II, 1099.</i>	<i>id.</i>
<i>Pascual II, 1118.</i>	<i>id.</i>
<i>Gelasio II, 1119.</i>	307
<i>Calisto II, 1124.</i>	308
<i>Honorio II, 1130.</i>	<i>id.</i>
<i>Inocencio II, 1143.</i>	<i>id.</i>
<i>Celestino II, 1144.</i>	309

<i>Lucio II</i> , 1145.	309
<i>Eugenio III</i> , 1153.	<i>id.</i>
<i>Anastasio IV</i> , 1154.	310
<i>Adriano IV</i> , 1159.	<i>id.</i>
<i>Alejandro III</i> , 1181.	<i>id.</i>
<i>Lucio III</i> , 1185.	311
<i>Gregorio VIII</i> , 1187.	<i>id.</i>
<i>Clemente XIII</i> , 1191.	<i>id.</i>
<i>Celestino III</i> , 1198.	<i>id.</i>
<i>Inocencio III</i> , 1216.	<i>id.</i>
<i>Honorio III</i> , 1227.	312
<i>Gregorio IX</i> , 1241.	<i>id.</i>
<i>Celestino IV</i> , 1241.	313
<i>Inocencio IV</i> , 1254.	<i>id.</i>
<i>Alejandro IV</i> , 1261.	<i>id.</i>
<i>Urbano IV</i> , 1264.	<i>id.</i>
<i>Clemente IV</i> , 1268.	314
<i>Gregorio X</i> , 1276.	<i>id.</i>
<i>Nicolao III</i> , 1280.	<i>id.</i>
<i>Honorio IV</i> , 1287.	315
<i>Nicolao IV</i> , 1292.	<i>id.</i>
<i>Celestino V</i> , <i>abdicó en</i> 1294.	<i>id.</i>
<i>Bonifacio VIII</i> , 1303.	316
<i>San Benedicto XI</i> , 1304.	<i>id.</i>
<i>Clemente V</i> , 1314.	<i>id.</i>
<i>Juan XXII</i> , 1334.	317
<i>Benedicto XII</i> , 1342.	<i>id.</i>
<i>Clemente VI</i> , 1352.	<i>id.</i>
<i>Inocencio VI</i> , 1362.	319
<i>Urbano V</i> , 1370.	<i>id.</i>
<i>Gregorio XI</i> , 1378.	320
<i>Urbano VI</i> , 1389.	<i>id.</i>
<i>Bonifacio IX</i> , 1404.	322
<i>Inocencio VII</i> , 1406.	323

	501
Gregorio XII, 1409.	323
Alejandro V, 1410.	id.
Juan XXIII, depuesto en 1415.	id.
Martino V, 1431.	324
Eugenio IV, 1447.	id.
Nicolao V, 1455.	325
Calisto III, 1458.	id.
Pio II, 1464.	id.
Paulo II, 1471.	326
Sisto IV, 1484.	id.
Inocencio VIII, 1492.	327
Alejandro VI, 1503.	id.
Pio III, 1503.	id.
Julio II, 1513.	id.
León X, 1521.	id.
Adriano VI, 1523.	328
Clemente VII, 1534.	329
Paulo III, 1549.	330
Julio III, 1555.	331
Marcela II, 1555.	id.
Paulo IV, 1559.	id.
Pio III, 1565.	id.
San Pio II, 1572.	332
Gregorio XIII, 1585.	335
Sisto V, 1590.	336
Urbano VII, 1590.	338
Gregorio XIV, 1591.	id.
Inocencio IX, 1591.	id.
Clemente VIII, 1605.	id.
Leon XI, 1605.	id.
Paulo V, 1621.	id.
Gregorio XV, 1623.	id.
Urbano VIII, 1644.	id.
Inocencio X, 1655.	339

<i>Alejandro VII</i> , 1667.	339
<i>Clemente IX</i> , 1669.	<i>id.</i>
<i>Clemente X</i> , 1676.	<i>id.</i>
<i>Inocencio XI</i> , 1689.	<i>id.</i>
<i>Alejandro VIII</i> , 1691.	340
<i>Inocencio XII</i> , 1700.	<i>id.</i>
<i>Clemente XI</i> , 1721.	<i>id.</i>
<i>Inocencio XIII</i> , 1724.	341
<i>Benedicto XIII</i> , 1730.	<i>id.</i>
<i>Clemente XII</i> , 1740.	<i>id.</i>
<i>Benedicto XIV</i> , 1758.	<i>id.</i>
<i>Clemente XIII</i> , 1769.	<i>id.</i>
<i>Clemente XIV</i> , 1774.	<i>id.</i>
<i>Pio VI</i>	<i>id.</i>
<i>Pio VII</i>	342
SABOYA. <i>Entre el Piamonte, la Valais, la Suiza, el Ródano, el Delfinado y la Provenza.</i>	<i>id.</i>
PIAMONTE. <i>Entre la Saboya, el Monferrato, los Alpes marítimos y el Tesino.</i>	<i>id.</i>
CERDEÑA. <i>Entre la Córcega, la Italia, la Berbería y la España.</i>	344
<i>Humberto I, Amadeo I, Othon I, Amadeo II, Humberto II.</i>	345
<i>Amadeo III, Humberto III, Tomas I.</i>	346
<i>Amadeo IV, Bonifacio I, Pedro I, Felipe I, Amadeo V.</i>	347
<i>Eduardo I, Aymon I, Amadeo VI.</i>	348
<i>Amadeo VII, Amadeo VIII.</i>	349
<i>Luis I.</i>	351
<i>Amadeo IX, Filiberto I.</i>	352
<i>Cárlos I, Cárlos II, Felipe II.</i>	353
<i>Filiberto II, Cárlos III, Manuel I.</i>	355
<i>Cárlos IV.</i>	356

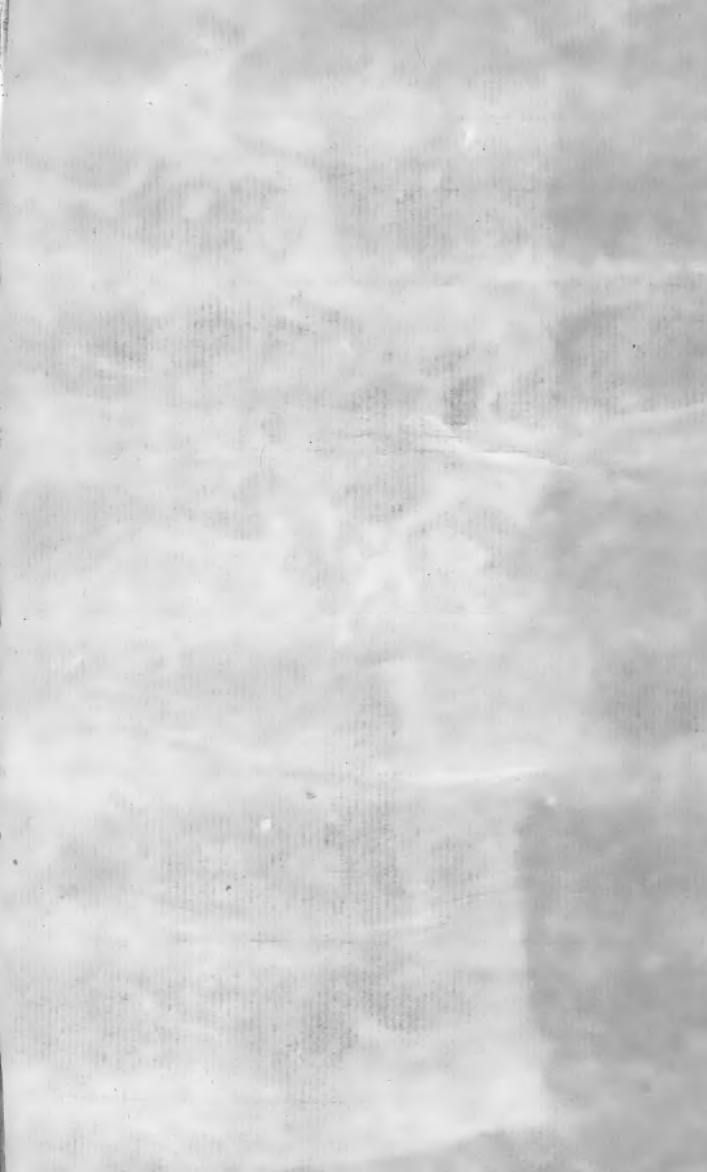
	503
<i>Victor I, Francisco I, Cárlos V.</i>	359
<i>Victor II.</i>	360
<i>Cárlos VI.</i>	361
GENOVA. <i>Entre los estados del Rey de Cerdeña, Parma, Florencia, Sena, Milan y el golfo de Génova.</i>	363
CORCEGA. <i>Isla en el mar de Provenza.</i>	434
PARMA Y PLASENCIA. <i>Entre el Milanés, el Pavésano, el estado de Génova y el ducado de Módena.</i>	451
<i>Luis Farnesio, Octavio, Alejandro, Ranucio I, Odoardo.</i>	454
<i>Ranucio II, Francisco, Antonio.</i>	455
FERRARES. <i>Entre el Mantuano, Boloñés, la Romania y el golfo de Venecia.</i>	<i>id.</i>
MODENÉS. <i>Entre el Mantuano, la Toscana, el Bolonés y el Parmésano.</i>	<i>id.</i>
REGGIO. <i>Cerca de Módena.</i>	<i>id.</i>
Azon VI.	456
<i>Aldobrandino I, Azon VII Obison, II, Foulques, Reynaldo I, Obison III, Aldobrandino II.</i>	<i>id.</i>
<i>Nicolas II, Alberto, Nicolas III, Lionel, Borso, Hércules I, Alfonso I.</i>	457
<i>Hércules II, Alfonso II, César I, Alfonso III, Francisco I, Alfonso IV, Francisco II, Reynaldo II, Francisco III.</i>	458
BOLONIA. <i>En el estado Eclesiástico.</i>	459
MILANESADO. <i>Entre el Piamonte, los Grisones, los estados de Venecia, Mantua y Génova.</i>	462
<i>Martin Turriani.</i>	469
<i>Felipe Turriani, Napi ó Napoleon.</i>	<i>id.</i>
<i>Oton Visconti, Mateo Visconti.</i>	<i>id.</i>
<i>Galeazo I.</i>	472

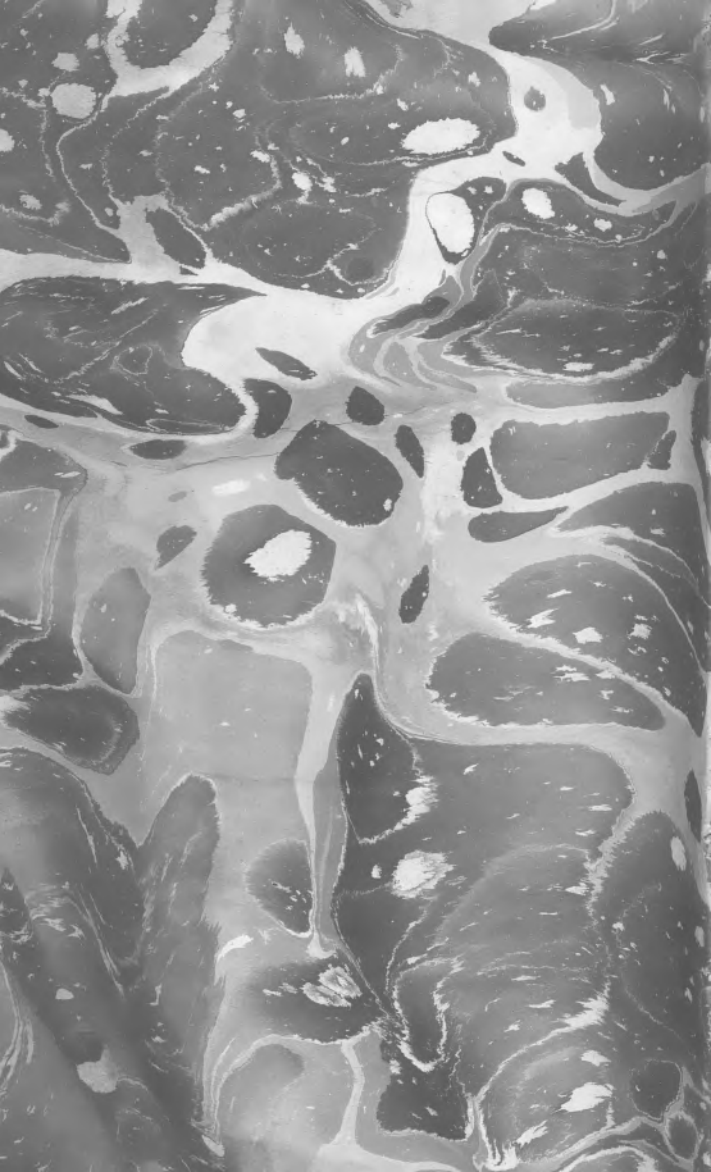
<i>Azon.</i>	474
<i>Luchini, Juan.</i>	<i>id.</i>
<i>Mateo, Bernardo ó Bernabé Galeazo.</i>	475
<i>Juan Galeazo.</i>	<i>id.</i>
<i>Juan María Visconti, Felipe María Visconti,</i> <i>Francisco Esforcia.</i>	480 486
<i>Galeazo María Esforcia.</i>	487
<i>Juan María Galeazo, Ludovico María Es-</i> <i>forcia.</i>	488
<i>Luis XII, Rey de Francia, Maximiliano Es-</i> <i>forcia.</i>	489
<i>Francisco I, Rey de Francia, Francisco Es-</i> <i>forcia.</i>	490
MANTUANO. <i>Entre el estado Eclesiástico, los</i> <i>de Venecia, Módena y Milan.</i>	491
<i>Luis Gonzaga I.</i>	492
<i>Luis II, Francisco I, Juan Francisco I, Fe-</i> <i>derico I, Juan Francisco II.</i>	<i>id.</i>
<i>Federico II, Guillermo, Vicente I, Francis-</i> <i>co III, Fernando, Vicente II.</i>	493
<i>Cárlos I, Cárlos II, Cárlos III, Cárlos IV.</i>	494

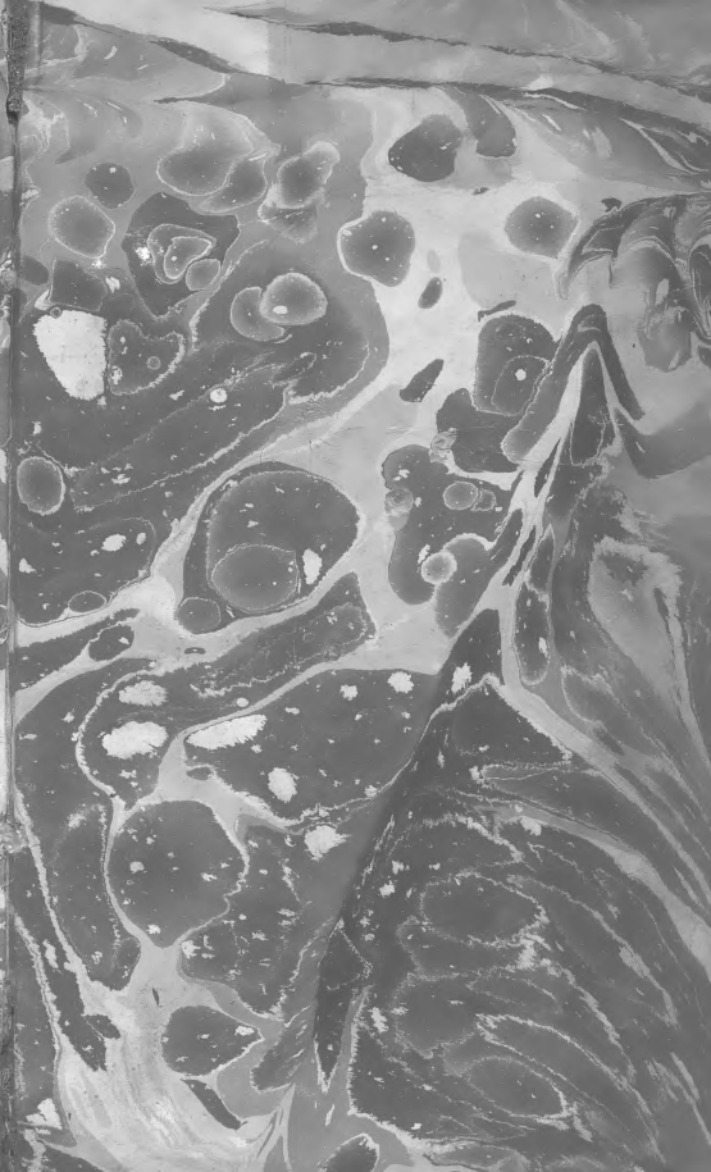
ERRATA,

Página 120, línea 7, donde dice *Los nietos*, léase *Los hijos*.











ANQUETIL
HIST. UNIVERSAL.



AH 1501